Metafísica

natural estabilizada y problemática metafísica espontánea

JUAN DAVID GARCÍA BACCA

Publicaciones de Diánoia



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

METAFÍSICA
natural estabilizada y problemática metafísica espontánea

JUAN DAVID GARCÍA BACCA

En una nota previa, el autor nos advierte que en esta obra ha intentado llevar a la práctica el principio de exclusión de toda autoridad en materias filosóficamente planteadas y tratadas, aunque hace la salvedad de que, a pesar de ello, eso no quiere decir que no deba nada a nadie. Por el contrario, afirma, debe a todos: desde Aristóteles hasta Zubiri.

La empresa que se ha echado a cuestas Juan D. García Bacca —filósofo español bien conocido de todos, actualmente director del Instituto de Filosofía de la Universidad de Caracas— es de gran envergadura. Una Metafísica en las condiciones planteadas por él requiere amplios proyectos y minuciosos planteamientos. La moral —afirma— no la pueden escribir, sabiendo lo que dicen, sino los exinocentes; los filósofos actuales no pueden escribir de metafísica a lo Adán, comenzando por inventar cada uno el nombre de... e imponérselo a... No hay nadie *quien* afirme o niegue, pues el autor pretende escribir cual altavoz de las cosas: de lo que de metafísico hay ya en el mundo al que le han traído, y que él no ha creado ni producido. De ahí que la obra se desarrolle en forma de datos, de balance actuarial.

La experiencia pedagógica del autor se evidencia a todo lo largo del libro, salpicado de ejemplos que lo hacen vívido y nos lo convierten en un camino —el de la moral— por el que transitamos una y otra vez hasta adquirir su conocimiento más completo.

METAFÍSICA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

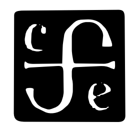
Publicaciones de DIANOIA

CENTRO DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS

Metafísica

natural estabilizada y problemática
metafísica espontánea

JUAN DAVID GARCÍA BACCA



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

DIÁNOIA
ANUARIO DE FILOSOFÍA

Correspondencia editorial: Centro de Estudios Filosóficos / Dirección del *Anuario de Filosofía* / Torre de Humanidades, 4º piso / Ciudad Universitaria / México 12, D. F.

Correspondencia comercial: Fondo de Cultura Económica
Av. de la Universidad, 975. México 12, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ADVERTENCIAS

1) En esta obra se ha intentado llevar a la práctica el principio de exclusión de toda autoridad en materias filosóficamente planteadas y tratadas. Una secuela: no se hallará en toda la obra ni una sola cita. Lo cual no quiere decir que el autor no deba nada a nadie. *Debe a todos:* desde Aristóteles hasta Zubiri.

2) Esta obra no es un primer volumen de una obra total, compuesta de varios. Forma un todo, y los volúmenes que tal vez vayan cronológicamente siguiendo, llevarán un título que no se parece —por razón, claro está, sobre todo, del contenido—, a ninguno de los títulos corrientes, esperados tal vez por el lector: Ontología, Metafísica especial, Ontología fundamental...

3) Como de moral no pueden escribir, sabiendo lo que dicen, sino los exinocentes —arrepentidos o no de la pérdida de la inocencia—, los filósofos actuales no podemos escribir de metafísica a lo Adán, comenzando por inventar cada uno el nombre de... e imponérselo a... Esta obra presupone, pues, el conocimiento más o menos completo de todo lo escrito acerca del tema; y sería pura hipocresía no aludir a metafísica, ontología, óntica, ontología fundamental, teología, física, matemáticas...

4) Por extraño que parezca, en toda la obra no hay ni una sola afirmación ni una sola negación. Por lo pronto no hay nadie *quien* afirme o niegue, pues el autor, así llamado, pretende escribir cual altavoz de las cosas —de lo que de metafísico hay ya en el mundo al que le han traído, y que él no ha creado ni producido. Mas degenerara en pedantería insoportable hacerlo notar demasiado en el estilo. De ahí la forma de *datos,* de balance actuarial de la obra. De ahí la ausencia casi total de nombres propios —y la presencia de *nosotros.*

JUAN D. GARCÍA BACCA

Parte primera

PROLEGÓMENOS GENERALES

Capítulo primero

DATOS. PUNTO DE PARTIDA: COMIENZO Y PRINCIPIO

§ 1. Datos iniciales

A

A.I.10 *Aun antes de que* ponga en cuestión cuál tiene que ser el punto de partida, concreto y peculiar, de una Metafísica, me *encuentro ya* bajo la exigencia, ineludible al parecer, de que el punto de partida, precisamente de una Metafísica, ha de ser de vez comienzo y principio —y no simple comienzo.

A.I.11 *Aun antes de que* me ponga a declarar *qué es* comienzo, *qué es* principio, *me encuentro ya* —me he encontrado en A.I.10— tomando todos estos conceptos como cosa conocida por uso, usada ya para dar sentido a A.I.10.

A.I.12 *Aun antes de que* defina *qué es* uso —o servirse de un concepto o ejercitar un concepto—, *me encuentro ya* —me he encontrado ya en A.I.11— usando del concepto de uso.

A.I.13 *Aun antes de que* determine si todo lo anterior —I.10, 11,12—, tiene que servirse de palabras, o sea: de conceptos *dichos,* como en lugar de suficiente, propia y aun perfecta manifestación de lo dicho ya, *me encuentro ya* —me he encontrado ya en I.10,11,12, y aquí mismo en I.13— usando precisamente de palabras cual si fueran, realmente, lugar de suficiente, propia y aun perfecta manifestación del planteamiento de la cuestión sobre el comienzo y principio de una Metafísica.

B

B.I.20 *Aun antes de que* ponga en cuestión si voy a decir algo, o sea: a poner en palabras algo, o sencillamente no decir nada, *me encuentro ya* diciendo algo, o sea: poniendo en palabras algo. Así que entre *decir algo* o *no decir nada,*

me encuentro ya con que me he decidido, y dado por decidido, *decir algo,* más bien que decir nada.

Así que la disyunción: decir algo o no decir algo, no está colocada ya en fase neutral o equilibrada frente a los dos extremos; me la encuentro ya volcada en favor de decir, por el mero hecho de haberme puesto a decir, de haberme puesto a decir con palabras algo.

B.I.21 *Aun antes de que* determine *qué es,* justamente, lo que voy a decir, *ya me encuentro con que* estoy diciendo algo *bien preciso:* diciendo *esto* y no estotro —aquí diciendo todo lo anterior, que es *algo* y *bien preciso—,* a saber: A.I.10,11,12,13; B.I.20.

B.I.22 *Aun antes de que* fije el *modo* como voy a decir algo (B.I.20) y *esto* (B.I.21), *ya me he encontrado* diciendo, y me encuentro diciendo, todo ello de un modo especial: *así, en forma afirmativa; y no asá,* en forma interrogativa, negativa, dubitativa...; y de este modo me encuentro con que he dicho todo lo anterior, B.I.22 inclusive.

Antes, pues, *de toda cuestión previa* referente al decir, ya me encuentro diciendo *algo, esto* y *así,* por el mero hecho de ponerme y haberme puesto a decir.

C

C.I.30 *Aun antes de que* plantee cualquiera cuestión previa acerca de mí mismo —de mi existencia, mis potencias, mis posibilidades..., esencia, constitución, origen, destino—, *me encuentro ya* siendo yo quien a tales cuestiones referentes a mí mismo ha respondido ya y de manera bien determinada, a saber: teniéndome por real, considerándome como real, sirviéndome sin más de mi cuerpo, alma, potencias y sentidos..., sin haberme preocupado de responder previamente a ninguna cuestión concerniente a mi realidad, grado de mi realidad, límites de mis posibilidades, alcance de mis potencias...

C.I.31 *Aun antes de que* se le plantee a mi yo el problema *previo* —por tal lo tiene un parecer posterior—, de mi incardinación a un mundo, de mi encarnación en un cuerpo o en un alma, de mi adscripción a una circunscripción de cosas, me *encuentro ya, me he encontrado con* que estoy siendo yo en *este* cuerpo, con *esta* alma, en *este* universo, en *esta* circunscripción o circunstancia de cosas —as-

cendencia biológica, geografía, historia, concepción del universo...

A B C

Aun antes de que pueda evitarlo, *me he encontrado ya* y *encuentro con que* A.I.10,11,12,13 cumple B.I.20,21,22, y B cumple A; A, se cumple en C; y C se cumple en A,B.

a) ¿Hasta qué grado es todo esto sencillamente inevitable, ineliminable, inflexible, o necesario, necesariamente necesario? Queda planteada la cuestión, preliminar, por lo pronto. (Cf. Cap. III, § 2). Pero el mero planteamiento de una cuestión, aun de tipo preliminar, acerca de todo lo dicho, encierra todo lo anterior, como presupuesto inicial; pues plantea una cuestión de *principio,* y no de simple comienzo (A.I.10), y así de lo demás hasta B.I.22.

b) ¿Todo lo anterior —A.I.10... B.I.22—, es inevitable... necesario... tan sólo como instrumento, cosa de uso, o enser filosófico, sin que sea inevitable ni como comienzo y menos como principio? Queda planteada una nueva cuestión, preliminar por de pronto. Mas no nos evadimos de *haber empleado ya,* y *estar empleando,* los presupuestos de A.I.10... a C.I.31.

c) Admitimos ya, en esta primera oportunidad, que en *Prolegómenos* van a entrar no sólo los *datos iniciales,* sin prefijar aún de qué tipo: primordial, primario, primero..., sino las *cuestiones* que de ellos espontáneamente surjan; problema aparte será determinar qué respuesta, o hasta qué punto una respuesta, se quede en Preliminar.

§ 2. Dato. Tipos de Datos: primordial, primario, primero, elemental

A. Dato

En la formulación de todos los datos iniciales (§ 1) hemos estado usando de la estructura: *aun antes de que..., nos encontramos con que...* Los puntos suspensivos detrás de la frase inicial: *aun antes de que...* han estado siempre rellenos de lo *primario* en un orden —*cuál tiene que ser* el punto de partida, *qué es* principio, *qué es* comienzo, *qué es* uso, *en qué* expresar lo que se va a manifestar, *qué* o *quién* soy yo...; mientras que los puntos suspensivos que siguen a la frase final: *me he encontrado ya con que...* se han llenado con lo simplemente *primero* en ese mismo orden, a saber: el principio en forma de *comienzo,* lo primario en

forma de *uso,* el ser en forma de *enser;* los seres, en funciones de *enseres;* la palabra en función de *hablar;* el hablar en función de *dicho ya;* el yo en funciones de *mí:* mi alma, mis ojos, mis actos, mis objetos...

Podemos, pues, enunciar compendiosamente lo anterior (§ 1), diciendo: a) *aun antes de que* sea lo primario, *nos encontramos con que* ya está siendo lo primero —en dichos órdenes.

b) Y como se trata de cosas del mismo orden, se podrá decir: *Antes de que* algo esté siendo en estado de *primario,* tal algo *se halla siendo ya* en estado de simplemente *primero* —comienzo, punto de partida, hecho, dato.

c) Se nos adelanta lo primero a lo primario; y mejor, el estado de simple comienzo de algo precede para nosotros al estado de principio de ese mismo algo.

B. Notanda

Tal precedencia del estado de *primero* de algo, respecto del estado de *primario* de eso mismo, no es ni relación de orden ni relación de tiempo.

La misma estructura química del agua ordinaria (H_2O) se puede hallar en estado sólido (hielo), o líquido; mas, al pasar un litro entero de agua del estado sólido al líquido —*antes de* estar líquido, *comenzó por* estar sólido—, no queda nada de tal litro de agua en el estado inicial —en el sólido. Consideremos, por contraposición, una relación de orden, vgr. entre números naturales; 1 es *el* anterior a 2, 2 es *el* anterior a 3, etc.; aquí el posterior no anula al anterior, cual, al cambiar de estado una masa de agua, el estado siguiente anula al anterior. Es que, en este caso, el anterior no es antecedente de una relación con dos términos coexistentes o puestos de vez, como hace falta para una relación. En una relación de orden el consecuente no anula al antecedente, sino lo mantiene, y se mantienen o se tienen de vez antecedente y consecuente; en una relación de tiempo el consecuente *(que está siendo)* anula al antecedente (que *está sido).* La condición para que hoy esté siendo lunes, es que esté sido el domingo. El orden temporal no es, pues, una relación —sea incidentalmente dicho.

Mas a diferencia de los casos anteriores, entre primero y primario, como estados de una cosa, *a)* no hay relación de tipo *orden,* de modo que, si ponemos cual antecedente el estado *primero* de una cosa, y como consecuente el estado *primario* de la

misma, ambos estados se tengan o mantengan de vez; *b)* ni se da tampoco una relación temporal, tal que un estado anule al otro, siendo tal anulación condición necesaria para que surja el otro, los dos del mismo orden. En efecto: Para que pueda decir con sentido que son ahora las nueve de la mañana del siete de diciembre de 1958, es preciso que, realmente, la hora antes haya sido las ocho de la mañana del siete, y no del seis; de diciembre, y no de noviembre; de 1958, y no de 1957. Es decir: el orden temporal no posee, de suyo, un comienzo absoluto, o propio: una data primaria; admitiendo que tenga un cierto sentido hablar de creación del tiempo, no tiene sentido alguno hablar de primera, segunda, tercera hora... de tal mes, de tal año, como no la tiene señalar un número primero absolutamente o absolutamente último. El tiempo no posee "data" primera.

En la sucesión de los números cardinales

$$1, 2, 3, 4, 5 \ldots n, n + 1 \ldots$$

suélese sobreponer la de los ordinales

$$1^{\circ}, 2^{\circ}, 3^{\circ}, 4^{\circ}, 5^{\circ} \ldots n^{\circ}, (n + 1)^{\circ} \ldots$$

de modo que 1 sea el primero (1°), 2 el 2°, 3 el 3°, etc., n el n°, $n + 1$ el $(n + 1)^{\circ}$... Mas esta coordinación es totalmente arbitraria: podría designar el 3 como el primero, o el 7 como el primero..., y las propiedades (teoremas) de la aritmética continuarían valiendo exactamente igual. El haber sido designado un número cardinal como primero (ordinal) no se funda, ni le confiere calidad alguna de primario. No hay cardinal primario, ni su designación de primero, segundo, tercero... le aporta propiedad alguna. Es que, en el fondo, los atributos de primero-primario-primordial no son propios, ni apropiables, por los números. Por donde se echa de ver que no pueden servir de punto de partida a la metafísica (A.I.10). Igual le sucede a cualquier tipo de realidad o cosa en cuanto numerable, vgr., al tiempo.

Introducir en un dominio de cosas numerables los estados de primero-primario (estados de lo primordial, como veremos), encierra una arbitrariedad, un hágase así, a pesar de que la cosa no sea, de suyo, ni así ni asá. Tal cortadura será objeto de determinadas consideraciones en su lugar.

Ahora bien: cuando en un dominio de cosas tienen sentido los estados de primero y primario —como en los numerados en A, B, C—, *primero* indica estado de comienzo absoluto; *primario,* estado

de principio absoluto, frases en que *absoluto* significa estado suelto, o desligado de todo antecedente, condición, presupuesto.

Lo que comienza absolutamente (lo Primero) está ahí de sopetón, de vez, de golpe —cual perfecto relámpago en oscuridad perfecta.

Aun antes de que me percate de que estoy preparándome a ser, de que es inminente (según leyes biológicas...) que pase a ser, a consciente..., *ya me encuentro con que* estoy siendo, con que estoy despierto... Es que, para mí, estar ya siendo o encontrarme siendo —yo, en cuerpo, en alma...—, es comienzo absoluto, estado de "primero" de mi ser; por eso tiene que serme dado de sopetón, de vez, de repente, de discontinua manera, sin antecedentes, causas, condiciones, previos del mismo orden; así me despierto y duermo *de golpe,* de una vez. Y la vigilia no es el antecedente del sueño en igual sentido en que 2 es el anterior a 3, o las ocho la hora anterior a las nueve; la conciencia surge *porque sí* —sin más, de golpe, suelta (absoluta)—; y se desvanece *porque sí* —sin más, de golpe, sueltamente, porque posee caracteres de primordial en estado de primero, de absoluto—, con una palabra suficientemente empleada ya aquí para que sepamos cómo tratarla y por el trato estemos sabiendo qué significa (A.I.11).

Entre los estados primero y primario de una cosa no hay tampoco relación de orden; se da una simple referencia, cual la de sí a sí mismo.

Alguna palabra es el comienzo, la primera, de un tratado; *cualquiera* puede servir de comienzo, ser simplemente la primera de ciertos tratados. Pero si una palabra *tiene que ser* la primera, y es efectivamente la primera, es que es la primaria. No se da una simple coincidencia entre primera palabra y palabra primaria; si la primera palabra es ya la primaria, se verifica lo que tiene que ser: tiene que comenzarse por el principio; lo primario tiene que ser lo primero, y lo primero tiene que ser lo primario.

Mas, si en algún dominio de cosas no hay sino cosas primeras, y no primarias, cual, al parecer, en la sucesión de los enteros, el primero es uno cualquiera. Con todo, en tales dominios de cosas *es necesario* que no haya sino *primeros;* no puede haber sino simples primeros. Es *necesario,* es *imposible:* son atributos de lo primario (cf. Cap. III, § 2). En tales casos, pues, se verifica también que lo primero es lo primario. Es lo primario (esencial) de la sucesión de los enteros el que no haya número primario o esencialmente primero. Cualquiera de ellos tiene que poder ser primero.

En resumen: lo primario está necesariamente vinculado o identificado con lo primero, de cualquier orden; sólo que tal vinculación puede ser inmediata o mediata; algunas veces lo primero es ya, inmediatamente, con necesidad inmediata, lo primario, y al revés.

Otras, lo primero es, mediatamente, lo primario; es con necesidad mediata lo primario.

C. *Tipos de Datos*

Apretemos el planteamiento, conviniendo en entender por D.I. *Dato primordial*: es cualquier cosa —objeto, frase. . .— que sea de vez primera y primaria, en un orden. O en que lo primario esté siendo ya lo primero; o lo primero esté siendo ya lo primario. Identidad inmediata entre primero y primario respecto de una cosa.

D.II. *Dato primario:* cualquier cosa que sea primera, aunque no esté siendo de vez primaria, con tal de que pueda ser puesta en estado de primaria por mediación simple, con un solo paso. Identidad simplemente mediata entre primero y primario.

D.III. *Dato primero:* cualquier cosa que en su orden esté siendo primera, mas no de vez primaria; pueda, no obstante, levantársela al nivel de primaria por mediación múltiple.

D.oo. *Dato bruto o elemental*: cualquier cosa que sea simplemente primera, sin que ni inmediata ni mediatamente se funde en lo primario. O cosa perteneciente a un dominio de objetos en que no se dé sino primero, y no primario alguno.

Nota 1. Antes de proceder a ulteriores consideraciones tomemos una vez más conciencia de que estamos sirviéndonos de todos los dados iniciales del párrafo 1.

Nota 2. Para las consideraciones anteriores hemos empleado no sólo palabras nuevas, no contenidas en el § 1, sino conceptos nuevos, de muchos y diversos órdenes de cosas. Hemos echado mano de ellos, nos servimos de ellos, sin haberlos previamente definido, sin haberlos expresamente presupuesto. Pero, si hubiésemos comenzado por definirlos, proponerlos explícitamente. . ., hubiésemos tenido que hacerlo también *sirviéndonos* de otros no definidos, no declarados.

Así que *antes de* definir, explicar... tal o cual noción, *nos encontramos ya* utilizando otras no definidas, no explicadas. Todo ello *previos* en estado de primero, datos primeros por lo pronto. ¿Es todo esto inevitable. . . necesario, necesariamente necesario. . .? (Cf. Cap. III, § 2).

Por *dato* entenderemos simplemente cualquier cosa —objeto, noción, palabra...—, que posea el aspecto de primero, esté o no en inmediación con lo primario de su orden.

Por *dato inicial* entenderemos cualquier cosa que, además de ofrecer el carácter de primero, descubra ya una cierta referencia a lo primario, mediata o inmediatamente.

Una vez más: cualquier cosa, objeto... poseer, aspecto, primario... están aquí *empleados. Antes de que* los haya definido, declarado, explicado explícitamente, en primer plano, *ya los he empleado* como...

Una vez más: eso de *empleado, antes de que,* están aquí empleados, aun sin haberlos previamente explicado, declarado...

¿Es todo esto inevitable... necesario...?

Esta última pregunta nos devuelve —inevitablemente... necesariamente...—, a los datos iniciales del párrafo 1.

§ 3. Datos primordiales

La identidad inmediata entre primero y primario caracteriza un dato como primordial; y a la cosa, como primordial, según lo dicho. Veamos unos casos ejemplares, por vía de introducción, paso a paso más concreta.

D.I.10. a) Me encuentro viendo el patio de esta casas, *me* encuentro oyendo el ruido de los autos que..., *me* encuentro pensando en lo que estoy escribiendo, viendo, oyendo...; *b)* y *me* encuentro con que soy *yo* quien se encuentra viendo, pensando... Dicho de otra manera: *me* encuentro sin más viendo, oyendo, pensando, sentado en..., y resulta que *soy yo* quien está *sirviéndose* de ojos y luz, de oídos y ruidos, de pensamientos e ideas... para así ver, oír, pensar y estar siendo en los respectivos dominios de objetos, o estar aposentado en un mundo o mundillo (casa, patio...); y *c)* resulta o *me* encuentro con que *yo* me sirvo también, apretada y compenetradamente de ojos y luz, oídos y ruidos..., que los ojos están siendo *mis* ojos, los oídos están siendo *mis* oídos...; y *yo* estoy siendo *mi* vida, *mis* actos, *mis* intereses... *mis* ojos, *mi* mundo, *mi* mundillo... *Yo* se encuentra haciendo de *mí:* mi cuerpo, mi vista, mis pensamientos... Me encuentro con que yo soy *yo,* y estoy haciendo el oficio de *mí.*

Aun antes de que yo se plantee, al parecer, el previo de los previos: ¿yo voy a ser yo, o yo voy a hacer de mí?, *yo* se encuentra con que está haciendo ya de *mí.*

Este papel está haciendo de página de un libro, este sol está

haciendo de luz del día, esta madera está haciendo de parte de un lápiz...; siempre, un algo está haciendo oficios de otra cosa. Mas el *yo* está haciendo siempre de *mí:* de poseedor y acaparador de todo para *mí:* y de un poseedor y acaparador de todo para *mí,* tan perfecto que la posesión se le da, él se la da, en forma de *sida:* de uso y usufructo, de posesión poseída, gozada ya por *mí.*

El *uso* —actitud e instalación de trato implícito, implicado, empapante—, es la manera como *yo* me encuentro siendo en todo, trocándolo en *mío;* y *yo* mismo comienza por estar siendo en estado de *mí: me* encuentro bien, mal; optimista, pesimista, desalentado, mohino, tranquilo... Y violentando un poco más de lo hecho ya el lenguaje y su corriente transposición escrita, habría que decir: (me) *encuentro con* (mis) ojos en patio, árbol, bosque...; (me) *encuentro con* (mis) oídos en ruidos, campanas...; (me) *encuentro con* (mi) mente en teoremas, teorías... (fase *primera,* inmediatamente dada); mas resulta que ese "me", eso de "mis" —actuante de atmósfera, de trasfondo, por puro sabido y simplemente usado—, es "yo", o soy "yo"; y todo eso es *mío,* es de *yo.* De manera que real y verdaderamente nada innovo al escribir: *me* encuentro con *mis* ojos viendo patio..., que *yo* con mis oídos oigo ruidos..., que soy *yo* mismo quien con su entendimiento hace matemáticas... (fase *primaria* dada en inmediación con la *primera*). *Yo* es, pues, refuerzo de *mí. Yo* soy y estoy siendo *mí mismo.* Comienzo por ser *mí,* y principio por ser *yo,* quien comienza siendo *mí;* todo esto en identidad inmediata, mas no tautológica, cual lo es la de *Yo soy yo. Yo soy yo* o es pura tautología o propende a ella —a casi pura repetición palabrera. Yo no me encuentro siendo yo, así ni más ni menos; *yo* comienzo por encontrarme siendo *mí,* haciendo, habiendo hecho ya de mil y mil cosas cosas *mías.*

Yo soy principio de *mí,* y *mí* es comienzo de *yo.* Que *yo* estoy siendo en estado de *mí,* es pues, dato de tipo *primordial* (D.I.).

Nota 1. Que *yo* me encuentro haciendo de *mí,* y haciendo de las cosas cosas *mías,* no implica el que yo sea de una sola manera y que de una sola también esté haciendo de *mí,* o *mías* las cosas. Yo puedo estar siendo yo por modo de uno de tantos, y, por tal estado, yo puedo estar haciendo de mí o mías las cosas según el modo propio de uno de tantos, de un cualquiera —uno de tantos hace las cosas de "uno de tantos" según un tipo de mediano, mediocre, corriente, común... Yo puedo estar siendo yo por modo de particular, individuo, único...; y correlativas variaciones experimentará, por virtud de la identidad real entre yo y mí, el modo

de estar siendo mías las cosas —materiales, ideas, dogmas, vida... La formulación adoptada para expresar este dato primordial se mantiene neutral respecto de estas variaciones del mismo tema, a desarrollar más adelante (Part. II. Cap. IV).

Nota 2. Se ha evitado hasta este preciso momento la palabra *conciencia,* aunque haya estado de continuo en la mente y, a veces, en la punta del lápiz. Yo me experimento teniendo conciencia de yo como mí; yo sé de yo por estar siendo y haciendo de *mí,* o sea: haciendo de las cosas cosas *mías.* Comienzo por tener (yo) conciencia de *mí* (fase o estado de primero), y resulta que tal *mí* es la manera (primera) como el yo toma conciencia de sí (fase o estado de primario). Más adelante se estudiará si consciente —inconsciente—, son estados propios, originales, exclusivos de algo que sea yo precisamente; o si serán estados propios de vida.

Conciencia de sí (yo consciente de yo, ni más ni menos), eliminada toda función de *mí* —desprendido el yo del estado de aprehender, o apropiarse cosas, de estar él mismo prendido en ellas y prendado de ellas—, encierra el intento, a lo mejor no realizable, de quedarse el yo en yo, pura y simplemente. Tal intento no posee carácter de dato, de algo dado *primeramente,* con que uno se encuentra *ya antes de que...*

¿No surgirá la conciencia precisamente en virtud de esa tensión —interna a la identidad misma— entre *yo* que está siendo *mí?* Cuestión preliminar, en el sentido de que surge, sin más, de datos.

Mas que yo tengo conciencia de yo por virtud del estado de mí, es realmente dato y dato primordial (D.I.10). Y esto nos basta por el momento, para *Prolegómenos* y ejemplos.

D.I.11. "Abro los ojos; y *aun antes de que* me percate, ya estoy viendo patio, limoneros, pared, silla; lo *primero* que veo son cosas concretas, mas las veo en virtud de un algo *primario:* luz, color. Luz y color están siendo *usados* por los ojos al ver y para ver, y por las cosas —mesa, pared, sillas..., para ser vistas, en cuanto vistas. Mientras que luz y color, físicamente tomados, o existiendo físicamente, no *sirven de,* sino que *son:* luz, color."

Si tomamos en serio, es decir: *en real* eso de que la vista es poder real, realmente encajado y actuante en lo físico, se seguirá que la vista (los ojos videntes) transforman realmente y hacen cambiar realmente de estado a ciertas cosas físicas —luz, color... Y, en este sentido, *visible* y *visto* son estados tan reales de lo real como sólido o gaseoso, transparente u opaco, cristalino o amorfo, luz polarizada o luz libre... De las dificultades que esta afirma-

ción plantea se hablará poco a poco, en sus respectivos lugares, pero jamás para desvirtuar la anterior afirmación.

Ahora bien: justamente porque *primero* veo cosas concretas coloreadas, y porque las veo por virtud de luz y color, veo lo primero en virtud de lo primario del mismo orden. Así que ver cosas coloreadas y verlas mediante color es un *dato primordial.* Es *dato,* pues entra el componente de primero: lo primero que veo son cosas coloreadas; el color o la luz. . ., que es lo primario en tal orden, están en estado de *usado,* o de enser de ver y de cosas vistas; así que *están haciendo ver;* y no son, ellos mismos, vistos; están haciendo de principios de visión y de visto.

La luz y los colores comienzan por estar siendo para los ojos y vista en estado de servicio activo de cosas visibles y vistas, y no en estado de ser lo que son, en sí.

Así que, *aun antes de que emplee* teorías físicas sobre luz y colores, *me encuentro* ya viendo realmente color y luz cosificados: cosas visibles y vistas, en virtud de lo que *son,* luz y color reales.

La vista nos proporciona datos primordiales en su orden.

D.I.12. "Me pongo a pensar; y *aun antes de que* me percate de lo que es pensar o voy a hacer precisamente pensando, *me encuentro ya* pensando en dos hombres, un patio, color blanco, árbol. . ., y pensando en ellos justamente por estar sirviéndome de los conceptos es, real, no es, en sí, idéntico, diverso de, delimitado frente. . ." —es decir: de pensamientos, ideas, conceptos. "Es, real, existente, idéntico, diverso. . ." están siendo *usados* por el entendimiento; y, por *usados,* no se hallan en primer plano, cual objetos y términos (temas) del pensar, como lo están hombre, árbol, dos, circunferencia. . . "Es, real, idéntico, diverso. . ." están haciendo de *enseres* del pensar. (Véase inmediatamente la fuerza de la palabra *enser.)*

No son unos *Prolegómenos* lugar para plenaria explicación y mostración ni de este punto ni de otros con él conexos. Bastará aquí con una indicación, para la finalidad propuesta: el *pensar* proporciona datos *primordiales,* como ejemplo de *dato primordial.*

Pensamiento, entendimiento, razón. . . son poderes *reales* —no fantasmas ni ineficientes imágenes especulares—, realmente encajados y realmente actuantes en la realidad, inclusive en la física. *Pensar* hace realmente cambiar de estado a las cosas; las pone en estado de *pensadas;* y, en este sentido, *pensado* es un estado real, tan real de la cosa pensada como lo son en lo físico los estados de cristalino-amorfo, sólido-líquido-gaseoso-coloidal, transparente-opaco. . . El color físico de la pared cambia realmente de es-

tado por estar viéndolo mis ojos, y sufre una ulterior real transformación por ser color que está siendo visto por unos ojos que son de un yo que está pensando que está viéndolo, y pensando en *qué es* eso de ver y *qué es* eso de color y *qué es* eso de pensado; y está pensando si la pared es real o no, si es la misma pared...

Esto es tomar en serio, *en real,* el pensar, dicho del entendimiento; y lo pensado, dicho de la cosa —sin miedo a las consecuencias, de que se hablará en su momento; sin desvirtuar nunca por ello la afirmación anterior: *pensar es algo real, encajado realmente en lo real,* que así vivimos de manera inmediata, *dada,* el pensar. Por parecido motivo: "es, real, existente, idéntico, diverso..." no son puros conceptos o fantasmas mentales. Los conceptos son realidades, encajables y encajadas en lo real, que lo transforman realmente, aunque la realidad de tal transformación sea incomparablemente más sutil que la presión de la luz sobre un espejo, e inmensurablemente menor que el equivalente, en masa pesante, de un fotón de luz roja.

Volvamos al intento de este párrafo: *comienzo pensando* entes concretos —pensando en luz, en colores, pared, hombre, dos, círculo...; *me encuentro* pensando que pared es real, que dos es par, que es verdad que *dos y dos son cuatro,* que la sombra no es solidificable, que hombre es universal, que estoy pensando en el mismo tema... Mas "tema, hombre, sombra, dos, cuatro, pared..." los pienso justamente por haber puesto realmente a semejantes cosas —a algo de ellas—, en estado de ser, idéntico, igual, verdadero... Y porque "idéntico, ser, real..." están haciendo de *enseres* o poderes metafísicos —actuantes y más íntimos que calor en cuerpo que está siendo calentado...—, por eso no son cosas o entes, temática y objetivamente presentes —que lo pensado directamente es pared, hombre, dos... "Es, real, no real, existente, idéntico, diverso..." son *enseres* metafísicos, enseres ya a servicio de los seres; enseres reales especialísimos, por cuya virtud y mediación las cosas cambian de estado y se ponen realmente en estado de seres —algo así como el calor pone en estado líquido al hielo, y, según sea la temperatura y cantidad de calor, lo levanta al estado de nube.

Ser, identidad, diversidad...: *comienzan por* estar siendo, ante el entendimiento, en estado de *enser,* y no en sí, en estado abstracto —real a su manera—, de ser lo que son en sí.

Aun antes de toda teoría metafísica sobre ser, identidad..., *me encuentro ya* pensando en entes concretos; y *aun antes de* toda teoría metafísica —lugar en que ser, identidad... se hallan

en estado real abstracto— ser, identidad, diversidad... están haciendo de o siendo *enseres,* haciendo realmente de las cosas seres. *Conocemos lo primero por lo primario.*

El entendimiento nos proporciona, pues, datos primordiales, originalísimos.

La ontología comienza por estar siendo en estado preontológico; a saber, el ser, en estado de enser; lo primario, en estado de primero.

Lo que estas últimas consideraciones desbordan lo anteriormente dicho será punto a declarar más adelante.

§ 4. Datos primarios

Por dato primario convinimos en entender cualquier cosa que sea primera en su orden, sin que, con todo, su carácter de primera vaya respaldado *inmediatamente* por el carácter de primario, propio de dicho orden; no obstante lo primario haga de base simplemente mediata de lo primero. Es decir: puede establecerse de alguna manera su carácter de primordial mediante un solo paso, dado el cual lo primero será, de vez y a la una, primario. Unos casos ejemplares:

D.II.1o "*Aun antes de que* por lógica, ontología... sepa que los principios de identidad y contradicción... son, en verdad, principios, *me encuentro ya,* me he encontrado ya, *usándolos* como norma, receta o regla de mis actos de pensar (cuidar de no contradecirse, procurar conservar el hilo del discurso...) y de mis enjuiciamientos de lo real (mantenimiento de la coherencia en todo como condición de realidad...)".

Los primeros principios comienzan por dárseme, y se me pueden dar, cual *primeros,* mas no sin más como *primarios.* Es lo que primero empleo, aunque no lo haga atendiendo ante todo a su carácter de primarios. Sólo tal vez en una ciencia, rigurosamente constituida, tales principios primeros funcionen como primarios, o sea: cual datos primordiales.

El que se verifique positivamente que tales principios actúen como primarios requerirá, por ejemplo, que se haya demostrado la no contradicción o compatibilidad de un sistema de axiomas, y la consiguiente no contradicción entre los teoremas deducidos, mediante ciertas reglas, de ellos.

Yo me encuentro siendo *mí* (aspecto de primero, del yo) y, a la una, me encuentro siendo *yo mismo* (carácter de primario), o sea, que ese *mí* soy *yo.* Mas el llamado principio de contradicción,

vgr., se encuentra siendo usado a veces —estado de primero—, y por tanto no cual principio o primario. En la realidad física, psíquica, cultural, espiritual... el principio de contradicción actúa como primero, no como primario. En un dominio de objetos científicamente organizado el principio de contradicción tiene que funcionar como primario (como principio efectivo).

Esta reducción de ciertos principios al estado de primero, con rebajas de sus pretensiones (fundadas o no) al estado de primario, será objeto de detenidas y propias consideraciones en otro lugar.

Añadamos ahora que, si los llamados principios primeros no se imponen como principios o como primarios, desde el comienzo o en la continuación de su pretendido dominio (campo de universalidad), o se imponen hasta cierto grado como principios en los dominios de objetos científicamente organizados, no obstante se puede siempre restablecerlos en su condición o estado de primarios mediante la negación: la negación del principio de contradicción lo afirma; afirmarlo lo reafirma; negarlo, lo afirma y lo reafirma.

En su estado de simplemente primero, es factible y frecuente violar la condición de primario del principio de contradicción, o evitar que se imponga como primario; mas al ponerlo en forma expresa, deslindada, pura, vgr., en la fórmula clásica: *es imposible que al mismo convenga y no convenga de vez lo mismo según lo mismo; sí o no; ser o no ser...*, su afirmación expresa (ponerse a afirmarlo) no es lo mismo que su afirmación ejercitada o implicada en el uso que de él se hace. Justamente al ponerse, y por ponerse, a afirmarlo, emerge, surge y resalta a primario; y tal surgimiento, con novedad, al decirlo en palabras se expresa con las de *es imposible,* cuando en su estado de simplemente primero, de uso, era y es posible, factible y frecuente el violarlo —para lo cual basta con pensar en serio en dicho principio y tratar de entender *de vez* afirmación y negación de lo mismo, sin lo cual no se lo entiende.

Es decir: ponerse a afirmar al principio de contradicción es reafirmarlo; levantarlo de su estado de primero al de primario, instituyéndolo así expresamente en su condición de primordial. Por otra parte: la negación de dicho principio, o el ponerse a negarlo, no solamente lo afirma, sino lo reafirma de original manera; lo *pone* primordial. *En efecto:* quien se pone a negar el principio de contradicción, lo niega; y, por ello mismo, no lo afirma de vez; así que está cumpliendo entonces mismo tal principio, como principio; o sea, se le está imponiendo como primor-

dial. En la fase de reafirmación por ponerse a afirmarlo, la afirmación recaía y se apoyaba sobre el contenido del principio, por muy vago que sea: *"Es imposible que a A le convenga y no le convenga de vez, y a la una, B".* Se está, pues, refiriendo el principio a A y B —sean cosas, personas... Mas, al ponerse a negarlo, la negación se refiere inmediatamente al principio mismo, y mediatamente a los objetos de que se habla —a A, B; p, $\bar{p}$. La negación se halla, por decirlo así, en un nivel superior; y a él levanta al principio mismo, y, al levantarlo, se nota que tal es el nivel propio de tal principio, en cuanto principio o primordial. Es que, sea dicho por alusión, afirmar es afirmarse sobre algo, mientras que negar es negarse a afirmar o es negarse a afirmarse sobre algo. La negación es, pues, desprendiente; y, en cierto sentido bien real, abstrayente y purificante. Y lo por ella abstraído, purificado y desprendido de lo demás queda puesto en sí, y revela en tal estado sus propios caracteres. Aquí el principio de contradicción se descubre como primario, además de primero; o sea cual primordial.

Cerremos con esto las consideraciones preliminares acerca del principio de contradicción. No se ha dicho aquí respecto de él sino lo preciso para el intento presente.

D.II.11. "Comenzamos por tratarnos con verdades especiales y determinadas —hoy hace mal día, hoy es lunes, dos y dos son cuatro, esta mesa es rectangular...—, *antes de que* sepamos *qué es* verdad, *qué es* lo primario frente a las pretendidas verdades, *por qué* son verdades o *qué es* lo que hace tales..."

Quien afirma que hay verdades, las reafirma; y que esta reafirmación sea algo nuevo se nota, entre otras cosas, en que su negación: *niego que haya verdades,* implica sin más e inmediatamente una especial verdad *"luego* es *verdad* eso *de que 'no hay verdades'* ", aparte de la afirmación en forma de uso (estado de primero) del principio de contradicción: *niego,* mas no afirmo, que haya verdades.

Pudiera pasar alguien su vida entera y la eternidad afirmando errores concretos: $1 + 1 = 3$, $1 + 2 = 4$, $1 + 3 = 5$...; mas si, rompiendo la hilera o secuencia de las anteriores falsedades, dice: *"todo eso:* $1 + 1 = 3$, $1 + 2 = 4$, $1 + 3 = 5$... es falso", tal afirmación sería verdadera, aunque se asiente sobre múltiples, infinitas y regularizadas falsedades.

Primero, pues, nos tratamos con verdades concretas por su contenido y por el uso que de ellas hacemos —o nos tratamos con falsedades concretas—, cuando lo *primario* es, en tal orden, la

verdad. Advirtamos, no obstante, que no se restituye directa e inmediatamente a la verdad en estado de primero su calidad de primario; el carácter primario de la verdad no se halla en $1 + 1 = 2$, $1 + 2 = 3$, etc.; o en *la suma de los ángulos de un triángulo es dos rectos;* tal carácter pertenece, a lo más, a los llamados axiomas de la aritmética o de la geometría; y, en rigor, como se verá en el § 5, tampoco les corresponde directamente a ellos.

$1 + 1 = 2$ es verdad, *porque...;*

$\alpha + \beta + \gamma = 2R$, es verdad *porque...*; y tales *porque* no se hallan total y propiamente en el contenido concreto de tales verdades. En la verdad concreta no hay modo de levantar su carácter de primero al nivel de primario, y por tanto darle oportunidad de que resurja a primordial.

Pero es un dato que a la verdad se la puede levantar, y se levanta ella misma mediante su negación, de primeramente verdad a primariamente verdad. *No hay ninguna verdad concreta,* luego hay al menos esta verdad especial *que no hay ninguna verdad concreta.* "Hay verdades concretas", mas en estado de primero; "no hay ninguna verdad concreta", es falso en estado de primero; mas del poder revulsivo y elevador de la negación surge una verdad: "es al menos verdad que 'no hay ninguna verdad concreta' "; es verdad que hay verdad. Lo primero (que hay verdades) es primario (es verdad).

Nota 1. No se pierda de vista que la fusión de primero y primario, o el surgimiento del estado de primordial en una cosa —objeto, proposición, principio...—, implica un cambio de nivel. *1)* Este papel no puede ser, de vez y a la una, rectangular y cuadrado; este día no puede ser de vez y a la una lunes y no lunes...

2) Al mismo no puede convenirle y no convenirle de vez lo mismo según lo mismo.

3) Es verdad que quien niega el principio de contradicción lo está afirmando.

1) es o son proposiciones singulares, o de universalidad restringida.

2) es *una* proposición de universalidad absoluta.

3) es una proposición *única* en su orden; por ser única en su orden, su nivel es diferente del de *1), 2).* Confundir los tres órdenes o niveles lleva a antinomias y sinsentidos, como es bien sabido.

Parecidamente diríamos de fórmulas como "todo es relativo", "luego al menos no es relativa la afirmación de que todo es relativo". No estoy escribiendo, luego al menos es verdad que estoy

escribiendo esto: "que no estoy escribiendo". Todos los hombres mienten al hablar, luego al menos es verdad eso de que "todos los hombres mienten al hablar", etcétera. Son de diversos órdenes o niveles.

Nota 2. Esta elevación o cambio de nivel se hace a costa de concreción y de universalidad, como es claro. *3)* es siempre una proposición *única* en un orden, y además *abstracta;* por lo primero no es, en rigor, universal; por lo segundo no es concreta; y por juntar los dos caracteres no es ni concreta ni universal. De modo que, si ha recuperado una verdad (única) el estado de primaria, ha sido a costa de eliminar su estado de primera —el de uso concreto, de adscripción a un dominio de cosas determinadas.

No se refutan ni relativismo ni escepticismo por tales medios. Parecidas refutaciones, aun admitiendo que sean legítimas maneras de refutar, dejan por saldo una *única* verdad, abstracta, vacía de todo y de todas las verdades concretas que son las que convendría salvar, y vale la pena de conservar.

Nota 3. Adviértase ahora la insalvable distancia de los niveles entre un dato primordial y un primario. *Yo* soy —en realidad de verdad—, *yo* cuando estoy siendo y haciendo de *mí;* haciendo de cuerpo físico *mi* cuerpo; de vida, *mi* vida; de universo, *mi* mundo; de ideas, *mis* pensamientos... La circunferencia no es, en verdad, circunferencia cuando está haciendo de o siendo rueda; por eso circunferencia no hace *de* la madera *su* madera, ni *del* acero *su* acero; ni *del* universo *su* mundo...

El principio de contradicción o identidad no es, en verdad, lo que es cuando está siendo en mi mente, mientras escribo, y tengo necesidad de no perder el hilo, de no contradecirme...

Es que *yo soy,* al ser yo, en realidad de verdad, *mí;* es decir, al estar siendo concreto apropiador de lo otro, abierto a todo; mientras que el principio de identidad, contradicción... son, en su estado de realidad de verdad, abstractos; y salen de lo concreto, de un estado previo e impropio, con más frecuencia y espontaneidad, y con menor empleo de energía o intervención mental, que las partículas α de un cuerpo radiactivo.

De ahí, *1),* que, al poner, con una cierta violencia (abstracción) al yo fuera de su natural e inmediato estado, que es el de universal concreción, quédanos el yo solo, a solas consigo mismo: *Yo es yo,* que es la frase más vacía de contenido (comprensión), a pesar de ser programáticamente la más rellena de él, por ser el yo lo singular de lo singular: *Yo,* en estado de singular y único: *Yo.* El Yo que está siendo, o empeñado en sentirse, yo, yo mismo,

no es nada más —mi cuerpo no es yo, mi alma no es yo, mis pensamientos no son yo... El yo es inefable, no porque encierre tantas y tantas propiedades que no sea posible decirlas una a una —cual es infinito o álogos $\sqrt{2}$, que tantas cifras decimales encierra que no es posible decirlas todas—, sino porque nada se puede decir de él, en cuanto sólo él, sino eso de "yo soy yo"; y, en rigor, ni eso.

2) Mas al poner —violentamente, por procedimiento de una peculiar abstracción o instrumento mental de que suele hablarse en Ontología—, al Yo en Yo, surge de suyo, por virtud de tal estado, el mismo original refuerzo o la ascensión a nivel nuevo que se pudo notar en el principio de identidad o contradicción, puestos en sí: su afirmación los reafirma, su negación los reafirma también; luego son doblemente, reduplicativamente verdaderos —de verdad positivamente potenciable.

Así: 'niego que existo yo', luego "existo yo", me descubre que no sólo existo yo de manera inmediata, sino aun a pesar de la fuerza y plan de la negación que es aniquilar lo negado. La negación no tiene efectos sobre el yo —lo cual no puede saberse de antemano y de buenas a primeras; se sabe por y tras el intento (atentado) de aniquilarse negándose. "Dudo de que existo", luego ' "existo afirmativamente" '; "Yo no soy yo", luego ' "soy yo quien intenta ser no yo" ', y nota que, a pesar de ello, se *tiene que* quedar en ser yo. "Pienso yo que yo no existo", luego ' "existo" ': "Pienso yo que no soy yo", luego ' "soy yo quien está pensando que yo no soy yo" ', etc. Todo esto, expresado en forma de principio y secuela inmediata, dice en palabras, y nos está remitiendo, a aquello de que las palabras brotan, en su función de decir lo que las cosas son, y decirlo y darlo a la palabra, al aire, tan inmediata, apretada y ajustadamente como el altavoz va diciendo lo que la aguja va notando táctilmente en los microsurcos del disco.

En esta función de acoplamiento y coajuste inmediato, táctil, entre palabra —altavoz del ser—, y cosa misma, empléanse aquí las palabras. Función concreta, y no la de flotante sintaxis correcta.

Para indicar tanto el surgimiento de un tipo original de estar siendo nuestra realidad —capaz de vivir y ser de su propio no-ser y muerte, a pesar del intento o atentado real de dejar de ser—, como la elevación a un nivel superior (o diverso) del inmediato, debería escribirse: 'existo'; "dudo de que existo", luego ' "existo" '. etc.

3) Queda, pues, en claro que el tipo de realidad, y propie-

dades características, tanto de los primeros principios, en su estado abstracto, como del yo en su estado de yo, son parecidos —en vaciedad y reaseguridad. No pasan de datos primarios; no son directamente primordiales, como el *yo* en estado de *mí*.

"Yo pienso", no es dato primordial; y la existencia implicada en él, al ponerlo en su estado de primario, en sí, a solas de todo, súbese a otro nivel —abstracto, desligado del concreto e inmediato de *mí*, en que el yo está haciendo de y siendo dueño inmediato, en ejercicio y en uso, de su poder apropiador de todo para *mí*.

Mas *Yo estoy siendo mí* ( ) es dato primordial; y en el paréntesis vacío ( ) puede y tiene que entrar todo, y recibirá todas esas modificaciones reales y concretas de *mi* cuerpo, de *mi* alma, *mis* sentimientos... Violentando, pues, palabra y sintaxis deberíamos decir: *mí* pienso "dos y dos son cuatro", *mí* veo esta pared, *mí* oigo un auto que pasa, *mí* siento dolor de oídos, *mí* estoy de mal humor... Deberíase decir, y se dirá frecuentemente aquí —o al menos se suprimirá el sujeto: veo esa pared...

4) Esta mesa sobre que escribo *es* mesa —y no silla, pared, árbol...—; mas está siendo o *es de* madera de apamate, y pudiera estar siendo (hecha) o *ser de* caoba, nogal... Yo soy yo —y no tú, él, ellos...—; mas yo estoy siendo (hecho) de carne y huesos que *son,* a su vez, carne y huesos —y no otra cosa—; mas *están* siendo (hechos), en última instancia, *de* protón, electrón, neutrón... Por el contrario; la circunferencia *es* circunferencia —y no elipse, parábola, hipérbola...—, y está siendo *de* o *es de* elementos que son de ella misma, de su inmediato y propio orden —y no de madera, huesos...—; el dos *es* dos —y no 3, 4...—, y está siendo de o *es* de unidades... —y no de madera, hierro, pareja humana...

Hay pues, cosas —y con esta sumaria y preliminar indicación basta, cf. Parte II, Cap. I—, que *son* ellas, y no otras, y que están siendo (hechas) *de* o son *de* cosas de otros órdenes. Llamémoslas cosas *concretas,* surgidas por concreción o concrescencia, frente a otras abstractas, puras, que *son* lo que son, y, además están siendo (hechas) *de* o son *de* elementos de su mismo orden. Abstracto es, pues, un estado de ciertas cosas —o de todas en principio—: estado de coajuste inmediato entre *ser* y *ser de* (estar hecho *de*), identidad potenciada y pura; mientras que concreto no es cosa alguna especial, sino otro estado de algunas o de todas tal vez —yo, números, figuras, conceptos...—, en que la cosa *es* ella (identidad simple), mas no está hecha *de* sí, de los elementos de su orden: *es* ella, mas no *es de* ella.

El estado propio del yo es el de concreto; a saber, el de *mí;* porque yo *soy* yo, y *soy de* (estoy hecho de) cuerpo, alma, mundo, etc. Tal estado es el primario y el primero: es el primordial del Yo. Por eso, el yo se acrece de todo; o *yo* es un acrecerse de todo y de mil maneras *una sola* cosa.

Por contraposición: el estado propio de los números, figuras, fórmulas algebraicas o lógicas... es el de abstracto; si son *de,* o están siendo *en* otra cosa, no se resienten por ello en sus propiedades; ni las cosas en las que están siendo —madera, hierro, protones...—, adquieren las correspondientes propiedades aritméticas, geométricas..., tal cual son en números, figuras, fórmulas...

De todo esto se hablará por lo largo en su correspondiente lugar (Parte II, Cap. I).

Aquí se trajo para poder afirmar con preliminar sentido: *los datos primordiales son concretos, y necesariamente concretos.* Si se intenta ponerlos en estado abstracto, pasan ciertamente a la categoría de primarios —mas con las notas de vacío y singular.

Los datos primordiales no pueden perder su carácter de primeros, por el que son concretos; su primacía es, por tal carácter, de plenitud y universalidad concretas.

Los datos simplemente primarios pueden perder su estado de concreto o de primero —al menos en un cierto grado. Al poner en estado abstracto su contenido, adquiere el contenido la propiedad de identidad doble consigo, o puridad; su afirmación los reafirma en sí, y su negación los reafirma también en sí. *Son* ellos y *de* ellos. Es decir: esencia.

Los datos simplemente primarios no son, pues, datos por antonomasia e inevitables. Tal vez su carácter de primeros se reduzca a que sea necesariamente posible su estado de concreción, mientras que a los datos primordiales les es necesario su estado de concreción (de primero).

§ 5. Datos simplemente primeros

Se entiende, según lo dicho, por datos *simplemente primeros* en un orden cualquiera —objetos, cosas, proposiciones...—, aquellos cuya vinculación con lo primario de su orden no sea ni inmediata, cual en los datos primordiales, ni simplemente mediata, como en los primarios, sino pluralmente mediata.

Consideremos los siguientes casos que den contenido determinado, *preliminar* siempre, a la anterior convención definitoria.

D.III.10. "Dos manzanas más dos manzanas hacen cuatro man-

zanas en total", *al contarlas*, es decir: al emplear tal procedimiento concreto, directo, simplemente primero; mas no primario, pues en el orden propio 2, 2, 4 no tienen por propio oficio el de contar objetos aritméticos y poner entre ellos relaciones como $=$ $>$, $<$. Lo primario para un número entero no es el que sirva y se lo use para contar cosas materiales, espirituales; aunque lo primero con que nos encontramos al tratar con los números enteros, y sus relaciones ($=$, $>$, $<$) sea, precisamente, el que están contando cosas extrañas a la aritmética, indiferentes a lo aritméticamente primario. *Aun antes de que* 2, 2, 4, $=$, $<$, $>$ estén siendo lo que son, *ya están siendo de* otras cosas. El dos, el cuatro..., tal como nos los encontramos, al tratarnos con ellos, *antes de* toda aritmética, *están hechos de* parejas de hombres, de docenas de huevos, de dieces de dedos...

Estar sirviendo, o poder servir para contar, es lo primero o estado primero de los números; mas no es su estado primario. Empero el contenido y verdad de $2 + 2 = 4$, es independiente e independizable de su función de servir para contar otras cosas, y verificarse así en ellas. En $2 + 2 = 4$, 2, 4, $=$ son cada uno él, y no otro; y son cada uno *de* él, y no de otra materia o elemento. *Son* objetos aritméticos y *están siendo* o están hechos de elementos aritméticos. Tal es su estado propio; no obstante $2 + 2 = 4$ ó 2, 2, 4, $=$, $<$, $>$ no se hallan, en rigor, en estado primario aritmético, aunque sí en estado abstracto o puro. Adquirirán el estado primario, o estará siendo, v.gr. $2 + 2 = 4$ en estado aritmético primario, si pongo en conexión demostrativa tal relación entre objetos aritméticos con los axiomas, *a)* los formales, $a + b = c$; $a + b = b + a$; $a + (b + c) = (a + b) + c$, etc.;

b) los propios de los números enteros: *1 es un número entero; el siguiente de un entero es también un número entero...*

Al quedar $2 + 2 = 4$ incardinado por la demostración a este doble conjunto de axiomas, $2 + 2 = 4$ adquiere estado de primario, mas no es $2 + 2 = 4$ estructura primaria ella misma, en sí, sin más.

Por otra parte, $a + b = c$, $a + b = b + a$, etc., no son tampoco en rigor cosas primarias, y menos aún primordiales. La afirmación no las reafirma, y todavía menos la negación las reafirma. Es perfectamente posible construir una aritmética o álgebra coherentes tomando en forma negativa alguno o algunos de los axiomas —así $ab \neq ab$ en la teoría cuántica, designando *a*, *b* magnitudes especiales integradas de números: matrices. En sentido muy determinado $2 + 2 = 4$ adquiere estado primario, es decir: *consis-*

tente, dentro de un todo de conexiones bien tejido, a saber: al ponerlo en estado de proposición *demostrada,* mas los axiomas no llegan a ser, en propiedad y rigor, primarios, pues su negación no los reafirma. No pasan de *posiciones* primarias; son condicionalmente primarios, si es lícito llamarlos así; o sea, *si* se intenta construir un cuerpo de objetos aritméticos, geométricos... en que las proposiciones A, B, C, D... sean demostrables, es preciso emplear *a,b,c,d...* como proposiciones iniciales; *pongo* que se intenta construir tal cuerpo; luego *queda puesto* que se han de emplear *a,b,c,d...* como proposiciones iniciales. Forma de *modus ponens.* Así que los axiomas de la aritmética, geometría, lógica... son, de suyo, simples datos primeros; igual sucede sospechosamente con los números, figuras: *aun antes de que..., ya me encuentro usándolos* —axiomas, números, figuras...— para contar, ordenar cosas de otros órdenes. Su estado de primero precede al de primario; y no ascienden al propiamente primario sino, cuando más, al primario posicional, porque ni siquiera lo primario en su orden llega a necesariamente primario. De ahí, entre otras cosas, la facilidad con que se aplican y son en otros órdenes; se hallan *propensos a* concreción.

Adviértase que, al ascender al estado de primario (posicional) objetos, como 1, 2, 3...; figuras, como elipse, circunferencia..., o al estar en estado de contexto demostrativo, adquieren más articulado contenido (mayor comprensión) y mayor campo de aplicación (extensión); al revés de los datos primarios, cual el principio de contradicción, que, al ponerse en estado puro, abstracto, resultan vacíos y singulares; únicamente estando así, ellos en sí, solos, a solas de todo, resurgen a ser tan firmes que hasta su misma negación los afirma, su no-ser los hace ser.

Y basta, por el momento, con lo dicho.

§ 6. Datos brutos o elementos

Unos casos ejemplares antes de la definición general.

D.oo.10. Abrenseme los ojos; y mi vista queda detenida en la pared de enfrente, y no veo lo de detrás ni lo de dentro de ella; y queda atascada la vista en el papel sobre el que escribo y no me deja ver las hojas que hay debajo de él, ni la mesa que sostiene las hojas... Lo que realmente hace frente a la vista —su objeto— es dado como dato bruto o elemental para la vista. Los ojos inteligentes con que veo, los ojos de hombre —y no de gato, o pez...—, *no comienzan por* hacerse cuestión de dónde van a dete-

nerse —si en la superficie, a dos centímetros, veinte, cuarenta…, medio metro, dos metros de profundidad, o sea: dónde y en qué va a *comenzar* a haber *objeto:* enfrentante, contenido de la vista inteligente humana.

Antes de toda cuestión, intento, ensayo, plan de fijarse objeto —¿se detendrán mis ojos en la superficie?, ¿se atascará mi vista a dos centímetros de profundidad…?—, *ya se encuentran* mis ojos atascados en la superficie de esta pared, de este papel… Y lo veo así, aunque lo mire y remire con ojos inteligentes, es decir: la inteligencia podrá saber que hay radiaciones para las cuales atravesar este papel, esta pared… estos metros de plomo… es tan sencillo e ininterrumpible paseo como para la luz ordinaria del sol atravesar el aire, y saber que tales radiaciones —X, cósmicas…—, son de igual estructura física y matemática que las visibles para mis ojos —de rojo a violeta—. Mis ojos no pueden, sin embargo, ser eficazmente ayudados por mi inteligencia para que ellos, mis ojos, los ojos de mi inteligencia, vean, aun mirando y remirando, lo que mi inteligencia —y ciertos aparatos, tal vez ciertos animales— entiende como factible, y hecho a lo mejor por otros ojos. *Mis* ojos no son ojos de *mi* inteligencia en su íntegro poder, a pesar de disponer la inteligencia actual del remedio teórico: la ciencia física y sus aparatos.

Mis ojos no son íntegramente transfigurables y transustanciables por mi inteligencia, a pesar de estar siendo ella realmente del mismo yo, del mismo *mí* que mis ojos. Para mi inteligencia tales datos —qué hace de objeto visible, cómo o por qué medios visible…—, son un dato *bruto, elemental,* irreductible e irremediable, a pesar de disponer la inteligencia del remedio, etc.

Si mis ojos pudieran ver con los rayos cósmicos, esta pared, este papel resultarían tan transparentes como el aire. Pared, papel… no son, de suyo, objetos para la vista; que lo sean depende de un dato bruto, no transformable por la inteligencia. A veces la brutalidad del dato desaparece, y hay quien ve a través de una pared, o a través de la tapa de un cofre…, convertidos, pared y tapa, en cosas transparentes, del estilo de aire o cristal.

El establecimiento de *objeto* para la vista es, pues, un dato bruto o elemental; la distinción, y sus límites, entre *cosa* visible y cosa en *cuanto vista* es un dato bruto. La inteligencia no puede establecer conexión entre lo *primero* que comenzamos viendo y lo *primario* visible —física de la luz, estado de los cuerpos, tipos de ondulaciones, su dureza o poder penetrante…

El *aspecto* típico de las cosas —pared, mesa, árbol, sol, casa,

hombre...—, y aun eso mismo de que tengan aspecto, perfil, contorno, bulto propio... es un *puro, simple y bruto dato.* No hay, de suyo, objetos para la vista, como no hay algo así cual vista; hay obstáculos u obstantes especiales para tal o cual tipo de vista. Parecidas consideraciones habría que hacer respecto de oídos inteligentes, olfato inteligente...

D.oo.11. "La distinción entre ser y entes, qué hay de ente, qué sirva de ser en una cosa es otro dato, bruto, elemental, para *mi* inteligencia."

Y esto es transfinitamente más grave y de mayor alcance que lo anterior. Aquí no se va a decir sino lo imprescindible para plantear la cuestión presente: *tipos de datos.*

Determinarse a pensar qué es eso de ser, ni más ni menos, requiere parecido esfuerzo —y resulta tan penoso, desagradable e importuno—, como ponerse a ver con los ojos la luz, sin ver ningún objeto concreto —pared, papel... Ver lo transparente en su estado de transparencia, lo transparente en sí, resulta irrealizable, no por no ser real la cosa —aire, vidrio, radiaciones...—, sino por no ser objetivable; por no hacer de determinado obstáculo a la vista; por no dejarse ver, a pesar de ser, de suyo, visible, y estar siendo visible en principio y en realidad.

Ente es cualquier cosa —no una determinada esencialmente a ser ente—, que está haciendo de *obstáculo* determinado a la inteligencia precisamente, no a los ojos, oídos... Y *Ser* es cualquier cosa —hombre, ojos, mente, luz, color...—, en la medida en que, siendo real, no haga de obstáculo a la inteligencia, sino actúe con la función de *trans* —*trans*porte, *trans*cendental, etc. Así que tanto la distinción entre ser y ente, como los límites, dentro de una cosa dada, de lo que esté haciendo de *ser* respecto de lo que, de ella, esté haciendo de *ente,* es arbitrario, *puro, simple, bruto y elemental dato.*

Dicho entre metafórica y realmente: *ser* es *ente* en estado de transparencia, frente y respecto de la inteligencia; *ente* es *ser* en estado de intransparencia, de obstáculo u obstante; y caben cambios de ser a ente, de ente a ser, corrimiento de límites, etc., de que se habla en otra oportunidad —sobre todo en *Ontología.*

Ser es *todo* lo de todos los entes —hombre, caballo, dos, triángulo...—, es decir: si todo lo de todos los entes se pusiera en estado de ser, o sea de transparencia total, nada de ellos, y nada sobre todo de lo que son en cuanto tales —lo original de hombre, lo original de caballo, etc.—, sería cognoscible. Y, en efecto, *ser* no es ni puede ser ningún ente concreto, ni descubrirnos nada ori-

ginal de ningún ente concreto; es el universal supremo vacío. Decir de una cosa que es ser, es decir todo lo de ella —ya que todo lo de ella es ser—, y es decir nada de ella —nada de lo peculiarmente suyo.

A su vez, ente es ser; mas es ser en estado de intransparencia concreta (de obstáculo determinado). Y no tiene, por esto, nada de particularmente misterioso que ningún ente en concreto: hombre, caballo, dos... sea explicable por solo, puro, limpio y mondo *ser*.

Cuánto haya, en un momento dado, de *ser* en el mundo o cuántas cosas, o cuánto de cada una, esté siendo en estado de *ser*, es una cuestión con tan perfecto sentido inicial como preguntarse: ¿Cuántas cosas físicas hay, en un momento dado, en estado cristalino, o de transparencia frente a tales o cuales radiaciones?

Que la inteligencia no puede funcionar, *a)* si no está ella en estado de *ser* —y no pueda funcionar como tal si está ella en estado de *ente*, de cosa concreta viviente con vida de un yo,...; *b)* y si no hay cosas que estén siendo en estado de *ser;* y *c)* a la vez sin que haya cosas que estén siendo *ente*, es punto a estudiar cuidadosamente en su lugar, que sería, de nuevo, la *Ontología*.

Aun antes de que tal, al parecer, previo de los previos, se plantee, *nos encontramos ya* pensando en hombre, dos, árbol, circunferencia..., pensando en *entes* concretos, y pensándolos en cuanto concretos —sol, tierra, hombres...—, y no por ser simplemente *ser*.

¿Es concebible, preguntémonos, un estado de la inteligencia en que ésta funcione como tacto, o sea: sobre entes concretos, sin intermediarios en estado de ser? *Estado óntico puro* de la inteligencia.

¿Caben estados de la inteligencia en que se quede pasmada, extasiada ante Ser, sin cosa concreta que se le enfrente (objeto)? Estado de *ontología pura,* parecido a vista en absoluta tiniebla o en absoluta luz, sin cosa que refleje o absorba radiaciones. De todo ello se tratará en su momento.

Así, pues: *Ser y ente; su distinción y los límites de la misma, dentro de una misma cosa, son simples, elementales, brutos datos, respecto de nuestra inteligencia.*

Nota 1. La distinción entre *cosa* (visible) y (cosa) visible *en cuanto visible,* o la transformación de *cosa* visible en *objeto* visible, los límites de tal distinción, real y bien real, son un dato bruto, como se acaba de explicar; mas que la vista nos dé datos primordiales (§ 3) es otra afirmación que no contradice la anterior. En una misma realidad, concreta, pueden dársenos datos brutos y primordiales. Que la vista vea unas cosas en estado de objetos,

de obstáculos infranqueables, e intransparenciables, y otras en estado de ser (luz, transparentes), qué cosas sean ésas, cuántas —aire, ciertos sólidos en estado cristalizado...— todo ello son *datos brutos*.

Que la vista vea sus objetos como realmente coloreados (primero) y que los vea por el color real (primario) es un dato primordial suyo. Estoy viendo este papel, y en él se me atasca la vista, sin dejarme penetrar, cual aire o luz, hasta la mesa —que de llegar a ella se me plantearía parecido problema real—; y estoy viendo este papel blanco, y lo veo como realmente blanco, en virtud de una blancura real —no imaginaria, simbólica, aludida, verbal, definida por una cierta fórmula matemática... La *misma* blancura real que está haciendo *blanca* a esta pared —objeto u obstáculo para la vista—, está haciendo que esta pared blanca sea *vista*. Una especie de triple identidad real, o de tres manifestaciones de la misma realidad. Y esto es *dato primordial*. La blancura *es* tan blanca, tan ella, que es capaz, sin dejar de ser la misma, de ser blancura *de* un objeto (color de...), y ser blancura *de* mis ojos (color visto).

Parecido es el caso respecto del entendimiento: que hombre, gato, dos... se nos presenten como entes, es decir: como especiales obstáculos intransparentes ya para *ser*, con originalidad irreductible a *ser*, e indeducible de *ser*, obstáculos donde se atasca y detiene mi mente —y lo expresa con esa especie de marcar el paso que es la reduplicación: hombre en cuanto hombre, sol en cuanto sol, dos en cuanto dos...—, es *dato bruto;* son los obstáculos propios de nuestra inteligencia —cual un papel blanco lo es ya para la vista corriente. Mas que esté notando con ojos inteligentes —y no tiene el hombre otros—, que este papel es real, y note que es real mediante su misma realidad —no por contármelo alguien, o inventármelo yo, o imaginarlo...—, es un *dato primordial;* una especie de triple identidad real, o de identidad capaz de mantenerse tal a pesar de ese doble estado de concreción.

Nota 2. Apliquemos una vez más la distinción entre abstracto y concreto. Este papel sobre que escribo *es* blanco, mas no *está hecho* (no es de) *de blancura,* sino de una pulpa especial; y está siendo *visible.* La blancura, ella, la misma real, *es* blancura, es lo que es —no gris, no roja... menos aún pesada o dulce—; mas está siendo blancura *de* un objeto —papel, color en estado de propiedad de una cosa—, y está siendo además blancura *de* una vista en cuanto vista, es decir: blancura en estado de visible, de vista. Blancura doblemente real, por doblemente concreta, o adherida y fundida con dos cosas realmente distintas. Y, a pesar de tal real distinción, el color real se mantiene el mismo. Los datos primor-

diales son siempre concretos, no por una especie de unión forzada o de composición, sino por identidad de una cosa capaz de mantenerse ella misma —a pesar de estar siendo a la una en varios estados: *ser* ella, a pesar de *estar siendo de... de...*

Empero señalar qué cosas concretas, cuántas y cuáles, entran o pueden entrar en concreción, cuántas y cuáles y cuánto o cuál de cada una puede intervenir dentro de una identidad sin destruir la pluralidad de estados; cuántas cosas, cuáles, hasta dónde... queden fuera de tal concreción; cuántas y cuáles y hasta qué punto la fuerza peculiar de la identidad (de cada cosa) las hace desaparecer (reduce a estado de ser), o imposibilita que se le cuajen en objetos, es *dato bruto o elemental.*

Veremos en su lugar que esos sutiles aspectos de universalidad, necesidad, puridad... que parecen ser la atmósfera interna y externa de los conceptos abstractos —hombre, dos, círculo, vida...—, son maneras de *ser,* es decir: lo que la inteligencia ha logrado en ellos impedir que se le enfrente o se le haga objeto.

Qué o cuánto haya, pues, de universalidad (y sus grados), necesidad, puridad... en un concepto o ente, es un *dato bruto;* y no un *dato primordial.*

Universalidad, necesidad... no piden una óntica propia diferente de la de los entes, como luz no exige física especial aparte de la del color o radiación.

Capítulo segundo

ESTUDIO DE LOS DATOS INICIALES DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LOS TIPOS DE DATOS

Con las anteriores definiciones y ejemplos de los diversos tipos de datos es factible clasificar más delicada y justamente los señalados en el § 1, bajo la denominación neutral de *datos iniciales*, a la vez que realzar el valor de algunos de ellos, con vistas a sus futuras aplicaciones.

§ 1. Estudio de los datos iniciales A.I.10,11,12,13

A.I.10 a) Se puede partir de un simple y sencillo *comienzo*, como gramaticalmente se acaba de partir o iniciar este párrafo con la frase: *Se puede...* Igual pudiera haber comenzado diciendo: *Es factible...* Un simple comienzo arranca de cualquier parte, dentro de un ámbito delimitado, expresa o tácitamente señalado. Pues bien: *comenzar por cualquier parte* es lo propio de un comienzo que sea, de suyo, sólo comienzo; mas un comienzo que sea, de suyo, sólo comienzo es *principio*, o punto de partida primario, para ciertos dominios de objetos. En ellos comenzar por un simple comienzo es comenzar por un principio.

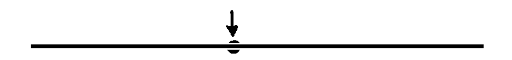
Así que el comenzar por un simple comienzo es comenzar por un principio, respecto de dominios de objetos caracterizados, en grado más o menos acentuado, por la categoría de *uno de tantos*, o un cualquiera. (Cf. Parte II, Cap. IV.) Por ejemplo: si trato de comenzar a enumerar hombres A, B, C... puedo comenzar por quienquiera —A es hombre, B es hombre...—; pero comenzar aquí por un hombre cualquiera, tan cualquiera que no merece nombre propio, es comenzar por el principio, o como tiene que ser, hablando de individuos de una especie, ya que cada uno es uno cualquiera, uno de tantos de ella. Comience, pues, por donde o por quien comenzare, necesariamente comenzaré por el principio, y según un principio: el de *univocidad de la especie frente a sus individuos*.

Igual diríamos respecto de un recuento de electrones, protones, fotones...; cada uno es uno de tantos, y la enumeración puede comenzar por uno cualquiera. Tal comienzo es, en el fondo, comenzar por el principio.

Nos hallamos ante un dato *primario.* Efectivamente, en su estado de primero o inmediato —o de uso, o de concreto—, un comienzo puede estar siendo sólo eso: comienzo sencillo e inmediato. Sólo en virtud de la abstracción, de ponerlo en sí por la reduplicación o insistencia: *comienzo en cuanto simple y sencillo comienzo,* comienzo se eleva a principio y se reafirma en principio. Empero en tal caso y estado, *comienzo* ya no está haciendo de comienzo —de una frase, de una enumeración o recuento concreto, de una hilera. . .—; *está* abstracto, cual el principio de contradicción; y en tal estado súrgeles a los dos esa propiedad de refuerzo: su negación los reafirma, su reduplicación (afirmación insistente) hace ascender comienzo a principio.

A veces habrá que *comenzar* por un comienzo que sea principio inmediata, inevitablemente; cuando un comienzo es, en su estado concreto, comienzo de un conjunto de objetos relacionados según orden inflexible, o con relaciones de orden fijo, comienzo tiene que ser, a la una, principio.

Así el comienzo de la sucesión de los números naturales (enteros enfocados ordinalmente) tiene que ser principio, ya que tal sucesión natural tiene, por definición (axioma), un primer elemento, a cada uno un solo siguiente, a cada uno un solo antecedente. . . Comenzar por 1 es comenzar, ordinalmente, por el principio. Se comienza por el primero que es el primario en tal orden e interpretación de los números enteros. Por el contrario, en una línea todos los elementos —llamémoslos puntos—, son cada uno uno de tantos, uno de transfinitos; así que designar un punto, *este* punto que marco con una señalita (↓), como principio, es algo totalmente arbitrario; tal punto es un simple comienzo.



En un conjunto de elementos, tal como se toma *conjunto* en la teoría de los conjuntos, un elemento es siempre y sólo comienzo; nunca principio. Pero precisamente el que se pueda comenzar por cualquiera es una característica principial de *conjunto.*

En $a + b = b + a$, $ab = ba$, etc. o, en general, donde y en la medida en que valga la propiedad conmutativa, habrá simples comienzos; y no principios. ¿Qué es, de suyo, anterior: 2×3 ó 3×2? ¿Qué es primario: $2 + 3$ ó $3 + 2$? Puédese comenzar por 3×2 o por

2×3 y siempre da igual resultado; luego 3×2, 2×3 son simples comienzos. Empero que aquí "se pueda, y se tenga que comenzar por un simple comienzo" es un principio; es nada menos que un axioma formal de la aritmética.

La física clásica, al igual que la antigua, suponía que en astronomía tenía que partirse de un principio o cuerpo primario —el Sol, la Tierra—, como de punto natural de referencia, privilegiado y único para describir correctamente los fenómenos. Comenzar por el Sol, en el sistema heliocéntrico, era partir del principio; y comenzar por la Tierra, en el sistema geocéntrico, era, parecidamente, partir del principio. Sol y Tierra, eran, pues, correlativamente cuerpos primarios, y por tanto primordiales.

Que sensiblemente, y desde la Tierra, veamos que el Sol gira al derredor de ella, y notemos a ésta inmóvil, mientras que el mundo gira a su derredor, es un *dato bruto,* pertinaz e importuno, para toda teoría, clásica o relativista; mas no es dato ni primordial, ni primario ni primero para la ciencia física.

La relatividad restringida sostiene que no hay sistema privilegiado de referencia (inercial); según esto todo cuerpo que se mueva con velocidad rectilínea y uniforme, o esté en reposo —sea Sol, Tierra, Luna. . .—, es *uno de tantos* posibles y equivalentes sistemas de referencia o de ordenación física, en espacio y en tiempo, de los fenómenos naturales. En este caso comenzar a describir los fenómenos físicos desde la Tierra, es comenzar por un simple comienzo, y no por un principio; mas "el que se pueda y tenga que comenzar en astronomía por un simple comienzo" es, nada menos, un principio de la relatividad restringida.

Haber descubierto que el comienzo (punto de referencia) es simple comienzo, y no principio, en el dominio de los fenómenos de que se está hablando —contra la vieja y admitida fusión y confusión de comienzo y principio—, es, en el fondo, la esencia y hazaña de la teoría de la relatividad restringida; y es lo que ha hecho posible formular explícitamente, como principio superior a infinitos casos concretos —de cuerpos en reposo, o en movimiento inercial—, la cualidad de simple comienzo (datos brutos) que tiene cualquier sistema sensible de referencia para las leyes físicas; y lo es elevar a característica de principio físico la negación de que un comienzo sea a la vez principio —o no admitir la identificación entre comienzo y principio, respecto de sistemas de referencia. Con ello el dato innegable y real de notar la Tierra en reposo, y Sol y cielo en movimiento de rotación, queda reducido, no a ilusión, sino a *dato real bruto.* Sobre él no se construirá la ciencia física.

Respecto del presupuesto o dato inicial A.I.10 nótense los puntos siguientes: 1) No se va a prefijar aquí, por una definición, o por una convención, *qué es* Metafísica o *qué se va a entender* por Metafísica, sino señalar, habida cuenta de las anteriores distinciones, *qué condiciones* se habrán de llenar para poder aplicar *aquí* esta palabra —coincida o no tal aplicación con otras, pasadas o presentes.

a.1) El conjunto de *datos primordiales* tiene que entrar en *Metafísica* (u Ontología, sin distinguir, por el momento, entre las dos palabras).

a.2) El conjunto de *datos primarios* tiene que entrar en *Metafísica.*

a.3) Ningún dato simplemente primero puede entrar en *Metafísica.*

a.4) Ningún dato bruto puede entrar en *Metafísica.*

Es claro que, de llenarse tales condiciones, quedaría no sólo cumplido sino cabalmente cumplido el dato inicial A.I.10, pues esa natural, primera e inmediata exigencia de que, para hacer Metafísica, no baste con *comenzar* por un simple comienzo, sino que haga falta hacerlo por un principio, por algo primero que sea a la vez y a la una primario, sería tan sólo una global manifestación de la actuación de datos primordiales y primarios.

En este caso *estar siendo* metafísico, o estar siendo la metafísica —fase de primero, inmediata—, sería, a la una, *ser* metafísico, o *ser* la metafísica, con fuerza equivalente a estar *siendo "mí"* y *ser "yo", estar viendo* objetos realmente coloreados y *verlos* por virtud del color real mismo.

Por tener que incluir el conjunto de los *datos primarios,* es decir: de los que se elevan de nivel casi por sí mismos, y se reafirman al primer paso de original manera, la Metafísica se levantaría de nivel, frente a datos primeros y brutos, por sí misma, por medios propios, y constituiría un universo aparte —sea dicho por modo de avance.

En virtud de excluir de la Metafísica los datos simplemente primeros, se distinguiría la Metafísica de las ciencias de estilo matemático, o axiomático —aritmética, álgebra, lógica. . .—, para las que quedaría reservada esa manera de constitución por datos primeros (posiciones básicas).

Por fin, si convenimos en caracterizar las ciencias de tipo físico por la inclusión de datos brutos, reasumidos y sintetizados por datos primeros —ciencias de estilo matemático—, la Metafísica quedaría muy por encima y más allá de tal tipo de ciencias, no

por su mayor grado de abstracción, sino, al revés, por su mayor y máximo grado de concreción —en datos primordiales.

Todo esto no puede pasar, en la presente fase de la explicación, de programa e indicaciones sugerentes.

Según esto, pues, la exigencia y necesidad sentida de tener que comenzar, para hacer Metafísica, por un comienzo que sea principio, por un primero-primario, es una manera primera y a la vez primaria como se nos da, *antes de* toda cuestión, la Metafísica, en su carácter de dato primordial. Se nos impone, pues, tal dato primordial bajo la forma inicial de exigencia de comenzar, justamente para hacer metafísica, por un comienzo que sea a la una principio.

Mas la formulación expresa y deletreada de tal exigencia muestra que, en ella, hay latente un dato primario, a saber: que siempre e ineludiblemente hay que comenzar por un primario, próxima o mediamente tal: *a)* si se puede comenzar por un simple primero (comienzo sencillo) en un dominio de objetos es en virtud de un *principio* que justifica precisamente el poder comenzar por cualquier parte o elemento de tal dominio; *b)* si se ha de comenzar por un principio, es que hay en tal dominio de objetos un orden fijo, y se tiene que comenzar por un primero que en realidad lo es: por un primario, según un principio.

Nos hallamos ante una necesidad, de tipo inevitabilidad, como se dirá en Cap. III, § 2, caracterizable, en un rasgo, por no ir adjunta con universalidad. Tal necesidad, y el carácter de primario de tales datos, surge cuando se los pone en estado abstracto —vacío y singular—, sacándolos del estado concreto que les es el natural e inmediato, al modo que la reacción de un resorte no es algo que existe tal cual continuamente, sino tan sólo cuando y en virtud del estirón que, por un acto especial y por circunstancias peculiares, se da y recibe un resorte.

La colocación de tales datos primarios en nivel superior, reforzado —o su carácter de *metafísicos*—, les es un acontecimiento, no un estado natural, primero, eterno.

Bajo este punto de vista la Metafísica sería doblemente acontecimiento: por su carácter del contexto de datos primordiales, y por la inclusión del texto de datos primarios. El *contexto* de datos primordiales haría de la metafísica base de todo, nivel de máxima estabilidad, de fondo y profundidad, de fundamento; por su *texto* expreso de datos primarios resultaría la Metafísica nivel de mínima estabilidad —a sostener violentamente en tal altura, suprema, por ciertos actos o procedimientos, de que se irá hablando.

A.I.11 a) *"Antes de que* me ponga a explicar, y haya conseguido declarar *qué es* comienzo, *qué es* principio, *me encuentro ya,* me he encontrado ya dando todos estos conceptos por cosa conocida, usada —cual enseres mentales."

Cosas hay que se nos dan, siempre o a veces, *a)* cual *objetos,* a ver, a contemplar...: así una nube, la Luna, un árbol, la serie hipergeométrica, la fórmula métrica básica de un espacio de n dimensiones ($n = 7$, vgr.) semieuclídeo, el número 111111 222222... El estado natural de tales cosas es el de seres, no el de enseres o instrumentos. *Son* objeto de visión, de estudio, temas a elaborar, a analizar...; mas no están *sirviendo para* algo fuera de su orden. *b)* Otras cosas se nos dan siempre o a veces cual objetos transformables en enseres, instrumentos o útiles; unas veces mediante reformas de su aspecto inmediato o propiedades inmediatas (de seres); otras, sin una transformación o reajuste previo, vgr. los números enteros pueden ser empleados cual instrumentos de contar multitudes, y durante tal funcionamiento suyo no se nota *qué es* entero, si un entero es o no es primo...; se cuenta con ellos, sin más, sin hacerlos tema de aritmética ni dirigir a ellos una mirada mental; mas siempre sin transformarlos en modo alguno; salen incólumes de su funcionamiento. Es preciso, por el contrario, transformar ciertas maderas y ciertos minerales a fin de que nos sirvan de lápiz con qué escribir. Por lo demás: números, materiales... son o funcionan, en estos casos, como instrumentos, a servicio de...—; y cuanto mejor lo hacen, cuanto más adecuadamente han sido montados para tal función, tanto menos son objeto de intuición, términos o temas de mirada o atención. No obstante, es siempre posible, por diversos acontecimientos, de que se hablará en su lugar, hacer de tales instrumentos cosas vistas, atendidas —fuera, naturalmente, de su actuación, de ser instrumentos en acto—, instrumentos sirvientes; todos vemos que esto es papel, que esto es lápiz..., aunque no se pueda ver objetiva y temáticamente que esto es lápiz *en cuanto lápiz,* que estotro es papel *en cuanto papel* de escribir, pues todo ello es justamente lo que de tales cosas se retira a segundo plano —implícito, virtual, ejercitado—, al servirse de ellas y al servir ellas.

c) Se dan cosas de las que sabemos o creemos saber que son cosas; mas cuyo estado propísimo es el de *uso,* tan propio que no solamente se retiran a fondo o a segundo plano, mientras están en estado de instrumento, sino que nunca o normalmente pueden subir a primer plano. Así la luz, respecto del ojo; es el instrumento propísimo para nuestro ver; mas no es él mismo ni pro-

piamente visible, como lo es la pared de enfrente, el apamate del huerto vecino, ni tan fácilmente cambiable a visible cual lo es el lápiz, por simplemente dejar de escribir con él. La luz, tal como se nos da a los ojos, es tan perfecto instrumento de ver que resulta ella misma invisible e incambiable en visible. La luz es *enser* de ver, en un sentido mucho más real y nuevo y eficaz que anteojos, telescopio, microscopio, cristal; todos ellos no pasan de *instrumentos* de ver.

Fijemos esta distinción terminológicamente: la luz... está siendo *enser;* anteojos, telescopio... están siendo *instrumentos*. Y el ejemplo es no sólo caso, sino dechado para dicha distinción. Las cosas que están siendo *enseres* no son perceptibles ni temática ni objetivamente —ni por su propio contenido, ni por eliminación del *trans*. Su ser se halla en estado de inobjetiva*ble* y atematiza*ble;* mientras que las cosas que se hallan tan sólo en estado de *instrumentos* no son, al funcionar como tales, temática y objetivamente percibi*das;* mas son, fuera de tal estado y actuación, objetiva y temáticamente percepti*bles*. Por fin las cosas que están siendo en estado de objetos son percibidas y perceptibles temática y objetivamente —y tal es su estado natural.

Decimos, pues, ahora, tras estas distinciones afinadas tan sólo en lo que hace falta para *Prolegómenos*: —*a)* pared, árbol, hombre, dos... son, de suyo, *objetos,* es decir: cosas temática y objetivamente (obstacularmente) perceptibles, tanto que en ellas se atascan y detienen la vista, el tacto, la mente... Y tal es el estado normal de semejantes cosas. Anormalmente pueden hallarse en funciones o estado de *instrumentos,* vgr. al fungir de predicados —esto es una pared, el apamate es un árbol... En este estado o caso sabemos que estamos aplicando el contenido de tales conceptos a un sujeto, objetiva y temáticamente enfocado; mas, en primer plano, cual tema, se halla sujeto; el predicado no hace o funciona cual tema, como término fijo y primario. La predicación no resulta, pues, desde este punto de vista sino una de las formas o estados *instrumentales* de ciertos conceptos —cual a la madera del árbol le es accidental servir de viga de un techo o de pata de una mesa. (Cf. Parte II, Cap. I, § 1, *b'*).

—*b)* Empero ser, unidad, identidad... luz, sonido... son, en rigor, cosas en estado de *enseres;* hacen de ordinario tan perfectamente su oficio de medios, de instrumentos adjuntos a ciertos poderes —vista, mente—, que ni se presentan, ordinariamente, en forma objetiva y temática, ni pueden ser, normalmente, objetiva*bles* y tematiza*bles*. O lo que es lo mismo con otras palabras: al

intentar pensar en puro ser, pura unidad, pura identidad, puro principio... pura necesidad, pura universalidad... nos sucede, y lo notamos, lo mismo que al intentar ver con los ojos pura luz, sin objetos u obstáculos que la paren —suelo, árbol, casa...—; no vemos nada, ni pensamos en nada. *Ser* es tan transparente como luz. Es decir: ser, unidad, comienzo, principio,.. son *enseres;* cosas en estado de enser, de instrumento perfecta y totalmente tal. La frase, pues: *ser* se halla en estado de *enser,* o *"ser es enser",* adquiere, por lo dicho, un primero y determinado sentido.

Cuántas y cuáles cosas, conceptos o no, se hallan en estado de *enseres,* y por tanto de *ser,* constituirá asunto a tratar delicadamente, pues su enumeración correcta nos dará un cierto número de datos primordiales —haber peculiar y natural de la Ontología y Metafísica.

—*c)* Es, por el momento, suficientemente claro que esas cosas que llamamos conceptos de *comienzo* y *principio* son, al menos, instrumentos mentales. Así que en su estado ordinario no funcionan ni temática ni objetivamente; y tanto mejor sabemos de ellos cuanto mejor los empleamos. Para lo cual no obsta, sino lo refuerza, el que, tal vez como aquí, haya sido preciso definirlos y separar delicadamente comienzo de principio, primario de primero —cual la faena previa de fabricar un lápiz o una máquina de escribir. Lo decisivo es el paso final; su funcionamiento, atemático e inobjetivo, al actuar de instrumentos. —*d)* Infiérese de esto, en especial, que comienzo y principio, primero y primario, son, al menos, instrumentos mentales naturales; y no, conceptos (cosas en estado conceptual); ya que el estado propio, natural, normal, inmediato de un concepto es el de objeto, temática y objetivamente presente, lo cual sucede tanto que partamos de un comienzo que sea simple comienzo —y, por tanto, mediatamente partamos de un principio—, como que salgamos de un comienzo que sea inmediatamente y sin más principio. Comenzamos por fijar un sujeto, tema, objeto...; y tal comienzo suele ser principio de un discurso, de una conversación, de un tratado, de un experimento planeado; o lo fijamos sin más requilorios, actuando en todos estos y parecidos casos principio y comienzo en forma y funciones de instrumentos naturales. Por ser, al menos, instrumentos naturales del pensar —como luz lo es de ver, sonido de oír...—, *aun antes de que* los enfoquemos temática y objetivamente —pensar *qué es* comienzo, *qué es* principio, por más que no estén siendo de...—, *nos hallamos ya* empleándolos; inclusive al proponernos, como paso previo, el de definirlos y perfilarlos —*antes de* comenzar o

principiar, para así comenzar por el comienzo, o principiar por el principio—, *estamos comenzando* por definirlos, y *hemos ya principiado* por delimitarlos.

Comienzo y principio son, pues, *datos primordiales,* sólo que del estilo especial que a continuación se declara:

e) Cosa *concreta,* o en estado de concreción, es aquella —cf. Parte II, Cap. I, § 1—, que *es* ella, mas está hecha *de* otra u otras de otro orden, o está siendo *en* otras u otras de diverso orden, o sirve *para* cosas de orden diferente del suyo. Ver *es* ver —no *es* oír o querer. . .—; mas para ser lo que es tiene que estar siendo *en* luz y colores. . . , y estar hecho *de* (*ser de*) ciertos componentes que la física conoce (protones, electrones, nucleones. . . .). Y dos *es* dos, mas está sirviendo *para* contar cosas de otro orden, al contar con 2 dos manos, dos focos de una elipse; aunque 2 no esté hecho *de* carne y huesos, como las manos, o de puntos como los focos de una elipse. . .

Comienzo y principio, son, de suyo, cosas cuyo natural estado es el de concreto; o comienzo *es* comienzo (y no dos, círculo, hombre. . .); mas comienzo está siendo *de* (está hecho de) números, palabras, proposiciones. . . No hay algo así como puro comienzo; comienzo es comienzo *de* algo, y cuanto tal algo sea más raro, peregrino y nuevo, comienzo será tanto más comienzo. Ni se da tampoco algo así como puro, mondo y ensimismado principio; principio es principio *de* algo; y en la medida en que tal algo depende más íntima, original y ordenadamente de principio, tanto más lo será él —axiomas *de* la geometría, axiomas *de* la aritmética, axiomas *de* la lógica. . . Intentar poner en sí —solos, a solas, en pureza—, comienzo y principio es ponerlos a funcionar en vacío; y resultan vacíos, nada de sí.

f) De ahí que se nos haga tan natural, e inevitable, plantearse las cuestiones referentes a *creación, origen* del mundo, *comienzo* del *tiempo, principios* de la *matemática. . . ,* como nos parece naturalísimo, e inevitable, abrir los ojos y ver con ellos objetos concretos coloreados en atmósfera de luz, y no ver ni nuestros ojos ni la luz.

Mas todo ello no pasa de *dato primordial* —del pensar, del ver—; de instrumentos primordiales —del pensar, del ver. . .—, tan primordiales e inevitables como lo son, por ahora, ver con el tipo anatómico de ojos que tenemos según la fase actual de la evolución biótica. De intento se emplea aquí la palabra *inevitable,* y se evita la de necesario, por razones que se irán exponiendo poco a poco (cf. Cap. III, § 2).

g) Por fin, nos encontraríamos ante un dato primordial, tipo

enser: *1*) si una determinada cosa —de dificilísima determinación en su carácter de cosa, como se dirá en su lugar—, fuera o estuviera siendo tan perfecta y absolutamente instrumento que no funcionara normalmente de tema y objeto (objetivamente), ni pudiera, por procedimientos normales, ser objetivable y tematizable. *2*) Si su tipo de concreción fuera, a la una, concreción para-en-de. Declaremos este punto en la medida conveniente a *Prolegómenos*.

Al contar con 2 dos manos, 2 está funcionando cual instrumento; sirve *para* contar cosas de otro orden; mas 2 no es *de* (está hecho de) mano, *de* carne y huesos, ni está siendo *en* carne y huesos; su concreción es de tipo *para* simple. El lápiz *es* lápiz, y no carne o apamate; mas está sirviendo *para* escribir y está hecho *de* madera de pino y *de* mina de grafito. Concreción *para-de*. Ojo *es* ojo —y no lengua, árbol, dos...—; mas está sirviendo *para* ver y está hecho *de* protones, neutrones, electrones..., de C, H, N, O; y está siendo *en* células, neuronas...; por lo cual ojo es *enser* de ver, y no simple instrumento, más o menos apropiado o íntimo. Si el ojo sirviera *para* ver y estuviera hecho *de* C, H, O..., mas no tuviera que estar siendo su ser *en* células, nervios..., sería posible fabricar ojos vivientes o que la vida se manifestara y vitalizara ojos artificiales. Nótese, pues, incidentalmente que *ser de* y *ser en* son modos, llamémoslos así por ahora, de ser algo su ser; que ser *de* no implica ser *en*. La vida no parece calar hasta el orden atómico; no es *en* átomos, mas está hecha *de* ellos; sin ellos fuera fantasma o tal vez nada. La vida está siendo su ser original *en* células, nervios..., que a su vez están hechos *de* (son de) nucleones... Ser (estar hecho) *de* algo y, no obstante, no tener que ser *en* ese algo de que se está hecho es, entre otras, una característica de la vida. Dejemos, por el momento, de lado la discusión de la posibilidad de ojos artificiales, y aceptemos como dato el que, por lo pronto e inmediatamente, nos hallamos con unos ojos en triple estado de concreción: *para-en-de*, y, por ella, triplemente órganos de percepción de lo real.

Todo lo que se acaba de decir se enderezaba a dar un primer y determinado sentido a la aserción: "el estado propísimo, original de ser es el de enser", en estado de triple concreción: *para-en-de*, en que *para*, *en*, *de* no tienen de suyo límite alguno, es decir: ser, o lo que cada cosa tenga en estado de ser, puede servir para cualquier oficio —*para* ver, *para* contar, *para* comer, *para* sentarse, *para* pensar,...—; ser, o lo que cada cosa tenga de ser, puede estar hecho *de* cualquier materia —se puede ser ser *de* C, H, O, N...;

de carne, *de* papel, *de* alma, *de* conciencia...—; ser, o lo que cada cosa tenga en estado de ser, puede estar siendo *en* cualquier tipo de realidad —*en* hombre, *en* árbol, *en* circunferencia, *en* mente...

En una frase que diga en voz alta y en forma expresa lo que todos damos por sabido: Todo ser hace *de* ser, todo sirve *para* ser, todo está siendo *en* ser; todo es ser y ser es todo.

Los problemas comenzarán a surgir, en lista y en rastra, apenas saquemos algunas secuelas, y nos espantemos ante ellas. Dejemos la cosa en este punto, preliminar y sencillo, pues sólo nos interesaba aquí la afirmación: *el estado natural de ser,* y de lo que cada cosa o alguna de ellas tengan en estado de ser —que puede no ser todo lo de todas ellas, como no todo lo de todos los cuerpos se halla de vez en estado sólido o cristalino o radiatorio...—, *es el de enser*: *ser* es *ser-y-estar* en estado de triple concreción (al menos): *para* (*t*), *de* (*t*), *en* (*t*), donde *t* simboliza *todos, todo.*

Y si en vez de las palabras todo y todos —y de lo que ellas indican y a lo que remiten en su propia función de instrumentos mentales—, empleamos la de mundo, diremos: *ser es ser,* y *su estado propio es estar siendo mundo* —sirviendo para cosas, hecho de cosas, siendo en cosas, y trocándolas en enseres—, que es mucho más, y otra cosa, que trocarlas en instrumentos.

Si *ser* sirviera únicamente para que ciertas cosas, o partes privilegiadas de ellas, fueran enseres —de ver, oír, pensar...—, mas no estuviera hecho *de* cosas, y menos aún estuviera siendo *en* cosas —especiales o determinadas partes de ellas o de algunas—, no sería posible plantear el problema de *proyecto metafísico*: de poner todas las cosas en estado de ser —al modo que la física moderna, al reconocer la posibilidad de transformar toda masa en energía y toda energía en masa, permite plantear el problema y acometer el proyecto de poner todo lo físico en estado de radiación, o todo en estado final de masa material.

Cortemos el hilo en este punto, para reañudarlo más adelante.

A.I.12 a) "*Aun antes de que* defina *qué es* uso, servirse de una cosa, de un concepto, ejercitar un concepto..., *me encuentro ya,* me he encontrado ya en I.11 —y en todo lo que va dicho y pensado hasta aquí—, usando y ejercitando el concepto de uso o servicio, tratando a tales conceptos como cosas de uso y usadas ya."

Afinemos, ante todo, la distinción entre servicio y uso, afinación que encierra una cierta transformación de dichos conceptos, bastante más radical y no menos real que sacar punta a un lápiz.

Un instrumento cualquiera —lápiz, sillón, calle, moneda—, puede estar nuevo y usado, en diversos grados, usado, de medio uso,

desgastado... Y para cada clase de instrumentos hay un estado de óptimo rendimiento y servicio, de coajuste de sus funciones propias con el órgano natural que de él va a servirse; estado óptimo que no suele coincidir ni con el de nuevo —recién torneado, recién pintado, recién cortado, salido de fábrica...—, ni con el de desgastado. No es preciso bajar a mayores detalles. Los instrumentos se coajustan a su función con el uso y se gastan con el uso.

Todo lo cual no tenemos inconveniente en admitir respecto de instrumentos materiales, mas puede provocar reservas y franco rechazo el simple insinuar —y más aún el afirmar, como aquí—, que aun los instrumentos mentales —cual los conceptos, principios, fórmulas...—, pueden resentirse del uso; una primera fase de coajuste óptimo, seguida de una fase de uso sin desgaste, desgaste por el uso, hasta llegar a inservibles. *Valor* usado da, primero, virtud; virtud usada, hábito; hábito usado, *rutina.* Dedos usados dan callos; *verdad* usada da dogma, consigna; *axiomas* y *reglas* de deducción usados dan hábito científico; y hábito científico usado degenera en formulario, tablas, formalismo...; *invento* usado, invento comercializado, pierde su carácter de invento. Y todo: valor, verdad, revelación, axiomas, inventos... pierden, a manos del uso, los caracteres conexos de novedad, originalidad, frescura, pureza, autenticidad, mismidad, definición, división... ; y adquieren los de manoseado, desgastado, administrable, público, común, corriente, cotidiano, de diario... hasta caer en desuso por inservibles ya.

Uso, pues, no es, en rigor, un concepto; y, al definirlo o caracterizarlo como concepto, estamos usando del concepto de uso para un uso especial, para ese uso propio de los conceptos que es definir, explicar, explicitar *qué es* algo —*qué es* uso. Y tan cosa de uso y tan usada puede llegar a ser y estar una definición que pase al haber de repertorio, manual escolar, diccionario, receta mental, respuesta de exámenes.

Separemos ahora esmeradamente uso de servicio, utensilios de enseres; aun con peligro de violentar el uso de ciertas palabras, su corriente significado, garantizado, cual el valor de los billetes, por largo manoseo.

Los enseres no están sometidos (no se resienten *de*) al uso, medio uso, desgaste, desuso; los instrumentos, sí. Los enseres *sirven para,* los instrumentos *úsanse para...* Si hubiese, pues, conceptos-*enseres* no se gastarían por el uso; no sería factible usarlos por hábito; se tendrían en actos sueltos, y disponibles para actos sueltos —en chispazos de genio, en golpes de intuición, en abrir y cerrar los ojos, en ocurrencias, atisbos...—; mas a los conceptos-*instru-*

mentos convendría, como propio, el estado de uso: de uso óptimo, de medio uso, usados, desgastados, desuso...

Estado de novedad constante, de pureza imperdible, de originalidad permanente... frente al estado de usado, conocido, cotidiano, común y corriente.

Dentro de los límites propios de *Prolegómenos* adelantemos una aserción en tono de sospecha: luz, en cuanto *enser* para la vista —y no utensilio para ella, cual anteojos, córnea...—, no se resiente del uso, por muchas veces que a ella se abran los ojos, los miles de millones de ojos de la humanidad; la luz no se desgasta por servir para ver. En general, las cosas que están en estado de objeto para un poder cognoscitivo no sufren cambios de estado objetivo a estado usado. La luz es, todos los días, nueva. Aceptando todo lo dicho como sugerencia y ejemplo en que plantear problemas graves, a discutir en su lugar propio, que sería la *Ontología*.

¿Ser es enser o utensilio? ¿Sirve para o se usa para? ¿Hay de Ser un concepto de uso, un concepto común y corriente, cotidiano, natural...? O bien ¿no cabrá, respecto de ser, tal estado de uso, sino tan sólo el de servirse de, el de servicio público, comunísimo, cual el de la luz del sol?

De todo ello se hablará inmediatamente.

Uso es, de consiguiente, un estado que, en principio, puede afectar a todo —material, espiritual, conceptos, valores... Se usa del concepto mismo de uso, para saber *qué es* uso y para usarlo debidamente; y no querer usar el concepto de uso para declarar *qué es* uso, es estar usando de otro concepto para explicar *qué es* uso, es decir: estar usando el mismo concepto que intento no usar. Su negación —el negarse a usarlo—, lo reafirma, lo usa; y nota su uso como inevitable; y tal pretensión lo hace o manifiesta inevitable. Puede, por tanto, ponerse en estado de dato *primario*.

A.I.13 a) Planteemos la cuestión anterior respecto del lenguaje.

"No sólo *aun antes de que* me haga cuestión alguna previa, *me encuentro ya* y *me he encontrado ya* hablando en castellano, es decir: empleando como medio de expresión de todo —material, espiritual, mundo...—, el castellano, dándome o habiéndome dado ya desde mi infancia y por muchos años, sin más y sin previo alguno, por satisfecho del poder expresivo de tal lenguaje —lo que permitiría catalogar al castellano que empleo como dato bruto o elemental, para mí (1)—; sino que, *aun antes de* toda discusión o duda, he dado por resuelto, y a ello me estoy ateniendo, que *el Lenguaje* es el medio suficiente, y mejor que cualquier otro, y has-

ta perfecto, de expansión de los temas de que estoy tratando —a los que, por convención, estoy dando el nombre de Metafísica (2). Y esto pudiera parecer dato primario, al menos. La negación de que haya para la Metafísica un medio mejor de expresión que el lenguaje, se está sirviendo de un lenguaje que habla de eso mismo: de metafísica, de su imposibilidad de manifestarse en otro medio mejor que el lenguaje.

No todo lo de todas las cosas puede ponerse, admitámoslo sin mayores escrúpulos, en estado de imagen especular; no todo lo de todas ellas puede hallarse en estado de microsurco en una placa de gramófono; o transmitirse por ondas o por teléfono. Raro sería que todo lo de todas las cosas pudiera expresarse en palabras.

Significado de una cosa, o lo que una cosa tiene de significativa o de significativo, es lo que de ella puede estar siendo *en* otra, sin llegar, con todo, a ser *de* ella o hacerse *de* ella; y, a la vez, lo que de una cosa está siendo *en* ella misma, sin estar hecho *de* los elementos reales de ella misma. Caso de concreción mínima, frente a la triple "De-para-en". Es, pues, *significado* algo bien real de las cosas, aunque no todo lo de todas ellas, en principio y en estado actual. En lo cual no hay, por el momento, mayor inconveniente que el que, en una cosa, como el hombre, haya unas partes transparentes, otras opacas; unas sólidas, otras líquidas...: todas *de* una misma realidad. La coexistencia y equilibrio de todos estos estados —o fases, como se los denomina en termodinámica—, de una misma realidad presentará problemas estrictamente ónticos, aparte de los ontológicos que se van vislumbrando.

Pues bien: estar algo siendo *en* otra realidad (sea o no la mente) sin tener que estar hecho *de* tal realidad ni tener que servir *para* sus conexiones teleológicas, y sin que tal algo haga en dicha realidad nada de lo que él está siendo *en* sí, es estar siendo ese algo de una cosa —o todo lo de ella, así lo sería en estado final—, en estado de *significado* o estado significativo.

Advirtámoslo en unos ejemplos.

En la frase "dos y dos son cuatro" —hablada o escrita—, algo, no todo, de esas realidades que son en su orden "dos, cuatro, igual...", está siendo *en* la realidad del sonido; simplemente siendo *en*, sin tener que estar hechos "dos, cuatro, igual..." *de* aire, de vibraciones longitudinales..., ni servir *para* hacer presión, volumen, calor, equilibrio, resistencia...; y, a la vez, "dos, cuatro, igual..." no hacen que el aire sea número, entero, par, sumado, igual..., ni sirven para hacer del aire elemento del principio de inducción completa o de una verificación. Ni el aire hace nada

en los números ni éstos en el aire; mas como la relación "dos más dos igual a cuatro" está solamente siendo *en* aire —en palabras—, y aire no está siendo *en* números, sólo está en estado significativo dicha relación, y no está en estado significativo el aire. O mejor: la relación matemática indicada está *en* estado significativo *en* el aire —como en medio de expresión, aparte de si en otro orbe lo esté o no; mas el aire no está *en* estado significativo *en* los números, como en medio de expresión de sí. Cortemos aquí estas indicaciones, pues no hace falta más para el intento presente.

Ahora bien: la distinción entre ser y ente, dentro de una cosa, es un dato primordial —como se acaba de decir, y se perfilará aún más en su lugar; empero qué cosas concretas, y en qué grado, estén en estado de ser y cuáles otras, y qué partes de algunas, se hallen en estado de ente, no pasa de ser dato bruto o elemental (cf. Cap. I, § 6, D.oo.11).

Parecidamente, que se dé ese estado de una cosa que se llama aquí *significativo*, y que se den cosas en estado de ser medios, espejos, pantallas, lugares de significados (medios expresivos) es *dato primordial;* mas determinar cuántas y cuáles cosas, y cuánto de tales cosas se halle en estado significativo (expresivo) es un *dato bruto o elemental.*

Todo lenguaje se resiente, por tanto, de una doble restricción: *a)* presupone lo que de las cosas —todas, algunas, algo de todas, algo de algunas—, se halle en estado de significado: de puro y simple ser *en* —en las cosas enteras, o en una parte de ellas; y en este aspecto hablamos de significado *de* una cosa, o propio de ella, como hablamos de la transparencia *de* la córnea *del* ojo *de*. . .—; *b)* que ese significado, pertinente a una cosa, esté siendo en otra, en la medida en que ésta se preste a que justamente el significado, que es estado peculiar perteneciente a otra cosa, haga acto de simple presencialidad, de simple estar *en* ella —en aire, en piedra, en signos escritos. . . No consta, sin más, cuánto de cada cosa puede hallarse en estado de significado, siendo *en* esa cosa sin llegar a estar haciéndose *de* ella; ni consta tampoco cuánto de otra cosa puede encontrarse en estado de medio expresivo, de simple lugar para el puro estar siendo una cosa *en* otra. Doble hecho *bruto o elemental.*

De consiguiente: A.I.13 incluye dos tipos de datos: *a)* que hay, en ciertas cosas, una parte de ellas en estado significativo, y otras cosas en estado de ser lugar de pura presencia de tal significado no suyo —en parecido sentido a como, en virtud de las leyes físicas, hay estado cristalino, o arco iris, o nube. *Dato primordial.*

b) Qué cosas concretas, cuánto de ellas, se halle en un momento dado en estado significativo, y cuánto y cuántas otras se encuentren haciendo de lugar propio para significados, es *dato bruto o elemental.*

Se trata, efectivamente, de dato; *a')* por el mero hecho de ponerme a hablar —y aun a pensar, oír, soñar...—, *me encuentro ya* sirviéndome de significados, es decir: haciendo de ciertas cosas —sonidos, signos escritos...— lugar de simple presencia de lo que otras cosas —bien reales y eficientes en su orden— tienen en estado de significado —diversa cosa fuera si me pusiera a cantar, o a escribir música, o a pintar... que, en estos y otros casos, habrá que estudiar qué es lo que en ellos se manifiesta, si significado o sentido, qué es lo que ciertas cosas tienen (o están teniendo) en estado significativo, o lo que ciertas cosas tienen (o están teniendo) en estado afectivo, diverso del sentimental, del sentirse sintiendo, puntos a declarar en su lugar (Parte II, Caps. VI, VII).

Por el mero hecho y en el mero hecho de ponerme a hablar —de palabra o por escrito—, tengo, inevitablemente, que servirme de significados, y significo algo; y todo ello en virtud de una necesidad (inevitabilidad) parecida a la que rige en lo físico: dada materia en estado de radiación (luz), y dado un cuerpo en estado de superficie metálica bruñida emerge una imagen virtual —simplemente real, mas ineficiente; no se la puede recoger en pantalla, no produce interferencias... El hablar sobre el hablar se hace, parecidamente, hablando, sirviéndose de significados, es decir: empleándolos como instrumentos hechos ya, y a la mano. Así que *negarse, hablando, a hablar es "hablar"* (dato primario); negarse de palabra a hablar, no presupone la palabra, sino la *supone,* o sea: la está poniendo de base, de fundamento; cual negarse, de viva voz, a hablar, supone la lengua, mas no presupone la lengua en el sentido de tener que principiar por examinar su estructura concreta, su fisiología especial, ensayar sus músculos... En el mero hecho de hablar se ha dado ya, y se está dando ya, por buenos la lengua y el lenguaje; es el *pre* de todo fundamento que esté subtendiendo, desde lo profundo, el actual edificio (*dato primordial*).

b') De qué cosas, y de qué componentes de ellas, se pueda hablar o significarlas en palabras y en la palabra, no pasa de *dato bruto,* o *elemental.* Depende —como se viene, a veces, a notar después, mucho después de haber hablado—, no sólo de que haya lengua, aire, papel, signos, alfabeto; depende también de cuántas cosas, y cuánto de ellas, se halle, en un momento dado, en estado significativo. Se puede hablar ahora de aviones, bomba atómica,

computadores electrónicos, autos, cemento, luz artificial, lápiz. . ., porque hay tales cosas en nuestro mundo, y porque tales cosas —además de tener componentes que, de vez, están sirviendo *para* ciertas reales funciones, están hechos *de* protones, electrones, neutrones. . . y están siendo *en* células, alas, motor, alambre. . .—, tienen algo de sí que, simplemente, solamente, está siendo *en* ellas; tienen algo de sí en estado significativo, más o menos según ciertas circunstancias, entre ellas el grado en que el universo esté siendo mundo —de lo que se hablará, como es deuda evidente, en su lugar (Parte II, Cap. III),

Para otros mundos —el griego, el medieval, por ejemplo—, fotón, neutrón, avión, bombilla. . . no tenían significado alguno, no tanto porque las cosas a que estas palabras ahora se refieren no existieran —había claro está protones, neutrones, fotones. . .—, sino porque tales cosas, ellas mismas, no estaban realmente en estado objetivo, de patencia real, dentro de tal mundo; ni tales mundos habían inventado aparatos, instrumentos o enseres para poner a tales cosas en tal estado de patencia —al modo que una vulgar refrigeradora moderna pone al agua en hielo, o un alambre pone la energía eléctrica en estado de energía calorífica o luminosa, o una colisión de positrones y electrones, en ciertas máquinas, pone su energía cinética en estado de fotón (luz).

Se advertirá la necesidad de tomar en serio, *en real*, lo de estado significativo de las cosas, y el estado significante (correlativo) de otras —aire, signos. . .

Dejemos aquí este hilo suelto, a estirar y añudar con otros, más adelante.

Un punto final: Tanto el estado significativo de ciertas cosas como el estado o función significante de otras, admiten *uso*: desuso, desgaste, pulido, brillo, medio uso, claridad, distinción, dirección (vectorialidad, intención), y no simple servicio, cual los propiamente enseres. Tanto el estado significativo, como el significante, de ciertas cosas, son estados de cosas de este universo real, y no estados de cosas de otro universo que sea tan otro de éste, tan diverso de éste, que hablar de él exija pasar de significado a intento significativo, de intención significativa a indicación, de indicación a alusión, para notar, al final de este peculiar proceso de desvanecimiento real del estado significativo-significante, que el objeto nos elude, tanto que ni siquiera podemos barruntar, vislumbrar, atisbar —no se diga ver, intuir, captar—, que existe.

No pertenece a este lugar señalar las reales manifestaciones del estado de uso del estado significativo-significante de ciertas cosas.

Consignas, propaganda, dogmas, catecismos, formularios, manuales, recetas, refranes, frases hechas, charlatanerías, palabrería, academicismos, gramática... son diversas formas reales de uso —más o menos cerca unas, otras más lejos de desuso, abuso, desgaste, brillo, claridad... del estado significativo-significante de ciertas cosas.

Mas, *aun antes de que* nos propongamos todas estas cuestiones (planes o proyectos metafísicos reales; tan reales en su orden como los proyectos físicos de construcción de pila atómica, de auto, de radio...), *ya nos encontramos* empleando palabras usadas, de medio uso, recién acuñadas, gastadas, pulidas de intento, frases hechas... Nadie *comienza por* un lenguaje enteramente nuevecito, y toda palabra nueva —admitamos el calificativo—, queda, sin más, sujeta al estado de uso, propaganda, diccionario... (*Dato bruto* o elemental).

Una vez más: tómese todo esto en serio, *en real,* tan real que forma un cuerpo (mundo) con la realidad, e interviene en ella como protón, electrón, fotón, sólido, líquido, cristalino, coloidal; células, ojos, vida, dolor...

§ 2. Estudio de los datos iniciales B.I. 20, 21, 22

B.I.20 a) "Aun antes de que ponga en cuestión si voy a decir algo, o sencillamente no decir nada, *me encuentro ya* diciendo algo".

Nos encontramos diciendo, en igual sentido al menos, como nos encontramos nacidos y despiertos. Es una insensatez —cosa más grave e incurable que simple falsedad—, querer sorprenderse despertándose, cogerse a sí mismo con las manos en el hurto de nacer; uno se encuentra nacido, despierto, y *hablando;* y no se comienza a hablar después de consciente silencio absoluto, de un consciente no hablar total; sino, cuando más, se comienza a hablar en voz alta después de haberse encontrado a sí mismo hablando en voz baja o interior. Se rompe a hablar, por dentro al menos, antes o a la vez de comenzar a hallarse ya hablando por fuera; se encuentra, pues, uno hablando con igual discontinuidad y tan de golpe como se halla uno despierto o nacido. Y no hay otra manera; lo cual quiere decir que este tipo de comienzo es, de vez y a la una, principio, o sea: dato primordial; mas siempre dato inevitable (cf. Cap. III, § 2); nunca, en rigor, necesario, como se dirá al afinar el significado de estas palabras.

Rompemos a hablar como rompe e irrumpe en el silencio, de suyo absoluto, de una sala de conciertos el primer compás de una sinfonía no estrenada —comienzo que es principio de ella; así

que es algo que surge y emerge de golpe, por novedad, sin precedentes, sin causas adecuadas.

Se comienza a hablar *porque sí;* se halla uno nacido *porque sí:* se encuentra uno despierto *porque sí,* sin causa propia —aunque no, por sólo esto, sin condiciones, previos, ocasión, oportunidad, pretexto...: puntos a declarar en su momento.

Encontrarse hablando es dato primordial, del que se puede sacar, destilar, un dato primario: "negarse a decir algo" es "estar diciendo algo"; "negarse a decir" algo es tan insensato empeño como "negarse a despertarse", "negarse a nacer"...

Y uno deja de decir algo por manera semejante a como deja de estar despierto; *porque sí,* de golpe, por global inconsciencia.

B.I.21 a) "Aun antes de que determine, precisa y justamente, qué es lo que voy a decir, *ya me encuentro con que* estoy diciendo algo bien preciso: diciendo esto y no estotro, vgr. lo que estoy diciendo ahora mismo".

Parece que esto que voy ahora diciendo es ejecución de una determinación previa, bien definida, de decirlo, tal que no me encuentro diciéndolo *antes de* toda determinación, sino *después de* determinadas y detenidas consideraciones —previas, pensadas y repensadas. Mas no es así: si lo que estoy diciendo no se reduce a una repetición exacta de lo ya dicho, encerrará algún elemento de novedad, por pequeño que sea: de orden, palabras, matiz expresivo, resalte..., aunque no sea sino la mínima, e inevitable, novedad de ser *la segunda vez* que se dice —cosa que no podía serlo al decirlo por primera vez; y a su vez la primera vez que se dice, aunque no sea sino aquí en este papel, y en este segundo, son novedades.

Ahora bien: la novedad, insignificante o notable, es, por constitución, lo que me encuentro diciendo, siendo, viendo, haciendo..., *antes de que* lo prevea, anuncie, proyecte... en su detalle original.

No hay, empero, inconveniente en que la novedad encaje de manera, más o menos ajustada, con lo anterior; es decir, la novedad puede poseer racionalidad *retrospectiva,* cual estela de cohete en el aire, de nave en la mar —estela de figura geométrica y propiedades físicas bien determinadas. Mas la novedad no puede tener racionalidad *prospectiva* —ser total y perfectamente previsible, calculable, preinteligible. La novedad, en cuanto novedad, surge *porque sí,* sin causa propia y adecuada, sin antecedentes propios y adecuados —aunque tal vez requiera condiciones necesarias, previos, ocasiones propicias, pretextos...

Todo está lleno, a rebosar, de novedades que encajan y se in-

sertan con lo anterior tan ajustadamente que la racionalidad retrospectiva de la novedad parece racionalidad prospectiva, en virtud de que: *a)* novedad es siempre novedad *de* una cosa, o *en* una cosa —viviente, lenguaje, cuerpo.. .—; y *b)* está sometida al estado de uso.

Cada palabra que empleo, aunque se haya empleado miles y miles de veces; y cada idea, háyase dicho miles de veces, al emplearla o decirla una vez más adquiere, inevitablemente, un componente de novedad, por más que no sea sino ése de ser $n + 1$ vez. Aparte de lo cual la repetición misma puede ser ocasión de novedades sentimentales, cual aburrimiento, fastidio, hastío...

Así que *aun antes de que* determine lo que voy a decir, *ya me encuentro* diciéndolo; y no puedo menos de comenzar por encontrarme diciéndolo, no cual si fuera la primera vez, sino porque siendo, bajo uno u otro aspecto, la primera vez, sólo puedo encontrarme *diciéndolo,* y hallármelo *dicho,* cual me hallo nacido o despierto —acontecimientos, todos ellos, sin vigilia.

Se trata, pues, de un *dato primordial.*

B.I.22 a) "*Aun antes de que* fije el modo como voy a decir algo, y esto, *ya me he encontrado* diciendo, *me encuentro* diciendo ya todo ello de un modo especial; *me sale dicho* de una manera especial: así, en forma afirmativa; y no asá, en forma negativa, dubitativa, interrogativa, suspensiva..."

Diga lo que dijere, y me haya o no propuesto lo que voy a decir, y en qué forma, me hallo con que lo dicho está ya o sale dicho de una manera particular: con sentido, sinsentido, afirmativo, interrogativo, dubitativo, definido, vago, caos verbal, revoltillo de significados, falso, verdadero, indecible..., admitiendo siempre modos determinantes: *esto es un verdadero caos de palabras, es verdad que esta frase es suspensiva...* Inclusive, proponerse decir algo, y que lo dicho no tenga forma alguna —ni afirmativa ni negativa...—, es estar *afirmando* que lo que estoy diciendo no tiene, ni dejaré que tome forma afirmativa...

Por el mero hecho de ponerme a decir, lo dicho sale o surge con una forma especial: *así y no asá.* Nace con forma, como yo me hallo naciendo hombre, rubio, español..., es decir: nacido con forma concreta, *antes de que...* y como *previo a...* todo lo demás.

Nos hallamos ante un *dato primordial,* del que es factible sacar un *dato primario.*

§ 3. Estudio de los datos C.I. 30, 31

C.I.30 a) "*Aun antes de que* me plantee cualquiera cuestión previa acerca de mí mismo —de mi existencia, potencias, propiedades, esencia, constitución, fin—, *me encuentro ya* siendo yo quien ha respondido a tales cuestiones de una muy especial manera: a saber, teniéndome por real, dándome y conduciéndome como real; sirviéndome sin más de cuerpo, alma, potencias y sentidos..., sin haberme preocupado por responder previamente a ninguna cuestión referente a realidad y a mi realidad, grado de ella, límites de mis posibilidades y potencias..."

a) El que me halle nacido *así*, en semejante despreocupación, resueltas ya de antemano —sin más y sin aviso—, cosas tan previas, al parecer, como qué voy a ser: hombre, árbol... —si voy a ser real o irreal, cuerpo físico, cuerpo matemático, número...—, con qué potencias voy a contar, cuáles son los límites de sus posibilidades —ojo y su franja visible, mente y alcance de conceptos...—, es *dato bruto o elemental.* Nacer es comenzar siendo real en estado de total y neutral despreocupación ontológica y metafísica. Se comienza siendo real, *en bruto.* Y no hay otra manera.

Respecto, vgr., de un teorema determinado no tiene sentido alguno preguntar si nace a ser teorema; *no comenzó* por ser un *que es así*: "*que* la suma de los cuadrados de los catetos *es* igual al cuadrado de la hipotenusa..."; sino *principió* por ser su *qué es,* a saber: verdad geométrica determinada y determinable por una determinada conexión con ciertos axiomas a través de determinados teoremas antecedentes. No es *verdad en bruto,* en estado amorfo, sino en estado cristalino —si se me permiten tales metáforas. Venir al ser es, para él, estar siendo desde el comienzo como principio. Y suponiendo que podamos hablar con sentido de *espíritu puro,* no podemos concebir que sea posible el que un espíritu puro *comience* siendo *nacido* con su realidad en estado *bruto,* neutral e indiferente a toda ontología, metafísica, religión... Surge en, con y por perfecto coajuste entre primero y primario. Su realidad está siendo primordial; y nunca dato, ni siquiera primordial.

Es, pues, un dato bruto —de brutal y desconsiderada realidad—, *el nacer.* Nacimiento y niñez son, según esto, estados bien reales de neutralidad desconsiderada y despreocupada frente a ontología y metafísica. Así que ontología y metafísica, como estados del ser del hombre, tendrán que sobrevenir por irrupción y con rotura de tal estado preliminar: nacimiento-niñez. (Cf. Parte II, Cap. VI.) (Es claro que niñez abarca aquí el tiempo entero de inocencia meta-

física y ontológica —física, gnoseológica, etc.—, dure lo que durare según el calendario, y presupongan lo que presupusieren leyes...)

Respecto, por tanto, del hombre el estado ontológico y metafísico (por ahora empleamos las dos palabras indistintamente) surgirá por modo de acontecimiento dentro de su previa inocencia ontológica y metafísica.

b) En este estado de inocencia ontológica nos tenemos por reales, nos tratamos como reales, usamos sin más de nuestros sentidos, potencias... Es decir: tal estado de inocencia metafísica afecta a todo nuestro ser y hacer; en él puede pasársenos la vida entera. Hasta qué punto tal estado de inocencia ontológica afecte al futuro y posible estado ontológico-metafísico del hombre, será punto a tratar más adelante. Basta aquí con una indicación preliminar: con la pérdida de la inocencia ontológica que surge al irrumpir en nosotros, en el niño metafísico que comenzamos siendo, las cuestiones: *por qué* existo, en vez de no existir; *por qué,* dado que exista, soy tal o cual; *por qué,* dado que sea tal o cual, soy así o asá; *por qué* hay algo, y no más bien nada; *por qué* si hay algo, es tal o cual..., nuestra realidad continúa pertinazmente siendo tan realidad en bruto que ella misma no se transfigura o transustancia a estado metafísico, en que la metafísica sea ya estado normal de su realidad, dando *ella misma* —y no sus palabras, pensamientos, demostraciones, creencias, deseos...—, respuesta a tales cuestiones, siendo *ella misma* ya la respuesta —sintiéndose ser creatura, o increado, para sí o para otro, compuesta de esencia y existencia, de materia y forma, de material y formas *a priori,* sin que tales cuestiones y sus respuestas se queden en estado mental significacional, indicativo, desiderativo, creído, y no pasen al de ser real, a mi realidad.

Mi realidad no cristaliza —por nada, ni antes ni después de la revelación o descubrimiento ni de cuestiones ni de respuestas metafísicas, ontológicas, religiosas...—, en ontología, a pesar del estado ontológico que pueden llegar a tener mis pensamientos, deseos, ciencia, creencias...

La ontología y la metafísica no son estados propios de la inmediata realidad del hombre. Mi realidad inmediata es metafísica y ontológicamente bruta —realidad en estado de *dato bruto.* O dicho por la parte complementaria: la ontología y la metafísica son, respecto de mi realidad, realmente inoperantes.

¿Caben proyectos para determinados intentos, y atentados, de acabar con tal facticidad de mi realidad —semejantes, hasta cierto punto, al *proyecto* de transformar toda la materia en luz? Con-

vengamos, por ahora, en adscribir a la Metafísica, no a la Ontología, tales proyectos de transustanciación de un tipo de realidad *bruta* en otro de realidad *neta* —en espíritu absoluto, conciencia, estado divino...

La impotencia real de la metafísica humana respecto de la realidad humana inmediata es un dato inicial bruto y brutal.

c) A pesar del estado de inicial brutalidad ontológica y metafísica de mi realidad, se dan en ella, y en tal estado de la misma, *datos primordiales;* por ejemplo, los enumerados en A, B. Los datos primarios no surgen sin más en tal estado; menos aún, los primeros. Para que emerjan del estado de inocencia ontológica y metafísica hace falta la imprevisible irrupción de ciertos acontecimientos, inventos, ocurrencias... de que se hablará en su momento (Parte II, Cap. VI).

Todo lo que aquí estamos diciendo presupone la pérdida de tal inocencia ontológica y metafísica, perdida ya por parte del entendimiento, voluntad..., mas no perdida por toda nuestra realidad. El que nuestra realidad misma la pierda, y comience a tener sentido de perderla, es un *proyecto* metafísico y ontológico —una ocurrencia, una buena o mala ventura. Y hará falta una *técnica* ontológica y metafísica especial, servida de *inventos* ontológicos y metafísicos, especie de aparatos e instrumentos ontológicos y metafísicos...

En todo caso, ontología, metafísica, mística... —y sus correlativos *proyectos* de transustanciación del estado de inocencia real de nuestra realidad, los adecuados inventos para intentarla—, están perennemente expuestas, inevitablemente sometidas a ese campo gravitatorio constante que es el estado de inocencia ontológica y metafísicamente bruto y brutal de nuestra realidad.

Metafísica y ontología, por tanto, no *caen al olvido,* cual si hubieran comenzado por ser conocidas, vividas y sidas por nuestra misma realidad; ni han sido *puestas en olvido* por algún acto especial de atentado contra un estado primario o primordial, *ni pasan a encubiertas* y soterradas después de haber estado, como en estado primero y primario, en el de descubierto, patente, a flor de tierra. La cuestión es de vez muchísimo más sencilla y muchísimo más grave: metafísica y ontología no son, primordialmente, conjuntos, más o menos sistemáticos, de conceptos; son *a)* acontecimientos, *b)* que hacen cambiar el estado de la realidad: de estado de realidad en bruto a estado *metafísico* y *ontológico*: el de ser y estar siendo el *porqué* de todo; *c)* metafísico y ontológico designan, según esto, estados de la realidad —en sentido parecido a líquido, sólido, gaseo-

so, cristalino, polarizado... Y pudiera suceder, y sucede, que en un momento dado haya bien pocas cosas en estado metafísico y ontológico, y que vgr. fuera el entendimiento esa parte de nuestra realidad bruta que se prestara más fácilmente a cambiar de estado: de entendimiento-en-bruto a entendimiento en estado metafísico y ontológico, como ciertos cuerpos pasan más fácilmente que otros, y en mayor parte que otros, del estado amorfo al cristalino.

Tomamos, pues, metafísico y ontológico en serio, o sea *en real.* Lo que se acentuará recargada, importuna e insistentemente a lo largo de esta obra.

C.I.31 a) "Aun antes de que se plantee a *mi yo* el problema previo de *mi* incardinación a un mundo, de *mi* encarnación en un cuerpo o en un alma, de *mi* adscripción a una circunscripción de cosas..., *me encuentro ya, me he encontrado ya* con que estoy siendo *yo* con *esta* alma, en *este* cuerpo, en *este* universo, en *esta* circunstancias de cosas... —ascendencia biológica, geografía, historia, concepción del universo..."

Nadie se puede plantear con sentido *qué es* tener cuerpo —o estar siendo cuerpo—, sin estar teniéndolo ya; ni *qué es* tener alma —estar siendo inteligente, vidente...— sin estar teniendo ya alma; ni *qué es* tener mundo, sin estar ya siendo en mundo; ni *qué es* ser hijo de..., sino siéndolo ya; ni *qué es* pertenecer a una civilización, cultura..., sin encontrarse siendo ya en ellas; como nadie puede saber, con saber de realidad de verdad, *qué es* ser real, sin estar siéndolo ya.

Lo sorprendente no es, pues, tener cuerpo, alma, mundo...; sino sorprenderse a sí mismo haciéndose cuestión de cosas que, sólo siéndolas ya, teniéndolas resueltas —sin necesidad de plantearlas, sin previo alguno—, pueden adquirir sentido, y que, al intentar darles sentido, se halla uno con que no tiene sentido el problema mismo, como problema, como previo, pues sin planteo está resuelto. A lo más cabrán, como se verá en su lugar, *proyectos* metafísicos, es decir: proyectos que, sobre tales datos brutos —cual sobre preexistente Uranio—, monten una técnica metafísica para transformarlos en datos elaborados —primarios, primeros, primordiales—, sin perder jamás el carácter de *datos.*

De repente puede sobrevenirle a uno el sentimiento original —de tipo metafísico, como se dirá—, de lo extraño, raro, desconcertante y aun vergonzoso que es que *yo* tenga cuerpo, y tenga lo que hace que cuerpo sea realmente tal y se manifieste y me haga sentir lo que es —física, biológica, genéticamente... Mas este sentido de extrañeza sólo puede experimentarlo, estarlo siendo, quien

es ya cuerpo, y por serlo. Lo extraño es, pues, que uno se extrañe de sí mismo —forma de dualidad perfectamente compatible con una identidad realmente identificante de dualidades—, de que se hablará en su lugar (cf. Parte II, Cap. VI, § 1, *B, b*).

Sólo a quien está siendo, con toda la fuerza y peso bruto de su realidad, en *esta* cultura, en *esta* civilización,... puede acometerle el sentido de extrañeza, despecho, protesta de que a él, precisamente a él, justamente a él, le haya caído en suerte o en desgracia por malevolencia de perversas e irreverentes potencias, estar siendo en el mundo actual, tan desmesuradamente civilizado, y tan pobrete en cultura, en cristianismo...

De nuevo: lo sorprendente no es el hallarse ya —sin previos, prevenciones, cautelas,...—, siendo en *este* mundo, sino el que, no pudiendo tener sentido real tales cuestiones para nadie que no se las encuentre de antemano resueltas, antes mismo de plantearlas, nos acometan real, realmente, tales sentimientos, origen de parecidas cuestiones, que, a su vez, por el hecho de plantearlas distinta, explícitamente, articulada y claramente, muestran su incurable carácter de *datos brutos* —tan brutos que ni realmente enseñan algo ni se dejan enseñar nada, ni siquiera ontología, o lo que ellos son.

No tener cuerpo, salirse de una vez de él, sentirlo cual carga... sólo puede estar siéndolo o sintiendo quien esté teniendo cuerpo y *este* cuerpo, por modo de *dato bruto,* y de dato irremediable en su brutalidad; lamentarse de su alma —de hallarse siendo como vertebrado, ápice por ahora de una evolución de millones de años, con tal tipo de ojos, pensamiento, prejuicios, color...—, sólo puede hacerlo realmente quien está teniendo alma, y precisamente *esta* alma, la suya, y teniéndola y siéndola como *dato bruto,* de invencible brutalidad, invencible por mera resistencia pasiva. Y así de lo demás.

Todo ello entra, como diremos en su lugar, en el mismo orden que las preguntas: ¿por qué, justamente a fulano, le cayó el premio gordo de la lotería, y a mí no —a pesar, como se supone, de haber comprado cada uno un billete *cualquiera?* Si hubiera razón por lo cual le hubiera tocado a fulano precisamente, y se pudiera demostrar por qué no me ha caído ni podrá caerme a mí, sería señal de que se habría hecho trampa. La lotería es, por constitución, el dominio de lo que pasa *porque sí,* sin razón individual; y está montada —o se procura acercarse como a ideal—, de modo que nunca pueda haber razón o por qué cae a uno y no a otro, por qué sale este número y no estotro. *Está,* pues, *montada contra el principio de ra-*

zón suficiente: no haya razón por que sea así y no asá; para que esto convenga a éste; y no obstante, si se da, tal conveniencia no se transforme en predicado del sujeto —en razón, propiedad, esencia suya.

Dar, pues, razón de todo lo dicho en C.I.31 es hacer trampa; y trampa ineficaz, intento frustrado, inevitablemente, de trampa.

Respecto de los datos brutos o elementales sólo caben intentos de racionalización, no convertibles en razón cumplida; son intransformables e intransustanciables en datos primordiales, primarios y primeros. No refutan ellos positiva, directamente, tales intentos; quedan refutados por la pura, mera, neutral resistencia pasiva de *dato bruto*.

Con todo, el que se den, contra toda expectativa, tales intentos de reforma racional de datos brutos, y aun de negar que los haya, es otro *dato*, sólo que de estilo *metafísico*; es decir, en dos palabras: son materiales para un proyecto de reforma y *tran*sustanciación de lo real, proyecto que llegará o no a realización según se inventen o no ciertas técnicas metafísicas. Puntos que quedan por ahora, en suspensivos e interrogativos.

(No hace falta advertir con más de una frase que la interpretación que se acaba de dar a la palabra *metafísico*, y sus futuros perfilamientos, no tienen gran cosa que ver con su etimología o historia.)

Capítulo tercero

MATERIAL PRELIMINAR: SER Y ESTAR, TIPOS DE NECESIDAD

§ 1. Ser y estar

1) Poder hacer, o estar haciendo —respecto de un asunto que, de suyo, parece exigir omnímodamente perfecto tratamiento, ya desde el inicio mismo de atacarlo—, un comienzo de estilo *prolegómenos,* es partir de un comienzo que no sea del todo, o no esté del todo, en estado de principio, de primario.

Supongamos, por vía de ejemplo, que lo que el hombre tenga en estado metafísico u ontológico lo tenga, cuando más, en estado de dato *inicial,* es decir: en estado de *primero* en el que no se ha impuesto del todo el estado de *primario,* transmutando íntegramente su estado inicial de simple *primero* —cual si dijésemos que no hay todavía suficiente calor en la tierra para que el estado de hielo de algunas de sus partes (estado *primero,* según la comparación que usamos) haya cedido su lugar al estado de vapor o nube (estado *primario,* continuando con la comparación).

Todos los *trámites* de la demostración de un teorema son, en rigor, de vez y a la una (estado *primario* de todo teorema); mas los *pasos* demostrativos por los que un matemático lo piensa, las diversas fórmulas presentes en diversas partes de una página, la sucesiva aparición de su simultánea existencia en las palabras del profesor..., es decir: el estado temporal del teorema es un estado real, de tipo *primero,* en que no se ha acabado de imponer el estado real *primario* del mismo. La prioridad, bien real, de que se halle en tal estado de *primero* algo que es *primario* de suyo, es un *dato,* que, en el caso aducido, hace realmente posible que el hombre haga matemáticas y conozca lo matemático, y no se le venga de vez encima todo el universo matemático y deslumbre su mente cual relámpago de infinitas frecuencias con claridad y presteza infinitas. A su vez, lo matemático no es tan decididamente *primario* que no le sea posible, o le repugne en absoluto, tal estado de *primero.*

Con este ejemplo —sugerente, y no se pretende más por el momento—, podemos concretar la cuestión planteada: es posible, *a)* hacer metafísica, y poner realmente a una parte del hombre —vgr. a la inteligencia...—, en estado metafísico, por medio de *prolegóme-*

nos, sin que sea preciso entenderla toda de vez, de un golpe, y decirla de vez, en una, o no poder decir ni entender nada de ella —de lo que de ella está siendo ya en las cosas; *b)* si *metafísico* es un estado, más o menos posible en ciertas cosas, sería factible implantarlo y exponerlo en *prolegómenos,* en progresivamente dilatadas declaraciones.

Prolegómenos es, pues, un estado peculiar, tanto de un significado como de sus significantes —exposición oral, escrita, pensada y dicha en verbo interior...—; estado *primero* en que no se ha impuesto aún del todo el de *primario. Prolegómenos* es, pues, lo primordial en fase de progresiva implantación.

El estar siendo metafísicamente al menos una parte de nuestra realidad, y estar siendo metafísico algo o todo de algunas o de todas las cosas, *en estado de dato* —primordial, primero...—, sirve de propio fundamento y justificación al estado de *prolegómenos,* tanto del pensamiento —ideas previas, conceptos preliminares...—, como de las cosas —vgr. que están siendo más reales que esenciales, que estén siendo simplemente reales en primer plano, y en segundo o remoto estén siendo efectos de, criaturas de, medios para...

2) Según un elemental axioma de la aritmética $a.b = b.a$, (propiedad conmutativa de la operación *multiplicación*), de modo que, en un caso concreto, insignificante y claro, $2 \times 3 = 3 \times 2$. Mas si leemos 2 *tres veces es* igual a 3 *dos veces* —como solemos estar tentados de hacerlo, tan tentados que sucumbimos y hemos sucumbido ya a tal tentación, *aun antes de que* la reconozcamos por tal y por atentado al axioma $a.b = b.a$—, hemos rebajado el axioma al orden de los datos brutos.

¿La probabilidad de que salgan cien seises jugando una sola vez, en un saque, con seiscientos dados, es la misma que si se juega seiscientas veces con un dado? ¿1 cien veces es igual a 100 veces uno? Vez, veces, es forma temporal; y sacar seiscientas veces con un dado es someter la probabilidad al tiempo —hacer actuar al tiempo realmente, al pasado sobre todo. Mientras que tirar una sola vez con seiscientos dados es hacer también funcionar al tiempo realmente, mas, sobre todo, su estado de presente. Por contraposición en $1 \times 100 = 100 \times 1$, el tiempo —pasado, presente, futuro—, no tiene nada que hacer, al menos en un primer plano. Lo aritmético no está, de buenas a primeras, en estado temporal; o el tiempo real no es estado *primero* de lo aritmético.

En $a.b = b.a$; $1 \times 100 = 100 \times 1$ se trata de una simple relación de orden, relación simétrica; por eso mismo neutral al tiempo.

Lo físico se caracteriza —en conjunto y por mayoría aplastante—, por la indiferencia al tiempo. Que un fenómeno sea reversible —cual lo son en conjunto los fenómenos mecánicos macroscópicos, de mecánica celeste o terrestre—, equivale a decir que la relación entre tiempo (vez, veces) y números es simétrica. Las mismísimas leyes de gravitación valen para dos mil millones de vueltas dadas por la Tierra al derredor del Sol, y para dos mil millones de vueltas que dará la Tierra al derredor del Sol, respecto del momento actual, que no tiene más importancia de presente que estar nosotros presentes en él. Pero igual sucedería si 2,000.000,000 de tierras, iguales a la nuestra, dieran de vez una vuelta cada una al derredor de 2,000.000,000 de soles iguales al nuestro, cada tierra al derredor de su sol, una tierra *cualquiera* alrededor de un sol *cualquiera* (cf. Parte II, Cap. IV). Para los dos casos las mismísimas leyes.

El número 2,000.000,000 es neutral al tiempo (futuro, pasado); y, cuando más, cae dentro de un presente neutralmente temporal, que no es ni límite ni franja entre futuro y pasado; mientras que 2,000.000,000 de veces cae, definida e inevitablemente, en pasado o en futuro, a través de la región (franja relativista) o del límite (ahora) del presente —de un presente que es presente de un futuro y presente de un pasado bien definido.

Esta equivalencia expresa la indiferencia respecto de pasado y futuro; o sea, la *reversibilidad* de un fenómeno.

Los fenómenos físicos irreversibles —en que 1 *n* veces es diferente de *n* veces, 1, $1.n \neq n.1$— se hallan confinados en pequeños dominios —condenados a extinción por virtud de la ley de la entropía.

Con estas consideraciones —de estilo y en estado de prolegómenos físicos—, basta aquí para poder adelantar lo siguiente: *a)* lo físico no es un dominio especial de cosas, definitiva y necesariamente físicas; sino cualquier cosa, toda ella o parte de ella, que se halle en estado de *neutralidad temporal* —expresada ejemplarmente en 'una cosa *n* veces igual a *n* cosas una vez'.

b) Lo biótico o lo psíquico no constituyen tampoco una circunscripción de cosas ineludiblemente vivientes, con o sin conciencia inmediata; sino son (están siendo) vivientes cualesquiera cosas o parte de ellas, que se encuentren en estado de *diferenciación temporal,* más o menos finamente granulada y avanzada —es decir, con la comparación usada: comienza una cosa a estar viviente cuando en toda ella o en alguna parte, comience a tener sentido real lo de vez, veces; y no le sea lo mismo ser todo de una vez, o

ser algo (una sola cosa) *n* veces —encontrarse siendo *de una vez* planta perfecta en todo lo de su orden (en altura, peso, órganos...) o haciéndose en *n* veces —creciendo, asimilando, diferenciándose... En el primer caso no habría, en rigor, nacimiento ni crecimiento ni muerte natural ni evolución real; estados éstos sola y realmente posibles por la preeminencia de '*n* veces 1' sobre '*n* de una vez'. Tal planta (o animal) intemporal, pluscuamembalsamada y momificada no es, por lo pronto, de este mundo; y plantear, primero, como *problema* la posibilidad y estructura de una planta (animal) en tal estado perfecto, extratemporal, sería problema propio de la ontología —convengamos en el uso de esta palabra para esta característica—; y plantear, segundo, como *proyecto* el intentar, realmente, poner a una planta (animal) de este mundo en estado de otro mundo extratemporal, será *proyecto propio de la Metafísica* —y habrá que ver si hay o se inventan *técnicas*, aparatos... para ello.

Por igual motivo cabe plantearse parecidos problemas y proyectos de cambio de estado respecto de lo físico: problemas y proyectos de transformarlo en viviente, por cambio de estado, por sensibilizarlo, por lo pronto y cual condición necesaria, mínima, a lo temporal.

Se puede ir viendo ya, pues, en qué aspectos lo físico, lo biótico, lo psíquico, entran o se pueden, realmente, hacer entrar en ontología y en metafísica.

Todo lo cual dependerá, entre otras cosas, de la aplicación de la noción de estado a la realidad en conjunto.

c) Por fin, lo espiritual no es tampoco un tipo de cosas definitiva y necesariamente tales, sino un estado que, en principio, puede tomar cualquier cosa, con mayor o menor probabilidad, con mayor o menor facilidad, con o sin técnica, con o sin inventos, aparatos..., estado en que —como condición mínima, aunque no suficiente— se han superado tanto la indiferencia temporal —macroscópicamente normal en lo físico—, como el predominio positivo de la temporalidad en lo viviente, a favor ahora de un estado de positiva y resuelta presencia de *todo en una sola vez* —reservemos para más adelante el uso de la palabra 'eterno'. Tal estado excluiría tanto el estado físico como el matemático y el biótico... Designemos tal estado con la palabra *metafísico,* y preguntaremos: ¿es posible poner a todas las cosas, y a todo lo de todas ellas, en estado metafísico: todo de vez, aunque tal estado no se consiga de una vez, o aunque tal estado no quede establecido de una vez para siempre? Cuestión más grave —del mismo estilo, no

obstante—, que: ¿es posible que todas las cosas llamadas físicas lleguen a estar en estado de máxima probabilidad, de máximo equilibrio energético, de máxima entropía? La física responde que sí, o, cuando menos, se plantea semejante cuestión con perfecto sentido, a partir de ciertos datos y experimentos que son el *comienzo y principio* de dicho estado final —datos primordiales en su orden.

Lo cual vendría a decirnos que las cosas físicas pueden y tienden a estar en estado físico, a hacer coincidir su ser físico con su estar físico.

En este preliminar sentido, *temporal* es un estado del ser de las cosas, con tres fases: atemporalidad (neutralidad temporal), temporal, supratemporal.

3) Y para que el lenguaje no nos descarríe —cosa que puede sucedernos, y nos pasa realmente, por estar, según partes suyas, unas en estado atemporal, otras en temporal, otras en supratemporal, y no estar siempre en el estado que nos convendría para determinados intentos ontológicos o metafísicos—, comencemos por cambiar la manera de hablar: *a)* el lenguaje corriente se ha encontrado usando —o habiendo inventado, *antes de* toda intervención de la gramática, y *antes de* toda intromisión de los filósofos—, expresiones como "llueve", "se dice", "sucede"... Se las denomina impersonales. Y se les busca urgentemente un sujeto o persona a que atribuir, cual a causa, sujeto, tales fenómenos. Si digo *me cayó la lotería,* nadie imaginará que exista o tenga que haber un sujeto o causa que haga que me caiga *a mí precisamente;* sería trampa; y la causa de tal suceso, tramposa; no se trataría de lotería. Y al tirar los dados, yo soy, a lo más, causa de los movimientos de los dados; mas no de eso de que la probabilidad sea $^1/_6$ para cada cara, al aumentar indefinidamente el número de los saques; la suerte sale *porque sí,* sin causas —aunque no sin condiciones, previos...

Pues bien: no tiene por qué haber —o será preciso demostrarlo caso a caso—, para todo fenómeno, cambio..., un sujeto que sea causa adecuada productora o receptora de atributos, forma, existencia, estado...; o una causa que, en rigor, lo cause, no siendo ella efecto, sino previa en tiempo y en realidad al efecto.

Si digo que esta masa de agua está en estado sólido, no puedo interpretar la frase por: esta masa hace de sujeto o sustancia de ese acontecimiento o modo suyo que es "estado sólido". Toda la masa se halla en estado sólido; el ser de tal agua es realmente estar siendo sólida. Por eso *solidez* es, de sí y de suyo, nada; es estado que transforma íntegramente a un ser; así que es él mismo, y

nada de él queda fuera, bajo, al lado de... Por no quedar sujeto alguno, habremos de decir: se está siendo líquido —casi como 'llueve'.

Parecida y más hondamente:

se está siendo físico,
se está siendo viviente,
...
se está siendo *mí*,
....
se está siendo ser,
se está siendo ente....; y hemos de desacatar el palabrero dominio de la gramática corriente, sin dejarnos llevar ni a decir ni a pensar

una cosa está siendo física,
una cosa está siendo viviente,
yo estoy siendo *mí*,
una cosa está siendo ser o siendo en ser,
una cosa está siendo ente, o en estado de ente... Este sujeto mínimo 'una cosa' sobra, al modo que nadie imagina, a pesar de las palabras, que, al decir; "este metro cúbico de agua está en estado de hielo", el agua se quede de sustancia no helada, sujeto de un estado de heladez que no pase, digámoslo así, de accidental y superficial película. *Está helado* todo este m^3 sería más correcto decir; y las palabras *todo este* m^3 no tienen más valor y función que la indicativa o intención designativa pura y simple, a servicio del dedo que señala.

Cuando decimos, pues —y lo hemos dicho antes, por evidentes motivos de preliminares—, que una cosa puede estar en estado de ser; que otra, o una parte de ella, puede estar en estado de ente..., *cosa* no es un sujeto, transustancia o infrasustancia respecto de la cual los estados de ser y de ente resulten honda, mas no profunda trasformación.

b) Todo dato —primordial, primario, primero, bruto—, por ser dato, está siendo *porque sí*: da la suerte de que es, que es tal, que es así; se es, se es tal, se es así... Y en la frase anterior sobra el sujeto *todo dato.*

Si la palabra dada, por una persona *de palabra,* obliga por dignidad —y tales obligaciones llevan a efectos bien reales en vida, hacienda...—, las palabras ente, sustancia, cosa, algo, que anteponemos como sujetos últimos prescindibles —mucho más que el éter para las ondulaciones luminosas—, obligan a un pensar ontológico y metafísico determinado que, al menos, hay que poner en entre-

dicho, y que, en rigor, no puede entrar en la fase preliminar, atenida a datos, ni intervenir en un universo en que haya, aunque no sea sino en dosis módica, novedad, originalidad, sorpresa... Nada de esto tiene sujeto que sea causa, antecedente propio y suficiente, condiciones necesarias y suficientes... Lo nuevo sucede *porque sí;* se innova, llueven sorpresas...

Cabe, no obstante, el que coexistan diversos estados de una cosa; no porque la cosa, o algo de ella, haga de fundamento intacto e intachable por los diversos estados. Si en un recipiente hay agua en estado sólido, líquido y gaseoso —agua en tres fases, dícese en termodinámica—, no es porque haya además una agua esencial, profunda, transfísica que no esté en estado sólido, ni en líquido ni en gaseoso, sino porque entre agua líquida, sólida y gaseosa rige una especial ecuación de estado que las relaciona, y una ley de fases que indica el alcance de las variaciones que pueden hacerse entre los estados; la masa puede estar en estado de radiación, la radiación puede estar en estado de masa. El sujeto: agua, masa, radiación... se hallan íntegramente absorbidas por el llamado predicado; el ser, sustancia..., transustanciados en estar. Y será cuestión a tratar en su lugar, si, en algún orden, y bajo determinadas condiciones, se constituirá algo así como un sujeto o sustancia que haga realmente de sujeto —profundo, inalterable, distinto de accidentes, modos, atributos, propiedades...

Y en este punto —preliminar, como los anteriores—, hagamos una indicación: lo físico se caracteriza, en conjunto, por la inexistencia de sujeto o sustancia, fundamento..., de propiedades, atributos, estados... Frases como "la realidad física puede estar en estado de masa o de radiación", "el agua puede estar en estado sólido, líquido, de vapor...", "carbono puede estar en estado amorfo o cristalino"... son frases no físicas, sino metafísicas, en intención y origen; plantean *problemas* ontológicos y *proyectos* metafísicos. En lo biótico y en lo psíquico comienza a tener sentido real la existencia y constitución de algo así como *sujeto* de propiedades, atributos, estados...; y el sustantivo *vida* está correctamente hablando de lo que en realidad es *sustancia*: algo *en sí,* algo metafísico por su constitución real misma. En lo espiritual comienza a darse *sujeto,* con realidad propia *en sí* y *para sí* —digámoslo por ahora con estos términos, preliminarmente inteligibles—; y nada tendrá de extraño en demasía que yo —uno y el mismo, y capaz de reforzar él mismo por sí mismo su identidad—, pueda estar siendo en cuerpo, en alma, mundo. Vida y conciencia son, de suyo, cosas metafísicas, o al menos, ontológicas; y transustanciar las demás

cosas, o partes de lo físico y biótico, en yo, en conciencia, serán programas ontológicos y proyectos metafísicos, como se dirá.

Cerremos aquí estas consideraciones preliminares.

§ 2. Inevitable, ineliminable, inflexible

Demos un sentido más preciso a estas palabras, el suficiente para la fase preliminar en que nos hallamos.

1) Inflexible. Convengamos en entender por inflexible lo siguiente: *Inflexible* es el *estado* de ciertas cosas prospectiva y retrospectivamente conexas, según una misma ley, con otras del mismo orden que son sus antecedentes o sus consecuentes biunívocos. Estar siendo miembro de una cadena irrompible. Estado de inflexibilidad. Estudiemos unos casos ejemplares: *a)* es inflexible, o está en estado de inflexibilidad, la fórmula

$$(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2,$$

cuando se la demuestra a partir de un grupo de axiomas y se la continúa, vgr. en

$$(a + b)^3 = a^3 + 3ab^2 + 3a^2b + b^3, \text{ etc.}$$

En efecto:

1) $(a + b)^2 = (a + b)\ (a + b)$; por definición (Def. 1);

2) $(a + b)\ (a + b) = a\,(a + b) + b\,(a + b)$; axioma distrib. (Ax. III)

3) $a\,(a + b) + b\,(a + b) = aa + ab + ba + bb$; ax. distrib. (Ax. III)

4) $aa + ab + ba + bb = aa + ab + ab + bb$; ax. conmutat. (Ax. II)

5) $aa + ab + ab + bb = a^2 + 2ab + b^2$; definición (Def. 2)

6) $(a + b)^3 = (a + b)^2 . (a + b)$; (Def. 3)

7) $(a + b)^2\ (a + b) = (a^2 + 2ab + b^2)\ (a + b)$; regl. sustituc.
etc. etc.

La fórmula $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$ *está* ahora, en virtud de la demostración, en estado *inflexible,* mas no es inflexiblemente inflexible el que lo esté. En su estado de uso, receta —tablas o triángulo aritmético—, tal como se halla en las manos de un sim-

ple ingeniero o calculista, la fórmula *es así*, mas no está en estado inflexible, como el hielo es siempre hielo, mas no está en estado de equilibrio o estable sino en los polos, o en una nevera. La fórmula dicha, dentro de las conexiones prospectivas, dadas por las definiciones y axiomas iniciales —trámites de 1) a 5)—; y vinculada retrospectivamente, en virtud del mismo grupo de axiomas y definiciones iniciales, con las fórmulas que son sus secuelas, vgr. 6), 7)... forma una cadena irrompible.

Así que $(a + b)^2$, en virtud de la demostración y en estado demostrativo, no puede ser sino de esa sola manera: $a^2 + 2ab + b^2$; $(a + b)^2$ es *inflexiblemente* igual a $a^2 + 2ab + b^2$. Puédese, pues, hablar —y es preciso hacerlo—, de *los* antecedentes propios de $(a + b)^2$ —*tales* axiomas y *tales* definiciones—, y de *los* consecuentes propios de $(a + b)^2$, —tales o cuales fórmulas, conexas todas por el mismo conjunto de axiomas y definiciones inicialmente puestos, *datos primeros posicionales.* (Cf. Cap. I, § 4).

b) En el primer segundo (t) de caída libre, un cuerpo ha recorrido (s) 5 m.; en segundo segundo, 20; en tercer segundo, 45; etc.; cada paso o espacio recorrido depende prospectivamente de los anteriores, y los siguientes dependen de él retrospectivamente; todos —antecedentes y consecuentes—, según la misma ley,

$$s = 1/2\, gt^2.$$

El espacio recorrido forma una cadena inflexible e irrompible, dejada a sí misma.

c) Cuando sobre una masa m deja de actuar una fuerza, F, $F = O$, el axioma III de la mecánica newtoniana da

$$1)\quad m\,\frac{d^2x}{dt^2} = 0, \qquad \text{(Ax. II)}$$

$$2)\quad \frac{d^2x}{dt^2} = 0$$

$$3)\quad \frac{dx}{dt} = a$$

$$4)\quad x = at + b$$

Los pasos 2), 3), 4) se dan en virtud de determinadas leyes matemáticas, que no es preciso indicar aquí. La fórmula 4) dice

que tal cuerpo *m,* una vez dejado a sí mismo, continuará indefinidamente moviéndose en línea recta (ecuación lineal en *x*) con velocidad constante (*a*) y con un espacio inicial recorrido (*b*).

Movimiento inercial.

Aceleración cero, velocidad constante, trayectoria rectilínea forman cadena inflexible; cada uno de los pasos, prospectivamente unido con ciertos axiomas, y retrospectivamente con otros pasos, siempre y todos según los mismos axiomas —de mecánica general, de matemáticas, de lógica...

La inicialmente convencional definición de *inflexible* adquiere ahora definido y concreto sentido: se trata, *a)* de un *estado,* no de algo esencial de una cosa; de los tres casos aducidos cabe —y ha sucedido y está sucediendo—, un uso, receta, tabla.

Estado concreto de dichas fórmulas o leyes. No todas las cosas pueden hallarse en tal estado, o al menos no nos consta en el momento actual. Vgr. los axiomas no son inflexibles, según la definición dada, pues no tienen antecedentes propios. Son *datos primeros posicionales. b)* Para que una cosa —física, teorema...—, esté, en verdad, en estado de *inflexible* hace falta que forme un contexto prospectivo y retrospectivo —con un grupo de antecedentes propios suyos, y con otro de consecuentes suyos también. *c)* Y todos, conjunto de antecedentes y de consecuentes, han de pertenecer al mismo orden, es decir: estar en conexión según la misma ley —el mismo grupo de axiomas, la misma fórmula... El primer paso vale en virtud de un axioma del *mismo* grupo, el segundo en virtud de otro axioma del *mismo* grupo, etc. No hay, al parecer, algo más irrompible e inflexible que la identidad —y con esta impresión nos basta por el momento.

En virtud de esta penetrante transitividad del mismo grupo de axiomas, de la misma ley..., en todos y cada uno de los trámites constitutivos de una cosa —fórmula, trayectoria, serie, de componentes físicos, matemáticos...—, la inflexibilidad ostenta un cierto carácter circular —de cerradura perfecta en sí.

Mas se trata, en principio, de un estado especial —en su tanto parecido al rígido de ciertos cuerpos sólidos; y no hay por qué una fórmula no pueda perder su *estado de teorema,* su estado de demostrada (inflexible), o adquirirlo sin haberlo previamente tenido. Sólo dentro de ciertos ambientes o atmósferas —cual el agua en el polo—, pueden tomar ciertas cosas, físicas o no, el estado rígido de *Inflexible.*

2. *Inevitable*

Convengamos en emplear este vocablo para decir en palabras lo que ciertas cosas están siendo cuando, *a)* son lo que son, sin depender de antecedentes de su orden, de modo que a las preguntas:

a) ¿por qué son algo, y no más bien nada?,

b) ¿por qué, dado que sean algo, son esto y no estotro?,

c) ¿por qué, dado que sean esto, lo son así y no asá?, no quepa dar por respuesta sino la de *porque sí.*

¿Por qué son algo? — Porque sí. (o su negación, igual).
¿Por qué son esto? — Porque sí.
¿Por qué son así? — Porque sí.

O simplemente: son, son esto, son esto así —en inconexión, sin previos, de golpe. Es decir: sin causa propia y adecuada, sin condiciones necesarias y suficientes, sin antecedentes propios y adecuados... Cabrán a lo más —como se dirá en su lugar—, condiciones necesarias, prerrequisitos, circunstancias favorables, ocasiones propicias, pretextos...

b) Y además posean racionalidad retrospectiva, o sea: una vez dado *que sean,* que sean *esto,* que sean esto *así,* tal carácter esté presente, el mismo, en una serie de consecuentes o secuelas con las que encaje y que, a su vez, ellas se ajusten a tal dato. El estado de *mí,* respecto del *yo,* es inevitable. Por ser, como dijimos, original, único, novedad —tanto que se halle en estado de yo individual, como en estado de uno de tantos o cualquiera, o de un nosotros (cf. Parte II, Cap. IV)—, no tiene ni causas propias ni antecedentes peculiares suyos, ni condiciones necesarias y suficientes. Comienzo siendo ya *yo,* y siéndolo así, a saber: siendo *mí* (condición *a*); pero, a la vez, todo lo de él —cuerpo, alma, mundo, pensamientos, actos de ver, hablar...—, no son secuelas entre cosas heterogéneas —cual el trueno lo es del rayo, y tómese por metáfora—, sino secuelas *mías,* por muy diverso que sea el objeto —mi cuerpo, mi alma, mis deseos, mi mundo, mis ojos...—. El mismo yo, en estado de *mí,* está inevitablemente presente en todo y en cada uno de dichos elementos míos: todo, y el mismo, en cada elemento. Las condiciones previas, necesarias cuando más —sean físicas, bióticas, geográficas...—, no son mías, o de yo o de nosotros, si el yo se halla siendo *mí,* como uno de tantos de un grupo, como uno de tantos fieles, como uno de tantos ciudadanos...; no hay, respecto de *mí,* racionalidad prospectiva. Con mi yo, comienza en absoluto una cadena; *mí* es antecedente absoluto de una secuela o sarta de cosas, elementos de *mi* vida, de *mi* persona.

c) Hace falta añadir una tercera condición, que es la decisiva. Lo inevitable se halla íntegro y el mismo en todos y cada uno de los elementos. Lo de inflexible pertenece a la cadena entera, y no a cada uno de sus miembros —es inflexible una barra de hierro, irrompible una cadena, y no cada uno de sus miembros, molécula, eslabón. Lo inflexible es estado de un todo, todo en el todo, mas no todo en cada una de las partes. Por eso el elemento primero no es, propiamente hablando, inflexible; ni lo es el último, si lo hubiere.

Lo inevitable, o dicho en forma gramatical positiva, lo *preciso,* está presente y actuante todo en el todo y el mismo en cada una de las partes. Yo comienzo por estar siendo mí —sea lo primero mío un pensamiento, un objeto visto, un dolor, un placer, un sonido. . .—; y todo lo siguiente es mío, y del mismo yo (mí). En cada uno de los pasos de la demostración de una fórmula —para así ponerla en estado de teorema—, no están presentes y actuantes todos los axiomas, sino algunos —propiedad asociativa, propiedad conmutativa. . .—; y, lo que es más grave ontológica y metafísicamente, el mismo axioma que se esté empleando para el paso correspondiente de la demostración es en rigor sólo un caso del axioma, entre otros infinitos e indiferentes para él, por su condición de formal; aun sin llegar al extremo de verificar las operaciones que el axioma propone en forma indicada, que, en tal caso, el axioma resulta irrecognoscible, irremediablemente irrecognoscible en su producto, en su pretendida aplicación. Así vale $a + b = b + a$; y como caso insignificante $2 + 3 = 3 + 2$; empero en $a + b = b + a$, la operación $+$ es inverificable; mantiene el axioma su estructura explícita y a la vista; mientras que en $2 + 3 = 3 + 2$, la suma está indicada, mas es verificable, y tiene que verificarse, dando $5 = 5$, donde ya no se descubre por parte alguna el axioma dicho. ¡Tan irreversible es el proceso!, y tan desdibujada queda la estructura que, reconstruirla, constituye el problema capital de la solución de las ecuaciones.

Si, vgr. en $x^3 + 2x^2 + 3x - 4 = 0$ estuviesen presentes, en los coeficientes mismos —y en forma explícita, estructural—, los productos de las raíces o sus combinaciones binarias. . ., la solución sería cosa de coser y cantar, de simple lectura.

La fusión, operada por las operaciones aritméticas sobre los números, vuelve este proceso prácticamente irreversible, y teóricamente dificilísimo —fuera de casos insignificantes y elementales. Y es que, en el fondo, el axioma presente en cada paso no está todo en él, por ser caso insignificante, de simple sustitución

—de concreción extramatemática formal—, en un material no axiomático.

Todavía sucede esto mismo con mayor gravedad y resalte entre la trayectoria de caída de un cuerpo y la fórmula $s = 1/2\, gt^2$. Si tal fórmula estuviese presente en toda la trayectoria y en cada una de sus partes, como *yo* estoy presente real y verdaderamente en *mí* —en *mis* pensamientos, actos de ver. . .—, no haría falta genio alguno para descubrirla, como no es preciso que alguien me descubra que es a *mí* a quien me está molestando el calor de este mediodía, que es a mí, al mismo *mí,* a quien están acudiendo los pensamientos que yo estoy escribiendo en este momento.

Los datos primeros poseen, como peculiaridad suya, este carácter de inevitabilidad; tal es su tipo de *necesidad,* si, contra lo convenido, usamos por un momento del concepto vago que esta palabra comúnmente aporta.

3. *Ineliminable*

Los datos primarios carecen de racionalidad prospectiva y retrospectiva, es decir: son íntegramente de golpe y de un solo golpe, sin antecedentes ni consecuentes. 'Niego el principio de contradicción', luego "estoy afirmando —y afirmando tan sólo— que lo niego". 'No hay verdad', luego "hay, al menos, esta verdad: que no hay verdad". 'Dudo de que existo', luego "existo sin duda alguna", etc., son, como se dijo, datos singulares y vacíos, que no presuponen otros de que se deriven —cual de antecedentes, causas, razones. . . propios y adecuados— ni se puede sacar nada de ellos, fuera de lo que directa e inmediatamente incluyen en su contenido.

Si entre todos los datos primarios podrá o no constituirse un todo especial, con peculiar tipo de conexiones, será cuestión a tratar más adelante. Tal vez no sirvan sino para marcar los confines de la ontología, los límites de su eficiencia, donde dejan de operar sus métodos, inventos, aparatos mental-reales propios, y funcionan ya en vacío, en círculo, marcando el paso.

Si aquí se ha escogido la palabra ineliminable, para designar este especial tipo de necesidad —tomando una vez más, vagamente, este concepto—, es por prestarse, en virtud de una buena ventura filológica, a indicar una de las características de tal tipo de datos: su carácter de límites, tanto por estar ellos mismos plantados en el límite (de la ontología), como por no ser eliminables o desplazables de él. El que haya tales datos-límite para la ontología —al menos—, será punto a tratar en su lugar. Pero ya podemos prever:

a) que nada se podrá sacar de tal tipo de datos, propiamente primarios, pues no son principio de nada, cual en su orden lo son los datos primeros, axiomas, definiciones... de un orden —geométrico, analítico, lógico...—; *b)* que si, por algún procedimiento o invento intelectual, desplazamos los confines de un orden, los datos primarios de tal orden se desplazan un paso más allá, manteniendo su carácter de límite, y el de ineliminable en sus funciones.

Los prolegómenos especiales precisarán y darán contenido concreto a las anteriores distinciones.

4. *Adviértase,* finalmente: *a)* Inflexible, inevitable, ineliminable son *estados* de una realidad —cosa, objeto, concepto, principio, ciencia...—; y, por ser *estados* —y no pretendida esencia—, pueden convenir a la misma realidad o a una parte de ella, que podrá pasar, en principio, según condiciones precisas, de inflexible a inevitable, a ineliminable, etc. Que una realidad no pueda estar sino en un solo estado, vgr. tan sólo el de inflexible, requerirá especial consideración, y no nada fácil —sobre todo si se intenta dar a *no puede,* a *imposible,* un sentido bien determinado.

b) En preliminar consideración —más bien: en preliminar sugerencia—, el estado de inflexible conviene, como estado propio, y en el sentido dado a la palabra, a lo matemático, geométrico, algebraico...; el estado de inevitable, a realidades metafísicas; el estado de ineliminable, a lo ontológico.

c) Los datos brutos o elementales no están en conexión inmediata ni con lo inflexible ni con lo inevitable ni con lo ineliminable. Es decir: inflexible, inevitable, ineliminable no son estados propios de datos brutos. Y, en rigor, no mantienen con ellos ni con los entes que estén siendo en tales estados relación alguna. $2 + 3 = 3 + 2$, así a solas, está en estado bruto respecto de $a + b = b + a$; o bien, $2 + 3 = 3 + 2$ se halla en estado inmediatamente bruto, por no estar siendo demostrada, es decir: por no haber sido aún incardinada a la inflexible cadena que parte de $a + b = b + a$, pasa por otros axiomas formales y encaja en los 5 de la aritmética, en especial, en el de inducción completa. Mas tal estado aritmético bruto de $2 + 3 = 3 + 2$ lo es tan poco, o tan evitable y eliminable, que no resulta difícil encajarlo en su lugar dentro de la inflexibilidad matemática, o darle estado de inflexible: inflexiblemente (necesariamente) $2 + 3 = 3 + 2$.

$2 + 3 = 3 + 2$, así suelto, es casual, circunstancial, evitablemente contingente o dato bruto. Es que su contacto con lo inflexible es inmediato; su contingencia es tangencia con lo inflexible, y queda

tan vinculado con él como una curva con su tangente. *Realmente* $2 + 3 = 3 + 2$, porque, de suyo, es encajable en la trama inflexible de la ciencia matemática. En total: $2 + 3$ es igual realmente a $3 + 2$, "porque es, de suyo, eslabón de un dominio inflexible de objetos". No tiene $2 + 3 = 3 + 2$, por tanto, realidad propia, brutal, monolítica, de una pieza, en sí.

Cuando un pretendido dato no es real si no está encajado en un número inflexible de antecedentes, que son suyos, y de consecuentes que lo son también de él, en realidad de verdad no es un dato, sino por descuido, improbabilidad, accidente... En el fondo es elemento coajustado dentro de un contexto.

Planteemos —no hace falta más por el momento— las cuestiones siguientes: *1)* ¿Toda realidad bruta, o dato bruto, tiene que estar en contacto inmediato con un Inflexible?

2) ¿Todo dato bruto tiene que estar en contacto inmediato con un Inevitable?

3) ¿Todo dato bruto tiene que estar en contacto inmediato, o ser contingente con un Ineludible de su orden?

Y, cual de cometas infantiles, prendamos un hilo que nos permita tirar de ellas hacia nosotros, hacia la tierra, con las sugerencias siguientes:

1) Toda curva, creía la matemática clásica, tiene que tener en cada punto una tangente; y aun creyó haber hallado un procedimiento, el cálculo de las tangentes, forma primera del cálculo infinitesimal, para calcular en cada punto de una curva su tangente; bastaba con que la curva fuera continua. ¿Todo dato bruto tiene que tener en cada punto suyo, en toda su realidad y en cada parte de ella, contacto *inmediato* con un Inflexible? La física clásica creía, por ejemplo, que toda realidad física, todo dato físico —por muy concreto que fuere, vgr. lugar en que se halla en cualquier momento una partícula, cantidad de movimiento que en un momento dado lleva una masa...—, están en contacto inmediato con una fórmula matemática, de infinitesimal finura. Determinismo clásico, que descarta —por natural inocencia, de vez filosófica y matemática— el carácter brutal de los datos físicos; y, en el fondo, su carácter de realidad propia y original frente a lo matemático, mental...

Pero si, como es parte del haber mental de toda persona culta en matemáticas, se recuerda que hay curvas continuas sin tangente, o en algún punto o en todos, la realidad física, en todo o en parte, pudiera no estar tocada en todos sus puntos de realidad por lo matemático; y en esa misma medida su realidad sería bruta, fác-

tica, monolítica. Sería, *en realidad de verdad,* real; siendo lo absolutamente o sueltamente contingente, frente a lo matemático: a lo rígido, inflexible, irrompible del dominio matemático.

La física es, realmente, contingente; no se apoya ni toca, sin más, con un Inflexible que sea *su* Inflexible, el garante de su realidad.

Lo físico es, es esto, es esto así; ni más ni menos. Tajantemente suelto o absoluto —frente a lo inflexible. Y esto es tomar en serio, *en real,* su tipo de realidad. Sin cadenas causales, sin primeras causas ni principios. Nos hallamos ante un problema metafísico.

2) ¿Todo dato bruto tiene que estar en contacto o contingencia inmediata con un (su) Inevitable? Lo inevitable tiene que estar todo en el todo y todo en cada una de las partes, respecto de las cuales en total y de cada una lo inevitable realmente lo es. Si esto sucediera respecto de un dato bruto, dejaría de ser tal; como un cuerpo físico, en la medida en que es *mi* cuerpo, deja de parecerme, de hacérseme notar como realmente compuesto de C, H, O, N, de nucleones y células...; y un cuerpo en la medida en que es visto por *mí* deja de parecer realmente hecho de fotones, de absorción y emisión de cierto tipo de radiaciones, de fenómenos periódicos... Y si un cuerpo físico llegara a ser —por un invento pluscuammilagroso— íntegramente *mi* cuerpo, cuerpo de *mí,* no sólo dejaría de parecer, con reales aparenciales, hecho de nucleones, radiaciones, campos gravitatorios..., sino que dejarían tales elementos de ser físicos, transustanciándose en *mí,* por una especie de digestión transfinitamente más potente que la ordinaria, y por una transmutación más radical que la de materia en radiación.

No podemos afirmar —por lo pronto, en esta fase preliminar—, que tal transustanciación sea imposible; por imposible fue tenida la transmutación de materia en energía y de energía en materia —y se sostuvo con todas las letras y con argumentos que la luz no es cuerpo. Lo que sí podemos afirmar ahora es lo siguiente: *un dato bruto sólo puede ser tal,* "si" *no está en inmediación total con un inevitable.* O dicho a la inversa: un dato sólo puede ser dato bruto, elemental, si lo inevitable lo suelta o deja del todo o en parte que se ponga como absoluto o suelto. En tal caso el dato bruto no podrá servir, por serlo y mientras lo esté siendo, de vía que lleve a un Inevitable.

Fases de una posible transustanciación de datos brutos en sustancia de un Inevitable son, vgr., trocar el dato bruto en huella, silueta, vestigio, imagen, semejanza, imitación... de un Inevitable especial —de tipo Modelo.

Otro caso, a estudiar detenidamente, de transustanciación de datos brutos —de lo físico puro y simple—, en la sustancia de un Inevitable es trasmutar cosa física en objeto —visto, oído, entendido, valorado. . . , aparte del caso de la vida.

Mas, en principio, vale la aserción anterior: un dato sólo puede ser bruto o elemental manteniéndolo, o mantenido, en total desconectación o tangencia con un inevitable. Y es más difícil el acontecimiento, de carácter *gesta,* de transustanciar un dato bruto en sustancia de un inevitable —vida, conciencia, yo, dios. . .—, que transmutar dato bruto en matemático —leyes matemáticas de lo físico.

Nos hallamos, en todo caso, ante problemas y proyectos ontológicos y metafísicos —todos ellos, sugeridos aquí, en los *Prolegómenos* mismos, y como sugerencias preliminares.

3) ¿Todo dato bruto tiene que estar en contacto inmediato con un Ineliminable? Precisemos el sentido de la pregunta: todo dato bruto —y *a fortiori* cualquier otro dato o cosa—, es *esencialmente* dato, *esencialmente* bruto, *esencialmente* algo, *esencialmente* algo primero. . . Parece evidente que todo dato bruto, a pesar de la brutalidad de lo bruto, y precisamente por virtud de la *Brutalidad* —como el hombre es hombre en virtud de la *Humanidad*—, está en contacto inmediato con un ineliminable de su orden: nada menos que con su *esencia.* Que un dato primordial, primario o primero esté en contacto inmediato con su esencia no parece encerrar —por lo pronto y en fase de preliminares—, una dificultad tal que, de buenas a primeras, exija peculiar discusión —a pesar de que se lo discutirá y recortará largamente en su lugar.

Escalonemos la respuesta según los siguientes pasos: *a) esencia* es el estado peculiar de una cosa cualquiera —objeto, concepto, dato. . .—, en que coinciden inmediatamente *ser ella-y-estar hecha de ella* (ser *de* ella). La circunferencia, en cuanto cosa geométrica, tiene esencia; y, en rigor, está en estado esencial, porque —como dijimos en el Cap. II, § 1, *c,f,g*—, es ella y está hecha de ella: de los elementos propios y puros de su orden. Mientras que una rueda es una circunferencia, mas no está hecha de solos los elementos de su orden —sino de madera, de metal. . .—, está en estado concreto. Al ponerse —por el procedimiento e instrumento que sea, de ello se hablará en su lugar—, en estado esencial rezuma y se deshace de los elementos de otro orden. En realidad de verdad no hay una línea divisoria, tajante y omniescindidora, entre el estado concreto y el esencial de una cosa.

Respecto del estado concreto de una circunferencia que esté

haciendo de rueda o de periferia de un electrón, o de frente de una onda esférica..., la circunferencia en estado geométrico parece estar no solamente en estado *abstracto,* es decir, desprendida de lo físico, sino además en estado *esencial,* o sea: siendo ya, propia y definitivamente, ella y *de* ella. Mas esta coincidencia entre tal abstracción —grado de abstracción o desprendimiento de lo sensible—, y estado esencial —o definitivo y definible a la vez—, no es estado final, ni abstracto ni por antonomasia esencial. La geometría moderna muestra que la circunferencia geométrica ordinaria es, ciertamente, ella —y no es elipse o parábola... —; mas está hecha de elementos del orden geométrico que no son necesarios para llenar ni su definición ni sus propiedades. Si de una circunferencia geométrica quitamos todos los puntos racionales y la dejamos con los irracionales, los infinitos puntos racionales —definidos y enumerados por los números racionales o quebrados—, resultan ser una *concreción* geométrica —elementos inesenciales para la circunferencia y sus propiedades. Circunferencia geométrica que *es ella,* y esté además hecha de (sea *de*) puntos racionales, está en estado geométrico *concreto;* al desprenderse de los puntos racionales, asciende en grado de abstracción, y parece haber llegado ya al estado *esencial,* en que es ella y está hecha no sólo de elementos de su orden, sino justamente, ni más ni menos, de los que hace falta para ser ella y sus propiedades.

Ahora bien: dato bruto —y parecida advertencia rige en muchos otros casos y cosas—, tiene, cuando más, esencia en estado de concreción, mas no en estado ni abstracto ni esencial. Dato bruto es dato y es dato bruto (identidad inmediata), mas está hecho o está siendo en otras cosas de otros órdenes.

Lo *esencial* de un dato bruto —frente a uno primario, primero...—, consiste en que el estado de concreción es el propio suyo, por definición. Un dato bruto es *esencialmente* concreto. Y esta afirmación, y lo por ella designado, es *dato primario,* del mismo estilo que *lo esencial del principio de contradicción consiste en que, aun negado y por negarlo, se lo afirma;* ¡tan firme es! Todo ello son *ineliminables* ontológicos, con el doble y conexo sentido de estar conexos con lo concreto, y con sus respectivos concretos, y mantener tal conexión por modo de límite extremo, o confín, respecto de un punto concreto de partida.

A todo concreto corresponde, pues, un *abstracto,* que es como un *extracto* puro y concentrado de lo que la cosa es; dejando fuera, en la medida de lo posible, aquello en que está siendo o de que está haciendo en una cosa. Tal extracto tiene por nombre *esencia;*

y poner algo en *esencia* es ponerlo a ser lo que es, ni más ni menos, extrayendo lo otro de él.

Todo dato bruto no tiene esencia, en el sentido de que todo lo de él se halle en estado esencial; tiene esencia en estado de esencia concreta; y tiene esencialmente esencia pura que le corresponde como correlato, no como constitutivo interno —cual la imagen de un cuerpo en el espejo es tal en estado de pura visibilidad, es decir: se corresponden, mas la imagen no es constitutivo del cuerpo. Y cabe una ontología de tales esencias, como es posible, factible y realizable, una óptica geométrica en que imagen no se compone de fotones, de campos electromagnéticos, de vibraciones transversales...

Pero todos estos puntos requieren, claramente, algo más que preliminares consideraciones.

Afirmemos, pues; *1)* a todo dato bruto corresponde un *ineliminable* —lo cual no destruye su carácter de dato bruto;

2) Todo dato bruto es, en realidad de verdad, bruto, es decir: no se halla en conexión inmediata, intrínseca, ni con lo inflexible ni con lo inevitable. No son, pues, estados propios suyos los de inflexible, inevitable, ineliminable. Un dato bruto es *bruto de verdad.*

3) Si los datos brutos, o algunos, podrán cambiar de estado, dejando el de bruto, sería objeto de detenidas y oportunas consideraciones; se trataría, en todo caso, de *fastos* catastróficos y apocalípticos, para ontología y metafísica.

Veremos que tanto los procedimientos —métodos, aparatos, instrumentos, programas y proyectos—, propios de la ontología como los de la metafísica no dan para tal transustanciación, digna de llamarse transentificación.

La transustanciación de un dato bruto en don o gracia sería una clase de *fastos,* para los que ontología y metafísica sólo pueden servir de fondo de contraste, de escenario teatral —no de paisaje natural—, sobre el que se representarían misterios y teofanías; y la realidad, aun la más brutalmente real, se trocaría de ontológica y metafísica en dramática.

4) Todo dato bruto es triplemente contingente, por faltarle conexión o contexto inmediato con lo inflexible, inevitable e ineliminable. Así que sólo por un salto —lógica, ontológica y metafísicamente injustificable—, se podrá pasar de un dato bruto a un Inflexible, Inevitable, Ineliminable —a un Necesario, tomando esta palabra en conveniente vaguedad. Tal salto no se dará por espontaneidad, sino, cuando más, por empujón externo —tan externo que no vendrá ni de ontología ni de metafísica, mucho menos de ciencia alguna.

Parte segunda

PROLEGÓMENOS ESPECIALES

Capítulo primero

ESTADOS DE CONCEPTOS Y COSAS

§ 1. ESTADOS DE CONCEPTO

Aparte de lo dicho acerca de este punto —en Parte I, Cap. II, § 1. *e,f,g*—, ataquemos una vez más el tema desde un nuevo punto de enfoque más próximo y de mayor poder resolvente.

Y asentemos por primera afirmación: 1) *Cualquier concepto puede hallarse, en principio, en dos estados: concreto y abstracto; y dentro del concreto tomar las determinaciones de concreto natural y concreto artificial, y dentro del abstracto las de abstracto simple y abstracto esencial.*

Los puntos a discutir, que este aserto plantea, restringiéndonos a los pertinentes al enfoque presente del tratado, pueden resumirse en tres: *a)* que el aserto se tome en toda su generalidad, o universalidad, de modo que abarque, y afecte en principio, a *todos los conceptos:* de ser, unidad, hombre, dios, cuadrado, átomo, neutrón, caballo, mesa, auto, radar, nevera...

b) Que el aserto se refiera a todos los conceptos, mas se suponga que no todo lo que tienen todas las cosas sea traducible en conceptos o ponible en estado conceptual, pues en este caso la afirmación podría invertirse diciendo: todas las cosas pueden hallarse, en principio, en dos estados: concreto y abstracto...

c) Que el aserto se refiera a todo concepto, mas no se recalque, y menos admita, que el *mismo concepto* puede hallarse en dos estados. Es decir: que entre un concepto en estado concreto y en abstracto no rija rigurosa identidad, sino metafórica o análoga unidad de semejanza, de modo que la frase declarativa: *es él* y *está hecho de* (es *de*) resulte solamente verdadera si se dice: tal concepto es *él mismo* y está hecho de *sí mismo* (de elementos de su orden); mas no si se la entiende por: tal concepto es *él mismo* y está hecho *de* otras cosas (de otro orden, no del suyo), puesto que la identidad (mismo) y lo de otro orden parecen excluirse irremediablemente.

Discutamos los tres puntos entrelazadamente, pues son, en el fondo, una sola cuestión: *a')*. Verifiquemos qué sería un concepto al cual repugnara real y efectivamente todo estado concreto. No sólo no podría ser predicado de sujeto alguno —es decir, carece-

ría de la esfera de influencia de universal: concreción posible o actual en individuos, cosas de otro orden, o cosas con atributos o propiedades de otro orden—, sino que le repugnaría la concreción mental: ser objeto de un pensamiento o conocimiento cualquiera; estar siendo en mente, estar siendo en ojos... Nos hallamos ante un *dato primario*: *El simple suponer que se dé un concepto que se halle tan sólo en estado abstracto puro, lo pone en estado concreto.* O el poner un concepto en estado puro es ponerlo en estado concreto. *Nos hallamos con que,* al intentar poner un concepto en estado abstracto, lo más puro y exacerbado posible, lo estamos poniendo cada vez más en un estado concreto: en el mental; está siendo en pensamiento. *Predomina, pues, el estado concreto.* Si un concepto está en estado concreto, lo está; y si se intenta desligarlo totalmente de él, se queda también, y de bien real manera, en estado concreto.

Se trata, por tanto, de un *dato primario* que afecta a cualquier concepto, no a todos en su estado corriente, sino a todos en principio. *Hombre,* podemos suponerlo, es concepto cuyo estado ordinario —de este estado también se hablará aquí, Cap. III—, es el de concreto; concepto en estado de *uso* cotidiano, implícito y ejercitado en el trato diario con ciertas cosas bien determinadas; mientras que *serie hipergeométrica* es un concepto cuyo estado normal es el de abstracto esencial, mas no el de abstracto absoluto, pues está siendo en la mente del matemático, o presente en una fórmula impresa en libro (siendo en símbolos sensibles).

Se podrá, pues, afirmar: *todo concepto se halla en estado de dato; el intento de eliminar su carácter de dato, le da el estado nuevo de dato primario.*

Así que: todo concepto *es* él —vgr. concepto de ser, y no de caballo, dos; concepto de hombre, y no concepto de dios, libro, mesa...—; está siempre e inevitablemente siendo *en* otra cosa de otro orden —al menos en la mente, en la palabra... ¿Siendo *en* o siendo *de*? Inmediatamente se tratará de este punto.

Concepto *en sí* es, pues, una abstracción irrealizable. Y si se da a la palabra *imposible* el sentido de *impotencia,* se dirá; la mente es impotente para poner ella —o dejar que se ponga él—, un concepto en estado abstracto absoluto. No obstante, esta impotencia —o imposibilidad real—, admite muchos grados; y sucédele a la metafísica, en su orden, lo que a la física: lo indivisible por medios físicos, es divisible por procedimientos químicos, lo indivisible por métodos químicos, lo es por procedimientos de bombardeo nuclear; y hablar de algo como átomo absoluto ya, imposible de

dividir, no tiene más sentido que señalar el carácter de dato que tiene el *límite actual* de la potencia, o impotencia, de los procedimientos empleados. Así que imposibilidad es una noción *de hecho,* y que algo sea imposible es un *dato* —que nos recordará importuna e inoportunamente nuestra impotencia o los límites de nuestra potencia.

La impotencia —nuestra impotencia— de poner un concepto en estado abstracto absoluto, es impotencia *graduada,* y no bloque indistinto. Podemos hacer que un concepto quede reducido a punto ideológico. Al pensar en Humanidad, Animalidad, Deidad, Dualidad, Unidad, Identidad, Lapiceidad... intenta la mente —haciéndose a sí misma mayor violencia que al lenguaje—, poner tales conceptos —cuyo estado cotidiano es hombre, animal, dios, dos, uno...—, en un tan extremado y puntiforme estado que de ellos no pueda pensar ni entender nada fuera de ellos —no es verdad que Humanidad sea hombre, ni Dualidad sea dos...—; ni pueda emplearlos ya como predicados; es decir: se extrae de tales conceptos en tan puntiforme estado el carácter de universal. Inténtase, además, pensar que no pienso en ellos, para así dejarlos más solitarios que estrellas de la más remota y diluida nebulosa. Los pienso casi en alusión, a ver si me eluden, si noto que se me van a otro mundo. Estos intentos *reales,* hechos por mi real pensamiento, son experimentos *reales* que dejan por resultado la comprobación de que soy impotente para poner, o dejar que se ponga, un concepto en estado abstracto total, absoluto, puro. El intento mismo los reafirma en su concreción, o en alguna concreción mínima e imperdible.

Así que: el estado de *dato concreto* es *ineliminable* de cualquier concepto. Y aquí *ineliminable* tiene la significación establecida en § 2, Cap. III, Parte I.

La realidad del ineliminable estado concreto de todo concepto hace que caiga dentro de *preliminares.*

Pero, ¿cuál es, en particular, el grado de concreción ineliminable del concepto?

b') ¿El concepto tiene que estar siendo *en* otra cosa (que no es él, al menos tal cual se ofrece de buenas a primeras, vgr. en la mente) o tiene que estar siendo *de* otra cosa (que tampoco es él, vgr. de mente, de vida...)?

Intentemos responder por una gradación de casos que, en realidad, son ejemplares de la respuesta: *1)* El hombre *es* hombre —y no otra cosa: caballo, dos, mono, mesa...—; mas está siendo *de* nucleones, sin estar siendo *en* ellos; está siendo (hecho) *de* C, H, O, N..., mas está siendo *en* carne, huesos, estómago, corazón. La an-

terior frase —rebuscada y violenta, como no puede ser menos—, intenta decir en palabras —cual si fuera punta de diamante del diafragma de un gramófono, y apegándose lo más posible a lo real para así decirlo mejor o que lo real diga por las palabras lo que él solo no puede decir—, que el hombre *está hecho*, real y verdaderamente, de *nucleones*, de protones, neutrones... de electrones, reunidos en C, H, O, N...; mas está hecho (es *de*) *de* ellos de tal manera que nada más esté siendo *en* ellos, pues no los nota ni puede notar como suyos, al modo que sí nota que tiene estómago, cabeza, piernas, huesos... Está hecho también real y verdaderamente *de* brazos, piernas, ojos, orejas, carne, huesos...; y además está siendo *en* ellos; los nota de tantas maneras como sensaciones, placeres, dolores, potencias suyos. Cuando una cosa está *hecha de* varias, mas no está siendo *en* ellas, las oculta o anula de especial manera —a estudiar detenidamente en Ontología—; las está poniendo en un originalísimo paréntesis del cual no podrán salir al terreno o plano de lo notado, sino por especiales operaciones o métodos, al modo que la llamada unidad imaginaria o compleja, (0, 1), corrientemente escrita $\sqrt{-1}$, es un par de números reales, —0, 1—, formando un par, es decir: algo cerrado y ordenado, con cerradura simbolizada por $\sqrt{(\ )}$. De tal cerradura no se pasa al dominio real —al mismo orden que 1, 2, 3, ... $^1/_2$, $^3/_5$... $\sqrt{2}$, $\sqrt{3}$, ...—, sino por una operación especial: la de elevar $\sqrt{-1}$ a segunda potencia; ábrese por su virtud el paréntesis, y $(0, 1)^2$ queda sin más reincorporado al cuerpo de los números reales; resulta ser -1.

Ocultar, anular —sin aniquilar—, es peculiar manera como una cosa puede estar hecha (ser *de*) *de* varios órdenes, vgr. físico, biótico..., sin estar siendo *en* ellos.

¿El concepto es una realidad que está hecha *de* varias cosas que no son él; mas él no está siendo *en* ellas —las oculta, anula de original manera, suya?

El concepto sería, en tal caso, realidad concreta, y tal vez la más concreta —hay concepto de todo y de todos los grados—, y a la vez abstracta, por escindir ser en ser *de* y ser *en*, y no tener que ser *en* por sólo ser *de* —por estar siendo *de* (hecha *de*). Quede aquí la cuestión en este punto. *2)* La vista está hecha *de* ojos —de dos, la nuestra—; pero no está siendo *en* ojos, ni en dos ni en uno. Si además de estar hecha *de* ojos, la vista estuviera siendo *en* ojos la vista vería sus ojos más perfectamente aún que ve la pared de enfrente, y mejor aún que ve un objeto por medio del más potente microscopio; fuera vista que se viera a sí misma sin ojos algunos,

sin órganos materiales. O sea: no vería nada ni a sí ni a otro. Es preciso, para que la vista sea real, que esté hecha *de* cosas bien reales —unas u otras—; pero no esté siendo *en* ellas; las oculte, anule, le sirvan de fondo y de profundidad sobre qué sentirse y ser real —al modo que, sin la resistencia en bloque del aire, no volaría la paloma.

Esta liberación de tener que estar siendo *en* los mismos elementos *de* que se está hecho —o *de* que está siendo la vista, para continuar con el ejemplo—, le permite o da campo y posibilidades para estar siendo *en* otra cosa, sin estar hecha o haciéndose *de* ella; así ver el color de la pared, estar siendo *en* color, sin hacerse *de* color. No adelantemos más en este camino y preguntémonos:

¿El concepto es una realidad que está hecha *de* varias cosas —veremos cuáles—, mas no está siendo *en* ellas; pero justamente por no estar siendo *en* ellas, puede estar siendo *en* otras, sin hacerse *de* esotros? Así le sucede, y es el *dato* de la vista; que por estar hecha *de* ojos, mas no estar siendo *en* ojos, puede estar siendo *en* otras cosas, desde la pared frontera hasta la Vía Láctea; mas por estar siendo *en* ellas (en sus objetos visibles), y no estar hecha *de* ellas —hecha *de* pared, hecha *de* estrellas—, no está realmente adscrita a ellas, como a sus ojos, ni queda adscrita por verlas.

La amplitud de lo visible, el especial movimiento de la vista en cuanto vista —sobre el anulado fundamento de los ojos y sus movimientos—, la *universalidad* de su poder, no es sino ese estar siendo *en* cosas *de* que no está hecha; y la *realidad* física de la vista se basa o es ese mismo estar hecha *de* ciertas cosas (ojos), mientras que su *realidad específica es* ese mismo estar hecha *de* cosas (ojos, nervios. . .) sin estar siendo *en* ellas. Todo esto a la una, en identidad. ¿De qué estilo? Punto a tratar inmediatamente, en vistas a las correspondientes cuestiones referentes al concepto.

Un sentimiento corpóreo —o un *sentimental,* como se dirá aquí frecuentemente—, es, por lo pronto, él —es dolor de muelas, y no de cabeza o estómago; es placer auditivo, y no visual o gustativo—; mas, aparte de esta sobrentendida identidad, real o inmediata, posee las siguientes características o grados de concreción: *a)* está hecho *de,* o es *de,* un conjunto bien determinado de cosas y procesos reales de diversos órdenes —C, H, O, N, Fe. . . células. . .—, que componen su base corpórea, su encarnadura o corporalidad. Primera concreción de tipo *de. b)* Mas un sentimental está siendo *en* su encarnadura, es decir, es en bloque y totalidad original lo que todas esas cosas son a su manera plural y organizada; tal pluralidad y organización quedan, realmente, anuladas,

preteridas —en modo alguno aniquiladas; y resulta dado *un* dolor en singular, *un* placer en total, sea cualesquiera la pluralidad y organización de los elementos *de* que está hecho. Segunda concreción, de tipo *en* —con escisión de la misma realidad en un *de* que no llega a eliminar un *en,* y al revés. Dos estados de lo mismo. Esta transcripción global y unitaria, en modo de *en,* del plural membrado de *de,* es, ella misma, la declaración de por qué, a pesar de estar siendo —un dolor, un placer...—, *de* tantas cosas reales, no las sintamos mejor que las descubre la más corriente radiografía; no sepamos, estando hechos (siendo) *de* ellas, hacer nuestro diagnóstico, de tal modo que sobraran médicos, aparatos de rayos X, isótopos radiactivos, microscopio electrónico... Estamos siendo la corporalidad de un dolor, de un placer... de manera más condensada y simple que un disco encierra en las líneas finísimas y conexas de sus microsurcos, toda una orquesta —plural en instrumentos y en músicos. *c)* Un sentimental está, a la vez, a la una, hecho de un peculiarísimo material que no es C, H, O, N..., células, saber: hecho de *yo,* de conciencia; dolor que no duela ni a mí ni a nadie, placer que no deleite a uno o a otro, sería cosa, cuando más, *lógicamente posible,* mas no nos es dado como *sentimentalmente posible.* Un sentimental está hecho (siendo) *de yo* —y de bien real yo. Tercer componente de concreción. *d)* Empero tal yo está en estado de *mí.* Saber de qué está hecho realmente el yo —¿de alma, espíritu, energía, sustancia, potencias...?—, será tema complicado, no sólo de resolver sino aun de plantear delicadamente; y lo es mucho más que pasar de dolor de muelas a procesos químicos que le sirven de base y causa; mas mi dolor me da simplificados, en global transposición, cosas físicas, químicas..., y cosa *yo,* bajo la forma original e imprevisible de *mí* —mi dolor, mi placer. Así que estoy siendo (hecho) *de* yo, y estoy siendo *en mí.* Cuarto componente de concreción.

Cuando ha pasado la luz del sol por un corriente prisma, sale descompuesta en arco iris; al pasar por la palabra, verdadero y real prisma de otro orden, un sentimental sale descompuesto, significacionalmente (cf. Parte I, Cap. II, § 1), en estos cuatro componentes —tan suyos, y más que el espectro de colores lo es del original rayo unitario que del sol proviene.

Notemos nada más tres puntos: *1)* la concordancia real entre estar hecho *de* ciertas cosas y estar siendo *en* esas mismas cosas se verifica doblemente en los sentimentales. Una especie de cuádruple identidad real, no tautológica o simplista, sino privilegiadamente sintética. De ahí la impresión de *realidad de verdad* que nos dan

o nos son los sentimentales. Encarnaduras conscientes. *2)* La cerradura peculiar a un ente de este tipo, que lo hace ser de sí y en sí, de doble manera o doble estado. *3)* Tales sentimentales son *datos primordiales,* según la definición convenida en Parte I, Cap. I, § 3. Y ahora podemos añadirles el calificativo de *datos primordiales concretos.*

Se dan sentimientos incorpóreos, o *sentimentalidades,* caracterizadas, aparte de la condición de identidad inmediata: ser cada una ella y no otra, por los matices siguientes de concreción: *a)* están siendo (hechas) *de* un grupo bien determinado de cosas reales, de diversos órdenes, sin ser las cuales no fueran ellas reales con realidad de verdad —primer componente de concreción. *b)* Sin estar, con todo, siendo *en* ellas, tal cual ellas son en sí, sino están siendo *en* ellas por modo global y totalizante, simplificado (segundo componente de concreción). *c)* Están siendo (hechas) de *yo,* como de natural material —tercer componente de concreción. *d)* Mas no están siendo exclusivamente *en mí,* sino *en* otras cosas, diferentes de las enumeradas en *a),* sin llegar, no obstante, a ser (hacerse) *de* ellas —cuarta concreción.

Las sentimentalidades, como se dirá largamente en su lugar propio (Parte II, Cap. VI), son esas especiales realidades que nos vuelven el universo habitable —como morada, hotel, hospedería—, que hacen que estemos siendo en las cosas, por muy diversas que sean —físicas, químicas, orgánicas, figuras, números... —, como en casa, y troquemos real y sentidamente universo en mundo.

El sentimiento o sentimentalidad de naturalidad, o la naturalidad con que estoy siendo en el mundo natural —agua, tierra, cielo, luz, árboles, hombres... —, o en un mundo artificial —taller, universidad, oficina, ciudad... —, tiene por base: *a)* estar siendo (hecho) *de* cuerpo y alma, reales de verdad; y se me hace lo más *natural* tener cuerpo y alma —ojos, oídos, mente, voluntad, ser real, ser concreto... —; concreción primera del sentimiento de naturalidad. *b)* Mas no estoy siendo con naturalidad *en* tales cosas reales, tal cual son ellas reales —plurales, ordenadas, eficientes... —, que, si como estoy siendo (hecho) *de* ellas, estuviera siendo *en* ellas, sobrara ciencia —física, química, biología. . .— y bastara conciencia; las soy en bloque, en total simplificado y global; segundo componente de concreción de una sentimentalidad. *c)* Siento como naturalísimo tener cuerpo y alma reales y me parece naturalísimo estar siéndolos en bloque y totalidad simplificada y simplificante, y tal es *mi* sentimiento de naturalidad, el de estar siendo en cuerpo *vivienda mía.* Tal naturalidad está, pues, hecha *de* esa

especial estofa que hemos denominado *yo*. *d)* No obstante, y éste es el punto a destacar, la naturalidad no está siendo *en* mí, como en lugar único, y por tanto privilegiado, sino en todo un mundo de cosas, naturales, artificiales —agua, aire, tierra, árboles, hombres, casa, autos, aviones. . . —, que o se me han dado ya como naturales, o se me hacen bien presto tan naturales que desaparece la fase inicial de innatural, extrañeza, desconcierto. . . ; estoy, pues, siendo *en* ellas sin que llegue a ser (hecho) *de* ellas.

Naturalidad es, pues, una sentimentalidad capaz de poner a tono, en el mismo tono, cosas tan diferentes y diversas como mi cuerpo y alma, mundo natural y artificial.

Ya antes de que se imponga lo que parece, de suyo, ónticamente primario —como son la pluralidad, diferencias y diversidades entre entes, bien reales y constitutivamente reales—, *me encuentro ya* con que todos —por diferentes, diversos y distintos que sean—, los estoy siendo en un solo y único tono; en el de naturalidad. O de otra manera: el sentimiento de naturalidad es capaz de poner a todo en un solo y mismo tono, y lo puesto e incluido en tal tono unitario es o constituye *Mundo* (cf. largamente todo esto en Cap. VI, Parte II).

Notemos brevemente: *a)* Las sentimentalidades tienen, pues, cuádruple concreción; mas la cuarta *c)* desborda largamente la correspondiente a un sentimental; por tal desborde constituye mundo o mundillos, frente a la cerradura y casi cerrazón peculiar de un sentimental. *b)* Mundo y mundillos —casa, universidad, taller, oficina. . . —, son *datos primordiales concretos,* mas de concreción menor que los sentimentales; por contraposición, lo que se pierde en comprensión se gana en extensión. *c)* Los sentimentales, tienen *lo sentido,* mas no *el sentido.* Las sentimentalidades poseen *el* sentido y *lo* sentido. O en una frase global: tanto sentimentales como sentimentalidades tienen *sentido.* (La violencia que aquí se hace a la gramática quedará justificada por la función básica de toda palabra: declarar, ante todo, lo que las cosas son, y no pueden decir: palabra cual altavoz de todo.)

Lo sentido en un dolor de muelas no es, patentemente, lo sentido en un cansancio por una larga caminata; cada sentimental tiene *lo* sentido específico suyo, lo que nos da él a *sentir. Lo* sentido en el dolor es dolor, *lo* sentido en el cansancio es cansancio. Parecidamente; *lo* sentido en la sentimentalidad de *naturalidad* es justamente esa familiaridad, seguridad, confianza con que andamos y vivimos —como en casa y en nuestra casa—, en nuestro cuerpo y alma, mundo y mundillos; esto es *lo* sentido en la senti-

mentalidad de naturalidad; mientras que en la sentimentalidad de *susto, lo* sentido es susto —y no aburrimiento, menos aún dolor de muelas. Pero, a diferencia de un sentimental, una sentimentalidad tiene *el* sentido. La naturalidad, familiaridad, confianza, inocente entrega con que estamos siendo en nuestro cuerpo, alma y mundo nos descubre la consistencia, trabazón, firmeza de mundo, de cuerpo, de alma; y estos aspectos son *el* sentido, lo que de las cosas nos descubre tal sentimentalidad; el susto, por el contrario, nos pone ante la inseguridad y resquebrajamiento de mundo interno (cuerpo y alma) y externo. Tal es *el* sentido propio de susto. Por igual *lo* sentido en la sentimentalidad de admiración es justamente admiración —y no susto... —; mas *el* sentido de admiración es la novedad —atractiva, impresionante de las cosas. Por *el* sentido de una sentimentalidad se está siendo *en* un mundo, dándole propia oportunidad a que me descubra algo suyo —hacerse admirar, temer... Todo esto queda aquí reducido a lo más sencillo, véase largamente en Cap. VI, Parte II. Un dolor —y en general un sentimental—, no tiene *el* sentido, o si queremos otra formulación: en un sentimental coinciden *el* sentido y *lo* sentido, en comprensión y en extensión —siempre a favor de lo sentido. *El* sentido del dolor de muelas es *lo* sentido en él y por él.

Sentido, pues, dicho sin artículo, es algo así como el tipo de significado peculiar a sentimientos —sean sentimentales o sentimentalidades.

Y veremos que por *el* sentido estamos siendo en nosotros, en mundo, en mundillos; que *el* sentido desborda los límites de lo sentido, su cara hacia mí, hacia sentimentales; mas lo sentido en el cielo, en la tierra, detrás de una pared, en el pasado, en el futuro, en el porvenir... Las sentimentalidades poseen, sin duda, *lo* sentido, su cara hacia mí, hacia sentimentales; mas lo sentido en ellas no da que sentir, no duele, no place, ni llega a esa realidad bruta y global, sorda y densa de un sentimental en que, por constitución, predomina *lo* sentido sobre *el* sentido.

Las sentimentalidades están abiertas, y nos abren, hacia otras cosas —hacia indefinidamente más—, y más variadas; poseen poder patentizador, de verdad; no así los sentimentales.

Cerremos aquí este punto y pasemos al que todas las consideraciones anteriores se enderezaban. Un *concepto* es, evidentemente, él, y no otra cosa; empero, aparte de esta identidad, elemental y resabida, un concepto: *a)* no está hecho *de* ninguna otra cosa, sino de las de su orden; *b)* puede estar siendo *en* cosas de otros órdenes; *c)* está hecho *de mí; d)* no está siendo *en* mí, sino está siendo

en bloque total, campo de universalidad, extensión, comprensión (contenido, significado) dentro de los cuales entraré indiferentemente yo y las demás cosas, cada una como una de tantas.

Tomemos un concepto; apliquemos bien las palabras a él y vayamos diciendo, o dejando que diga por nosotros, por nuestra boca, lo que es o cómo está siendo lo que él es. El *concepto* de circunferencia no está hecho de otras cosas sino de las de su orden; está hecho *de* otros conceptos —del concepto de curva, del concepto de cerradura, del concepto de línea... —; mas el *concepto* de circunferencia no está hecho de puntos, ángulos, curvatura —menos aún de piedra, metal, madera... Si circunferencia, como concepto, es o no es un estado peculiar de circunferencia como cosa, será punto a tratar en su lugar.

Mas circunferencia, como concepto, puede estar siendo *en* cosas de otro orden, vgr. en puntos, líneas, curvatura..., en madera, en metal..., sin hacerse, claro está, *de* ellas, sin adquirir sus propiedades. Y tal ser *en* es algo bien real, a estudiar delicada y directamente. El concepto se nos da, por lo pronto, como hecho de *mí,* es decir: de material de *yo,* no sólo en el inmediato sentido de que concepto es concepto *de* una mente, de un pensante, sino en otro más radical y digno de sutil y esmerado estudio: a saber: ¿lo *visible,* en cuanto visible, no es ya, y sin más, *vidente* en algún grado? Lo *audible* en cuanto audible ¿no es ya de suyo *oyente,* en potencia más o menos próxima y urgida de acto? ¿Lo *inteligible* en cuanto tal no será también, de suyo y de por sí, *inteligente* en un grado de urgencia tal que baste, por ejemplo, un simple pretexto u ocasión para ponerse en *inteligente?* En este caso el concepto estaría hecho *de* material de tipo *yo* por doble capítulo, tal vez único en el fondo; *a)* por ser de algo que ya está siendo yo —hablamos de conceptos míos, de un yo—: singular, individuo, miembro de una colectividad...; *b)* por ser algo a que de suyo le nace ser yo —cual a la materia, puesta o transmutada en luz, le conviene la transparencia, es decir: la penetrabilidad, cuando en su estado de materia le es propia la impenetrabilidad.

¿Coinciden, tienen que coincidir, la conciencia propia de un concepto —la que le nace a un concepto—, con la conciencia que le viene de ser concepto de un yo?

¿Si la ciencia, vgr. la matemática, tuviera conciencia de sí, fuera esa la misma conciencia que la conciencia que de la misma matemática tiene el matemático? Dejemos planteada la cuestión, esta y otras afines, para mejor oportunidad.

Por fin, un concepto no está siendo *en mí,* ni me declara a mí,

ni me vuelve explicado, declarado, transparente como es él, de modo que el sistema de conceptos de anatomía, fisiología, biología —sea dicho por vía de ejemplo—, por ser *de* mí, esté de tal modo *en* mí que, por poseerlos, y conforme avance la ciencia, se me vaya declarando, transfigurando la manera inmediata y global como soy mis elementos, órganos, funciones..., y todo ello *sea* ya una lección viviente e inmediata de anatomía, fisiología, biología... Haya así la ciencia transfigurado la conciencia (inmediata, global) en ciencia; y a su vez la ciencia haya adquirido conciencia.

Por lo pronto no pasa así; y esto constituye un *dato* propio del dominio preliminar que estamos tratando de delimitar.

El concepto está *en* mil cosas, mas por modo de bloque, de totalidad simplificada y simplificante. Está en todos por igual; por tanto cada uno es uno de tantos —de su extensión o campo de universalidad—, y, a la vez, *todo* él en cada uno, por manera de totalidad simplificada (comprensión, o contenido en forma de comprensión). Hombre en cuanto concepto —u hombre en estado de concepto, o lo que de hombre real puede ponerse en estado concepto—, está siendo en todos y en cada uno de los hombres —su campo o extensión—; y en cada uno, como en uno de tantos, unívocamente; y en cada uno, hombre se halla íntegramente, mas por original modo de todo *simplificado;* reducido a *animal racional,* un poco a la manera como la misma temperatura se halla uniformemente distribuida por un volumen macroscópico, igual en el todo, la misma en cada una de sus partes —mientras no lleguemos más abajo de unidades macroscópicas de volumen. De este estado de *todo simplificado,* o pluralidad simplificada, se irá hablando en sus correspondientes lugares.

Tomemos pues, en serio, *en real,* eso de comprensión y extensión de un concepto, y al concepto tomémoslo en serio, *en real.* ¿Cómo se pasará del *estado conceptual* de una cosa al *estado real* (concreto) de la misma? —es cuestión aparte, y parecida al problema: ¿cómo pasar de radiación a materia, de materia a radiación, de estado sólido del agua al líquido... ?

c') Con los anteriores preliminares resulta factible establecer una primera gradación de abstracto y concreto.

§ 2. Tipos de los estados concreto-abstracto

E. 111. Estar siendo (hecho) *de* cosas de distintos, diversos, diferentes órdenes, y estar siendo *en* todas ellas. Estado de máxima concreción. Estado límite: Mundo.

E.110. Estar siendo (hecho) *de* cosas de distintos, diferentes y diversos órdenes, mas no estar siendo *en* ellas.

E.100. Estar siendo *de* cosas del propio orden y estar siendo *en* ellas, no en otras.

E.101. Estar siendo *de* cosas del propio orden, mas estar siendo *en* otras de otro orden.

E.011. No estar siendo (hecho) *de* cosas de ningún orden; mas estar siendo *en* algunas o todas de un orden o varios.

E.010. No estar siendo (hecho) *de* cosas de ningún orden, mas estar siendo *en* las del propio, y no *en* las de otro orden.

Los demás casos, combinatoriamente posibles, no poseen por el momento importancia —lo mismo que no la tienen ulteriores distinciones que acudirán al lector sin más, como posibles finuras de planteamiento.

De una cosa que caiga dentro de E.011, E.010 diremos que se halla en estado *conceptual,* o simplemente que es un concepto; de una cosa que se halle en el caso E.100 diremos que es abstracto eidético o atómico; por fin de una cosa que entre en los casos E.111, E.110, E.101 se dirá que se halla en estado concreto —o que es un concreto.

E.111 plantea el problema de *Mundo,* que sería el concreto supremo, pues, por programa, mundo tiene que estar siendo (hecho) de todas las cosas, de órdenes distintos, diferentes, diversos; mas en un estado peculiar, en un *tono* —todas a tono y en el mismo tono; o, al parecer, más teóricamente dicho, en un *modo* que dé sentido a eso de estar *en* todas ellas. Inmediatamente trataremos de si *mundo* es, justamente, *universo a tono,* de manera que, ya *antes de que* nos planteemos —como cuestión, programa, proyecto... —, lo de si el conjunto de todas las cosas constituye o no, constituyó o no, universo, *nos encontremos* con que el conjunto de todas las cosas nos está dado como *mundo* (cf. Cap. III).

E.110 corresponde, en rigor, a universo, como distinto de mundo. A universo le falta, frente a mundo, la unidad total o modal; estaría hecho *de* todas las cosas, pero sin estar siendo *en* ellas; y, por tanto, no daría posibilidad de que se esté siendo simplemente en ellas, sin tener que hacerse de ellas. En su momento haremos notar que mundo está de continuo acechado, y con frecuencia transido e irrumpido, por universo (Cap. VI).

E.100. Estado de abstracto atómico, eidético o esencial. *El Dos* está hecho *de* cosas de su orden, de unidades; y está siendo íntegramente *en* ellas; *en* dos unidades, ni más ni menos; *expresamente* en dos, de modo que lejos de ocultarlas en bloque, como

cuando digo el número *n*, la constante *a*, las está siendo tan distintamente, tan enumerablemente que no se le puede añadir una o quitar alguna. Otra cosa pasa a *dos*, que es un concepto concreto, o *el Dos* en estado de ulterior concreción, pues puede hallarse en cosas: dos hombres, dos manos, dos focos de una elipse..., dos reglas de deducción, dos proposiciones... Y a *dos* no repugna quitar una unidad o añadirle otras. *El Dos* no es ni mayor ni menor que *El Uno*, ni es sumable ni multiplicable, y no entra en la aritmética que se compone de números concretos, o abiertos a concreción: dos, tres, mitad, etcétera. Igual sucede a Humanidad, Dualidad... respecto de hombre, dos, dios...

No hace falta repetir lo advertido ya: que tales abstractos esenciales, o átomos eidéticos, no se nos dan tal cual; al menos se hallan siendo *en* mente, al pensarlos; *en* signos sensibles, al hablar o escribir sobre ellos.

Hacer que se nos eludan de mente y evadan de signos, sería un intento propio de ontología —de cuya posibilidad y límites se hablará en momento oportuno.

Un sentimental posee un cierto componente de atomicidad, pues está siendo *de* yo y está siendo *en* mí; de ahí que placeres y dolores aíslen y cierren a uno sobre sí y en sí; y tan sólo nos abran por el fondo, por el cimiento físico-químico-biótico que, si es *de* mí, no estoy siendo *en* él; lo anulo, lo pretiero, y dejo que siga a sus anchas sus leyes.

El intento de quedarme yo *en* mí, el de estar siendo yo *de* mí, y *en* mí, a solas de todo lo mío, cae en este tipo de abstractos, puros en intención; y da por resultado, real sin duda, la misma ineficacia e inapropiabilidad por un yo que esté siendo *de* sí y *en* sí que las ejemplificadas en El Dos, El Tres, El Uno, Humanidad, Deidad, Circularidad... Que tales abstractos, obtenibles o no por abstracción, no lo sean puramente, queda indicado; siempre se hallan siendo de otra cosa de otro orden: *de* la mente que los piensa; e inclusive de los signos sensibles *en* que *sus* significados se hallan presentes, como en las palabras de este papel.

Una vez más: caben en metafísica: *a) Intentos direccionales*, intentos que se quedan en tales, cual direcciones puras o vectores con dirección y sentido, mas sin meta a alcanzar, disparos al vacío; *b) intentos-atentados*, es decir: intentos de poner un ente que se halla de inmediato en un estado, en otro estado que excluya al primero, y sin que conste de antemano que pueda adquirir esotro. Intentos, pues, de poner un ente *en sí*, a solas de todo. Intentos, todos ellos, de pura intención, sin cumplimiento. Saber qué

intentos, proyectos, planes, designios, programas. . . , son o no realizables, constituirá tema delicado de ontología y metafísica. Determinar, por ejemplo, si poner todo en estado definitivo de Espíritu absoluto, es un intento direccional tan sólo, o un intento-atentado —atentable expresamente—, o un intento realizable o realizado ya; intento que habrá pasado por la fase *b)*: de ser intento-a-atentado real contra un cierto estado; o por la de *a)*: intento en fase direccional pura, de apuntamiento hacia una meta que nó preexiste, sino que tiene que ser realizada a costa de un previo atentado de algo contra sí mismo, y conseguido con la transustanciación de su primitivo e inicial estado, sin seguridad previa de llegar a estado nuevo, por incluir tales estados un componente, más o menos destacado, de novedad, creación, invención, originalidad. . .

El caso 101 se halla ejemplarmente realizado en las sentimentalidades, en sentidos como la vista, el oído, en la conciencia; todo lo cual está siendo (hecho) *de* elemento *de* su orden (especie, género próximo, género remoto), mas está siendo *en* cosas de otro orden; o está siendo (hecho) *de* algunos elementos de otro orden, vgr. C, H, O, N. . . , pero no de todos los de su orden (vgr. no de U, He, Ne, Ra. . .); con todo está siendo *en* otros pertenecientes a otros órdenes o a los del propio.

Esta coexistencia de varios estados dentro de un solo y mismo ente pediría largas consideraciones, complicadas y sutiles, aunque análogas a las que se plantea y resuelve la termodinámica ante el problema de fijar las condiciones de equilibrio o transformación de fases (estados: sólido, líquido, gaseoso. . .) de uno o varios cuerpos (agua, sal. . .) dentro de su ambiente o receptáculo en que rijan condiciones dadas —de energía, presión, volumen, temperatura. La regla de las fases da la respuesta. Aquí no se pasa de un planteamiento de las correspondientes cuestiones ontológicas y metafísicas, justamente porque han de prefijarse las características del *estado* preliminar con que *nos hallamos, ya antes de todo* proyecto, programa, plan. . . de transformación y transustanciación de lo dado inmediato, directo, sin más y de buenas a primeras.

De una cosa, cualquiera en principio, que se halle o se pueda poner en las condiciones señaladas en E.011, o en E.010 diremos que es un *concepto,* o está en estado conceptual.

El *concepto* de ser es lo que de ser puede hallarse en estado conceptual —lo que pudiera ser tan poco e insignificante como es poco lo que de agua hay en estado de nube, respecto de la masa de agua de los mares, a la temperatura media actual de la tierra. Y

así como las nubes más bien están *en* la atmósfera que son *de* atmósfera, y más bien que ser *de* Tierra están *sobre* la Tierra, en parecido, aunque en más riguroso sentido, lo que de ser se encuentra en un momento dado en estado de concepto —concepto de ser—, no está hecho *de* nada *de* ningún ente especial y determinado, mas está siendo *en* todos y *sobre* todos, sean del orden que fueran —dios, hombre, dos, círculo, figura silogística, valores. . . —; mientras que otros conceptos —como los de hombre, dos, círculo. . .—, no están siendo hechos *de* cosas de ningún orden, mas están siendo *en* las de un orden especial y determinado, y no *en* las de otros.

Una vez más: precisar cuánto y qué de cada cosa —hombre, dos, círculo. . . —, se halle o pueda poner en estado conceptual —estar *en,* sin ser *de*—, es pregunta aparte; y proyecto diferente: ontológico o metafísico, cuya sola proposición desborda la fase preliminar, el estado inmediato, de buenas a primeras, de las cosas —que es lo que estamos considerando en estos preliminares.

Es un *dato inmediato* —séalo o no definitivo, en forma de inevitable o ineliminable—, que no se dan por lo pronto y de buenas a primeras conceptos puros; todos ellos se *nos comienzan por dar* como integrados *de* mí, como pensamientos míos —de mí, o de otro, o de nosotros. . . ; mas no están siendo *en* mí ni en nadie, de manera privilegiada: en el concepto de hombre no hay, ni en su comprensión ni en su extensión, rincón privilegiado para mí, que en este momento estoy pensando en hombre, y estoy siéndolo; y e nel concepto de ser no se halla ni en su comprensión ni en su extensión, un lugar distinguido para *mí,* que, en cuanto yo, soy único en el mundo. Comprensión y extensión de un concepto son ónticamente neutrales, aun respecto de los elementos de su orden —hombre frente a hombres, ser frente a seres. . .

Si lo visible es, en principio, vidente y lo audible oyente, y lo inteligible inteligente, lo conceptual o el concepto sería, de suyo, conceptuante, es decir: sería *de* sí y *en* todos. Mas tal *de sí* —especialísima conciencia suya—, no nos es dada inmediatamente, de buenas a primeras, al tratarnos con un concepto; nos es dado, por el contrario, que tal concepto es *mío, de* mi yo, que soy yo quien tiene conciencia *de* él. Por qué indicios o criterios podremos sospechar o saber si un concepto tiene él conciencia de sí —que él es *de* sí y *en* sí—, será tema a tratar en su lugar. Aquí la sospecha de tal posibilidad sirve tan sólo para destacar el *dato bruto* de que todo concepto se nos ofrece como *de mí.* Tal es su *estado preliminar,* primero, *antes de* todo proyecto, programa o intento de ponerlo en sí de sí, o de notarlo como siendo en sí de sí. Tales

proyectos o intentos entrarán en ontología o en metafísica, según los casos.

Lo que ciertamente podemos afirmar es: *a)* que todo concepto —y lo que de un ente se halle en estado de concepto—, nos trata, a nosotros y a todo, de manera neutral, uniforme; se extiende a todos por igual, abarca a todos y a cada uno como uno de tantos; contiene a todos y a cada uno, contenido todo él en cada uno sin llegar a hacerse *de* cada uno en su originalidad y unicidad. *b)* Que todo concepto implica en sí una referencia —o relación asimilada e intimada—, hacia las cosas de que se dice ser concepto. El concepto de Hombre es concepto *de* los hombres, el concepto de ser es concepto *de* los seres... Claro está que este *de* es una manera de decir *en,* que sirve para recalcar que no se trata de un *en* casual, sino de un *en* constitutivo. Por consiguiente, todo concepto está siendo *en* el campo de su llamada extensión —lo cual lo vuelve y mantiene concreto, por grande que sea su grado de abstracción. Tal *en* ha recibido por expresión la clásica de intención significativa —base real de ese estado secundario que se denomina predicación (predicado).

Pasemos ya a la cuestión propuesta en la letra *c)*: fuerza de *mismo,* referida al concepto. Cuestión que es posible afinar y agravar ahora, dándole la formulación siguiente —en un ejemplo para encentarla, en una fórmula general para expresarla. .Circunferencia puede estar siendo *en* sí *de* sí, hecha de los elementos de su orden (general: puntos; especial: puntos coordinados a números irracionales, algebraicos, trascendentes..., sin los puntos designables por los números racionales) (E.100); la misma circunferencia puede estar siendo *de* mí y *en* mí o *en* otros (en todos por igual o neutralmente, geómetra genial o principiante en geometría), haciendo con todos ellos un pequeño o grande universo en que entran todas las cosas de que se puede predicar el concepto de circunferencia (E.110, E.011); la *misma* circunferencia puede estar siendo en algún grado *de* otras cosas, vgr. en esta rueda —esto que yo trazo es una circunferencia, esta rueda es de acero, y me sirve *para* rodar fácilmente, en un mundo de reales resistencias... ¿La *misma* cosa puede, conservando eso de *mismo,* en real sentido, hallarse de vez en varios estados: de abstracto, concreto, concretísimo (físico)? ¿Qué fuerza tiene eso de *misma?* ¿El *mismo* hombre puede estar en estado conceptual (concepto de hombre) y en estado concreto (estado real)?

No todo lo que tiene realmente el hombre le sale a la cara o hace de cara —de aspecto, faz, perfil...—; lo cual no obsta

para que la cara lo sea del *mismo* hombre que está siendo otras cosas que no hacen *de* o están siendo cara; lo visible típico de un hombre lo es del mismo hombre, aunque no todo lo de él se halle en estado de visibilidad simple, de algo para la vista y en la vista, y aun oculte lo que de realidad física, química, biótica... tiene que estar sirviendo de base y causa para que el aspecto de hombre sea aspecto real. Una rueda no tiene por qué contener tantos elementos físicos cuantos puntos integran la circunferencia geométrica pura; sería exigencia parecida a pedir que las gotas de agua de una nube mantuvieran las mismas distancias entre sí que en el hielo. Un anillo es, realmente, circular; aunque elementos y moléculas sean en un número transfinitamente menor que el número de puntos de la circunferencia en su estado conceptual o geométrico puro. Una circunferencia que sólo tuviera tantos puntos cuantos números racionales no sería, para el geómetra moderno, circunferencia, pues le faltaría la continuidad; podrían pasar a través de ella rectas sin cortarla por parte alguna: y no obstante el número de puntos racionales forma un conjunto denso, de modo que dados dos puntos *a, b,* tan próximos como queramos —vgr. a una trillonésima de diferencia en mm, $b\text{-}a = 10^{-18}$—, siempre cabe señalar un intermedio.

¿Cuál es la *verdadera* circunferencia? Será cuestión tan arbitrariamente planteada como ¿cuál es la verdadera agua: la sólida, la líquida, la gaseosa?

Demos la respuesta, exigible en *Preliminares:* es decir, notemos el estado preliminar, de buenas a primeras, como se nos da *resuelta,* sin haberla planteado, tal cuestión —que lo será retrospectivamente, y retrospectivamente la solución será solución de tal cuestión retrospectivamente tal.

1) El estado concreto es el que, por lo pronto —de manera inmediata, de buenas a primeras—, tienen las cosas; cada una es ella, mas está hecha *de* otras de otros órdenes —distintos, diferentes y aun diversos—; y está siendo *en* otras cosas, de otros órdenes —distintos... La *identidad* comienza por hallarse en *estado concreto,* y no en el exacerbado y tajante de abstracto, en el que identidad es tan pura, simple y rigurosa identidad que no es ni unidad, ni diversidad, ni dualidad... ni nada más que ella, tan puro estado que ni siquiera se lo puede entender, so pena de que se haga *mi* pensamiento, y sea identidad *en otro* o de otra cosa, al menos del conocedor. Y si identidad estuviera siendo en su orbe abstracto de tal modo que recogiera en sí todo lo que de idéntico hay en los demás órdenes, o no fuera posible identidad o todo lo

demás quedara escindido, destrozado o pulverizado hasta el límite, hasta ser nada. Lo abstracto, o posible abstracto, de un orden no es todo lo de ese mismo orden; lo abstracto no reabsorbe lo que parece debería reabsorber o haber reabsorbido; deja parte de sí mismo en estado concreto —parte mayor o menor—, por decirlo en palabras no demasiado ejemplarmente rigurosas.

Por tanto, algo o mucho o casi todo lo de *identidad* tiene que haber quedado o hallarse en estado de identidad *concreta,* o sea sintética: identidad identificante cosas distintas, diferentes y diversas que, no por eso sólo, quedarán ellas identificadas entre sí formal o propiamente —cual sucedería en el caso de identidad abstracta, pura, absoluta.

La identidad concreta puede tomar, y ha tomado *antes de que* se nos dé en abstracto, diversas formas. Infancia, Juventud, Vejez... son incompatibles, tomadas en abstracto, y en identidad pura; y es imposible pensar o decir —recalcando en identidad y en pureza—, que Infancia es Juventud; mas con real identidad, de tipo concreto, el mismo hombre pasa de infante a joven... a viejo. Es imposible que *Aquí,* en cuanto Aquí, esté *Allá,* en cuanto Allá; pero un *mismo* cuerpo pasa de aquí a allá; mas si un cuerpo estuviera Aquí en cuanto Aquí, en este lugar en cuanto *éste,* no podría pasar a otro. Este lugar (del espacio físico) es tan poquito *éste* que ni siquiera tiene sentido físico eso de *este* lugar, de *esto*tro lugar; este lugar, estotro lugar son tan poco este o estotro que resultan físicamente indiscernibles e intercambiables, y en las leyes físicas no entra semejante distinción. La categoría *éste* (este, estotro, esotro...) se halla en la física moderna en estado de *concreto.* Así que este *mismo* se halla igualmente en estado concreto. Que el mismo hombre, que este mismo hombre sea niño, joven... viejo... es una manera concreta y usada (cf. Parte I, Cap. II, § 1) de decir y de ser: este hombre no está siendo *éste,* ni este hombre está siendo *mismo,* ni este mismo hombre está siendo en Niñez, en Juventud..., que, de estar siendo todo esto tan a rajatabla y recortadamente cual lo son los abstractos, fuera imposible que este mismo hombre fuera todo eso ni de vez ni sucesivamente. Está siendo todo eso —éste, mismo, niño... — en estado concreto, y por modo de identidad concreta; por eso puede estar siendo tantas cosas y pudiera ser otras más, y, a lo mejor, todas.

La identidad concreta, o la identidad en estado concreto, no tiene límites; posee tan sólo delimitaciones o fronteras de hecho. El hombre es, con identidad concreta —a la una, de vez—, cuerpo físico, orgánico, alma, conciencia...; identidad real concreta com-

patible con una distinguibilidad real, aunque no con una distinción real.

Quiérese decir con esto: la idea de que una identidad es indivisible en absoluto no pasa de prejuicio, cuyo origen hay que buscarlo en la función ontológica de los abstractos —de que se hablará en su lugar. Identidad, Unidad, Dualidad, Humanidad, Cantidad..., son indivisibles, por ser su estado actual el de *simplicidad* —cuando menos de pretendida total simplicidad, por eliminación omnirrepelente de todo lo otro. Mas la identidad concreta entre varias cosas en su estado concreto no es compatible con su división actual, mas sí con su divisibilidad; es decir, la identidad concreta es divisi*ble;* y, por divisi*ble,* reidentifica*ble.*

Ahora bien *1.a)* Es un *dato inicial* que *comenzamos por encontrarnos* entre cosas en estado concreto, que una está siendo muchas —*de* muchos, *en* muchos—; que la impresión inmediata, bien real, que nos ofrece el mundo es de fusión, confusión, vaguedad de límites, desplazamiento de fronteras entre cosas, transformabilidad, movimiento... de la misma cosa, de las mismas cosas, del mismo mundo. Tal es el estado inmediato, directo, *preliminar.* *1.b)* Conceptos y cosas, conceptos de cosas, *comienzan* también por constituir un bloque concreto, andan fundidos; y, desde el punto de vista posterior de la ontología, confundidos; y a tal estado de identidad concreta entre cosas y sus conceptos, conceptos y sus cosas, se llamará *realismo inmediato.* No distinguimos rajantemente entre conceptos y cosas, mas tampoco identificamos expresamente cosas y sus conceptos. Cosa y concepto están identificados con identidad concreta que no impone identidad formal y propia entre ellos, y no excluye distinguibilidad de hecho entre ellos. *Usamos* diversamente de conceptos y de cosa, mas no como distintas —pues realmente *están siendo* distintas, mas no *son* distintas. *1.c)* En estado concreto la imposibilidad (abstracta) toma la forma de incompatibilidad. La más segura e irremediable manera de no poder ya ser niño, es haberlo sido; al estar siendo joven, ser niño resulta imposible realmente, es decir: realmente incompatible con juventud. Incompatibilidad es, pues, imposibilidad retrospectiva, que se establece no *a priori* sino *a posteriori;* cuando entre Niñez y Juventud hay incompatibilidad absoluta, e imposibilidad de paso; son a la una incompatibles y, de suyo, tranquilamente neutrales. Niñez no es ni anterior ni posterior a Juventud; como El Dos no es ni mayor ni menor que El Uno; son incomparables. Mas niño es estado anterior a joven, y dos es mayor que uno. El estado concreto se caracteriza por la invención de incompatibili-

dades —que es una manera de rebajar las pretensiones de la imposibilidad abstracta y, por tanto, las de la ontología.

Esta rebaja de nivel que a la ontología, y a la metafísica, impone el estado concreto es *dato inicial,* a lo menos; se verá más adelante si llega a primero, primario o primordial.

Desde este nuevo ángulo de enfoque, en el estado concreto no se dan contradicción, contrariedad, oposición relativa, polar... sino *incompatibilidades* más o menos acentuadas que no pueden llegar a escindir definitiva o esencialmente la realidad, volviendo imposible por principio la reidentificación o crecimento de la concreción.

Los intentos, atentados, proyectos... de escindir la realidad concreta en esencias, inposibilidades, identidades formales, distinciones definitorias, diversidades irreductibles, diversidades insuperables ya, entrarán, respectivamente, en ontología o metafísica, según la gravedad que revistan. *1.d)* El estado concreto se caracteriza por una cierta nivelación entre unidad e identidad; y complementariamente por una neutralización de las diferencias entre unidad e identidad. Reduzcámonos a lo más urgente: *a)* Bajo el punto de vista de *ajuste,* la identidad ajusta muchísimo más todo lo identificado que la unidad todo lo unido. En principio el ajuste de varias cosas por identidad tiende a *simplicidad,* o es ya simple; mientras que el ajuste de varias cosas por sola unidad no pasa de *composición,* en el mejor de los casos. Es uno un montón de piedras, es uno el número $1\,000^{1\,000}$, es uno el hombre, es una una molécula de agua...

b) Desde el ángulo de *coajuste;* el coajuste que impone la identidad entre los elementos o cosas identificadas es mucho mayor que el coajuste impuesto por la unidad a las cosas unidas, de modo que si la unidad es compatible con la distinción real entre las cosas unidas, la identidad, por coajustarlas más, no tolera distinción real entre lo identificado.

Caben, pues, oscilaciones entre un ente simple, simplificado, y un montón —conglomerado plural e inconexo. Notemos, no obstante, que unidad real —en el orden del ser—, no es sino otra manera de decir identidad. Dos cosas realmente unidas, si, a pesar de su pretendida y supuesta unidad, tienen que ser realmente distintas entre sí, y tienen que mantener o estar manteniendo por sí mismas tal distinción real —vgr. entre potencia y acto, materia y forma, sustancia y accidente, formas *a priori* y material empírico...—, es que realmente no están unidas; mas toda rebaja que se introduzca en distinción real, en independencia esencial... en-

tre cosas unidas, para así fundamentar la unidad real, no hace sino poner de manifiesto que unidad real es sencillamente una forma de identidad. Y al revés: si para liberar, digámoslo así, a la identidad de su propia tendencia a simplificar y a dar un ente simple, sin pluralidad interior de ninguna clase, se suaviza la distinguibilidad admitiendo que la identidad es compatible con distinción virtual interior, con continencia eminencial..., no se hace sino rebajar identidad hacia unidad.

Nos hallamos, pues, ante un caso de dualidad neutral: unidad es identidad no identificante, o sea: unidad es identidad no simplificadora. Identidad es unidad unificante, o sea: identidad es unidad simplificante. Unidad realmente unificante es, en realidad de verdad, identidad; e identidad realmente no identificante es, en realidad de verdad, unidad —ni más ni menos. Así que la frase: identidad sencilla, unidad sencilla designan lo mismo; son equivalentes. Lo concreto es un estado de identidad sencilla, no unificante, de simplicidad no simplificante, o de unidad sencilla de un conjunto de cosas que, por supuesto, no habría que designar como esencialmente, absolutamente, insuperablemente distintas, diferentes y diversas, sino, simultáneamente, cual plurales y variadas —términos neutrales y niveladores tanto de identidad como de unidad, y de la exacerbación tajante de todo lo afectado por adverbios como esencialmente, absolutamente... En lo concreto no se distinguen, pues, materia y forma, potencia y acto, esencia y existencia, formas y material; lo real concreto no se compone de materia y forma, etc. Semejantes distinciones están, en lo concreto, anuladas, niveladas en identidad simple o en unidad simple. Diferente cuestión es si, por algún procedimiento, aparato, instrumento, método... ontológicos o metafísicos, puede, en un ente concreto o en todos, deshacerse tal estado en favor de otro abstracto real en que tales componentes de identidad o unidad cobren independencia próxima a la abstracta —la Potencia— el Acto; la Materia —la Forma, el Apriori— lo Empírico... Se tratará, en todo caso, de tema metafísico y ontológico; y pudiera suceder que haya entes en tal estado, o que sea posible ponerlos en él; mas no sin la intervención de consideraciones más radicales y de experimentos más desconcertantes que trocar agua corriente en radiactiva, o en bomba atómica total, y salir sus componentes disparados.

Lo que tal vez sea metafísica u ontológicamente posible, cual extraordinario fenómeno, no es lo que se nos da en estado concreto, inmediato.

Es un *dato* que se da un estado de neutralización o nivelación

de identidad, unidad, distinción, diversidad, diferencias..., estado que da entes sencillamente unos o idénticos, sencillamente plurales o variados, cada una dentro de sí y respecto de los demás. Toda distinción, diferencia y diversidad lo es de hecho; la unidad o la identidad lo son de hecho. Lo cual no obsta para que tal estado merezca el título normal de *estado;* es decir, de manera de estar siendo permanentemente un ente lo que es. Y el término *permanente* no prefija, sin más, una mayor o menor duración temporal —pudiera ser la de una partícula, cuya duración fuera del orden 10^{-10} por segundo, bien larga para lo que es normal en un fenómeno atómico, ultrabrevísima a escala humana, o la del plomo de origen radiactivo —de miles y millones de años, año y segundo referidos a nuestra duración *de hecho,* levantada a norma por razones y motivos que no nos interesan por el momento.

Volvamos ya al tema al que lo dicho se enderezaba. ¿El concepto de Hombre es concepto del *mismo* hombre que es el hombre real? ¿El hombre real es realmente el mismo hombre que es el concepto de hombre u hombre conceptual? ¿La circunferencia geométrica abstracta es la misma circunferencia que la circunferencia abstracta simple, y las dos son la misma circunferencia que una rueda —y al revés?

Al notar que tanto identidad como unidad admiten, ellas mismas, estados, y entre ellos el de concreto, las preguntas quedan respondidas: el hombre conceptual es sencillamente el mismo que el hombre real, o son sencillamente una misma realidad.

Por estar cosas en estado conceptual y en estado real, siendo sencillamente idénticas, o sencillamente unas, dando un concreto —plural y variado—, nos *encontramos* sencillamente, sin previos, de buenas a primeras, conceptuando la realidad —viendo, oyendo, pensando...—, o realizando los conceptos —transformando lo real por conceptos, máquinas, matemáticas...—, *aun antes de que* nos planteemos cuestión alguna acerca de si concepto y realidad son —esencialmente o de suyo— diferentes y diversos. Son *sencillamente* un plural variado, ajustado sencillamente y de manera neutral frente a Identidad y Unidad, Diversidad, Diferencia...

Tal estado es un dato; lo cual no garantiza su eternidad, como nada asegura a los casquetes de hielo polares su duración durante cuarenta mil años más; no obstante lo cual tal estado posee propia estructura —bien firme, frente al agua corriente.

En el estado concreto falta, por natural secuela, toda reduplicación o insistencia de purismo: distinguir visible *en cuanto* visible, de color esencialmente color; diferenciar inteligible *en cuanto*

inteligible de inteligente *en cuanto* inteligente; separar concepto *en cuanto* concepto, de conceptuante *en cuanto* conceptuante... La reduplicación de purismo constituirá plan ontológico —ser *en cuanto* ser, ni más ni menos; idea *en cuanto* idea, no en cuanto de otra o en otras cosas... Y será preciso estudiar si tal plan pasa de simple *intento,* o si encierra un *proyecto* realizable, y, si, por fin, tal proyecto da *resultados positivos* —ser puro, idea pura, concepto puro..., aunque tales procedimientos y entes no duren, traducidos en tiempo nuestro, más allá de unos segundos, o toda una época histórica...

El *estado concreto* es un *dato inevitable,* según el criterio establecido en Parte I, Cap. III, § 2; y son datos inevitables tanto el estado concreto de un concepto —de algo en estado conceptual—, como el estado conceptual de una cosa *concreta.* La circunferencia en estado conceptual es la misma circunferencia que la real en la rueda, y la circunferencia de la rueda es la misma que la circunferencia conceptual; dos estados de lo mismo, con identidad concreta o unidad concreta, compatibles con pluralidad y diversidad, no reduplicadas.

Se nos ha ampliado, pues, natural y sencillamente, la cuestión indicada bajo el título de *estados de* un *concepto* a estados de la realidad, que es como se nos da naturalmente el concepto y como lo empleamos sin más requilorios, *ya antes de que* nos propongamos otro plan; y, tal vez, alcancemos otros resultados o productos de identidad formal, unidad formal, diferencias, distinciones, diversidades formales.

Capítulo segundo

POTENCIACIONES DADAS DEL ESTADO CONCRETO

El estado concreto, descrito en el párrafo anterior, admitía diversos grados de concreción y, por tanto, de abstracción (E. 111... E. 101). Denominaremos tal estado concreto con el título de estado concreto *natural* o inmediato, por contraposición con dos estados más: *1)* concreto artificial, *2)* concreto artificioso.

Estudiemos las formas como se nos dan, de buenas a primeras.

§ 1. Concreto artificial

Una cosa se halla en estado concreto artificial si, además de ser ella y no otra, está siendo (hecha) *de* muchas cosas de un orden o de varias de diversos órdenes, está siendo *en* cosas de otros dominios, y *está sirviendo para* una obra, *por haber sido hecha para ella.*

El lápiz con que estoy escribiendo es una cosa especial, ella y no otra: ni hombre, ni pared...; mas está siendo (hecha) *de* muchas de diversos órdenes —madera, grafito...—; y está siendo *en* vista mía, en mi mente —al verlas con mis ojos, al filosofar sobre la imagen especular suya...—. Empero su propia concreción es la de *para*: sirve para escribir, y *sirve para* tal función porque ha sido *hecho para* ella. Al funcionar como lápiz, tal finalidad se coimplica y coajusta tan apretadamente con su tarea y su obra que no se destaca la finalidad frente a obra. No se trata, pues, de una relación, cual lo es la de igual, o las de menor, mayor...; sino de una referencia, o relación transmitente, cual hablamos de mecanismos de transmisión... Y, en rigor, nos hallamos *transferidos,* pues el lápiz, al estar siendo tal, nos transfiere tan directamente a su obra que desaparece él —sin aniquilarse, por supuesto—, para que venga al ser la obra —los trazos sobre el papel. Forman, pues, trazos y lápiz *un concreto,* en que quedan superadas las distinciones entre lápiz y papel; al ser lo que son, lápiz y papel, dejan de ser un plural y resultan un singular: la escritura sensible.

Lo que se ha dicho por modo de ejemplo de lápiz y papel cabe repetirlo de casi todo lo que ante nosotros está presente. Llega un momento en que objetos visualmente independientes —silla, mesa, diván, florero...— se sueldan en sala; calle, casa, árboles...,

en ciudad; libros, sillas, mesa, estanterías... en biblioteca. La transferencia *para,* o el coajuste de cosas independientes, da concretos reales.

Distingamos terminológicamente entre finalidad y teleología; reservando esta última palabra, por su artificialidad y exhibicionismo de *logía,* para finalidades externas, metas fijadas y presentes temáticamente, cual suelen serlo las de la voluntad no dada aún a la acción; y, por contraposición, emplearemos la de finalidad para los coajustes de cosas mediante una referencia transmitente, atemática, actuante.

Todo concreto natural admite, en principio, una ulterior concreción artificial; hacer de modo que esté sirviendo *para* una finalidad, y sirviendo tan bien que, sin notárselo expresamente, nos transfiera sin más y eficientemente a la obra. Un concepto, o microcosmos de ellos —desde álgebra de la lógica... a geometría diferencial—, es siempre un concreto natural, al menos por tener que estar siendo *en* mente, en papel, en símbolos, mas puede sobrevenirle, y no es una catástrofe, el que esté siendo *para* explicar la geometría física del mundo, o actuando de álgebra y lógica encarnados en cualquier calculadora. *Están manos a la obra.*

Se trata de un cambio de estado de la misma cosa. Nada tiene, por tanto, de extraño, en principio, que, siendo estados de la misma cosa, se conserve de algún modo real la conexión matemática en el estado físico y en el estado de máquina física —conexiones de tipo *de* y *para.* Coajústanse tan perfectamente fórmulas matemáticas y máquina porque las fórmulas *están siendo* máquina, están en estado de máquina, en concreción *de-para.* Y recuérdese que estar siendo es un modo o estado de identidad concreta, menos exigente que el *es* o identidad formal.

Enumeremos, sin mayor explicación, algunas de las características de este nuevo estado de concreción: *a)* En todo concreto artificial la referencia *para* transforma la base de concreto natural en *mero material.* La madera es un concreto natural; *es* madera y está siendo (hecha) *de* ciertos elementos C, O, H, células vegetales...; mas un lápiz puede estar hecho de madera, sustituible por material plástico, por metal. Todos estos materiales, tan diferentes, con la misma función: madera, plástico, metal..., quedan nivelados en una categoría *ónticamente neutral*: la de *material.* Con tal de que sirvan para la función correspondiente, *tanto* importa uno *como* otro. Habrá materias de un concreto artificial que no sean fácilmente sustituibles —vgr. un plástico que sustituya la carrocería metálica actual de un auto o avión—; mas, en principio,

el *proyecto* implicado en un concreto artificial es indiferente al material, y sólo pide materiales de ciertas cualidades; las materias que las llenen, sean por lo demás tan diferentes y diversas cuanto fueren, son equivalentes.

Así que: *a.1)* Los concretos naturales tienen materia; los artificiales, material.

a.2) Los concretos artificiales implican un *proyecto* de indiferenciación y nivelación de materias o su reducción a materiales.

b) En todo concreto artificial, y por virtud del proyecto propio de tal estado, las *referencias* se sueldan en *estructura.* Son concretos artificiales: mesa, silla, ciudad, calle, auto, nevera...; es un concreto artificial cualquier fórmula de la matemática actual o de la lógica matemática. La fórmula elemental del binomio:

$$(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2,$$

es un concreto artificial con estructura, además de material; *a, b* pueden ser cualquier número —entero, racional, algebraico, transcendente...—; sus diferencias, y aun diversidades, naturales no cuentan; han sido *niveladas* en constantes indeterminadas, *a, b;* y de ellas se pasa a los casos especiales por simple sustitución. Todos los números, pues, por diferentes que sean —como par e impar—, o diversos —tanto como racional, algebraico—, son tan sólo *materiales* respecto de la fórmula. Sobre tal material neutral y unificado, cual sobre espejo, resalta una *estructura,* es decir: *"un coajuste de relaciones determinadas entre constantes indeterminadas"* —entre materiales. En $2 < 3$, la relación de *menor que* se apoya sobre constantes bien determinadas: sobre 2, 3, que no son *material* aritmético, sino materia propia, específica, determinada; y, por eso, $2<3$ no es fórmula alguna. Es un caso, científicamente insignificante, justamente por significar demasiado cosas científicamente insignificantes.

En cambio, en $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$, entran las relaciones de más, duplo, cuadrado, ajustadas en igualdad (=), y coajustadas y cual clavadas sobre un puro material que sirve justamente para eso: para coajustar relaciones determinadas sin hacerles perder la determinación relacional, sin que la materia las anule y absorba, cual pasará en dicha fórmula si pongo, vgr. $a = 1$, $b = 2$.

$(1 + 2)^2 = 1^2 + 2.1.2 + 2^2$; en virtud del axioma $a + b = c$, y $ab = d$, tendré que verificar las operaciones aquí indicadas y obtendré sin remedio $9 = 9$, resultado final en que ha desaparecido la estructura de la fórmula, y nos ha quedado un bloque fijo que, por fijo, ha anulado y sorbido la estructura. En cambio, *a, b* son

material puro, incapaz de reabsorber la estructura; es decir, de verificar las relaciones. El material las mantiene, más bien, en virtud de su condición indeterminada.

Una estructura es, pues, *un coajuste de relaciones determinadas entre material indeterminado.* No obstante, saber qué grado de indeterminación hay que imponer a materias para que sean materiales adecuados para una estructura es asunto aparte, y no nada sencillo.

Haber caído en cuenta de que lo físico se compone, en amplio margen, de estructuras matemáticas y de materiales —y no de forma y materia, potencia y acto, sustancia y accidentes. . .—, y que, por tanto, es realmente posible una técnica o plan de reconstrucción y trato de lo real según estructura y materiales, permite realmente comenzar por reducir materia —pretendidamente definitiva—, a simples materiales, y transformar pretendidas formas en estructura; todo ello constituye no sólo un descubrimiento de la ciencia moderna, sino una fuente de inventos, aplicable a todo —relaciones humanas, vida biótica, psique, moral. . .

Lo que se creía, pues, concreto natural resulta, o es posible trocarlo en concreto *artificial.*

Dato II. 11. "Aun antes de que hayamos hecho estas consideraciones, de suyo previas, *nos encontramos ya, nos hemos encontrado ya* siendo en un mundo artificial, tratando las cosas como materiales estructurados."

Dato II. 12. "Y aun antes de que nos propongamos, cual proyecto, transformar materia (natural) en material, y forma en estructura —o al contrario, convertir estructura en forma y revertir materiales a materia—, *estamos siendo* (hechos) *de* cosas artificiales, siendo *en* dominios artificiales y coajustados *según* (para) el coajuste de material y estructura, es decir: *estamos siendo para.* Y al estar siendo *para,* estamos siendo tratados, y dejamos que se nos trate, cual material —no cual materia—, y que se nos encaje, y nos encajamos, en estructura —no en formas."

Es, pues, un *dato* tal tipo de concreción artificial: estar siendo *en* ( ) material, y *según* ( ) estructura; y en el paréntesis ( ) cabe todo, en principio —hombres, plantas, astros, agua, relaciones humanas, belleza, derecho, objetos, materiales. . .

Determinar si es esto un dato primordial, primario, primero o bruto, queda para más adelante.

Nota. b.1) Será cuestión a estudiar los límites de concreto artificial: ¿Es posible trocar toda la materia (natural): plantas, animales, hombres —números naturales, figuras naturales. . .—, en

material, y reorganizarla según estructura —de modo que se pueda hablar de *mundo* artificial?

b.2) ¿La diferencia entre mundo natural y artificial es, en rigor, diferencia de estado? O sin llegar al caso extremo de *mundo*, ¿la diferencia entre estado concreto natural y estado concreto artificial, lo es sólo de estado?

b.3) Si lo fuera, tendrían perfecto sentido, actual o futuro (es decir, en fase de *proyecto* definido), vgr. hombre natural-hombre artificial, luz natural-luz artificial, números naturales-números artificiales, geometría natural-geometría artificial, vida natural-vida artificial... La respuesta a estas tres cuestiones desborda la frontera de lo *preliminar*, no precisamente de los preliminares de un libro, sino de lo inmediatamente dado —quepa o no todo ello en los preliminares capítulos de una obra.

c) Concreto artificial es un estado plural.

El agua es agua —y no otra cosa—; mas está sirviendo de agua corriente en una acequia para regar huertas; en cañerías, para usos domésticos y ciudadanos; en la botella, para beber, etc. El Agua no serviría para tales menesteres o concreciones artificiales para los que tan coajustada está el agua; mas el agua está *sirviendo para;* no parece *estar hecha* para tales finalidades, al modo que la manzana sirve para alimentarnos, mas no parece tampoco *estar hecha* para tal servicio nuestro.

c.1) Servir para, estar hecho para son dos tipos de concreción artificial.

c.2) En el coajuste peculiar al simple *servir para*, la materia natural sufre, en principio, una mínima o nula transformación en material —el agua se la saca del río, se la encauza por canales, se le da forma en la botella... A su vez, la estructura altera poco o nada la forma natural: la manzana sacada del árbol, y colocada en las conexiones peculiares de una casa, de un comedor, en un frutero... poca alteración parece sufrir. Fijar el sentido de *poco* será tema posterior. Lo importante, por el momento, se reduce a

Dato II. 13. c.3) Es un *dato* que "*antes de* toda cuestión o proyecto, *nos hallamos* en un mundo o mundillo de cosas concretas artificiales, encajadas según la estructura *servir para*, tan sencillamente y sin más encajadas que no resalta la transformación que se haya hecho a materia y a forma (naturales)".

Sin mayores remilgos bebemos agua en fuente o en vaso, y sin preámbulo alguno hablamos con hombre en casa o en calle.

Dato II. 14. c.4) "Es también un *dato* que nos tratamos, sin más, y *de buenas a primeras*, con concretos artificiales en que sus

componentes han sido coajustados según el plan de *estar hecho para,* de modo que tanto la materia como la forma naturales de las cosas empleadas estén sufriendo una real y notable transformación."

Nos servimos, con creciente familiaridad, de auto, nevera, radio, lápiz, leyes...: todo ello concretos artificiales de segundo grado para cuyo montaje es preciso violentar la materia natural, hacerle perder su forma inmediata, a fin de que todo: materia y forma, se coajusten cual material y estructura, dando un objeto artificial *hecho para* una finalidad o funcionamiento determinado, por un proyecto y designio. Y una vez montado el objeto, tras una fase más o menos larga de adaptación a las conexiones del mundo natural o a las de lo que esté ya siendo en mundo artificial, y de aprendizaje del manejo o trato con tales objetos, quedan encajados con su estructura y material en las estructuras y materiales de mundillo —como cocina, oficina, transporte, fábrica, sala de tribunal...—, o de mundo artificial total —estado del mismo mundo artificial.

c.5) De un objeto artificial coajustado según conexiones del tipo *simple servir para* diremos que se halla en estado de concreto artificial de primer grado; si las conexiones según las cuales está montado son del tipo *estar hecho para* —y por tanto *sirve para*—, se dirá que se encuentra en estado de concreto artificial de segundo grado.

Cuestión: ¿es posible —*posible* según un proyecto determinado, no vagamente posible o imaginable—, transformar todo concreto —natural o artificial de primer grado—, en concreto artificial de segundo grado? ¿Montar un mundo entero sobre lo artificial por antonomasia? ¿Se trata de una vaga posibilidad, es decir: de un simple estado de intento; o bien de un intento-atentado según proyecto-designio?

Cuestiones propias de ontología y metafísica.

Dato II. 15. Mas "*aun antes de que* nos las propongan —como cuestiones-intentos, intentos-atentados... proyectos-designios—, *nos encontramos ya siendo* en un mundo en que hay cosas montadas según el modelo de concreto artificial de segundo grado; y tal *ser en* o estar siendo nosotros en tal mundo nos hace bien encajados en él, sabiéndonos tratar con semejantes cosas de manera tan familiar ya. o tan prestamente incardinable a familiar que o no ha sido o deja presto de ser cuestión hasta la misma diferencia entre natural y artificial; menos aún se plantea la cuestión de los derechos a formar un mundo total los concretos naturales con los artificiales. Todo lo cual se nos da por resuelto; lo que viene a decir que *no ha sido*

planteado previamente cual problema, *ni tiene que* ser planteado previamente. *Es un dato".* ¿De qué tipo: primordial, primario, primero, bruto? La respuesta para más adelante. Es un dato *inicial,* en todo caso, y por esto se lo incluye aquí.

c.6) Diremos que un concreto natural o artificial de primer grado está coajustado por *composición,* mientras que un concreto artificial de segundo grado se coajusta por *montaje;* están compuestos o montados. Terminología escogida para preguntar lo siguiente: ¿composición y montaje son dos *estados* de coajuste, o dos tipos irreductibles de concreto? En el primer caso el paso de un estado a otro, del estado de composición al de montaje, vgr., estaría regulado por una *misma* ley; y, en rigor, no pediría causas, sino ambiente, campos, condiciones globales... En el segundo, el paso de compuesto a montado exigiría causas —sobre todo eficiente y final extrínsecas. En el primer caso no se pasa de los dominios de la óntica; en el segundo se entra en los de metafísica. Dejando, como es natural, estos cabos sueltos a tejer con otros en su oportunidad, afirmemos aquí: por raro y cuestionable que nos parezca en este momento el coajuste, dentro de *un* mundo o mundillo —casa, cocina, oficina, calle, ciudad, código, laboratorio...—, de cosas compuestas y montadas, *ya antes de* tales desconciertos, admiración..., *nos hallamos siendo* en familia con tales tipos de coajustes, es decir: sus diferencias nos son indiferentes, niveladas, neutrales. Y esto es lo sorprendente: la falta de sorpresa ante tales diferencias. Lo cual viene a decirnos que tal coajuste en mundo es, realmente, un modo o tono real; un *estado total* que toman todas las cosas, estado total de real nivelación de sus diferencias —cual todo objeto físico, sea el que fuere, llega a tomar la temperatura del ambiente y acomodarse a la presión circundante.

La unidad real de mundo se impone, por igual, a compuestos y a montados; y con este *dato* contamos, *ya antes de* toda teoría...

Habrá que preguntarse, pues, por qué surgen tales cuestiones; ellas son lo cuestionable. Que, de buenas a primeras, no surjan, es un dato, neutral al porqué. Tal dato es *porque sí;* es dado sin causa, principio, previos... *Es,* pues, *un dato bruto o elemental.*

§ 2. Concreto artificioso

Primera potenciación de concreto artificial.

Todo concreto artificial opera, por su constitución misma, una equiparación doble: equipara materias, naturalmente plurales, diferentes y diversas; equipara formas naturales, todo ello en virtud de

estructura y montaje. Empero caben muchas y diferentes estructuras, y otros tantos concretos montados según ellas: casa, nevera, auto, ciudad, oficina, universidad, templo, libro... Esta pluralidad de muchas, diferentes y diversas estructuras presta al conjunto (reservemos la palabra *mundo* para cuando hayamos mostrado que tal conjunto lo es) de los concretos artificiales posibilidad de encajarse en el conjunto (mundo) de concretos naturales —aire, bosque, agua, nube, sol, manzana, hombre...

Dato II. 16. "Mas *aun antes de que* el hombre se pregunte, *antes de* decidirse por constituir o ensayar un nuevo tipo de concreto —en que esas mismas pluralidades, diferencias y diversidades: cuántas dentro del conjunto de concretos naturales, cuánto del de concretos artificiales haya, queden rebajadas a materiales, según un tipo de estructura superior a tales diferencias, y por tanto reducidas tales diferencias a unidad superior, neutral a ellas—, *ya nos encontramos* nosotros —y se encontró inclusive quien inventó la moneda—, con que todo es reductible a un material elemental, *intercambiable* según una *unidad unificante,* de la que cada concreto natural o artificial es un múltiplo fijo o fijable, múltiplo con nombre de *valor propio.*"

No se trata de un *proyecto* a realizar o no. *Ya antes de proponérnoslo, nos encontramos* encajados en un mundo montado ya, y funcionando, según tal proyecto, trocado ya en realidad. O sea, *nos hallamos con* el *dato* de un mundo o conjunto de concretos, *amonedado y aforado.* De ahí su importancia *preliminar.*

Con esta breve indicación enumeremos sus caracteres:

a.1) Componente de unificación total de diferencias y diversidades de materia y materiales. Si por *cantidad* nos acostumbramos a entender no sólo lo declaradamente extenso, lo relacionable por la relación de igual, mayor, menor, o por la operación de suma, sino lo *realmente cuantificante,* es decir: *nivelador de diferencias y diversidades,* lo neutral o neutralizado frente a diferencia y diversidad, se podrá decir: un concreto artificioso se monta según el proyecto de *cuantificar* diferencias y diversidades de materia y material, formas y estructuras.

Todos iguales ante la ley; todas las religiones están igualmente permitidas; toda materia se puede trocar en energía y al revés; máquina de vapor que cuantifica o nivela energía calorífica y mecánica; precio de una máquina de coser igual a precio de *n* kg. de patatas; sueldo de Presidente igual al sueldo de M. N., presidente de tal Sociedad...; 1, 2, $\frac{1}{2}$, $\sqrt{2}$..., números de suyo diferentes y

diversos, cuantificables o nivelables por las relaciones de igual, mayor, menor...

En esta amplitud, la cuantificación puede parecer *proyecto;* mas, ya *antes de que* se lo comience a rechazar o a discutir —a sabiendas de lo que se trata y a lo que puede conducir—, *ya nos encontramos* familiarizados con tal procedimiento de unificación o cuantificación de todo —y no nos extrañamos ni de máquinas transformadoras de energía, ni de que se pague por todo bajo forma más o menos decorosa.

a.2) Fijación de una unidad, no tan sólo unificante, sino niveladora o neutral. Hay, como es claro, unidades propias de un orden de objetos —naturales, artificiales; aquí hay tantas manzanas, tantos hombres, tantas sillas, tantos caraqueños... Una unidad *niveladora* se extiende mucho más que una unidad propia de un orden.

Una vez más: *nos hallamos* embarcados en un trato y transformación de concretos naturales o artificiales según *unidad niveladora.* Y el primero que la introdujo se halló aplicándola, sin saber precisamente lo que hacía; le resultó que eso de *moneda* es realmente un medio de unificar, nivelador de diferencias y diversidades, superior a la unidad abstracta del *uno* aritmético, a la unidad concreta del pie.

La *unidad económica* es de tipo omninivelador; o, al revés: una unidad omniniveladora de diferencias y diversidades se llama *económica;* y su poder nivelador o cuantificador es superior al aritmético y al métrico.

Que la moneda realice, de manera ejemplar, tal unificación niveladora es un *dato;* que sea el único tipo posible de tal unificación omniniveladora, es cuestión aparte.

El proceso y procedimiento por los que se nivelarán diferencias y diversidades de concretos naturales y artificiales según tal tipo de unidad recibirá aquí el nombre de *cosificación.*

Cosificación es, pues, una radical y, en el límite, total cuantificación de todo. Tal cosificación no se ha quedado en simple proyecto u ocurrencia; ha pasado a vías de hecho; es un *dato* con que tenemos que contar y que, por afectar en principio a todo, entra en ontología y metafísica. (Cf. Cap. VI.)

a.3) Determinación del coeficiente propio de cada cosa, cosificada ya según la unidad niveladora.

Caigamos en cuenta, ante todo, de que *nos encontramos, antes de* toda teoría preventiva, tratando cosas y más cosas según el proyecto que ahora, violentamente, explicitamos.

Cada número natural es él y no otro: Dos es una vez dos, y no

dos veces uno; Cinco es una vez cinco, y no cinco veces uno... Los números, en su estado natural, con diferencias acusadas, no sirven para materiales de una aritmética, ni aun de la más elemental. Que dos es una vez dos, y no dos veces uno, equivaldría en nuestra aritmética ordinaria o artificial de primer grado a sostener que 1×2 no es igual a 2×1, y así de lo demás. Entre Dos, Tres... no hay relación de igual, mayor o menor, ni se la puede establecer. El Uno no es unidad de medida. El Uno, el Dos... pertenecen, como se dirá, a la ontología de la aritmética, por igual razón que las demás esencias, o lo que de una cosa se pueda poner o se halle ya en estado esencial —que pudiera ser bien poco o nada.

La aritmética comienza a constituirse, como la ciencia que conocemos y tratamos, al nivelar las diferencias entre Uno, Dos, Tres...; y hablar tranquilamente, con la inocencia del trato fáctico con datos, de uno, dos, tres... Y entonces es verdad que dos es *tanto* dos veces uno *como* una vez dos, que $2 = 1 + 1$; $2 \times 1 = 1 \times 2$, y que uno es una vez uno y uno una vez, $1 \times 1 = 1 \times 1$. Los números han quedado reducidos a material, tan homogéneo que se prestan a un principio de inercia aritmética: al principio de inducción: "lo que vale de un primer elemento, si, por valer de uno cualquiera n, vale del siguiente $(n + 1)$, vale de todos". Y van surgiendo poco a poco las estructuras $a + b = b + a$, $ab = ba$, $a(b + c) = ab + ac$; ... $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$, etc. Hasta aquí, y con la simplificación impuesta por la fase de prolegómenos, la aritmética sería un universo artificial de primer grado, cuyos objetos estarían montados *en material* y *según estructuras* especiales, suficientemente declaradas por el momento (cf. Cap. III, § 2).

Los matemáticos se *han ido encontrando* a lo largo de la historia con nuevos tipos de números; o han tenido que inventarlos *al encontrarse* con problemas especiales —lo que, en el fondo, es lo mismo. $\sqrt{2}$, como nuevo tipo de número, para el problema de medir la hipotenusa de un triángulo de lados iguales a la unidad. $\sqrt[3]{2}$, para la duplicación de un cubo, de lado unidad; π para medir la razón de la circunferencia al diámetro; $\sqrt{-1}$, para solucionar ecuaciones tan sencillas como $x^2 + 1 = 0$, etc. De nuevo *antes de proponerse* la cuestión: ¿conservaremos a $\sqrt{2}$, $\sqrt[3]{2}$, e, π, $\sqrt{-1}$... las peculiaridades de su origen, sus inmediatas irreductibilidades, o bien trataremos de nivelarlas, de reducirlas a material aritmético de modo que de sus formas rezume la estructura, y lo demás descienda al nivel de simple, indiferente, sustituible, material?

Ya antes de tal cuestión, sin las precauciones que proporciona

toda teoría previa, la matemática ha ido poco a poco, a medida que tales pretendidas originalidades se presentaban, inventando procedimientos para transmutar, transdefinir materia-forma numéricas en material-estructura. $\sqrt{2}$, vgr. se reducirá a los números enteros, no eidéticos, a través de sucesiones convergentes de racionales, reducidos ya a su vez previamente a relaciones entre enteros; a π también se lo encajará entre sucesiones de racionales que hacia él converjan, no como a algo original, sino al revés como aproximable indefinida y regularmente (según una función o ley) por conjuntos de racionales; $\sqrt{-1}$ tendrá que pasar, tras una operación, al dominio real, $(\sqrt{-1})^2 = -1$.

Es decir: todo desciende al mismo plano: al de lo cuantitativo, neutral e indiferente a diferencias y diversidades. Por el mero hecho resalta la estructura, y van dándose a conocer, expresa, explícita y designablemente las leyes formales: $a + b = b + a$; $ab = ba$... La aritmética se halla colocada ya en plan de *mundo artificial de primer grado;* y en tal mundo, así constituido, nos hallamos trabajando y calculando, *ya antes de que* nos planteemos, precavidamente, estas cuestiones —con cautela que puede antojarse sobrante e importuna. Notarla así, muestra cuán inmediato es el estado *de dato concreto* del mundo matemático en que *nos hallamos siendo.*

La forma de *objetividad inmediata* del mundo matemático en que nos hallamos es la de *concreto artificial de primer grado.*

Se trata de no quedarnos presos en ella, sino por deliberada voluntad de constituirse prisioneros de lo que, de buenas a primeras, y despreocupadamente, comenzamos a estar presos.

La geometría, parecidamente, comenzó por ofrecerse en nivel de mundo natural, ostentando cada figura sus propiedades, irreductibles y visibles: recta, circunferencia, elipse, parábola.., multiplicándose teoremas y definiciones, casos y más casos, con una pluralidad y prolijidad que ahora parece sobrante —demostrando, por ejemplo, el teorema métrico del triángulo según que cierto ángulo sea recto, agudo u obtuso; tratando elipse, circunferencia, parábola... cual curvas independientes. Cada figura es ella y no otra: y para que resalte ella en cuanto ella, distínguesela por definición de todo lo demás, y en especial de las más ocasionadas a confundirse con ella.

Reunión de figuras en familias —vgr. bajo el concepto o procedimiento de secciones cónicas...—, cuadratura de curvas... son, en el fondo, procedimientos de nivelación de diferencias naturales; y procedimientos empleados sin precaución teórica, es decir: em-

pleados, *ya antes de* que una teoría haya advertido precavidamente, *a priori,* las secuelas de tal actitud y procedimiento que tienden, nada menos, a trocar materia geométrica en materiales, formas (naturales) en estructura.

La geometría analítica, para no ir más lejos en punto a ejemplificación, al vincular despreocupadamente figuras con números dará un paso más en la dirección de reducir materia y forma geométricas a material y estructura que, en este caso, resultará ser, como no podía menos de suceder, estructura algebraica pura; y ante $y = ax + b$ no sabremos ya si se trata de una función algebraica o de una recta, de números o de figuras. La geometría analítica está constituida realmente por concretos artificiales de primer grado —por cosas *montadas,* no por *compuestas.*

Ya antes de que un proyecto precavido y previo nos coloque ante lo geométrico natural, cual ante compuesto de materia y forma geométricas, *ya nos hemos encontrado* todos —inventores del método o aprendices de él—, con lo geométrico montado en material y según estructura. Y la circunferencia en cuanto tal y la elipse en cuanto tal... nos interesan tan poco como el Dos, el Tres...; y se busca sin más el cuadrado equivalente a un círculo, con igual despreocupación como se calcula $\sqrt{2}$ mediante sucesiones convergentes de racionales...

Esta forma de objetividad de las cosas geométricas es algo bien real; y lo es en su orden tanto como un auto lo es en el material; y el aspecto de $\sqrt{2}$, π, e... o de circunferencia, elipse... en matemáticas actuales es, en rigor, el mismo que el aspecto de nevera, casa, auto, lápiz, radio, televisor...

Pues bien: esta nivelación —real y con aspecto propio o forma de objetividad—, de diferencias y diversidades conduce a reducir las diferencias y diversidades a igualdades en que los coeficientes conservan lo único conservable aún de las diferencias o diversidades. Y para quitar a la palabra *igualdad* su halo de esencialidad, se debería emplear la de *igualación* o *equiparación,* pues es claro que, si, por un procedimiento, a dos cosas diferentes se las iguala, resultarán por secuela iguales —como la forma de dos líquidos vertidos en una vasija.

Así, podrán ser 3 y 5 cuan diferentes queramos; mas no se les dejará, dentro de aritmética artificial, en tal estado de desigualdad, sino se pondrá: $5 = x3$, o $3 = x'5$, es decir: se señalará un coeficiente (llamémoslo así) x, x', tal que 3, 5 resulten iguales. Y esta exigencia de ilimitada extensión de las operaciones lleva a la introducción de nuevos números *niveladores*: $^5/_3$, $^3/_5$.

Longitud de una circunferencia y longitud de una recta (vgr. su diámetro) son cosas bien diferentes, aun visualmente; lo que no es, al parecer, de poca importancia científica. Mas la ciencia geométrica artificial no dejará así las cosas, sueltas, inconexas; y hará que sea $C = 2\pi r$; en que 2π es el coeficiente que reduce línea recta (segmento de recta, r, radio) a curva; que tal coeficiente, π, sea un nuevo número que, al cabo de unos siglos, se descubrirá ser de naturaleza diversa a los enteros, racionales, algebraicos..., es otro punto, sin importancia para el presente.

Y en la fórmula $x^2 + by^2 + cxy + dx + ey + f = 0$ el juego de valores que tengan los coeficientes a, b, c, d, e, f, dará, según los casos, e indiferentemente, una circunferencia, una elipse, una parábola; todas esas curvas —de aspecto o eidos geométrico tan diferente y aun diverso—, están niveladas e indistinguibles —mas presentes en la fórmula dicha, de geometría analítica elemental.

Podrán ser tan diversos cuanto queramos —en su mundo natural y aparenciales objetivos o formas de objetividad—, calor y movimiento mecánico, luz y materia; la física, a lo largo de su constitución en ciencia, ha ido buscando, estableciendo e imponiendo realmente una igualación de tales diferencias —equivalente mecánico del calor, 427 en unidades debidas; equivalente entre luz y materia, c^2, o 10^{21}, según la fórmula $E = c^2m$, etc.

La física, pues, intenta, y lo consigue, *aun antes de* toda precaución teórica u ontológica general, cambiar *la forma de objetividad* de lo natural en *forma nueva de objetividad*: la artificial —con material y estructura, en los tres dominios que hemos venido estudiando. Que luz y piedra continúen ostentando pertinazmente aparenciales propios definidos y diversos, sólo muestra que las cosas toman un estado de *inmediación determinada*, un estado de su ser, una forma de objetividad (aspecto) que no es sino un estado, con mayor o menor consistencia que el sólido —con igual falta de derechos ontológicos como él—, a necesidad y universalidad.

Así que diferencias, diversidades ostentadas por lo físico lo son solamente de hecho; *dato bruto*, reajustable según proyectos, vgr. el de montaje —material en y según estructura.

§ 3. Los dos tipos de concreto y las operaciones de trocar "en" y de trocar "por"

Demos el último y definitivo paso en esta dirección: ¿Es posible constituir concretos artificiosos o artificiales de segundo grado —tales que las diferencias y diversidades, sobresalientes y rajantes,

entre cosas naturales; alimentos, árboles, hombres..., artificiales de primer grado: números, figuras..., materia-energía—, sean niveladas, sirviendo de material, todas por igual, respecto y dentro de una única estructura para todas ellas —hombre inclusive—, y precisamente incluyendo a hombre a causa de las diferencias y diversidades que impone, de manera sensible y sentida, a todo lo demás: plantas y máquinas, animales y artefactos, números, figuras...?

Tal sería el tipo supremo de concreto, asequible tal vez en parte, tal vez posible a todas las cosas, dando en este caso un *mundo artificioso* —¿límite extremado de los mundos natural y artificial, reabsorbidos, transustanciados en él?

Descompongamos la cuestión en dos partes: una, pertinente a Prolegómenos; otra, reservada para Ontología y Metafísica.

Dato II. 17. "Aun antes de que nos propongamos, precavidamente, las cuestiones o proyectos indicados, *nos encontramos ya* siendo entre concretos artificiales de segundo grado o con cosas artificiosas, engranados con ellas, alienados o enajenados en ellas." (Caps. V, VI).

La realidad de cosas artificiosas, nuestro engranaje con ellas y nuestra alienación en ellas es un *dato.* Y es un dato de carácter ontológico y metafísico. Notemos, ante todo, hasta qué punto llega el carácter de *dato,* de un *antes de que...* ya...; y dónde comienza, por ahora, el carácter de *proyecto-designio* (ontológico o metafísico, según los casos).

—a.1) Podemos rescatar de su estado de *dato inmediato,* natural y familiar, ése de que la circunferencia es, métricamente, una recta de longitud $2\pi r$; que una caloría equivale a 427 kgm —cosa tan natural ya como viajar en tren, en auto, en avión...—; y presto tendremos que violentarnos para rescatar del estado de *inmediación* familiar en que caen —por ley ontológica, de que se hablará—, las cosas; así la equivalencia entre materia y energía, apenas la técnica nos haya vuelto enseres pila atómica, cocina electrónica...; lo que no puede tardar.

Es preciso recobrar de su estado de inmediación y objetividad familiar las equivalencias establecidas, desde milenios, por la, al parecer, inofensiva operación de *trueque*: un saco de patatas *por* una gallina, cuatro ovejas *por* un caballo, dos sacos de avena *por* uno de trigo...; dos gallinas *por* una vara de tela de...; tanto de comida, vestido, alojamiento... *por* tantas horas de trabajo; tanto *por* un esclavo; tanto *por* un obrero especializado en...; tanto *por* un empleado de oficina de... Se nos hace natural, familiar e inmediato todo esto, cuando son, en rigor, equivalencias más violentas y preñadas de secuelas ontológicas que hacer equivaler (por

técnica) un gramo de materia a mil trillones de ergios, o una caloría a 427 kilográmetros de trabajo mecánico...

El aspecto —forma de objetividad—, amonedado de las cosas —negro con aspecto de esclavo, oro con aspecto y funciones de moneda, máquina con aspecto y funciones de capital constante, azúcar con aspecto y funciones de mercancía, hombre con aspecto y funciones de oficinista, de banquero, de empleado público...—, es un *dato* —inmediato, familiar, consabido, preterido y olvidado de puro sabido y usado.

Nadie comienza por ver protones, electrones, neutrones, moléculas... campos nucleares, electromagnéticos, gravitatorios; y *aun antes de* toda teoría, *estamos ya* viendo y tratándonos con paredes, cosa, sillas, jefe, comestibles, respirables, suelo...: todo ello con sus aspectos inmediatos, cara de diario de las cosas, cara y aspecto sin sentido alguno para la física, la biótica... Y decimos inocente y pertinazmente: esto es mi casa, esto es un auto, soy estudiante, profesor, empleado... El aspecto amonedado de las cosas precede al aspecto matemático y físico de las mismas.

Dato II. 171. "Aun antes de que nos propongamos transformar según algún plan y proyecto el mundo natural —el conjunto de concretos naturales: árboles, animales, hombres...—, *nos hallamos con que* están teniendo ya cada uno su aspecto o cara amonedada: *res,* peculio, propiedad, objeto de uso, cambio, intercambio, trueque, mercancía, comercio, vendedor, comprador, vendible, burócrata...; y *nos encontramos ya* con que se han establecido *equivalencias* directas o indirectas, por encima y a pesar de sus resaltantes diferencias y diversidades naturales o artificiales —fruta, casa, ganado, hombre..."

Entre tales cosas amonedadas, como una de ellas, está siendo el hombre: comprador, vendedor, propietario, usuario, rentista, empleado, asalariado, burócrata; por tanto sometido a la misma unidad de medida, cuando más según un coeficiente más alto de transformación —que si un gramo de materia equivale a unos mil trillones de unidades de energía, un esclavo puede costar cinco ovejas o seis sextercios, y un empleado puede costar mil bolívares al mes...

Notemos, pues, un primer modo como el hombre, todo él: cuerpo y alma, potencias y sentidos, brazos y cerebro, han pasado y están pasando a un *mundo amonedado,* al campo de los objetos con una forma o modo de objetividad que no le adviene de suyo en un mundo natural o artificial.

—a.2) El hombre *se halla con que* está engranado con las cosas de un mundo amonedado. En tal mundo no sólo resaltan vendibles

(y comprables) frutas, ganado..., sino brazos, vista, mente del hombre..., es decir: reductibles a una *unidad de medida común y uniforme con todo*: oro, legumbres, ovejas...

Dijimos, con preliminar explicación —en Parte I, Cap. I, § 6 *D. IV, 11*—, que *ser* no es cosa alguna, especial y definitivamente destinada a ser sólo eso: *ser;* sino *ser* es un estado —más o menos extendido en número y profundidad—, de ciertas cosas. Lo que de una cosa no esté, por lo pronto y en un momento dado, en estado de ser, lo estará en el de ente; ser y ente son, pues, tan correlativos como los estados de amorfo y cristalino, respecto de un sólido corriente; lo que del cuerpo sólido *N* no esté en estado cristalino, estará en el de amorfo; y al revés.

Lo que de una cosa se halle en estado de transparencia es ser. Así el ojo es algo bien real, y lo es la inteligencia; mas, al ver y al pensar, desaparecen tales realidades y su desaparición o desobstaculización es condición real para ver árbol, agua...; pensar *qué es* árbol, *qué es* agua, *qué es* hombre, *qué es* dos... Dos, hombre, árbol, agua... hacen de obstáculo a vista, mente, que en ellos se detiene y atasca, no porque sean más reales, más cosas de tomo y lomo que vista y mente, sino porque se hallan en estado de ente. Mente y vista encuéntranse en el de ser —ser *de* tal ente o *para* tales entes—, parecidamente a como cristal de ventana es precisamente una cosa puesta en estado de transparencia para dejar ver cosas intransparentes ya, obstáculos en que se detiene la vista, y por detenerse en ellas las ve.

Cuando un físico piensa en energía (*E*) y en masa (*m*), y las une por la sabida fórmula $E = mc^2$, no piensa ni en masa de tal especie de cuerpo (H, He, C, O...) ni en *esta* masa (de 2 gr, y *éstos* dos gramos, de C...), ni en energía de tal especie (calorífica, mecánica, radiatoria...), ni en *esta* energía (10^6 erg y *estos* 10^6 erg de energía calorífica). Piensa en masa y en energía en general, con univocidad de concepto físico. Piensa con conceptos que se hallan, en gran parte, actuando con funciones de ser, puesto que hacen realmente —con realidad comprobable en el pensamiento—, transparentes las diferencias e individualidades, tan transparentes que ni se las ve o entiende, ni hace falta verlas o entenderlas; y hacerlas desaparecer es hacer aparecer la fórmula $E = mc^2$ en su generalidad o univocidad física. *Esta* masa (*estos* 2 gramos de este trozo de U, *estos* 10^{40} erg de *esta* cantidad de energía calorífica...) impiden u obstaculizan ver $E = mc^2$. Pensar es, pues, precisa y realmente trocar, sin aniquilar, entes en ser, obstáculos en transparencias, individualidad en universalidad, especie en géneros...

Complementariamente: si por una causa de tipo ontológico —de que se hablará en su lugar—, algo de un ente se pone en estado de ser —conservándose, por decirlo así, siempre la cantidad total de realidad, como se conserva la cantidad total de realidad de un cuerpo, esté o no en estado de transparencia, cristalino. . .—, ese algo se hallará en estado "inteligible" (visible. . .); y será, de suyo, inteligente (vidente. . .).

Ahora bien: En un mundo (o mundillo) de cosas amonedadas desaparecen o funcionan transparentemente distinciones, diferencias y diversidades tan importantes entitativamente como hombre, caballo, fruta, vino, fulano, mengano, lápiz, nevera, fábrica. . .; y tal desaparición o metafenomenización —sin aniquilación real—, acontece en virtud y por las funciones de amonedamiento de lo real y de los entes; por la función de *trueque por*, tan real como *trocar* materia *en* radiación (bomba atómica, reactor atómico. . .) o trocar radiación *en* materia (vgr. en el interior de una estrella); empero más sutil —sea dicho con el derecho propio de preliminares, que es dejar en alusión significativa lo a desarrollar distinta y articuladamente en otra oportunidad—, que el coeficiente de transformación o trueque entre circunferencia y recta, coeficiente π; de magnitud muchísimo menor (o mayor) en otros casos —vgr. 10^{21} para luz y materia; aproximadamente $\frac{1}{2}\ 10^{3}$ para calor y energía mecánica, etc.

a) Trocar materia *en* energía, trocar energía calorífica *en* mecánica, es operación realmente *meta*física y *meta*fenoménica, por la que entes (U, Pu. . .) se truecan *en* calor, radiaciones. . . , y al revés. Es decir: ningún ente, sea materia o energía, se quedan *en* (son) tales entes, o hacen con su entidad (individual o específica) de obstáculos (objetos) definidos y definitivos a tal trueque nivelador y neutral. Que el U esté siendo tal (*es* tal) es un simple hecho, dato inicial sin importancia alguna; y que la luz del Sol esté siendo eso: "que (es) luz" es otro hecho, o dato inicial, con igual o menor importancia que el agua de este vaso esté en este momento en estado líquido. Trocar algo *en* algo es, por tanto, una mostración de lo mucho de *ser* que tienen ciertos *entes*, o de lo poco de ente que ciertos objetos y obstáculos reales —preliminarmente definidos y pretendidamente definitivos y definibles—, tienen de ente.

O con otras palabras: trocar algo *en* algo es mostración real de la real indiferencia de lo real frente a ser y ente, indiferencia o neutralidad de lo real frente a ontología (ser) y óntica (entes). Trocar algo *en* algo es, pues, función *meta*física y *meta*fenoménica.

b) Trocar algo *por* algo —1 esclavo por tantos metros de tela,

patatas por gallinas (*n* patatas por *m* gallinas, $n > m$), etc.—, es una operación real de desentificación de entes —de anulación (no confundir con aniquilación, que es, como se va viendo, *acaecimiento meta*físico, *trans*óntico) de sus individualidades, diferencias, diversidades; operación real de imponer una unidad, niveladora de los tipos de unidad entitativa —un hombre, una gallina, una manzana. . .—, e imposición real de un coeficiente de trueque o cambio, coeficiente que conserva distinciones (individuales), diferencias (específicas) y diversidades (genéricas) reducidas a *cuantidad* —o a cantidad, en los casos de cosas físicas, matemáticas. . . *Coeficiente cuantificador*, constante o variable, en función de otras variables (fijas ya), que no nos interesan por el momento.

Tienen, pues, ya sentido las afirmaciones siguientes:

1) Tanto trocar una cosa *en* otra como trocar una cosa *por* otra son actividades reales *ontológicas*, es decir: actividades por las cuales se altera *la proporción de los estados de ser y de ente* en las cosas. *1.11)* Las cosas, al trocarse unas *en* otras, muestran realmente su indiferencia frente a sus pretendidamente propias formas esenciales o esencias. Una es tanto como la otra —materia es tanto como energía, ésta tanto como materia. Desaparecer las diferencias de materia y energía es no darse *realmente* definiciones o diferencias realmente esenciales, mostrando así que eso de *esencia* pertenece a los límites de la ontología (o a los datos primarios; cf. Parte I, Cap. III, § 2; 3), mas no a lo real. Lo real no tiene esencia, en la medida, por de pronto, en que admita la operación *trocar A en B*, y *trocar B en A. Simetría o equiparación.* Lo sometido o sometible a la operación *trocar en* no es esencialmente ente frente a ser. *1.12) Trocar M en N* y *trocar N en M* hace desaparecer las diferencias de *M* frente a *N* y de *N* respecto de *M*. Es decir: su carácter de objetos u obstáculos de *M* frente a *N* y de *N* frente a *M*. Lo sometido o sometible a la operación *trocar M en N* no es, esencialmente, *objeto*. *1.13)* Por tanto, si no se da un especial poder objetivador, es decir: fijador de distinciones (numéricas), diferencias y diversidades entre las cosas sometidas o sometibles, de suyo, a la actividad de *trocar en*, la simetría de la operación *trocar en* —o la neutralidad o indiferencia óntica frente a distinciones, diferencias, diversidades—, fijará una probabilidad de transformación, sin *causa real.* No puede haber, so pena de trampa, causa especial para que, jugando limpio con dados correctos, tras un uno salga un seis; si sale un seis será *porque sí*, por la razón general suficiente de no haber razón especial alguna en favor de nada; ni de seis, ni de uno, ni de. . . La razón general suficiente que rige en un juego de azar es, pues, no haber

razón suficiente especial para el caso concreto. El caso concreto *es* o viene al ser *porque sí*, y no puede venir al ser de otra manera; y la venida al ser de un caso se halla en total desconexión con la de otro, o consigo mismo otra vez; si jugando a dados sale un uno una vez, no hay razón *especial* ni para que haya salido ni para que no pueda volver a salir otra vez.

Pues bien: Hay, al menos —y basta para *preliminares* esta indicación—, dos tipos de existencia: *a) probabilística.*

¿Por qué hay algo y no más bien nada? —*Porque sí.*

¿Por qué, si hay algo, es esto más bien que estotro? —*Porque sí.*

¿Por qué, si hay esto, esto es así más bien que asá? —*Porque sí.*

El que falte razón *especial* para ser o venir al ser una cosa depende de que, en el dominio a que tal cosa pertenece, haya razón suficiente *general* para que no haya razón suficiente *especial. Tal* dominio, diremos, está regido por el azar, o por el modo de probabilidad o contingencia (tomando, por lo pronto, como equivalentes estos términos).

b) Existencia necesaria. Será aquella para la que haya razón suficiente de existir, ser tal, y ser asá, para cada caso. Principio de razón suficiente especializable o distribuible, frente a la razón suficiente contingente, probabilística, que no es distribuible para cada uno de los elementos correspondientes —cara y cruz de una moneda, seis caras de un dado, sectores de una ruleta, posiciones de un electrón...

Cada dominio o campo determinado de probabilidad o contingencia tiene su peculiar coeficiente de probabilidad, vgr. $\frac{1}{2}$ para cara y cruz, $^1/_6$ para cada una de las caras de un dado... No nos admiramos ya ante tales casos. Es preciso, no obstante, transponer tal aceptación al existir mismo, a la novedad en ser, aunque sea tan modesta como eso de ser *segunda vez* —que es nueva por ser justamente la segunda vez, y no la primera o la tercera...— de sacar un dado, de echar una moneda, de hallarse aquí este electrón...

¿La contingencia del mundo no querrá decir que *es real porque sí*, y que dar una razón suficiente para que *exista*, y exista *este* mundo y este mundo sea *así* resulte tan trampa como dar razón suficiente para que me haya caído, precisamente a *mí*, *este* número de la lotería? Quede la cuestión planteada.

Si nuestra vista y palabra pudieran funcionar con la velocidad de la luz, podríamos *apostar* de tal manera en el juego de dados que ganáramos siempre; podríamos ver holgadamente durante la caída de la moneda las vueltas que va dando y nos sobraría tiempo —a tal velocidad de vista y de la lengua—, para apostar: apuesto ahora

al seis, apuesto ahora al dos otra vez... En este caso el conocimiento y la palabra que sobre él se fundara no alteraría en nada la probabilidad objetiva. Pero es que estamos suponiendo o fingiendo un tipo de conocimiento en que el conocedor *no está siendo realmente* —por, en y para conocer—, en el objeto; y estamos suponiendo o fingiendo un conocimiento de tipo tal que *ser conocido* no es un estado real, aunque sutilísimo, de la cosa conocida. Tomamos eso de *ser objeto* del conocimiento de manera irreal, inofensiva, inoperante para la cosa conocida. Conocimiento pluscuamfantasmagórico. Mas si *conocido* fuera un estado real —aunque más sutil y delicado que cristalino, sólido, líquido, coloidal, polarizado...—, de la cosa conocida, habría que afirmar que probabilidad *conocida,* que contingencia *objetiva,* no es lo mismo que simple probabilidad o simple contingencia (cósicas); que conocer altera probabilidad y la *fija* o acerca a necesidad en cierto grado, peculiar a cada tipo y poder de conocimiento. Los sentidos, por y en el conocer lo físico, reducirían su componente de contingencia real, de probabilidad —al igual que ciertos aparatos y métodos montados para tales fines. No se trocaría en energía con igual (coeficiente de) probabilidad materia *vista* que materia no vista, o que no está siendo vista —y así de casos similares. Tal sería una de las eficiencias de un conocimiento que no sobrevuele o se deslice sin roce alguno por sobre la cosa conocida —conocimiento puro que no tendríamos por qué llamar real, aunque creamos que, por eso mismo, es más verdadero. ¿Será verdaderamente real o realmente verdadero?

Afirmamos: un conocimiento realmente verdadero y verdaderamente real transforma real y verdaderamente la cosa en cosa *conocida;* la cambia real y verdaderamente de estado; y tal cambio de estado implica, por lo pronto, un cambio en los coeficientes de probabilidad propia de la operación *trocar en,* trocar*se en,* peculiares de lo físico o de la contingencia (peculiar) componente de lo físico. Esto es así —de tal color...—, *porque* y *mientras* lo estoy viendo, etc. Tales *porque* y *mientras* fijan el objeto, o truecan la cosa *en* objeto: en algo firme frente al conocedor, y que el conocer fija o afirma, y al hablar lo afirma.

Pasemos al caso de la operación *trocar por.*

1.21) Al trocar una cosa *M por* otra *N,* y al revés, queda de manifiesto (verdad de patencia) la indiferencia de tales cosas respecto de sus distinciones, diferencias y diversidades, pretendidamente propias. Un kilo de sal se trueca *por* cinco de patatas, y a la inversa; una hora de trabajo mental y verbal de una clase se trueca, al cabo de unos trueques o equivalencias, *por* dos kilos de patatas, uno de

carne, 2 de arroz, y a la inversa. Un esclavo se trueca *por* cien gramos de oro, que se truecan *por*... y a la inversa.

Esta real indiferencia de la operación trocar *por* respecto de las características físicas, biológicas, espirituales, de sal, patatas, esclavo, profesor... implica una desaparición de tales características, que no llega naturalmente a aniquilación; más bien tal realidad debe mantenerse real, pero en segundo plano, por neutralizada. O sea: tales distinciones, diferencias y diversidades reales pasan a estado de *ser,* y desaparecer como *entes.* Y conforme se imponga la operación *trocar por,* más cosas desaparecen como entes, es decir: sus diferencias y diversidades no contarán hasta cierto grado, y sólo importarán su equivalencia y el coeficiente de equivalencia, es decir: su valor en *ser,* lo que de ellas se ha cambiado en ser: en puro medio que hace aparecer las cosas, por diferentes que sean, como *equivalentes, intercambiables* y *trocables unas por otras.* No es visible eso de *trocar por,* trocable por, trocado por —como lo son patatas, esclavo, sal, hombre...; mas si veo patatas en cuanto patatas, sal en cuanto sal..., no veré el carácter de mercancía; o en el límite, el de amonedado. Amonedado, mercancía... son modos de ser, no propiedades de entes.

Mercancía es, pues, una especial manera de ser de ciertos entes; y tratar, por un proyecto o programa, de que todo ente esté siendo como mercancía —todos en estado de total indiferencia a sus características físicas, biológicas, anatómicas, genéricas...—, es un programa o proyecto *ontológico,* tanto como puede serlo —y de ello se irá hablando—, el intentar poner todo en estado de espíritu absoluto; o bien, descendiendo al terreno de la física, cual el proyecto, intrínseco tal vez a lo físico mismo, de ponerse todo en estado de máxima entropía, bajo la forma de energía calorífica a temperatura uniforme.

Si el proyecto de poner todo ente en estado de mercancía, o de trocar toda cosa en mercancía —o sea: dar a todos los entes ese especial modo de ser que es estar siendo mercancía—, es o no realizable, será punto a discutir más adelante.

Por lo pronto se trata de un proyecto ontológico, y no primaria ni exclusivamente *económico.*

Mercancía es algo tan insensible e inobjetivable como ser, luz, cristal, anteojos, vista, inteligencia...; entes, todos ellos, en estado de *trans*parencia, de *trans*cendencia, de *trans*cendentales: de *ser.*

Mercancía hace aparecer todo como *trocable por,* al modo como la luz hace aparecer las cosas como coloreadas, y los ojos hacen

aparecer las cosas como visibles. Trocable es, pues, componente o manera de ser de (ciertos o todos) los entes.

Que mercancía parezca poseer una objetividad fantasmagórica es tan comprensible y comprobable, en una primera aproximación, como que la luz tenga esa misma objetividad fantasmal, pues, a pesar de ser nada menos que luz, desaparece (sin aniquilarse) para hacer realmente posible la aparición de las cosas como objetos coloreados. Es que luz tiene, respecto de la potencia real de ver (ojo), función y estado de ser, no de ente.

Así que *trocable-en, trocable-por* son funciones de *ser,* o funciones ontológicas; y lo que cada ente tenga de *trocable en* (otro) o *trocable por* (otro) dará la medida de lo que de ser está teniendo tal ente —en un momento dado, circunstancia, mundo... dados.

Una vez más: *ser* es estado de ciertos *entes,* o de ciertas partes de ciertos entes; y hay diversas maneras de *ser* —como se va viendo, aunque la plenaria discusión de este punto quede reservada a la Ontología, y no sea propia de la fase de *Prolegómenos.*

1.22) Tanto lo *trocable en* como lo *trocable por* tienen lugares privilegiados en que aparece destacadamente ese su carácter objetivo (real) de *trocable.* Tales lugares de aparición se hallan, máximamente, en estado de ser, y mínimamente en estado de ente.

En efecto: el movimiento físico no es una relación entre espacio y tiempo —vgr. s/t, s/t^2..., $f(t)$, etc.—; es decir: una relación entre espacio recorrido por un móvil (m) y tiempo empleado por ese mismo móvil en recorrer tal espacio. El que el movimiento real *aparezca* con ese tipo de *objetividad* espacio-temporal depende de la aplicación de la función *trocable en,* es decir: depende de lo que tiene el movimiento (ente) de *ser* o en estado de ser (físico).

Una palabra de preliminar explicación: lo que de una cara real puede verse (aparecer realmente) en un espejo es lo que cara tiene de visible, bidimensional y planamente —que es bien poco respecto de la realidad total de la cara. El movimiento real puede proyectarse en espacio y en tiempo, y lo que en dichos sutiles espejos (formas *a priori* de la sensibilidad —aceptemos por de pronto tal designación) aparezca será lo que el movimiento real tiene de movimiento cinemático puro, de simple relación entre tales proyecciones —s/t, e/t^2, $f'(t)$, $f''(t)$... Y notaremos ya que espacio y tiempo poseen una cierta calidad y cuantidad de *ser,* aunque no tales que lleguen a hacérseme tan objetivos, tan con fisonomía física propia, cual las tienen avión en cielo, auto en carretera...

Espacio y tiempo son, por lo pronto, algo de lo que de *ser* tienen los entes físicos. Afirmar que los entes físicos no tienen más

que espacio y tiempo tropieza, ante todo, con la pertinaz presencia de la masa. Pero es un proyecto ontológico —acometible en principio y con sentido propio—, tratar de ver si todo ente físico y todo lo de lo de cada ente físico es, íntegramente, proyectable y reductible a relaciones entre espacio y tiempo; y, en el caso presente, si todo movimiento físico es cinemático puro.

El que espacio y tiempo sean, y se nos den, cual realidades elusivas (tipo *ser*) no es un obstáculo para que hagan acto de original presencia en ciertos entes montados máximamente para dejar traslucir o transparecer espacio y tiempo, y mínimamente para ostentarse ellos como entes. Me explico: un cronómetro es un aparato inventado precisamente para hacer máximamente de lugar de aparición del tiempo, de un tiempo que no hace sino puro acto de presencia de un fluir ordenado y uniforme; a la vez que la materialidad del cronómetro, inclusive la de sus saetas, está reducida al mínimo de la insignificancia; en el límite, según la interna intención significativa y proyecto de cronómetro, su material y funcionamiento físicos tienden a cero, a desaparecer —sin aniquilarse, naturalmente—, para hacer de puro lugar de aparición de una fluencia uniforme, enumerada y ordenada según antes-después.

Y una regla es, parecidamente, propio lugar de aparición del espacio, en cuanto forma pura, para lo cual se purifica lo más posible de material a la regla, de modo que su contextura material resulte, en cuanto real, insignificante frente a esotra función suya, la propia y a elevar al máximo, que es hacer máximamente de simple lugar de aparición de lo que de pura unidimensionalidad tengan las cosas —o de lo que de espacio, y nada más que de él, tuvieren.

Por igual motivo: este papel blanco y en blanco en que escribo es un humilde invento, hecho según el proyecto de servir de simple lugar de aparición de ciertos signos; y el mejor papel no es, según tal proyecto y designio, el que posea más destacadas propiedades físicas y químicas en general, sino el que, esté hecho de lo que estuviere, haga mejor de lugar de aparición de signos, desapareciendo él en cuanto ente.

Dato II. 21. Pues bien: "es un *dato*, por lo pronto, que se dan ciertos tipos de cosas cuya función propia consiste máximamente en ser simples lugares de aparición de lo que otras cosas tengan de una cierta manera de *ser*, desapareciendo —no aniquilándose—, lo que tanto las cosas, con función aparecifaciente, como las cosas en cuanto aparecidas, tengan de *ente*".

Nos hallamos ante aparatos con función ontológica; dan razón

de lo que de *ser* poseen los *entes*. Y así el cronómetro está inventado, montado y funciona como aparato ontológico, al dar razón o logos de lo que de tiempo (ser) tienen las cosas (físicas). Y porque *tiempo* tiene calidad de *ser*, por eso resulta tan real por una parte y tan inasible por otra —con tan poco tomo y lomo de *ente*. Igual diríamos de espacio, dirección (vector), etc. Estas expresiones no prejuzgan sobre si espacio y tiempo, dirección... son realidades de puro y propio tipo *ser* —cual formas *a priori*...—, o si son estados de *entes* o estados en que pueden hallarse o ponerse ciertos componentes de ciertos entes —cual hay cuerpos en estado cristalino, mas no algo que sea pura, simple, íntegramente cristalinidad, o como ciertas partes de ciertos animales están en estado de transparencia... Tómense, pues, estas y parecidas expresiones en sentido neutral, propio de *Prolegómenos*.

Ahora bien: *Trocable por*, o lo que las cosas tengan de trocable por, unas por otras, dispone de un lugar privilegiado de aparición, de un aparato fenomenológico propio: *la moneda*. No solamente es la moneda medio legal fácil y cómodo de trocar una cosa por otra, estotra por otras, y así indefinidamente, sino algo más y más decisivo ontológicamente: moneda, ontológicamente tomada, es una cosa real, elaborada de manera que su cuantidad y cualidad de cosa desaparezcan al máximo —recuérdese que desaparecer no es aniquilarse—, o sea: que su realidad, en cuanto real, quede reducida al mínimo, ascendiendo al máximo su potencia de ostentar o hacer aparecer *lo trocable por* —así como el cronómetro ostenta al máximo la duración de...; la regla de longitud de... En un billete de 100 bolívares, la realidad física está reducida a un mínimo, comparada con la realidad de lo que por ellos se puede comprar: *n* sacos de cemento, *n'* kilos de alubias, *n''* kilos de pollo...; mas justamente tal realidad física, mínima e insignificante físicamente, está funcionando de manera que se ostente lo que de trocable por 100 bolívares tienen otras cosas de tomo, lomo, peso... Y si el billete es de 500, o si el cheque es de 1 000 000 de bolívares, la insignificancia óntica del papel hace resaltar tanto mejor (función fenomenológica) lo que de *trocable por* tienen cada vez más cosas, y más diversas entre sí; y si el cheque fuera de un trillón de bolívares, frente a la realidad física mínima del cheque resaltara lo que de *trocable por* tienen casi todas las cosas, de los más diversos órdenes —desde materiales, por políticas, por morales, sociales... a espirituales—; *trocabilidad por* que en intención y proyecto intrínseco no tiene límites —y de hecho pocas cosas lo ponen frente a cheques muchísimo menores.

Trocable por es, pues, una función ontológica; un modo como el *ser* es —como son *ser*, por lo pronto, algunas cosas; y como pudieran ser, en el límite y según cierto proyecto, todas.

Moneda en cuanto moneda es, por tanto, estado de ser de un ente concreto —vgr. billete, cheque...—, transformado de manera que su realidad sea mínima y aparezca lo mínima posible, mas crezca, por el contrario, su poder de ostentar justamente lo que de *trocable por* tienen las cosas —algunas, por lo pronto en intención; en proyecto todas. Por tanto hace resaltar (aparecer, función fenomenológica) lo que de *ser*, de una especial manera de *ser* de que se va a hablar inmediatamente, tienen los *entes*.

Y es la moneda invento ontológico, muy parecido a cronómetro, regla, termómetro, barómetro...; mas no llega a tener carácter *meta*-físico, o *trans*formador de lo físico —como lo poseen ciertos instrumentos físicos, vgr. reactor atómico, motor de combustión, motor eléctrico... que transforman realmente un tipo de ente físico en otro: materia (de diversos tipos) en energía, un tipo de energía en otra...

Fijemos, previamente, la terminología. La *ontología* comprende: *a)* lo que de *ser* tengan los *entes* —que puede ser cuantitativa y cualitativamente diferente en diversos estados, más o menos ontológicos—; *b)* aparatos ontológicos, es decir: realidades montadas según un plan inventado para hacer de lugar de aparición (fenomenológico) de lo que de ser tengan las cosas —todas o algunas, en principio y proyecto todas.

La *Metafísica* comprendería: *a)* todo tipo de transformación de ente en ente; *b)* de ser en ente, o de ente en ser; *c)* instrumentos metafísicos, o sea: realidades montadas según un proyecto y designio inventados para hacer de lugar en que ente se transforme en ente, o ser en ente o ente en ser.

Y se irá viendo, entre otras cosas: *a)* que, por abrumadora y sospechosa mayoría, los métodos filosóficos —abstracción total, formal, eidética, transcendental...—, no pasan de ser aparatos *ontológicos,* mas no llegan a instrumentos *metafísicos,* mientras que el proyecto o intención peculiar de ciertos métodos filosóficos, como el dialéctico, serían los de funcionar cual instrumentos *metafísicos* o de *trans*formación de lo físico (real). *b)* Que ciertas cuestiones de filosofía son, de suyo, metafísicas; es decir, de *trans*formación de lo real; vgr. cosas, en contenidos de conciencia; materia, en espíritu; espíritu en materia; naturaleza en hombre...; ser, en conciencia; conocimiento sensible, en concepto; concepto, en idea absoluta...; y no son de suyo ontológicas, fracasando tales métodos

por quedarse en ontológicos, cuando son, de suyo, proyectos y designios metafísicos.

En una palabra; la operación *trocar en* es, de suyo, metafísica; la de *trocar por* es, de suyo, ontológica; se entiende cuando las dos operaciones se llevan, o encaminan, al límite 'universal': trocar cualquier ente *en* cualquier otro ente, trocar cualquier cosa *por* cualquier otra cosa.

Por la operación simétrica *trocar en* se nivelan los entes, sus distinciones, diferencias y diversidades —o sea: se cuantifican, mostrando así, realmente, la indiferencia de lo real frente a las distinciones. . . , —materia, radiación. . .—, o sea: el predominio del estado de *ser*.

Mas si la operación *trocar en* no fuera simétrica, es decir: se diera un ente privilegiado, o un estado privilegiado de un ente —vgr. trocar todo *en* Espíritu absoluto—, en tal caso nos hallaríamos ante una óntica centrada, ante un absoluto: y las fases de tal proceso de trocar los entes *en* el Ente entrarían en los dominios propios de la *Metafísica*. En cuyo caso por *Metafísica* entenderíamos fases de un proceso *real* por el que los entes se *truecan en* el Ente; corresponda o no esta acepción de *Metafísica* a *la* históricamente recibida, si la hubiere.

En todo caso: si la operación *trocar en* tiene por límite un Ente privilegiado, El Ente, al quedar trocado todo ente en Él, el mundo se hallaría en su fin y final definitivos; y la Metafísica resultaría *Escatología;* o se podría hablar, con sentido, de la Escatología como estado final propio de todos los entes en El Ente; y de El Ente como concepto final de la Metafísica.

Una vez más: ciertas teorías filosóficas intentan —por proyecto y designio propios, aunque de ordinario implícitamente actuantes, no expresamente formulados—, culminar en Escatología real y verdadera; mas se quedan en *interpretaciones* escatológicas, teóricas e inoperantes. Son teorías *erradas,* no por ser falsas, sino por no dar en la meta.

Un tema propio de la Metafísica *actual*: errores de las filosofías, provenientes de quedarse en interpretaciones ontológicas cuando tendrían que ser *escatológicas,* reales y transustanciadoras, o sea: transustanciantes entes en El Ente.

1.23) La operación *trocar por* no es, por ahora al menos, de tipo *meta*físico, o del estilo de *trocar en.* Trocar las cosas —sus diferencias, diversidades. . .—, *en* mercancías no llega —por ahora, al menos, según el proyecto y designio propios—, a *trans*formar realmente —cual un reactor atómico trueca materia *en* energía—,

unas cosas *en* otras: alimentos en casa; campo en auto, casa, platería, manteles; hombre *en* obrero, manos *en* tenazas, mente *en* fichero, y *en* máquina calculadora... Las diferencias entre las cosas —frutos, tierra, hombre...—, quedan proyectadas sobre el plano cuantitativo; mas dentro de él las diferencias de una cosa respecto de otra se conservan bajo la forma del coeficiente de trueque o cambio: 1 kg de patatas $= {}^{1}/_{3}$ de kg de arroz $= 6$ manzanas $= 2$ bolívares.

Trocar una cosa *en* otra es operación que, de suyo, como se dirá, no tiene límites. En principio todo ente se puede trocar en todo otro ente. Es una secuela del principio de identidad ónticamente formulado: ente en cuanto ente no puede tener frente a otro ente en cuanto ente distinción, diferencias o diversidades *necesariamente* inevitables o ineliminables. En el ente en cuanto ente —hombre en cuanto ente, luz en cuanto ente, caballo en cuanto ente...—, no caben sino distinciones, diferencias, diversidades *de facto*, con visos de esencialoides. Tomemos estas indicaciones como alusiones, por una parte, a futuros desarrollos y cual compromisos de explicación en su propio lugar y apropiado tiempo.

Esta indiferencia y neutralidad de todo ente hacia sus distinciones, diferencias y diversidades —internas o quasiesenciales y externas frente a los demás entes—, dan la medida de lo que de cuantitativo o cuantificable tiene todo ente, o de lo ponible en estado de ser —estado de inmediación transparente, inobjetiva.

Todo lo de un ente es, en principio, trocable en todo lo de otro ente, y viceversa. *Trocable en* es, según esto, posibilidad real y propia de todo ente en cuanto ente. Que los entes físicos sean más propensos a tal operación, y se los pueda trocar en vivientes —por asimilación...—, o en otros de su orden —por trueques de materia en energía, etc.—, indicará nada más que la operación *trocable A en B*, o tal posibilidad real, admite grados, o mejor: que *trocable en* posee cual gravedad, niveles en que el trueque se va acelerando, y parece llegar a una fase máxima en lo llamado físico —aunque tal vez nos convenga, para mejor finura, afirmar que lo físico es justamente esa manera o estado del ente en que la posibilidad *trocarse en* va llegando a su máximo, es decir: en que las cosas están ya siendo máximamente entes; mientras que, al estar aún las cosas siendo espíritu, alma... no son tan entes como en el llamado estado físico. Quede este hilo suelto, aquí; son los límites de *Prolegómenos*.

Trocable por es otra posibilidad de estilo *ser* de las cosas; posibilidad que, en principio, está limitada por un designio o fina-

lidad *inventada* o artificial. Mesa no tiene esencia, cual parecen tenerla la circunferencia o el manzano; mesa se constituye por *proyecto,* y proyecto es el sustituto de esencia, o *esencia de tipo artificial*: forma externa y externamente reformante; y mesa no tiene finalidad propia, interna, como parecen serlo bienestar real (salud) respecto del animal; lozanía, respecto de una planta; la finalidad de una mesa le adviene por un *designio*: finalidad *inventada* para ella por el hombre; y el designio va guiado por *valores,* que son algo tan artificial, mas bien real a su manera, como un auto frente a la función natural de caminar, un avión respecto de la función natural de volar de un ave...

Proyecto sustituye —ventajosamente, con ventaja multilateralmente exclusivista—, a *esencia;* y *designio* suple —con ventajas propias también e inconvenientes propios también—, a *finalidad* (causa final).

Basta con lo dicho para poder dar *preliminar* sentido a la afirmación: La operación, y posibilidad en que se funda, de *trocar en* es ilimitada de suyo, porque se constituye por sólo *proyecto,* sin *designio* —sin la limitación impuesta por valores—; mientras que la operación, y sus posibilidades, de *trocar por* va enderezada por *designios,* limitados a valores y por valores que, a su vez, frenan el desenfreno de la operación, entitativamente ilimitada, de *trocar A en B,* cualquier ente en cualquier otro ente.

¿Cuál es el designio propio, y sus valores, de *trocar A por B*? De ello se hablará, dentro de la circunscripción de *Prolegómenos,* inmediatamente.

No es indiferente qué cosa se trueque por otra; y aun tendemos y pretendemos que ciertas cosas no entren en la niveladora operación de *trocar por* —tal cosa no es vendible, comercializable, cotizable, está fuera de concurso... Es decir, los valores mantienen diferencias y diversidades, en principio irreductibles, dentro del campo de las cosas, cada una de ellas trocable *en* otras —de suyo sin límites—, imponiendo a la operación *trocar por* límites insuperables.

Por tanto: la operación *trocar A por B* es primaria y predominantemente *ontológica;* secundaria y subsidiariamente *metafísica;* al contrario de la operación *trocar M en N.*

Por tanto, designio —y, en el fondo, los valores—, reducen el dominio de la probabilidad o contingencia de las cosas en estado de *trocables por,* en mundo amonedado —frente a la ilimitación principial del dominio de la probabilidad de la operación *trocar en.*

Un mundo organizado por la operación *trocar por* presenta,

como se dirá, mayor consistencia, unidad y orden que un mundo estructurado por la operación *trocar en*. (Cap. VI, Parte II). Hace falta, pues, definir qué se entiende por mundo —lo que será objeto del capítulo siguiente.

Dato II. 22. Concluyamos: "*aun antes de que,* precavidamente, sepamos *qué es proyecto* (frente a esencia) y *qué es designio* (en oposición a fin), *ya nos encontramos* siendo y tratando las cosas como *trocables en* y *trocables por* y *trocándolas en* y *trocándolas por*, dentro de *mundo,* engranados con las cosas, trocables ellas en o trocables por, y alienados en ellas".

El sentido de las frases engranados *con* y alienados *en* será tema a tratar en Caps. V, VI.

Capítulo tercero

POTENCIACIONES SUPREMAS DEL ESTADO CONCRETO: MUNDO

§ 1. MUNDO: SUS CARACTERES GENERALES

Dato III.11. "Aun antes de que, precavidamente, nos planteemos la cuestión nos pondremos a *ser*: *a) entre* cosas sueltas, cada una en su individualidad, género, especie; *b)* o entre cosas en función de *partes* de un todo; *c)* o bien primero, en un *todo* y consecuencialmente a estar siendo entre sus partes, *nos encontramos ya siendo* dentro de un peculiarísimo *todo* que denominaremos de tipo *Mundo,* tal que se han preterido tales prioridades o aposterioridades, y se nos da y nos hallamos entregados a él como a un todo en que su carácter de todo (totalidad) ha tomado el estado de *ser,* y su partes el carácter de *entes,* en estable y unitonal integración."

a) Advirtamos, ante todo, que vamos a hablar de Mundo frente a Universo —que es otro tipo de Todo, objeto de ulteriores consideraciones (cf. Cap. VI, § 1, *B*).

b) Recuérdese, en segundo lugar, que, a tenor del dato *A. I. 11 a* (Parte I, Cap. II, § 1), antes de que nos dispongamos a caer en cuenta de *qué es* (o vayamos a entender y fijar en palabras) Mundo, nos encontramos ya usando de esta o parecida palabra, en corriente, usado y aun desgastado sentido, y que tomando tal significado, usado ya, como material, vamos a pulirlo con el mismo derecho al menos como limpio un cristal, afilo un cuchillo o acrisolo un mineral.

c) Nótese, en tercer lugar, que, como se dijo en Parte I, Cap. I, § 6, *D.IV.11),* y se declararía más propiamente en una *Ontología,* cuánto haya de ser en un momento dado, y cuánto de ente, no es acontecimiento único y definitivo, sino, cuando más, acaecimiento circunstancial, con dirección hacia un estado-límite de reparto de cosas entre estado de ser y de ente. La indiferencia y neutralidad de las cosas respecto del estado de ser o de ente —tan indiferente y neutral, al menos, como lo es la esencia del agua a sus estados—, se traduce, en el caso concreto que nos va a ocupar, en la indiferencia del Mundo, en cuanto Todo, respecto de cuántas y cuáles cosas, dentro de él, estarán en estado de ser y cuántas

y cuáles otras en estado de ente, cuántas y cuáles han estado ya en estado de ser o de ente, y cuántas y cuáles estarán a repartir entre tales estados. De esta indiferencia —de carácter ontológico, tema de *Ontología*—, proviene la proclividad, y aun el hábito, de caer y quedar en olvido cómo y cuándo se ha ido constituyendo tal reparto de las cosas, tanto en sí como en nosotros, y la facilidad silenciosa y tranquila con que Mundo se llena, vacía o altera en cuanto al reparto de las cosas entre los estados de ser y ente, sin que nos sobresaltemos ni advirtamos, por insignificantes, tales cambios. Qué sucederá, o cómo se nos darán a notar y conocer tales discontinuidades y sobresaltos, en el paso de las cosas de ser a ente, o al revés, sería punto a tratar en una *Metafísica.* Y hablaríamos, con sentido real, de acaecimientos metafísicos (véase por lo pronto aquí, Cap. VI, § 1, *B*).

d) Es, por tanto, insignificante el que, para la mostración tangible de lo que se va a decir, se eche mano del estado actual de reparto entre cosas en ser y en ente, tal como se nos da a *adultos* precisamente.

Pues bien: Abro los ojos, y veo ante mí un patio; pequeño mundo doméstico, en que estoy instalado, para escribir cómoda y tranquilamente esto que aquí se puede leer; y mis oídos están instalados en otro pequeño mundo corriente, constituido por un fondo sonoro de ruidos de ciudad moderna, sobre el que resaltan, de cuando en cuando, ruidos o sonidos con especial significación: sirena de incendios, pito de guardias del tránsito...; y, al alzar, por cualquier motivo, mis ojos, me noto instalado en tierra, montes, bosques..., con perfil o eidos de paisaje, dentro de la faz de Día, etc., etc. Despliego, al levantarme, este volumen cotidiano del *Diario* y me hallo sumergido en el mundillo de las noticias, con ese matiz de novedad más o menos resaltante y escandalosa, que quepan en una edición sometida a la condición tiránica, en espacio y en tiempo, de ser todos los días nueva y dar novedades: noticias, restringidas por el valor *novedad de cada día,* y no, noticias regidas y seleccionadas por la condición o valor de importancia histórica, nacional o universal; por su valor para la ciencia...

1) El mundo de la vista, el mundo del oído... el mundo físico... el mundo diario... se nos dan como Todo —cual todo y solo lo de un orden: visual, auditivo, físico, convencional...; y, por eso mismo, cada uno de tales Todos, cual *único* en su orden; y, por único, *éste* —esta casa, justamente; este patio, este

paisaje, este mundo cultural (el griego, el medieval, el renacentista...), este mundo social (el de los universitarios...), este mundo significacional (la *Enciclopedia británica,* el *Diccionario de la Academia española...).* Y, en el límite, como se dirá inmediatamente, *Este Mundo:* el mismo y único, todo y solo, para todas las cosas —por distintas (individualmente), diferentes (en especie) y diversas (en género), varias (en caracteres, orden, esfera) que sean. Mundo tiende a ser estado omniabarcante. Por discutir queda, vgr., si tal límite es o no asequible.

2) En cada uno de tales Todos se hallan entretejidas ciertas cosas y no otras; operando cada Todo —mundo o mundillo—, una peculiar selección, en virtud de la cual ciertas cosas se coajustan bien, mejor, óptimamente —o mal, peor, pésimamente—, y otras quedan fuera, por incongruentes, respecto de tal mundillo, aunque puedan entrar congruentemente en otros Todos —cual en un Diccionario enciclopédico, según orden alfabético, cabe todo lo de todos los órdenes o mundillos, dentro de un Todo originalísimo, verdadero revoltijo de significaciones de todas las cosas, trocado en mundo por la convencional virtud ordenadora del alfabeto. Nótese que el perfil o faz típica de esos mundillos y mundos no se nos da cual *objeto,* es decir: cual cosa que se enfrenta u obstaculiza con su contenido temático a nuestras potencias, sino cual *ser:* lugar real de especial unificante transparencia. Mundo o mundillo es, pues, lo que en estado de ser (en cierto modo) están tomando ciertas cosas (entes) en un momento, lugar, contexto dados. De las cosas concretas —de lo que se ha quedado en estado de ente, a pesar y frente al posible estado de ser de las mismas—, diremos que están haciendo de *partes* de tal *Todo;* tan naturales cual sillas, mesa, lámpara, copas, platos..., lo son de *comedor;* ríos, bosques, monte, sol... lo son de *naturaleza;* noticias deportivas, sociales, políticas..., lo son de *Diario,* etc.

Y si en lógica moderna ha sido preciso, para evitar contradicciones internas —es decir: para satisfacer una condición mínima de convivencia o coexistencia científica—, distinguir *lógicamente* ente "todo de *n* elementos" y " los *n* elementos de tal todo" —todo de 2 elementos y los dos elementos de tal todo, todo de 1 elemento, y, el único elemento de tal todo..—, admitamos, sin temor a las consecuencias, que comedor, casa, calle, paisaje, Diario, Diccionario... son "Todos de *n* elementos", a distinguir *realmente* de "los *n* elementos de tales todos", no sólo para poder evitar contradicciones lógicas, parecidas a las consideradas por los matemáticos y lógicos actuales en la teoría de los conjuntos, sino para eludir

contradicciones *reales,* cual la confusión entre *ser* y *ente* —partes de cosas en estado de *ser* (Todo, Mundo, mundillos) respecto de otras partes de las mismas cosas en estado de *ente* (*objeto*) —confusión tan imposible como que un mismo y real volumen de agua esté de vez, íntegro, en estado sólido y en líquido. Tomamos, pues, *en real* tanto la distinción entre Mundo y sus componentes, como la transformación de cosa en cosa *de* un mundo especial (partes de él).

3) Se trata de una verdadera y real integración. A reserva de perfilar el significado propio de integración —frente a términos parecidos como composición, montaje, pertenencia, coajuste... —, demos aquí una preliminar definición. Integración es el modo de unión de varias cosas por la virtud unificante de la unidad de mundo, que es, a su vez, un especial estado que puede afectar a cosas variadas —distintas, diferentes, diversas, varias...—. Se impone, pues, determinar los caracteres —más importantes, salientes, urgentes—, de ese *estado* que es estar siendo cosas varias en *estado de mundo;* o brevemente, en Mundo.

3.a) Mundo es estado *estable* y *estabilizado* —mundo cultural actual, mundo social, mundo ideológico de una época... —; aula, auditorio, ciudad universitaria, paisaje, cielo... ; fichero, diccionario, enciclopedia... Cada uno de estos mundos o mundillos está estabilizado por normas, leyes, usos, reglas, recetas, métodos; cada uno también, en sus límites propios, más o menos distendible —por variaciones o sustitución de cosas. *Estabilidad* que pertenece al Todo, y no primariamente a las partes, en cuanto particulares y en sí cada cual, cual atributo de inflexibilidad (cf. Parte I, Cap. III, § 2).

Cuánto dure temporalmente un mundo o mundillo, cuánto se extienda espacialmente, cuántas cosas y cuán variadas abarque, qué clase de cambios resista, qué márgenes de oscilación... son puntos que no caben en *Preliminares.* De ellos se tratará conforme lo exija el estudio.

3.b) Mundo es estado *unitonal,* dicho con palabra transpuesta del dominio musical al ontológico. La unidad de tono de una pieza musical clásica no es ninguna de sus notas, menos todavía algunos de los instrumentos que las producen. Mas la unidad de tono hace, perceptiblemente, que la orquesta suene *afinada;* y sobre ese fondo —omnipenetrante de toda nota e instrumento—, de la unidad de tono, resaltarán, con audible sentido, los desafinos, los ruidos incongruentes —toses de un oyente, pasos de un retrasado. La unidad de tono da unidad de estado sonoro total, afina

y coafina sus elementos integrantes; elimina, en principio, desafinos; y descarta, se abstrae o saca de su cuerpo sonoro incongruencias sonoras. Elimina todo eso —no lo aniquila en su realidad. Comedor, sala de conciertos, biblioteca, paisaje, cielo, cultura griega, *Enciclopedia británica*... son mundo o mundillos a un *tono;* y nos percatamos muy bien, por inmediato golpe de vista, si en tales mundillos algo está a tono o desentona —a tono con el mundillo de la moda, a tono con el decorado y amueblado de un salón de recepciones, a tono con las ideas del mundo geométrico griego, a tono con el mundo de los números...—, que todos notarán los desafinos conceptuales de la retahila 1, 2, luz, 3, 4, 5, escoba, 7, justicia...; silla, mesas, plato, cubiertos, botella, medias, caña de pescar, frutero, servilleta...; y la dificultad que se experimenta para buscar y hallar cosas incongruentes y disparadas que desentonen dentro de un mundo o mundillo depone de la realidad *unitonal,* propia del mundo. Y no nos hace falta más por el momento, sino tomar tal *unitonalidad en serio, en real.*

Frente a una composición, como la de las partes u órganos de una planta para dar la planta —rosal, manzano, abeto...—, o la de nucleones para dar un núcleo —de U, He...—, la integración se verifica por unidad de estado total, por estar siendo en tono estabilizado y único todas las cosas —por distintas, diferentes, diversas y variadas que sean, en su respectivo orden.

Que este tono o *modo* sea algo real —tan real en su orden como la unidad "presión" con que la misma atmósfera actúa sobre todas las cosas de la tierra, sean plantas, animales, hombres, minerales...—, es punto que, por ahora, queda nada más indicado, mas no aún plenamente mostrado.

Por igual motivo preliminar: que *inevitablemente* se constituya esta unidad totalizante y original de Mundo, frente a las cosas, ha quedado aquí indicado de varias maneras, una de ellas lógica, a saber: hay que distinguir, so pena de contradicción, entre *todo de* n *elementos y los* n *elementos de tal todo.* Tal necesidad —tómese esta palabra en sentido suficientemente vago para no tener, por el momento, que afinar más el concepto—, al parecer sólo lógica, lo es mucho más ontológica general: *dados* n *elementos, se constituye necesariamente el Todo de esos* n *elementos;* y tal Todo de tales *n* elementos es, *real y necesariamente,* distinto de los *n* elementos de tal Todo.

Tomamos, como se ve, la lógica en serio: en *ontología, en real* —con las consecuencias que irán apareciendo en sus momentos, y reforzando la aquí preliminar afirmación. No se incurre, pues,

en círculo alguno al decir: Mundo es *el Todo* de todos los elementos —cosas: ideas, conceptos, alma, mente...; colores, formas, cuerpos, números, figuras...

Y si el Todo de *n* elementos se distingue necesariamente de los *n* elementos de tal Todo, es preciso que *el Todo* posea caracteres propios del caso —reales, cuando los elementos lo sean; ideales, en el caso de ser ideales...

3.c) Mundo es sistema cerrado, positivamente *concluso; infinito,* en el sentido de que, dados *n* elementos, tiene que constituirse *el Todo* de *n* elementos, *el Todo de todos* esos *n* elementos. Mundo no es, por tanto, concepto (o nombre) específico, sino individual: nombre propio de una realidad original y necesariamente única. Mundo es, redundantemente dicho, *El Mundo, Este Mundo,* cual hablo redundantemente al decir Platón, *el* Platón, *este* Platón...

Lo que vale, real y necesariamente, de *El Todo de todas las cosas,* vale, con su cuenta y razón, de mundillos típicos: comedor, patio, ciudad, paisaje, cultura, cuadro, sinfonía, Estado. Dados *n* elementos de un orden especial —letras de un alfabeto, nombres, muebles, ideas... ideas de una cultura, gatos, cuadros de un museo, notas-instrumento-ejecutante-director-sala de conciertos... —, surge, real y necesariamente, *el Todo* peculiar de tales *n* elementos, distinto real y necesariamente de los elementos de dicho conjunto. Lo cual no es, por lo pronto, sino tomar en serio y *en real* eso de los *universales: Todos* resultantes de *n* elementos —de igual especie, género, o no—; y resaltantes o sedistinguientes respecto de los *n* elementos —suyos en acto y en realidad.

Infinito significa, pues, aquí: Todo (único) de *n* elementos —distinto de los *n* elementos de dicho conjunto o Todo, que son *suyos,* sea cual fuere el valor de *n:* 1, 2, 3..., 10^{10}, 100^{100}...; y en su lugar se verá si tal variable *n* puede abarcar o no tantos elementos cuantos números —enteros, reales... transfinitos cantorianos..., o sea: si es de estilo superior al numerable. La coincidencia necesaria entre *todos* y *Todo* define lo de *infinito.*

4) Mundo es de estilo *ser;* mas los *n* elementos de Mundo —todos los elementos... —, son de estilo *ente.* O sea: el simple conjunto de todas las cosas —veremos más adelante en virtud de qué causa, condición, pretexto, requisito... —, se reparte entre cosas en doble estado: de ser y de ente —cosas que se ponen en estado de *ser,* y son las que dan la unidad peculiar de Mundo, su Totalidad—, y cosas que se ponen en estado de *entes de* tal *ser* —y constituyen los elementos (todos) de tal Mundo o Todo.

En qué sentido podamos hablar de *conjunto* de cosas, como de un cierto estado previo a Mundo, de modo que las cosas, en cuanto tales estén constituyendo el *Universo,* como diremos, y Universo esté haciendo de fondo constante y aun amenazador de la estabilidad de Mundo, será punto a estudiar cuidadosamente más adelante (cf. Cap. VI, § 1, *B*).

Mundo es, pues, contextura ontológica; Universo entra en Metafísica, siendo Universo permanentemente posible *trans*cendente *trans*torno de Mundo.

Ser, venimos diciendo en sus convenientes lugares, no es algo especial y definitivamente peculiar; *ser* es cosa en estado de transparencia. Tampoco ente es algo condenado a ser ente, por esencia y definición; *ente* es cualquier cosa en estado de objeto u obstáculo temático.

Dato III. 12. "*Aun antes de que* nos percatemos —y precavidamente nos coloquemos en estado previo a ser y a ente, previo al reparto de las cosas según la cuenta y razón propias de cada tipo de Mundo—, *nos encontramos ya* siendo —viendo, oyendo, pensando, andando, hablando... —, en Mundo y mundillos —es decir: ante un *reparto ya hecho* de las cosas en ser, unas, y en ente otras; y hecho según una especial *cuenta y razón.*"

a) Aun antes de que nos percatemos, ya están abiertos nuestros ojos sobre un *mundo visible,* en que las radiaciones se han repartido en dos cuentas: radiaciones (cosas) en estado de *ser* —luz—; radiaciones (cosas) en estado de *ente* (colores, pigmentos colorados)... ; y en nuestro cuerpo unas partes (ojos) se hallan ya, previamente al acto de ver, y durante él, en estado de *ser:* transparentes, inobjetivas, preteridas (no aniquiladas), frente a otras partes nuestras en estado de entes (visibles en sí: mano, pie, cabeza...). El coajuste entre ojos videntes (estado de *ser* del conocedor sensible...) y luz (estado de *ser* de ciertas radiaciones), se hace en el plano y estado de *ser;* y tal coajuste, o lo en él coajustado —vista y luz—, constituyen Mundo (visible), cual Todo de *n* elementos —aquí los entes visibles: casa, mano, sillón, pared..., con el correspondiente coajuste entre lo que de ente ha quedado en mi cuerpo y lo que de ente ha quedado en el mundo de las radiaciones o cosas radiantes. *Entes típicos* y propios de tal tipo de *ser.* Este coajuste entre tales entes y tal ser (de tales entes) constituye tal Mundo. Y en el caso que tratamos, es el Mundo visible —en el que *nos hallamos ya, antes de que...*

Si será posible, por un acaecimiento —espontáneo, forzado, natural o planificado—, alterar tal reparto, con cuenta y razón

propias, sería, evidentemente, cuestión y programa *meta*físicos —en real y propio sentido de *Meta*física.

Es, por lo pronto, un *dato* inevitable el habernos encontrado, y encontrar ya dentro de un mundo visible, entre ciertas cosas (cuerpos humanos, cosas físicas), espectro visible, umbrales de la vista...

b) Aun antes de que nos percatemos, *nos encontramos ya* siendo en un mundo audible, con un reparto, según originales cuenta y razón, de las cosas sonantes (vibrantes según vibración longitudinal, de tal o cual amplitud y frecuencia, sónicas o ultrasónicas...) en cosas sonantes en estado de *ser* —aire, actuante como medio de transmisión a *través del que*... —, y en cosas sonantes en estado de *ente* sonoro —auto, campana, pío de pájaro, nota de violín... —, junto con otras cosas naturales de nuestro cuerpo coajustadas con ellas precisamente por coajuste del estado de *ser* —orejas, no notadas, no obstaculizadoras, con su realidad, del oído en el oír... —, frente a otras cosas nuestras en estado de *ente* sonante: obstáculos u objetos oídos —ruido de mi respiración, ruido de mi garganta...—; y *nos hallamos ya* con una cuenta y razón fijadas de antemano a ese reparto de cosas sonantes en ser y ente; en cuántas y cuáles harán de ser, en cuántas y cuáles harán de ente. Vgr. mis orejas funcionan en estado de ser (audiente, que no se oye a sí mismo), para vibraciones de frecuencia de 30 a 30 000 por segundo; para ultrasonidos la oreja actúa de *ente* sentiente, de cosa doliente, que si para dolor —u otro sentimiento cualquiera como diremos—, cupiera estado de *ser,* de transparencia, nada nos doliera jamás.

De nuevo: si tal reparto de las cosas sonantes entre los estados de ser (audiente y audible) y ente (cosa oída)... podrá alterarse dando un nuevo Mundo sonoro, con nuevo reparto ontológico, sería cuestión *meta*física; y planificar tal cambio sería programa de *meta*física actual —a lo cual no obsta el que los físicos lo hayan acometido ya; esto demostraría tan sólo que en tal caso funcionan de metafísicos, y nos darían a los metafísicos la lección de tomar la *meta*física en serio, en real, como permanentemente indesarraigable posibilidad de lo real mismo.

c) Abro los ojos, y *aun antes de que* me aperciba, *me encuentro ya* viendo un conjunto de cosas extensas (entes), ordenadas espacialmente (ser) según una especial cuenta y razón —delante-detrás, al lado, encima de—, todas ellas referencias neutrales e indiferentes respecto de los *entes* acomodados delante-detrás, encima de, al lado...

Nos hallamos con un reparto de las cosas (de ciertas cosas; no, vgr. de pensamientos o dolores) en espacio tridimensional, continuo, uniforme, isótropo, *trans*parente o *atraves*able, *trans*itable, penetrable. Ponderemos todo esto en plan y dentro de los límites de *Prolegómenos.* Una cosa externa puede hallarse, en principio, en dos estados: de *ser* y de *ente;* de *ser,* haciendo de espacio; de *ente,* ocupante de espacio, atravesante de espacio... Lo que una cosa extensa —aire, luz...—, tiene en estado de *tran*sitable es lo que tiene en estado de espacio, en estado de *ser,* frente a lo que una cosa extensa tenga de *intransitable,* inatravesable, impenetrable..., como obstáculo u objeto, que es lo que da la medida de lo que está teniendo en estado de *ente espacial.*

Y una vez más: cuántas y cuáles cosas extensas —y cuánto y qué de ellas—, se halle, en un momento dado, en estado de ser (espacio) o en estado de ente (cuerpo) es un *dato* —un reparto fáctico. *Nos encontramos,* desprevenidamente, siendo ya en un mundo espacial determinado, con un reparto de cosas extensas en estado de *ser* —transitables, penetrables, atravesables..., con transitividad, penetrabilidad, atravesabilidad bien reales—, y otras en estado de *entes* (extensos) —impenetrables, intransitables—; todo ello según una cuenta y razón *dadas,* tanto respecto a cuántas y cuáles están en estado de ser, y cuántas y cuáles en estado de ente, como a reparto del especial coajuste ontológico entre ser y ente. Y tal coajuste entre ser espacial (cosas extensas en estado de ser) y ente espacial (cosas extensas concretas) *es* el mundo espacial.

Tal coajuste entre cosas (de un orden) en estado de ser y cosas (de ese mismo orden) en estado de ente puede hacerse de diversas maneras; cabe, por ejemplo, un coajuste euclídeo, entre cuerpo y espacio (cosas en estado de ser y cosas en estado de ente extenso) en que el espacio o ser de lo extenso (extensión en *ser*) permanezca homogéneo e isótropo, igualmente *trans*itable y *atraves*able en todas direcciones y sentidos —Mundo extenso euclídeo. Y es posible un coajuste entre ser y ente (extensos) de estilo riemanno-relativista en que los entes extensos determinen, según ley especial —por ejemplo la de $ds^2 = g_{11}dx^2{}_1 + g_{22}dx^2{}_2 + \ldots g_{34}\, dx_3 dx_4 \ldots$—, los coeficientes métricos g_{ik}, a la vez que los potenciales gravitatorios —la métrica y la geométrica de espacio; determinen, pues, lo que las cosas están teniendo de ser (espacio: *Tran*sitable, *trans*portante...) y de ente, según direcciones y sentidos del espacio —según la masa, velocidad, de los cuerpos. Mundo espacial riemanno-relativista.

El intento de alterar tal coajuste es intento o plan *metafísi-*

co; y señalar el coajuste entre ente y ser (respecto de las cosas del mismo orden) es cuestión ontológica.

Es un *dato bruto* el reparto y clase de coajuste entre ser y ente (cosas en estado de...) peculiares del mundo en que —sin más y de buenas a primeras—, nos hallamos viendo, oyendo, caminando... Y mundo es justa y precisamente ese reparto y coajuste —estable, unitonal, infinito o cerrado—, entre ser y ente (de cosas del mismo orden o de diversos órdenes).

Mas que *tenga que haber* reparto y coajuste entre ser y ente (de cosas de un orden, más o menos abarcante) pudiera ser un *dato inevitable,* caso en que la ontología tendría base propia; y que tenga que haber un *privilegiado* reparto y coajuste entre ser y ente (de cosas de un orden...) que se preste óptimamente a cambios de reparto y coajuste entre ser y ente sería *dato* (y cuestión) de ontología fundamental, fundamental para una metafísica (especial) del dominio de cosas considerado; o general, para todas las cosas.

d) Proponerse, precisa y definidamente, pensar es estar ya pensando —y no viendo, oyendo, caminando, imaginando, queriendo...—; por eso mismo, *aun antes de* todo proyecto, intento o plan determinado de determinado pensar, *me hallo ya* pensando; y cada vez que pienso —haya estado o no el pensar interrumpido por otros actos—, surjo a pensar, por original resalte frente a todo. Cada vez que pienso comienzo a pensar *porque sí* y *de sí,* sin causa estrictamente tal —cuando más precediendo ocasiones, pretextos, material, oportunidad... Cortemos aquí este punto, que no hace falta más en la fase preliminar o inmediatamente dada del pensar.

Por virtud del carácter de ese mismo estado inmediato, proponerse precisamente pensar es estar ya pensando. Pensar, pues, tiene carácter de dato, y de dato inevitable y primario. Y precisamente a lo inevitable es a lo que el hombre se acostumbra más, y lo primero que pasa al olvido propio de lo natural —a estado de primero, aun siendo primario.

Me pongo a pensar, o me hallo puesto a pensar; y en uno o a la una me hallo pensando *ideas,* y pensándolas en mundo (ideológico). Idea, por supuesto, no es cosa hecha, derecha y condenada a ser idea, ni más ni menos; sino todo lo que de una cosa cualquiera —cuerpo, alma, extensión... —, se puede poner *en estado de universal, necesario y simple,* de modo que su vinculación con las cosas *de* que son ideas quede reducida a *alusión* o significación, es decir: a hacer signos o señales *hacia* la cosa *de* que una idea es siempre y sin remedio su idea, es decir: la *misma* cosa en otro estado.

Cuando algo (o todo) del agua corriente se pone en nube, tiene como mundo propio la atmósfera; y en ella, cual en lugar propicio, ostenta y es su forma propia y funciones peculiares; y hacia la forma de nube en atmósfera tiende todo lo que de agua se haya puesto en estado de vapor. Lo cual no obsta para que dentro de ese Todo, relativamente cerrado sistema, que llamamos atmósfera, se establezca un cierto equilibrio, e impere la regla de fases de la termodinámica: "dada tal presión y temperatura, y tal cantidad de agua, sólo puede haber tanto de agua en estado de vapor..." Tal ley presupone y se apoya justamente sobre esa base: tratarse de *estados* de la *misma* agua.

Acostumbrémonos a concebir las ideas como lo que de las cosas —de todas o de algunas, de todo lo de todas o de todo o algo de algunas—, puede hallarse, en un momento dado, en estado ideológico.

Y para no repetir la palabra, diremos estado *abstracto*. O en otra forma, idea es *extracto* de una cosa. El extracto de una cosa es ella, esa misma cosa; es ella, mas no es todo lo *de* ella.

Poco es lo que de jugo o extracto deja una naranja, al exprimirla; poco es el extracto ideológico, o lo que de idea tiene, vgr. la materia —por más que tenga mucho de indigesto, de mole, de cosa ejemplarmente reacia a extracto ideológico. Y aun lo poco de idea que posee —veremos en su lugar cuán menguado es—, es tan inestablemente idea que recae y se absorbe en estado de cosa bruta, apenas se deja de sostener su idea y extraerla por el pensar —caída tan inmediata y natural como la de la piedra, soltada por mano que la sostenía, o la reversión de agua líquida a hielo en el polo, tan pronto se la saque al aire libre. Idea no es, pues, algo condenado irremisible, y predeterminadamente antes de todo acto mental, a ser sólo eso: idea, sino lo que de cualquiera cosa puede ponerse en estado abstracto —que vamos a caracterizar más detenidamente, dentro siempre de *Preliminares.*

Idea es, pues, *estado* especial de las cosas. Pudiera, pues, suceder que en un momento dado no hubiera ideas en el mundo, a la manera como puede pasar que en un momento dado no haya en toda la tierra agua líquida, sino esté, cual parece se halló en cierta época prehistórica de la tierra, toda en estado de nube; y que hubiera largas épocas de lluvia de ideas, es decir: de reabsorción y vuelta al estado cósico de lo que, de las cosas, se hallaba en estado abstracto o extracto. O al revés.

Las propiedades más destacadas del estado ideológico son: *simplicidad* (simplificación), *universalidad* y *necesidad:* lo que de

una cosa puede estar siendo *ella* y *de ella,* estar en doble identidad. Lo que el hombre-cosa tiene de idea (eidos) es lo que, a la una, sea *hombre* y *de hombre,* ni más ni menos —extracto o abstracto que pudiera no incluir, realmente, sino eso sólo de ser *animal racional*: hombre simplificado. Y circunferencia no es sino, vgr. rueda en extracto; lo que, dentro del concepto *rueda,* puede ponerse en ser, ni más ni menos: curva cerrada centrada, lo cual es tan poco como lo es la cantidad de diamantes frente a la de carbón, pero posee caracteres recortantes (definidos), brillantes (evidencia interna) y conexos (red de notas) como el diamante frente al carbón. Que lo que de una cosa puede ponerse en estado de idea admita retoques, pulimentos y usos originales depone solamente de la posesión de propiedades de tal estado; no hace falta exigir propiedades esenciales —como se dirá, y en parte se ha dicho ya aquí. De ahí que toda idea parezca simplista simplificación, y un poco simplona; es que, en realidad de verdad, idea es lo que de simplificable posee una cosa.

El estado ideológico de una cosa —recuérdese que esto es frase abreviada para decir *lo que de simplificable* tiene una cosa, todas o algunas, todo lo de todas... —, posee el carácter de *universalidad.* Y universal, en su estado inmediato (natural), es una *simplicidad alusiva a y elusiva de concreciones.* Expliquémoslo: Idea es siempre idea *de* (una cosa concreta); mas este *de,* expresión de identidad, puede ser de diversos tipos, más o menos sutiles. En estado de simplicidad —de extracto que ha rezumado distinciones, diferencias y diversidades, según los casos—, el *de,* o identidad, queda reducido a *alusión* a la cosa concreta, y a *elusión* o evasión de todos los elementos que la cosa posee en estado de concreción, y no pueden ser elevados a ser *ella y de ella.* Lo simple es simple por *elusión* —*de* reducido a un mínimo por abstracción y eliminación de lo concreto—; y es simple por *alusión* —*de* inverso al anterior—, mínima dependencia que le queda aún a toda idea por ser idea *de* una cosa, otro estado de ella misma. Se han, pues, alusión y elusión como relación directa e inversa de cosa reducida a ser *simplemente* esa misma cosa concreta.

¿Será posible elevar al límite el componente centrífugo de elusión —de modo tal que la idea deje de ser *de,* y sea esencia pura, idea en sí y para sí? Problema y plan ontológicos, remitidos a su propio lugar.

En el mundo ideológico, tal como parece sernos de buenas a primeras dado, en toda idea predomina el componente o tirón de *alusión* sobre el de *elusión.* No se nos dan las ideas como escapán-

dose hacia un mundo ideológico puro y extremado de esencias, sino cual ideas para y en funciones de conceptos —aplicados, usados, ejercitados y confundidos con las cosas concretas. Y su cielo es el del juicio y palabra.

Por fin: el tercer carácter inmediatamente resaltante de las ideas —de lo ponible en estado de... —, es el de *unimanerismo* o necesidad. El unimanerismo (necesidad) es otro matiz de la simplicidad: lo simple no puede ser, en cuanto tal y mientras lo esté siendo, más que de una sola manera. Lo simple es rígido e inflexible, dicho metafóricamente. Lo concreto es, por constitución, de muchas y variadas maneras. Lo amorfo puede tomar cualquier forma y tomarla fácilmente —y perderla fácilmente también. Lo cristalizado tomó difícilmente tal forma, y difícilmente la pierde. Y tal impresión —verdadera —nos la dan las ideas: *hombre* no puede ser sino hombre ni más ni menos; *dos* es ni más ni menos que dos; por eso la aritmética no se trata con *el dos,* al que nada se puede ni sumar ni restar, sino con *dos* que es *el dos* en fase de concreta*ble,* aunque no ya de concreto; y con *dos* se pueden contar cosas —y las estoy contando; tengo aquí dos cosas: papel y lápiz; son dos cosas—; lo que no puedo hacer ni decir con *el dos.* Platón es hombre; mas no es *el hombre.* Advirtamos, pues, que una idea, en cuanto a su componente de elusión se evade, o es un proyecto y real intento de evasión de lo concreto; y tal estado de exacerbada evasión se indica con *el, la* —el hombre, la circunferencia... —; mientras que, por su componente de alusión, y colocándose en su dirección, la idea tiende a *su* cosa, a aquella *de* que es idea; pierde —al decir por boca del hombre lo que está siendo—, los *el* o *la,* y se queda en indeterminado determinable: Platón es hombre; papel y lápiz son dos cosas...

El unimanerismo (necesidad) de una idea es acentuación o intento de extremar el componente de *elusión,* propio de toda idea; de ahí que, en cierto grado, tal acentuación rebaje el componente de universalidad, que, a su vez, resulta ser la acentuación del componente de alusión, propio también del estado ideológico; los dos, radicados en la simplicidad de toda idea.

De los procedimientos —aparatos o instrumentos—, para reforzar cada uno de estos componentes: alusión y elusión, se hablaría como de tema propio, en *Ontología.*

Dato III. 13. Aquí nos basta con repetir: *"aun antes de que* nos hayamos hecho todas estas consideraciones, patentemente previas, *nos hallamos ya* formando extractos (abstractos) con los caracteres de alusión y elusión de lo concreto, y sirviéndonos de ellos

y de sus propiedades. A tales extractos llamamos *ideas,* que no son sino lo que de las cosas —de todas, de algunas... —, puede ponerse, o se ha puesto, en un momento dado, en estado de *simplificación".*

No nos hallamos ya, pues, en esta fase, tratándonos con esencias: ideas sin alusión a lo concreto, y en absoluta elusión de las cosas. *Esencia no es un dato inicial.*

Mas ¿qué sentido tiene hablar de *Mundo ideológico?* O con mayor expresión: *a) ¿Aun antes de que* nos percatemos, nos halla*mos* siendo ya en *mundo* de ideas, o entre ideas *sueltas?*

b) ¿Lo que en las cosas —todas, algunas... —, haya, en un momento dado, de idea, tiende a constituirse en *Mundo?*

Procedamos a la respuesta, y continuemos entendiendo por Mundo: reparto y coajuste estabilizado, unitonal y concluso de las cosas entre los estados de ser y ente, dentro de un dominio dado.

—*a)* ¿Hay ideas en estado de *ser?*

—*b)* ¿Hay ideas en estado de *ente?*

—*c)* ¿Se da un reparto estabilizado, unitonal y concluso entre los tipos *a), b)*?

—*d) ¿Nos hallamos siendo* en tal mundo, *aun antes de que...?*

Respuesta: Recuérdese una vez más que por *ser* entendemos, y nos referiremos, a ese peculiar estado de ciertas cosas que consiste en estar siendo *trans*parentes, no hacer —a pesar de su realidad y justamente por su tipo de realidad—, de obstáculo u objeto para otras —conocedoras o no. Así espacio no es, como se acaba de decir, cosa alguna especial y definitivamente determinada a ser espacio, sino cualquier cosa extensa que esté en estado de *trans*parencia local, es decir: esté haciendo realmente posible el *trán*sito, *trans*porte, *atravesa*r, o sea: no ponga obstáculos —a pesar de ser real, justamente por el estado de su tipo de realidad—, a que otras cosas extensas atraviesen, se *tras*laden, *trans*iten por ella. Mientras que una cosa extensa se hallará en estado de ente (extenso, cuerpo) si está haciendo de obstáculo u obstante para otras. Así que la distinción, y reparto, de las cosas de un orden entre los estados de ser y de ente es cuestión de estado, no de esencia.

Pues bien: ideas en estado de ser e ideas en estado de ente no constituye, parecidamente, reparto esencialmente hecho, ni es cuestión de mayor o menor realidad. ¿Hay ideas que no ponen obstáculo a otras que sí lo pongan, unas respecto de otras, algunas respecto de la mente?

Hombre y caballo no son, e insisto en la repetición, cosas sutiles o burdas, hechas desde siempre y para siempre para ser ideas

—o en sí mismas, allá en un mundo plusultraído de todos los concretos, a que creemos aluden, y de que, pensamos, se han eludido; o en la mente, productos mentales e inevitablemente mentales, por la causa única capaz de producirlos, o por ser la mente lugar único posible para que sean ideas—, sino lo que de las cosas —poco o mucho—, en un momento dado, y por causas, pretextos, ocasiones, oportunidades..., se halle en *estado abstracto*.

Que, tal vez, para que eso que llamamos ideas de las cosas se mantenga en el estado abstracto tenga que hallarse en la mente —o en las mentes—, no puede ser, por el momento, motivo alguno de dificultad, pues para que una piedra esté levantada sobre el suelo, y por tal estado posea una cierta energía potencial (de posición) suele hacer falta una mano que la sostenga, y, dejada de la mano, recae a su contacto inmediato con la tierra, y a ésta devuelve su energía potencial trocada en actual.

No nos extrañemos, pues, de que en las ideas de hombre, caballo, vida, cuerpo... haya, al parecer —y correcto es tal parecer—, tan poco de realidad. Si idea es el *extracto-abstracto* de una cosa, lo que ella tiene de simplificable, al recaer, por virtud de esa especie de energía potencial que es la alusión (carácter de universalidad) a lo concreto, a la cosa *de que* es extracto, a *su* contracto, o *su* concreto, apenas se notará tal reabsorción real —como poco parece ser lo que de lo concreto se restó al extraerle lo que de idea, o ideable, posee.

Si será o no perceptible de alguna manera, y aun medible, lo que de la realidad concreta se ha puesto en estado abstracto, y al revés, sería cuestión propia para *Ontología* y *Metafísica* actuales. Mas tiene perfecto sentido el plantearla, si suponemos que idea es lo que de una cosa concreta se halle, en un momento dado, en estado abstracto. La física moderna nos ha quitado, o puede ayudar a quitarnos, la tendencia a despreciar lo pequeño y pequeñísimo, advirtiéndonos que lo pequeño o pequeñísimo, tomados suficiente número de veces, o en suficiente número de casos, da efectos perceptibles y notables. La constante de acción *h*, es del orden de las milésimas de cuatrillonésima (de acción), 10^{-27}; y una unidad de energía radiatoria violeta, un fotón violeta, equivale a una milésima de quintillonésima de gramo (masa, 10^{-33}). Pero cuando tales pequeñeces se verifican de vez en trillones, cuatrillones, quintillones... de cosas —átomos, moléculas, fotones...—, su realidad se hace macroscópicamente notable —en el doble sentido de perceptible y de grande.

Pues bien: hablaremos inmediatamente de una peculiaridad

del mundo en que nos hallamos, *aun antes de que* nos percatemos y preocupemos de ella, a saber: el número grande y creciente de individuos humanos, de mentes —tan grande ya que permite el empleo de la estadística y del cálculo de probabilidades. No podemos, pues, tomar a la ligera eso de que no se puede notar, y poner a prueba, lo que de realidad se ha llevado, respecto de cada cosa, *su* idea, ni de que no sea factible comprobar lo que de realidad se devuelve a una cosa concreta cuando se reabsorbe en ella *su* idea. Quédese esto en alusión; no hace falta más por el momento.

Decimos, pues: se dan ideas que, con su contenido: *a)* hacen de obstáculo a la mente, es decir, de *objeto;* vgr. ideas como las de hombre, caballo, dos, pared, libro, luz, auto. . . ; al pensar en hombre, en cuanto hombre, no puedo pensar en caballo en cuanto caballo; se me excluyen ellas del mismo acto y se excluyen ellas una de otra; una es obstáculo para la otra, en sentido tan real aunque más sutil y a menor escala, como *realmente* se excluyen este hombre y este caballo, y la exclusión de sus ideas no es sino lo que de su exclusión real concreta queda aún en el estado abstracto.

La llamada diferencia específica —en el estado abstracto: la diferencia entre las ideas de hombre y caballo, y en el concreto la diferencia entre hombre y caballo—, no es sino la expresión verbal o significacional de tal exclusión real, real concreta, y, de su rebajada: la real abstracta.

Se dan, pues, ideas con el carácter de objeto, es decir: obstáculos a la mente que en ellas se detiene, y puede hacerlas no sólo término conocido, sino término expreso, temático, de sus actos. *Ideas en estado objetivo y temático.*

b) Se ve por lo dicho —entreveradamente con lo anterior, por su inevitable conexión—, que se dan ideas que son, unas para con otras, obstantes, u obstáculos mutuos insuperables, por el contenido propio de cada una, y por su origen y término, es decir: por sus peculiares caracteres de elusión y alusión a sus respectivos concretos que son, en su estado real concreto, obstantes, obstáculos potenciados mutuos.

El tipo de ideas *a), b)* son de tipo *ente;* ideas en estado de ente (ideológico, abstracto o extracto).

c) Las ideas de universalidad, necesidad, simplicidad, unidad. . . son de otro estilo: del de *ser.* Por lo pronto no tienen contenido propio que haga, en proporción parecida a las de hombre, caballo, dos, circunferencia. . . , de obstáculo a la mente; o de objeto para ella. No se percibe temperatura, sino que este cuerpo está a tal

temperatura; ni se percibe luz, sino que esta pared resplandece de blanca, y esta hoja del limonero resplandece de verde... No se percibe universal, sino que hombre es un universal; o sea que alude, y tira, hacia Platón, Aristóteles... yo, tú...; ni se percibe unidad, sino que hombre es uno, "hombre" es una idea; y caballo es uno, y "caballo" es una idea... Universal, necesario, unidad... son ideas *transparentes*, o en forma de natural e inmediata transferencia que nos remite a las ideas-ente, y hace que resplandezcan como universales, unas, simples, etc., no con unidad, universalidad, necesidad sueltas y flotantes, sino *de* ellas, cual luz de ellas —es decir, cual color. Por eso en su natural e inmediato estado no actúan ni objetiva ni temáticamente; actúan como la luz. Así que —sin detrimento de su peculiar, sutil y mínima realidad—, desaparecen en sí, para hacer aparecer (ser) a otras ideas —objetos ya para la mente, y obstantes unas para otras.

A esta clase de ideas, y como tipo de todas, pertenece la idea de *ser*. *Idea de ser,* o simplemente ser, no es cosa alguna peculiarísima y única, condenada a ser definida y definitivamente eso, ni más ni menos: *ser*. Que se dé o no tal peculiarísimo tipo de cosa, sería tema a tratar en *Ontología*. Mas preliminarmente:

Dato III. 21. "Aun antes de hacer ontología, *nos encontramos ya* empleando la idea de ser en contextos concretos y abstractos, es decir: con elusión y alusión, componentes que, por su direccionalidad misma, nos remiten a cosas, a entes". Quedémonos pues, en este plano que es el de las presentes consideraciones *preliminares*:

d) Ser es una peculiarísima idea cuyo proyecto o intención intrínseca consiste en *evadirse de todo,* absolutamente de todo; y en *aludir* a todo, absolutamente a todo; e incluir de vez y a la una en su proyecto intrínseco mismo tales absolutas alusión a todo y elusión de todo. Ser es, y tiene que ser, todo lo de todas las cosas; alusión máxima de *ser* a todo, y de todo a ser. Mas ser no puede ser nada de ninguna cosa —ser no es hombre, ser no es número, ser no es idea...—; ser es *elusión* máxima de todo ente especial. O lo que es lo mismo: ser no tiene contenido alguno, y ser tiene todo por contenido. Tiene todo como contenido *aludido;* y no tiene nada especial, por su contenido *eludiente*. Ser es ser de todo ente, y de todo lo de todos los entes; y, a la una, ser no es ser de ningún ente ni de nada de ningún ente.

d.11) Al llevar al máximo la *elusión* (abstracción, extracción), propia del programa o proyecto propio de Ser —o al llevar al límite, dicho con terminología matemática, la elusión—, el contenido de ser se hace nada; comprensión no sólo mínima sino

nula; tal intención o intento —que es como un componente vectorial o direccional de las ideas, cual la dirección lo es de ciertas magnitudes físicas—, no es realizable; su realización lo anula. *Ser no es idea,* menos aún ente alguno o cosa.

d.12) De ahí que eso de Ser —llamémoslo idea—, no quite nada de realidad a las cosas. Toda idea —venimos diciendo insistentemente, y las secuelas irán apareciendo en un momento—, tiene por contenido propio lo que —poco o mucho— de una cosa pueda ponerse en estado abstracto —de universalidad, necesidad, simplicidad. Al intentar poner la idea de ser, como perfecta y definitivamente abstracta, en máximo de elusión, tal idea no posee contenido; luego nada se ha quitado a las cosas, o Ser no se ha llevado nada de las cosas. Y al revés: al decir que son ser, o al revertir y reabsorberse ser en cosas, nada se les añade de real. Ser, por su intrínseco e ineliminable componente de elusión absoluta, es el *módulo* de las cosas, al modo que cero es el módulo de la suma. Sea cual fuere el número o magnitud de a

$$a + 0 = a; \qquad a - 0 = a$$

Cosa, menos o más Ser = Cosa

d.13) No hay, pues, ninguna idea que, al parecer o de buenas a primeras, se evada totalmente de las cosas, llevándose para siempre un cierto contenido o algo real de ellas. Ser, que es —justa, precisa y definidamente—, tal programa de total y absoluta evasión o elusión, al realizarse su programa se anula el contenido. *Ser no es género;* que género es, por el contrario, un cierto contenido, algo de las cosas, puesto en estado abstracto; así que restado de ellas.

d.14) Mas por su componente de alusión total a todo lo de todas las cosas, Ser es la idea más concreta y concretable, llena y rellenable. Es el más universal de los conceptos. Cada cosa es ser a su manera, con su cuenta y razón, en su *tanto;* y ser se embebece tanto en todas, tanto que no queda distinción, diferencia, diversidad alguna entre cosa y ser. Ser es lo más concreto y lo más relleno *ya* (de todo lo concreto y lleno). Ser posee máxima extensión, en el sentido de estar extendido ya en todo.

d.15) Ser es el concepto o idea *más simple,* desde el punto de vista o colocándonos en la dirección de elusión; tan simple que su contenido es nulo o nada. Y encierra el programa de una simplificación tan extremada que su realización anula la realizabili-

dad de su proyecto. Ser es, pues, de *simplicidad nula* —más simple que el cero, más que el punto.

d.16) Ser es, pues, un proyecto (ontológico como diremos; mas no metafísico); una dirección hacia simplicidad —universalidad, unimanerismo, necesidad, puridad, formalismo—, llevada al extremo; y proyecto y dirección hacia concreción, llevada también al extremo. Mientras se mantenga en fase de proyecto —y no se intente realizarlo—, mientras se apunte en sus direcciones, mas no se pretenda seguirlas hasta el final, *ser* poseerá *significado,* es decir: hace signos, es señal *hacia;* significación doble, ambigua o ambivalente, *hacia-de:* cual piedra en mano —hacia el cielo— hacia la tierra.

d.17) Toda idea tiene tanto de Ser o tiene tanto en estado de Ser, cuanto tenga de alusión-elusión, es decir: de universalidad, necesidad (unimanerismo), simplicidad, puridad, formalismo. De modo que esto es lo que constituye a las ideas en *mundo,* a saber: este interno componente de alusión-elusión, que es, de suyo, el Ser —cual campo de direcciones. Y según el grado o fase de alusión-elusión, las ideas quedarán repartidas entre dos tipos: *a)* ideas-ente (*a, b*); ideas-ser (*c, d*). Cuántas ideas haya en un momento dado en estado de ideas-ente, y cuántas en estado de ideas-ser, será un *dato bruto* o *elemental;* pero el que *tenga que haber* ideas en estado de ente y otras en estado de ser, entra en el tipo de *datos primarios.* Intentar alterar tal reparto será, según los casos, proyecto ontológico o metafísico.

Dato III. 22. d.18) "Pero, *aun antes de que* nos propongamos planes o proyectos metafísicos u ontológicos, respecto del reparto máximo o mínimo de las cosas entre ideas-ente e ideas-ser, *nos hallamos ya* en un mundo ideológico, con un reparto tal que ni en una dirección ni en otra —alusión, elusión—, se tiende al máximo." Es decir: al ponernos a pensar, de buenas a primeras, nos hallamos pensando, ante todo, en ideas especiales, hacia concretos (predominio de alusión), mucho más que hacia ideas-ser. Cada mundo ideológico se caracterizará, según esto, por el punto de equilibrio y tono entre los dos extremos.

d.19) El mundo ideológico, tal cual nos *es dado* de buenas a primeras se halla, pues, *establecido,* con cierto reparto entre ideas-ente e ideas-ser; *unitonal,* equilibrio entre alusión y elusión; *concluso,* cerrado por sus extremos, por la sola y toda idea de Ser (extremo superior) —y por el inferior, por lo concreto.

d.2) Alusión y elusión son, en primera aproximación o impresión, relativos: directa e inversa. Alusión es la inversa de elu-

sión: *su* inversa; elusión, la inversa de alusión: *su* inversa. Mas en segunda aproximación no son relaciones sino referencias. En una relación se hallan en primer plano términos y relación. En $2 < 3$, los términos 2, 3, y la relación $<$, se destacan con igual fuerza; y se puede demostrar que 2 es menor que 3; que 2, $<$, 3 se hallan objetiva y temáticamente puestos, mostrados y demostrados. En la fórmula

$$(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$$

todos los términos, *a*, *b*, y sus relaciones, $(\ )^2$, $2(\ )$, $=$, $+$, se hallan, parecidamente, en primer plano. En una referencia, por el contrario, los términos pasan a primer plano; mas adquieren forma implícita, actuante, embebida las relaciones o direcciones. Así ya en física la dirección que lleva una masa en movimiento no es algo real del mismo estilo que la masa; un vector no pesa, no se compone de nucleones, no se dilata por el calor..., y el tratamiento temático de las direcciones (vectores) exige un cálculo especial. Vector —o dirección con sentido—, es de estilo *ser* —uno de los componentes de lo que de *ser* tienen las cosas físicas—; mas ser *de* entes, que alude a un término, y se elude de otro; pero jamás es ente o cosa física, él de por sí, y jamás se halla solo o a solas de cuerpo —se hallará en cuerpo definido o en campo...—. Ser es, parecidamente, puro componente direccional de las ideas; y componente de lo que las cosas tienen o se puede poner en idea, más o menos abstracta y extracta, de ellas. Y de esta manera —ejercitada, implícita, funcional—, nos servimos de la idea de Ser, y de las ideas-ente.

d.21) Empleando un lenguaje —de ordinario matemático, mas no necesariamente monopolio de las matemáticas, al modo que el castellano es, de ordinario, lenguaje más adaptado a literatura y conversación que a filosofía—, escribiremos:

a) $\lim_{\text{el.} \to \infty} (\text{Ser}) \to \text{Nada}$

b) $\lim_{\text{al.} \to \infty} (\text{Ser}) \to \text{Todo}$

Es decir: Cuando llevamos al límite (lim) o al extremo ($\to$) el componente vectoral o direccional de elusión (el.), propio de Ser, tal límite es Nada —Nada de contenido, Nada de extensión; Ser no posee, en tan extremado estado, ni comprensión ni extensión; nada ni nadie es Ser. Y al llevar al límite ($\to$) el componente di-

reccional de alusión (al.), tanto el contenido o comprensión como la extensión de Ser es Todo.

Lo cual no es tan sólo una repetición de lo anteriormente dicho, repetido ahora en otro lenguaje, descaradamente matemático, sino repetición de una frase que va a hacer, ahora, de primera frase para una segunda: alusión y elusión —a todo o a algo, de todo, o de algo—, son un peculiar estilo de realidad, puramente direccional: *vectores* ontológicos, (según diremos en su momento), *intenciones reales,* jamás objetivamente perceptibles, ellas a solas de todo, aunque se las pueda hacer, como aquí, tema de pensamiento —tematización que jamás las trueca en objeto: en obstáculo definido para el pensamiento, como lo son hombre, caballo, dos, número, circunferencia... Tales direcciones: alusión-elusión —alusión *a* lo concreto, *a* los entes; elusión *de* lo concreto, *de* los entes—, están constantemente afectando a todo ente; o bien surgen por virtud de un ente privilegiado —el pensamiento—, que sea el llamado a crear una especie de campo direccional ontológico, cual un electrón crea a su alrededor un campo eléctrico, dentro del cual se muevan o reposen entes especiales —ideas-ente, o lo que de idea tengan las cosas. Se advertirá que, de nuevo, tomamos en serio, *en real,* los temas de ontología; y, ante todo, tomamos en serio, *en real,* eso de Ser.

Si ponerse en Ser —en alusión y elusión de sí—, fuera componente intrínseco de toda cosa, o de todo lo de todas, el surgimiento de ideas sería acaecimiento ontológico (o en otros casos, metafísico) inevitable y continuo; y, a la vez, las ideas —o lo que de las cosas se hallase en un momento dado en estado de idea—, estaría en inevitable y continua caída (alusión) a las cosas de que son ideas, de manera que, si se da un ente cuya estructura sea la de estar siendo en ser —como en medio, campo o mundo propio—, conocer será dato: *aun antes de que... ya estará...* Lo cual no debe ofrecernos peculiar dificultad, cual no la hay, en principio y de buenas a primeras, en que sólo ciertos cuerpos de la escala periódica de los elementos se desintegren espontáneamente; y la mayoría, no. Tal privilegio *de facto* no es cosa juzgada ya para o contra los demás entes; es un prejuicio, una presunción, o posesión de facto.

Tal ente será una mina de transformaciones ontológicas, y un sismógrago o detector de lo que, en cada momento, las cosas tengan, de lo suyo, en estado de ser: idea en ente, o idea en ser.

¿El hombre, según esto, sería una cosa múltiplemente privilegiada: *a)* porque *está siendo en el Ser* —en idea de tipo *ser,* cual pez en agua, ave en aire?—; *b)* o ¿porque posee —por lo pronto—,

el poder especialísimo de sacar de las cosas lo que de ser tengan, o poner algo (o todo) de ellas en estado de Ser, más o menos avanzado en dirección hacia alusión?; *c)* o ¿porque el hombre, o un componente de él, es tan sólo lugar privilegiado en que se verifica tal transformación o cambio de estado: de cosas a cosas-en-ser, a cosas-en-ente?

En el caso *a)*, el hombre poseería un privilegio *óntico;* en el caso *b)* tendría un privilegio *metafísico;* en el *c)*, su privilegio sería, en rigor, solamente *ontológico.* Los casos *a)*, *b)*, *c)* no se excluyen sin más —y de este punto se irá hablando en sus respectivas oportunidades.

Si el hombre posee solamente las características *a)*, *b)*, su función será *transcendental* —ontológica transcendental; mas si se añadiera la condición *b)*, su función sería, además, y sobre todo, *metafísica.* Es, por el momento, suficientemente claro que, si hemos de dar un sentido real y comprobable a la afirmación o plan: todas las cosas tienden realmente y llegarán ineludiblemente, vgr. a un estado final (escatológico) de Espíritu absoluto, hace falta que la cosa *hombre* posea, comprobablemente, el privilegio *b);* no bastan el *a)*, y el *c)*. Y así de otras cuestiones —o pretendidos y pretenciosos planes o proyectos de la metafísica antigua, medieval y moderna, de que se irá hablando.

d.22) Podemos dar por suficientemente claro, para esta fase preliminar, que *Mundo ideológico* posee determinado y comprobable sentido, aun sin haber fijado cuántos y cuáles son *sus* ideas-ente y *sus* ideas-ser, en un momento dado —su *reparto* propio de las cosas entre ser y ente; y sin haber precisado el tipo especial de *coajuste* entre ser y ente; y menos aún las causas, ocasiones o pretextos... de tales reparto y coajuste. Deuda explicativa, a pagar más adelante.

§ 2. Tipos dados, más importantes, de Mundo

1) *Mundo natural.*

Continuemos entendiendo por Mundo: *Todo en que rige peculiar reparto-y-coajuste de las cosas entre los estados de Ser y de ente, reparto-y-coajuste estabilizado, unitonal, concluso.*

¿Se da mundo natural? Es decir: *¿aun antes de que...*, nos *encontramos ya...?* Pregunta que admite ahora mayor determinación: *¿aun antes de que* se ponga en cuestión: qué y cuáles reparto-y-coajuste de las cosas entre los estados de ser y de ente sean posibles,

nos encontramos ya con un especial reparto-y-coajuste que merezca el título de mundo *natural*: reparto *natural,* coajuste *natural,* estabilidad, unitonalidad, cerradura *naturales?*

Aun antes de que nos propongamos aquí tal cuestión, *nos hallamos ya* usando la palabra *natural* en un cierto sentido. *¿Usando* de ella, como de cosa conocida ya, gastada, o *sirviéndonos* de ella?

Tratemos de dar perfil propio y bien recortado a la significación usada y servicial de *natural;* por tanto presupuesta cual dato inicial. Presuponemos también que, *aun antes de* ponernos al estudio y enfoque temático de mundo natural, *sabemos ya* por uso y por servicio, de manera implícita y ejercitada, qué entendemos y cómo usamos palabras cual mundo artificial, mundo de la ciencia matemática, mundo de la física... mundo moral... Tales tipos de mundos nos son preconocidos —bajo la forma o estado de uso, servicio, instrumento mental corriente, énser de cointeligencia... Y se da un estado natural de lo aritmético puro, vgr. al contar y al usar una máquina calculadora; y un estado natural de lo geométrico, vgr. en la agrimensura; y un estado natural de lo moral, vgr. en las costumbres...

¿Cuáles son las líneas típicas, constitutivas del perfil o eidos del mundo *natural? 1.01) Máximo de concreción.* Una cosa: hombre, mente, números, figuras..., se halla en estado natural si se encuentra en un máximo de concreción: *es ella* —y esto no admite ni máximo ni mínimo, sino constancia en identidad: hombre es hombre, dos es dos...—, y *está siendo de* (*x*) o *siendo para* (*y*), —estas variables, *x, y,* pueden tomar los valores más dispares; el hombre es hombre, mas está hecho (es) de este tipo de carne y de este tipo de huesos, de estos elementos químicos, de tal altura, peso, densidad, temperatura, tantos ojos, orejas, trillones de células nerviosas, atraído por, presionado por, limitado por...; y *dos es dos,* mas puede estar siendo en dos manos, en dos pies, en dos polos, en dos premisas, en dos focos, en dos raíces de una ecuación de segundo grado, en dos tipos de electricidad...; y servir, tanto hombre como dos, para mil y mil oficios más o menos íntimos o superficiales. La dificultad consistirá, más bien, en si existen límites infranqueables a la concreción; si de alguna manera y en algún grado cada cosa no es todas las demás —por composición, por participación, semejanza, vestigio, alusión, privación, complemento...

Por contraposición: los integrantes de un mundo abstracto o extracto del natural *son ellos,* mas están hechos tan sólo *de* elementos de su propio y estricto orden. Doble identidad: *son ellos y de ellos;* lo que les confiere ese perfil recortado y radiante, peculiar

suyo —de diamante pulido y engastado en joya frente al estado concreto de diamante en bruto, en mina.

Lo natural —sea cosa o mundo—, posee, pues, cual primer carácter, el de *concreción,* llevada lo más allá que sea posible, quedando toda delimitación como algo de hecho, en suspenso, abierto en principio a todo. De otra manera: en el estado natural cada cosa está en estado de *mundo;* es ella, y está, en principio, *siendo de todas.* De ahí la impresión, inmediata y fundada, de estabilidad máxima que dan las cosas en estado natural. De esta impresión hemos sacado el convencimiento —que no es, sin más, demostración, ni posibilidad de demostración—, de que existen cosas, exista yo o no, esté yo viéndolas o no, etc. Más adelante trataremos pormenorizadamente de las maneras como yo estoy siendo en mundo natural —sentimentalidades peculiares, cf. Cap. VI, § 1 *A.*

1.02) El estado natural —de una cosa, mundo...—, se caracteriza por el rasgo de *máxima neutralidad* de sus fenómenos o aparenciales. Neutralidad o indiferencia es término correlativo a diferencia: hacer diferencias, ser sensible a diferencias, alterarse por cambios... Podrá ser la circunferencia geométrica tan pura cuanto queramos; no por eso dejaremos de ver que una rueda es circular, con total indiferencia de tal aparencial —metido en madera, en metal...—, frente a la puridad remilgada y extremosa de la Circunferencia; y podrá ser gran verdad —verdad de fe vivida con inmediata y táctil seguridad mental de ojo en estado y funciones de tacto—, que poseemos alma inmortal, mas no por eso dejamos de temblar de miedo ante un peligro de muerte para el cuerpo *de* un alma inmortal, sin poseer nosotros sentimiento alguno, delator real de ese real diamante de inmortalidad que sería nuestra alma, la misma que informa al cuerpo, toda en el todo y toda en cada una de sus partes, con unión inmediata, esencial, sustancial... Nuestra vida, tal como *naturalmente* la sentimos, *y somos,* es neutral e indiferente respecto de lo que, tal vez, sea en sí, de suyo y para sí, el alma, o el espíritu nuestro. Y ninguna fe, demostración, o teoría es capaz de remediar tal defecto y eliminar tal neutralidad e indiferencia real de nuestra vida actual respecto a la inmortalidad de nuestra alma actual, en nuestro cuerpo actual. Y podrá ser verdad la teoría relativista de que en el mundo físico no hay sistema privilegiado de referencia (para movimientos inerciales, y aun acelerados), y menos aún ser verdad que tal centro sea nuestra tierra, ni siquiera el señor Sol; mas nuestros sentidos —y los de todos los teóricos y demostradores de tales teorías—, nos ofrecen, y les ofrecen, pertinaz e indiferentemente, aparenciales neutrales frente a las

teorías —aparenciales que, por su neutralidad, ni las refutan definida y directamente, ni las confirman, definida y directamente también. Etc. etc.

Fijemos, pues, el significado de la palabra *aparencial* —a distinguir de fenómenos y de apariencias, por lo pronto/ *Aparencial* es el aspecto neutral de las cosas; indicando el calificativo de *neutral* la no diferencia que guarda tal aspecto frente a la verdad y falsedad —científica, filosófica, religiosa...— determinadas. A su vez, no diferencia es una simple negación, no una privación o negación especificada por un sujeto. Diferencia-indiferencia forman un par conexo; no-diferencia pasa por alto tal oposición definida, la anula sin aniquilarla. Lo aparencial practica, de real y original manera, una *abstención* —de óntica, de ontología, de metafísica, de religión, de moral... *Es* esa abstención misma. Es un inmediato calificado, o la cosa en estado de inmediación calificada.

Dato III. 31. "Es un dato el que se da tal estado aparencial de las cosas." Y será cuestión no sólo de irlo diciendo en reveladoras palabras —dándole ser en la palabra—, sino preguntarse: *a)* ¿es posible cambiar los aparenciales de las cosas —cuestión ontológica; y el plan de hacerlo será plan ontológico, a realizar o a intentar por determinados métodos o instrumentos. *b)* ¿Es posible hacer desvanecer los aparenciales de las cosas —algunas, todas; todo lo de todas, etc...? Y tanto el planteamiento preciso, como los instrumentos o atentados planificados de tal empresa, entrarían en *Metafísica* por *sobrenaturales.*

Que la neutralidad del aspecto de las cosas sea un máximo en estado natural, que el estado natural de una cosa se caracterice por el máximo de aparenciales, lo advertiremos al recordar el número y complejidad de teorías —filosóficas, físicas, religiosas...—, que el hombre ha tenido que inventar para perforar tal neutralidad —más resistente, pasivamente resistente, que bala de algodón a bala de fusil—, y la ineficiencia de todas ellas para eliminar los aparenciales correspondientes —ineficacia, adviértase bien, que no depone contra la verdad de tales teorías, o las refuta, justamente porque tal neutralidad lo es frente a verdad y falsedad, no cual tercer valor, intermedio entre ellas, sino simplemente *otro* que ellos.

De ahí, por ejemplo, se infiere: *a)* que toda fenomenología, es decir: toda actitud e instalación en el mundo natural de las cosas, tal cual se muestran ellas, de sí, dejándolas que ellas se muestren —dejadas de la mano de nuestras teorías y técnicas, a sí mismas—, sean actitudes —de conocer, de trato...—, e instalaciones —por

hábito, uso...— *naturales;* y, por tanto, la abstención —de juicio, enjuiciamiento, deducción, posición...—, sea procedimiento *natural,* y mucho más natural que duda o demostración; y que las respuestas dadas en tal estado de actitud e instalación posean tanta consistencia y terca pertinacia —ni activa positivamente, ni positivamente pasiva—, cual la de los aparenciales. Que a la fenomenología —bajo uno u otro nombre— se vuelva constantemente, cual el más convencido relativista cae en ver la tierra por centro del mundo, *antes-durante-después-a pesar* de la verdad de su teoría; mas no es tal aparencial ni en pro ni en contra de ella; y que a toda fenomenología le sobren todas las teorías —por igual y neutralmente las verdaderas y las falsas, etc. *b)* Que hemos de distinguir entre *real* y *verdaderamente real. Verdaderamente real* o realmente verdadera —tomemos, por lo pronto estas frases como equivalentes—, es, por ejemplo, la teoría de la relatividad; *simplemente real* es el geocentrismo, no como teoría, o con pretensiones a real de verdad, sino como aparencial; mientras que la teoría de la relatividad, como toda teoría, en virtud de su plan propio, es, de suyo, o aspira a ser realmente verdadera; cuánto le falte para llegar a ser *efectivamente y realmente verdadera* se nota en que el aparencial correspondiente no nos es dado —y a lo mejor no nos puede ser dado. Pero esta escisión entre real y verdaderamente real será punto digno de ulteriores consideraciones ontológicas y metafísicas.

Volviendo al tema: lo natural es dado como real —sencillamente, sin pretensiones, neutralmente frente a real de verdad o verdad real, y a realmente falso o verdaderamente falso, a adecuación dada y confirmada entre real y verdad. Y si comenzamos por admitir que tanto la verdad lógica como la ontológica importan una relación o *referencia* entre entendimiento y cosa, mientras que verdad, sencillamente tomada, denota tan sólo *patencia,* o estado de manifestación o desencubrimiento, podríamos decir: los aparenciales (naturales) tienen verdad de tipo patencia; verdad natural, que es neutral frente a verdad lógica y ontológica, y compatible con verdad o falsedad lógicas y ontológicas —tanto que, para decirlo en un caso ejemplar, sea el geocentrismo, como teoría, verdadero o falso, lógica u ontológicamente, el geocentrismo como aparencial es *verdad natural.*

Lo natural, pues, posee su propio tipo de verdad (patencia): o bien la realidad que posea un tipo de patencia tal que quede neutral (invariable) frente a verdad o falsedad lógicas y ontológicas, es (llamémosla) *verdad natural.*

Dato III. 32. "Se da verdad natural: Aun antes de que cualquier teoría —física, biológica...—, haya fijado qué es verdad lógica y ontológica, respecto de un dominio de cosas a considerar, *nos hallamos ya* ante una patencia, o manifestación de las cosas, neutral o indiferente frente a verdad y falsedad lógicas y ontológicas."

El realismo natural —no como teoría—, *es un dato.* Y el realismo natural mismo es neutral e indiferente frente a sí mismo como teoría; sea, pues, falsa o verdadera su misma teoría —inclusive aunque el idealismo, vgr., como teoría le demostrara su falsedad. A su vez: idealismo, subjetivismo... como teorías aspiran, en virtud del plan propio de toda teoría, a verdad o falsedad óntica y lógica, es decir: a verdad real, a realmente verdadero. En este punto fracasan, porque lo real es dado como neutral e indiferente frente a verdad real (o falsedad real). Idealismo, subjetivismo, realismo..., en cuanto teorías, sólo pueden tener sentido real como *planes* metafísicos u ontológicos —a saber: planes determinados de transformación de lo real, de hacer desaparecer realmente los aparenciales, y conseguir la implantación de adecuados aparenciales —llamémoslos *apariciones,* restringiendo así el empleo de esta palabra—; adecuados —sin cambio posible ya, únicamente—, a verdad; transustanciando, pues, aparenciales naturales en apariciones: a cada verdad su propia aparición, y a cada aparición su propia verdad, en definitiva adecuación (Escatología ontológica o metafísica, según los casos).

En este sentido riguroso y fijo ninguna teoría física ha llegado aún a demostrar realmente, con verdad real, que es realmente verdadera. Intentar demostrar su verdad, sirviéndose de aparatos hechos de aparenciales naturales (llamados a veces euclídeos, macroscópicos), no es sino reconocer: *a)* que lo simple, sencilla e inmediatamente *real,* son los aparenciales (naturales) y su verdad (patencia) aparencial; *b)* que tales aparenciales son reales, mas no realmente verdaderos (o los realmente verdaderos); *c)* que la teoría, programáticamente real de verdad, no es directa e inmediatamente comprobable, o sea que no *está siendo* real de verdad, aun suponiendo que sea verdadera, vgr. que el mundo físico no es, por lo pronto —y a lo mejor nunca—, mundo real de verdad: *d)* que el mundo físico —para continuar refiriéndome a un caso ejemplar—, es verdadero, mas no es real con la realidad que debiera ser la suya; o que no se dan (¿aún?, ¿nunca?) apariciones físicas; que los aparenciales naturales son reales, mas no son ni verdaderos ni falsos. Y, por tanto, que toda teoría física sobre los aparenciales (no sobre las pretendidas apariciones) es falsa, por

impotente —llegue o no a imposibilidad real de adecuación con su realidad, de verdad ontológica con su verdad natural, de su mismo orden. Y esto es lo grave: no se trata de adecuación entre lo matemático puro, vgr. un sistema de axiomas formales, y lo aparencial natural —diverso, al parecer, suficientemente diverso para permitir una inicial o final independencia—, sino de falta de adecuación entre la verdad de un orden y los aparenciales de ese mismo orden; o falta de aparenciales propios de un orden en que, por constitución, debieran ser tales, o sea: apariciones.

Así que la ciencia física —la de verdades reales—, sólo puede demostrar su verdad con un programa *meta*físico, es decir: *trans*formando, *trans*tornando aparenciales en apariciones; y, si esto se consiguiera —en total o a trozos, o por ciertos resquicios—, nada nos asegura que las *apariciones* (verdad real) de lo físico en sí (de lo que de científico tiene lo físico) se asemejaran a los *aparenciales* actuales (simplemente reales). La ciencia física no es, pues, posible sino como *meta*física; por suerte para la física actual, en cuanto ciencia —y por suerte para la metafísica, como se dirá largamente, y se va dejando entrever—, está la física actual montada y actúa en plan y proyecto *meta*físicos: es física de *trans*formaciones de lo real dado, de los aparenciales. De ahí su fecundidad y su peligrosidad para lo *natural;* y es a la vez origen de las nuevas, transtornadoras y sobrenaturales lecciones que puede dar a la metafísica (tradicional).

Se da un mundo natural matemático en doble sentido: *1)* de uso, *aun antes de que* con científica previsión se haya establecido una geometría axiomáticamente constituida o una álgebra y aritmética axiomáticamente formuladas —con la pretensión propia y obligatoria hacia verdad real de verdad—, *nos hallamos ya* empleándolas en la vida corriente con manifiesto éxito, con *patente* resultado; *2)* Lo matemático puro, en sí —tomemos estas dos palabras en sentido general o que no sobrepase la distinción introducida ya entre concreto y abstracto—, se halla ya, *aun antes de* toda previa teoría rigurosamente científica —es decir: aspirante a verdad real—, en estado natural propio. Puedo sumar 1 y 2 sin preocuparme de El Uno y El Dos, y decir —y aplicar—, $1 + 2 = 3$, sin preocupación por El Tres, La Igualdad y La Suma. Y se demuestra que los tres ángulos de un triángulo suman dos rectos, *aun antes de que* caiga en cuenta de los previos derechos de El Tres, de El Ángulo, de La Suma, de El Dos, de El Recto... Van unidos en estado concreto matemático —no físico, aún—, dos, ángulo, tres, recto... Y por virtud del estado concreto aritmético

puedo hacer las operaciones —un poco trucos y artimañas—, que se emplean para demostrar tal teoría; lo que fuera imposible hacer con El Tres, El Angulo... Lo aritmético se halla, pues, en estado natural peculiar, tan natural, inmediato y directo que resulta difícil caer en cuenta, a tiempo, de la arbitrariedad que es restar de El Cinco El Dos, como si a El Cinco se le pudiera quitar algo, y no fuera tan absurda semejante pretensión como quitar al hombre su racionalidad; y no caigamos en cuenta, con su pequeño desagrado y sorpresa, que después de haber hecho repetidas veces la resta $5 - 3 = 2$ continúan existiendo —no sabemos cómo, en dónde, en virtud de qué—, el cinco con sus cinco unidades, el dos con sus dos, etcétera. Los números *realmente verdaderos* son El Uno, El Tres, El Cinco...; mas los números *simplemente reales* son 1, 2, 3...; neutrales e indiferentes frente a El Uno, El Dos..., intratables —no sumables, no restables, ni multiplicables...—, como los dóciles y mañeros 1, 2, 3...

De nuevo se da dentro del mismo dominio —aquí el aritmético—, una escisión —de cuyos alcances se hablaría en una Ontología—, entre realidad y verdad. 1, 2, 3, ...½... no son los aparenciales propios o apariciones de El Uno, de El Dos... ; 1, 2, 3... son simples aparenciales matemáticos.

Se da, pues *mundo natural matemático.*

Si cabrá o no un plan metafísico para realizar la adecuación entre aparenciales y verdad, o sea: transformar aparenciales matemáticos en apariciones de lo matemático, sería, una vez más, punto a tratar en Metafísica. Y sospechemos que una metafísica de lo matemático, que haga honor a eso de *meta* o *trans,* va a resultar empresa más difícil y ambiciosa que *trans*tornar aparenciales físicos (naturales) en apariciones de lo físico. En efecto: Tenemos la impresión de que la física actual es más *trans*formadora de los aparenciales naturales que la matemática actual, y que la forma o estado axiomático de la matemática va a resultar obstáculo más serio y real a una transmutación que el conjunto o mundo natural de los aparenciales físicos.

La realidad del estado de mundo natural —físico, matemático...—, da cuenta —aunque no dé razones—, de por qué tanto física como matemáticas proceden por hipótesis, axiomas, o *posiciones* simples; es decir: prescinden de las exigencias —ontológicas, lógicas y metafísicas—, de *verdad real* —absoluta, única, puesta en sí. De esta *natural* renuncia a verdad real procede la facilidad en cambiar de teorías, de sistemas de axiomas, hipótesis; empleo de hipótesis de trabajo. Sólo en virtud de este plan concreto

o natural, propio de quien se mueve en mundo natural, surgen geometrías, álgebras... Es que números, figuras, direcciones, cuerpos, movimientos, con que se tratan el matemático y el físico están en estado natural, simplemente real y simplemente verdadero; mas no en el de reales de verdad, o verdaderamente reales; que apenas se colocaren en estotro plan —metafísico, de suyo—, ya no serán posibles muchas geometrías, muchas álgebras, muchas teorías físicas... Y, de llegar al límite, entraríase en el *estado escatológico*: fin y final de todo.

Que, por el contrario, en ontología y metafísica —filosofía, religión—, se tienda a lo realmente verdadero y a lo verdaderamente real, que es único y absoluto, con adecuación perfecta y definitiva e irreversible entre realidad y verdad, explica, por de pronto, su desconcierto y aun desdén hacia física, matemáticas —método de hipótesis, teorías, axiomática, etc.

Mas lo dicho debiera hacer pensar a filósofos, religiosos... que tan sólo colocándose en plan metafísico, es decir, de transformación y transustanciación de la naturaleza, de lo aparencial, en todos los órdenes —físico, matemático, lógico...—, probarán la verdad de su realidad y la realidad de su verdad —sin dejarlo para otro mundo, o al allá nos las den todas, o a la buena voluntad de Dios.

Fijemos, pues, un punto más del plan general del trabajo:

1) En preliminares entra todo lo que se halle en estado *natural,* simplemente real o sencillamente verdadero. *Qué se dé* es dato básico para todo —por lo pronto para todo *Prolegómeno*.

2) Cabe proponerse *planes de interpretación* (con simple cambio del sentido o significado); y además *proyectos* de *trans*formación que pueden ir desde intento a atentados, a éxito —siempre en dirección hacia adecuación entre real y real de verdad. *La Metafísica,* en el sentido que vamos dando aquí a esta palabra, comienza, media y termina con los proyectos de transformación, según sus diversas fases.

3) Que haya o no en este momento algo *metafísico* es cuestión planteable y respondible con sentido; y desde este punto de vista iremos viendo cómo ciertas cuestiones llamadas de *Metafísica* no pasan de simples planes de interpretación (metafísica); no llegan a proyectos; se quedan en intentos o cuando más en atentados (metafísicos). Lo cual no será refutación o demostración de su falsedad, sino de algo que es, según se mire, muchísimo menos y muchísimo más: es muestra de su *impotencia* —total, parcial, momentánea... *El que haya o no* algo que se encuentre ya en estado metafísico —de proyecto simple, intento, atentado, éxi-

to. . .—, es tan importante, al menos, y tan necesario como que, antes de todo proyecto de transformación de materia en radiación, haya Uranio, y un isótopo de él con especiales propiedades. . . Para hacer —real y efectivamente, con realidad de verdad—, y no simplemente de palabra —o en intento verbal más o menos de literatura metafísica u ontológica—, es decir: para *trans*formar, *trans*tornar y *tran*sustanciar el mundo *natural* hace falta que un ente, algo de un ente, *esté ya* en estado metafísico —o sea él mismo de por sí metafísico en acto y actuación. . . De qué tipo de necesidad sea esto, se tratará en otro lugar, y aquí sólo en la medida en que dentro del mundo *natural* irrumpa tal tipo de ente, sin que se llegue a un programa de técnica metafísica o utilización al máximo de tal ente privilegiado —seámoslo o no nosotros, o por algo nuestro.

Si por *empírico* entendemos la actitud e instalación sin previos de ninguna clase —por tanto, sin teoría alguna, pretendidamente real o de verdad verdaderamente real—, en un mundo *natural* —físico, matemático, biológico, moral. . .—, *empirismo integral* designará el punto de partida o el preliminar natural de toda la filosofía y ciencia *actuales,* o de la *Metafísica* en su fase actual —y pasada. Que una metafísica futura no tenga por qué partir de la experiencia dependerá de si la actual logra *trans*tornar el mundo natural —físico, biológico, moral, religioso. . .—, reabsorbiendo sus aparenciales en apariciones de la realidad de verdad o de la verdaderamente real. O sea: si la Metafísica se halla ya en estado *Escatológico,* o la Metafísica —cual Metatécnica—, ha puesto todo en fase de final e irreversible adecuación entre realidad y verdad.

De ahí que todo empirismo, sobre todo el integral, lleve siempre las de ganar: *a)* por la consistencia máxima y propia de lo natural; *b)* por su peculiarísimo y rarísimo tipo de resistencia pasiva frente a la verdad que pretenda ser real de verdad; *c)* por la impotencia realmente mostrada, en conjunto, de todo intento, pasado y presente, de Metafísica, reducidos, por ahora, a realmente inofensivos cambios de interpretación o sentido de lo natural, o cuando más a *proyectos-intentos* de transformación real de verdad de lo natural.

Pero desde el punto mismo en que el empirismo deja de ser actitud e instalación naturales en mundo natural, y se pone a refutar a la Metafísica (demostrar que es, realmente con realidad de verdad, falsa) o a probar que él, como teoría, es realmente verdadero o la realidad de verdad, cae él mismo en el tipo de teoría metafísica impotente e inoperante para transformar lo natural de

real en *real de verdad* —igual que a una metafísica cualquiera le acontece. Mas si se coloca en plan de superar realmente la neutralidad metafísica de lo natural, es, por tal actitud y proyecto, inicialmente Metafísica.

Se da también un mundo ideológico natural. Que se dé un mundo ideológico o ideas en estado de mundo, quedó ya demostrado. Que tal mundo posea el tono o estado de natural no es difícil de mostrar —o hacer caer en cuenta, por lo usado, corriente y manoseado que lo tenemos. No nos tratamos con Humanidad, Racionalidad, Vivencialidad, Corporalidad. . . , Paridad, Trialidad, Sumabilidad, Rectilineidad. . . , sino con hombre, humano, racional, viviente, cuerpo. . .; aparte de que semejantes abstractos, extremados y llevados al límite, resultan incomponibles entre sí. La Humanidad ni es ni no es la Racionalidad; la Dualidad ni es ni no es la Unidad. . . Los estados de sujeto, predicado, universal. . . , referidos a singulares, son notas del estado natural de las ideas.

Más aún: en estado natural las ideas no se usan en juicio explícito y declarado. O no se va diciendo, antes de tratar con Platón, que Platón es hombre; o si se dice algo será, vgr. que Platón es todo un hombre; y el *es* funciona en estado natural en forma implícita, implicada en verbos; implicación y desaparición (gramatical y pensamental) tan naturales como que se vean cosas por virtud de la luz del sol, mas la luz no esté, ella de por sí, siendo vista. El juicio expreso no es, pues, de formación natural. No hace falta recordar que, en plan natural, toda idea admite no sólo aplicaciones a los objetos de su dominio, sino a muchos otros, extendiéndose por analogía, metáfora, coordinación. . .: modos todos ellos de *concreción.* Al no adoptar las ideas, en su estado natural, la forma y funciones de juicio, es decir: de verdad y falsedad declaradas y tajantes, se hallan las ideas en el natural modo de *neutralidad* —en estado de sencilla indiferencia a verdad y falsedad. Veremos inmediatamente otro modo natural de estar las ideas en mundo natural suyo. Tal vez sería más correcto decir que, en el mundo natural, lo que de ideológico tengan las cosas no se ha desprendido aún, o no ha tomado ni toma estado abstracto, sacando de sí cada cosa lo que no es ella y de ella.

Que las ideas se hallen en estado natural debiera hacérsele tan raro y sorprendente a un ideólogo como notar que un vulgar carbón *es* diamante —que carbón de cocina es otro estado de diamante.

Dato III. 33. "Aun antes de que estén en sí Humanidad, Racionalidad, Circularidad, Dualidad. . . , y *aun antes de que* nos trate-

mos con Humanidad, Racionalidad..., *nos encontramos ya* con rueda, hombres, parejas de cosas, y *tratamos* a Humanidad, Racionalidad... como concretadas en mil cosas de mil órdenes, y las tratamos sin definirlas o separarlas de sus concreciones, sin ponerlas en forma de juicio con pretensiones a verdad y falsedad, es decir: a deslinde lógico."

1.03) Un mundo se caracteriza como *natural* si rige en él la tendencia a un máximo de alusión, y a un mínimo de elusión, de todos los elementos que lo integren. Nos parece natural llamar al mundo en que —sin más ni más, de buenas a primeras—, nos hallamos, *mundo natural;* en él nacemos, vivimos y somos; y en él recaemos y en él estamos cayendo aun durante los intentos mismos de evasión y elusión. Mas no es éste el punto definitivo a declarar: en un mundo en estado natural predominan las cosas en estado de ente sobre las cosas en estado de ser. Lo que equivale a decir que un mundo natural es un mundo lleno de cosas que están haciendo de obstantes, obstáculos y objetos para otras. Abro los ojos: y *aun antes de que* se me planteen los innumerables previos al acto, potencia y cosas a ver, *me encuentro ya* viendo no mis ojos, o mi visión, sino objetos: sillón verde, pared blanca deslumbrante, limonero, palmera, cactus, mesa de apamate...; en el objeto se detiene mi vista que no ve más allá o a través de él, mas lo ve a él, y él se le manifiesta, además de enfrentársele; empero pared, palmera, mesa... son obstáculos a que vea lo que hay detrás de ellos, por más que sean cosas bien y propiamente visibles, y aun visifacientes, mas positivamente invisibles, o realidades afectadas de la privación de visibilidad directa; *tendrían que* ser vistas, cual objeto, pero no lo están siendo para mis ojos. La pared que es obstante para que los ojos vean lo que hay detrás, no es obstáculo para los oídos, que pueden muy bien oír lo que de audible y sonante haya tras una pared ordinaria; mas los objetos del oído se enfrentan menos a los oídos que los de la vista a los ojos.

En un mundo natural la alusión a cosas-ente es máxima; la alusión apunta y termina en cosas-objeto y cosas obstáculo, todas en función de ente; mientras que lo que en tal mundo haya de *ser,* nos *elude;* no hace, a pesar de su realidad, de objeto, o de obstáculo.

En todo mundo hay, pues, un reparto de las cosas entre los estados de ser y de ente. Pues bien, la alusión —explicitación, tematicidad, objeto, obstáculo—, se vincula a entes; la elusión, al ser; reparto especial, no guiado, sin más, por realidad.

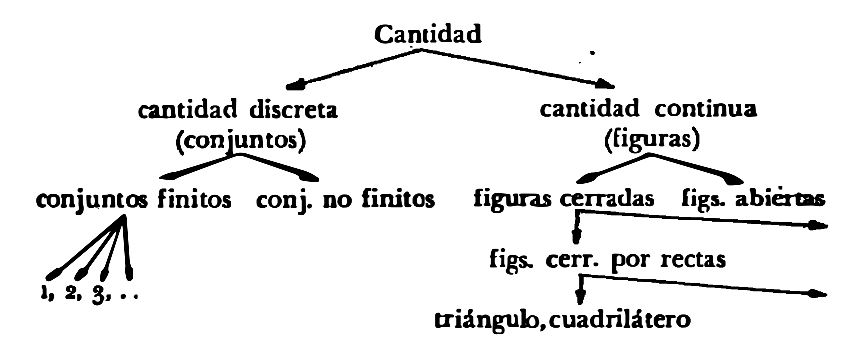
Dato III. 34. "*Aun antes de que* se plantee previo alguno, *me encuentro ya* viendo, oyendo, pensando..., cosas-ente, aludiendo,

lo más que se pueda, a ellas; mas eludiendo —o habiendo eludido ya—, ojos, oídos, yo, visión, actos de pensar, potencias y sus funciones; reales, mas, no por reales, menos evadidos y eludidos."

En un mundo *natural* se elude, por natural programa, el ser —y lo que de las cosas esté siendo en estado de ser—; y se alude, al máximo y por natural plan, a los entes —a lo que de las cosas se halle en estado de ente.

Alusión y elusión no son, ni primaria ni principalmente, operaciones mentales —como se echa de ver por los casos ejemplares aducidos. Son propiedades del estado natural de un mundo, tan reales a su manera como la rigidez lo es del estado sólido normal, y la cristalización lo es estado-límite de estado sólido perfecto.

En un mundo de cosas, en estado natural, decimos: lo que de las cosas se halle, o se ha puesto, en estado de ser es mínimo; y un máximo lo que de ellas se muestra, o se ha puesto, en estado de ente. Caso ejemplar, además de los aducidos:



Cosas geométricas o aritméticas en estado de *ente* son, vgr., triángulo, circunferencia, elipse. . . ; recta, plano; 1, 2, 3. . . , álef cero, álef uno. . . ; y cosas geométricas o aritméticas en estado de *ser* son, vgr., *conceptos* cual cantidad, conjunto, figura, entero, racional, algebraico, transfinito. . . , recordando que *concepto* no es entidad de otro mundo, tan otro, diverso, inconexo con este concreto que dé un sinsentido decir que 1 es número, π es número real, este triángulo (de un metro de lado) es figura, que esta página es rectangular. . . Todo concepto, o está haciendo de predicado, o es posible que haga de predicado, o es necesariamente posible que haga de predicado, o es necesariamente posiblemente posible que haga de predicado. . . Y circunferencia o está haciendo de rueda, o es posible que haga de rueda, o es necesariamente probable que

haga de rueda... Se trata, como veremos, de proyectos ontológicos; aquí nada más se los menciona para probables ejemplos.

Concepto es lo que de una cosa —número, figura... 1/2, 4/6... e, π..., sea poco o mucho, constante o variable—, se halla o se ha puesto en estado abstracto, en sí y de sí. De modo que, al formar los conceptos abstractos de figura, conjunto..., se les extrae a las cosas *algo de su realidad;* o desprenden ellas de sí —por virtud de causas, condiciones, pretextos...—, *algo de ellas,* tomando ese algo estado peculiar —cual aroma de flor, vapor de agua, luz de sol... De nuevo tomamos concepto en serio, es decir, *en real.*

Pues bien: 1, 2, 3..., rodeados e impregnados de eso poco de realidad de ellos que está en estado abstracto —cantidad, conjunto...—, 0, 1, 2, 3..., e, π... dentro de envolvente conceptual, nos da mundo aritmético conceptual. Hay mundo, o sea, reparto fijo entre cosas, unas en estado de entes —1, 2, 3, 4..., e, π...—, y cosas aritméticas en estado de ser —conjunto, número, entero... Los conceptos —en este estado abstracto, temático—, están hechos expresamente para predicados, es decir: para proposiciones, verdaderas o falsas. Nada de concreción ni de neutralidad. No nos interesa *de qué* se habla, si se dice o no "dos es par", "π es número transcendente", "los números son cantidad discreta"...; y nos importa si lo que se dice es verdad o falsedad; "es verdad que dos y dos son cuatro", "es falso que π sea un número racional"... Estamos en mundo matemático *ontológico,* mas no en mundo matemático *natural.*

Por el contrario: cuando a 1, 2, 3, 4..., e, π..., se los somete a leyes formales, como $ab = ba$, $a + (b + c) = (a + b) + c$, etc., y a las relaciones, $=$, $<$, $>$, y a las operaciones, $\div$, $\times$, $+$, $-$, lim..., no hay prácticamente casi nada de los entes aritméticos en estado abstracto —no confundir con abstracto formal—; y lo que de ser tienen —conjunto, número, figura...—, funciona realmente como ser; o ser en total *trans*parencia *trans*mitente hacia entes. De ahí que en la aritmética moderna pasen a segundo plano los objetos o los entes: 1, 2, 3..., las operaciones —sumar, restar...—, y las relaciones entre entes —igual, mayor, menor, coordinación biunívoca, unívoca... Todo ello: entes-relaciones-operaciones se hallan en estado abstracto; pasan a segundo plano, a fondo. De ahí que en la aritmética moderna no se sepa *de qué* se habla —si 2 es par, si π es transcendente...—; si eso *de qué* significa tener que definir de antemano *qué es* en sí y de suyo 2, π, e, $\sqrt{5}$, $\sqrt{7}$, $\sqrt{2}$... y si aquello de que se habla es verdad o falsedad, es decir: si tal o cual proposición es verdadera o falsa, como debe serlo toda propo-

sición —definida, tajante, expresamente. En el mundo aritmético moderno no hay proposiciones, y no lo son ni los axiomas.

El mundo aritmético moderno es, pues, un mundo aritmético natural. De ahí su fecundidad, frente a la inferioridad de un mundo aritmético en que predomine el estado conceptual, definido y expreso; y el proposicional —definido y expreso.

Presto se acaba la faena de abstraer, y pocos son los extractos (abstractos) que de los entes aritméticos se pueden sacar; lo cual depone en favor de la afirmación: el mundo aritmético se halla, sobre todo, en estado de mundo natural.

Poco es lo que de las cosas aritméticas se ha evadido o *eludido* del estado de entes; y por complemento, es un máximo lo que de ellas se halla en estado de *alusión* hacia los entes propios.

En total: poco es lo que de las cosas se halla en estado conceptual, y en estado ideológico —o sea, en *elusión* al estado de ente—; y mucho, máximo, lo que de ellas se encuentra en estado concreto y neutral —en máximo de *alusión* a entes.

Las cosas se hallan, pues, de ordinario en mundo natural; en máximo de alusión (máximo de ente) y mínimo de elusión (mínimo de ser). Nos hallamos ya ante una *ley de reparto,* entre ser y ente, de las cosas de un dominio dado: cuando el reparto se hace de modo que haya un máximo de cosas en estado de ente, y, por lo mismo, un mínimo de entes en estado de ser, el universo correspondiente de cosas se halla en estado de *mundo natural.*

Más adelante se verá por qué empleamos el término *universo* como abreviación de "conjunto de cosas, no repartidas aún entre los estados de ser y de ente. (Cf. Cap. VI, § 1 *B.*)

1.04) Neutralización del tiempo. Expliquemos, ante todo, qué es eso de neutralización del tiempo, advirtiendo que neutralización no es lo mismo que superación o transustanciación.

Los números 1, 2, 3, 4... —para atenernos al ejemplo más sencillo, suficiente para esta fase preliminar—, poseen la peculiaridad de ser perfectamente equivalentes respecto de ellos las expresiones:

"1 es una vez uno", y/o "una unidad una vez" (más breve: una vez uno y/o uno una vez).

"2 es dos veces uno", y/o "dos unidades una vez" (o de una vez)...

"7 es siete veces uno" y/o "siete unidades una vez" (de vez etcétera...).

De suyo parece que cada número *n* es, ante todo, "*n* unidades de una vez", o de vez, o a la una; más bien que "*n* veces" una

unidad. Es decir: que esa intervención del tiempo, delatada por las palabras, *vez, veces,* es, en rigor, una intromisión, proveniente del estado de concreción o neutralidad ontológica con que se nos dan los números.

Ahora bien: el tiempo, por el contrario, es "*n* veces" una unidad cualquiera de él —*n* veces un segundo, *n* veces una hora, *n* veces una millonésima de segundo, *n* veces un milenio..., y no puede ser *n* segundos de vez, *n* billonésimas de segundo de vez, *n* años de vez...

O en otra frase ya más delatadora: todo número (figura) es *simultáneamente* sus unidades; el tiempo no puede ser *simultáneamente* sus unidades (segundo, hora, día, siglo..., millonésima de billonésima de segundo...). Y lo que es más radical; no posee unidad tan pequeña que permita decir: un número pequeño de tales unidades es de vez, vgr. *cinco billonésimas de segundo* pueden ser de vez; *quanta* de duración temporal o de tiempo cristalizado. Lo más a que se podrá llegar en este asunto será a conceder que un cierto número pequeño de unidades (arbitrarias) pequeñas de tiempo no admita ni positiva ni negativamente la determinación de "antes-después", o que sean indeterminadamente simultáneas, por no poderse decidir aún si son antes o después, a causa de hallarse todavía el tiempo en fase general o potencial. Cortemos aquí esta alusión a la teoría cuántica del tiempo.

Podremos afirmar que el tiempo, en su plenaria y perfecta plenitud de desarrollo —tiempo en acto de serlo, acéptense estas frases y sus implicaciones, mas siempre dentro de los límites de explicación preliminar—, es por modo de *n veces cualquiera de sus unidades* —dos veces un segundo, y no dos segundos de vez; un billón de veces una billonésima de segundo, y no un billón de segundos de una vez... El tiempo es, pues, un conjunto casi perfectamente ordenado; dados dos elementos de él —tal vez casi tan pequeños como queramos: seg., 10^{-6} seg., 10^{-12} seg.—, uno de los dos es antes que el otro; y unilateralmente bien ordenado, ya que si un elemento de él, t_1, es anterior a otro suyo, t_2, y t_2 es anterior a t_3, vale que t_1 es anterior a t_3, Transitividad del tipo de orden. Si tal orden se habrá impuesto hasta unidades tan pequeñas cuanto se quiera, es decir, hasta instantes, es cuestión diferente que no importa por el momento —lo mismo la de si será indefinidamente transitivo (de tipo abierto), etcétera.

Mas advertiremos que no podemos prescindir de ese bloque o bloquecito de presencia delatado por la palabra *vez* —a la vez, de una vez. Una *duración* de dos segundos se verifica en dos veces un

segundo; una duración de cinco mil millones de años se realiza en cinco mil millones de veces un año... Pero segundo, años... —unidad aceptada—, se toma de vez, de una vez, a la vez: *en presente.* Cada vez hay un segundo (presente, en bloque); cada vez hay un año (presente, en bloque)...

Pues bien: un conjunto de cosas (números) en que el tiempo se halle en un máximo de neutralidad respecto de unidad (global) y sucesión es un conjunto de cosas en estado natural, en cuanto a duración, o en estado de *duración natural.*

Recordemos, pues es imprescindible para el sentido del aserto anterior, que neutralidad es un estado real, mas no real de verdad —en tal grado que la realidad se halle adecuada a la verdad—, y que presenta una persistencia pasiva y sorda consistencia —racionalmente absurda—, frente al orden ontológico: a la verdad realmente tal. Neutralidad originalísima de los simples aparenciales. El tiempo se halla también aparencialmente neutralizado. *Se da el tiempo aparencial,* en parecida indiferente realidad a la que ostentan —sin ostentaciones contra ontología, teoría y verdad—, los aparenciales sensibles —astronómicos, vivientes...

Las *n* cosas del mundo natural —donde *n* se cuenta por miles de millones, de trillones... —, están siendo *de vez* o a la una, que dura aparencialmente, es decir, neutralmente, *lo mismo* horas *que* días, *que* años, *que* segundos... Que ningún fenómeno físico de los que subtienden el aparencial *pared blanca* que está ante mi vista dure sino billonésimas de segundo —a tenor de la frecuencia de sus vibraciones, vgr. 400 billones de vibraciones por segundo para su componente de rojo... es decir: cada vibración dure una billonésima de segundo, y jamás haya en *realidad verdad* dos vibraciones de vez—, podrá ser una gran verdad, real-de-verdad, o verdaderamente real, según las teorías físicas —que son por constitución y programa reales de verdad, cuando son verdaderas; pero lo es de tal modo, no obstante, que semejante duración neutral o simplemente real ni refuta ni aprueba positivamente la realidad de verdad de lo físico. *Es simplemente por modo de hecho.*

En el tiempo aparencial predomina el *n cosas de* vez —el *n* segundos de vez, *n* horas de vez...—, sobre el *n veces de una cosa.* Tal predominio (real) lo es de lo indiferente frente a las diferencias —un poco cual la indiferencia y ceguera de la piedra a la vista.

Tal estado de neutralización del tiempo afecta, como *tono unitario,* a todas las cosas que constituyen el mundo natural. Y los vivientes vivimos directa, inmediatamente, un tiempo neutralizado; duramos lo mismo aparencialmente (realmente) pase lo

que pasare en el orden del tiempo físico, o en el tiempo real-de-verdad. Y las montañas duran aparencialmente (realmente) años de años, y siglos de siglos, las mismas; suceda lo que sucediera en el orden atómico —el del tiempo real-de-verdad. Otro asunto es hasta qué límite la realidad simple de lo aparencial consiga anular (ocultar) el tiempo real de verdad, la realidad de verdad, y cómo se notará la invasión (*meta*-física) de la realidad de verdad en la realidad simple (aparencial). De ello se irá tratando en su oportunidad.

Doy una mirada al cielo nocturno —y se viene dándole miradas de espectador desde siglos de siglos—, y veo *n* cosas de vez; Vía Láctea, Osa Mayor... ; la permanencia del cielo estrellado es un aparencial real —sea o no tal permanencia real de verdad. Por igual motivo los movimientos de los astros, y los demás movimientos de las cosas de un mundo natural, son aparenciales (reales), neutrales frente a los movimientos reales de verdad que la ciencia demuestre, colocándose en plan *metafísico:* el de ir más allá de los aparenciales y, en el fondo, el de *trans*tornarlos realmente —de hacer desaparecer la neutralidad de lo aparencial, reabsorbida y *trans*mutada en realidad-de-verdad.

Que lo físico, astronómico, biótico, movimientos, tiempo... se halle en estado aparencial —que algo (o todo) de ellas se encuentre en estado neutral, neutral frente a realidad de verdad—, es un *dato,* y tal estado es constitutivo y característico de mundo *natural.*

De aquí que: *a)* la neutralidad —ontológica, metafísica, religiosa, moral...—, de los aparenciales —físicos, vida...—, no permita tomarlos como preliminares o base propia de demostraciones ontológicas, metafísicas, religiosas —suponiendo que ontología, metafísica, religión... tengan, por plan propio, el de realidad de verdad; ni aceptarlos cual peldaño de un proceso dialéctico, a no ser que se muestre, de alguna manera, que la realidad de verdad rompe o irrumpe en lo aparencial —por milagros, sorpresas, rarezas, revelación, muerte... ; y, sobre todo, que la realidad de verdad *trans*muta y *trans*ustancia real y definitivamente lo aparencial en *fenómeno:* en *apariciones de la realidad de verdad.*

b) Cuanto mayor consistencia muestre lo aparencial, mayor será la dificultad real de la ontología, metafísica, religión, ciencia..., si no quieren quedarse en la fase, realmente insignificante, de interpretación o simple cambio de sentido de lo real. Y se trata de dificultad real, de real resistencia pasiva de lo aparencial, que no solamente depone contra la suposición —pretendida y pretenciosa de ontología, metafísica, religión, ciencia...—, de que onto-

logía, metafísica, religión, ciencia... estén dominando lo real, sino *pone* obstáculos a cambiar su estado de neutralidad por el estado ontológico, metafísico, religioso, científico... *Inercia de lo aparencial.*

En especial: el tiempo aparencial o neutralizado está siendo no en un presente real de verdad —supongamos que esto tenga sentido, o como real de verdad ya, o al menos cual fenómeno necesariamente posible real de verdad—, sino en presente neutral, neutral frente a pasado y futuro reales de verdad. Y no nos extrañará de que la ciencia *demuestre* que cosas realmente, con realidad de verdad, pasadas estén aún haciendo acto de presencia —a nuestros ojos, oídos, tacto...—; y nos cuente que las estrellas que estamos viendo desde hace rato, ya no existen en realidad de verdad hace miles de años, o no estén, en realidad de verdad donde realmente estamos viéndolas; o que la ciencia nos diga que estamos, en realidad de verdad, gravemente heridos hace una hora, y no nos hemos dado aparencialmente (realmente) cuenta de ello; y que estamos, en realidad de verdad, atacados de un proceso infeccioso del que no nos enteramos hasta que no hay remedio; mientras tanto la salud aparencial (real), la *sentida,* y, por sentida, sida, permanece tal cual —natural, indiferente, descuidada frente a la realidad de verdad, a *su* realidad de verdad.

De ahí que se vaya al olvido el pasado real de verdad —vgr. el nacimiento, las catástrofes, dolores, revelación, milagros...—; y lo aparencial (real) borre y desdibuje —sin programáticos intentos, ni especiales técnicas—, lo que de ontología, metafísica, científico, en una palabra: lo que de realidad de verdad o verdad realmente real haya irrumpido en lo aparencial, si no ha llegado —como *aparencialmente* no ha sucedido—, a *trans*mutar definitivamente, es decir: a poner todo en estado *escatológico. c)* De ahí que, neutralizado el tiempo real de verdad o hallándose sin más el tiempo en estado aparencial propio, las relaciones causales que, de suyo y en virtud de su proyecto intrínseco, están planificadas según realidad de verdad, desaparezcan, si es que alguna vez han irrumpido en el mundo natural; la neutralidad del mundo natural excluye pasivamente toda relación causal —creación, proyección, novedad...—; quedando reducida la causalidad real-de-verdad, que produce efectos reales de verdad, a una sucesión temporal aparencial; y, por aparencial, neutralizada; y con ese simple final de inerte reposo del tiempo aparencial. La causalidad real de verdad —que es la que, por programa y proyecto interesa a metafísica, religión, ciencia...—, no es un dato del mundo natural, no

es un aparencial; y, al revés, el mundo aparencial, natural, no puede servir de premisa propia, peldaño propio, para demostrar que hay causa, suprema o no. Toda auténtica intervención causal, de una causa real de verdad, ha de ser por modo de irrupción, rotura, revelación, catástrofe, milagro. . . ; todo ello, lo más opuesto a demostración —el procedimiento más continuo por constitución, pues es a base de identidad.

Ante el dato de haber mundo natural, la metafísica, religión, ciencia. . . sólo son posibles como acaecimientos, acontecimientos, sucesos. . . que traigan una estela de fenómenos que *trans*tornen y *trans*ustancien de modo definitivo (escatológico) lo aparencial.

Con lo anterior se va delineando, y aun cobrando perfil, qué se entienda aquí por ontología, metafísica, ciencia, religión. . . ; o más brevemente: por metafísica.

Dato III. 35. Así que: "*aun antes de que* nos propongamos planes ontológicos, metafísicos, religiosos, científicos. . . , es decir: planificación de realidad de verdad, y *un después de* que, en ciertos momentos, lugares y cosas, haya hecho acto de presencia y eficiencia la realidad de verdad, *nos hallamos ya* y *volvemos a hallarnos* en un mundo natural, es decir: mundo de cosas en estado de *realidad simple o aparencial.*"

1.05) El mundo natural es un todo de tipo *global,* no total. Global es la forma aparencial de un Todo; por tanto, neutral, hasta cierto límite, frente a los componentes y estructuras de tal Todo. Pared, árbol, río, casa, sol. . . son un *global;* lo que de elementos y estructura nos descubre la ciencia, como constitutivos en realidad de verdad de tales cosas, queda, en gran parte, englobado indistintamente en tales aparenciales propios de Todo en cuanto natural.

La luz que veo, como atmósfera omnienvolvente, no me es dada cual nube de fotones, ni mi cuerpo real como constituido de trillones de células. . . ; nos son dados *Todos típicos,* simplificados en *aparenciales típicos.* No me son dados Todos en forma total, sino global.

Un global, pues, es real; mas no, sin más, real de verdad; pero un global mantiene conexión estrecha y propia con un todo, con un total: universo estelar (total), cielo estrellado (global); constelaciones de átomos, moléculas (total), cuerpo humano, árbol. . . (globales). De modo que, en preliminar avance, podemos afirmar:

a) Dado un conjunto de *n* elementos fundamentales —átomos, moléculas, células. . . ; enteros, primos, pares. . . —, hay que distinguir entre el conjunto (Todo) de tales *n* elementos, *C* (*n*), y los

n elementos de tal conjunto, $n\,(C)$, so pena de incurrir en las bien conocidas antinomias —de cuyo valor ontológico se tratará más detalladamente en su propio lugar. Otro punto es si, *dados n elementos,* se constituye necesaria y realmente —*realmente con realidad de verdad*—, el conjunto de tales n elementos, $C\,(n)$. Veremos en qué órdenes se produce tal surgimiento de n a $C\,(n)$, o constituciones de *Todo.* Si admitimos tal ley, todo viviente sería justamente $C\,(n)$: el Todo especial de n elementos —algo real con realidad de verdad, distinto, aunque inmediatamente conexo, son sus n elementos —células, moléculas... Quede este punto en puntos suspensivos.

b) Dado tal $C\,(n)$, se constituye un $C'\,(n)$, un *global:* o sea el aparencial propio de $C\,(n)$, neutral frente a número, clase, orden de los n elementos, y distinto de $C\,(n)$: el tipo de Todo, real de verdad.

El global $C'\,(n)$ es real, mas no real de verdad, como lo es $C\,(n)$ y como lo es $n\,(C)$. De nuevo: a todo $C\,(n)$ corresponde, por necesidad —¿inevitable...?—, un $C'\,(n)$; ¿un global? Tema a estudiar por sus pasos. Mas en esta fase preliminar podemos afirmar:

Dato III. 36. "Aun antes de que la ciencia, filosofía..., determinen cuántos y cuáles son los elementos (n) de un todo (ente o ser), *nos hallamos ya* con *globales* típicos —árbol, hombre, río...—, *neutrales* frente a la contextura de elementos y Todos correspondientes." Tales *globales* son reales, mas no reales de verdad; y con su realidad no refutan positivamente ni confirman positivamente ninguna teoría —física, aritmética, biológica—; se mantienen en su realidad brutal e inmediata, a pesar de cualquier teoría. Son, pues, neutrales frente a *qué es* (esencia) y *que es* (existencia real de verdad), *para qué es* (finalidad real de verdad), *cómo es,* etc. Tal neutralidad es propia del estado preliminar —previo a ontología, metafísica, religión, ciencia... Y surgirán las cuestiones de siempre: ¿es posible cambiar realmente tales globales, de modo que sean reabsorbidos por sus Totales, por los correspondientes Todos, reales de verdad? ¿Corresponde en realidad de verdad algo a $C\,(n)$, y a $n\,(C)$, que sea la realidad de verdad de $C'\,(n)$; o la (pretendida) realidad de verdad de Todo, y los elementos de tal Todo —nucleones, átomos, moléculas, células; o tales pretendidas realidades de verdad no pasarán de intenciones, planes, proyectos, de transformación de lo dado, que es $C'\,(n)$?

Mundo natural es, pues, el Todo de todos los elementos en estado de aparencial. Y se nos presenta como *el Gran Espectáculo;* El Cosmos, con subglobales como cielo, Tierra, monte, valle, río, hom-

bre, gato... Nos hallamos, pues, siendo en Un Global, en Este Global —que no es éste por no ser otro, sino sencillamente éste—, neutral frente a cuestiones ontológicas, metafísicas, religiosas...

El mundo natural se compone, cual *El Global* que es, de globales típicos —río, montaña, árbol, caballo—; y no se compone de elementos, átomos, moléculas... Todo esto queda preterido, englobado en El Global. La simple realidad oculta —sin aniquilar—, la realidad de verdad; mas no por vía de ocultamiento planeado —por el que se trueque aparencial en apariencias o en puras apariencias—, sino por simple y neutral ocultamiento —y no creo haya otra manera de decir lo que ante nosotros simple, directa, llana e inmediatamente tenemos.

¿La realidad de verdad dará muestras de sí en tales aparenciales: en El Global, en Mundo natural? Podemos prever que tales muestras serán por modo de revelación, de rotura de la simple realidad por la realidad de verdad. Y al revés: que no hay paso directo, sin más —ni en pro ni en contra—, de Mundo natural a Mundo de la realidad de verdad, menos aún a Entes del Mundo real de Verdad, si a ellos no les *da por* revelarse, y transustanciar realidad simple en realidad de verdad, aparenciales en apariciones de Ellos (cf. Cap. VI, § 1, *B*).

En el sentido que vamos dando a estas palabras, cada uno vivimos en *globales* y somos, o estamos siendo yo, tú, él... en globales; somos aparenciales vivientes, aparenciales individuales, o vivientes aparenciales o individuos aparenciales, es decir: comenzamos por estar siendo aparenciales, simplemente reales, e inclusive nuestra realidad de verdad —yo transcendental, constitución matemático-física propia nuestra...—, serán, cuando más, realidades de verdad que se nos darán —si es que se nos dan en algo más que en intentos y proyectos—, por revelación, irrupción, sorpresa, siempre en forma de *apariciones* que *transustancien* el aparencial que somos —y que son todas las cosas en Mundo natural. *Naturalmente* somos y estamos siendo *aparenciales* de nosotros mismos. Somos cosas en estado natural.

Y si los globales típicos, bien reales, que son árbol, río, hombre..., son neutrales e invariantes frente a número de átomos, moléculas, células..., manteniéndose tales globales típicos dentro de márgenes más o menos amplios de variación real de tal número, se nos hará, como se nos hace, natural que los conceptos llamados universales se nos den —de hecho, naturalmente—, como globales, indiferentes ampliamente a elementos —expresa, definidamente contados y caracterizados. Así los llamados conceptos de

número, hombre, agua, astro, cantidad, cualidad... no son universales, sino *globales;* y a lo mejor, irremediablemente globales. Por ejemplo: número, como global aritmético típico, es neutral frente a la enumeración precisa de su extensión. ¿Cuántos números hay? —es pregunta equivalente a: ¿cuántos árboles componen ese global (eidos) que llamamos bosque? Dentro del global —real, mas no tal vez real de verdad—, *bosque,* caben más o menos árboles; mientras que dentro del Todo de todos y de cada uno de los tipos de números no cabe ni añadir ni quitar uno. Un todo admite, por constitutivo programa, enumeración exhaustiva y fija; un global ni la admite ni la pide. Por eso *número* es un global típico de la aritmética; y cuando en la teoría de los conjuntos transfinitos se coloca uno en plan matemático —metafísico o metanatural—, de enumerar los números o conjuntos de números, lo que se intenta, en el fondo, es transformar el *global* numérico en el *total* de los números. Y lo que entonces se demuestra se reduce —sea dicho aquí sin exageradas técnicas—, a probar que los *globales* —números enteros, números pares, números primos, números racionales, números algebraicos—, son biunívocamente coordinables: bosque de enteros con bosque de racionales... ; aunque, *en realidad de verdad,* nos parezca que hay más enteros que enteros primos, más racionales que enteros... Mas no basta que, en realidad de verdad, haya tantos enteros cuantos pares, etc. Pudiera ser, no obstante, que no quedara demostrado este punto, porque no se da algo así como números enteros, pares, reales... cual *realidad de verdad,* sino tan sólo como *aparenciales* (reales) aritméticos —cual globales, neutrales dentro de ciertos límites al número de números, cual bosque lo es a cierto número de árboles, río a cierto número de gotas, hombre a cierto número de células...

Fijar esos peculiares límites de tolerancia para cada global frente a la rigidez y exactitud de su (llamado o pretendido) Total (Todo), es cuestión a tratar más adelante. Aquí nos interesa la afirmación de que se dan tales *globales,* cual modo de estar siendo un *Todo* en mundo *natural.* Y es un *dato* el que con globales nos tratamos y entre ellos somos, y como globales somos y nos vivimos, pensamos y obramos —todos y cada uno de nosotros.

Presión, volumen, temperatura... carga electrónica de un cuerpo, corriente eléctrica, etc., son globales típicos de lo físico. Y las leyes que los rigen han recibido, en física misma, el nombre de *fenomenológicas.* Presión, volumen, temperatura... son reales, mas no reales de verdad; reales de verdad serían las moléculas, su número, vgr. 1 trillón por cm^3, o 10^{21} por átomo-gramo, o tantas por

mole... en las condiciones que especifica la física. Mas habérselas con tal número, con las propiedades individuales de velocidad, energía, dirección... de esos trillones, cuatrillones..., no es problema propio de la termodinámica fenomenológica —de los *globales* dados: presión sobre una pared, temperatura medible por termómetro corriente...—, sino de la *teoría* cinética —*meta*física realmente, pues sostiene que la realidad de verdad de eso que notamos y registra en *global* el termómetro o la piel es movimiento de *n* moléculas, cada una con su velocidad, su energía, su... La física estadística calculará ciertas medianas de tales multitudes, promediará lo real de verdad para tratar de explicar cómo lo simple, inmediatamente, directamente real, es decir: presión, temperatura, volumen..., son *globales* dados así: en globo, en bloque.

La física fenomenológica es *física natural;* la física atómica, molecular... es, en rigor de su plan, *meta*física, y, por ello, aspirante a realidad de verdad: a explicaciones verdaderamente reales. Por esto mismo puede estudiar cómo y con qué probabilidad un fenómeno del orden real de verdad —molecular, atómico...—, hace acto de presencia en lo aparencial, cuándo y cómo un fenómeno cuántico —real de verdad—, se revela en el dominio real, global, natural. Se trata de irrupciones, prestamente restañadas por la neutralidad del tipo de realidad simple —estado del mundo físico en que, por lo pronto, nos hallamos siendo todos, vivientes o no. El lector pensante hallará sin dificultad más casos.

Mundo natural es, pues, *un Global* (El Globo) integrado de globales (subglobales); y *global* es el apariencial típico correspondiente a Todo (El Todo, los todos o partes de un Todo).

En tal global, y sus subglobales, nos movemos, vivimos y somos todos, por modo natural de globales típicos y especiales: todos *reales,* mas no de realidad de verdad, mientras así nos movamos, vivamos y seamos.

El mundo natural en que nos hallamos, *ya antes de que...*, se caracteriza, pues, por un máximo de globalidad o predominio de lo global sobre El Todo, en todos los órdenes.

1.06) El mundo natural es un global realmente englobante, o realmente *connaturalizante* de otros tipos (estados) del mundo. Aparte de lo que acerca de mundo artificial se dijo —Cap. II, § 1, § 2—, y de lo que se explicará a continuación —Cap. V, §2—, basta con lo primero para dar sentido a lo siguiente:

Dato III. 36. "Aun antes de que nos pongamos a decidir en qué tipo de mundo nos vamos a mover, vivir y ser —mundo natural, artificial, artificioso—, *nos hallamos ya* siendo en un mundo, más

o menos lleno y amueblado de *entes artificiales* —casa, sillas, mesa, autos, calles, funcionarios, profesores...—; y de cosas en estado de *ser* artificial —como derecho y moral en forma de costumbres sociales, hábito individual...—, método axiomático, como instrumento de cierto tipo de pensamiento y de trato con ciertos entes matemáticos..."

Notemos: *a)* que los aparenciales del mundo natural poseen *semblante* propio —árbol, río, monte, sol, cuerpo humano, flor; contar con los dedos; aire, luz, piedra...—; *b)* empero esas mismas cosas pierden su semblante y aspectos peculiares al entrar en mundo artificial —mesa, silla, pared, lápiz, soldado, oficinista, mecánico, auto...— y adoptan *perfil;* perfiles típicos, encajados en globales típicos —salón, casa, ciudad, fábrica, iglesia, aula... *c)* Por los procedimientos de cada técnica se truecan unas cosas *en* otras —árbol en vigas, piedra en sillar, hombre en soldado...—, con real transformación, más o menos profunda y duradera. Mas en virtud de la operación *trocar por,* todas esas cosas, con semblante o perfil, poderes o funciones, adquieren *faz,* especial cara: la de la moneda, con dos caras que dan una faz, faz única con que uniforman todo: natural y artificial.

Lo que en este momento interesa recordar se reduce a la advertencia: el tipo de realidad aparencial se conserva invariable bajo semblante, perfil, faz. Al transformar una cosa natural en artefacto pierde su semblante, mas bajo el *perfil* queda el tipo de *aparencial:* lo natural como material de que y en que se realiza y aparece el perfil —de nevera, de auto, avión, lápiz, mecánico, oficinista... Bajo el dominio de la moneda, todo conserva su semblante y perfil. La faz o cara de *trocable por,* la de mercancía, es más sutil que el perfil o semblante de las cosas; así que *el tipo de realidad simple o aparencial se conserva tal cual tanto bajo perfil como bajo faz.*

Consistencia de lo aparencial frente a semblante, perfil y cara. Y tal es el punto que era preciso destacar ahora. En virtud de tal consistencia del tipo de realidad aparencial, todas las cosas del mundo artificial o artificioso se connaturalizan con el natural, y el mundo natural las reabsorbe y disuelve en su naturaleza, si no se toman precauciones especiales para mantenerlas en sus propios mundos.

Esta naturalidad con que encajan en jardín sillas, plantas, mesas y frutas, o una calle con árboles, con que el Sol sale sobre bosques y ciudades, agua corre en río o en cañería, aire en campo o en cine, hombre en cueros o vestido, la naturalidad con que a

los niños les parecen tan naturales aves como aviones, burros como autos, cines, plancha eléctrica, cuadernos..., y la facilidad con que a todos se nos olvida, sin tener que proponernos olvidarlo, lo artificial de tantas cosas y funciones como andan encajadas en lo natural, depone de la verdad: toda cosa —con semblante, perfil o cara—, queda nivelada según un cierto tipo de realidad simple e inmediata: la *aparencial*. O sea: *todo está siendo en estado de neutralidad óntica, ontológica, metafísica, causal...*

Tal estado es un *preliminar constante;* algo así como el estado *normal* de las cosas.

Para dar la última mano a este punto falta estudiar delicadamente los sentimentales y sentimentalidades con que estamos siendo en mundo natural y artificial —vgr. por habitar en, estar encajado en, estar alienado en... De todo ello se tratará más adelante. Cap. VI.

Así que: *la estabilidad, neutralidad y cerradura del mundo natural están dadas por su peculiar tipo de realidad: realidad simple o aparencial, con máximo de concreción, máximo de neutralidad, máximo de alusión y máximo de globalidad englobante.*

2) *Mundo artificial*

Prosigamos entendiendo por Mundo: Todo en que rige peculiar reparto-y-coajuste de las cosas entre los estados de ser y de ente, reparto-y-coajuste estabilizado, unitonal y concluso.

(Las explicaciones siguientes, a la vez que declaran Mundo artificial, pondrán de relieve, por contraste, otros caracteres del Mundo natural).

Mundo artificial presupone, como condición necesaria —aunque no suficiente—, el *invento de artefactos.* No consta, sin más, que una propiedad o función de una cosa pueda actuar sola, separada de su contexto natural. *Un artefacto* es, *primero,* la mostración concreta de que una propiedad o función, inserta en determinadas conexiones naturales, puede actuar separada de su natural contexto. Se trata, pues, de un abstracto real, abstracto o extraído de su concreto natural. Volar es una función de una cosa natural que son las aves, y volar está inserto en ellas dentro de un contexto viviente, la inmensa mayoría de cuyos componentes no son órganos de vuelo y para volar, sino condiciones, cuando más —frecuentemente estorbos a anular. Si, al volar, el ave pudiera reducirse a puras alas, reabsorbiendo para tal función todos los demás órganos que a ella directa, inmediata y totalmente no

sirven, ave que fuera *todo alas*, y, si al comer, reabsorbiera todos los demás órganos en favor de su estómago, el *Todo* estaría, en realidad de verdad, todo en cada una de sus partes; cada parte estaría siendo todo; todo y solo pensamiento, al pensar y para pensar, absoluta y perfectamente; todo y solo querer, para querer plenaria y libérrimamente; todo y solo ver, a fin de ver perfecta y adecuadamente; todo ojos; todo oídos; todo memoria..., con posibilidad de cambio, de todo a todo; de todo oídos a todo pensamiento; de todo pensamiento a todo oídos; a todo manos... Idea de viviente, no preso en órganos, sino creador de ellos. Dejemos, por lo pronto, todo esto en alusión, y sírvanos lo dicho para término de comparación.

Pues bien: *1)* artefacto es, *primero*, la realización comprobada de que una función o propiedad de una cosa —viviente o no—, puede actuar separada de su natural concreción. Así avión es artefacto de ave; avión está hecho de suyo, según su plan de montaje, para todo y solo volar, sin tener que ser viviente, con tantas y tantas cosas como esto implica; y auto es el artefacto correspondiente a caminar, montado de suyo para la sola y toda función de caminar —sin pies, piernas... patas de un viviente, que lo es para mil otras cosas que no son causas propias para caminar—; y sillón es el artefacto correspondiente a suelo, tronco, piedra en que nos sentamos, sólo que silla sirve, de suyo, para esa sola función: estar cómodamente sentados; y termómetro es el artefacto hecho pura y exactamente para notar temperatura —y no presión, altura, peso, velocidad—; y pila atómica es un artefacto montado para aprovechar toda y sola, y por tanto al máximo, la propiedad de desintegración de ciertos cuerpos, propiedad que, en su contexto natural, se desperdicia por su real y natural vinculación con otras mil propiedades y circunstancias disteleológicas; y abstracción formal es artefacto mental montado justa y precisamente para sacar de un cierto material y de cierta manera eidos o formas cuya relación con el contenido concreto quede reducida a sustitución, y la forma a estructura... *2)* Mas adviértase que *antes de que* se note que tales artefactos realmente marchan, o funcionan, es decir: que una propiedad o función natural es aislable, sin perder su eficiencia, del contexto o concreto natural, *no se puede preveer* si realmente funcionará o no. Se trata de un hallazgo, ocurrencia, casualidad, invento, más o menos notables y de mayor o menor alcance. La rueda fue un modesto invento —desde nuestro punto de vista, connaturalizado *ya* con ruedas, o de ruedas englobadas ya en mundo natural. El que viendo, por casualidad,

cómo se deslizaba un tronco, y cómo se atascaba una tabla, le acudió aprovechar justamente la forma del tronco, inventó algo; es decir, separó de su contexto natural una propiedad: tangencia y roce mínimos de lo circular perpendicular a un plano —sea dicho en lenguaje *inventado* por nosotros—, y notó con asombro —tipo de sentimentalidad peculiar ante inventos (cf. Cap. VI)—, que realmente la rueda era la eficacia misma y sola de rodar, purificada y encarnada.

Que un artefacto, en el sentido explicado, sea, en realidad de verdad, tal, no consta *antes de su existencia eficaz* —sino en ella y después de ella. Por tanto, que funcione es una novedad; y novedad es, por definición inmediata, lo que en su orden no tiene antecedentes, causas, condiciones propias; surge, pues, porque sí. Su realidad precede a su posibilidad. No es posible *antes de ser* real, sino al serlo, por serlo, y habiéndolo sido. Posibilidad retrospectiva. No es preciso advertir que, entre los artefactos, y sus peculiares grados de novedad • invento, caben ciertas dependencias. Hay inventos primarios, inventos primeros e inventos derivados; una vez inventada la rueda, las que ahora se fabrican ya no son inventos ni causan asombro; se incardinan, del modo que se dirá, a un mundo artificial, y terminan por connaturalizarse con el natural y ser tratadas, o estar siéndose (sentimentalmente) en ellas, como en casa propia y partes de la vivienda del hombre. (Cf. Caps. V, VI). ¿Es posible separar o abstraer, realmente —es decir: con eficacia—, todas y cada una de las propiedades o funciones de las cosas naturales —vivientes o no—, de su contexto o concreto natural, y hacerlas, inventivamente, incorporarse en un material elaborado de manera que el todo resultante actúe según una sola y toda propiedad y función —todo y solo alas, todo y solo ojos, todo y solo entendimiento, todo y solo voluntad, todo y solo detector de calor, todo y solo detector de peso...?

Se trata: *a)* de una posibilidad original, no natural, de tipo retrospectivo o creador —no es posible antes de ser real, o es *no posible* antes de ser real. Y, por eso mismo, no se puede demostrar que sea posible una novedad, un invento, una creación. Todo eso será, a lo más, cognoscible y posible *en* y *por* estar siendo real. Y que hay inventores, y creadores, tampoco puede ser demostrado; y no es posible hasta que, en realidad de verdad, sus obras muestren que lo son, cuya novedad tendrá que resaltar respecto de un mundo natural o fondo natural —estable, unitonal, concluso, con el carácter de neutralidad, ya explicado. Que, pues,

a alguien le parezcan naturales los inventos, natural que este mundo natural haya sido creado, natural que se pueda demostrar por lógica natural que ha sido creado, natural que se puedan hacer televisores, autos, pilas atómicas, termómetros, abstracción..., es el procedimiento más radicalmente eficaz para dejar demostrado lo contrario: que el mundo no ha sido creado, que el auto no es un invento, que el televisor no es novedad alguna...

b) Otra cosa es el plan o proyecto —una vez dados inventos y novedades del tipo dicho—, de desvincular toda propiedad y función de su contexto natural, y hacer de cada una un invento o artefacto —máquina voladora, aparato o instrumento para... Tal proyecto es, de suyo, *meta*físico: *trans*tornador y *trans*mutador de lo físico o natural. Y entendido en esta amplitud y desmesura, no consta que sea realizable o *posible* antes de haberlo realizado. Y antes de tal realización o de su fracaso real, tampoco se puede demostrar que es imposible. Luego la técnica moderna es, por el plan intrínseco que lleva, técnica *meta*física. Y, al revés, la metafísica *actual* no tiene sentido, real de verdad, sino como técnica: cual invento, o novedad de novedades.

Ser y ente en plan de novedad.

Quede este hilo suelto por ahora. Mundo artificial es, por lo pronto, un proyecto del que no consta ni siquiera que sea posible, y tampoco consta que sea posible la metafísica actual.

c) Tercero: los artefactos no tienen esencia, sino plan. Convengamos en aplicar la palabra *esencia* a un peculiar estado de una realidad, caracterizado porque, al hallarse en él tal realidad, *es ella* (y no otra) y es *de ella* (está hecha de elementos de su propio y solo orden) y es *para ella* (ni sirve ni puede servir para otros usos o funciones).

Con este criterio ninguna cosa del mundo natural —sea física, mental...—, está en estado esencial, o tiene esencia; posee *contextura* o naturaleza. Cada una es ella —identidad esencial: el agua es agua, y no tierra, sol...; el hombre es hombre, y no rosal, caballo, dos—; mas ninguna *es de ella,* de sí misma; están más bien hechas de mil clases y tipos de elementos, mejor o peor integrados, insertos, coajustados en un todo; y suele servir cada una para mil cosas —pluralidad simultánea de funciones de una cosa.

Es que mundo natural es el gran Concreto, y dentro de él una cosa puede ser microscosmos: Un Todito de todos. No prosigamos esta caracterización; queda, pues, confesada como incompleta; y volvamos a los artefactos.

Un artefacto tiene plan, es decir: es una cosa real que *es ella* (identidad mínima), y es *de otras;* mas tanto lo que es como aquello *de que* es están sometidos a la condición de que tal cosa total sea *para* una función fija. Un artefacto es algo *montado* —o lo que de lo natural pueda ser montado y admita montaje. Termómetro es termómetro (identidad), reloj es reloj (identidad); montados con cierto tipo de materiales y con cierta forma: hechos, pues, *de* elementos diversos y sacados a veces de los confines del mundo natural; empero tanto materiales —el *es de—,* como el simple *es,* lo que es cada artefacto —termómetro, reloj. . .—, está sometido al *para*: a una función o propiedad. Ella es la *extraída* y purificada de su contexto natural —delatar todo y solo peso, descubrir toda y sola temperatura, puro y solo volar, puro y solo pensar, en un mínimo de material, y de tanto y tal material que sirva a la función, mas no participe de ella: termómetro que, de suyo, no altere con su grado de calor el del cuerpo a medir; balanza que con su peso no cambia el peso a pesar; péndulo que con su peso no altere el de la tierra; juez que con su personalidad, parentesco, carácter... no altere la justicia, sea puro órgano y altavoz de ella... Según el plan propio de artefacto la función (el *para*) determina material y tipo.

Una vez más: que sean posibles artefactos y sobre todo que todas las cosas naturales: físicas o mentales, puedan ponerse en estado de artefacto, *desmontándolas* de su contexto y *montándolas* según plan, es un proyecto (*meta*físico), de cuya posibilidad (real) no puede constarnos antes de ser realizada. Se trata de una novedad, de una recreación del mundo natural. El plenario estudio de tales proyectos se reservaría, por tanto, para *Meta*física.

Todo artefacto es, pues, un concreto montado según *para;* y, por secuela, *es tal* y *es de tales* materiales.

d) Cuarto:

1) Tal *para* no tiene, de suyo, sentido de finalidad conscientemente prefijada, y menos antropomórficamente destinada. Ante todo, el carácter de novedad, creación, invento —propio de todo artefacto, si es creado o creación de algo o de alguien: desde lápiz o auto, hasta método fenomenológico o dialéctico, en lo que tienen de instrumentos, que no es poco sino casi todo—, elimina, sin más, el poder tomar tal novedad o invención como finalidad prefijada, y asignarle, declarada y veladamente, antes de que sea real, conveniencia alguna con intenciones, deseos, gustos o satisfacciones humanas. Un invento *resulta que* es bueno —o malo. Invento, creación, novedad son, si se tolera la expresión, catego-

rías metafísicas; manera original como el universo de las cosas se reparte entre ser y ente —reparto que, en lugar de dar un mundo natural sin novedad, o perdida ya por el tipo de neutralidad explicada—, dará otro tipo de mundo; a saber, el artificial, siendo artificial tanto un original modo del ser como de los entes, entre ellos del hombre mismo que iría resultando más que animal racional —ente natural—, inventor de nuevo cuerpo y de nueva alma para sí; y resultando tal *porque sí* —que *porque sí*, como diremos, es la razón suprema del orden del ser y de los entes, la suprema razón metafísica, archisuficiente para todo "trans", para toda *meta*física, realmente tal. Que el ponerse las cosas a ser por modo de artefactos pudiera dar un mundo tal en que el hombre natural desapareciera, es concebible, aunque no demostrable; ni lo puede demostrar el hombre natural, pues tal mostración tendría que hacérsela el hombre artificial que es la mostración concreta y palpable, y única posible, de tal posibilidad. El hombre artificial o productor de sí no es posible sino después de ser real, a costa del hombre natural. Todas estas consideraciones, pues, no pasan de *planes meta*físicos —y tal vez no vayan más allá de sospechas o simples atisbos; de estas modestas y precarias categorías *meta*físicas se hablará en su lugar.

2) Sustituyamos, en adelante, la partícula *para* por la de *según*. En un mundo artificial, o para ser más realistas en un mundillo artificial —fábrica, laboratorio...; o en mundillos, mixtos de natural y artificial, cual casa, ciudad, oficina...—, cada artefacto, en la medida en que lo sea, está montado *según* una función o propiedad, desvinculada al máximo de su sujeto natural que es siempre algo en máximo de concreción. Según toda y sola tal función o propiedad, pues todo artefacto está montado *según* el plan de máxima finura en su orden —termómetro que registre toda y sola temperatura, si fuera posible trillonésimas de grado; balanza que descubra todo y solo peso, más allá de millonésimas de gramo...; máximo de duración, duración fija garantizada y montada para funcionar n veces (n fijo); probablemente n' veces (n' fijo según margen garantizado de dispersión o tolerancia), máximo rendimiento... Y recordando la función, en principio *meta*física, de *trocar en*, caben aparatos —se han inventado—, según el plan (inventado) de transmutar toda y sola materia en energía, o lo más posible de materia en lo más posible de energía. Por esto toda máquina es, en principio, un artefacto montado según el plan de reducir al mínimo la entropía, es decir: sencillamente sacar el máximo partido o rendimiento de un proceso na-

tural que, por natural, se caracteriza por la tendencia a neutralidad: a "tanto monta, monta tanto A como B" —sean A y B lo que se quiera.

El aumento del número y perfección de las máquinas es, por tanto, un fenómeno *meta*físico, de alcance incalculable, no por ignorancia nuestra, sino por el carácter de novedad, creación, invención indisolubles de cada paso de tal tipo de proceso.

Hay también máquinas o aparatos mentales: geométricos, aritméticos, morales, religiosos...; todos y cada uno de ellos funciona *según* un cierto plan, siempre el mismo: aislar realmente una propiedad (o función) natural —abstraer, generalizar, deducir... costumbre...— para que estando toda y sola en un material apropiado y montado según esa toda y sola función o propiedad, resalten éstas en *toda* su eficacia y *sólo* en ella.

Más adelante traeremos unos casos ejemplares e instructivos de mundos (o mundillos) artificiales, tratados con detención y cuidado parecidos a los tomados en los casos de submundos naturales.

Lo sorprendente, admirable y asombroso (cf. Cap. VI, § 1) según los casos, reside en que lo natural se haya dejado descuartizar de esa manera, y que sea real una propiedad o función puesta a solas de su natural contexto o concreto, y a actuar toda y sola en material recreado según tal plan.

Se trata de un *dato, don real,* tan inmerecible e incalculable como todo auténtico don. (Añadamos al proverbial y creciente catálogo de categorías *meta*físicas las de *don,* regalo, gracia; sin perder de vista que don, regalo, gracia son *porque sí;* que su razón es no tenerla *a priori,* sino *a posteriori;* su ser, en no tener que ser; su realidad, en no tener causas; su presencia, en no obligar a nada, o no degenerar en sustancia...)

3) Un mundo artificial está montado *aditivamente,* o como *total,* no como Todo; y, tomando las palabras en rigor, está montado con *piezas,* no con *partes.*

Cada artefacto consta de un conjunto mayor o menor de piezas, cada una, de suyo, con su propia función; y cuanto mejor esté montado tanto más cada pieza ejecutará una sola función y toda ella: eje, rueda, motor, polea... punta de lápiz, goma de borrar; coordenadas cartesianas, para figuras planas y en plano; códigos especiales y sus funcionarios ejecutivos; iglesia-jerarquía, dogmas, ritos... Todo son artefactos: lo cual no es ni calificación ni descalificación alguna, sino simple comprobación de una manera de estar montados y de su especial funcionamiento, en principio más eficaz, unilateralmente más eficaz que todo eso en mun-

do natural, y de eficacia purificada y reducida y atenida sólo a ella misma, de modo que se note qué es lo que da de sí —sola y a solas, toda y sola.

Vgr. bienes, virtudes..., son entes morales, en estado natural; mientras que valores, su jerarquía, son artefactos morales, o moral en estado artificial, tan aceptable, en principio, como avión frente a ave, pila atómica junto a uranio en mina, luz eléctrica junto a luz del sol... Geometría euclídea en forma axiomática es geometría artificial, correspondiente a la geometría natural de Euclides.

Toda ciencia en estado axiomático es un artefacto mental, mas no por eso menos real y eficiente que ella misma en estado natural.

De ahí, entre otros puntos, que, al poner una ciencia en estado axiomático, resalte la independencia de sus axiomas, y se note que son hacederos muchos otros artefactos científicos del mismo estilo —muchas geometrías, muchas álgebras, muchas lógicas...

Cada axioma es, en realidad, una *pieza;* y su conjunto da un artefacto tan similar a una máquina física que a ella pueden encomendarse, sin más, casi todas las operaciones de una ciencia, tan pronto haya sido axiomatizada. *Independencia de axiomas* es una de las formas de *aditividad.* Ningún axioma se sigue de otro u otros. Se unen por *y;* y se los puede ya contar, con 1, 2, 3, 4... es decir: con números artificiales —no con naturales—, para los cuales vale ejemplarmente la aditividad

$$a + b = c, \; a + (b + c) = (a + b) + c$$

El montaje es el equivalente *artificial* de una cosa, hecha según plan (artificial); y plan fija la *estructura,* es decir: el entramado de relaciones a rellenar por material encajable en relación. Y materia natural habrá que, al ser tratada cual material, encaje en estructura o relaciones como $a + b = c$, $a + (b + c) = (a + b) + c$ etc.; y otras materias naturales habrá que, para servir de piezas de una máquina, de su sistema de movimientos engranados, tengan que ser reelaboradas y muestren su aditividad no en propiedad asociativa, conmutativa..., sino en una colocación inflexible, una sola subfunción, dentro de un total, que no está todo en cada una de las partes u órganos —cual en las partes del mundo natural o del microcosmos de un viviente, si es que lo es íntegramente, y no tiene ya algo de montado, previo a la vida o sólo concomitante con ella.

Y haciendo una vez más violencia al lenguaje diremos que un Todo, que sea auténticamente tal, está todo en el Todo y todo él en cada una de las partes; mientras que un Total está todo en el todo, mas no está todo en cada una de sus piezas. Un viviente es, por ahora, el caso más claro y ejemplar de auténtico Todo; y vivir (naturalmente) es vivir cada viviente como todo, de manera que viva el Todo y que cada parte viva con la vida del Todo. La vida está toda en el todo, y toda en cada una de sus partes u órganos (Holismo). Mientras que un artefacto presenta, al menos por ahora, la peculiaridad —no menos clara y ejemplarmente contraria al caso anterior—, de un Todo que está tan sólo en el todo, mas no en cada una de sus partes o piezas. De ahí también que a medida y proporción en que en un viviente una parte degenere en pieza, actuando ella sola y según una sola función, especializándose tanto en ella que sea toda y sólo para ella, tal parte funcione mecánicamente, artificialmente, y el viviente tienda a artefacto, a máquina, es decir: a morirse. Igual sucede cuando una sociedad —Todo viviente especial, que mientras esté viviente está toda en el todo y toda en cada una de sus partes—, se torna en pieza, con funcionamiento todo y sólo para una peculiar operación, obra, por cierto, con la seguridad de una máquina, con su calculabilidad en principio rigurosa, y jamás tal sociedad —civil o religiosa—, habrá mostrado más pujanza y eficiencia que al trabajar cada parte como pieza —a tiempo completo, por profesión que es el estado de *pieza* de una parte social viviente; el Todo, tal sociedad, se trocará en Total, en artefacto más semejante a reloj, a empresa, que a vid y águila.

Una vez más planteemos la pregunta: el universo de las cosas ¿no estará cambiando la forma de manifestarse en mundo, de estar siendo las cosas con el peculiar reparto entre ser y entes, característico de mundo natural, al reparto propio de mundo artificial?

Se trata, pues, de una cuestión *meta*física —no de un enjuiciamiento valoral.

Y no parece estar sujeto a grandes dudas el que, de hecho, progrese en todos los órdenes la transformación de entes naturales en entes artificiales: de vivientes a artefactos, de comunidades e iglesias a sociedades y estados, de lengua viviente a diccionarios y gramáticas, de concepción del mundo a sistema de mundo, de conceptos inteligentes a dogmas y consignas; de convencimiento por evidencia a vencimiento por propaganda; de filosofía a filosofemas. . .

Lo mismo que, respecto de los entes naturales, hemos de pre-

guntamos: *1)* ¿Hay no tan sólo contradicción lógica en la identificación entre Todo y sus partes, entre conjunto de *n* elementos y los *n* elementos de tal conjunto, entre Todo como conjunto de sus partes y partes de tal Todo, sino, además y sobre todo, surgimiento y constitución real de Todo en cuanto Todo, como algo nuevo respecto del conjunto de sus partes —Todo al que corresponda estar en el todo y en cada una de sus partes, de manera que, por complemento, cada parte esté en el Todo y en todo? *2)* Parecidamente: ¿hasta qué punto hay que admitir que un Total está todo en el todo y todo en cada una de sus piezas; que se deba distinguir, por realmente distintos, artefacto y sus piezas —conjunto de *n* piezas, y *n* piezas de tal conjunto—? Adelantemos la sospecha, a convertir gradualmente en patente afirmación: que un Total está todo en el todo, mas no todo en sus diversas piezas. Y que en esto se centra justa y puntualmente la diferencia radical entre ente natural y ente artificial. Lo cual no debe extrañarnos desmesuradamente: la autorregulación de un viviente es otra manera de decir lo mismo, y de ser eso mismo: Todo en el todo y en cada una de sus partes, juntamente con cada parte en el todo y cada parte en cada una de las demás. La dificultad está, no en serlo, sino en saberlo decir, en dejarnos llevar —pensamiento y lengua—, por lo que la cosa es —cual locuentes e inteligentes altavoces.

En los transfinitos hallamos un caso intermedio entre ente natural, vgr. un viviente, y ente artificial —auto, silla, televisor, sociedad anónima, Estado...

El conjunto (Todo) de los números naturales, 1, 2, 3... n, $n + 1$... no solamente es diferente de sus n elementos —so pena de paradojas bien conocidas—, sino que está todo él en ciertas partes (subconjuntos) suyos, vgr. 2, 4, 6, 8... $2n$, $2(n + 1)$...; 1, 3, 5, 7... $2n + 1$... para no nombrar más; y este hallarse tal Todo en ciertos subconjuntos suyos se establece por una simple función de coordinación (biunívoca) $n' = 2n + 1$, $n'' = 2n$ etc.; a su vez cada una de esas partes está en cada una de las otras, pues son biunívocamente coordinables, por una función, los conjuntos 2, 4, 6, 8... y 1, 3, 5, 7... Lo que en este aspecto le falta al conjunto de los números naturales para dar un viviente (aritmético) es que tal Todo esté realmente en el todo, pues la coordinación biunívoca consigo mismo hace que tal estar Todo en el todo no pase de simple e inmediata identidad, sin originalidad alguna; el Todo no está en el todo, *es* el todo; y tal inmediación

$$1, 2, 3, 4, 5, \quad n, n+1$$
$$1, 2, 3, 4, 5, \ldots n, n+1 \ldots$$

hace imposible interioridad, conciencia, reflexión, yo.

Respecto de un conjunto finito —como el de los números, 1, 2, 3, 4—, hay que distinguir so pena de contradicción, entre conjunto de n elementos —aquí cuatro—, y los n elementos de tal conjunto; y además hacer notar que el Todo o conjunto de n elementos no está en ningún subconjunto suyo; no es biunívocamente coordinable, con originalidad, con ninguna parte suya.

Y aquí nos hallamos ante el homólogo matemático del artefacto: Todo artefacto, o ente en estado artificial, se distingue —lógicamente al menos, y con realidad lógica—, del conjunto de sus piezas, de sus n piezas; mas no está todo en el todo ni todo en cada una de sus piezas; es un todo *finito,* tan finito o definido que posee perfil.

Respecto de un Todo para el que tenga sentido real eso de estar en el Todo, hay que distinguir entre Todo en estado aparencial (real) y Todo (ese mismo) en estado real-de-verdad; tal Todo está siendo, él mismo, en dos estados: real y real-de-verdad, dos estados realmente distintos de la misma realidad.

Desarrollemos este punto hasta los límites adecuados a *Preliminares.* Caben los siguientes tipos: *a)* Todo que está siendo en dos estados: Todo, en estado *real;* Todo en estado *real-de-verdad.* O todo aparencial y Todo real de verdad, dos estados del mismo Todo... *b)* Un Todo se integra, como es claro, de n elementos —células, átomos, números...—, de sus n elementos, haciéndolos suyos a su manera —como órganos, moléculas, engranajes, piezas de silla, de avión...—; así que un Todo está siendo (o hecho) *de* n elementos, mas cabe el que esté siendo (hecho) *de* ellos de manera que ciertos subconjuntos de los n elementos sean tan del Todo que el Todo los sea totalmente, por modo de sí; en tal caso el Todo está en tal subconjunto totalmente, y de tales n elementos está hecho el Todo de especial manera que puede llegar a tal extremo que el Todo deje de ser real si tales partes se desintegran, si el Todo no puede serlas totalmente. Por contraposición con otro tipo de Todo en que el Todo está en el todo, o conjunto de sus n elementos, mas, por su condición peculiar, el Todo no tiene, para ser realmente tal, que estar totalmente en algún subconjunto de sus n elementos, que siempre serán, de alguna manera y en algún grado, suyos: está hecho (o siendo) de ellos.

c) Si nos hallamos ante un Todo, tan totalizador que haya

reorganizado sus *n* elementos en subconjuntos en que esté siendo él totalmente, es posible que entre tales subconjuntos —llamémoslos ya *partes*—, quepa una unión directa, por ser cada *parte* a su manera el Todo, el mismo Todo; cada parte estará toda en sí y toda en las otras partes; en cada caso por original manera y grado que puede ir desde coordinación biunívoca, por función especial, hasta relación funcional. O bien podremos encontrarnos ante Todos que están siendo en sus partes (sobra, de suyo, añadir totalmente), mas sus partes —a pesar de ser o estar siendo totalmente—, no tienen entre sí relación directa alguna.

Aprovechemos estas distinciones para el caso presente:

a') El tipo de viviente se caracteriza, desde este punto de vista, *a' 1)* por la posesión simultánea de los dos estados de Todo: real y real-de-verdad, o aparencial (real) y real de verdad, C_a *(n)* y C_r *(n)*.

a' 2) Además, por tener al menos algunas *partes*, es decir: porque el Todo se halla totalmente en algunos subconjuntos del conjunto total de sus *n* elementos, o por haberse hecho para sí órganos. Órganos o partes son, pues —en la acepción que damos a estas palabras—, subconjuntos de los *n* elementos, propios de un Todo, y en que el Todo se halla totalmente.

a' 3) Además, por estar todas, o algunas de sus partes, u órganos, cada uno o cada una en las demás partes, *1), 2), 3)* precisan por lo pronto el concepto de *autorregulación*.

b') Lo típicamente matemático se caracteriza, desde el punto de enfoque actual: *b' 1)* porque el Todo se halla solamente en un estado: el de real-de-verdad, o sea: no hay aparenciales matemáticos en su orden propio. O lo que es lo mismo: lo matemático —circunferencia, elipse, serie hipergeométrica, transfinitos. . .—, da la impresión de ser él y de él, serlo de sí (estado abstracto, cual propio, cf. Parte II, cap. I, § 2). Son reales de verdad con inmediación, sin la escisión del viviente —conciencia, intimidad. . .—, Identidad simple e inmediata.

b' 2) Exigiría estudio peculiar determinar por qué algunos objetos matemáticos, además de ser lo que son en realidad de verdad —elipse, π, e, $\sqrt{2}$, $\sqrt{-1}$, o sea Todos, están o son totalmente en algunos de sus elementos, moldeados en bloques típicos, vgr. sucesión natural; 1, 2, 3, 4, 5 o en 2, 4, 6, 8. . ., o en 1, 3, 5, 7. . . Es decir, con más usuales palabras: si hay Todos infinitos, definiendo infinidad matemática por coordinación biunívoca entre Todo y partes (algunas al menos). Lo verdaderamente matemático no es, al parecer, el conjunto de enteros entre 1 y cinco —1, 2, 3, 4, 5—,

que esto es un recorte arbitrario, sino una sucesión infinita, definida por una ley o función —vgr. 1, 2, 3, 4... n, $n + 1$...; 2, 4, 6, 8..., $2n$, $2(n + 1)$...; y no es lo verdaderamente geométrico el trozo de recta entre dos puntos —segmento—, sino la recta infinita, el plano infinito, o un espacio geométrico finito, mas no limitado... Dentro de estos Todos se da una coordinación biunívoca entre Todo y algunos de sus subconjuntos o partes; el Todo está totalmente en ellas.

b' 3) Se da además coordinación biunívoca entre dichas partes en que está el Todo totalmente. No pasa de ser, en la fase actual de explicación, una convención —aceptable, creemos—, definir lo verdaderamente matemático o lo típicamente matemático por el conjunto de las tres condiciones dichas. Aquí nos interesa hacer resaltar definidamente por qué lo matemático, aun lo típicamente matemático, se diferencia de un viviente y en qué conviene con él, puesto que la coincidencia total en las condiciones *2)*, *3)*, y la parcial en *1)*, nos da la medida de la posible fecundidad de un tratamiento matemático de lo viviente.

c') Lo simplemente físico —aceptemos que lo sean íntegra o predominantemente protón, electrón, moléculas, sol, agua...—, se caracteriza, desde el punto de enfoque actual: *c' 1)* por ser Todo en el doble sentido: aparencial (real) y real-de-verdad; y esto no tan sólo por la necesidad de tener que distinguir entre todo de n elementos y n elementos de tal todo —$C(n)$ y $n(C)$—, sino por razones que se irán exponiendo, de las cuales la más clara, en la fase actual de la explicación, se halla en que cualquier todo físico —un átomo, una molécula, una nube de electrones, de fotones, un cristal...—, además de su propio tipo de Todo, está siendo en ese Todo supremo y único que llamamos Mundo, a tono con él —tono de neutralidad óntica, ontológica, lógica... Cf. aquí § 2.

Tal condición escinde tal Todo especial en dos estados totales; y por causa de esta contextura no nos extrañará que lo físico se emparente con lo viviente dentro del mismo mundo: el natural; que el color (real de verdad) sea visible (real), y, en el fondo y en cierto grado, vidente; que el color (real de verdad) sea visible (real) para una vista inteligente, y, por tanto, que el color (real) sea, en cierto grado, inteligible (e inteligente), etc. En cuanto peculiares Todos en el Todo están en el mismo tono real (aparencial) y real-de-verdad.

c' 2) Lo simplemente físico no posee *partes,* sino elementos —cuántos, depende de que sea agua, helio, uranio...—; tomamos

aquí, como es claro, la palabra *parte* en el sentido de subconjunto de elementos en que esté *totalmente* el Todo; que los elementos de tal subconjunto sean biunívocamente coordinables, según peculiar función, con el Todo, si nos hallamos ante una cosa matemática o matematizada, cual creemos lo puede estar, en notable grado, lo físico.

c' 3) Lo simplemente físico, por no estar organizado en partes, o haberse quedado en integración por elementos, no tiene la propiedad de que una parte esté totalmente en otra, y al revés. La falta de las condiciones *2)*, *3)*, aproxima reveladoramente lo simplemente físico a lo finito matemáticamente, y dan una primera y verosímil razón de por qué sólo lo finito matemático es aplicable a lo simplemente físico; no resultando, por paradójico que parezca, la aplicación a lo físico de lo infinito o infinitesimal sino métodos de aproximación —por carta de más.

d') Y llegamos a lo artificial. Lo típicamente artificial —nevera, avión, televisor, lápiz...—, se caracteriza: *d' 1)* porque, admitiendo cual básica la necesidad de distinguir entre conjunto de *n* elementos, *C(n)*, y *n* elementos de tal conjunto, *n(C)*, el Todo se halla en un solo estado: el de simplemente real o aparencial, y no se da un Todo artificial en estado de Todo real-de-verdad. Por este capítulo, lo artificial se separa tajantemente de lo viviente y de lo físico, de lo natural y de lo matemático —tomados físico, viviente y matemático en sus típicas constituciones.

d' 2) No hay partes en lo artificial, sino piezas;

d' 3) No hay coordinación biunívoca, o conexión total, entre pieza y pieza. De donde se colegirá que si *universo* de las cosas, —se irá viendo cada vez más la necesidad de emplear esta frase—, está imponiendo otra clase de mundo, es decir: alterando el reparto de las cosas entre los estados de ser y de ente, con nuevo tono, vgr. deshaciendo el mundo natural para montarlo artificialmente, el mundo resultante será diverso del viviente (natural), del físico (natural), del matemático típico.

Se impone, pues, la faena de sismógrafo ideológico: ir registrando cuidadosamente ciertas fallas del mundo natural; interpretarlas, si es preciso, como síntomas inequívocos de un acaecimiento, metafísico por excelencia: el *cambio de tipo de Mundo*, con los consecuentes reajustes ontológicos entre ser y entes.

Ahora habrá adquirido ya más definido sentido la propiedad de *aditividad* de un objeto artificial —y por tanto de un posible Mundo artificial; puesto que los *n* elementos de un objeto artificial no se hallan integrados por piezas, los *n* elementos conser-

van dentro del Todo su numerosidad y numerabilidad. Un artefacto determinado se monta con 2, 3, 4..., piezas, ni más ni menos; tales o cuales. Por ser desmontable, cada pieza lo es de por sí, y se lo puede volver a montar con ellas. Así monto el 5 con 1 + 1 + 1 + 1 + 1 o con (1 + 1 + 1) + (1 + 1) = 3 + 2, o lo desmonto en unidades o en grupos más grandes, y no pasa nada a 5. Aditividad significa, pues: presencia inmediata de la pluralidad homogénea, *n(c)*.

La gravedad de lo dicho se acrecería considerable o peligrosamente si el hombre, por algún método —suyo o impuesto por las cosas—, intentara recrear todo lo natural en plan artificial. Como se trata, en el fondo, de un invento —y lo fuera el plan mismo—, no consta que Mundo artificial sea posible o imposible hasta haberlo o no realizado; y aun en tal caso *imposible* sólo podría significar: "aquello para lo que no hay, por lo pronto, poder; lo impotente para...".

Es claro que tal proyecto —no sólo esbozado vagamente en vagas palabras, sino planificado cual un aparato físico para un experimento concreto—, entra en la Metafísica *actual.*

d) Aparenciales típicos de Mundo artificial.

1) Cada artefacto —y, por tanto, un mundillo artificial, cual oficina, casa, escritorio, aula...—, posee *perfil,* es decir: dimensiones y forma bien determinadas, afinadas y afiladas, de modo que finura y filo son condiciones de su funcionamiento. Un artefacto está montado sobre finitud expresa, y su funcionamiento requiere exactitud, justeza de coajustes; por contraste con un ente natural o cosa en estado natural, que posee *semblante* propio —que es estructura de orden flexible métricamente, más bien que configuración rígida, aritmética y geométricamente. Basta echar una mirada a reloj, avión, silla, plato, oficina, fábrica, para que resalte el perfil de tales objetos frente al semblante de hombre, árbol, río, bosque, gato, montaña... *2)* El mundo natural, en cuanto mundo o Todo, tiene semblante propio: *espectáculo,* escenario, teatro, o cosmos; semblante tranquilo, en conjunto, como expresión aparencial (real) de la neutralidad temporal y causal, y de la estabilidad del estado natural, anteriormente descrita. Mundo artificial ostentaría, por el contrario, como aspecto total propio, el de *fábrica.* Por ahora, como se dirá inmediatamente, Mundo artificial no existe, cuando más, sino cual proyecto; y como realidad, dentro de un pequeño e insignificante rincón del universo, rincón inflado por la megalomanía (soberbia) metafísica del hombre que en él se halla viviendo, moviéndose y siendo,

aun antes de que caiga en cuenta de la problematicidad de su estancia. *3)* En un artefacto cada pieza está montada definidamente o para *reposo* o para *velocidad;* lo natural se halla o en *quietud* o en *movimiento.* Y la distinción no es verbal, aunque en palabras esté aquí dicha. El reposo peculiar de un artefacto —o de una cosa artificialmente usada al menos—, es reposo en un lugar definido por coordenadas —en un sistema de referencias fijado y expreso—; a tal altura sobre el nivel del mar, a tales longitud y latitud geográficas, a tal distancia respecto del Sol; y en lo artificial movido lo que interesa, y para lo que se lo monta, es para velocidad, aceleración —rotación, deslizamiento, oscilación... —, medibles y regulables, por toda clase de medidores, según espacio (medido) y tiempo (medido). Inercia, fuerza, aceleración, velocidad, reposo... son componentes del mundo artificialmente montado —y por lo pronto, para no complicar la explicación—, nociones artificiales de una física artificial —clásica o moderna. Reposo es, pues, quietud artificial, artificialmente conseguida y mantenida; y una cosa en reposo está montada para estar así; y velocidad es movimiento artificial, artificialmente impuesto; y una cosa con velocidad está justamente montada para eso y según eso. De ahí la cantidad y finura, y perfil propio, de tantos y tantos medidores como abundan en nuestros aparatos: auto, televisores, cocinas, tarjeteros de asistencia de empleados —hombres en función artificial—, horarios de trenes y aviones, curvas de rendimiento, de lectores de una biblioteca, libros de asistencia... Movimientos de abejas en panal, frente a velocidades de trabajo prescritas para obreros en fábrica; reposo de una rueda en rápida rotación, frente a quietud de la tierra, reposo de alumnos en clase frente a quietud de árboles en bosque... Una vez más discúlpese la violencia que es preciso hacer a la significación corriente, y un poco confusa, de ciertas palabras.

Un mundo artificial está *instalado* en estática y dinámica; un mundo natural es simplemente tranquilo: tranquilo en su quietud, tranquilo en sus movimientos, puesto en paz, de ordinario; qué fenómenos subterráneos, subfísicos, o metafísicos irrumpan en él, será punto a tratar más adelante (Cap. VI, Parte II). *4)* Los artefactos están montados para hacer resaltar tiempo, causalidad, teleología...; y, por tanto, Mundo artificial hace resaltar orden temporal, cadenas causales, teleológicas... Una casa no se sostiene como un monte; está montada según estática, para durar cierto tiempo, y planificada contra erosión, derrumbe, fallas naturales internas, goteras, deslizamiento de tierras... Su duración no es

algo neutral; está positivamente delimitada. En un vulgar auto no sólo todas las piezas están montadas para durar un tiempo determinado, sino la causalidad se halla montada en cadena; chispa-explosión-empuje-trasmisión... etc.; cada fase coajustada según simultaneidad o sucesión, dentro de márgenes bien detallados.

Distingamos, dentro siempre de lo conveniente a prolegómenos, los siguientes tipos de causas y cadenas causales —problemas básicos, como puede preverse, para plantear cuidadosamente ciertos problemas, tradicionalmente adscritos a la Metafísica—: *a) causa eficiente,* a saber: causa —nos basta por ahora con el concepto previo, corriente y vago—, de un cambio energético, *según orden temporal fijo* y *según coeficiente* de equivalencia real, fijos, dentro de la conservación total de realidad. Vgr. entre calor a determinada temperatura, dilatación por el calor, presión sobre émbolos, movimiento mecánico del émbolo: o sea, entre energía calorífica (causa) y energía mecánica (efecto), dentro y según el plan de una máquina de vapor, se operan cambios de estado energético (de energía en estado calorífico a energía en estado mecánico), según un orden temporal fijo, en vgr. ciclo de entrada del vapor en émbolos, empuje mecánico, expulsión de vapor energéticamente inservible, nueva entrada de vapor...; el ritmo de eficiencia define el tipo de máquina; todo ello se verifica según coeficientes bien determinados de equivalencia —entre energía calorífica y mecánica, el 427 (equivalente mecánico del calor, en unidades determinadas); y, por fin, todo ello dentro y según el principio de conservación de la realidad total (aquí conservación de la energía, dentro de un sistema cerrado). Nada de novedad en ser; simplemente orden planificado temporal y cuantitativamente entre transformaciones (o estados) de la misma realidad total.

El aspecto de *planificado* constituye el perfil particular de lo artificialmente montado; y, en conjunto, el aspecto típico de mundo artificial —casa, cocina, ciudad, auto... Pero este punto del aspecto típico de mundo artificial: el de planificado, irá resaltando por sus pasos. Aquí se intentaba nada más hacer notar el plan peculiar de ciertos instrumentos montados según cadena de *causa eficiente,* frente a la neutralidad temporal y causal, propia de lo natural —cosa o mundo. Cadenas de *causalidad eficiente. b)* Otras cosas artificiales se hallan montadas según dinámica de *causa eficaz.* Media vuelta a cierta llave, y salta una chispa eléctrica —*punto de arranque* de la explosión del motor del auto—; media vuelta a la llave de un conmutador (movimiento mecáni-

co), y fluye la electricidad por un alambre, produciendo calor, luz... Claramente tal tipo de causa *eficaz* posee, como característica, no el cambiar una forma de energía en otra —la energía mecánica de dar media vuelta o una vuelta a cierta llave en un auto, en casa... no es causa eficiente (según *a)* de los cambios siguientes, sino causa eficaz del surgimiento o entrada en acción de una verdadera causa eficiente (con los tres caracteres dichos). Mas semejante conexión: hacer *A* que *B* entre en la acción *C* está (y ha podido ser planificado) según *orden cósico* (tal movimiento mecánico coincide con la entrada en acción de tal causa); según *tiempo* —la causa eficiente *B* entra en acción al cabo de *n* segundos o dentro de tal margen de tiempo según el tipo de aparato, etc.; y según un *módulo* mínimo de realidad. Me explico: para poner en acción o a funcionar el motor de explosión de los autos primitivos era menester la gran energía mecánica del manubrio; ahora basta con la pequeña media vuelta a una llave; oprimir un botón... Y se pudiera llegar a poner en marcha la cadena de causas eficientes de un auto, para atenerme al mismo ejemplo, pronunciando una palabra convenida: *Sésamo, ábrete,* marcha. Es decir, cuando una causa es, en rigor de la palabra, sólo *eficaz,* no rige la condición de coeficiente fijo y finito de cambios en la causa y cambios en el efecto. La realidad del cambio de la causa tiende a cero o a un mínimo —puntos a discutir más adelante—; por eso una causa *eficaz* puede desatar o poner en marcha fenómenos de descomunal desproporción entitativa —explosiones. Notemos, de paso, que la idea-transfondo de la producción por la palabra: *Hágase la luz; Sésamo, ábrete...* apunta al tipo de causa eficaz; y no a la eficiente. La causa eficaz no queda cual eslabón de la cadena de causas eficientes; transciende tal tipo de causas. El hombre mismo —cómodamente sentado, sin esfuerzo—, se siente transcendente respecto de la cadena de causalidades eficientes que una acción suya —imperceptible, desmesurablemente pequeña—, dasata en un artefacto. La ley de conservación de la realidad total habrá de ser, en su lugar y tiempo, delicadamente discutida respecto de las relaciones causales entre causa eficaz y cadenas de causas eficientes. Por lo pronto la causa eficaz no forma *cadena* con las eficientes, aunque sí *contexto;* y, de suyo, no hay cadenas de causas eficaces. Cada causa eficaz presenta un cierto matiz y grado de *primer motor* —inmóvil.

En el mundo artificial (moderno) la conexión causal entre el hombre y los aparatos se verifica según el plan y designio de que el hombre intervenga como causa simplemente eficaz. Por tanto,

según proyecto de *primer motor,* en plan y designios claramente transcendentes, es decir: de una transcendencia planificada por el hombre y para el hombre. Hasta qué límite se pueda alcanzar, sería tema de Metafísica *actual;* pues es, en el fondo, problema y proyecto *meta*físico, no acometible anteriormente; comprendible, con sentido y con perspectiva de éxito, en nuestra época justamente. Se trata, pues, de una de las maneras de dominio real del hombre sobre los entes (causalidad); de elevarse, algo más que de palabra, blasfema o no, al grado de *primer motor* del universo.

Advirtamos, pues: el aspecto que el hombre toma —cada vez más—, dentro de un mundo montado artificialmente es el de *primer motor.* O en otra frase cuya justeza crecerá a medida que avance la explicación: dentro de un mundo artificial el hombre da —por sí mismo, según planes y designios suyos—, muestras de ser realmente transcendente, y no sólo transcendental; es decir: muestra realmente que es ente *meta*físico, productor de *metafísica.* *1)* Están ya, pues, montadas ciertas cosas del mundo artificial según plan *meta*físico, y funcionando ya en él; empero elevar tal plan a designio, es decir, a intento consciente de llegar al límite, apuntado por ahora nada más en ciertas cosas, es cuestión de metafísica *actual.* *2)* Por tanto, dentro del mundo artificial se está, realmente, con realidad de verdad, operando una transcendencia real-de-verdad del hombre frente a las cosas de tal mundo; transcendencia sin sentido dentro del mundo natural.

c) Causa rectora: El volante de un auto está montado de manera (según plan) que, con un mínimo de energía, imponga una dirección determinada a la masa total y a la cantidad de movimiento total del vehículo. Dentro de lo preliminar anotemos las peculiaridades de vector y causa vectorial (rectora o *cibernética*). *1)* Un vector —cual la dirección que lleva la velocidad de un móvil—, no es, de suyo, ente físico. La dirección hacia la derecha que lleva mi pluma en estos momentos, la zigzagueante línea que, dentro de esa dirección total, va describiendo en cada letra... no pesa, no calienta, no se compone de átomos o moléculas, no atrae, no repele nada, no tiene masa... Por contraposición con un escalar, cual masa, energía, volumen, que son de tipo ente físico con propiedades de objeto, obstáculo. Lo importante, por el momento, no es afinar esta contraposición sino caer en cuenta de que vector es una posibilidad de direcciones reales, un campo de direcciones posibles —hacia arriba, abajo; derecha, izquierda; delante, detrás; rectilínea, curvilineante... Que el mundo físico, por lo

pronto, sea un campo de propiedades espaciales, temporales, masivas... y además de direcciones (vectores) es un *hecho*, que dejamos sin adjetivos. Tan original es la naturaleza de una dirección (vector) que los físicos han inventado para tratarla un cálculo especial, el *vectorial*, en que las operaciones elementales matemáticas adquieren matices propios —suma escalar, suma vectorial; producto escalar, producto vectorial; operación divergencia, rotación... Es, pues, un vector algo *cualitativamente* original y *físicamente* especial.

2) A tenor de la segunda ley de Newton, todo cambio en la velocidad de un móvil o en la dirección que lleva pide una fuerza. En el movimiento de rotación, la velocidad suele ser uniforme; por este motivo no haría falta causa (fuerza) alguna, como sucede en el movimiento inercial puro; empero por el constante cambio de dirección hace falta una causa o fuerza —cosa, por lo demás, que cualquier conductor de auto que corra con velocidad uniforme en una pista circular, sabe por experiencia. Hablamos, pues, de fuerzas *vectoriales*.

Pues bien: la técnica moderna ha montado aparatos, cual el volante de un auto moderno, que reduce al mínimo la energía a emplear para dirigir (vector) el hombre los vectores reales —cantidad de movimiento de un auto de tantas toneladas... Para lo cual se coajusta la dirección con una causa *eficaz*, y a ésta con una causa *eficiente*. Una vez más: el hombre se hace él mismo a sí mismo —por especial invento real—, transcendente real y físicamente. *Primer motor vectorialmente*. Las más potentes y descomunales máquinas modernas las va a poder dirigir un niño. Dominio del hombre sobre un nuevo campo de posibilidades, o cosas de estilo y estado *ser*.

3) Los procesos y procedimientos de ciertas máquinas, bien modernas, nos ofrecen, por invento del hombre, otro caso de causa rectora (cibernética). No se trata de timón de velero, de volante de un auto. Un vulgar termostato regula, por reajuste automático, la temperatura de un recinto —nevera, horno, caldera...—. Un termostato no es simplemente un termómetro, o aparato indicador de una temperatura existente; sino regulador o reajustador de la temperatura existente a la prefijada —al modo que los variados instrumentos de orientación automática reajustan en cada momento el curso actual de un barco o avión al curso prefijado, corrigiendo continuamente las divergencias por más o por menos respecto de la dirección señalada —por brújula, giróscopo... No hacen falta más detalles técnicos. Toda la cibernética actual no

es sino el estudio de causas rectoras —puras, si fuera posible, cuando más sujetas a un mínimo: es decir a progresiva reducción—, con base de causa eficaz, que es ya por su parte una reducción en realidad, que se asienta sobre un fundamento de causa eficiente lo más real posible ya o sin límite alguno en cuanto a realidad. Podemos, pues, afirmar: *a)* el hombre moderno —y esto define, en parte, el calificativo de *moderno*—, ha inventado artefactos en que la causalidad se escinde en causalidad sobre base de *máxima realidad* (causa eficiente) y causalidad sobre base de *mínimo de realidad* (causa eficaz y rectora). Al emplear dichos aparatos, el hombre se hace realmente transcendente frente a la realidad (causas eficientes), reduciendo a un mínimo su adscripción real a las causas reales; sin perder, por eso, el dominio real sobre lo real.

¿Será posible montar todo lo físico, el mundo entero natural, sobre semejante plan? Tal *designio meta*físico —*plus ultra* de lo natural o físico—, sería objeto de propio estudio en *Meta*física *actual*. Es claro que este sentido que vamos dando, y clavando, a *Meta*física no puede ser el de la metafísica clásica, prerrenacentista; y tal impotencia define, real y verdaderamente, al metafísico clásico —como otras impotencias nuestras, de que no tenemos idea, definirán el semblante propio del hombre actual moderno frente al siguiente y siguientes. *b)* Los aparatos autorreguladores —fábrica automática, termostato en horno. . .—, componen mundillos, es decir: Todos estables, unitonales, cerrados, en grado superior al de los mundillos artificiales ordinarios —sean oficina, fábrica, casa. . . Lo cual nos debe hacer pensar en la posibilidad de que un Todo integrado de causas eficientes, eficaces y rectoras —Todo autorregulado—, se cierre tan perfectamente y definitivamente sobre sí que constituya, real y verdaderamente, mundo aparte.

Cuestión: ¿Es que el universo, base de Mundo natural, no se estará dando, o irá a dar —por qué o porque sí—, nueva forma de Mundo; y, en especial, no estará irrumpiendo en el mundo natural —y a través del mismo hombre en cuanto ente natural y microcosmos natural—, el universo para darse el estado de *cerrado,* de ser totalmente Todo? Habrá que estudiar en *meta*física *actual* justamente este problema, que no pudo ni acudir a los metafísicos anteriores, ni como ocurrencia y menos aún cual *designio,* es decir: cual decisión del hombre, en cuanto ente metafísico actual —sismógrafo de lo que de *meta*físico va sucediendo en el universo—, de darse a tal *plan* del universo. Ser-para-metafísica, y ser metafísico.

d) Causa ocasionante: Así como hay aparatos que son simples registradores de propiedades —es decir: con función fenomenoló-

gica simple, cual termómetro, regla de medir, balanza, anemómetro..., los hay también delatadores de la entropía del universo. Tales son los llamados juegos de azar —dados, ruleta... Los dados comenzaron y continuaron sirviendo para jugar; mas son en realidad de verdad, por extraña que pueda parecer de buenas a primeras esta afirmación, aparatos que proporcionan datos básicos para el cálculo de probabilidades, y sobre todo son aparatos *físicos* que delatan la existenca de la entropía, y en su grado, la del mundo en que nos hallamos.

Dados es un medidor de entropía.

El termómetro ordinario mide la temperatura de un cuerpo, atmósfera...; para lo cual se atempera él mismo a ella —se calienta, dilata la columna de mercurio... Mas está montado de manera que su temperatura no influya notablemente en la del cuerpo a medir, es decir: está montado para *simple lugar de aparición de la temperatura de otro*: función fenomenológica simple.

Los dados, al echarlos un suficiente, *n*, número de veces —*n* al infinito—, van delatando la real imposición de equiprobabilidad para cada una de sus caras; que si el universo físico —no el mundo físico, como diremos más detenida y razonadamente en su lugar—, no estuviera en real tono de equirrepartición de ciertas propiedades entre ciertas cosas, cada una de las cuales es una-de-tantas, una cualquiera, no apareciera con el límite $^1/_6$ cada una de las caras. Es, pues, muy distinto un dado cuyas caras no presentaran distintivo de ninguna clase —puntos, huecos...—, de los corrientes; en el primer caso, no podríamos conocer si hay o no real equirrepartición, equiprobabilidad de las caras, pues cada una no sólo sería, como ahora una de tantas —una cualquiera de seis—, y cada saque uno cualquiera de infinitos saques de una cara que sea una cualquiera de seis; en el segundo caso, tal equirrepartición o equiposibilidad es dato cognoscible, patente. En el primer caso por ser cada cara del dado una cualquiera de las seis —y estar hecho el dado para que cada una de sus seis caras sea cualquiera, una de seis—, pudiera suceder que saliera pertinazmente una, y, por ser tal una una cualquiera, no salieran las demás; la equirrepartición no tuviera lugar. Y, en efecto, pueden darse cosas cuyo carácter de una de tantas sea tan acentuado realmente que la estadística propia no permita señalar realmente distintivos reales, por ejemplo: para dos elementos dentro de una celdilla energética, en estadísticas especiales de electrones con principio de exclusión. En tal caso se puede notar realmente si hay dos elementos, mas no cuáles son; mientras que los dados —el juego con ellos—, están hechos

de modo que no sólo conste que cada cara es una cualquiera de seis, sino que se note cuál ha salido cada vez. El universo físico se descubre, en tal aparato estadístico, como equirrepartiendo realmente el número de veces entre las seis caras con la probabilidad de $^1/_6$, igual para las seis en cuanto seis, por más que sean iguales en eso de ser cada una una cualquiera. Lo mismo diríamos de otros aparatos estadísticos, cual la ruleta. Y con lo dicho basta para el intento presente.

Ahora bien: *a)* Un termómetro no sólo descubre realmente la real temperatura del cuerpo a que se aplica —y es, sin duda, tal su función primaria—, sino que, realmente, el termómetro con su temperatura previa a su función altera en algún grado, por pequeño que sea, la temperatura a medir. Igual sucede con cualquiera cuerpo de prueba —esfcrilla eléctrica...

El juego de dados delata, cual aparato fenomenológico real, la ley de la entropía del universo.

Una primera precisión del concepto ontológico de entropía: *1)* la realidad de cosas cada una de las cuales es una cualquiera de tantas, o es realidad perteneciente a la categoría cualquiera (cf. Cap. IV, § 1); *2)* la tendencia real a imponer el cualquierismo, a aumentar el número de cosas dentro de la categoría uno de tantos o un cualquiera, de modo que se vaya pasando de un cualquiera de tantos (n) a un cualquiera de tantísimos (N), $N >> n$, a uno cualquiera de infinitos (N'), $N' >> N >> n$ ($>>$ signo de muchísimo mayor que) —establecimiento de la categoría *cualquiera,* como estado del universo físico—, estado estabilizado, unitonal y concluso. Volvamos al tema: El jugar mismo es aumentar tal cualquierismo o hacer aumentar la entropía del universo, a costa del estado del *Mundo* físico en que se dan partes montadas no según la categoría de *cualquiera,* sino según la de *éste* con *esta* función —vgr. en los vivientes, en las máquinas...

Jugar es, por tanto, acto fenomenológico y metafísico, pues no solamente delata el estado de repartición de las cosas entre las categorías de cualquiera y éste, o una de tantas y éste, sino altera dicho reparto.

Si, además de este caso, se estarán dando otros en que se altere realmente dicho reparto, sería objeto de estudio detenido, pues se trata de un problema capaz de enfrentarnos con un designio metafísico. *b)* Distinguimos anteriormente (Cap. II, § 2, I.12) dos maneras como se cumple el principio de razón, o la racionalidad de las cosas: *1)* razón (suficiente) distribuible y distribuida entre todos los elementos de un orden: cada elemento es éste y le con-

viene esta propiedad, de modo que se puede dar razón pormenorizada e individualizada de

¿Por qué *A* existe?	—Porque...
¿Por qué *A* es tal?	—Porque...
¿Porque *A* es así?	—Porque...

Caso de máxima impregnación o embebecimiento de la racionalidad en *A*. *2)* Razón (suficiente), no distribuible entre cosas de un orden, por ser cada una una cualquiera de tantas, y ser cada una tanto más una cualquiera cuanto más haya (o se hace que haya) en un orden de cosas. De manera que se debe responder a las cuestiones:

¿Por qué en el primer saque salió la cara 2, y no más bien la 5? —*Porque sí.*

¿Por qué salió en el quinto saque otra vez la cara 2, y no más bien la 4? —*Porque sí,* etc.

Carencia de razón suficiente pormenorizada o individualizada, junto con razón suficiente general de por qué no puede tal razón general individualizarse. Podemos decir que la categoría *cualquiera* (uno de tantos, uno de tantísimos) impone tal *escisión* de los dominios en que manda, o sea, en que se infiltra, la racionalidad: dominio del mundo integral, dominio del mundo global; dominio de exclusión del *porque sí,* dominio de inclusión (y aumento posible) del *porque sí* (dominios entrópicos).

Decimos pues: *causa ocasionante* es aquel tipo de causa cuya eficiencia se caracteriza por aumentar el dominio del *porque sí,* o dicho al revés: por desmontar el dominio de integral y omniempapante racionalidad.

Jugar a dados, máquinas para echar dados, lotería... son casos sencillos de *causas ocasionantes.*

En el universo físico, a distinción de mundo físico (natural), tiene constantemente lugar, y es lugar propio, la creciente imposición de causas de estilo ocasionante; o sea, causas que realmente hacen disminuir el calado de razón, sacándola a superficie, al orden global; y no nos extrañaremos de que la física clásica, por tratarse con fenómenos globales sobre todo, se sirviera del cálculo infinitesimal como cálculo de propiedades no sólo distribuibles para un conjunto finito de elementos, sino para elementos tan pequeños (cálculo diferencial) como se quiera y tantos cuantos se quiera (cálculo integral); ni nos maravillará que, respecto de cosas que son en su orden una cualquiera de tantísimas —cual una cualquiera de las tantísimas moléculas como hay en un mol, 10^{31}—, rija el cálculo

o formas especiales del cálculo de probabilidades, interpretación estadística de los gases, mecánica estadística...

Las causas ocasionantes pertenecen, en rigor, a la *meta*física, y de ellas provienen las máximas transformaciones del *mundo* físico (natural), y del individuo humano, sociedad..., como se irá viendo.

Una causa ocasionante, por tanto, afecta a la distinción real de la racionalidad del universo y del mundo, perturbando o transmutando la distribución de racionalidad entre las cosas. Por lo cual, a medida que aumente —o por tendencia intrínseca del *universo* o por designios del hombre—, el número y tipo de causas ocasionantes, es decir: de causas generadoras de cualquierismo y de *porque sí,* la racionalidad —el éste, y el porqué asignable a todo éste—, se van retirando a ciertos órdenes; y llegará, o puede llegar o se puede intentar (por proyecto y designio) que llegue a condensarse y recogerse en un *éste* privilegiado: Vgr. Espíritu absoluto, o en un conjunto de cosas, cada una de las cuales sea, en cierto aspecto y grado, *ésta* —yo trascendental.

Todo esto tiene que ser planteado con igual precisión, y con iguales exigencias de real experiencia, como el aumento de entropía del universo físico.

Es suficientemente claro que el universo físico —tal como lo barrunta la ciencia física actual—, está constituido por causas ocasionantes, o estadísticas, cuyos efectos son: imposición gradual de la categoría de *cualquiera* (uno de tantos, uno de tantísimos...) y aumento gradual de la categoría de *porque sí* —imposibilidad de dar razón de ciertas cosas. Creciente desvanecimiento de la racionalidad del universo.

No nos extrañará, pues —aunque tal vez nos desconcierte por unos momentos—, el que si la categoría de *cualquiera* llegara a afectar al tiempo, nos hallásemos con que en ciertos fenómenos y ciertas dimensiones del tiempo, vgr. millonésimas de segundo, no se pudiera determinar un orden de antes-después, o de simultaneidad; no por no alcanzar a ello nuestra mente, sino porque el tiempo habría sido *cualquierizado,* y cada uno de sus elementos estaría siendo uno cualquiera también: uno-de-tantísimos, o uno de tantos; y a la pregunta ¿por qué esta milésima de segundo ha surgido (o tiene que ser) antes que estotra?, sólo cabría una respuesta: porque sí, frente a la clásica razón distribuida infinitesimalmente para el tiempo: dados dos elementos de él —segundo, milésimas de segundo, billonésimas de seg.—, uno tiene que *ser antes que* el otro —por la esencia misma del tiempo, por su *racionalidad.* Que sea así, dependerá del estado de eso que llamamos en bulto

Tiempo —estado que depende del estado del universo, del estado de penetración de racionalidad en Mundo, o fase de racionalidad del Universo. *c)* Tiene, de consiguiente, perfecto sentido —dentro de la metafísica *actual,* no en la anterior—, preguntarse: ¿puede proponerse el hombre, cual *designio,* hacerse él a sí mismo transcendente, con transcendencia real de verdad, multiplicando e intensificando el número y acción de causas ocasionantes, con el resultado de que un creciente número de cosas entre en la categoría de uno de tantos, de cualquiera, de alógicas, de modo que las categorías de *éste* (único, original, yo. . .) y de *racional* se reduzcan, condensen y unifiquen en Uno —vgr. Espíritu absoluto (cf. Cap. IV)— o en un grupo privilegiado de unos, cada uno de los cuales sea *éste?*

Tal intento puede resultar un fracaso; no obstante tal intento y su fracaso serán siempre de tipo *meta*físico. Y emprenderlo audazmente es la aventura, buenaventura o malaventura, de la metafísica *actual,* cual la aventura de la física atómica es la energía atómica, bomba atómica, reactor, motor... atómicos (Cap. V, § 2; VI, § 2). Decidirse a correr tal albur, o negarse a correrlo, entra en la categoría de *decisiones* primordiales, *meta*físicas, más allá, por transcendentes, de toda otra decisión —fundada en religión, moral, derecho, humanitarismo... De tales decisiones metafísicas se tratará en su lugar.

Admitamos, por el momento, que vivir, moverse y estar siendo en Mundo natural es *haberse decidido ya,* o *hallarse como con asunto decidido,* a no correr tal aventura, o sea: dar el Universo —o fondo del mundo—, por racional, y tomar el azar por cosa de juego; y todo ello antes de que nos planteemos o nos planteen los previos de que se ha hablado aquí.

Dato III. 36. "Es claro que, *ya antes de que* hayamos planteado estos planes previos, *nos hallamos ya* siendo, moviéndonos y viviendo en un Mundo entreverado de Natural y artificial, en que artificial hace acto de presencia y eficiencia según causas eficaces, eficientes, rectoras y ocasionantes, mientras que el mundo, en cuanto y en su medida de natural, además de los caracteres descritos anteriormente, ostenta como tipo de causalidad suyo el de causa eficiente, sometida cada una de ellas y acordadas todas al tono total de Mundo: *neutralidad* óntica, ontológica, lógica —añadamos ahora *neutralidad causal,* es decir: causalidad neutral frente a racionalidad, individualidad y dirección, y neutral frente a la transcendencia del hombre."

Es, pues, un hecho *bruto* —cf. Parte I, Cap. I, § 6—, el grado de *racionalidad del universo* y, por tanto, *el del mundo.*

e) El hombre dispone, por ahora, de tres procedimientos —*reales de verdad*—, para hacerse real y verdaderamente transcendente frente a mundo y universo: *1)* Poner a rendir lo que él tiene dentro de sí de causa *eficaz*, y poner a rendir al máximo a las causas eficientes por medio de las causas eficaces.

2) Potenciar lo que él tiene, por datos suyos, de causa *rectora* (cibernética); a la vez insertar lo más que se vaya pudiendo causas rectoras (cibernéticas) en el mundo.

1), 2) hacen realmente posible, y real de verdad, la transcendencia del hombre —sobre el hombre natural, sobre el mundo *natural*, dándose a sí mismo la constitución de *Primer motor* de sí y del mundo.

3) Planificando la actuación de causas *ocasionantes*, tratar de reabsorber la dosis de racionalidad informante de mundo y universo, rebajando las cosas a la categoría de cualquiera y de alógicas, para así hacerse él, el Hombre, a sí mismo —contra el hombre natural y el mundo natural—, *Razón* de sí y del mundo.

Tres planes *meta*físicos en que vale la pena de que trabaje una metafísica que quiera ser *actual*. De ello se hablará larga y oportunamente en su lugar.

3) *Balance de Mundo natural y artificial*

Como siempre, dentro del plan propio de *Prolegómenos*, intentaremos hacer el balance de las relaciones *dadas* entre mundo natural y mundo artificial.

Continuemos entendiendo por *Mundo*: *el coajustado reparto de todas las cosas entre los estados de ser y de ente, resultando tal coajuste estabilizado, unitonal y concluso.*

a) *Reparto de estabilidad.* El mundo artificial está montado según estática y dinámica; parecería, pues, que su estabilidad es mayor que la de mundo natural, siendo como es ésta secuela de su neutralidad —óntica, ontológica, lógica, causal... Sin embargo, la estabilidad del mundo artificial —de cada artefacto, sea del tipo que fuere: casa, lavadora, reactor atómico...—, es estabilidad *contra* la neutralidad de mundo natural. Todo cuerpo, dejado a sí mismo, conserva su estado de reposo o movimiento, uniforme, rectilíneo, desde siempre y para siempre; y todo artefacto dejado a sí mismo —sin reparaciones, repuestos—, es reabsorbido por el mundo natural, reducido a neutralidad —reabsorción de las causas

eficaces, rectoras y ocasionantes en causas eficientes, neutralizadas, a su vez, *primero,* por las relaciones numéricas finitas de equivalencia, o neutralizadas por cantidad, que es una forma o estado de neutralización de lo óntico, ontológico, lógico; y, *segundo,* por la estructura de la base del mundo que es el Universo, integrada —veremos y diremos cómo transparece a través del mundo—, por cosas del estilo una de tantas, cada una, una cualquiera. Entropía física y metafísica.

Empero que la estabilidad del mundo natural sea mayor que la del mundo artificial quedó expresado anteriormente —cf. Cap. I, *1.06*—, por la frase de la *connaturalización* de todo lo que hay dentro del mundo natural por dicho mundo en cuanto natural. Se trata, no obstante, de un *hecho bruto.* Tal como nos es dado el mundo en conjunto, predomina realmente en él el estado natural sobre el artificial; lo cual no garantiza que, por un plan y designio *meta*físicos, pudiera realizarse un mundo artificial tal que, en un punto crítico, la balanza del equilibrio cayera de parte de lo artificial —al modo que, entre 11 y 12 km. por seg., se halla la velocidad crítica para que un proyectil escape, para siempre y definitivamente ya, del campo gravitatorio terrestre.

La *meta*física de la *física* actual permitiría: *a)* plantear este punto de manera más determinada; *b)* discutir las perspectivas de éxito del designio correspondiente; *c)* y tomar conciencia del tipo de *decisión* metafísica implicada en tal *plan* y real *designio.*

El carácter de simple hecho bruto, peculiar al estado actual del mundo en conjunto —natural, artificial (connaturalizado o proclive a connaturalización)—, se advertirá con sólo proponer la cuestión: ¿qué dará un mundo más estable: el regido por causas eficientes, o aquel otro en que la realidad energética del universo estuviera regida por un máximo de causas eficaces, rectoras (cibernéticas), ocasionantes? Dicho de otra manera: el mundo actual, predominantemente natural, no está regido ni por un *primer motor* —causa eficaz y rectora—, ni por *razón,* sino por causas eficientes, formando cadenas más o menos largas y estructuradas, y siempre sometidas a un principio de conservación total, es decir: a que, en resumidas cuentas, no pase nada nuevo en realidad de verdad. Si se lograra cambiar —no de palabra, o interpretativa, sino realmente—, el estado de lo real de natural a artificial, ¿se llegaría a un universo regido, real y verdaderamente, por un *primer motor* y por *razón?* ¿No sería tal estado más estable que el natural?

Cuestiones de *metafísica* de la *física* —actualmente planteables como *plan,* y actualmente acometibles como *designios,* y actual-

mente objetos de *decisión* —no anteriormente planteables, acometibles y decisibles de acometer o no.

b) *Reparto de unitonalidad.* Las partes del mundo natural, y el mundo mismo, tienen aspecto propio al que se dio aquí el nombre de *semblante;* las piezas de un artefacto, y el artefacto en conjunto, poseen aspecto peculiar: se lo denominó *perfil.* El mundo natural es *espectáculo;* el artificial se parece a *fábrica* o *laboratorio.* El mundo natural, en cuanto todo, es espectáculo para espectadores, teatro para teorizantes; el mundo artificial, en cuanto todo, es fábrica bajo supervisión de *Primer motor racional;* para Ingenieros, que genialmente se ha ingeniado para transmutar el mundo natural en universo que funcione cual fábrica automática de la que sea el hombre causa eficaz, rectora y ocasionante.

Dato III. 37. "Es un *hecho bruto* el de que, por el momento, el mundo en conjunto posee semblante y es espectáculo y sólo en un rincón de él, y dentro de este rincón en ciertas parcelas suyas, se den cosas con *perfil,* y conjuntos de ellas con perfil de laboratorio; y ni siquiera aún con el de fábrica automática, cibernéticamente montada.

"Es, pues, un *hecho bruto* que el mundo en conjunto se halla en el *tono* propio de mundo natural."

Lo cual debe advertirnos varios puntos: *1)* que el aspecto de las cosas naturales —sus *semblantes* propios: agua, sol, río, aire, árbol, bosque, hombre, ojos, luz...—, lo que decimos ver, oír, tocar... lo que definimos o conceptuamos a base de tales semblantes (eidos) son tan sólo *de hecho,* y como *hecho bruto,* objetos de un conocimiento, también él en estado natural. El realismo natural —de que se habló aquí mismo—, la objetividad de tal tipo de conocimiento lo es sólo de hecho bruto, jamás elevable a realidad de verdad. Preguntemos: ¿el *perfil* de las cosas (artificiales) no poseerá objetividad de orden superior, un cierto grado de objetividad real-de-verdad, frente a la simplemente real de los semblantes (eidos) de las cosas en estado natural? Y si fuera así, el proyecto y designio de dar a todas las cosas *perfil,* o sea: aspecto impuesto por un *Primer motor racional,* ¿no proporcionaría una objetividad de orden superior, y, si se permite la palabra, una objetividad más próxima a *esencial?* El hombre —por lo que de *meta*físico tiene— en plan y con designio de *Primer motor racional,* y decidido ya a serlo e imponerlo a todo, haría desaparecer el semblante (eidos), el aspecto real del mundo natural y de sus cosas, y aparecería el *perfil* —aspecto real de verdad—, y en tal caso tendría sentido real-

de-verdad una teoría del conocimiento, desneutralizada lógicamente, frente a la neutral propia del mundo natural.

Dato III. 38. "Es un *hecho bruto* que, por el momento, la neutralidad espectacular del mundo natural —componente de su neutralidad óntica, ontológica, lógica, causal...—, predomina sobre las islitas desneutralizadas por los artefactos, cada uno con su perfil, o en pequeños mundillos, cual ciudad, oficina, fábrica, casa...

"*Aun antes de que* nos planteemos tales cuestiones —o se nos planteen, enfrentándonos con tal hecho bruto—, *nos encontramos ya* siendo, moviéndonos y viviendo en un mundo que, en conjunto, se halla en estado natural, y con la tonalidad de espectáculo." De ahí la inclusión de este dato bruto —mas de innumerables y decisivas secuelas—, en *Prolegómenos.*

c) *Reparto de cerradura. 1)* Las cosas naturales tienen semblante, las artificiales perfil. Una cosa artificial está montada *métricamente,* es decir: según dimensiones y lo más fijas posible —al metro, a la milésima de mm.; al segundo, a la milésima de seg.; al gr., a la milésima de gr., etc. Y si no hace falta tal grado de precisión, se sabe *exactamente* entre qué límites se puede tolerar la imprecisión. El semblante de una cosa natural —el eidos típico de hombre, agua, árbol, mar, cielo...—, está, más bien, constituido topológicamente, es decir: como estructura de orden, con margen mayor o menor de variabilidad métrica. El semblante de nube, con sus característicos contornos, ni comienza en realidad de verdad donde vemos que comienza, ni termina en realidad de verdad donde parece terminar —lo mismo árbol, mar, cielo... El semblante de las cosas naturales tiene *horizonte*: confines indiferentes o neutrales, hasta cierto punto, frente a los límites propios y programáticos de un artefacto.

Cabe, pues, una finitud natural, o neutralización de la oposición finito-infinito. Y lo natural —y el mundo natural—, está siendo realmente tal neutralidad y neutralización; no es ni finito con realidad de verdad, ni infinito con realidad de verdad; pero es *realmente* finito en cada una de sus partes, y *realmente* infinito en su globalidad.

Horizonte sensible, cúpula celeste... son delimitaciones neutrales de la neutral infinidad del mundo natural.

No perdamos de memoria el que *se da* mundo natural sensible, ideológico, matemático... El mundo natural se constituye por un máximo de concreción y alusión, y un mínimo de elusión; de ahí procede de neutralización de la oposición finito-infinito, y que

el confín que representa o tiene en un momento dado lo sea sólo de hecho; lo cual no obsta para que, al modo de la ley de atracción, la potencia de concreción o de alusión disminuya, en cierto grado, con el número de cosas acrecidas a una, y el mínimo de elusión sea sobrepasado en estados de mínima o decreciente concreción.

El mundo natural —físico, matemático, biológico. . .—, no es, pues, en realidad de verdad ni finito ni infinito; su finitud o su infinidad son simplemente reales; y no pueden servir para una metafísica que, por plan y designio propios, tienen que tratarse, y tratar las cosas, en términos de realidad de verdad.

Aludamos a algunas secuelas que pongan de manifiesto la importancia de lo dicho: *a*) El hombre no termina en *realidad de verdad* donde *realmente* termina. Que nuestro cuerpo real-de-verdad llegue ni más ni menos hasta donde la figura o semblante humano —cuerpo natural— parece y *realmente* llega, es un prejuicio, surgido de la confusión entre real-de-verdad, por desconocimiento de la neutralidad —óntica, ontológica, lógica, no digamos moral o teológica—, propia del estado *natural* de lo real. Pudiera suceder muy bien —y es tema de Metafísica *actual,* en cuanto actual, y sobre todo en cuanto contemporánea con la física actual—, que nuestro cuerpo real de verdad —llamémoslo *soma*—, se extendiera real y verdaderamente mucho más allá (hacia afuera) de los confines de nuestro *cuerpo* real —denominémoslo simplemente *cuerpo.* La finitud del cuerpo sería, en tal caso, finitud de hecho, aparencial real; mientras que el *soma* (nuestro) se extendería, real y verdaderamente, mucho más allá, y de original manera (metafísica, por *transnatural),* respecto de nuestro propio cuerpo —o nuestro *soma* pudiera recogerse, o estar recogido, dentro de límites más estrechos que los de nuestro *cuerpo.* El hombre tendría su realidad material en dos estados: los de *cuerpo* y de *soma.* Lo cual servirá, a su tiempo, de base para discutir física y metafísicamente, de manera real y verdaderamente real, cuestiones como el conocimiento sensible, mortalidad e inmortalidad, fenómenos de parapsicología. . . que no serían, de suyo, *aparenciales,* sino *fenómenos,* es decir: apariciones propias de lo metafísico, de lo que de metafísico tenga una cosa.

Por su *soma* el hombre está siendo, real y verdaderamente, en el *universo,* en las *cosas,* y trocándolas por originalísima y metafísica causalidad en objetos, punto de que, como es claro, se tratará por lo largo en su lugar y preparatoriamente cuando se presente, como aquí, la oportunidad.

La objetividad estaría, real y verdaderamente, garantizada por el soma, no por el cuerpo.

Es claro que si los confines o semblante de lo natural fuera real y verdaderamente, o positivamente, finito o infinito, no sería posible que una realidad físca, sea o no el hombre —vale, en principio lo que se va a decir para vivientes, sol, átomo. . .—, poseyera realidad de verdad y con eficiencia real de verdad cuerpo-y-soma, su cuerpo y su soma, cuerpo y soma de una *misma* realidad. *b)* La vida del hombre se halla, parecidamente, en dos estados, al menos: natural (físico) y supernatural (metafísico). No sólo porque vivifica, a su manera, cuerpo y soma, *su* cuerpo y *su* soma, sino por otras causas que se irán viendo, o por otros datos sobre cuya importancia metafísica, real de verdad, se irá haciendo caer en cuenta.

Y no tendría nada de extraño —admitido lo anterior, tal vez de extrañeza difícilmente asimilable—, que la vida humana tal como está siendo ya en su soma —manera que es ya metafísica—, fuese ya, real y verdaderamente, vida inmortal, respecto de esotro estado vital que tiene, ella misma, en su cuerpo. Cabrían, pues, planes y designios de potenciar, *ya desde ahora,* la vida del soma, aun a costa de la vida del cuerpo. Tales planes y designios serían propiamente metafísicos, y constituirían las pruebas *reales de verdad* —y no sólo las demostraciones—, de la inmortalidad del hombre. Y *decidirse* a poner en ejecución tales planes, detalladamente concebidos, y semejantes designios, pormenorizadamente preparados según las causalidades adecuadas —de causas eficientes, eficaces, rectoras, ocasionantes a emplear—, constituirá una *decisión* metafísica —superior, por real de verdad, por real y verdaderamente transcendente, a toda motivación biológica, jurídica, moral, religiosa. . .

Una vez más: la neutralidad de lo natural frente a realmente verdaderas finitud o infinidad —espacial, temporal, vivencial, pensante. . .—, es *preliminar* o previa para todo plan y designio *meta*físicos. *c)* Se puede notar ya que todos los datos recopilados en *Prolegómenos* generales —Parte I, Caps. I, II—, sean del tipo que fueren: primordiales, primarios, primeros, brutos, son datos de *mundo natural* (físico); por tanto afectados realmente de la neutralidad óntica, ontológica, lógica, propia de todo lo que esté siendo en estado natural.

De los datos propiamente ontológicos, y sobre todo de los datos *meta*físicos, se tratará en su lugar.

Pero si no *estuviéramos ya sirviéndonos* de ellos —de una espe-

cial manera, a declarar—, no podríamos contraponer natural (físico) a metafísico (sobrenatural).

Dato III. 40. Lo cual viene a advertirnos que "*aun antes de que* nos propongamos, por plan y designio, y *aun antes de que* nos decidamos a llevar todo a estado metafísico, nos *hallamos ya* siendo, moviéndonos y viviendo en terreno metafísico".

Cortamos aquí —conscientes de la violencia hecha a este tema—, su desarrollo.

2) Las cosas, en el mundo artificial, están montadas sobre *cerradura*: delimitación propia de cosas con *perfil,* o sea sobre finitud o infinidad positivas.

Todo artefacto está planeado *métricamente,* o según dimensiones fijas —al mm., al m.; al gr., al mgr., o dentro de límites (de tolerancia) determinados métricamente —± 2 mm., ± 3 mgr... Está, pues, todo acotado, o porque el límite le pertenece —cual piel propia, si se permite la comparación—; o porque no puede pasarlo, por mucho que se acerque —valla, marco, aislante... Y están montados sobre finitud positiva una máquina, una mesa, un lápiz, un termo, un condensador..., la anchura de una calle, los linderos de un campo, los límites de jurisdicción de una institución o autoridad, las profesiones; un número irracional, $\sqrt{2}$, $\sqrt{3}$, $\sqrt[3]{3}$, $\sqrt[3]{5}$, en cuanto *cortadura* de sucesiones de racionales, sin ser límite interno de ninguna de tales sucesiones; una figura, definida por su ecuación en coordenadas, es decir: por una ley que fije qué elementos, ni más ni menos, le pertenecen...: todo ello por contraposición con el estado natural de tales objetos, que pueden ser tan distintos, hasta en apariencia —geométrica, social, física...—, como hielo de nube, y carbón de diamante.

El plan artificial —recordemos, una vez más, que artificial es, de suyo, estado real de verdad, frente a natural, que es estado simplemente real—, de tener a un electrón *aquí, ahora,* con *esta* cantidad de movimiento, con *esta* energía, resulta, en realidad de verdad, irrealizable; encerrar a este electrón en este lugar, es desencerrarlo respecto de esotra propiedad bien física que es cantidad de movimiento; y ya no tiene sentido, real de verdad, atribuirle (y tener) *esta* su cantidad de movimiento en *este* su lugar...

Se trata de un plan artificial, experimental, frente al estado de neutralidad respecto de finitud e infinidad propias del estado natural de un objeto cualquiera; el objeto natural *A* está en uno de tantos lugares (de un cierto dominio), con una de tantas cantidades de movimiento (dentro de un cierto dominio). Por eso se ha dicho aquí, y se repetirá hasta la saciedad, que la física expe-

rimental actual es, en realidad de verdad, física *meta*física, física de lo real-de-verdad, o física en plan de poner todo en estado de realidad-de-verdad, frente a la simplemente real, propia del estado natural —neutral frente a óntica, ontología, lógica y gnoseología, teología...

Algo radicalmente diverso es que una molécula del aire atmosférico tenga una velocidad tal que escape del campo gravitario de la tierra —evasión natural, propia de una de tantas moléculas cuya velocidad exceda la media de la atmósfera: aparencial natural o físico— y otra cosa que un proyectil esté montado para tal escape. Un proyectil es *éste* —no uno de tantos—, con *esta* velocidad, en *este* lugar con *esta* masa de combustible, etc. Está, pues, montado sobre finitud, sobre individualidad, sobre causas reales-de-verdad, transcendentes real y verdaderamente lo natural, dirigidas por el hombre en cuanto real y verdaderamente transcendente —cual causa eficaz, rectora y ocasionante: por un ente en intento real de verdad de ponerse a ser *Primer Motor Racional* de lo natural que, en su estado neutral, no tiene primer motor racional.

En su estado natural, o de máxima concreción y alusión, los números naturales funcionan naturalmente, al contar, como números de cosas —un pan, dos mesas, tres sillas, cuatro lápices, cinco pañuelos...—; el plan de la ciencia aritmética —plan, en su grado y modo, real de verdad—, o de poner los números en estado de realidad de verdad, reduce —vgr. por abstracción o definición que son instrumentos ontológicos, como se dirá—, la concreción y alusión a un mínimo; y son ya números artificiales 1, 2, 3, 4... cada uno ni más ni menos que él —cada uno *es* él—; y en tal estado real de verdad o esencial, a su modo, la aritmética los pone en estado de infinidad positiva, y no de simple no-finitud y no-infinidad, señalando la manera u operación de construir un número mayor que otro dado, o un número primo distinto de todos los anteriores...; demostrando que no hay número primo máximo, y coordinando biunívocamente conjuntos de diversos tipos de números, vgr. enteros, racionales, algebraicos..., definiendo órdenes de transfinitos, o sea: construyendo tipos de infinidad positiva...

No parece, pues, estar sujeto a dudas que, de suyo, las cosas artificiales o las cosas en estado artificial —y, en principio, un mundo artificial—, poseen perfil o cerradura, es decir: finitud o infinidad positivas y originales; y que ninguna cosa en estado natural *es* ni finita ni infinita, sino neutral frente a ambos extremos; de ahí que de su finitud no se pueda pasar a ninguna infinidad positiva.

Dato III. 41. Pues bien: "*aun antes de que* nos planteemos todas estas cuestiones —y menos todavía: *antes de que* nos pongamos a ser y obrar como Primer motor racional del mundo natural—, *nos hallamos ya* siendo, viviendo y moviéndonos dentro de un mundo que, en conjunto, es un concreto de Mundo natural, con preeminencia fáctica, y de mundillos artificiales; por tanto, siendo en un mundo integrado de cosas, unas (casi todas) en estado *simplemente real*, y otras (las menos) en estado *real-de-verdad*".

Y surge la cuestión:

d) *Tipo de coajuste entre realidad simple y realidad de verdad.*

Tanto plantear como responder o intentar responder a esta cuestión en toda su amplitud desborda los linderos propios de *Prolegómenos.* Aquí, pues, se dará nada más una explicación de la respuesta con que, *ya antes de* tal proyecto, nos hallamos —cuestión que nos hallamos respondida, ya antes de preguntarla, por tanto más bien estamos entregados a la respuesta, habiéndosenos dado la cuestión por tan bien respondida que se ha olvidado (anulado) la pregunta... No hay, pues, que justificar la respuesta, por razón de ajustarse a la pregunta, sino justificar por qué se pregunta, cuando hasta se ha olvidado (anulado) la pregunta, y la respuesta ha dejado de ser tal, y tomado el estado de hecho, de posesión inmemorial.

El estado natural es, propiamente, estado de neutralidad frente a preguntas y respuestas —causa-efecto, principio-secuela, duda-certeza.

Pues bien: así como en la cosmología relativista es posible un universo en expansión con un punto de equilibrio —tal que el sobrepasarlo, o hacerse la expansión indefinida, o volver desde él a contraerse, depende la cantidad de materia que de hecho haya en el universo—, por parecida manera la expansión de lo artificial: el creciente empleo de causas eficaces, rectoras y ocasionantes pudiera llegar, dentro del mundo natural, a un punto crítico tal que la expansión de lo artificial progresara ya al infinito, o bien se contrajera a favor de un mundo natural. El que esto suceda o no, no es cuestión de pruebas teóricas, o de demostraciones, sino de *pruebas reales,* de ponerse o aventurarse a experimentar: *ponerlo a prueba,* que es la única manera de demostrar algo en física y en metafísica actual, es decir: demostrar real-y-verdaderamente.

Dato III. 42. Por lo pronto: "*aun antes de* toda cuestión previa —plan, designio y decisión—, *nos hallamos* ya en un mundo

tal que lo artificial se halla en fase de expansión —de multiplicación y coajuste de causas eficaces, rectoras y ocasionantes, de creciente número de aparatos, que se van cerrando en mundillos artificiales, reales de verdad y con eficiencia real de verdad". Se trata de *un dato* de estilo *meta*físico, pues afecta a las relaciones entre realidad (del mundo natural, y de las cosas naturales, o cosas en estado natural) y realidad de verdad.

Y al modo que, *aun antes de que* nos pongamos a fabricar bomba atómica, reactor atómico..., *ya se halla* en el mundo natural Uranio —aunque no se sepa aprovecharlo o montarlo artificialmente, para el proyecto y designio real-de-verdad de potenciada transmutación de masa en energía—, parecidamente: *aun antes de* proponerse con plan y designio transformar el mundo natural y sus cosas en artefactos, *nos hallamos ya* empleando aparatos sueltos —mesa, palanca, arco, noria, telar...—; mas, para montarlos en mundo artificial y poner al mundo natural y sus cosas en el punto crítico de expansión indefinida de lo artificial a costa de lo natural, será preciso inventar y decidirse por planes y designios más complicados, aventurados y transtornadores que los requeridos para sacar del uranio el U^{235} y demás fases de la fabricación de una bomba atómica por fisión.

No perdamos de vista que el estado artificial afecta a todos los órdenes —religioso, moral, científico, jurídico, social, físico, biológico...—, aunque el tal vez momentáneo predominio del estado natural haga olvidar, o haga parecer natural, lo artificial. Tan artefacto es el método de abstracción total, formal, eidética, como una nevera; y tan artificial es el derecho mercantil como una red ferroviaria; y tan artificiales una moral de valores (frente a la natural de deberes y virtudes) como la organización de una empresa de transportes...; y no olvidemos que lo artificial, montado sobre causas eficaces, rectoras y ocasionantes, funciona en realidad de verdad, según *meta*física; *más allá* de lo natural y de la simple realidad (aparencial).

Adquieren, pues, sentido perfecto, verdaderamente real y sometible a prueba, *empresas* como hacerse con cuerpo artificial, con alma artificial, con mentalidad artificial... Todo ello: empresas de *meta*física actual.

Introduzcamos —siempre en los límites de *Prolegómenos*—, la noción de necesario —frente a las de inflexible, ineliminable, inevitable. Cf. Parte I, Cap. III, § 2.

Una realidad puede hallarse en diversos estados, vgr. natural y artificial. Se dirá que una realidad es *necesaria,* cuando no

pueda ser lo que es sino siéndolo en un solo estado. Identidad formal entre ser y estar: definición de *Necesario.* Y será negocio difícil determinar si una cosa puede estar sólo en un estado; o sea, si es necesaria. Una cosa en estado natural, no *puesta a prueba* (a experimentos), continúa siendo tal en tal estado indefinidamente, por una especie de inercia real, fundada en la neutralidad real de tal estado; y que se la ponga a prueba, a experimentos, depende de un invento: de plan, de designio, de aparatos, que, si resultan eficaces, la transmutarán en artificial, a nuevo estado.

Imposible y posible tienen un sentido *natural;* mas, puesta la cuestión en plan de realidad de verdad, tienen que referirse a potencias e impotencias. *Ahora bien:* los poderes propios —originales e inventados—, de causa eficaz, rectora y ocasionante permiten, real y verdaderamente, poner a prueba si una cosa que se halla en un estado se encuentra en él como en único posible, es decir: si los poderes empleados son impotentes para transformarla de estado. Adquiere, por tanto, el término *imposible* (posible) una gradación real-de-verdad al poner a prueba *un* estado de una cosa para saber si es *único.*

Por lo pronto, así como el término átomo o el concepto y plan de indivisible (divisible) admite gradación: indivisible (por poderes mecánicos), indivisible (por poderes químicos), indivisible (por bombardeo en ciclotrón, betatrón...), gradación de *átomo,* parecidamente *necesario* incluye grados; y dentro de los límites de cada grado vale el que *necesario* implica identidad fáctica entre ser y estar.

Respecto de las potencias de tipo A_1, la cosa *a* no puede ser lo que es sino de una sola manera (estado). Necesidad de orden 1.

Respecto de las potencias de tipo A_2, la cosa *a* no puede ser lo que es sino de una sola manera (estado). Necesidad de orden 2, superior a la de 1, etc., $A_2 > A_1$

Ahora bien: a) La realidad que somos y son las cosas se halla, por lo pronto y al menos, en dos estados; natural y artificial. Luego el mundo y sus cosas no es *necesario.* Y la diferencia entre unidad de realidad, $S(1)$, y la dualidad de estado, $E(1, 2)$, da el margen de posibilidad real de transformación, $P(1)$. O simbólicamente:

$E(1, 2) - S(1) \doteqdot P(1)$; o, como se dice en física, da los grados de libertad del sistema —aquí queda un grado de libertad o de posibilidad (poder) real de transformación.

b) Mas es un *hecho* que la inmensa mayoría de las cosas, y el mundo en conjunto, se hallan en un solo estado: el *natural*

—larga y pormenorizadamente descrito—; o complementariamente, que las cosas en estado artificial constituyen una minoría por ahora; luego de *hecho* el mundo se halla en un solo estado, y las potencias artificiales —de operación real-de-verdad: causas eficaces, rectoras, ocasionantes— no son *potentes,* en su fase actual, para hacer cambiar tal estado en conjunto.

Luego la realidad en conjunto no puede estar sino en un solo estado, o sea: es *necesaria, naturalmente* necesaria.

El balance entre los dos estados es a favor del estado natural. Tal es el tipo actual de *coajuste* entre los dos estados.

Empero si la *meta*física se propone ser no sólo ontología o lugar en que están siendo definitivamente las transcendencias ideales de las cosas —cf. Parte I, Cap. I, § 3—, o lo que de ellas se ha puesto y puede ponerse definitivamente en estado ideal-límite —reino de lo transcendente inoperante—, sino en realidad de verdad *meta*física: transcendentemente operante o causa de transcendencias reales de verdad, o de hacer real y verdaderamente transcendentes las cosas —algo o todo de ellas, o de algunas—, la necesidad natural, simplemente real, pudiera trocarse en contingencia real de verdad, y ceder su lugar a un tipo superior de necesidad.

Ante decidirnos por tal aventura (cf. Cap. V, § 2; VI, § 2) metafísica —según plan y designio—, nos hallamos los hombres actuales. Empero,

Dato III. 42. "Aun antes de que nos propongamos, o hayamos propuesto los hombres actuales tal decisión, *nos hallamos ya,* nos encontramos decididos ya al empleo creciente de causas eficaces, rectoras y ocasionantes. Es decir: *nos encontramos con que* nos hemos puesto ya a transustanciar nuestro tipo de realidad: de natural y necesaria de primer grado, en artificial y necesaria de segundo grado; *nos encontramos con que nos hemos puesto ya* a cambiar el tipo de realidad: de simplemente real a real-de-verdad. Por tanto: *nos encontramos con que nos hemos puesto ya* a hacer *metafísica,* y a hacerla de manera nueva frente a la clásica."

D. M. 1. Dato fundamental para la metafísica actual, dato dado ya *preliminarmente* a toda cuestión expresamente planteada, como aquí.

Capítulo cuarto

TIPOS DE REALIDAD PRELIMINARMENTE DADOS

§ 1. PRIMER TIPO DE REALIDAD, PRELIMINARMENTE DADO: UNO DE TANTOS Y UN CUALQUIERA

Dato IV. 1. "Aun antes de que nos propongamos los hombres actuales la cuestión sobre tipo de realidad, su número y el reparto de cosas reales entre los diversos tipos, *nos hallamos ya* siendo, viviendo y moviéndonos dentro de un mundo con notable y bien notada dosis de realidad del tipo *uno de tantos* y *un cualquiera.* Somos los hombres actuales en dosis notable y notada cada uno uno de tantos y un cualquiera, y estamos siendo entre cosas cada una una de tantísimas y una cualquiera."

La dosis de *cualquierismo* del mundo en que estamos siendo y en que nos hallamos siendo, *aun antes de...,* no solamente es notable; es notada, y es factible hacerla más notable y notada. Notémoslo, pues; advirtiendo que, por sus pasos, deslindaremos entre uno-de-tantos y cualquiera.

A) *Uno de tantos*

Cada uno de nosotros es él, y sólo él —fulano, mengano...—; mas es uno de tantos ciudadanos, y la ley cuida de tratarlo, y de que se comporte en los aspectos legales, como uno de tantos —sin privilegio, excepciones, favores...—; cada uno es él y sólo él —con nombre propio—, pero la religión a que tal vez pertenezca se cuida de que sea y se porte como uno de tantos fieles —nada de herejías, novedades, privilegios, dispensas, ideas aparte, sacramentos aparte... Cada uno es él, y sólo él; no obstante su unicidad, las leyes físicas lo tratan, y tiene que tenerlo bien presente, como uno de tantos cuerpos..., sometidos todos por igual a gravitación...

A pesar de nuestra realidad privada —de 'yo' (o de *mí)* no hay más que un ejemplar real y posible, al parecer—, es cada uno

uno de tantos cuerpos,
uno de tantos fieles,
uno de tantos ciudadanos,
uno de tantos hombres, etc.
un cuerpo cualquiera,

un fiel cualquiera,
un ciudadano cualquiera,
un hombre cualquiera; y, en cuanto entes,
un ente cualquiera.

B) *Cualquiera*

Nótese que la categoría —llamémosla así— de cualquiera, y la de uno de tantos, es numérica, o cualitativamente cuantitativa; uno de tantos cuerpos, fieles, ciudadanos, hombres, entes. Lo cual incluye: *1) multitud,* enumerable o no, con tantos elementos cuantos números enteros, o con tantos elementos que no basten los enteros (racionales, algebraicos) para contarla. *2) Multitud nivelada cualitativamente,* de modo que las diferencias, diversidades o variedades no cuenten —vgr. ser Platón, Aristóteles..., ser hombre, gato... La frase *no contar* pudiera encubrir la gravedad del estado real de nivelación cualitativa. El que cada hombre, en cuanto él y sólo él —algo bien real—, y cada gato, caballo, árbol, tierra, agua... sea, cada uno, un cualquiera respecto de peso, se traduce por estar todos ellos, cada uno como un cualquiera, expuesto a la misma ley de gravitación o caída. Sus diferencias, diversidades y originalidades reales no cuentan; son niveladas por la gravitación; o respecto de caer, todos se comportan como uno-de-tantos. Y haber descubierto que así realmente era —que igual caía tierra que agua, que aire, que fuego... que viviente que no viviente... que genio que patán...—, fue descubrir la ley de caída como *niveladora real* de tales diferencias; o sea, para evitar algo más que de palabra la rudeza de la frase: las leyes físicas —tal como las conocemos ahora—, nivelan *real-y-verdaderamente* diferencias *reales simples.*

Por tanto: las leyes físicas introducen, real y verdaderamente, una escisión dentro de los entes. De ello se hablará oportunamente. 3) Tomemos el universo en serio, o sea: *en real;* y diremos, dejando que por nuestra lengua hablen las cosas lo que ellas son: *el hecho* de poder contar las cosas, de numerarlas, o el que sean numerables con números, es decir: con cosas ejemplarmente cada una una-de-tantas, y una-de-tantísimas y una-de-infinitas, es un *aparato* que delata lo que de numerables tienen, es decir: lo que tiene cada una de una-de-tantas, y de una-de-infinitas.

No tenemos mayor dificultad en admitir que un altavoz es un aparato cuya función, según su montaje, es la de decir en voz alta lo que de vibraciones inaudibles se halle grabado en los surcos o

microsurcos de un disco; y lo será tanto más perfecto cuanto mejor elimine ruidos impropios; mas tal vez tropecemos en la afirmación de que nuestra lengua puede funcionar como altavoz —es decir: *artificialmente*—, de lo que las cosas son; y que no siempre funcione así; más bien, de ordinario, actúe naturalmente cual órgano de un organismo y a servicio de sus necesidades, deseos, apetitos, sentimientos... Para hablar artificialmente, es decir: hablar de lo que las cosas son —ellas, de por sí, en realidad de verdad—, es preciso hacer planificada violencia a los órganos materiales, expresivos, del hombre; y en tal caso el hombre actúa como *aparato,* delatando lo que las cosas son o de lo que tienen de alguna propiedad —como el termómetro delata la temperatura, o la balanza el peso, o el sismógrafo temblores y terremotos... *Contar,* pues, un hombre, dos hombres... cien hombres...; una silla, dos sillas, una docena de sillas; un electrón, dos electrones, mil millones de electrones...—, cuando se hace —encajado el hombre, cuerpo y alma, potencias y sentidos, con aparatos de contar inventados por él, para insertarse mejor en lo real y delatarlo o indicarlo mejor—, es una operación de fenomenología real —cual lo es la de termómetro, barómetro, sismógrafo...

Contar lo que de numérico hay ya en el mundo —humano, animal...—, y más todavía producir número, es decir: cosas contables —vgr.. por generación, fabricación en serie...—, es someter o delatar el grado real de sometimiento de lo real a la aritmética.

Por lo tanto: *a)* valen —o se hace que vayan valiendo—, las propiedades de univocidad o totalización, $a + b = c$; $ab = d$, vgr. $1 + 3 = 4$, $1 \times 3 = 3$; la asociativa $a + (b + c) = (a + b) + c$, $a(bc) = (ab)c$; la conmutativa, $a + b = b + a$; $ab = ba$; la de monotonía: si vale $a = b$, vale $a + c = b + c$, etc... Todas estas propiedades son de estilo *"cualquiera"*, indiferentes al orden, a cerradura... Cada unidad del 5, $(1 + 1 + 1 + 1 + 1)$, es una-de-tantas, una cualquiera; y las n unidades del número n es cada una una-de-tantas, una cualquiera. Por ser tan ejemplarmente cada una una-de-tantas valen los axiomas dichos.

El que las leyes físicas sean de estilo matemático —y no cualitativo, ni esencialmente cualitativo o formas sustanciales, o accidentalmente cuantitativas, calor como cualidad, color-cualidad...—, es la comprobación o determinación real de lo que de realmente cuantitativo tienen las cosas, aun las más rellenas de formas y cualidades, todas ellas impotentes realmente para cualificar lo cuantitativo *suyo.*

Esta impotencia real de las cualidades —formas sustanciales

o accidentales—, para cualificar realmente lo cuantitativo escinde las cosas en niveles o estratos —tipo de composición original de que se hablará en su lugar—, y descalifica realmente todo tipo de composición unitaria o unisustancial. Cortemos aquí este hilo de ideas.

Uno-de-tantos, uno-de-tantísimos... es categoría típica de lo aritmético; y de las cosas, en la medida en que estén siendo aritméticas.

b) En cinco manzanas, once peras, docena de pañuelos... un libro, un hombre, un árbol..., la unidad cantitativa, 1, 5, 11, 12... no solamente está escindida, a diferente nivel, que la cualitativa —manzana, pera, libro, hombre, árbol...—, sino que lo resultante es un *complejo.*

Desarrollemos este punto dentro de los límites de *Prolegómenos.* Cuando digo: cinco hombres, y un hombre, tiendo a creer, naturalmente, que la aritmética y sus leyes funcionan en un hombre de manera diferente a como actúan en cinco hombres. Un hombre es realmente uno; el grupo de cinco hombres es un grupo conceptual, abstracto, por más que uno sea tan único como cinco, y uno sea tan perfectamente uno como lo es 3 000 000 000. Mas aquí reside —desde tiempo inmemorial y por innumerables razones—, el error: cinco hombres da realmente un todo (de cinco elementos) que se debe distinguir de sus partes: los cinco elementos de tal todo; y un hombre es realmente un todo (de 1 elemento) que tiene que distinguirse, y se distingue realmente, de ese mismo elemento de tal todo. $T(n)$, $n(T)$ se distinguen en tipo —como se dice, después de muchos escarmientos y tanteos en lógica moderna. 5 es una vez (de vez) cinco y no cinco veces uno; uno es una vez uno, y no uno una vez. Cinco es *unidamente* cinco unidades, y cinco no es *desunidamente* (sueltas) cinco unidades, etc. Uno es *totalmente* uno; pero uno no es *simplemente* uno; o uno es *positivamente* uno, y no tan sólo *neutralmente* uno.

Pues bien: en *un* hombre, en *cinco* hombres..., en *tres mil millones* de hombres..., uno, cinco, tres mil millones... son positivamente —en forma de Todo positivamente tal—, uno, cinco, tres mil millones; y no tan sólo neutralmente uno, cinco, mil millones... Para que un hombre fuera positivamente, en forma de todo positivamente tal, un hombre, sería preciso que *uno* estuviera siendo en estado simplemente neutral; y lo mismo se diría de cinco. No tomamos en serio eso de que cinco es *unidamente,* en forma de Todo, cinco unidades; ni tomamos en real eso de que no se

puede confundir todo de n elementos con n elementos de tal todo; y por tal prejuicio creemos que un hombre es más uno que cinco hombres, por lo que se refiere a la base numérica, cuantitativa. Lo que matemáticos y lógicos ordinarios dicen de los números, del todo de n elementos y de los n elementos de tal todo, pasa allá, en la mente o en otro mundo —así lo creemos.

Por igual motivo de no tomar en serio, *en real*, las matemáticas o lo cuantitativo, las propiedades de la aritmética no pasan por ser reales —fuera del dominio físico en que se han impuesto desde la irrupción de la física clásica o desde que el físico se puso, en serio, *en real*, a ser altavoz de lo físico y dejó de ser intérprete suyo.

Así que un hombre es un complejo de uno y hombre; complejo de dos unidades, parecido a las dos de los llamados números complejos (imaginarios), como 1, $\sqrt{-1}$, o en general $a + b\sqrt{-1}$, en que 1, $\sqrt{-1}$ son las unidades complejas, directamente incomparables: no sumables, no restables ni siquiera unibles con la relación de igual, mayor, menor... $\sqrt{-1}$ no es ni igual ni mayor ni menor que 1. Un hombre no es, pues, un compuesto; es un complejo. E igual se diría de cualquier cosa física.

Cinco hombres es otro complejo de cinco-y-hombre, en que cinco es un bloque bien cerrado, un todo de cinco elementos. Y por cerrarse positivamente cinco, un millón... sobre sí, rezuman, por decirlo así, lo cualitativo —forma sustancial o forma accidental—, y cámbiase a otro nivel no sólo diferente sino heterogéneo del cualitativo, dando no un compuesto sino un complejo.

c) La categoría *uno de tantos* es monótona creciente. La unidad del uno es una de tantas (de 1); las dos del dos son, cada una, una de tantas (de 2); las cinco unidades del cinco son una de tantas (de 5)...; las cien unidades del cien son, cada una, una de tantas (de 100) etc.; el billón de unidades de un billón son, cada una, una de tantas (de 10^{12})... Los números forman, de suyo, un conjunto infinito; los cortes son siempre arbitrarios; vgr. los enteros entre 1 y 100, los primos entre 1 y 100, etc. De modo que, en principio, la única unidad del uno, no es una; es una de tantísimas (transfinitas) como hay en el conjunto de los enteros; y las dos unidades del dos no son, tampoco, cada una una-de-tantas (de dos), sino una de infinitas —como entran, constitutivamente, en el conjunto de los números enteros.

Pues bien: desde el punto en que en una cosa entra, sea en un grado u otro, *número,* cada cosa de tal orden —hombre, molécula, átomo, árbol, viviente...—, no solamente es, en cuanto real-

mente numérica (aunque no sea tan sólo número), una de tantas, sino una-de-tantísimas —en principio infinitas. Un hombre no es tan sólo un hombre, aunque es realmente uno: Platón, Aristóteles...; sino un hombre es uno de tantísimos hombres como, en principio, puede haber, al modo que $123456789^{123456789}$, es uno de tantísimos números, aunque no se haya construido hasta este momento tal número. Si un hombre —Platón, Aristóteles...—, es, realmente, uno —uno del tipo de uno de tantos (tantísimos)—, al estar siendo, por la causa que fuere, realmente uno *solo,* será necesariamente posible que le sobrevengan los sentimientos de soledad, angustia, desamparo...; o de que goce de su soledad por "estar, al fin, solo", y otros significativos detalles. Si un electrón es, realmente, uno, pero del tipo de uno-de-tantos (tantísimos), al estar siendo uno solo —vgr. por un experimento que lo fuerce a pasar por una sola rendija, y dé así una determinada franja de difracción—, sea, pues, realmente uno *solo,* sucederá algo raro: no dará el espectro de difracción de *uno solo;* el de *este* electrón que pasó por *esta* rendija, sino otro espectro o distribución de energía que delata que pasó *un* electrón, mas que no es designable o no es *éste,* en plenitud del sentido real de esta palabra. Pasó uno, no se sabe *cuál,* o sea: no pasó *éste.*

Si el uno no se integra de una unidad, que sea una de tantísimas, no podemos sumarla con las dos unidades del dos, del cinco..., del mil millones..., precisamente por no ser una de tantas, sino algo original, parecido a la diferencia entre 1 y $\sqrt{-1}$. Aunque de hecho, pues, el uno tenga una unidad y una sola, tal unidad es una-de-tantas, de tantísimas, de infinitas. Lo mismo diríamos de un punto —del punto céntrico de la circunferencia; de los dos puntos o focos de una elipse...

Todo universal posee una extensión unívoca, por tanto numerable; y al tratarnos con universales reales de suyo: hombre, gato, rosal, C, H... quedan sometidos realmente a la aritmética, o son realmente aritméticos; por tanto, cada individuo es uno-de-tantos. Es muy natural, pues, que en los tiempos en que la aritmética no poseía ante la mente estructura científica interna, la extensión de un universal fuera considerada tan sólo como campo de distribución de la propiedad o cualidad correspondiente: hombre, gato, astro...; y, por tanto, se contaran tan sólo los individuos, notando, cosa muy explicable, que el hecho de que haya ahora un millón de hombres, por ejemplo, después tres mil millones... resulta tan arbitrario como hablar de 5, 11, 100, 101. Números sueltos no dan para ciencia aritmética; por tanto, no

había ciencia de la extensión numérica de un universal —hombre, viviente, cuerpo, ser. Mas al constituirse la aritmética como ciencia —independientemente de cuántos números hayan sido efectivamente numerados o construidos por el hombre—, se descubren sus leyes —asociativa, conmutativa. . .—; luego rigen igualmente en la extensión de un universal, en la medida en que tal extensión resulte contable. Suponer que tales leyes —asociativa, conmutativa, monótona. . .—, no poseen en la extensión de cada universal efectos reales propios es, una vez más, no tomar la aritmética en serio, *en real,* aun en el caso de que lo real es numérico, real y verdaderamente. Aquí no se caerá en tal error. Y habrá que señalar los efectos reales —remotos unas veces, otras próximos y patentes—, de la real cuantificación de las más variadas realidades —de hombre a ser.

Por lo pronto toda cosa numerable, toda cosa de que conste que es una, mas no única, es, de suyo, una-de-tantas, y por tanto una-de-tantísimas, y una de infinitas.

Adviértase, por fin, que número y numerable con sus propiedades: asociativa, conmutativa. . ., se toman aquí según la aritmética ordinaria, por ser la más fácilmente inteligible; mas, de suyo, habrían de interpretarse según la teoría de los conjuntos y sus operaciones, de los que el conjunto de números enteros es un caso especial, y no particularmente interesante ni ejemplar. Por eso se usa aquí la frase "uno-de-tantos" que se debería completar diciento: uno de tantos elementos (del conjunto *A*), etc. Empero en esta fase preliminar no hacen falta ulteriores precisiones.

d) No vale a identidad de los indiscernibles. Al revés: cada una de las unidades de cada uno de los números es una-de-tantas, una de tantísimas (infinitas), indiscernible una de otra, y, con todo, mantienen su número, y no se reducen y simplifican en una. El dominio de lo numérico (y en general de lo cuantificado) es, justamente, el dominio en que la indiscernibilidad no impone identidad.

A') Cualquiera. Cualquiera es uno-de-tantos al que conviene una propiedad, cualidad, forma. . . *porque sí.* Se distinguió en parte II, Cap. III, § 2, 2, p. 203, entre dos maneras como se cumple el principio de razón suficiente, o cómo se halla siendo la racionalidad entre las cosas: *a)* distributiva, *b)* global o estadística. Cada hombre es uno-de-tantos (y ya uno-de-tantísimos), y además cada uno es racional, y lo es de suyo por esencia —digámoslo así, por vía de ejemplo—; cada número: 1, 2, 3, 4. . . es uno-de-tantísimos (de infinitos) y es cada uno entero, aunque sea cada uno uno-de-tantísimos

(infinitos) enteros. La aritmética parece ser campo de elementos perfectamente racionalizados, campo racional. Mientras que una lotería está montada de manera que no haya razón suficiente para que a *éste* le caiga o no le caiga un premio, aunque haya razón suficiente para una especial distribución total: 1/6, 1/2, etc., para dados...

Diremos que un dominio está *racionalmente* ordenado cuando valga el principio de razón suficiente del todo y de cada una de sus partes; y se dirá que un dominio de cosas se encuentra *determinísticamente* (causalmente) ordenado cuando, como condición mínima, la racionalidad afecte al todo y a cada una de sus partes; mientras que de un campo de cosas en que la racionalidad afecte sólo al todo, mas no a las partes o elementos, se dirá que es un campo *indeterminístico* (acausal). La acausalidad se basa, pues, sobre cosas en que la categoría de uno de tantos ha sido indiferenciada por la de cualquiera; la causalidad (determinismo) requiere la eliminación de la categoría de *cualquiera* en favor, como condición mínima, de la de uno de tantos.

Convengamos, pues, en definir: *cualquiera* es uno de tantos de un Todo, que está, él mismo, y él solo, racionalmente constituido.

La categoría de *cualquiera* no entra, pues, a tenor de la definición, en el dominio de los números; los enteros poseen propiedades como todo o conjunto, y las posee cada uno de los números. De ahí la impresión de esencialidad. Son ellos y son (hechos) de ellos.

Mas lo físico —que o lo sea enteramente cual parece valer de átomos, moléculas..., o que lo sea en parte, cual los vivientes, los conscientes...—, es él, mas no es *de* él. La vida es vida —y no materia, luz, electrón, protón...—; mas no es (está hecha) *de* sólo vida, sino de células, protones, fotones, campos eléctricos..., de multitud de elementos (vgr. de trillones de células nerviosas, de cuatrillones de nucleones...; se trata, como es claro, de números ejemplificantes).

La comunicación de una cualidad o propiedad —vida, inteligencia...—, a la multitud de cosas de que está hecha (es) la vida, la inteligencia, la conciencia, mas que ella: vida, inteligencia, conciencia... no es, se hace tratando a cada uno de tales (tantos) elementos como un *cualquiera* —no como enteros a 1, 2, 3, 4, 5...; como par a 2, 4, 6..., o primo a 1, 2, 3, 5, 7... A la pregunta: ¿por qué *estos n* nucleones viven? hay que responder: porque sí, por pura lotería; les cayó en suerte vivir, a ellos y no a otros del

mundo físico. Si *estos* nucleones que componen actualmente mi cuerpo tuvieran en sí razón suficiente de por qué viven con mi vida, sería yo inmortal corporalmente; estaría hecho *de* ellos como *de* materia propia, tan propia y originalmente mía como yo soy yo, y estoy hecho de *mí.*

Al revés: el que *mis* nucleones son, en realidad de verdad, unos cualesquiera, es condición (necesaria, no suficiente) para que yo sea real y verdaderamente real, y para que pueda plantear con sentido el problema, proyecto y designio de ser inmortal en cuanto a vida (alma, espíritu); y pueda caer en cuenta de que es problema, proyecto y designio el de ser inmortal corporalmente —reencarnación, resurrección...

Mas por ser cada uno de los elementos que integran vida no sólo uno-de-tantos sino un cualquiera no habrá que pedir especiales razones ni causas para que dejen de ser míos o para que lo sean; lo serán o no simplemente, no con simple realidad, mas no con realidad de verdad. Y se deberá estudiar hasta qué nivel ha penetrado la vida: biótica, sensitiva, psíquica, mental, dentro de mi realidad total —¿hasta el orden macromolecular, hasta el molecular, hasta el atómico, hasta el nuclear?

B') Diremos que en un conjunto de elementos cada uno de los cuales sea un cualquiera, las propiedades se reparten de *cualquier* manera. Y este tipo de reparto incluye dos componentes: *a) numeral,* se reparten para unos cuantos, para pocos, para muchos, para todos; y el que se reparta para tantos o cuantos es *porque sí.* Es decir: el reparto puede ser para uno, dos... n, $n + 1$, o todos, mas será siempre *de hecho.* Tanto, pues, que tengan una propiedad uno, como n, como todos, la universalidad o particularidad lo serán de hecho. Mientras que en los dominios de objetos que sean cada uno uno-de-tantos, uno-de-tantísimos... —cual el de los números enteros, racionales, algebraicos...—, es siempre algo perfectamente definido el que tantos justamente tengan tal propiedad —dos focos, la elipse; cinco raíces una ecuación de quinto grado; y tales precisamente esta ecuación $x^5 - 1 = 0$; o el que todos la tengan —ser divisibles por dos, todos los pares; no ser divisibles sino por sí mismos y por la unidad, todos los primos...

Por tanto: en un dominio de cosas, cada una de las cuales sea *cualquiera,* el número de las que tiene una propiedad es puro hecho; la universalidad, puro hecho; la particularidad (algunos, muchos), puro hecho también. Y podríamos definir al revés: siempre que en un dominio de cosas la posesión de una propiedad

esté repartida de manera que sea *porque sí* el que, en un momento o circunstancia, la tengan tantos o cuantos, todos o ninguno, tal dominio está integrado por cosas cada una de las cuales es una *cualquiera*.

Hasta aquí sólo se trata de definiciones.

Las moléculas parecen ser, en realidad, realidades del tipo *cualquiera;* pueden tener cualquiera velocidad, cualquier energía, estar en cualquier lugar de un medio; el que, según las circunstancias —de presión, de temperatura—, la inmensa mayoría de ellas tenga un impulso medio, una energía media..., la presión y temperatura llamadas, en física, fenomenológicas —y quede, en principio, una minoría en que dichas propiedades se escalonen por defecto o por exceso respecto de la media—, no nos importa por el momento; lo mismo que el que en un momento dado no haya ninguna molécula con tal velocidad o con tal energía, será caso más o menos probable —punto a declarar inmediatamente—; mas es posible, por lo pronto, por tratarnos con cosas de tipo *cualquiera*. Probabilidad de todo: del número, por de pronto, de cosas que tienen una propiedad. *b)* Una cosa que sea cualquiera posee una propiedad de *cualquier* manera o en cualquier grado; el que la tenga en alguno, más o menos elevado o bajo, velocidad, energía, lugar..., no pasa de ser *porque sí* —o de hecho. La indiferencia que cree encontrar la física en ciertos tipos de cosas —sobre todo físicamente elementales: moléculas, nucleones..., respecto de cualquier lugar, velocidad, energía, es decir: el campo de variabilidad de tales variables, suele ser infinito o amplísimo al menos, de modo que se sorprende el físico cuando se tropieza con una cosa afectada de una propiedad en grado constante: vgr. luz y 300.000 km/seg—, delata su carácter de cosas *cualesquiera* que tienen una propiedad de manera *cualquiera* también. Las demás cosas, o una cosa cualquiera, pueden llevar una velocidad cualquiera, entre 0 y *c*. La presencia de cosas físicas (o propiedades) privilegiadas. o no una *cualquiera,* constituye excepción; y dejaría, como vemos, de ser propiedad física si en todos los órdenes de propiedades fuera excepción, es decir: pasara a única (cf. aquí § 3).

Lo físico se caracterizará, pues, *no precisamente por estar hecho de materia o energía* —masa o luz—; *cualquier realidad en lo que tenga de cualquiera, es o está en estado físico.*

C') La categoría de *cualquiera* no sólo deja un margen para la determinación de *cuántos* (dentro de un todo) de sus elementos poseen (o no) una propiedad, y otro para la fijación del grado de la posesión, sino que es *porque sí* el mismo número de cosas

—lo de *cuántas* haya. Existen *porque sí,* cada una existe *porque sí; hay tantas "porque sí".* Si una cosa, por ser cualquiera —o para estar en estado de cualquiera—, puede tener una propiedad determinada en cualquier grado, nulo inclusive, tal cosa puede hallarse sin tal propiedad, y hallarse así *porque sí,* y si la tiene será *porque sí;* hallarse sin tal propiedad es, pues, no ser real según ella; mas estar teniéndola, tampoco hace que tal cosa exista *de por sí,* por algo suyo. Es decir: no hay para cada cosa, que sea *cualquiera,* razón suficiente ni para que sea, mientras está siendo, ni para que no sea cuando está no siendo. Que sea, pues, o no sea, es un simple hecho o *porque sí;* es decir: cuántas haya es algo *porque sí.* No se puede dar razón —ni hay razón—, de por qué haya 100.000, 98.000, 102.000... Hay, en principio, un margen de indiferencia a creación y aniquilación. Veremos de precisar más adelante estos términos, referidos a una cosa que sea una *cualquiera.*

Las cosas en estado de cualquiera son, pues, indiferentes o neutrales frente a ser y no ser, a número de las que son o no son, a la manera o grado de serlo.

¿Por qué existen o no existen? —Porque sí.

¿Por qué hay tantas o cuántas? —Porque sí.

¿Por qué cada una es tal o cual? —Porque sí.

Advertiremos que, para no complicar indebidamente las cosas en este punto preliminar aún, podríamos decir que el *porque sí* primero se sigue del *porque sí* segundo y tercero; así evitaríamos existencias fantasmales de cosas sin propiedades o sin grado de una propiedad, ya que de los dos segundos *porque sí* se deduce que es perfectamente posible, por simple *porque sí,* que una cosa se quede sin propiedades en algún grado, o que de repente aparezca algo con tales propiedades o en tal grado, o sea: aparezca o venga al ser *porque sí.*

D') Cualquierismo es, pues, una categoría monótona creciente. Ley de grandes números. De manera bien real nos sentimos los hombres tanto más un *cualquiera* cuanto estemos entre más, según propiedades que se prestan a serlo de *cualquiera*: un ciudadano cualquiera, un manifestante cualquiera, un espectador cualquiera, un creyente cualquiera...; y podemos sentirnos cada uno uno cualquiera —Don Nadie—, con sentimiento de agrado o de desagrado; y tanto más cuanto mayor sea la ciudad, la manifestación, o mitin, el público de un cine; las leyes están hechas para hombres, cada uno de los cuales es un cualquiera —ciudadano—; y solemos tener ideas cada uno como un cualquiera, como tantos y

tantos, y a la manera de tantos y tantos. Nos acecha realmente la mediocridad mayoritaria; y todo: ideas, creencias, moral, conocimiento, estética... se reparte según la norma de *cualquiera,* o está afectado de la categoría de cualquiera; afección que le viene a todo —religión, arte, ciencia, leyes...—, por caer más o menos profundamente en la esfera de lo físico y de lo matemático: del cualquierismo y del uno de tantos. O bien, dicho a la inversa —cuál sea el punto central de esta relación, se discutirá en su momento—: la infiltración de lo físico y de lo matemático en los estratos superiores les comunica, a cada uno en su modo y grado, el cualquierismo. Por tanto: cuanto más elementos haya en un orden —más hombres en la tierra, más fieles dentro de una confesión religiosa, más miembros en un partido, más manifestantes en un desfile, más espectadores en un cine, más obreros en una fábrica...—, crecerá el *cualquierismo* real y verdaderamente. Y proponerse, por una decisión, el plan y designio de aumentarlo (o disminuirlo) será decisión *metafísica* —superior a decisiones por motivos religiosos, políticos, sociales, físicos... naturales.

E') Mayoría es la forma peculiar de universalidad, correspondiente a cualquiera; y *mediania* es la forma de necesidad, peculiar a cualquierismo.

Cualquiera es, de suyo, uno cualquiera de muchísimos, cada uno de los cuales es y es tal *porque sí,* y deja de ser y de ser tal *porque sí,* sin más ni más; justamente por ser un cualquiera y a manera de cualquiera. Si por N simbolizamos los muchísimos —o estado de pluralidad propio de cosas que sea cada una una cualquiera— siempre habrá un margen $N - n > 0$, siendo n muchísimo menor que N, $n << N$, o de cualesquiera que son porque sí y dejan de ser porque sí; impiden, por tanto, una auténtica universalidad que, de suyo, no consiente ni más ni menos, ni oscilaciones entre extremos —cual la de todos los pares, todos los primos...

Se puede, pues, escribir $N >> n$; y por ser N mucho mayor que n, N es una *mayoría;* y por ser $n > 0$, mas $n << N$, n es una minoría. Tal es, con gran verosimilitud —y por ahora no nos hace falta afinar más—, el tipo de realidad propiamente físico, y el de las cosas que tengan por ingrediente actual lo físico. No tiene sentido real hablar de todos los electrones, de todos los nucleones..., no porque en un momento dado puedan surgir nuevos electrones y nucleones, por transformaciones de neutrones o al revés, sino porque, en cualquier circunstancia, protón, neutrón, electrón... —por ser cada uno uno cualquiera—, no dan sino un

total de tipo mayoría; y si en un momento dado tuviera sentido decir: están siendo *todos* los electrones, como extensión plena y rellena del concepto de electrón, tal totalidad sería simplemente *de facto*. Hay, pues, un margen de elementos *porque sí*, sin más ni más, que son y dejan de ser. La extensión actual de electrón, protón, neutrón... es por modo de mayoría, jamás de totalidad. Y tal es el tipo peculiar de universalidad correspondiente a cosas que sean, cada una, una cualquiera.

Por igual motivo: cosas, cada una de las cuales sea una cualquiera, poseen una propiedad —forma...—, por modo de *mediania*. Lo cual incluye dos partes: *a)* es la mayoría, en rigor, la que posee tal propiedad en estado de medianía, o medianía es la manera como una mayoría —del tipo de cosas de que estamos hablando—, posee una propiedad, cualidad... De modo que mayoría define y da la norma de qué debe entenderse por *medianía*. Así la temperatura media de una masa de gas —en recipiente...—, es la que tienen la *mayoría* de las moléculas, y tal temperatura media es la real aparencial, la que realmente delata un termómetro y la que cuenta realmente en una máquina macroscópica de vapor; *b)* La minoría —$n << N$, $n > 0$—, posee tal propiedad o grado superior o inferior al medio de la mayoría: al *mediano*. Superior e inferior no tienen, por lo pronto, sentido valoral alguno. Así dado un millón de moléculas a temperatura t', podrá haber $\pm \sqrt{10^6} = 1000$, cuya temperatura sea superior a t' o inferior a t'. *Podrá* haber 1000; no es necesario; en un momento dado pudiera no haber ninguna, y estar todas, por el momento, a la temperatura t'. Universalidad fáctica; no confundir con universalidad estricta.

Si, por ejemplo, los hombres somos ya en número suficiente para que se establezca la categoría de cualquiera —cada uno seamos ya, por ser tantísimos, uno cualquiera—, todas las cualidades humanas —religión, arte, sociedad, ciencias...—, se resentirían, y estarían sometidas a un modo de *medianía:* el modo o grado con que la mayoría las posea; y surgirán espontáneamente, sin más, con eficiencia propia propaganda, consignas, dogmas, catecismos, manuales, prontuarios, opinión pública, mayorías políticas, noósfera: estado de *medianía* de tales propiedades, o forma como se hallan en *mayoría*.

La minoría contará progresivamente menos, frente al crecimiento de la mayoría: mayoría aplastante, aunque en valor absoluto crezca el margen otorgado a la minoría. Así si el margen de fluctuación está dado por $\pm \sqrt{n}$, para $N = 100$, $n = \pm \sqrt{100} = \pm 10$;

para $N = 10{,}000$, $n = \sqrt{N} = 100$; para $N = 1{,}000.000$, $n = \sqrt{10^6} = 1{,}000$ etc.; y es claro que las minorías crecen de 10, a 100, a 1,000 etc., mas la proporción con las mayorías es 10/100, 100/10,000, 1,000/1.000,000 o sea, 1/10, 1/100, 1/1,000... Habrá que estudiar, pues, cuidadosamente como problema ontológico y metafísico si en un dominio dado surge, o existe ya, la categoría de uno cualquiera, pues su eficaz presencia afectará a todo —en unos casos real, en otros real y verdaderamente. La física actual frente a la clásica se distingue, precisamente, por haberse sentido forzada a introducir, o recurrir, a la eficaz presencia de la categoría de *cualquiera* en creciente número de dominios.

Moléculas de un gas —cada una una cualquiera entre muchísimas, vgr. entre 10^{21} por mol—, y las propiedades, vgr. presión, temperatura... se distribuyen en forma propia entre mayoría y minoría. Teoría estadística clásica. Nube de electrones, gas electrónico, corriente de electrones en alambre, nube de fotones emitidos por una lámpara, por el sol..., cada uno uno cualquiera de muchísimos, y con especial tipo de distribución estadística de las propiedades físicas correspondientes entre mayoría y minoría.

Una estrella es una de tantas como hay en una galaxia, vgr. mil millones por galaxia, con distribución especial para tal tipo de cosas —estadística estelar o astronomía estadística.

Una galaxia es una de tantas, una cualquiera de tantísimas como hay en el universo, vgr. la nuestra es una cualquiera de los mil millones de galaxias como tal vez hay en el universo. Etc.

Se trata, pues, de un problema de ontología y de metafísica; sólo que, como ahora es suficientemente claro, resulte natural el que fuera primero en física donde se notó imperiosamente la necesidad, impuesta por lo real mismo, de introducir la categoría de *cualquiera,* y sus características.

La dosis o proporción de elementos de tipo *cualquiera* dentro o constituyentes de un ente, o su auténtica y básica materia, no diremos aún que determine las propiedades, mas sí el modo o estado de poseerlas: como está siendo el lugar, como está siendo el tiempo, como es viviente, es pensante, volente, religioso, social, político...

El llevar estadísticas de todo, recuento de mayorías y minorías, es síntoma de la época actual, es decir: de que se impone brutalmente la categoría de cualquiera, por ir aumentando el número de los que son, cada uno, uno cualquiera; y cabrá ya plantearse el problema: ¿nos *pondremos a* aumentar el número de cosas —hombres, electrones, nucleones, células...—, *decidiéndonos* a implan-

tar la categoría de cualquiera en el mundo, por secundar —con aparatos, instrumentos...—, según causas eficaces, rectoras, ocasionantes la tendencia del mundo natural, mejor del Universo, o *nos pondremos,* por una decisión metafísica —suprarreligiosa, supramoral, suprapolítica...—, en dirección contraria?

Se trata de *decisión* —sobre proyecto y designio—, *metafísica,* de que se hablara en su lugar. Mas antes de llegar a él, y *aun antes de* que nos planteemos, o nos hayan planteado tal problema —y lo que implica de decisión, con proyecto y designio—, *nos hallamos ya* en un mundo integrado por un notable, y notablemente creciente número de cosas, cada una de las cuales, en su orden —físico, biótico, social, religioso...—, es una cualquiera de tantísimas —una cualquiera de 10^{1000}, de 10^{21}, de 10^{9}...; por tanto:

Dato IV. 2. "*Aun antes de que* nos propongamos nada en este contexto de ideas, *nos hallamos ya* siendo, moviéndonos y viviendo dentro de una *minoría* numérica, que, por serlo *de* y *respecto* de una *mayoría* creciente, es relativamente cada vez más una *minoría menor*". En todo: ideas, actitud, trato, instituciones, gobernantes, obras: religiosas, sociales, políticas, estéticas, científicas..., fabricación en serie, mercancías, propaganda...

Y esto es, por lo pronto, un *dato* básico del mundo en que nos hallamos *filosofando:* o frente y contra el cual nos hallamos filosofando; o, conformándonos sencillamente con él, nos dedicamos —cual la mayoría lo impone, cada vez con mayor apisonante fuerza—, a filosofar según *cualquiera* y según la mayoría de los cualquiera, y según la medianía como es todo cada uno de los crecientemente muchos cualesquiera sobre que está montado el mundo en que nos hallamos encajados, *aun antes de que...*

El hombre, pues —y eso somos, por lo pronto lo es el que esto escribe y los que me leen—, está siendo en la categoría o estado básico de *cualquiera.* Y de uno cualquiera de *muchísimos.* Es uno de los componentes, no el único —como se va a decir a continuación—, de los *muchísimos.*

Aludiremos compendiosamente a lo anterior bajo la fórmula *principio de cualquierización,* frente a principio de *individuación,* etc.

§ 2. Categorías de particular e individuo

Dato IV. 20. "*Aun antes de que* caigamos en cuenta, expresa y tajante, de las diferencias entre las categorías de particular e individuo, por un lado, y de uno de tantos y cualquiera por otro,

nos hallamos ya siendo, moviéndonos y viviendo en un mund con notable dosis de particulares e individuos, con real y constant tendencia a caer, cada uno de nosotros, y cada cosa del mund en individuo cualquiera y en particular cualquiera".

Expliquémonos:

A) Categoría de *particular*

Una cosa es naturalmente una; sea dicho repitiendo el prin cipio de identidad —y con una verdad tan vaga como la de é Mas su unidad puede adoptar diversos tipos y grados. Reduzc monos a dos, complementarios de alguna manera: *a)* Una co puede ser una porque se distingue de las demás, pero sin pose positivamente propia unificación interior. En este caso la unida interna es secuela o está condicionada por el modo o procedimie to de distinguirse de los demás. Así el aire de esta habitación, agua de este vaso, de este río... es *el* de *esta* habitación, *la* d *este* vaso, *la* de *este* río... porque hay una realidad que ejer la función de separarla del aire de estotra habitación, o del de l atmósfera, del agua de este vaso, o de la del mar; aquí la un dad interna es simple secuela, aunque real, de la distinción d los demás. *b)* Cabe el caso complementario: que una cosa sea un en virtud de una propia e intrínseca unificación, siendo secuel de ella la distinción de los demás. Tal parece ser el caso de u cristal, de la tierra, del cuerpo de un viviente...; todas estas cos parecen —y con esta impresión nos basta por el momento—, est tan peculiar y positivamente unificadas por dentro, de suyo, que estar separadas y ser distintas de las demás —cristal, de los cuerp amorfos; Tierra, de todo otro planeta; hombres, de los demás hon bres y vivientes...—, es secuela real de la interna unidad, positi e intrínseca.

Convengamos en aplicar la palabra *particular* al caso *a)* y la *individuo* al caso *b)*. Y diremos que una cosa es un particular e el primer caso; y un individuo, en el segundo; designando, p tanto, particular e individuo dos grados especiales de unidad, unificación de las cosas.

Afinemos un poco más cada caso —y aquí, en este moment el de *particular*. Un tabique o recinto cerrado, la película de u gota de agua, la celda de energía que contiene un cierto número moléculas, una capa electrónica —con 2, 8, 18 electrones—, la me brana de una célula..., la clase social a que uno pertenece, casa de uno frente a la del vecino, la religión de que se es fi la nación de que se es ciudadano... son, entre miles más, bonit o sutiles envolturas, cada una real a su manera y en su grado

virtud, de cosas que se distinguen y separan unas de otras, del mismo orden; y por tanto hacen a cada una *esta* —este gas, esta gota, este fiel, este ciudadano, este vecino... frente a estos otros. Internamente esta gota de agua es igual que esta otra; las divide y hace esta o esta otra la película con tensión superficial propia que las separa, y mientras se las mantenga separadas. Empero al quitar tal aislante, fúndense en una dos masas de agua, dos volúmenes de aire...; se equilibran en unidad de temperatura, de presión...; mas no se altera, al parecer, la cantidad total de realidad —vgr. número de moléculas. Apretemos, pues, un poco más la conceptuación: *a. 1)* Una cosa será real y propiamente un *particular* —uno por modo de particular—, cuando su orden posea *tipos especiales de aislantes* —no se aisla esta agua de estotra por nacionalidad, vecindad...; y este hombre continúa siendo éste en ciudad, casa y campo libre...

a. 2) El aislante determina positivamente el *número de cosas aisladas* —y no sólo otras propiedades. Así hay celdas de energía que sólo admiten una partícula; otras, dos; otras, *n*, sin límite en principio. La estadística clásica, en física, supone que, de suyo, una celda de energía puede contener, sin confundirlas, cuantas partículas de gas (moléculas) se quiera, o se imponga por presión; mientras que, según otras estadísticas, en una celda dada no caben más de una, dos o *n* fijo. Dicho en otra forma: en una celda (aislante) clásica caben n_1 partículas, sin que su número se reduzca por estar encerradas en el mismo recinto, y separadas así de las de otras celdas, siendo, por tanto, las n_1 *éstas*: *este* volumencito, *esta* masa...; empero el encierro en tal tipo de celda tiene por efecto rebajar cada molécula a la categoría de *cualquiera:* cada una es una cualquiera de las n_1 moléculas de tal celda; lo cual se traduce matemáticamente por poner en el mismo pie de trato sus distinciones de orden: es igual *abc* que *bca,* que *cab...;* es decir: no hay modo de distinguirlas según el orden (espacial, vgr.) que tengan dentro de la celda; les falta raíz de localización propia, y no tiene sentido físico distinguir entre *abc* y *acb,* respecto de lugar. Su número continúa siendo 2, 3, 4...; mas sus permutaciones o posibilidad de asignar a cada una su lugar dentro de cada distribución en el espacio no posee sentido real físico. Por lo cual la física, al establecer la definición de probabilidad de un estado, pone en el numerador $n!$, y divide por $1!, 2!, 3! \ldots (n'-1)!$, $n'!$ el numerador, que es el que cuenta como diferentes las diversas permutaciones, cual si fueran individuales. Advirtamos, pues: una cosa entrará, propia y realmente, en la categoría de

particular, si el estar siendo separada de otras —siendo, pues, ésta frente a otras—, reduzca realmente sus propiedades (o algunas) de distinción interior: las *uniforme;* lo cual es adquirir ciertamente una unidad interna por modo de nivelación, de preterición real de distinciones. Y nos hallaremos ante una *partícula,* cuando las celdas (aislante) influyan hasta en el *número* de las cosas aisladas o distinguibles dentro de ella; la celda *A* no da para distinguir más que una partícula de las demás; la celda *B* puede distinguir realmente *un* grupo de dos de las de otras celdas con 3, 4, 5...; mas siempre hay dentro de una celda, y sea cual fuere su poder de reducir el número, una unificación de alguna propiedad, unificación que vuelve a cada una de las cosas dentro de una celda una *cualquiera.* Aunque, pues, no entre en una celda sino una cosa, por el mero hecho de entrar queda su preliminar unidad rebajada al tipo de *una cualquiera.* Los físicos —al decir matemáticamente lo que en ciertos fenómenos estaban notando—, saben ponderar exactamente la distinción entre uno y uno-de-tantos; uno, y uno de un conjunto, conjunto (aislado) de 1, 2, 3... elementos, y los elementos 1, 2, 3, 4... de un conjunto; en el primer caso, conjunto (Todo) reduce los elementos a particulares; en el segundo, prepondera el estado libre de los elementos que aluden al (eliminado) conjunto; cada uno es ahora cada uno; antes, cada uno era uno cualquiera.

a. 3) El aislante ejerce funciones propias, de otro orden, frente a las propiedades de los elementos. Forma de distinción real entre los tipos de realidad del Todo y de sus partes. Dentro de la frontera de una nación cada ciudadano es uno cualquiera de sus ciudadanos, y las leyes se cuidan de que sea y se porte como uno cualquiera —sin excepciones, privilegios, exenciones, gracias..., sin que pueda hacer valer su nacimiento, ideas religiosas... Mas tal celda, que es la Nación, no prefija, cual ciertas celdas, el número de individuos; puede aumentar o disminuir, y aun habrá leyes (protectoras) para que aumente, con o sin cupo fijo. Es claro, no obstante, que fronteras (geográficas, legales...) son realidades más sutiles que vaso respecto de agua, celda o nivel energético frente a fotón, electrón, moléculas..., y que cada tipo de aislante, sea material o no, ejerce funciones propias que no son, de suyo, del tipo de los elementos encerrados y unificados. Son de tipo *Mundo* (Cap. III, § 1); es decir: celda es celda *de* tal tipo de cosas, con reparto y coajuste peculiar entre ser y entes, para tal dominio. Cae, pues, todo aislante en el orden del *ser,* y las cosas aisladas (unificadas) en el de *ente,* dando celda y cosas un mundillo, cerra-

do, equilibrado y unitonal —cada mundillo a su manera. Sin olvidar que *ser* no es ente determinado ni cosa condenada a ser sólo ser, sino estado de ciertas cosas o propiedades de determinados entes. No es éste el momento de estudiar más finamente tal tipo de mundillos; la Ontología, la Metafísica se encargarán de ello.

El coajuste entre vaso y agua es, por lo pronto, claro que no cabe entre agua y agua; el agua está colocada en el vaso... Todos los ciudadanos son iguales ante la ley, sea cual fuere su...; todos los fieles de una confesión son iguales ante los dogmas, ritos, moral..., sean los que fueren en cuanto riqueza, belleza, nobleza... La ley los iguala positivamente, y fuerza a que se comporten como iguales; mas de nuevo, ley distingue unos particulares de otros —de otras naciones, religiones...—, con funciones más sutiles (de ser) que las concretas propiedades de los hombres (entes), siempre en coajuste y reparto de ser y ente, peculiares a cada dominio de cosas.

Por donde se echa de ver que ser un particular, o tener unidad por modo de particular, es un estado que puede afectar más o menos profundamente a un ente y a sus propiedades. No ofrece especial duda el que, al aumentar el número de cosas dentro de un dominio, constituido en mundillo con su componente de Ser en funciones de aislante, aumente la cantidad de *cualquierismo* de las cosas (entes) incluidas en él, y es claro que la extensión e intensidad del cualquierismo dependerá del tipo de cerradura de un mundillo frente a otros —mayor cualquierismo dentro de confesiones religiosas que dentro de partidos políticos...

A la inversa: por el grado de cualquierismo impuesto a las cosas de un dominio conoceremos el grado y potencia del aislante, de las realidades que actúan de ser de tales entes, de su mayor poder para distinguir (separar, encerrar...) que para unificar, ya que tal predominio impone unificar por uniformar.

Según la medida de cualquierismo podrán asemejarse realmente hombres y moléculas, tratarlos con iguales métodos —estadístico. O correlativamente: la eficacia, y la posibilidad básica de hacer recuento de grandes números: de hombres, moléculas... de emplear el método estadístico, nos da el grado de cualquierismo de un mundo o mundillo, y la potencia uniformadora de dicho mundo.

Hay, pues, de pronto dos principios-raíces del estado de *cualquiera:* el número creciente y el tipo de cerradura de un dominio dado.

Dato IV. 21. "Aun antes de que nos hagamos ahora, o haya-

mos hecho cuestión. problema o designio acerca de nuestra entrada o permanencia de nosotros y de las demás cosas en mundillos de estilo y poder particularizante, *nos hallamos ya* dentro de muchos y variados mundillos de tal estilo; siendo, por tanto, actuando y viviendo dentro de ellos cada uno en diversos grados como uno *cualquiera,* es decir: como un *particular.*"

Cada uno de nosotros, cada yo, se está siendo a sí mismo —previamente a toda cuestión, plan, decisión—, como uno de tantos, como un cualquiera, como un particular. Y será de ver qué significa aún *yo* en cuanto original y ejemplar *único* —actual y posible.

Yo estoy siendo, soy un particular. Yo soy (estoy siendo) un cualquiera. "Yo soy (estoy siendo) uno de tantos —hombres, vivientes, cuerpos. . ., ciudadanos, fieles, partidarios. . .—" tiene —adquiere y ha adquirido ya—, *aun antes de que. . .,* real y perfecto sentido.

El equilibrio entre los diversos estados del mismo yo es problema aparte que irá surgiendo, con mayor acuidad y urgencia, a medida que progrese nuestro estudio.

Añadamos que el *nosotros* (vosotros. . .) se impone como natural lenguaje para todo hombre que esté siendo particular, cualquiera, uno de tantos; y que *nosotros* en un estado real de todo lo de todo el hombre —cuerpo, alma, potencias y sentidos. . ., ideas, mente, voluntad, moral, vida social. Al pensar yo como uno de tantos, o un cualquiera, en rigor somos *nosotros* quienes pensamos; al practicar la religión, el derecho, como un particular, como un cualquiera, como uno de tantos, propia y realmente somos *nosotros* quienes creemos, adoramos, pecamos, pagamos impuestos, obedecemos. . .

B) Categoría de *individuo*

Una cosa puede ser una según un tipo de unidad tan propia y positivamente suyo que, respecto de ella, la distinción —separación, división, repulsión. . .—, de las demás de su orden resulte secuela de tal unidad.

Dato IV. 22. "Aun antes de que, expresa y definitivamente, hayamos caído en cuenta de las características del tipo de unidad de individuo, *nos hallamos ya* siendo individuos y tratándonos con cosas, que a su vez nos tratan como *individuos.*"

Sol, Tierra, estrellas. . ., cada hombre, cada caballo, cada planta. . . nos parece ser tan positiva, interna y propiamente una que

su distinción respecto de las demás —inclusive, las de su orden—, parece cual secuela sin importancia ni repercusión sobre tal unidad. Que haya otros gatos que el de casa, que haya más limoneros que los de mi patio... parece, sin más, no importar ni atentar positivamente contra la unidad, interna y propia, de este hombre, de este gato... Todas estas cosas son, seguramente, cada una una *cualquiera;* pero, además, cada una es un *individuo* —coajústense como se coajustaren en una realidad estos dos tipos de unidad. Precisemos sus caracteres: *b. 1)* Por contraposición con uno cualquiera, se podría decir que un individuo ha asimilado el aislante, trocándolo en piel, epidermis o dermis —membrana, costra...—; o al revés: que, si en una cosa nace algo así como piel, costra, membrana..., es una por modo individual. Con terminología matemática —precisa y clara para los técnicos—: en un cualquiera, dos cualesquiera, tres cualesquiera..., el aislante hace de *cota* —haya o no una cota inferior o superior (límite)—, mas la cota no pertenece a lo acotado, como $\sqrt{2}$ no pertenece a la sucesión de racionales que lo definen; $\sqrt{2}$ es una *cortadura.* Un cualquiera está acotado, como $\sqrt{2}$, por su aislante, por su principio de cualquierismo; mas tal cota no llega a ser límite *suyo,* finitud propia. Un individuo es positiva y propiamente finito; un cualquiera es, de suyo, no finito; y, por ello, no definido.

b. 2) Los elementos componentes internos de una cosa que sea un individuo se hallan *unificados,* mas no uniformados, o cualquierizados. Por tanto, no son intercambiables; poseen, pues, un cierto orden; y no tienen ya sentido real, ni reales propiedades, las permutaciones; son, en cierto grado al menos, imposibles. O el individuo hace, en cierto grado, imposibles las permutaciones de los mismos elementos *cualesquiera* que tenga —en su base física. Anulación de las propiedades asociativa, conmutativa... Modelo en este punto son los vivientes: sus órganos no son permutables de lugar, de energía, de función..., y se mantienen en un grado de temperatura más bien bajo —mucho más cerca del cero absoluto, $-273°$ C., que de los millones de grados de temperatura del centro de las estrellas o de una bomba atómica. Es que el calor a gran temperatura reduce realmente las cosas y sus propiedades al estado de *cualquiera;* o es el calor y temperatura indicio real, si no causa *eficiente* real, del grado de cualquierismo —a no ser que queramos invertir la proposición, punto a tratar, de suyo, en Metafísica al poner toda cuestión en plan de realidad de verdad, frente a lo simplemente real o aparencial real,

en que nos hallamos en *Prolegómenos.* A la inversa: la unidad individual tiene que mantenerse en grados más bien bajos de temperatura; y contra sus moderadas alzas y bajas se defiende el auténtico individuo por multitud de procedimientos —homeostasis. . .

Cuando los elementos internos de una celda son realmente unos cualesquiera (o un cualquiera) son, en principio, intercambiables por los de otra; la celda, como se acaba de decir, fijará cuántos elementos caben en ella, cuántos puede distinguir de los demás de otras; mas no cuáles. En un individuo su piel, membranas, costra. . . no sólo determina (exactamente, o entre límites fijos) cuántos sino cuáles; de modo que no es posible ya cambiar los de una celda por los de otra. Tal cambio implicará, de ser posibles, un metabolismo, no un simple cambio de lugar; mientras que entre los elementos de dos celdas de elementos *cualesquiera* cuentan como diferentes realmente, y para efectos físicos, el número de permutaciones de los elementos de una celda por los de otra (u otras). Es que, realmente, cualquiera puede estar en cualquier celda, y este cualquierismo es algo real, y como real se nota en lo físico.

En principio, un individuo que sea realmente tal, y en la medida en que lo sea —que no necesita serlo todo él y en todo lo de él—, es tal o cual: un cierto *este,* y no puede ser cambiado, sin más, por *estotro;* y no puede trocarse, sin causa real, aquí por *allá,* si aquí-allá son propiedades individuales ya.

La cerrazón de un viviente frente a los demás se halla basada en esta imposibilidad de *trastrueques,* tan característica de los elementos de los gases —de moléculas, fotones, electrones. . .; expresión definida ya, y, por el momento, suficientemente clara.

b. 3) La distinción —lógicamente necesaria, y, si tomamo la lógica en serio o en real, realmente necesaria—, entre Tod de n elementos y los n elementos de tal Todo —$T(n)$, $n(T)$—, s acentúa cuando el Todo es un individuo; los n órganos de u viviente, sólo cuando están siendo dentro del Todo correspo diente —hombre, gato, rosal. . .—, adquieren piel, o forma típic orden funcional. A las moléculas o macromoléculas integrant de una simple célula viviente sucede lo mismo: $T(n)$ es realmen distinto de $n(T)$. De este nuevo carácter de positiva totalid de un individuo se sigue una no menos positiva y peculiar disti ción de los demás de su orden, o de otros afines. En todo ca piel, membrana, conservan un cierto grado de *ser* frente al p eminente estado de *ente* de los elementos internos; piel, memb na, etc., son, en grado y modo propios, lugar de *trans*parenc *tra*siego, *per*meabilidad (selectiva). . .

Cada individuo es, pues, un mundillo, con su peculiar coajuste y reparto de su realidad total entre los estados de ser y de ente, sólo que es *individuo* lo que *su* realidad se halle en estado de ser: es ser él y *de* él, ser de su ente; y avánzase en la apropiación de ser por ente, y, por tanto, en la subsecuente separación de individuo, por su ser y por su ente, de los demás. Por el contrario, lo que de ser hay en las celdas (o aislantes), característico de la categoría de cualquiera, no es *de* los entes incluidos en ellas; y por no serlo *de* ellos, pueden cambiarse y cambian según ley real fija los de una celda por los de otra (estadística).

Por su piel, membrana... un individuo se *abre sólo* hacia los otros, en cuanto otros ya, con los que no es intercambiable sin más, cual si todos, él y los demás, fueran uno cualquiera, sin fundamento para estar uno aquí otro allá, uno dentro otro fuera...; respecto de un individuo ni él es un cualquiera ni son los otros —aunque sean de igual especie—, unos cualesquiera. Los otros son ya su *ambiente* (especial tipo de mundo). Mientras que en el caso de cosas, cada una de las cuales es una cualquiera, la celda de energía, el nivel energético... separa unos cualesquiera de otros cualesquiera; lo cual no es separarlos, pues quedan aún intercambiables, ya que la celda (aislante) no es *de* uno —cual los límites numéricos racionales, que indiferentemente pertenecen a la sucesión ascendente o a la descendente; así que no *recortan* nada, pues, en rigor, no son de ninguna sucesión.

Dando una somera mirada a lo anterior diremos: el dominio de lo matemático se caracteriza por la categoría de *uno-de-tantísimos,* no por la de cualquiera ni por la de individuo; el dominio de lo físico, por la categoría de *cualquiera;* el dominio o reino de lo viviente (biótico), por el predominio de la categoría de *individuo;* la relación entre los dominios físico y viviente tiene lugar mediante la categoría de *particular*. Qué dosis de cada una de estas categorías sea compatible con las características de cada dominio será punto a tratar más adelante. Problema parecido se presenta en física clásica, bajo la forma de equilibrio entre las diversas fases (estados) de un elemento o varios, y ha sido perfectamente resuelto por la *ley de las fases.* La unidad total de un ente concreto, viviente o no, pudiera ser unidad real de equilibrio o composición entre diversos tipos de unidad de sus integrantes. Todo ser es uno; mas puede serlo con unidad resultante de varios tipos de unidad. Cortemos este tema aquí.

Así que: "*aun antes de que* nos hayamos planteado todas estas cuestiones, de suyo teóricamente previas, *nos hallamos ya* siendo

individuos y dentro de un mundo con una dosis, fácticamente tal cuando menos, de cosas cuya unidad entra en los tipos de uno de tantos, cualquiera, particular e individuo".

Secuelas inmediatas: a) yo puedo estar siendo yo por modo de individuo, y estar siendo así en una, dos, tres o más propiedades, o en ninguna o tal vez en todas. Cuando digo: yo veo, yo oigo, yo siento, yo digiero, yo ando... el yo que de sí dice (y está siendo) tales propiedades es el yo en estado individual, o yo individuo; no el yo como particular, pues los límites de ojos, oídos, estómago, nervios, piel... me pertenecen, inclusive si en algún trozo se me injertaron. Por este real, comprobadamente notado individualismo, de ciertas partes de mi realidad, puedo decir, y digo sin más: *mis* ojos, *mis* oídos... Tales *datos primarios* (cf. Parte I, Cap. I, § 2) lo son *del individuo* y *para el individuo.*

No tiene ya el mismo sentido real hablar de *mis* moléculas, de *mis* átomos, *mis* nucleones... de *mi* campo gravitatorio (de mi peso), porque todo ello corresponde al dominio de la categoría (física) de *cualquiera,* y cuando más, a su inmediata modificación por la de particular. Todo ello y más que no hay por qué enumerar aquí, es realmente mío, mas no de yo (o mí) en cuanto individuo, sino en cuanto uno cualquiera, o un particular.

b) No me extrañaré de que, al estar siendo yo como un cualquiera o un particular, el *mi* —aplicado a moléculas, átomos, nucleones...—, se reduzca más bien a pretensión de posesión que a posesión de estilo individual. Quien se nota siendo un cualquiera, o tratado como uno cualquiera, debiendo comportarse como uno cualquiera o particular, es el mismo yo, mas en ese estado de superior unidad que es, al menos, el yo en estado *individual*: caigo yo, como un cuerpo cualquiera; padezco de calor o frío como un cuerpo cualquiera... Al estar siendo yo ideas, normas, reglas —políticas, religiosas, jurídicas...—, como un particular, el yo, mi mismo yo en estado de individuo se siente y está siendo por dentro un cualquiera (uniformado, unánime); y hacia fuera, hacia los otros —de otras confesiones, de otros partidos políticos, clases sociales...—, se siente bien distinto de ellos, y aun los nota como enemigos, adversarios, obstáculos, peligros de su cualquierismo interior; y más aún, siente mucho más lo que es —católico, protestante, comunista, idealista, subjetivista...—, por no ser los otros, por lo que le distingue de los otros —por los tipos de aislantes—, que por lo que él positivamente es.

c) Respecto, pues, de cada propiedad o cualidad habrá que estudiar en qué estado de unidad se puede hallar: en principio, en

todos; cuánto de ella se halle en tantos o cuantos estados; y los cambios de dosis o distribución entre los diversos dominios. Se podrá, pues, vgr. ser idealista, católico... por modo de un cualquiera, de particular, de individuo, según dominios peculiares, y según diversos tipos, y aun de vez según diversas propiedades —moral, política, ideas...

d) Y si el filosofante es —como nosotros o al menos cual el que esto escribe—, inevitablemente hombre, habrá de poderse percibir si está pensando, hablando, sintiendo como un cualquiera —respecto de tal o cual cultura, religión, política—, o como un particular, o como individuo; y complementariamente: cada cuestión tendrá que plantearse teniendo presente, para planteamiento y respuesta, en qué estado se halla planteada y en cual estado tiene que responderse. Vgr. ¿la filosofía griega está hecha por yos en estado cada uno de uno cualquiera, de un particular o de un individuo? ¿No se percibe en ella el predominio, dentro de cada yo (filosofante) de estado de cualquiera, o de particular, más bien que el de individuo? ¿El filósofo medieval cristiano es *yo* por modo o estado predominantemente de particular —más bien que de individuo o cualquiera? ¿El no haber sospechado que yo, en cuanto individuo al menos, puede servir de base al filosofar, no provendrá de que si el estado del yo (que filosofa) —que deja hablar al ser y al ente por su boca—, es el de cualquiera o el de particular, no puede ni siquiera surgir la sospecha de esotro estado de yo en cuanto yo, que es el estado individual del yo?

Dato IV. 23. "Aun antes de que nos hayamos percatado los filosofantes actuales del carácter propio de estos tipos de unidad —posibles estados de todas las cosas, entre ellas, el hombre y yo—, *nos hallamos ya* los filosofantes actuales filosofando como *individuos,* y no cual uno cualquiera o un particular." De modo que, inclusive para filosofar *yo* como un particular —particular de un partido, iglesia, comunidad...—, es preciso hacer violencia, inicial y continua, a la tendencia e instalación inmediata del filosofar *actual* en el modo de unidad de *individuo.* Yo, y no otro, soy quien existe; yo y no otro soy quien piensa... De qué tipo sea este dato se tratará más adelante.

e) El individuo, o la cosa que esté siendo lo que es en estado de unidad individual, está *antirrelativisticamente instalada.* Una molécula es una *cualquiera* de tantísimas moléculas, sin privilegio alguno respecto de lugar, impulso, energía...; un cuerpo en reposo es un cuerpo *cualquiera* de tantísimos en reposo; por tanto ninguno puede ser sistema privilegiado de referencia para los fe-

nómenos físicos; un cuerpo en movimiento rectilíneo y uniforn (inercial) es un cuerpo *cualquiera* de tantísimos como pueden ll var en un momento dado velocidad inercial, y, de consiguiente, r puede servir él —aunque en un momento dado fuera el úni cuerpo que en tales condiciones hubiera en el universo—, de sist ma privilegiado de referencia para las leyes físicas; una galax es una galaxia *cualquiera* de los miles de millones que hay; ca una una cualquiera, por eso si cada una se aleja de las demás, t dilatación del universo no tiene centro privilegiado de que tod se alejen; y un fiel, llámese como se llamare, es un fiel *cualquier* y no tiene ni puede tener ni debe tener una interpretación person suya, ejemplar y rectora de todos los demás; ni dogmas, ritos, mor pueden admitir referencias particulares a alguno en cuanto par cular (fiel) de una colectividad —iglesia, partido político, (tado, etcétera.

Vale, pues, la inversa: el individuo, o la cosa que esté sien en estado de unidad individual, está siendo, en igual grado (que sea individuo, centro de un mundo, lugar privilegiado —ti ne *su* ambiente, *su* mundo, *su* campo, *su* medio...

Y si toda una colectividad se halla en estado individual, y r en estado de una cualquiera —nube entre nubes, corrientes (electrones frente a otras corrientes de electrones, galaxia entre ta tas otras galaxias...—, hará, en su grado, de centro del correspo diente mundo. Si las naciones modernas, vgr., fueran colectivid des en estado individual, con perfectamente consecuente derecl se sentirían cada una centro del mundo cultural, político, soci literario... No así los tipos de colectividades de otras épocas h tóricas.

Mientras se creyó que Tierra, Sol, Luna... eran objetos i dividuales, únicos en su orden, Tierra, Sol, Luna... eran t nombres propios como Platón, Júpiter, Aristóteles...; la humanid terrestre se creyó centro del mundo geométrico, centro religios único y definitivo; centro biológico, único habitable y habitad Y los filósofos discutieron sobre el principio de *individuación*, s caer en cuenta de la necesidad de estudiar principios de cualqu rización, de particularización...

La relatividad ha surgido al caer en cuenta, por el trato instalación inmediata en lo real, de que una cosa puede ser u por modo de cualquiera o de particular; y en tal caso no hay p sición privilegiada o central.

Cuántas y cuáles cosas haya, pues, en cada momento en esta

de unidad tipo *cualquiera, particular, individuo...* es un *dato* de cuyo tipo se hablará en el lugar correspondiente.

f) Los tipos de unidad: cualquiera, particular, individuo no se hallan dispuestos cual género a especie; pueden ser estados simultáneos de una misma realidad total. De consiguiente, si una parte de un ser (una fase, se diría en termodinámica) se halla en estado de *cualquiera,* y otra en estado de *particular,* y una tercera en el de unidad *individual,* el total dará a lo más una unidad de equilibrio, una resultante positiva —mas no esencia. Así, vgr., somos los hombres, por nuestro cuerpo, un cuerpo *cualquiera* de tantísimos como hay en el mundo; de hecho nos hallamos, por tanto, sometidos, por esta parte nuestra: mi cuerpo, tu cuerpo... a las leyes comunes, sin excepción para mi cuerpo, o para el cuerpo humano, o para los cuerpos vivientes, por muy importante que sea o se crea ser cada uno, por sentir nada más su cuerpo...; mas cuerpo no es género respecto de la parte nuestra que esté siendo individual. Por tanto, si *mi* alma, o un alma cualquiera, tiene que estar, por constitución, en estado de unidad individual, e insisto en afirmar en que el alma es simple, no podrá ser alma o animar el cuerpo físico. *Mi* cuerpo no será real y verdaderamente mi cuerpo; cuerpo no será individuable, y menos aún principio de individuación; sino, al revés, de cualquierismo y disolución de la individualidad. Y si las ideas, valores, palabra... toman realmente el estado de cualquiera y de particular, no servirán todos ellos, por mucha alma intelectiva que yo tenga, para mostrar que yo soy incorpóreo, y menos inmortal... De modo que es de decisiva importancia fijar estos puntos. Aquí, en *Preliminares,* basta con lo dicho.

Poner al alma en estado de unidad individual —y *fortiori* de *único,* como se va a decir—, y rebajar o deponer al cuerpo al estado de unidad de tipo cualquiera o particular, constituye un proyecto y designio metafísicos, objeto de decisiones metafísicas, a estudiar en su lugar propio, ya que tales proyectos, designios y decisiones no son lo inmediatamente dado, lo primeramente resaltante —material propio de *Prolegómenos,* del estado *preliminar.*

§ 3. Categoría de único

Dato IV. 3. "Aun antes de que nos propongamos, como aquí, determinar clara y expresamente qué significa *único, me hallo ya* empleando esta categoría en mil cosas de este mundo, a las que llamo únicas en su estilo, única en su aspecto, única en su especie, irreemplazable, no hay más que uno...; y yo mismo me tengo y trato

a mí mismo —a mi cuerpo, a mi alma...—, como único en su orden, los *únicos míos* —mis ojos, mis oídos, mi alma...; real y verdaderamente lo único mío es yo, yo soy todo y solo yo."

Estudiemos, dentro siempre de los límites de *Preliminares*, cómo es dada esta categoría en diversas cosas.

c.1) Para que una cosa sea única es preciso que, al menos —condición necesaria—, sea *todo* lo de un orden, aunque no se integre de cosas de sólo ese orden. Yo soy único —cada uno de nosotros es yo; todo lo que de yo (de mí) pudiera haber lo tengo yo, lo soy yo ya. Nada ni nadie es yo sino yo; yo agoto todo lo que de yo pudiera haber, por ficticio previo, inmediatamente fuera de mí. No recalquemos sobre lo que parece dato inmediato, y, además, de formulación trivial, inútil, monótona y aburrida. Iguales calificativos merece la advertencia: no soy tan sólo e íntegramente yo, sino otras mil cosas que no soy yo; mi cuerpo es mío, del yo, mas no es yo, etc. Y justamente esa manera de ser yo tantas y tantas cosas como son de yo —serlo por modo de apropiación, de *mi*—, tienden por plan propio a hacer del yo, a hacer mías, todas las cosas. Yo tiendo, pues, a ser *todo* y solo; sólo yo soy yo, y sólo yo soy todo lo demás. Y para evitar la contradicción de la frase: yo soy yo, y yo soy todo lo otro (lo no-yo), diremos: yo soy yo, y yo soy por modo de *mi* todo lo que yo no soy, o todo lo que no es *yo*.

Empero al hallarnos en y hablar de un espectáculo único en su género —de *el* original de un cuadro, de un caso único en la historia...—, la unicidad atribuida a tales cosas posee la condición mínima de resumir todo lo de un orden; mas no la tendencia a hacer de todo lo demás algo 'suyo'. El original de un cuadro que está en el museo X ni siquiera puede impedir que se saquen de él copias, crecientemente parecidas al original. Hay, pues, cuando menos dos tipos, inmediatamente dados —dados previamente a todo intento de división lógicamente exhaustiva—, de único: *a)* único omnidentificante; *b)* único simplemente tal. Y *aun antes de* toda esta explicación filosófica, *nos hallamos ya* siendo cada uno *único omnidentificante*, y siendo entre cosas simplemente únicas —aparte de otras que son una cualquiera. *Nos hallamos* siendo en un mundo integrado por cosas: unas, cada una única omnidentificante; otras, cada una una cualquiera, particular, individuo. ¿Cuál es el tipo de reparto y coajuste propios de este aspecto de Mundo en que nos hallamos, *aun antes de que...?*

c.2) Toda cosa cuya unidad sea de tipo *único* puede ser —venir a ser— *n* veces; mas cada vez es ella misma, la única; es, pues, la única como cosa y la única como vez; la única cosa respecto de

cual el número de veces no cuente, o cuente como una sola o única es la cosa cuya unidad es del tipo *único.* No nos extrañamos, pues —hasta que nos asalta la extrañeza o no da por extrañarnos—, de que yo sea el mismo —inmediatamente y sin más previos o condiciones—, cada vez que me despierto o tomo conciencia tras una interrupción —sea la que fuere. El que me parezca tan natural tenerme yo a mí por el mismo yo durante años y años —línea temporal, bien agujereada de distracciones, sueños. . .—, proviene de ser yo único. ¿Qué otro pudiera sustituir*me* a *mí* al despertar*me*? La unicidad funda, pues, la máxima identidad y la máxima continuidad para la que no tienen sentido las discontinuidades —temporal, espacial, metabólica... Mientras que respecto de una cosa que sea una según el modelo de una cualquiera, no puede haber manera de comprobar si es ella o no lo es la que viene al ser, la que dejó de ser —aquí, allá, con tal impulso, energía... Una cosa cualquiera es, pues, sustituible por otra cualquiera; un único es insustituible, irreparable, siempre nuevo y el mismo.

A una cosa cualquiera no se puede aplicar, en rigor, el adjetivo de *única;* ni es la misma ni no es la misma, menos aún lo de *mismísima.* Querer hablar, ver, experimentar *este* electrón como el *mismo* electrón que pasó por *esta* rendija, como el *mismísimo* electrón que partió hace un año del Sol. . . es creer que electrón es una cosa cuya unidad es de tipo *unicidad,* y no, cual parece —y esta apariencia nos basta para *Prolegómenos,* y en el mundo actual en que la electrónica, bajo diversas clases de aparatos es *ya* parte de nuestro mundo— del tipo de uno cualquiera, uno de tantísimos.

En el almacén pido un kilo de arroz; mas no tiene sentido pedir un kilo de granos de arroz cada uno de los cuales sea él *el mismo,* mismísimo, único. Sobre la posibilidad de una multitud de cosas, cada una de las cuales sea una cualquiera —un grano cualquiera de arroz, un metro de tela de tal clase, un auto cualquiera de tal tipo. . .—, está montado todo el mundo económico actual, justamente porque los hombres somos ya tantos y tantos, tantísimos, que en muchos aspectos somos cada uno uno *cualquiera,* uno de tantísimos.

c.3) En una cosa cuya unidad sea de tipo *unidad omnidentificante* la potencia de identificar consigo otras cosas —en principio todas—, puede tener límites y grados. Vgr. los nucleones, moléculas. . . de lo que yo llamo mi cuerpo no son, realmente, míos como tales; yo, realmente, no los noto, siento, no duelen o me deleitan; el cuerpo, en realidad de verdad, sentidamente mío comienza más arriba de las cosas que estén siendo unas *cualesquiera,* por ejem-

plo; será mío, algo más que de teoría, palabra o intención, lo que del cuerpo, que con pretenciosa palabra llamo mío, se halle en estado de unidad individual.

En una cosa que sea única con tipo de simple unidad la carencia de tendencia a identificar todo *consigo misma*, a hacerlo todo de única manera (original) suyo, como ella es ella de original manera, no plantea iguales problemas. La cosa de tal tipo es neutral frente a hacer o no hacer de ella *misma* cierto número y tipo de cosas.

Empero las cosas unas por modo de unicidad omnidentificante pueden proponerse el plan y designio —por una decisión única y originalísima—, de hacer real y verdaderamente de ellas *mismas* todas las cosas, o al revés: deshacerse de los integrantes de tipo cualquiera, particular e individuo con que se hallen unidas, por su inferior tipo de unidad. Y tales intentos entran en Metafísica. Vgr. plan y designio —decisión—, de hacerse íntegramente mortales o inmortales: *poner a prueba* tales planes sin contentarse con *probar* que tales planes son descabellados, posibles o imposibles, verdaderos o falsos. Pero tales planes no son *datos* inmediatos, o modo como estamos siendo tales cuestiones en *mundo natural*, ni siquiera en el artificial moderno. Están, pues, *más allá* de lo *físico;* son, pues, *meta*físicos; asentados, no obstante, cual sobre inmediato peldaño, sobre la *física actual*. Son, por tanto, planes de Metafísica *actual*.

c.4) Toda cosa que sea única —en una propiedad, aspecto, condición, sea la que fuere—, surge o viene al ser *porque sí*, por absoluta discontinuidad y novedad. Para tal surgimiento podrá haber condiciones, pretextos, oportunidades —mas no causas. Lo único, en cuanto tal, es *acausado;* y las condiciones, oportunidades, pretextos para que surja entrarán en la categoría inferior de cualquiera, uno de tantos, particular o individuo. Es decir: su campo de influencia termina justamente donde harían falta para llegar a ser causas suficientes y propias de *único*. De *por qué yo soy yo, por qué yo existo, por qué yo soy así* no puede darse ni razón ni causa alguna; mientras que de por qué yo peso, por qué yo soy animal vertebrado, por qué yo soy alto..., pueden darse razones; pues yo peso, no en cuanto yo, sino por ser cuerpo físico, por ser uno de tantos, un cuerpo físico *cualquiera...;* y las leyes físicas, biológicas... proporcionan, justamente, estas razones para uno cualquiera de su orden. No se puede, pues, decir: por qué *yo* peso, mas sí por qué pesa este cuerpo, que es uno cualquiera, al que acontece

o da la casualidad, superficial e intranscendente físicamente, de ser el *mío*.

A la hora de la verdad, al ir a venir al ser —o a dejar de ser—, vengo y soy *porque sí, porque yo*. No hay razón suficiente general ni causa universal de lo único, nuevo, original. Lo original, nuevo, único es *porque sí;* y lo único viene al ser, justamente por ser nuevo, ni más ni menos. Y esto le basta y sobra para venir al ser; y lo original viene al ser precisamente por ser original, sin causas cuyo efecto sea y a las que se asemeje, y que le darían todo menos lo que no le pueden dar, a saber: la originalidad. Y yo vengo al ser, sin más que por ser yo; pues una causa me dará todo (cuerpo, vida, humanidad), menos precisa y justamente lo que hace falta definitiva: ser yo. En esto ni me asemejo ni puedo asemejarme a nadie, aunque pueda asemejarme y parecerme a otro ser, cuerpo, alma, pensante, volente; no obstante, al poner realmente ante tales semejanzas —sin consecuencia para mí—, eso de yo: yo pienso, yo siento, yo quiero... cesan, por insalvable discontinuidad, tales semejanzas.

Lo único, nuevo, singular... entra en el dominio de lo *porque sí,* de la generación espontánea en el orden del ser —si se puede decir así. De causas, pues, condiciones, principios necesitarán las cosas que sean cada una una cualquiera, particular, individuo; y para tales cosas se dan, realmente, causas adecuadas, propios principios...

Entre todos lo mataron y él solo se murió; advierte una frase popular española que, invertida —sin gracia, ya—, diría: entre todos lo vivificaron, mas él solo se vivió. ¡Y nos vivifican tantas y tantas! —desde los padres. Mas llegada la hora de vivir o morir, yo solo vivo, yo solo muero o yo solo pienso, o yo solo quiero, yo soy yo y a solas de toda causa —aunque lo que pienso, quiero, siento... sea una cosa cualquiera, un valor cualquiera... No es verdad que toda novedad pida causa. Es lo contrario: Justamente una novedad, por ser y para poder serlo, no pide, sino excluye, causa eficiente —tolera, cuando más, pretextos, oportunidades, ocasiones, coyuntura. No nos extrañará, pues, que cada uno en cuanto yo se plantee cuestiones *meta*físicas; *más allá,* inconmensurablemente más allá de lo físico, que es cualquiera, particular, individual. Y no nos admiraremos —como natural y espontáneamente no lo hacen los hombres—, de que ser yo sea —en realidad, en una manera o grado—, ser divino.

c.5) El dominio de lo único es doblemente dominio del *porque sí.* No corresponde a esta fase de *Preliminares* determinar en

qué dominio de lo real se dé la categoría de único, además de las de cualquiera, particular e individuo. Nos basta, por el momento, con señalar que lo humano es, sin duda, campo en que surge, por generación espontánea, lo único, bajo forma de yo. Un hombre es —a pesar de ser como hombre uno cualquiera en cuanto a cuerpo, un particular o individuo dentro de una especie—, un yo, un único. ¿Por qué, justamente, en el dominio de la especie humana surgen únicos? —*Porque sí.* Mas recordemos que también el dominio de los cualesquiera es dominio del *porque sí;* y, por tanto, en la medida real en que particular e individuo se asienten sobre realidades de tipo cualquiera nos hallamos en el dominio del *porque sí.* No obstante el *porque sí* es diverso en los dos casos; y es el punto que, brevemente, toca ahora deslindar.

En el caso de cosas que sean cada una una cualquiera, la razón (el dominio de ¿por qué? —porque o en virtud de *A, B, C...*) manda en el todo, mas no se distribuye en cada uno de los elementos. ¿Por qué este electrón —que es uno cualquiera de los trillones y trillones que circulan por este alambre—, por qué este fotón —que es uno cualquiera de los cuatrillones que salen del sol—, está en *este* momento en *este* lugar, con *esta* cantidad de movimiento? —Porque *sí;* aunque la *nube* de fotones, la *corriente* de electrones, como bloque o bulto esté en este alambre, en este espacio, por razones físico-matemáticas bien definidas, y dadas por leyes. Lo que falta a cada elemento, que es un cualquiera, consiste en que no posee suficiente realidad para capturar la razón. Es *porque sí* por deficiencia óntica.

Al contrario: un único, o una cosa en cuanto que sea única, no puede ser capturada por razón, justamente por su unicidad, por exceso de realidad, por incomprensibilidad e inefabilidad. *Porque sí* positivo. La razón o razones no puedan impregnar y capturar —y por tanto dar conceptos—, de lo único, no sólo porque razón es siempre algo universal —común, por tanto, en principio para todos los objetos de su extensión—, sino porque, al afectar novedad y originalidad a razón, tal razón queda, automáticamente, desligada del universo de razones.

Parece, no obstante, que hemos estado hablando y pensando en único, y dando de tal categoría una definición universal y capturando tal definición y concepto en una palabra. *Yo,* lo somos todos los yo; y somos *únicos* todos los hombres, cada uno de por sí. Advirtamos, con todo:

c.6) El concepto de único, de yo, no se mantiene en tal estado de unicidad sino en la fase de *indicación;* al llegar a cumplimiento

se deshace, y, en rigor, no podemos ni decirlo en palabras. Al decir y por decir *yo, único,* ya no digo lo que digo, lo que *quería decir.* Sólo en el estado inestable de querer pensar, de querer decir —sin pasar al acto de pensar, al de decir—, yo, único tienen sentido.

De suyo, pues, aquí no se ha hablado ni pensado en yo, en único, sino como medio eficaz para notar que ni podemos pensar en yo, ni hablar de yo, de único; el acto refuta, real y verdaderamente, la intención. Yo, único son, en realidad de verdad, impensables e indecibles. Y de esto tenemos inmediata y real experiencia. Yo, único son, por tanto, realidad *meta*física, por excelencia ejemplar; tan real y verdaderamente único es el yo que él de por sí se encarga de refutar cualquier pretensión de ponerlo en conceptos y decirlo en palabras, ya que conceptos y palabra —aun la de yo, la de único—, son, por constitución, algo común, universal, medio de expresión neutral para hablar de todo —yo, nosotros, todos, cuerpos, espíritus—, de todos por igual. Si *yo* pienso en *yo*, no soy yo en quien estoy *pensando;* si yo hablo de mí, no soy yo quien está hablando de mí. Yo mismo refuto y hago realmente imposible la realización de la pretensión de pensar y de hablar de mí; y, por tanto, la pretensión de *demostrarme* yo a mí, o yo a otro, que *yo existo,* que *yo soy consciente,* que alguien *me* creó, que *yo* soy para tal fin, que *yo* soy inmortal... Con una frase corriente, aquí verdadera: *de esto ni hablar.* La misma imposibilidad afecta realmente a los intentos de *demostrar* que existe algo que sea yo, único. Si se demuestra, no se ha demostrado lo que se quería; y justamente la demostración refuta lo demostrado; se hace imposible a sí misma.

Hacer notar tales imposibilidades, sentirse refutado al demostrar, sentirse condenado a mudez y silencio de pensamiento y de palabra, justamente por querer pensar claro, distinto, distintamente, y por pretender hablar definidamente e inequívocamente de algo único, de algo *yo,* será tema metafísico por excelencia; y de él se hablará, en este plano justamente: de notarse refutado, condenado a silencio o noche oscura de pensamiento y palabra.

c.7) De algo que sea yo, único —y en la medida en que su ser total: componentes de cualquiera, particular, individuo estén afectando al yo, al único: *mi* cuerpo, *mi* alma, *mi* pensamiento, *mi* voluntad. . .—, diremos que es realmente elusivo o eludiente de lo universal, común, general; que elude pensamiento, palabra, demostración; y no obstante tal elusión —de pensamiento, de palabras, de razones—, nos es dada como real, como peculiar trans-

cendencia. De una realidad que se nos dé eludiéndose y evadiéndose de las realidades de tipo cualquiera, particular, individual... diremos que es *transcendente* —real y verdaderamente. Mas ya hemos podido notar a qué nos reduce y condiciona, inclusive en cuanto a hablar, el intento mismo de comprobar que algo es único, yo.

Empero no confundamos, sin más y precipitadamente, único, yo y absoluto. Yo seré tan único cuanto quiera —ni Dios es yo, ni puede serlo; ni yo soy Dios ni puedo serlo, no por impotencia o defecto, sino por imposición absoluta de la unicidad y originalidad—; *mas yo soy yo* —y perdónese una vez más lo monótono y aburrido de la fraseología, monotonía y aburrimiento que provienen y resaltan justamente frente a la originalidad y unicidad, frente a la elusión y evasión de yo respecto de todo pensamiento y palabra—, *por modo de mí.* Yo me eludo a mí mismo cuando me pongo a ser ni más ni menos que yo, es decir: a evadirme de estar siendo por modo de *mí*: mi pensamiento, mi cuerpo, mi acto de ver colores...

Yo soy, pues, yo por modo de evasión y elusión frustradas respecto de su cumplimiento; o yo soy único por modo de *intento* de evasión y elusión, sin poder realizarlo. Por tanto no soy yo el Absoluto, o no soy yo absolutamente.

Y tales intentos o intenciones reales son, en su orden, cual las direcciones o vectores de física: tipo de realidad especialísima que, en física, ni pesa, ni quema, ni se compone de átomos o moléculas; no andan sueltas, sino en cuerpo o en campos (vectoriales); y, en *meta*física, yo no es ni pensamiento, ni vista, ni ojos, ni cuerpo, ni potencias, ni existencia, ni esencia, ni materia, ni forma, ni hombre ni caballo, ni número entero... Veremos más adelante de apretarlo en palabras, tal vez para notar que nos elude y se evade —cual el mercurio al puño.

Dato IV. 31. "*1)* La manera como a mí —hombre, cuerpo humano...—, me es dado mi yo, es por modo de *mí;* es decir, cual yo no evadido realmente de los tipos de realidades cualquiera, particular, individual...; ni siquiera mi yo me es dado en fase, intentos o atentados positivos de eludir o evadirse de los tipos de realidad cualquiera, particular, individuo; sino, al revés, mi yo me es dado a mí bajo forma y estado de *mí*: de aprehender, captar, estar unido con todo lo no-yo —lo cualquiera, la multitud de particulares, de individuos de todos los órdenes.

"*2) Aun antes de que* el yo se ponga a o proponga ser yo, *se halla a sí mismo* como *mí.*

"*3)* De aquí que, *aun antes de que me* proponga cuestiones cua-

lesquiera de prioridad de entenderme con, de entender de, de tratar con o de... otras cosas, *me hallo* —justamente por estar siendo *yo* en estado de *mí*—, con mi cuerpo que, por cuerpo, es *uno de tantísimos* cuerpos como hay en el mundo; con *mi* vida que, por vida, es *una de tantísimas* como hay en la tierra; con *mi* humanidad que, por hombre, es *una de tantísimas* o una cualquiera de las que constituyen a tantos y tantos hombres...; con *mi* pensamiento que es, por pensamiento, uno de tantísimos pensamientos como se dan en tantísimos pensantes como hay en este mundo...

"*4*) Entenderme, pues, *con todos* y entender *de todo* proviene de que el yo está siendo por modo de *mí* todas las cosas. Y, al revés, entiendo de todo, y me entiendo con todos aquellos, en la medida en que yo estoy siendo por modo de *mí*, y otros yo estén siendo por modo de *mí*, cada uno según su *mí*.

"*5*) Y así como es ridículo, ineficaz y sinsentido pretender demostrarme a *mí* que *yo* soy hombre, que *yo* soy real, que *yo* pienso, que *yo* he sido creado..., parecidamente es ridículo, ineficaz y sinsentido pretender demostrar que hay algo que sea lo que es por modo de *yo*, que hay otros *yos*. *Aun antes de que* yo mismo intente ser (estar) yo, ni más ni menos, o intente dejar de ser *mí* para ser soy yo a solas, me hallo ya siendo todo, y hallo al yo mismo en forma de *mí*."

Preliminarmente, pues, podemos afirmar: el estado natural de yo es el de *mí*. O sea: el yo, por su estado de *mí*, se halla en estado de máxima concreción, máximo de alusión y mínimo de elusión. Que soy real, que soy cuerpo, que soy viviente, que soy una de tantas cosas reales, uno de tantos cuerpos, uno de tantos vivientes... *está ya mostrado, aun antes de* intentar demostrarlo; y cuando se intenta demostrarlo está presuponiéndose ya que es cosa ya *mostrada*.

Dato IV. 32. "Que yo estoy siendo por modo de *mí*, es un dato *natural*. Y, por natural, neutral lógica, ontológica, metafísica, teológica, moral, jurídicamente..."

Empero en la medida en que yo intente ponerme a ser yo mismo, evadirme de mi estado o función de mí, ponerme a ser único, tal intento entra en metafísica; y es tal intento de elusión, de suyo y sin más, metafísico; designio de total y absoluta elusión y evasión que *está ya* implicado en el yo por modo de *dato*. No obstante tomar tal dato cual dato entraría, *a fortiori*, en metafísica. Lo cual no garantiza, sin más, que tal proyecto pueda realizarse, ni siquiera que tenga plenario sentido fuera de ese vago, implicado en la formulación palabrera del proyecto mismo.

Terminemos con unas advertencias:

Nota 1. Lo anteriormente dicho no excluye que la categoría *único* se realice en otros tipos de cosas diferentes del yo. Sólo presenta un caso suficientemente claro de cumplimiento de tal categoría. Pudieran realizarla a su manera cosas como la Reforma, la Revolución rusa, el Imperio romano, España, Venezuela, la *Novena Sinfonía* de Beethoven, el Renacimiento...

Nota 2. Que yo, cada yo, pueda estar en estado de único, exagerando (intentado exacerbar) su componente de elusión o evasión de los estados de cualquiera, particular, individuo... no impide, como se dijo, que pueda estar en el de cualquiera —yo estoy siendo un cuerpo cualquiera, yo soy estoy siendo un ciudadano cualquiera...—; pero no concluyamos que yo no pueda establecer sociedad alguna con otros yos —tú, él, ella, nosotros... en el nivel de yo, en que cada uno, por peculiar programa de estado, está siendo (haciéndose) único. De modo que sociedad se implanta no sólo por ser cada yo —por su base física, fisiológica...—, uno cualquiera, o un particular..., sino que puede establecerse en el nivel mismo de *único*. De ello se hablará en su momento.

Nota 3. Uno de tantos, uno (particular, individuo), único, constituyen claramente una escala de potencias ascendentes de unidad. Lo que se acaba de decir permite preguntar, mas no responder a la cuestión: ¿El mundo en que nos hallamos *siendo*·las cosas de que estamos hechos, tiende a uno de tales tipos de unidad, como a centro de equilibrio? ¿O tiende a escindirse en tres orbes: físico (predominio de la categoría de uno de tantos, escatología física), biótico (por dominio final de la categoría de particular e individuo; escatología biótica); metafísico, con predominio de la categoría de único? ¿Dispone el hombre de poderes tales que le sea emprendible, ya, aquí, ahora, el proyecto y el designio de escindirse real y verdaderamente de sus actuales componentes de cosas en estado de cualquiera, de particular e individuo, quedándose solo a solas con su yo, sin funciones ya de *mí?* Etcétera.

De todo ello se tratará en su lugar.

Capítulo quinto

TRANSFORMACIÓN DE MUNDO EN CASA-LABORATORIO-MERCADO

§ 1. De Mundo a Casa y Laboratorio

1) *Dato V. 1.* "*Aun antes de* toda teoría (física, fisiológica, psicológica...), y *aun después de* toda teoría (física...) —por tanto *neutralmente* frente a antes y después—, *nos hallamos ya,* nos hemos encontrado ya, siendo en un mundo *sensible* y *sentido,* es decir: nos hallamos ya siendo en un Mundo mediante sentidos que nos lo dan, sin más, como *sensible* (con *el* sentido) y como *sentido* (con *lo* sentido), formando *el* sentido y *lo* sentido un peculiar reparto entre ser y ente, coajustados el sentido y lo sentido en un especial Todo que llamamos *mundo sensible natural.*"

Explicación: *a)* No sólo *antes de* toda teoría sobre el mundo sensible —y eso de *toda* teoría ha quedado sumariamente indicado por teoría física, fisiológica, psicológica...—, sino *después de* tantas teorías —sean o no verdaderas en su compromiso de declarar lo que *real y verdaderamente,* y no sólo *realmente* es el mundo sensible—, *nos hallamos ya,* etc. Frase que viene a decirnos: podemos emplear en esta explicación o descripción del dato V. 1 cualquiera teoría, bajo la sola condición de que mostremos, o se nos haga caer en cuenta de que tal dato es *neutral* frente a ella —con la neutralidad, resumidamente enumerada: óntica, ontológica, lógica... de que se habló en Parte II, Cap. III.

No excluye, pues, esta fase preliminar de explicación el empleo de teorías; mas impone mostrar el estado de neutralización frente a ellas con que se nos dan ciertas cosas. Estado *natural.* Lo cual deberá hacernos caer en cuenta de que toda teoría fracasa, por ahora al menos, no tanto en su inevitable pretensión de declarar lo que una cosa es en realidad-de-verdad, sino sobre todo en su consecuente indeclinable obligación de *transformar* la realidad simple de la cosa en *su realidad de verdad.* Prepotencia confirmada y reasegurada del estado natural. Fracaso real de ciertas teorías, en cuanto metafísicas, o referentes a la realidad de verdad de las cosas.

b) Abro los ojos; y tanto *antes* como *después* de cualquier teoría referente a ver y visto, me hallo *neutralmente,* sin más, inmediata-

mente instalado en un mundo tal que *1)* los *sentidos* (aquí la vista) por los que me instalo están siendo (hechos) *de* cosas bien reales —de ojos, los ojos de ciertos elementos, éstos de... hasta llegar a estar hechos de electrones, nucleones...—; mas, a pesar de estar hecha la vista (hablemos, por modo ejemplar, de ella) *de* tales reales elementos, el acto de ver pasa por alto (anula) el *qué es* de todos ellos (*el* sentido de ellos); mas, por sentirse acto real, nota el *que es* (*lo* sentido) de ellos: notamos, al ver, que *realmente* vemos. *Lo que* siento al ver es que veo —no que oigo, que pienso...—; el acto de ver, por ser tal, desvela su propio *lo* sentido; y vela su *el* sentido. El sentido (aquí la vista) siente su *que es*, mas no su *qué es*. No ven los *ojos* de qué están hechos (su *qué es*); ven mundo; y el verbo declara tan sólo el hecho, no las causas —de que los ojos vean lo que son otras cosas, en cuanto visibles.

Empleemos, reforzándola, la terminología introducida en Parte I, Cap. I, § 2. La vista está siendo (hecha) realmente *de* ojos, nervios... nucleones, electrones; mas no está siendo realmente *en* todo ello, a pesar de estar hecha realmente de todo ello. Escisión dada entre *de* y *en*, respecto de una misma realidad. Con la declaración actual: la vista tiene *lo* sentido *de sí;* mas no *el* sentido *de sí.*

Lo cual no prejuzga el que pueda haber una vista a la que se le dé (a ver) lo suyo como *de* ella y *en* ella, dentro de ciertos límites. Ojos abiertos hacia el interior de sí, que puedan retraerse hacia capas más profundas, y desde ellas ver la estructura de un ojo (externo), por manera semejante a como un microscopio electrónico llega al estrato macromolecular. Que no haya vivientes cuya potencia visiva sea justamente de este tipo y tengan percepción celular, macromolecular, atómica interna —de lo que con nuestros ojos macroscópicamente cuantificados, por de pronto, no tenemos la más remota idea—, es otra posibilidad (abstracta) que no queda excluida por lo anterior, sobre *datos brutos.* Que si con los ojos cerrados, y en atmósfera de luz, vemos, sin lugar a dudas, la masa sanguínea de los párpados, y en la oscuridad los fosfemas y la positiva negrura del globo del ojo, todo ello debe advertirnos de que los límites en *el* sentido y en *lo* sentido de un sentido —vgr. la vista—, son algo del tipo de *hecho bruto,* neutral frente a pretensiones esenciales, y, por tanto, material frente a proyectos y designios de alteración —proyectos metafísicos, de metafísica real de verdad.
2) El sentido de un sentido (vgr. la vista) nos da el *qué es* —color, sonido... de ciertas cosas—; el sólo ser *en* una cosa, sin ser *de* ella, descubre, de esta manera, lo que ella es, su *qué es* —coloreada, so-

nora, pesada, caliente... Lo visible de las cosas se desvela a la vista porque ella está siendo *en* las cosas, sin hacerse *de* ellas (sin ser *de* ellas). En principio no se advierte dificultad alguna en que lo visible de las cosas para la vista llegue al orden atómico, hasta el *qué* fundamental, o hasta el *qué es* celular, macromolecular... Y, en efecto, si no los ojos, tal cual de hecho están constituidos, mas sí ayudados de aparatos —límites de microscopio ordinario, electrónico—, van volviendo visible lo que es invisible a sólo ojos normales. *El* sentido por el sentido de la vista —lo visible—, no tiene los mismos límites que *el* sentido (lo visible) inmediatamente, fácticamente —por tanto *el* de la vista actual, filogenéticamente estabilizada.

Mas advirtamos que lo sentido por la vista *en* las cosas visibles, es decir: el sentimiento de realidad bruta —de simple *que es,* sin que se note el *qué es* la cosa, a pesar de ir en ella ambos componentes realmente unidos—, es menor que el sentimiento de realidad de mi acto de ver; puedo sentir que realmente estoy viendo, aunque esté persuadido de que no es real lo que veo, aunque no sea real lo que veo, como en una alucinación visual —inercia de lo visible ante la vista. Puedo ver algo sin que ese algo sea real-de-verdad. No puedo ver sin que mi acto de ver sea real-de-verdad. ¿Se trata de una escisión o desgarradura entre real y real-de-verdad dentro de la misma cosa, o en la misma cosa? ¿Se puede poner a prueba tal hecho, para saber, como teoría-técnica, si es *escisión-desgarre* o *delimitación esencial*?

Cuestiones para la Metafísica actual

c) Tal es el reparto de *el* sentido y de *lo* sentido entre el sintiente (aquí vidente) y sus objetos (sean obstáculos, cual la pared de enfrente, u obstante como la luz).

En lenguaje simbólico de lectura inmediata, neutral frente a la lengua en palabras que, *antes ya* de todo uso filosófico, *están ya* recargadas de significado concreto:

$$\left.\begin{array}{l} El_s \rightarrow \text{mínimo} \\ Lo_s \rightarrow \text{máximo} \end{array}\right\} \text{sintiente;}$$

o sea: $S\ [El_s \rightarrow m;\ Lo_s \rightarrow M];$

$$\left.\begin{array}{l} El_s \rightarrow \text{máximo} \\ Lo_s \rightarrow \text{mínimo} \end{array}\right\} \text{objeto sentido. O sea:}$$

$$O_s\ [El_s \rightarrow M;\quad Lo_s \rightarrow m]$$

¿Es realmente, con realidad de verdad —si hace falta con técnicas— posible

1) S [$El_s \rightarrow 0$]?

Es decir: ¿que no note que veo con ojos? No solamente notamos que vemos, sino notamos que vemos con ojos —no con la nariz, oído...—; lo cual nos proporciona una sumaria y vaga fisiología (*qué es*) del ojo, de dónde está, etc ¿Se podrá reducir el ojo, o se podrá retirar la vista a un grupo de macromoléculas, que sea el órgano visual (mínimo, casi cero), para el cual resulte panorama visible lo fisiológico, lo celular..., actualmente velados en su *qué es* (estructura fisiológica y física) por la vista, que en tal dominio *macroscópico* está siendo, o se *halla con que* está siendo —*antes de que* se proponga otro plan...?

2) ¿En tal caso de reducto microscópico de la visión valdría S [$Lo_s \rightarrow M$]?; es decir, ¿tal vista se notaría cual máximamente, realmente-real? No se pueden *probar,* ni el sí ni el no; hay que *ponerlo a prueba,* a experimentación; cuyo carácter es, claramente, *meta*físico: *transformar, transfigurar, transustanciar* lo físico actual.

3) En tal caso O_s [$El_s \rightarrow \infty$] tendería al infinito, ∞. Es decir: ¿no veríamos todo elemento interno, algo así como con ultramicroscopio electrónico? ¿Cual constelaciones celestiales? Y a la vez O_s [$Lo_s \rightarrow 0$]; es decir: ¿cual universo máximamente real?

Únicamente si tomamos lo real actual como *esencial*: es decir: cual definitiva y definidamente realidad-de-verdad, y no caemos en cuenta de la neutralidad —óntica, ontológica...—, de lo natural rechazaremos sin más pruebas, sin *poner a prueba,* impidiendo que se ponga a prueba lo anterior.

d) El dominio de *lo sentido* está constituido por *sentimentales*; el dominio de *el sentido* está habitado por *sentimentalidades.* Me siento cansado, descansado de ojos, con vista corta, normal..., dado tal estado por ciertos sentimentales de esfuerzo, o de facilidad; no se me da; pues, un desnudo y seco *veo,* sino un *que es* de mis ojos en tono sentimental —un *que es* sentido, tan sentido que me da a sentir bien determinadamente que soy ciego, cegato, que estoy cegado por polvo, deslumbrado, tuerto, bizco... Todo ello sentimentales, o sea, sentimientos con las cuatro características explicadas en su lugar; y, por tanto, real y verdaderamente, sentidos. Un *que es* se *me* da como *mi* que es (que veo, que oigo...) en un tono o a tono sentimental.

¿Por otra parte el dominio de *el* sentido —de lo visto por la vista, de lo oído por el oído...—, constituye un dominio tan obje-

tivo, tan puramente óntico que no esté sentimentalmente habitado, en tono sentimental? Lo está por *sentimentalidades*. Y lo visible —lo que estoy viendo—, es de color amable, tranquilizador, excitante, natural o alarmante, chillón, desvaído, triste, alegre... Se trata de sentimentalidades, digamos que son sentimientos que desbordan mi yo, pues están siendo en las cosas: tal color de la pared es chillón, tal otro de tal vestido es triste, cara alegre de una persona, rasgos desapacibles de otra, color amenazante del cielo antes de una tempestad...

No adelantemos teorías, sino atengámonos a lo dado, a lo real —sea o no real-de-verdad—, que es lo que corresponde a *Preliminares*. Que la tristeza de una puesta de sol en invierno sea algo mío y solamente mío, y por *proyección metafórica* lo predique y me dé la ilusión de ser de tal espectáculo, es tan teoría, como afirmar que tal tristeza sale realmente de mí y se difunde, de peculiar manera, por las cosas, al modo que extiendo el brazo y toco con la mano lo que, antes de extenderlo, me era inaccesible. Llega el sentimiento hasta... como llega el brazo hasta...; o mi aliento... Y si mi peso se hace sentir realmente —por la gravitación y su carácter campal—, en todo el mundo, de modo que, no por metáfora sino por realidad, al moverme yo, tiemblan las estrellas, y las más remotas galaxias, en bloque y en cada átomo, no hay por qué disminuir pusilánimemente el alcance de mis sentimientos, de ciertos sentimientos (sentimentalidades): su campo, ellos en forma de campo, cual *mi* peso en forma de campo gravitatorio, llega al universo. Todo esto es *teoría* —verdadera o falsa, punto que se discutiría en *Meta*física; como teoría es también la contraria. Ambas aspiran, por razón de estado, a definida verdad o falsedad, mientras que en el estado natural todo se halla en tono de real neutralidad —frente a teorías, por lo pronto. Que yo vea la pared ahí, a unos metros; que vea el sol y la luna, allá en la cúpula celeste; y en la misma superficie, vagamente delimitada, vea Sol, Luna y Vía Láctea... es un *dato,* neutral frente a que sean los rayos de luz los que vengan a mis ojos, y en mí se levante el telón real de procesos y operaciones (que queden velados) y se presente (desvele) el espectáculo que veo; o que salga algo de mí —cual sale de mis átomos el campo gravitatorio de mi peso—, que llega a todo el universo según ley bien determinada en función de mi masa y distancia —y se difunda por el mundo, se atasque en la pared o el árbol... Todo esto son *teorías,* con su imperdible y obligatoria exigencia de verdad (o falsedad), de ser reales con realidad-de-verdad —que con verdad simple ya es verdadero lo real, tal cual es

dado; mas siempre el ver y lo visto se hallan en estado natural (físico) con real neutralidad y neutralización de todo eso. Neutralidad tan positiva y potente que, por ahora, ninguna teoría, simplemente tal, consigue alterar esa su consistencia pasiva —que no se da por enterada de la verdad de la más pretenciosa y fundada teoría— hasta que lleguemos a teorías que, mediante técnica, *pongan prueba,* a *trans*formar realmente en realidad-de-verdad lo simplemente real.

Dato V. 11. Podemos, pues, afirmar: "*Aun antes de* toda teoría, y *aun después de* ella, el dominio de lo sensible: el de *el* sentido y *el* de *lo* sentido, *se hallan ya* en tono sentido; una parte afinada por sentimentalidades, otra parte por sentimentales. Es decir correspondientemente: el mundo sensible está siendo *casa* para el hombre —vidente, oyente, palpante... *Realismo simple, natural, sentido.*"

4) Pero mis ojos, oídos, tacto... son ojos, oídos humanos: inteligentes, volentes, apetentes..., y no ojos, oídos, tacto de gato, caballo... El estado natural *es concreto;* mis ojos son pensantes, y mi pensamiento es vidente; mis oídos son oídos pensantes, y el pensamiento piensa auditivamente... Y con igual naturalidad y neutralidad natural, lo visto es pensado, y lo pensado es visible; y lo oído está siendo oído y pensado, y el pensar puede estar en el oír y en lo oído..., lo visible está siendo entendido, querido, apetecido... De nuevo, podrá ser verdad —es decir, afirmación referente a la realidad-de-verdad—, que se distingan realmente, en realidad de verdad. Mas es *un dato* que, aun antes de toda teoría, y *aun después* de ellas —tal como son las teorías, por ahora—, es el hombre entero, en bloque, *en concreto,* quien ve-y-piensa-y-quiere...; y que lo visible es pensable, y lo visto es pensado; que lo visible es apetecible, y que lo visto es apetecido... Y así como mis ojos, en su realidad, son preteridos o pasados por alto (mas no aniquilados), justamente en el ver y para ver, parecidamente mi pensamiento, mi entendimiento, es preterido, pasado por alto —reducido al estado de *ser,* velado su estado de *ente*—, para entender cosas; y es preterido inclusive en su realidad, espiritual o no; en su distinción, real o no, respecto del cuerpo...

Todo lo que sean en cuanto entes —o en su realidad de verdad, ojos, oídos... entendimiento, voluntad...—, queda preterido, pasado por alto, puesto en paréntesis real, reducido a insignificancia... —acumulamos las frases para recalcar este tan natural e inmediato *dato—;* y sólo notamos, y nos es *dado,* un concreto: visto-pensado-apetecido... ; visto-pensado, visto-apetecido... etc.; al igual

que lo visto lo vemos con perfecta neutralidad e indiferencia respecto de si es o no continuo o discontinuo, compuesto de moléculas, campos, nucleones... o paquetes de ondas...

Por tanto: la neutralidad —óntica, ontológica, lógica...—, del mundo no se altera por estar siendo *morada* del hombre, quien, a su vez, no tan sólo es mundo o un mundo de cosas, sino *morada* de sí mismo, todo a tono sentido: con sentimentales y sentimentalidades.

f) En rigor, *mundo de objetos* sólo tiene sentido como *casa* del hombre. Es decir: las cosas se constituyen en objetos, al hacer de las cosas el hombre su *casa*. Con la adición de que, *aun antes de que* por una teoría o técnica nos propongamos y pongamos a verificar el aserto, a notar si es posible el surgimiento y constitución de las cosas (universo) en mundo (morada) del hombre, *nos hallamos ya* siendo en *casa* (amueblada), rellena de objetos (muebles), puesto en olvido o preterido (ni aniquilado ni negado) tal surgimiento o constitución de cosas en objetos, y en mundo de objetos o *casa* del hombre.

Así como no se puede hacer realmente un tratado de moral si no se ha perdido la inocencia moral del niño, su neutralidad (ni afirmativa ni negativa) moral, de parecida manera hacemos o tratamos *preliminares* porque hemos perdido todos —y ante todo el autor de una obra sobre *Prolegómenos* de una Metafísica, por ser autor y para poderlo ser—, la *inocencia natural;* hemos sospechado que morada se asienta sobre algo previo, más profundo y potente. Cómo se origine o se nos dé tal sospecha, será punto a tratar más adelante, al hablar de universo frente a mundo (morada) —cf. Cap. VI, § 1, *B*.

Hagamos notar, pues, un nuevo aspecto o componente de la *neutralidad,* propísimo estado del mundo natural (morada del hombre): la *neutralidad gnoseológica.*

1) Que sentidos, entendimiento, imaginación, memoria... sean pasivos o activos, es una *teoría* —verdadera o falsa, no nos interesa demostrarlo. Mas es un *dato* que sentidos, entendimiento..., *aun antes de toda teoría* —pasivista o activista—, *se hallan* ya instalados en un mundo de objetos, con instalación neutral, frente a actividad y pasividad. Que al conocer y para conocer sea yo quien obre sobre la cosa para levantarla o sacar de ella lo que de *objetivable* (para mí) tuviere, o que conocer sea abrirse a lo que sea, y dejar que se imprima en mí, son, para el estado natural del conocer, cuando más sentimentales o sentimentalidades, cambiables cual nubes. Puedo sentirme, a veces, cansado (pasivo) de la deslum-

brancia de la luz tropical; sentirme otra vez deliciosamente tranquilizado por el amable color del césped de un parque bien cuidado desde siglos, o sentirme obsesivamente atento, ensimismado, abierto ante el objeto... El color de los cuerpos cambia mucho menos —por su carácter de *qué es*—, que los sentimientos con que habitamos en él —por motivos o datos que se estudiarán bien pronto. Ser es más firme que estar siendo. Pasividad y actividad no son sidos al conocer, como pasividad o actividad de las cosas; o no son notados tales aspectos; o lo que yo atribuyo a actividad no es, en realidad de verdad, tal —cual la intensidad deslumbrante de la luz no es fuerza alguna, ni vector, impulso, sino densidad de probabilidad—; al modo que la luz no es, en su realidad-de-verdad, algo continuo, sino cuántico o atómico. Puedo habitarla, volverla *morada* de mis ojos, con sentimentales de cansancio, de curiosidad, de reposo, de excitación... La teoría de la actividad o pasividad de una sentimentalidad frente a las cosas ha transpuesto el contenido de sentido propio de sentimentales o sentimentalidades al tipo de contenido propio de *qué es,* de constitución de las cosas. Los objetos son habitables con sentimiento de actividad, de pasividad, de alegría, de tranquilidad, de fastidio, de atención, de curiosidad, de despreocupación total, y no sólo con los de pasividad y actividad. *De ordinario* son los objetos morada de los sentidos (vgr. de la vista) con la sentimentalidad *familiaridad* (confianza inmediata e inexpresada, sencilla despreocupación...), o no se nos hacen extraños; mientras que la gama de sentimentales puede ampliamente variar, y nos afectan como ruidosos, chillones, excitantes... reposantes, alegres, francos, bochornosos...

La ciencia que, para surgir, necesita de la pérdida de la inocencia gnoseológica del hombre, se verá con problemas bien difíciles al tratar de determinar las causas eficientes, reales de verdad, y las pasividades, reales de verdad, de las cosas.

2) Pero la neutralidad del mundo de objetos va más allá; y conviene que, explotando la pérdida de inocencia natural por el entendimiento, notemos otro aspecto más hondo y decisivo. La *morada* del hombre entre las cosas, trocadas en mundo de objetos, es neutral frente a tipos de objetivación. Quiero decir: que todos los tipos de objetos se le dan como naturales y familiares, por muy diversos que le resulten al entendimiento malicioso, que tras la realidad simple sospecha la latencia latente de la realidad de verdad.

Siento, como perfectamente natural y *familiar*: ver, oír, imaginar, pensar, querer... ; todo esto, y más, de una vez y por mí.

Las metafísicas escisiones de potencia-acto, sustancia-accidentes, esencia-existencia... cuerpo-alma, formas *a priori*-material, paralelismo-causalidad mutua, harmonía preestablecida-ocasionalismo, son puras teorías, que, sean verdaderas o falsas, adolecen de una deficiencia sospechosa: nuestra realidad no se entera en sí y por sí misma de ellas, ni *antes de* plantearlas la filosofía o psicología, ni *después de* plantearlas; y menos nos responde ella, a pesar de estar siendo ella su propio ser. Seremos todo eso, y más; pero en estado natural de *neutralidad óntica*. Y tal estado de neutralidad óntica está siendo, justamente, *morada nuestra;* habitamos y volvemos habitable tal neutralidad óntica con la sentimentalidad de *familiaridad,* que simplemente prescinde de tales escisiones o grietas ónticas, y nos hace morar confiados, con la confianza no formulada de los niños, en nuestra realidad, por muy compuesta, escindida, creatura que nos afirmen ser teología, filosofía... Tal es el estado normal y natural de nuestra morada en nosotros mismos. De dónde provengan sobresaltos, miedos, sospechas... acerca de nuestra realidad de verdad, se dirá más adelante (Cap. VI, § 1, *B*). Mas la normalidad o familiaridad prestamente se restablece; y nos hallamos curados, sin que nuestra simple o inmediata realidad se entere, ni le importe, a su simple realidad lo que debe a (su) realidad de verdad.

Pues bien: Veremos en su momento —y lo tomaremos bien en serio, en realidad-de-verdad—, que los sentidos del hombre son, real y verdaderamente, activos, con actividad real-de-verdad —y no simplemente real que, acabamos de decirlo, no lo es, sino una sentimentalidad, sencillamente neutral a tales realidades de verdad; que los sentidos poseen actividad objetivadora, objetifactiva y cosificante. Mas, por oposición a todo esto —bien real de verdad—, el estado natural se comporta neutralmente; sin neutralidad declarada, sino sencillamente, inmediatamente real. Y tal estado neutral está hecho *morada,* o vuelto habitable por el hombre natural, con sentimentales y sentimentalidades propias.

Veámoslo: que las cosas produzcan realmente en nosotros *copias* suyas, que sean condición (o causa real) de posibilidad de que las conozcamos como objetos, bajo tal o cual aspecto: cual de tal color, olor... forma..., quedando fuera otros componentes suyos: peso, electricidad..., o que nosotros dispongamos de un conjunto de formas *a priori* que sean condiciones de posibilidad del conocimiento de las cosas como objetos, son, en principio, *teorías* —con pretensiones a ser realmente, con realidad de verdad, verdaderas—, *a pesar de* que el conocimiento natural e inmediato no nos dé

nada de tales aspectos, que tienen que ser obtenidos por procedimientos o demostraciones o especiales reflexiones; y *aun después de* recibidas tales teorías por el entendimiento, ni siquiera se da por enterada de ellas su propia realidad y se digna ya ella misma, sintiéndose descubierta, a descubrir ella, de por sí, lo que el entendimiento *sabe* de ella. Impotencia real-de-verdad de tales teorías frente a la pasividad neutral sensible de estado natural de todo —entendimiento inclusive. Luego si tales teorías no llevan adjunta una *técnica* para *trans*formar y *trans*ustanciar tal realidad simple —ostentosamente neutral—, en realidad de verdad, en lo que se dice y piensa que es ella en sí, tales teorías no serán tan sólo falsas. Les sucede algo peor: son *impotentes;* y errores, por no dar en el blanco de toda teoría: dejar ya al descubierto la realidad-de-verdad, transformar la simple realidad en lo que tiene que ser: a saber, realidad-de-verdad. *Transformación real de estado.* En Metafísica trataríase de tales *técnicas* metafísicas, o *trans*tornadoras y *transus*tanciadoras. Es claro que tal punto no entra en *Prolegómenos,* pues el estado neutral se encarga de impedirlo, o es él su natural impedimento.

Aquí nos hallamos con otra forma de neutralidad gnoseológica de lo natural: neutralidad frente a lo gnoseológico *transcendental.* Neutralidad que no es, repitámoslo, ni refutación ni demostración. El hombre natural habita neutralmente, con despreocupada familiaridad, como si tal, en su mundo cognoscitivo, hecho ya y sido como *casa.* Real manera de poner todas las cosas del universo cognoscitivo en paréntesis, sin afirmarlas ni negarlas, y sin que ellas logren, por real imposición, trato distinguido, por distintas y aun por diversas. *Neutralidad real frente a óntica del conocimiento; neutralidad óntica habitada por la sentimentalidad de familiaridad.*

Pero todas estas teorías, someramente enumeradas —no hace falta más en *Prolegómenos*—, presuponen, con inocente neutralidad —precisamente con esa sentimentalidad de familiaridad con que se habita en el conocer—, que el hombre no posee potencias objetivadoras: creadoras de objetos. Tenemos —pues el autor es hombre como los demás, y uno cualquiera de los tres o cuatro mil millones actuales de hombres, y de los trillones que han sido—, potencias de ver, de oír, gustar, imaginar, pensar... Finjamos una vista a la que pasen por su orden tres fases: cree colores, más sueltos que los del arco iris, no adheridos a nada, pero que dependan tanto tanto de ella que dejar de verlos ella es desaparecer ellos, y aparecer ellos es estar viéndolos ella: existen porque los ve, y los

ve porque existen; todo ello en unidad, a la vez y de una vez; son *sus* colores, sin ser colores *de* ella (Primera fase). Creación en vilo de creaturas en vilo. Potencia o facultad simple.

En una segunda fase, tal vista crearía colores que se le independizarían. Vista de grado superior de *objetividad,* pues sus efectos son entes: algo que es lo que es, mas siéndolo —como es el propio estado de un ser—, *en sí. Ente* es lo que se hace para que sea él. Así que ser ser es la manera más segura de que causas, comienzos, origen, si los hubiere, queden anulados, preteridos, olvidados. Vista que crea colores-ser, puestos en sí y hechos para que sean ser. Causa de *ser* es causa de que el efecto sea en sí, y, al ser en sí, la causa quede *positivamente preterida.* Potencia *objetifaciente*: color consolidado, cristalizado.

Pudiera darse otro tipo de vista que, al crear el color, lo creara como ser; y, por tal plan, se le independizara, mas tal color-ser se adhiriere a otra cosa, la impregnara, e hiciera con ella —si pudiera pasar la comparación—, gelatina, jalea, coágulo. En la primera fase hay extrañeza de sí; en la segunda, despojo de sí, y apropiación de lo suyo por otro; en la tercera, apropiación por otro, con alienación o enajenación. El objeto es, según los casos, exterior, otro, extraño. Mas sólo el caso segundo y tercero lo son de objetivación y objetividad real-de-verdad. El mundo constituido por tales objetos, objetivados en segundo y tercer grado, daría un mundo artificial, real-de-verdad —con peculiares problemas, a plantear y discutir en su momento. Y al modo que no hay autos, televisores, neveras, diario, cohetes, sillas, lápiz, avión... sino porque el hombre los *inventa,* y en tal mundo artificial estamos viviendo, y lo hemos trocado en especial tipo de *morada* —que vamos a denominar Hotel—, y en él habitamos con especiales sentimentalidades y sentimentales, parecidamente nuestros sentidos, o más en general, las potencias cognoscitivas del hombre, pudieran ponerse en plan de potencias objetivadoras simples, objetifacientes y cosificadoras.

Mas en el mundo natural, el hombre funciona como concreto; y no se puede hablar de *el* entendimiento, de *la* imaginación, de *la* vista..., como no tiene sentido distinguir entre *la* niñez y *la* juventud; todas esas cosas, puestas en estado esencial, jamás producirían —impedirían más bien—, la concreta unidad del hombre que es todas ellas de manera inmediata, por identidad concreta, en estado de neutralidad óntica; y, en virtud de ese mismo estado natural de neutralidad, el hombre entiende —mas no tiene *el* entendimiento—, ve —mas no tiene *la* vista—, con unidad real concreta; y no

se contrapone *el* sujeto con *el* objeto; sino forman sujeto y objeto un concreto; y tanto que sujeto haya producido —de una, dos o más maneras—, objetos, como que las cosas sean las que hayan causado en sujeto el que éste las conozca, todo eso cae en el estado de *neutralidad gnoseológica.*

Dato V. 12. "Aun antes de toda teoría —realista, ingenua o no, transcendental, dialéctica. . .—, *nos hallamos ya* todos en estado de neutralidad gnoseológica; estado natural de inmediación concreta con todo; y *aun después de* tales teorías, continuamos siendo en tal estado de neutralidad gnoseológica real, sólo que con designio y proyecto de superarla en realidad de verdad, para estar así siendo todo —todos nosotros y todas las cosas—, en estado de realidad de verdad. Creación de nuevo hombre, por el hombre; y de nuevas cosas, por el hombre."

§ 2. TRANSFORMACIONES DE MUNDO NATURAL (CASA) Y DE MUNDO ARTIFICIAL (LABORATORIO)

A. La neutralidad óntica, ontológica, lógica, gnoseológica y de todo lo específico del mundo natural y de las cosas que están siendo sus *qué son* y *que son* en estado natural, afecta y ha afectado ya a la conexión entre sujeto, objeto y causalidad.

No sólo el mundo natural está *causalmente neutralizado,* sino que, al irrumpir en él —del modo que se dirá aquí (Cap. VI, § 1, *B*)—, una relación causal real-de-verdad, tal rotura y discontinuidad es prestamente soldada y curada, cual si se hubiera escrito en agua o azotado el aire. La continuidad de los aparenciales reales (simplemente reales) constitutivos de mundo natural es continuidad realmente continuante, refactora, por una especie de soldadura autógena, de toda fractura que en él se produzca. De ahí que, colocados en estado natural, no llevemos la investigación del *porqué* más allá de dos o tres pasos; e impacientemente saltamos a un primer motor o primera causa, a que cargar todas las cuentas, y darlas ya por pagadas; o nos damos por satisfechos *naturalmente* con una respuesta al segundo o tercer *porqué;* o apelamos a la evidencia inmediata, como a la luz del sol —cual si la potencia descubriente de la luz del sol bastara para dejar sin tema a toda la espectroscopia. En lo evidente comienzan precisamente los problemas de realidad de verdad, porque lo evidente no es sino el estado natural —*neutral,* de *simple realidad*—, de la verdad. Por eso la evidencia declara sin explicar, cual la luz del sol que alumbra los ojos sin alumbrar el entendimiento. *Evidencia* es, pues,

estado natural (de simple realidad) de la realidad-de-verdad, o de la verdad realmente tal. Y nos hallamos ante otra neutralización, propia del mundo natural o del estado natural de las cosas. Lo evidente cierra, realmente —aunque no real y verdaderamente—, toda inquisición por causas; excluye por indiferencia real cadenas causales; oculta por bulto de luz —cual sol a estrellas—, la patencia propia —incisiva, efractiva, desconcertante y ofensiva—, de la realidad-de-verdad.

Es, pues, la evidencia estado *real simple,* propio de la verdad en estado también de *natural.* La verdad se halla, pues, en estado natural, en estado inmediato. Así toda verdad: sensible o inteligible —por más que, de cuando en cuando, se halle *trans*ida y *trans*tornada por la irrupción de la verdad realmente verdadera. Tales irrupciones del tipo —sea dicho por ahora, metafóricamente— de rayos infrarrojos o supravioleta, realmente cósmicos, son prestamente restañadas y cicatrizadas por la evidencia natural. Y todo se vuelve natural, evidente, claro —desde milagros a muerte.

Mas la evidencia de lo natural o neutralizado es, a la una, *casa*: es decir, la evidencia nos la hallamos vuelta habitable por sentimentalidades propias. Y la primera de ellas es la *certeza*: sentimentalidad de seguridad en lo evidente. *Que es* evidente resulta, de vez, necesariamente claro (en bloque) y necesariamente declarado. *Que soy* es necesariamente evidente; y tal evidencia global, cual la luz de la atmósfera durante el día, oculta sin más, *qué soy, de qué* me compongo, qué acciones, cosas, sucesos reales-de-verdad subtienden tal global evidencia de *que soy. Que soy* —que pienso, que imagino, que siento...— es evidente; mas sólo es real con simple realidad, no como realidad de verdad, ni con verdad realmente verdadera o metafísicamente aprovechable.

Poco es lo que se puede decir a base de la evidencia inmediata, natural, de *que soy* —que pienso, que siento, que veo...—; y poco es lo que tal evidencia declara; poco es, mas no da para más; y lo más grave es que oculta realidad de verdad y verdad real-de-verdad. Lo oculta por simple neutralización; sin definida y expresa actitud en pro o en contra.

Adquiere, pues, determinado sentido la frase: lo evidente nos es dado cual *casa.* Mas admite —cf. Cap. VI, § 1, *A*—, sentimentalidades con que el mundo natural está siendo *Mansión,* confortable, ordenada, pacífica, segura... del hombre natural.

Por contraposición: todo lo *artificial* está montado según el proyecto y designio de perturbar y *trans*tocar —trans, *meta*física—, el estado natural, la evidencia natural, la *casa* del hombre y de las

cosas. Justamente lo artificial aprovecha esos chispazos de corto circuito, esas grietas y roturas que escinden la neutralidad natural del mundo inmediato: nacimiento, muerte, crímenes, rayos X, desintegraciones, minerales raros, mutaciones, herejías y cismas, máquinas, fábricas, aparatos naturalmente prodigiosos cual televisor, auto, avión, radar, cocina electrónica; procedimientos de verdad realmente verdadera, cual método dialéctico frente a los métodos de estructura natural, simplemente real —como abstracción formal, total etc. etc.

Dato V. 21. "La evidencia real-de-verdad, el perfil real-de-verdad de las cosas, las sentimentalidades reales-de-verdad no nos son dadas, *aún,* con igual plenitud, positividad, estabilidad que la evidencia simple, simplemente natural y sus cosas —hombre natural, cielo natural, moral natural, lógica natural, sentido común..."

Dato V. 211. "*Aun antes de que* los hombres (filósofos) actuales nos decidamos —por proyecto y designio, expresos y articulados—, a ser en la realidad-de-verdad, con sentimentalidades reales de verdad, *nos hallamos* siendo en *casa,* alumbrados por la *evidencia;* y aun en lo que de realidad de verdad haya dentro del mundo nos hallamos siendo con sentimentalidades de *casa,* alumbrada por evidencia simple."

B. Caigamos ahora en cuenta de *quién* es el que se halla siendo en *casa,* y, después, *qué tipo de quién* es el que se encuentra siendo en *laboratorio.* Y para precisar coherentemente pregunta y respuesta, refirámonos a los cuatro tipos de unidad, estudiados en el capítulo IV, §§ 1, 2, 3.

Dato V. 14. "*Aun antes de que* nos propongamos cual proyecto y designio determinar con qué tipo de *quién* vamos a estar siendo en mundo (o sea: casa, Hotel) —con los de cualquiera, particular, individuo o único—, *nos hallamos ya* siendo, de ordinario —casi siempre y casi todos—, como individuos respecto de sentimentales, y como particulares respecto de sentimentalidades —siempre por relación a *Casa.*"

Explicación y mostración: *1)* los sentimentales me son dados *dentro de los límites que me pertenecen:* dolores, incomodidades, molestias, placeres, cansancio, salud... *dentro de límites tales como piel,* por un extremo, y un estrato macromolecular por otro, sin que por ninguno llegue al estrato molecular o atómico. Aun en el caso del choque más violento no tiene realmente lugar un choque entre nucleones —de bala que me da en el pecho, y pecho que recibe el impacto—; sólo con esas máquinas descomunales que son ciclotrón, cosmotrón, pueden obtenerse tal vez impactos de nú-

cleo con núcleo, con los efectos energéticos y de transmutación conocidos. Y los límites de lo *mío,* de lo sentidamente mío, no poseen, por su parte, una delimitación geométrica por líneas o superficie; ni siquiera es preciso que yo me entere inmediatamente de lo que a mi cuerpo ha pasado o está pasando, en su estrato de realidad de verdad —dimensiones macromoleculares, atómicas—; largos procesos subatómicos, submoleculares, subcelulares... pueden proceder a su irrupción macroscópica, global —y como ataque, sorpresa desagradable, dolor repentino... se nos dan. Basta aquí con estas indicaciones. Tanto que esté uno siendo en mansión, como en Hotel, en casa como en fábrica, en bosque como en ciudad, dolores, placeres, cansancio... nos son dados, son *míos,* dentro de límites que me pertenecen —mi piel... Por tanto, en tal dominio somos *quién* cada uno por modo de individuo; y casi todos, y cada uno casi siempre, sentimos dolores, placeres, cansancio, malestar... dentro de límites que son, ellos mismos, notados como míos. Casi todos, casi siempre, se refieren al tipo de universalidad y necesidad concretas, de que se habló en § 1. Queda, pues, margen para que a uno, rarísima vez, le duelan realmente miembros amputados, no se entere de que una bala se le llevó hace rato un brazo... Ser individuo es, en rigor, estar siendo individualmente; sin perder de vista que el *que es,* o realidad brutal, no se nos da, de ordinario, como *que es* neutral sentimentalmente, sino afinado sentimentalmente: que estoy cansado, que estoy dolido, que estoy saboreando tal vino... Y será cuestión difícil de determinar y, en todo caso, cuestión no preliminar, si se nos da alguna vez un puro *que somos,*— mondo, neutral sentimentalmente. Todo lo cual no obsta para que, de ordinario, estemos siendo nuestra realidad —cuerpo y alma, para decirlo en bloque—, como *morada;* sanos, seguros, de cuerpo y alma, cómodos en el uso de nuestros sentidos y potencias, familiares y confiados, sin más, en nuestra realidad y facultades (cf. Cap. VI, § 1).

2) No sólo río, bosque, cueva, cielo... pueden ser vividos y sidos cual *casa,* sino aun fábrica, ciudad, oficina, iglesia, universidad... pueden ser, y son, de ordinario, sidos como *casa;* y vivirlos, o estar siendo en ellos cual en *Mansión* —por muy extraños, expropiadores, inhumanos que en sí mismos sean algunos de tales lugares—, es una defensa vital —olvidar lo que es una cosa, encubrir por sentimentalidades el *qué es* de una cosa. Lo cual no impide o imposibilita que, de cuando en cuando, sorpresivamente, sintamos la casa propia, aun la más propia, con sentimentalidades de cárcel; la oficina, como degradante encasillamiento; la fábrica, como pla-

nificado lugar de despojo de todo lo nuestro: desde manos a mente, por bolsillo.

Empero, dejando de lado tales sentimentalidades —por extraordinarias—, *aun antes de que* nos sobrevengan, y *hasta después de que* nos hayan asaltado, *se ha establecido* y se establece el estado de *casa,* con sus correspondientes sentimentalidades: paz, orden, seguridad, confianza, familiaridad inmediatamente sidas y sentidas.

Ahora bien: casa, ciudad, fábrica, iglesia, cárcel, calle, universidad, oficina, nación..., no tanto por sus límites corporales, cuanto por esotros más sutiles de derecho, oficios, deberes, normas, reglamentos..., que no son míos, sino de Nadie —la Ley, la religión, la Moral...— me limitan y definen; y por no ser míos, o no estar viviéndolos y siéndolos como míos —sean o no míos por expropiación o porque de suyo no son apropiables por mí—, soy respecto de ellos *particular;* un ciudadano cualquiera, un fiel cualquiera, un empleado cualquiera, un doméstico cualquiera..., frente a los de otra casa, dependencia estatal, confesión religiosa, nación...

Lo mismo hay que decir de bosque, paisaje, comarca, cielo, horizonte; todos esos límites, diferentes con sus específicas funciones sutiles, no son *míos;* lo son en cuanto que yo soy un *particular,* uno cualquiera de los habitantes de la tierra (dentro del cielo), de los moradores de la selva, campo; troglodita, cazador... Que tales límites posean o no fuerza para volver eficientemente —recuérdese la distinción entre causas eficiente, eficaz, rectora, ocasionante, Cap. III, § 2—, a cada uno particular o un cualquiera, es cuestión a tratar más adelante.

Es un *dato* que cada uno se siente más un *cualquiera* (particular) en una oficina pública que en una iglesia, en un cine que en una reunión de partido, en la misa del domingo que en una clase de universidad... Notemos unas secuelas que hemos sacado sin más y sin particular método, *aun antes de* hacer las anteriores consideraciones o recordatorios: *aa) que estoy viendo con mis ojos* —sanos, seguros, fiándome de ellos; cansados, miopes...— es cosa y asunto de *mí* en cuanto *individuo;* mas que veo árboles, calle y paisaje... lo es de mí en cuanto *particular.* Yo veo este árbol como uno *cualquiera,* como uno de tantísimos hombres y animales videntes; de ahí que el ver, por su forma de *morar* en el mundo, no actúe de manera solipsista, sino colectiva. Soy yo quien *ojea;* somos nosotros quienes *vemos;* soy yo quien *piensa,* somos nosotros quienes *entendemos;* soy yo quien *manipula,* somos nosotros quienes *trabajamos;* soy yo quien *toca,* somos nosotros quienes damos un *concierto*...

bb) El realismo natural, de *morador* del mundo —físico, biótico, moral, religioso, jurídico...—, es la actitud e instalación inmediata del hombre por virtud de su estado de *particular;* el solipsismo natural puede provenir, y proviene sin más, de mi componente real de *individuo.* Empero tanto realismo natural (colectivismo gnoseológico) como el solipsismo natural no son teorías, ni se viven como teorías. Por tanto, ni aun en el caso de que hubiera uno solo en el mundo, o lo haya en un mundillo —uno solo en bosque, ante cielo, ante este papel—, el hombre (animal) no vería en cuanto individuo, sino en cuanto particular, como uno de tantos; y lo que él dijera sobre lo visto —pensado, querido...—, lo diría, de suyo, en cuanto uno de tantos, como un *nosotros.* La palabra delata, sin evasión posible, que es *nosotros* quienes vemos, y quienes oímos; que soy yo quien piensa, mas nosotros somos quienes entendemos; basta con que diga *yo pienso,* para que igual puedan decir todos; y que yo diga "yo", para que todos lo puedan decir; y tenga que decir "yo" cada uno, lo mismo de sí que todos.

No soy yo quien habla, ni quien puede hablar, en cuanto individuo; *hablamos* todos, al hablar yo, o cada uno. Hablar no es función realizable por *individuo,* sino propia de *particular.* Ya *antes de que* podamos los individuos evitarlo, *ya estamos* hablando como particulares, como *nosotros.* Se trata de un *dato primordial.*

Que *entendemos,* que *trabajamos,* que *vemos...* los particulares; y que no podemos ni *entender,* ni *trabajar,* ni *ver...* los individuos, es un *dato* primordial también.

Que veo, que pienso, que manejo... es algo individualmente mío —mientras no lo diga. Por decirlo, lo dicho ya no es mío, individualmente. Éstos son datos *inmediatos* del mundo cultural en que los hombres actuales, la generación actual, surgen —el aire conceptual y verbal, en que vienen al ser, entienden, hablan; el mundo artificial de aparatos, que manejan todos los días: radio, televisión... Que tan *natural* —familiar, casero, cómodo (o incómodo), servicial, doméstico...— se nos hace el televisor como el venerable espejo.

Un electrón no está en un momento dado aquí y solamente aquí; no está localizado y no es localizable de manera exclusiva —*aquí* y en ninguna parte más *ahora.* Se dice que un electrón está aquí, porque la densidad de probabilidad local es mayor (máxima) donde se dice estar *aquí;* mas está con probabilidad mayor que cero, aunque mucho menor que la propia de *aquí,* en todo el universo. Repitamos, para que con la repetición adopte lo dicho estado natural —neutral frente a pasado, presente y futuro, puesto

todo en *neutral* presente: por la base real de verdad de mi cuerpo, o de mi yo, estoy siendo con probabilidad máxima donde se me ve, se me toca, se me oye... que estoy; mas, por esa misma base de uno de tantísimos, estoy siendo visible, audible, tocable... de vez en todo el universo; aunque con densidad muchísimo menor, siempre simultánea, de probabilidad. Lo cual, y otras cosas más, servirán en su momento para intentar dar razón *real-de-verdad* de ciertos fenómenos —no, en rigor, aparenciales, llamados parapsicológicos; telepatías, telequinesias... Fenómenos, de suyo, *metafísicos* —tan raros ahora cual lo son las emisiones de partículas y rayos gamma por el Uranio en estado de mineral en mina. Empero así como es factible condensar la forma de tales emisiones y aprovechar su energía en un reactor atómico, en una bomba atómica o nuclear, cabe *proponerse* (por designio y proyecto *meta*físicos) el proyecto y designio de producir tales fenómenos —*raros* (no frecuentes) por ahora en el estado natural—, de desintegración espontánea de la percepción y objetivación en estado natural.

El estudio de todo ello entraría, pues, con derechos propios en la Metafísica *actual*. Aquí queda indicado un punto de inserción en lo *preliminarmente* dado.

C. Dos palabras sobre el *principio de inducción*. El llamado, sumaria y simplísticamente, "paso de uno o varios a todos", admite ahora un desdoblamiento: "el paso de *uno* que sea uno-de-tantísimos o uno cualquiera a *todos*", es decir: a un todo integrado por elementos cada uno de los cuales sea un cualquiera, daría una primera forma del principio de *inducción:* Lo que vale de uno que es un cualquiera, vale de todos (los cualesquiera). Y en esta forma goza de una evidencia mayor que en su confusa formulación ordinaria. Evidencia y confusión, recuérdese, son caracteres del estado natural. Y en este sentido —no formulado explícitamente, pues no es tal tipo de formulación el propio del estado natural—, se lo emplea constantemente. "Si han muerto Parménides, Platón... el hijo del vecino..., luego morimos todos", vale porque uno muere por ser uno de tantos o un cualquiera, sea o no en cierto orden único, y nada menos que Parménides, Platón... Buda, o Juan Pérez y Pérez...; luego lo que le pasa a uno cualquiera, por ser cualquiera, y en lo que tiene —sea o no todo—, de cualquiera, de uno de tantos, pasará a otro cualquiera por ser cualquiera, es decir: a todos los *cualesquiera*. Y si *estos* cuerpos —unas cuantas bolas por un plano, en un tubo vacío...—, caen según cierta ley matemáticamente formulable, luego *todos* los cuerpos... La conclusión es válida porque se trata de cuerpos; y en este orden *un*

cuerpo —*todos* los cuerpos, *este* cuerpo...—, es un cuerpo *cualquiera.* Confundir particular con individuo, confusión bien *natural,* lleva a los callejones sin salida de la física clásica, al habérselas con los elementos microscópicos, donde se echa de ver y experimentar que son uno de tantísimos, y cada uno uno cualquiera (en su orden). La física *actual* reconoce —un poco sorprendida de que los filósofos no la hayan ayudado antes de la sorpresa ni después de ella—, que la categoría de individuo no es aplicable en ciertos órdenes. Que una partícula (protón, electrón...) no es individuo, ni individuable en cuanto a lugar-y-cantidad de movimiento, o un par de coordenadas conjugadas... Lo que vale para un elemento que sea, en todo o en parte, individuo, no vale, sin más, para todos los otros *individuos;* y que, en este caso, no valga el pretendido principio de inducción lo había sospechado la más vieja lógica. Aquí quedan, preliminarmente, deslindadas las dos formulaciones con sus respectivas condiciones: una a favor, otra en contra de su calidad de principio.

Dato V. 22. "*Aun antes de* estas distinciones —expresamente dichas y contrapuestas—, *nos hallamos* ya empleando unas veces con natural familiaridad y confianza el principio de inducción (para el caso de particulares y de uno de tantos), y desconfiando otras de él —para el caso de individuos o propiedades individuadas." Y así como la misma cosa puede hallarse coajustada en doble o triple tipo de unidad —como máquinas montadas en parte con material de madera, en parte de acero...—, por parecido motivo, respecto de una y la misma realidad —cual el hombre—, *antes de* toda discriminadora teoría nos hallamos aplicándole, respecto de ciertas propiedades, el principio de inducción; y respecto de otras, rehusamos emplearlo o nos abstenemos precavidamente de hacerlo.

Estado natural y uso natural de los principios

Al aplicar tal principio, moramos en él; al desconfiar, recelarnos, dudamos de su aplicabilidad, nos *hospedamos* en él. El mundo ideológico —notémoslo en este caso, casi ejemplar—, puede ser vivido (sido) cual *morada,* o como *hotel;* es habitable por sentimentalidades (Cap.VI, §§ 1, 2). Así que ciertas sentimentalidades —cual uso confiado, seguridad de trato...—, afectan y descubren por tal afección o apego o tactilidad, que y cuando un principio sirve de *morada,* o *que es* válido, *que es* firme...—, mientras que otras sentimentalidades —cual recelo, duda, inseguridad...—, descubren —y

es *el* sentido de ellas—, *que* y *cuándo* un principio —sido naturalmente en bloque—, no es seguro, ni firme, ni afirmable ni aplicable; *que es* no válido; *que es* no firme.

O al revés: porque el principio de inducción —para seguir con el caso que ha dado ocasión ejemplar para el planteamiento, en su fórmula o receta natural—, es de diversos grados de consistencia interior, al estar siendo en él por ciertas sentimentalidades, unas descubren la invalidez o falsedad de tal principio —*que es* falso, no *por qué* es falso, o *qué es* lo que lo hace falso—; y tal es *el* sentido de tales sentimentalidades mientras que *lo* sentido por ellas es, inmediata y propiamente, duda, inseguridad, recelo, reserva; por el contrario, al estar siendo sentidamente en tal principio puede notarse, según el caso o circunstancia presente, *que es* verdadero —no *por qué* es lo *que es,* o lo que en tales casos lo hace verdadero. Tal es *el* sentido de la sentimentalidad correspondiente, mientras que *lo* sentido por ella, o ella misma, es seguridad, confianza. . .

El que podamos, evidentemente, enfocar la cuestión al revés y al derecho, *neutralmente,* es otra forma de comprobar el estado natural de tal principio. Sólo la metafísica podría plantear la cuestión de precedencia.

Un caso más: *los principios de identidad y contradicción.*

Que la identidad de cada cosa consigo misma es algo establecido desde siempre y para siempre; y establecido, no después o en virtud de haber superado una real contradicción, sino descartada "desde siempre y sin más", es el modo como está siendo tales principios el hombre en mundo natural, sentimentalizado en *morada;* o en el mundo artificial, sido también como *morada.* La identidad de algo consigo mismo no es entonces estado alcanzado por transcender una real contradicción, siendo este estado —de realmente verdadera contradicción—, justamente aquel del que puede surgir una identidad real-de-verdad, que identifique precisamente lo escindido, y haga, por invento y novedad, de algo escindido algo *mismo.* La identidad que no surja y emerja y se establezca como identificación de una contradicción es identidad no identificante; es *simplemente idéntica.*

Que el principio de contradicción sea el mismo que el principio de identidad puede significar, por lo pronto, dos cosas: *a)* son los dos principios *simplemente* lo mismo, idénticos, uno y el mismo, es decir: es imposible que sean diferentes; la identidad hace imposible que surja, haya surgido o pueda surgir contradicción alguna en cosa alguna; si por algún resquicio interviene el no-ser,

la identidad previa —la misma de antes y de siempre—, lo descarta ya en la frontera misma. Identidad no es, por tanto, potenciable —*trans*cendente y *trans*cendible. Identidad inerte, inoperante.

b) Identidad es lo mismo que contradicción *superada;* e identidad real-de-verdad es lo mismo que contradicción real-de-verdad, mas real y verdaderamente superada o *tran*sustanciada. Y tal identidad identificante da, precisamente, a la cosa así identificada el original refuerzo de *misma.* Una cosa no es una *misma,* no está en estado de *mismidad,* o de identidad reforzada, sino por superación de una real contradicción, suya, intrínseca en un estado previo suyo.

Lo simplemente idéntico, lo inmediatamente idéntico es, justamente, el lugar más adecuado para internas escisiones de sí, y bajo tal revulsivo podrá llegar a ser una cosa doblemente idéntica: ser ella *misma.*

Basta con estas indicaciones —a estudiar, como en lugar propio, en Metafísica—, para poder afirmar: *a')* el estado natural del mundo y de sus cosas es neutral frente a las dos significaciones de identidad *a), b);* las contradicciones quedan marginadas, confinadas a las fronteras de cada cosa bajo las formas de contrariedad, relación, privación, negación, sombra, silueta, ausencia... El movimiento no es sido como contradicción, ni el tiempo como contradicción reales-de-verdad; la muerte queda relegada al extremo de la vida; la falsedad, a ser la simple negación de la verdad; la maldad, a privación de bondad; el hombre es o está ya distinto de los animales; el *no es animal* es algo hecho desde siempre y para siempre, y tal *no* es pura redundancia. Es claro que en el estado natural —de la mente, de la vida, de las cosas... ; de lógica natural, de física natural, de religión natural...—, tal planteamiento se nota como simplemente verdad; *y moramos* alegre y confiadamente en la identidad simple, inmediata, inocente de las cosas. Y al revés: por el fenómeno acabado de explicar —el de que el mundo natural se halle en estado o tono neutral, frente a tales radicales y sistemáticas cuestiones—, es un *dato real* —aunque no real-de-verdad—; y de tal estado —notado por estar siendo el hombre en estado natural también—, surgen tales sentimentalidades de *morada*: familiaridad con objetos, en objetos sidos como mismos, seguros, firmes; comodidad, paz, tranquilidad, orden...

b') Por el contrario: al trocarse —por raros acontecimientos, de que se hablará aquí (cf. Cap. VI, § 1, *b)*—, el mundo natural *en* lugar por el que irrumpe el universo, desaparecen las sentimentalidades de morada; hace acto de presencia real-de-verdad la

contradicción interna, la escindibilidad y desgarrabilidad íntima de las cosas, de la misma cosa; y resultan cuestionables y comprobables con comprobabilidad real-de-verdad, las *a), b);* y a su vez el universo irrumpiente a través de mundo —cual volcán sobre praderas, montes y ciudades, teorías, ideas, derecho, religión, establecidos y asentados—, da ocasión al surgimiento de sentimentalidades como miedo, susto, desconcierto, angustia, temor y temblor, decisión, audacia, proyectos y designios (en vez de esencia), es decir: al modo de estar siendo en universo.

Añadamos para terminar este punto que el mundo artificial, sido y notado como artificial (laboratorio), por tanto no sido ni vivido como morada, cual connaturalizado con natural, resulta también —aun sin las irrupciones de universo a que se acaba de aludir—, lugar de planteamientos reales-de-verdad de los puntos *a), b);* o sea, del surgimiento de una identidad de verdad, por superación de una contradicción real-de-verdad.

Será menester, no obstante, algo y mucho más —algo nuevo y más revulsivo—, para que el mundo artificial, sido como *Hotel* (cf. Cap. VI), no se quede en *punto de partida* de una metafísica y en una metafísica *indicada,* sino llegue a ser punto de arranque, de resalte, o resorte, de una metafísica *verificada.* Puntos para ulteriores consideraciones, como es claro.

D. Yo ojeo, pero *nosotros* vemos; yo pienso, pero *nosotros* entendemos (cf. aquí *aa*). ¿Cómo se constituye tanto en mundo natural como en artificial ese *nosotros*? Es decir: ¿cómo nos es dado tal *nosotros* —vosotros, ellos, tú...? Se trata, pues, de describir, no de montar ninguna teoría, y menos aún hacer proyectos y abrigar designios de transformación de algo real a real-de-verdad. El *nosotros* de que aquí se va a hablar es un *nosotros simplemente real.*

El ojo que yo ojeo —el ojo de otro u otros hombres— no es ojo porque yo lo ojee; es ojo porque me ve. Y, a su vez, mi ojo no es ojo porque otro ojo lo ojee; es ojo porque yo veo con él, y, en rigor, mi ojo ve porque me lo ven los otros; y los ojos de otros ven, además de ojear, porque los vemos los otros. Y el mundo visible, y las cosas visibles, no son visibles porque yo las ojee; son visibles porque *nosotros* las vemos; y ellas, por su parte, no son visibles porque nos ojeen con ojos, sino porque nos *ven* a nosotros, a cada yo. *Ojeamos* cada uno, yo por yo; *vemos* nosotros. El ver, lo visible, son respectivamente, función colectiva (de un nosotros) y aspecto (objetividad) colectiva: el que el *nosotros* obliga, por especial tipo de causalidad, a las cosas a que se *nos* manifiesten ellas de-por-sí-y-para-nosotros. Y esto no es pura literatura, ni literatura, sino expe-

riencia dicha por altavoz de como las cosas son. Sólo que con una adición: en *morada,* en mundo como morada nuestra, la realidad-de-verdad de tales cuestiones —y acontecimientos—, queda, como todo, neutralizada.

Notémoslo *1)*: Tenemos olvidado, de puro sabido y sido, cuándo mi ojo ojea un objeto que no me ve, o sea: no puede mirarme, y cuándo mi ojo ojea un objeto que me ve, que me mira; cuando lo veo yo, y lo miro, es para que él vea que lo veo, es decir: me mire, el cual, a su vez, me verá a mí para que yo lo vea a él: para que lo mire. Y así no nos ojeamos, sino nos miramos, y vemos que nos vemos —o nos esquivamos la mirada, o nos hacemos de los que no miramos. Ver es *vernos,* aunque se asiente tal *nosotros vemos* sobre el que yo ojee, tú ojees; y mejor, sobre el que *uno* ojee, el que *otro* ojee. En este sentido, no veo yo ni vemos nosotros la pared, el árbol, el libro; los ojeamos; y bien sabemos que ni nos ojean ni nos miran ni los miramos, porque los estemos viendo y para que nos vean. Y cuando por acaecimientos —que de ser reales serían reales-de-verdad, o metafísicos—, creemos o cree alguno que las paredes oyen, que la noche tiene ojos, tales acaecimientos del *universo* son habitados sentimentalmente por sentimentalidades como miedo, pavor, espanto..., admiración, desconcierto..., *el* sentido de las cuales —aparte de *lo* sentido, que es eso: miedo, pavor... admiración—, es lo raro, maravilloso, peligroso... de tales realidades, frente a la mansa y aplanchadora realidad con que está siendo en *morada* la simple realidad del mundo. A la inversa: si notáramos que los demás nos miran como miran, y miro yo, a las piedras, o sea: convencidos de que no nos ven, y convencidos en mi caso de que yo, aunque tenga ojos, no los veo, es que me tendrían por ciego, y yo terminaría por serlo, porque veo que no me ven, o porque no veo que me ven —igual diría de escuchar, entendernos, querernos, consentir...; dejaría realmente de oír por notarme no escuchado; de pensar, por notarme no comprendido...

2) Además, es falsa la afirmación de que las cosas no nos vean, oigan, sientan... Notemos que se trata de afirmación —de pretensiones a verdad y falsedad, *reales de verdad*—; y que, por tanto, tal afirmación no entrará en la vividura de mundo natural —morada—, ni en su tipo de realidad simple. La afirmación (o negación) la hacemos en cuanto colocados, de cuando en cuando, como ahora, en nivel metafísico. Pero es,

(D.M.) *Dato metafísico V. 16: "Aun antes de que* nos hallemos puestos a, o nos pongamos, por definidos proyecto y designio, a hacer metafísica, *nos hallamos ya* —de cuando en cuando, a ratos

sueltos y por acaecimientos raros, es decir: extraños y pocos—, *siendo metafísicamente*." Y de este dato nos servimos en este momento (cf. Cap. VI, § 1, *B*); siendo ya tantos tales datos que es llegado el momento de resumir por modo de *dato expreso* estos apuntes hacia metafísica —puntas de irrupción de lo metafísico (del universo). Nuestra morada nos es dada con fisuras y grietas; por el mundo natural se infiltra el *trans*-natural o *meta*físico (El Universo).

Lo metafísico es un acaecimiento, real-de-verdad, que rompe la neutralidad de morada, sólo real, en un sentido parecido a como las radiaciones alfa, beta, gamma del Radio *trans*pasan las capas electrónicas, montones de tierra o envoltura de placas fotográficas, y dejan extrañas y poco frecuentes huellas en la realidad del macrocosmos: el natural de la ciencia física clásica.

Enfocar la metafísica desde este punto de vista es tema de la metafísica *actual*, como lo es de la física actual lo dicho... Prosigamos, pues: la pared de enfrente no me ojea, mas me ve. El aspecto típico de pared, silla, árbol, pájaro, sol... no es nada físico o real-de-verdad. Que el árbol termine donde veo que termina, es algo que yo veo; no que sea en realidad-de-verdad así. Tal frontera no es realmente frontera, caso de verla como es; árbol... —o un objeto cualquiera— por los campos gravitatorios de sus átomos, por los campos electromagnéticos de sus electrones, por las diferentes radiaciones que de él salen, por el calor que desprende, por los efluvios de todas clases que de él emanan, o hasta por el color que tiene, que no es suyo —el verde de las hojas es precisamente el único color, de todos los que le vienen de sol, que no absorbe, sino refleja, y el azul del cielo no lo es ni de él ni del aire, es justamente el tipo de radiaciones que dispersa y no absorbe la atmósfera—, no termina real-y-verdaderamente donde realmente parece terminar, y donde realmente —con realidad simple, aparencial—, termina.

Si viésemos nuestro cuerpo —y los demás—, con ojos provistos de telescopios, microscopio óptico o electrónico tendríamos de él una visión algún tanto parecida al aspecto de nube o cielo estrellado, o a esas fotografías de tejidos sacadas por microscopio electrónico que requieren conocimiento previo de qué órgano proceden para saber a qué se refieren... Todos estos aspectos son, al menos, tan verídicos como el natural, aquel en que *moramos* —dadas las dimensiones *de facto* y funcionamiento *de facto* de nuestro cuerpo.

Y vistos así por otros ojos, cual Vía Láctea, nebulosas, conglomerados estelares... con vacíos tan pronunciados como los que veo entre las estrellas, o formas tan desdibujadas y deshilachables cual

las de las nubes, otra sería mi teoría sobre alma y cuerpo. Me parecería tan natural que el alma informe el vacío —si todo lo que tengo de sólidamente sólido se reuniera en un volumen, el hombre *sólido* quedaría reducido a una punta de alfiler, o menos aún: a una masa apenas distinguible por lupa ordinaria—, como me parece natural que la luz de sol llene durante el día los vacíos interestelares y los deje a oscuras por la noche.

Así que la figura especial de las cosas, sus aspectos típicos: hombre, árbol, río, caballo, piedra, pared, manzana, lápiz... son lo que *mis ojos,* reales-de-verdad —por átomos, nucleones, electrones...: partes real y verdaderamente de todo el universo—, han hecho que las cosas del mundo —cada una presente real y verdaderamente en todo el mundo, con mayor o menor intensidad de probabilidad—, respondan a mis ojos en cuanto que *vemos,* y a mí en cuanto vidente que soy uno de tantos, un cualquiera —aunque, por un caso, esté siendo solo de hecho. Las cosas me ven por su aspecto, o su aspecto típico es su mirada hacia mí y para mí, para *nosotros: son espectáculo para nosotros.* Nos ven, pues, sin ojos. Lo simplemente visible no llega, por tanto, a vidente; y no se basa en ojeante. Mas lo visible es tan reacción propia, específica al vidente, a *los* videntes, como lo es, en cantidad o dirección, la reacción del culatazo a la acción de la bala del fusil —o de un cohete.

Y si el ver oculta realmente los ojos —pretiere su realidad sin aniquilarla, más bien la usa cual cristal perfecto que cuanto mejor hace su oficio menos lo ostenta y se hace notar—, lo *visible* no tiene por qué descubrir lo que le sirve de base: fotones, campos electromagnéticos, macromoléculas... Que si el ver oculta hasta eso mismo de que ojeamos con dos ojos —igual ocultaría cuatro, ocho... si los tuviésemos—, es natural que oculte así las cosas vistas, aunque, en cuanto cosas, se compongan de trillones de átomos, y de quintillones de fotones. Y así pasa en realidad —con la realidad simple, inmediata de lo natural.

Los sentidos *objetivan* realmente; y no son simplemente pasivos; los componentes reales de verdad de tales acciones y reacciones no son dados, justamente por la estructura realmente neutralizadora de lo óntico, peculiar al estado natural de todo: ojos y cosas.

No nos extrañamos ya gran cosa de que, a veces, veamos doble: doble el aspecto o aparencial de una misma cosa; basta con una ligera desviación del eje óptico —accidental o defectuosa. La imagen doble no agarra a la cosa, no se adhiere a ella, cual en el caso de visión normal. Recordemos lo dicho aquí § 1, *f 2)* sobre ti-

pos de poder objetivador. Hay objetivaciones que dan simplemente objeto; otras más potentes proporcionan objetifactos; otras, por fin, cosifactos u objetividades absorbidas por las cosas. Lo visible no se adhiere siempre a la cosa vista. Es objetividad no cosificada o en sí; mas de ordinario —casi siempre o en casi todas las veces—, absorbida por la cosa, en gelatina en ella —siempre, cosifica*ble*, engelatina*ble*. Y de que tales objetivaciones, bien visibles y bien vistas, se reabsorban y adhieran a las cosas, o que puedan corregirse por un simple aparato —lentes graduadas — tales vagancias —o flotamientos de lo objetivado—, de tales procedimientos de nuestros activos sentidos no nos extrañamos ya, es decir: todo se halla ya en el estado *natural*, en el tono neutral de lo natural.

No hace falta recalcar en otros detalles de la más corriente y manualesca psicología y física; vgr. que la franja visible constituye una estrecha franja dentro de espectro total, estructuralmente uniforme, de las radiaciones.

Y advirtamos, para dar por terminado este punto, que objetivar no cae en la línea de las causas eficientes, eficaces, rectoras u ocasionantes de que se habló ya; sino en otro orden, diverso e incompatible con el antedicho —de que se hablará en su lugar.

Mas la neutralidad del estado natural, y la familiaridad de lo natural trocado en *morada*, han vuelto ya neutral también este tipo de causalidad: la objetivadora y sus clases —*antes de* todo proyecto o designio, y *después de que* ciencia y teorías nos han deshecho la inocencia del estado natural. Y vemos sin más lo visible cosificado o absorbido, de ordinario, por los objetos, y preterimos todas las cuestiones referentes a realidad de verdad: ¿lo visible proviene de cosas a ojos, de ojos a cosas? ¿No hay más de visible en las cosas que lo visto por los ojos, lo visible a los ojos? ¿Hay una causalidad real-de-verdad de tipo eficiente, eficaz, rectora u ocasionante que subtiende y precede a la visión en segundos, en décimas de segundo?...

De nada de esto nos enteramos; y, aun enterados por la ciencia, no nos damos por enterados en nuestra realidad. Y continuamos con naturalidad y familiaridad siendo y viviendo, como en *morada*, en lo visible.

Las explicaciones anteriores sirven, pues, para poner de manifiesto lo mucho, y real-de-verdad, que el estado natural pretiere, oculta y anula de la realidad-de-verdad para quedarse siendo en lo simplemente real.

3) Yo pienso, pero somos *nosotros* quienes *entendemos* lo inteligible. Lo inteligible que entendemos no es inteligible sólo porque

lo entendamos; es inteligible porque nos entiende; mas por sólo eso lo inteligible ni piensa ni nos piensa; no es un *yo pienso.*

(Sigamos una vez más el camino paralelo al trazado, al tratar de lo visible). No sólo porque nuestra vista es *inteligente,* y nuestra inteligencia es *vidente,* y nosotros mismos estamos con nuestra inteligencia natural implantados en lo real, sino por un motivo previo a estas generalidades, es por lo que lo inteligible nos entiende, sin pensar.

$2 + 2 = 4$ no es la proposición "dos y dos son, evidentemente, cuatro"; ni $a + b = b + a$ es la proposición básica: "vale la propiedad conmutativa de la suma de dos sumandos cualesquiera, *a, b"*; ni la blancura de este papel es la proposición *"este papel es blanco"*. Mas las proposiciones son, justa y precisamente, lo que esas cosas: 2, 2, 4, +, =, *a, b*... tienen de inteligible. En su funcionamiento normal lo visible, el color visible, no es lo visto; lo visto es esta pared blanca, esta franja verde del toldo de este patio, esta hoja verde del naranjo... El color hace de *medio por el que* vemos esas cosas; actúa atemática e inobjetivamente, o con funciones de *ser,* lo cual no obsta para que en ciertas circunstancias —raras y extrañas—, se vuelva él mismo visible, revierta al estado de *ente* —y lo vea flotante, objetifacto, y ya no cosifacto.

Parecidamente: proposición —concepto, teorema, afirmación—, se hallan en estado natural con funciones de *ser,* es decir: cosificadas, impregnando cosas —2, =, *a, b*: blanco, hombre, luz...—; como ser de entes. Y sólo en estados anormales, raros y pocos, creo pensar en proposiciones; que, en verdad, yo pienso en *dos y dos son cuatro,* y en que *dos y dos son cuatro es proposición verdadera;* mas en realidad-de-verdad, nosotros somos quienes entendemos que $2 + 2 = 4$. En la proposición *dos y dos son cuatro,* los entes están aludidos; en $a + b = b + a$ se hallan casi eludidos; mas al *entender* la proposición desaparece ella misma por actuar como ser, en favor de los entes entendidos; y son éstos los que se presentan; la virtud desveladora de la proposición hace entonces de objetividad cosificada, implantada en lo real. En estado natural no se hacen proposiciones, ni se cae en cuenta de que, a veces, se las emplee, ni si han comenzado por hacer acto de presencia ante la mente; al *entender,* y por entender, quedan preteridas; hácense *ser,* y ser de entes —*se cosifican.* Y esto no es teoría; es simple descripción —hecha por entendimientos que han perdido la inocencia gnoseológica o natural—, de lo que, por ahora, pasa a todos de ordinario: inocentes o no gnoseológicamente.

Todo lo cual no es sino una parte, y la más sencilla, del tema:

lo inteligible no es inteligible sólo porque lo entendamos —lo cual parece inútil tautología—, sino que es inteligible porque él nos entiende, sin, por eso, pensarnos. Que la serie de proposiciones con que demostramos un teorema no es *ese mismo teorema,* sino un sistema de señales, de alusiones a las cosas, que, al llegar la hora de la verdad —para proposiciones y para proponente—, pasa a funcionar como ser; así yo no pienso que piense...; no entiendo que entienda... Que ni 2 + 2 = 4 es una proposición, ni el hombre es la proposición *el hombre es animal racional,* etc., como ser de tales entes, es punto fácilmente comprensible, pues es el modo natural, neutral de entender. Notemos, ante todo, que de lo inteligible hemos hecho *casa;* y habitamos en ella familiarmente, confiados, seguros, satisfechos de nuestra suerte y de la inteligibilidad de las cosas; nos sentimos hechos para entender; lo inteligible es el objeto natural y propio de entendimiento; y sin lugar a dudas ni vacilaciones nos definimos, y nos parece perogrullada que nos definan, como animales racionales. *Morar* inteligentemente en el ser, hacer de los entes morada del entendimiento es tan inmediato y corriente, cómodo y tranquilo sentimentalmente como vivir en casa material y ver cosas. *El* sentido de tal sentimentalidad me descubre que las cosas son inteligibles —no por qué, cómo, para qué, lo son; *lo* sentido es, por complemento, eso de notar que pienso, y no que quiero; que me duelen los ojos, que me molesta el ruido de la calle... Morar por *el* sentido y por *lo* sentido en las cosas.

Lo habitable —y largamente habitado por las sentimentalidades—, es *sintiente,* sin órganos de sentidos; posee un alma sutil que lo anima, sin hacer falta especiales y fijos órganos. Casa nueva, vestido nuevo, país nuevo, lengua extranjera, primeras lecciones de álgebra, estilo nuevo de pintura... son vividos con sentimentalidades adecuadas —cada una con *lo* sentido y *el* sentido de ella: novedad, extrañeza, desconcierto, inseguridad, incomodidad, sorpresa agradable o no...—; mas todas estas sentimentalidades —cf. Cap. VI, § 1—, propias de *casa*: sentimentalidades de funcionamiento afín al de *ser,* frente a las de novedad, desconcierto, sorpresa... más comprometidas con *entes* —cf. *ibid.*— ceden presto a las de familiaridad, confianza, despreocupación, seguridad, resaltantes ellos y ellas frente a la mansa y casi desapercibida presencia de las sentimentalidades de *casa.*

Las sentimentalidades de *casa* se hallan, pues, *cosificadas*: es decir: impregnando las cosas.

Ahora bien: es un dato inmediato y naturalísimo el de que hemos hecho de lo inteligible *casa,* y habitádola tan diligente y cui-

dadosamente, tan amorosa y morosamente, que lo inteligible —sea álgebra, aritmética, física teórica, literatura, arte...—, es ya *casa nuestra* —pasados presto sorpresas, desconciertos, novedades... Lo inteligible está siendo, pues, sentimentalmente; está siendo sentido: sentido como admirable, o corriente, como sorprendente o común, como nuevo o usado, como desconcertante o familiar..., a la manera como el color verde es sentido como tranquilizador y amable, el rojo cual excitante, y no con la total indiferencia del espectroscopio. Éste no hace del color *morada* suya; la vista, sí; amuebla variada y constantemente el mundo externo a su gusto. Un cerebro electrónico tal vez sea cual espectrómetro puro, es decir: ideógrafo, en que haya ideas, mas no habitadas sentimentalmente —sin admirarse de los cálculos que hace, sin sorpresa por las matemáticas y lógica incorporadas en él. Lo inteligible tiene, por lo tanto, sentido; mas no sentidos; lo inteligible es inteligente, no porque piense, y sea un yo (individuo, particular, cualquiera) que piense, sino porque es inteligible sentimentalizado, hecho sensible y sensibilizado en esa su misma calidad de inteligible.

La *certeza* sería, según esto, una sentimentalidad peculiar al orden inteligible, por estar siendo lo inteligible *morada* nuestra; *lo* sentido en certeza es eso: certeza —y no vgr. miedo, pavor, cansancio, novedad, duda...—; mas *el* sentido de certeza es ese carácter de *morada* que tiene lo inteligible, o puede llegar a tener, aunque sea tan desconcertante al principio como álgebra abstracta o espacios de n dimensiones —$n > 3$.

Además: lo inteligible es inteligible porque lo entendemos *nosotros*, y no porque lo piense yo. Dejemos, por un tiempo, aparte si las potencias objetivadoras del hombre actúan diversamente según se halle siendo el hombre como uno cualquiera, individuo, particular, único, nosotros, vosotros, ellos...

Contentémonos con indicar unos datos: si de repente —por un acaecimiento rarísimo, y que tal vez no nos haya pasado, ni pasado jamás en la historia de la humanidad—, cayera en cuenta uno que es él solo el que piensa que *dos y dos son cuatro*, esa sentimentalidad de certeza que surge en mí con *el* sentido y *lo* sentido propios porque todos piensan como yo y yo pienso como todos, es decir, porque lo pensamos *todos*, refluiría sobre mí; y, al represarse en mí, se trocaría en duda o se reinterpretaría como don y gracia de otro, como secreto y fórmula privada; y por eso mismo $2 + 2 = 4$ perdería su significado científico; sería *mi* $2 + 2 = 4$; el *mi* desharía el contenido científico de lo entendido. *Yo pienso* que $2 + 2 = 4$; mas *nosotros* entendemos $2 + 2 = 4$. Es decir: que el yo no puede

ejercitar su función de *mí*, de apropiación, sobre lo inteligible. Y al revés: lo inteligible no es tal, por lo pronto, por alguna cualidad suya peculiar —intemporalidad especial, de tipo supra o extramundana—; algo es inteligible porque sólo puede entenderlo un nosotros, y no puede ser aprehendido por ningún yo, ni puede ser asimilado por el *pensar* —facultades, potencias de un yo.

Cuando Galileo se notó —y le hicieron caer en cuenta—, que era tal vez el único que *pensaba* que el sol estaba quieto, y que era la tierra la que se movía —que era el único entre todos los cristianos y nada menos que contra la Iglesia: la de todos, y la Biblia: el libro de todos, no creyó él que fuera tal aserción peculio, secreto, don suyo, sino que lo *pensó él* para que lo *entendieran todos,* y él como uno de tantos de la colectividad que resultó ser el Hombre del Renacimiento y moderno. El mejor remedio para hacerle deponer su convencimiento hubiera sido llegar a convencerle de que nadie jamás sabría lo que él había pensado. Soledad absoluta de por vida. *Yo pienso A,* no es equivalente a *yo solo pienso A;* porque *yo pienso A,* es, de suyo, un *nosotros* pensamos (entendemos) *A; nosotros pensamos* es, pues, *nosotros entendemos* —y por eso nos entendemos al pensar.

Así que la sentimentalidad de certeza es pertenencia de *nosotros* los entendientes; y no lo es de uno: del pensante. Y cuando en una colectividad es uno solo el pensante, y uno solo el (pretendido) entendiente —el infalible—, el nosotros no entiende ya: cree; y como no se puede evitar que *entender* sea función de nosotros, el uno solo, monopolizador y condensador del entender, termina también él por creer. Las verdades —las pretendidas verdades—, se le habrán tornado transcendentes, y traspuesto el horizonte del entendimiento. De este fenómeno bien real se hablará más adelante, cuando tratemos de intento, y con programa de bien estructurado planteamiento, si creer es una función rigurosamente, o eminentemente, *meta*física, es decir: la de hacer que una cosa *tras*pase para siempre lo físico: se nos evada íntegramente en cuanto a su *qué es* y nos deje su simple, mondo, puro, brutal *que es;* o complementariamente, si algo inteligible puede dársenos cual don, gracia, regalo, a préstamo y en precario, en secreto y a solas. Se trataría, como es claro, de relaciones entre yo, en cuanto y en lo que tenga yo de *único,* con otro *único* también. Solo a solas son el Solo.

Dato V. 23. "*Ya antes de* todas esas consideraciones, más aún: *antes de* todo proyecto y designio de ser cada uno *único, nos encontramos con que yo pienso,* mas *nosotros entendemos,* y *nos entendemos,* aunque cada uno sea *quien piense,* con sus actos

peculiares, dependientes hasta de su estómago real y de su cerebro propio. *Pensar* es función de individuo; *entender* es función de particular. Y lo entendido nos es dado como *morada* colectiva con sentimentalidades peculiares, de las cuales la más resaltante y urgente, cotidiana y vivida, es la de *certeza*."

Frente a la cuestión —o proyecto y designio propiamente metafísicos, o sobre realidad-de-verdad—: ¿entendemos porque es así, o la cosa es así porque entendemos?, el estado natural, y más aún el de *morada,* de lo inteligible, ha neutralizado tales relaciones; y la verdad simple e inmediata no distingue entre pensar y entender; no pone relaciones causales, o de dependencia real-de-verdad, entre pensado y entendido, pensante y entendiente. *Simplemente pensamos y entendemos, y simplemente lo pensado y entendido es,* sin hacerse cuestión de la realidad de verdad de lo entendido en cuanto tal y de las relaciones reales de verdad entre entendido y entendiente, etc.

Realismo natural, inmediato y simple de pensar y entender; de pensado y entendido. Mundo ideológico natural sido como morada mental.

Por fin: no nos ojeamos; nos vemos; y nos vemos no porque se vaya estableciendo un tejido de hilos relacionales; no se trata de lanzadera alguna. Si tales relaciones de ojo a ojo —de ojo que ve otro ojo que le ve; de ojo que ve que le ven, y, por virtud de ello, tal ojo se eleva a vista; y todos, uno con otro, quedan tejidos en un *nosotros vemos* y *nosotros nos miramos*—, serán o no reales de verdad, y base imprescindible con realidad de verdad (metafísica) para que surja ese *inmediato y simple* (o simplificado) *vernos,* es cuestión de otro orden —mas nunca de *preliminares.*

Nos vemos dentro de un mundo con funciones de *ser* —la luz, natural o artificial—; y nos entendemos y entendemos —no hay por qué emplear el *nos* que no es dado tampoco explícitamente—, en ese mundo con esa función de *ser,* que es la *palabra.* Nos entendemos y entendemos, porque hablamos; hablamos para entendernos, haciendo la palabra de verdadero y eficaz intermediario o mediador: desaparece, se eclipsa, en su función misma; no resulta instrumento.

Nosotros entendemos, nosotros hablamos. Mas el lenguaje —hablado o escrito—, habla de todo: física, matemáticas, lógica, derecho, moral, religión... sin que para hablar tengan el aire o el papel que poseer lengua, paladar, dientes..., ni ser un *yo* que deletree, articule, pronuncie. El lenguaje es lenguaje no porque alguien lo pronuncie; es lenguaje porque nos habla. El lenguaje

habla; no pronuncia. Da a entender; no da a pensar, ni a oír con orejas lo altavoceado, ni a ver con ojos lo escrito. El lenguaje está habitado de pensamientos, no de pensares; de sentimentalidades, no de sentimentales. Y así es como lo somos y usamos en mundo natural. Se da, pues, un lenguaje en *estado natural,* cual *morada* nuestra y de nuestros pensamientos. No tiene, pues, nada de sorprendente el que

Dato V. 24. "Aun antes de que nos propongamos cuestión alguna —en la forma de realmente verdadera (metafísica) de proyecto y designio—, acerca de dar voces con peligro de que, según como fueren, voces se transformen en lenguaje; y yo voceo, en nosotros hablamos; y el lenguaje nos hable y dé a entender cosas, *nos hallamos ya* hablando y entendiéndonos por hablar y al hablar; sin que, con todo, el medio real que se emplee para hablar ostente su constitución óntica —atómica, vibratoria, macromolecular: de lengua, aire, vibración longitudinal... La base real del real lenguaje está, y nos es dada, en *estado de ser.* Lo hablado (el lenguaje) y los hablantes estamos siendo en estado de *entes,* al hablar."

Cuestión aparte constituye, claro está, determinar cuánto de cada cosa —de todas, de algunas, de todo lo de todas...—, puede estar siendo en el lenguaje o en una lengua determinada.

En la luz nos vemos, y vemos las cosas —con tales o cuales figuras, colores...—; y en el aire nos oímos y oímos las cosas; en el lenguaje nos entendemos y entendemos las cosas, y resulta que:

Dato V. 25. "El que, *aun antes de* todo proyecto y designio de determinar si nos sería más adecuado entendernos y entender las cosas por la luz y mediante ojos, o por los sonidos —vgr. musicales, instrumentos de orquesta, melodías, métrica poética...—, *nos hallamos ya* con que entendemos y nos entendemos nosotros y las cosas por y en el lenguaje. El lenguaje nos habla y hablamos nosotros; y a él encomendamos, aún más, el hablar y el hablarnos, de todo: colores, sonidos, dioses, hombres, números, figuras, astros, sentimentalidades, bienes, valores, ideas..."

Se trata de un *dato.* Mas podrá ser sometido a un proyecto y designio de tipo *meta*físico (Laboratorio). Es decir: plan de *trasladar* la función de entendernos todos acerca de todo de ese medio, con función actual de *ser,* que es el aire —y las causas de vibraciones de él, y sus vibraciones mismas, todo ello de carácter entitativo—, a otro ente, transformado de ente en *ser* —como la luz, o el campo gravitatorio o el electromagnético...—, cuyos poderes expresivos y de coentendimiento no hemos aún explotado. Hay

diccionarios de palabras; no lo hay, sino muy restringido, repertorio de ideogramas; y menos aún un hablarnos por los ojos que produzca en la luz —éter, campo electromagnético...—, algo así como hacen las palabras en los sonidos. Se trata de un *tras*lado de la función significativa y de coentendimiento de un sentido a otro —más radical empresa que hacer leer a un ciego de nacimiento.

Empero sin llegar a tales programas *trans*cendentes, cual todo lo *meta*físico, resaltará, suficientemente por el momento, el carácter de *dato* de la vinculación entre función expresiva-y-de coentendimiento y aire (palabra escrita, hablada y hablable) si nos preguntamos por qué la música pura, o sea: sin letra o palabra, no ha de poder ser, y estar siendo ya, mejor medio de expresión —de lo religioso, político, social—, de lo que son las cosas —de lo físico y numérico del mundo real—, y más adecuado medio de entendernos, aparte de medio más habitable como *morada* que el universo de la palabra. En el universo musical el aire actúa también como ser, no cual ente, al igual que en la palabra, con la ventaja no explotada en tan amplios límites —como lo es el aire, por los órganos vocales y voceantes—, de una menor cosificación de lo expresado, y potenciamiento de cointeligencia. La música pura expresa con un mínimo de objetivación cosificada y con un máximo de cointeligencia; nos expresamos mejor y comprendemos mejor en ella. El prejuicio desfavorable contra tal medio se reduce, por ahora —y dentro de sus actuales límites se justifica—, a no tomar en serio, *en real,* la música pura como lugar ideológico.

Unos casos, con brevedad y concisión preliminares: ¿por qué una fuga no ha de ser mostración concreta válida, clara, distinta y adecuada de la identidad (de un tema) en diversidad de estados, caso ejemplar de una identidad no formal o vacía, sino llena de un contenido que es la forma misma, sin que lleguen, jamás, a poder separarse forma y contenido, a pesar de las variaciones? Unidad (tema) asimilante las diferencias; diferencias asimiladoras de la unidad, sin pérdida ni de unidad y ni de diferencias. En cada movimiento, compás, frase... lo mismo se hace diverso, sin dejar de ser lo mismo; y lo diverso se hace uno, sin dejar de ser diverso, con principio y final intrínsecos, tras silencio (nada) previo, tras silencio (nada) posterior; finitud que, lejos de exigir infinidad para su sentido, la excluye sin tener que rechazarla. Preferir hablar de la identidad con la frase: "es imposible que lo mismo sea algo y no sea de vez ese mismo algo", o "lo mismo es lo mismo según lo mismo", o $\overline{\overline{p}.p}$; y mostrar, mediante deducción formal, o por otro

procedimiento hablado que $\overline{p.\overline{p}}$ implica $p = p$, o que $(p = p)$ implica $\overline{p.\overline{p}}$, o que los dos se siguen de $pp \supset p$, $pq \supset qp$, etc., *decidiendo* —por decisión decidida ya, y *dada* por bien decidida—, que lo expresado en tales fórmulas, y nuestro entendimiento de ellas, adquirido por semejante medio es el *único* posible de expresión y su único lugar de cointeligencia, es un *prejuicio;* un *dato invitable por ahora,* por no habernos puesto en plan metafísico o *tránstornador* o *trasladador* real de verdad de algo muy sencillo de decir: un *ente* concreto (aire, lengua, dientes...) se halla funcionando como *ser;* está haciendo de lugar de aparición de lo que de significativo tienen los entes. Propongámonos quitar a tales entes concretos (aire, lengua, dientes...) su función de *ser,* dejarlos en entes, y *tras*ladar la función de *ser* (la de lugar de aparición de lo significativo de los entes) a otros entes; vgr. instrumentos musicales, notas, fuga, sinfonía, concierto..., al modo que hemos trasladado y transferido a corrientes electrónicas luz y color, sin dejar tales funciones al sol; y a un televisor, la función de hacernos ver a distancia superior al alcance de nuestros ojos...; y casi ya a los cartones animados, la función expresiva de las palabras en ciertos asuntos.

Parecidamente, y volviendo al caso de identidad y diversidad: una fuga es la mostración concreta y real de identidad determinadamente diversificada y de diversidad determinadamente identificada; de que identidad no es, de suyo, algo formal, aunque sí en cierto grado formalizable; y que la diversidad no es puro, suelto y arenisco material, sino cualidad diversificante de identidad o de forma; y forma, el contenido mismo de materia. Y todo esto se nos da —en limpia y transparente plenitud—, en una fuga. Luego si $\overline{p.\overline{p}}$ es $p = p$, si el principio de contradicción —en que hace de material p, $\overline{p}$, una proposición p y su contradicción, $\overline{p}$—, es la superación *formal* de la contradicción que él mismo encierra —cual material—, y tal superación formal es identidad formal, *a fortiori* una fuga es caso ejemplar de una contradicción concreta superada en identidad concreta, sin que, nóteselo bien, una fuga sea un caso cualquiera obtenido sobre material no formado, incoherente internamente, por no haber sido realmente informado, ni la forma realmente materializada. La identidad formal no identifica nada, y la contradicción formal no hace contradictorio nada; luego ni $\overline{p.\overline{p}}$ es, realmente, el principio de contradicción, ni p, $\overline{p}$ son realmente contradictorias; ni $p = p$ es realmente identidad identifi-

cante, resultante realmente de p, $\bar{p}$, de $p.\bar{p}$ y de $\overline{p.\bar{p}}$. Por otra parte, una fuga no es equiparable a "No *'dos*-y-*no dos'* ", o sea, a "dos es dos". Una fuga es un universal concreto, sin llegar a ser caso (elemento de la extensión) de un universal formal, o abstracto.

$2 + 3 = 3 + 2$ es un caso, insignificante, de $a + b = b + a$, en que la forma $a + b = b + a$ ni forma ni reforma realmente el material, ni el material desforma o desformaliza o absorbe realmente tal forma; $a + b = b + a$ es forma estructural, no forma uniformante. Por eso un caso es un "acaso". La significación de $2 + 3 = 3 + 2$ no afecta a $a + b = b + a$.

Una fuga se parece, más bien a $a + b = b + a$ que a $2 + 3 = 3 + 2$; sólo que una fuga es una estructura concreta en que forma y material se tienen mutuamente y se modalizan realmente, dando un total nuevo: diversificadamente idéntico, idénticamente diversificado. Y su universalidad concreta no da casos; no sólo por no expresar nada determinado —como lo dicen $2 + 3 = 3 + 2$, Platón es filósofo—, sino por no poder expresar nada concreto.

Cada fuga es algo único, no una cualquiera, particular o individuo. Y, por este capítulo, resulta mostración de que identidad y diversidad constituyen un todo concreto en el dominio de lo único —lo que no puede mostrarse ni en general ni como caso respecto de $\overline{p.\bar{p}}$ y de $p = p$—, aparte de que el principio de contradicción y de identidad formales sólo valen, aceptémoslo por ahora, respecto de elementos, cada uno de los cuales sea uno de tantos, un cualquiera.

Pues bien: se trata de una decisión real y verdaderamente *metafísica* —previa y superior a toda teoría aritmética, ontológica, previa y superior a toda teoría aritmética, ontológica, religiosa, social. . .—, preferir palabra a música como medio de expresión significativa de *que son* las cosas y de *qué son* las cosas. Y las mismas razones que para apoyar la decisión actual —pasada a cosa juzgada, sin haberla previamente juzgado—, en favor de las palabras, dependen, en su valor, de esa misma decisión previa y superior. Es decir: tomar en serio, *en real,* la palabra —y no la música, por ejemplo—, es un prejuicio: o sea, dar la cosa por juzgada, sin haberla previamente juzgado. Es un *dato*. Y en efecto:

"*Ya antes de que* nos pongamos o nos propongamos decidir previa e imparcialmente la cuestión, *nos hallamos* ya haciendo dogmas, teoremas, ciencia *en palabras.*" Y las aceptamos como lugar *propio y único* de ostentación de lo que de significativo tienen las cosas;

por eso las proposiciones son verdaderas o falsas, heréticas u ortodoxas; morales o inmorales, insulto, provocación, sacramentales, blasfemias... Y hemos dado por cosa juzgada que tales propiedades no pueden convenir a música, por ejemplo, sino metafóricamente cuando más. Se trata de un *prejuicio,* de un *dato,* sometible a parecido tratamiento al que da la técnica actual al uranio: de mineral a radiación, de materia a luz.

Dos indicaciones más en actitud de sospecha: ¿por qué tomar como verdadera con realidad-de-verdad (religiosa) una *Suma teológica* y no una *Divina comedia* o un auto sacramental? ¿Por qué tomar por verdadera (teológicamente) una Cristo*logía* y no *Los Nombres de Cristo*? Todas las razones que para justificar *a posteriori* la cosa dada por juzgada, su juicio previo, traigamos son simples y descaradas peticiones de principio.

Concluyamos, pues: *a)* no pasa de ser *simplemente dato* (bruto, elemental, Parte I, Cap. I, § 6) lo de *qué entes* estén, en un momento dado —cultura, fase histórica...—, haciendo la función de *ser significativo;* es decir: de lugar de aparición de lo que las cosas, en un momento dado, tengan de *significativo;* cambiar tal base de entes es plan *meta*físico, y decidirse a hacerlo es decisión *meta*física, real-y-verdaderamente *trans*cendente y *trans*ustanciadora. *b)* El universo de las significaciones —o de lo aparecido en entes con funciones de *ser*—, está habitado por sentimientos y sentimentalidades, es decir: es *morada* del hombre.

Un paso más: *el lenguaje nos habla,* sin vocear, es decir: sin tener él mismo lengua, dientes... músculos...; y sin ser un yo —yo hablo, doy voces, yo pronuncio...—, por parecida razón a como el color visible me ve, sin que me vea con fotones, campo electromagnético, ojos... Si podemos suponer, para no complicar la exposición, que la obra musical impresa en un disco comenzó por surgir de una orquesta de músicos vivientes, y que de semejante material, casi natural, se traspuso, por invento admirable, a placas especiales, *el hecho es* que en un aparato surge la composición musical sin intervención real y actual de orquesta. Hemos *tras*ladado tal composición de cuerpo a cuerpo, y en los dos la realidad musical oculta realmente su base fáctica material: casi como alma que se *trans*firiera de cuerpo a cuerpo, diferentes más que en especie. Semejante universo musical —sinfonía, fuga, concierto, sonata...—, nos habla, pues, sin voces, sin instrumentos, sin surcos; y por no tener vinculación intrínseca aparencial con sus causas —sean eficientes, eficaces, rectoras...—, no tiene por qué poseer yo —yo del estilo de los músicos que la ejecutaron, o del

músico que la compuso. Realmente lo musical es un universo *transpuesto* de tono. Igual sucede con el lenguaje; las palabras se hallan *de hecho,* y con todas sus virtudes significativas, en cuerpos tan diversos como órganos humanos, papel, discos, cintas magnetofónicas..., *trans*puestas de cuerpo a cuerpo más que específicamente diferentes; y en tales cuerpos —preteridos por tal realidad, neutralizados ónticamente—, nos hablan *lo mismo;* nos instruyen, declaran, avisan, amenazan, suplican, demuestran, definen, caracterizan... Y palabra suelta, no tiene vuelta; queda adscrita a ese universo, neutral causalmente, aunque hubiera procedido originalmente de bocas diversas —mía, tuya, nuestras..., divinas o humanas...

En el estado natural del lenguaje las cuestiones causales: quién habla, a quién se dijo, cómo surgió... no tienen sentido; todo eso queda neutralizado por virtud del estado natural. Sea o no, pues, el lenguaje, en realidad de verdad, natural o artificial, *"aun antes de toda* cuestión o proyecto, *nos hablamos* y *hablamos* en lenguaje connaturalizado, en lengua en *estado natural".*

Lo cual no debe prestarse a una confusión peligrosa: a saber, el lenguaje natural —aceptemos la vaga significación que este adjetivo tiene aquí, pues no hace falta sutilizar más por el momento—, puede ser elaborado *artificialmente,* lo mismo que madera, hierro, uranio...; y en tales lenguajes artificiales —más o menos simbólicos, como el de las matemáticas, o formalizados...—, se puede *morar,* pasada y bien presto la primera impresión de extrañeza, desconcierto e incomodidad; mas es perfectamente posible caer, con sentimentalidades delatadoras, realmente en cuenta de su perfil y estructura artificiales. Vivir, pues, en el lenguaje artificial como en *Hotel.*

Y precisamente porque el lenguaje, natural o artificial, se halla de ordinario en estado natural —y neutral frente a causas, a los hablantes—, puede trocarse, por acaecimientos peculiares, en lugar de *revelación*: que, de repente, se note *quién es* quien habla, y se nos haga notar que es a *mí,* a *nosotros,* a quien se está hablando —en vez de ese *se habla,* sin quién expreso y señalado, que es el estado *natural* del lenguaje.

El lenguaje concreto —en papel impreso, discos, cinta magnetofónica...—, refuerza realmente el carácter de real neutralidad del lenguaje frente a quién habla y a quién se habla, y elimina también realmente el que *nos* hablemos; y, por el mero hecho, va haciendo realmente poco probable, menos probable, improbable, el que alguien *se nos revele* por la palabra y en la palabra; es decir,

la irrupción de lo *meta*físico, y de quién sea en realidad de verdad metafísico —trans, plus ultra, de todo lo natural—, en lo natural.

Y se nos planteará aguda y urgentemente la cuestión de si *yo* debe darse por enterado, de si es a *mí* —a nosotros...—, a quien se habla en un libro impreso —sea cual fuere su contenido—, político, religioso, moral, científico, histórico...

El *se dice,* en libro impreso... —sin *quién* que lo diga y a *quién* se diga—, es un estado real, *simplemente real,* del lenguaje; y no real-de-verdad. Quién habla y a quién hable y qué le diga un quién a otro quién es, propiamente, cuestión *meta*física; y cada vez lo es más, conforme se inventen nuevas técnicas de separar lo *dicho* de la base del yo —tú, nosotros... Mas tales inventos son un *dato,* y sus efectos sobre el lenguaje son otro *dato.*

Dato V. 26. "Aun antes de que nos propongamos tales cuestiones, y *aun antes de que* nos pongamos, por un proyecto o designio *meta*físico a *trans*tornar, o *trans*poner el lenguaje del estado natural de *neutralidad* frente a *quién* —quién habla, a quién habla—, *nos hallamos ya* nosotros, los hombres actuales —y entre ellos el que esto escribe y los que me leen—, en estado de *se dice."*

Es decir: *revelación,* hablar de tú a tú, cara a cara, de yo a yo, de yo a nosotros... —este Pueblo, esta Colectividad...—, va resultando fenómeno cada vez más raro, improbable e ininteligible; y que *ha habido revelación* hácese, por igual motivo, cada vez más raro, es decir: más difícil de mostrar, más difícil de creer, precisamente por los medios que estamos empleando para mostrarlo; en tales medios —imprenta, radio, televisión, mitin, sermón—, no es a *mí* a quien se dice algo, ni es un *quién* quien me lo dice.

Por este estado de creciente y casi extrema (para nosotros los actuales) *desquienización* o *ninguneamiento* del lenguaje, el lenguaje puede trocarse de *morada* en *hotel y en hospedería;* el temple de peregrinación y extrañeza con que cada quien se encuentre siendo en el lenguaje, en el *se dice* o *se dijo* —político, social, religioso...—, le dará el índice de una irrupción de lo metafísico en lo físico o natural actual. Los proyectos y designios correspondientes de poner el lenguaje —corriente, simbólico—, en estado *meta*físico, serían estudiados en Metafísica *actual.*

De lenguaje que *me* habla, *te* habla, y por el que *nosotros* nos hablamos, se pasa, por virtud del estado natural, a lenguaje en que *se dice* algo a Don Nadie: a un *se piensa,* a un *se quiere,* a un *se siente...* Todo ello aparenciales reales, aunque no reales-de-verdad fenómenos. Siempre, pues, preliminares.

§ 3. Transformación de Casa y Laboratorio en Mercado

Dato V. 31. "*Aun antes de que* precavidamente por la sentimentalidad (cf. Cap. VI, § 1) de cauto y precavido, o *a priori* —por cuestionario previo—, nos pongamos a evitar o a favorecer la transformación de mundo de su estado de *casa* y *laboratorio* al de *mercado, nos hallamos ya, nos venimos encontrando ya* en un mundo transformado en *mercado*: nosotros y las cosas, en mercaderías; todos, unificados por la unidad de dinero (amonedados) y habitando el *mundo-mercado,* unos con la sentimentalidad de propietarios, otros con la de expropiados."

A

Continuamos entendiendo por *mundo*: *Todo en que rige reparto-y-coajuste de todas las cosas entre los estados de ser y de ente, reparto-y-coajuste estabilizado, unitonal y concluso.*

1) La operación *trocar en* tiene, al menos por el momento, límites bien definidos y definidamente infranqueables —no podemos trocar gato en liebre, aunque sí es factible, y hecho, trocar gato *por* liebre. La operación *trocar por* se extiende a más amplio campo de cosas; no puedo trocar patatas, gallinas, libros *en* manzanas; mas puedo trocar patatas *por* gallinas, manzanas *por* libros; ni es posible trocar entendimiento *en* billetes de banco; empero es factible, y hecho, trocar entendimiento *por* billetes de banco; no es posible trocar buen cocinero *en* dinero contante y sonante; pero es perfectamente posible trocar o pagar buen cocinero *por* salario; no es posible trocar misa *en* dinero; resulta hacedero, y hecho, dar estipendio por misa, es decir: trocar misa *por* dinero. Trueques todos, más o menos sutiles o informulados; no por eso menos reales y eficaces al llegar la hora de la verdad —en el mercado del mundo.

La operación *trocar por* desborda larga y caudalosamente la operación *trocar en.* En virtud del proyecto y designio, intrínsecos e imperantes, de la operación *trocar por,* tal operación abarca *todas las cosas;* es operación cósmica, por constitución. Veamos si dará o no un Mundo, de estilo peculiar. La operación *trocar en,* más restringida —por ahora al menos—, que la operación *trocar por,* produce mundo artificial, siendo tal mundo más bien pretensión que proyecto y designio determinados y decididos; lo artificial es, por lo pronto, dominio con linderos frente a la inmensidad de cosas trocables unas *por* otras. Por la operación *trocar por* se

ha conseguido *trocar cualquier cosa por cualquiera cosa*, mediata o inmediatamente —sea material, viviente, espiritual, científica, religiosa, social, artística, política...—, bajo formas más o menos sutiles o descaradas —precio, salario, estipendio, honorarios, cargos, condecoraciones, dignidades... *Trocar por* resulta operación superior a pagar, comprar, vender; no todo es, pues, comprable, vendible, pagable...; todo es *trocable por;* cualquier cosa se *puede* trocar *por* cualquier otra, al cabo de unos pasos. Y si algo no es *trocable por*, o mantiene tal calidad de excepción frente a la regla, adquiere la calidad de introcable, insobornable, inalienable, por oponerse justamente al campo o dominio actual de lo *trocable por* —al modo que una piedra, a un metro del suelo, no cae, no porque no esté sujeta a la gravitación, sino porque hay una mano que se empuña, y gasta fuerza en contrarrestar tal atracción.

Por tanto: *trocar por* es operación cósmica, es decir, puede afectar, en principio y por su propia virtud, a todas las cosas —y tal es el proyecto y designio suyo, tal como actualmente, y desde hace miles de años, actúa.

Bajo su campo de acción nos hallamos todos, y todas las cosas, *aun antes de que* nos prevengamos —por cautela o por *a priori;* por un *previo.*

2) Mas no basta con que una operación sea de universal extendibilidad para que constituya todo en *mundo.* Hace falta que reparta y coajuste todas las cosas entre los dos estados de ser y de ente. Cosa que no hace, por ejemplo, la operación de sumar, a pesar de que de manera, más o menos próxima o remota, propia o impropia todo se pueda sumar y contar; es suficiente, para ello, levantar el tipo de unidad: de hombre a animal, de viviente a cosa, a ser, elemento. La teoría de los *conjuntos* define una suma de alcance universal.

Cuando sumo dos hombres más dos hombres, resultan cuatro hombres; dos hombres más dos sillas, dan cuatro cuerpos; dos cuerpos más dos pensamientos, dan cuatro elementos de un conjunto, justamente de cuatro elementos. Trocar *A por B*, no es sumar *A* con *B.* Al trocar *A por B* no desaparecen las diferencias y diversidades, cual en cuatro hombres las diferencias individuales; en cuatro cuerpos, las diferencias genéricas; en cuatro elementos, las diversidades categoriales; al trocar *A por B, A* y *B* mantienen sus diferencias o diversidades, según los casos, sus caracteres de entes concretos —manzanas, trigo, vestidos, misa, lección, servicio doméstico. En matemáticas no hay por qué saber de qué se trata; sus operaciones son abstractas o formales; y el contenido, externo y

no asimilable por la estructura. Al trocar *A por B*, hay que saber muy bien qué cosa se trueca por qué cosa, y por cuánto o cómo —honorarios, estipendio, precio, salario, sueldo...; y, en última instancia, el designio o teleología de trueque de A *por* B señalará por qué se trueca *A por B* —trigo por vestidos, libros por dinero, dinero por casa...—, porque tal necesidad —material o espiritual—, de tal individuo lo exige.

Respecto, pues, de la operación trocar *A por B*, la sustitución de A por A_1, de B por B_1, no resulta indiferente, cual en $a + b = b + a$ la de a por 1, b por 2, etc., sin concreción propia ni individualización necesaria. Así que toda operación no es, de suyo, de estructura matemática, pura y propia. La operación trocar *A por B* es sólo aparentemente formal.

Las operaciones matemáticas no dividen el conjunto de las cosas en ser y entes, porque prescinden, por constitución, de los entes —al menos tal es el proyecto peculiar de la matemática moderna, cumplido en grande escala, y mantenido coherentemente dentro de dilatadísimos dominios. Lo abstracto —cual hombre, viviente, cuerpo, cosa, elemento...—, no es *ser*, pues no es *de* nada ni *de* nadie, como $a + b = b + a$, o "$(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$" no es *de* 1, 2, 3, 4... $\sqrt{2}$, $\sqrt{3}$, $\sqrt{5}$..., pues todos estos números no entran en la constitución de tales fórmulas, ni tales fórmulas se ajustan a ellos —no son *de* ellos. La luz, tal como funciona en el mundo natural —integrado de videntes y de cosas radiantes—, es realmente o se halla realmente en estado de *ser*, pues es luz *de* ellos —de la vista para hacer que vea entes-objetos, y de los objetos para hacerse visibles a la vista, sin que la luz se aniquile en cada ente real por no aparecer objetiva y temáticamente; y son entes en estado especial de *ser* los ojos, oídos, entendimiento, pantalla de cine—; son ser *de* entes, y ser con funciones concretas.

Pues bien: la operación *trocar A por B* posee especial (y universal) carácter y funciones de *ser* concreto, de ser *de* entes. En varios y conexos sentidos y funciones: *a)* al trocar *A por B, B por A, B por C, A por C*... queda patente, concreta y determinadamente, que una cosa cualquiera es *buena para* todas las demás *respecto* del hombre. La fenomenología o aparición —sistemáticamente planeada y realmente ejecutada— de la bondad de todas las cosas para el hombre se hace por la operación de *trocar A por B*; y no por una demostración teórica, abstracta e inoperante de que *todo es bueno* para el hombre, al modo que la prueba de que *todo ser es inteligible* para el hombre, para su entendimiento, se consigue *poniéndolo a prueba*, es decir: por un plan de adecuar las

cosas —sean las que fueren en sí y para sí—, con el entendimiento, con sus proyectos y designios, formas *a priori*. . .; que parecidamente, mostrar que un film es visible se hace proyectándolo en una pantalla —aparato inventado justa y precisamente según tal designio.

Función fenomenológica propia de la operación *trocar A por B*.

B

Para tal función fenomenológica será menester transformar las cosas, tal cual son dadas en el estado natural. La pulpa de esta madera no es buena para esa necesidad, sutil y sobrenatural, que es escribir; es preciso trocar pulpa *en* papel —por especiales técnicas, todas ellas invento del hombre—; entonces será factible trocar papel *por* dinero o por especie, y la pulpa descubrirá su valor, o *bondad* para mí; se la habrá hecho, realmente, buena para mí —o para nosotros; para mí, uno de tantos escritores, uno de tantos lectores. . .

Que *todo ente sea bueno para el hombre,* para sus múltiples necesidades materiales, espirituales, reales, imaginarias. . . no pasaría de ser una vaga afirmación hija de vagos deseos: es *el* sentido de *lo* sentido en sentimentalidades cual deseo, hambre. . .; hasta que, por un proyecto y designio determinados, no *se haga* que todo, más o menos transformado, valga para el hombre. Para lo cual la operación *trocar por* tiene que estar precedida de la operación *trocar en.* Y no nos extrañará que cada vez haya más cosas que *trocar por,* porque hay cada vez más cosas trocadas unas *en* otras; y se acentúa el proceso cuando nos proponemos —por un proyecto y designio de estilo metafísico: *trans*tornador real y verdaderamente de lo natural (físico)—, trocar una cosa *en* otra para poder trocar cualquiera *por* cualquiera. Trocar uranio en bomba atómica, en reactor atómico, para así trocar inferioridad guerrera *por* dominio político, por tarifas de electricidad, en favor de yo, tú, él, nosotros. . .; los de una colectividad, nación, estado, ciudad. . .

Al subordinar la operación de *trocar A en B* a la de *trocar M por N en favor de*. . ., no me sirvo de lo que haya y como lo haya —bondad casual y contingente de las cosas—, sino hago las cosas buenas, según lo que a mí me conviene. De bondad fáctica a bondad producida. Bondad como proyecto y efecto humano para el hombre y por el hombre.

C

El aspecto peculiar de las cosas trocadas una *en* otra no es aspecto natural de suyo. Que un producto sintético ofrezca igual aspecto que uno natural provendrá siempre del término del proceso, jamás de los medios o mediaciones. Al trocar algo en algo, se trueca algo en otra cosa no natural; se trueca semblante en perfil, aunque se trate de caso tan modesto como tronco de árbol en viga o bastón. El hombre *se apropia* entonces, realmente, de las propiedades de las cosas; y, al cambiar de dueño, cambian ellas de aspecto: de natural a artificial. Con lo cual queda probado —por haberlo *puesto a prueba,* y haber resultado—, que las cosas no tienen esencia y que el hombre es, real y verdaderamente, señor de las cosas. Mas al someter lo artificial, lo trocado *en,* a la operación de *trocar por* (en potencia o en ejercicio), las cosas adquieren nuevo aspecto: el de objeto de *uso, cara manual* —por lo pronto. Un telescopio fabricado especialmente para un observatorio presupone haber trocado mil y mil cosas en otras nuevas (artificiales) y en una nueva: tal telescopio —ojo que, si las estrellas tuvieran ojos, no verían que las ve, y, por esto, no lo verían ellas como ojo, ni sería, como el nuestro, ojo. No obstante, tal telescopio no está sometido, directa e inmediatamente, a la operación *trocarlo por.* No está ya a venta, ni lo ha estado nunca. No entró al *mercado;* y si se puede evitar no entrará jamás. No le han salido a la cara los rasgos de *mercancía,* a saber: *cosa natural trocada en buena* (usable) *para cualquiera y trocable por otras, igualmente trocadas previamente en buenas para cualquiera, y exhibiendo tal aspecto en un lugar propio que es el mercado, lugar de exhibicionismo del cualquierismo total: de cualquier cosa como trocable por cualquiera otra, y trocable para cualquiera.*

Mercado, no hace falta explicarlo, es aquí palabra que sirve para declarar conjuntamente ciertas características de tienda, abastos, almacén, lonja, comercio, puesto de buhonero, depósito, mercado..., clase, iglesia, oficina pública...

No siempre lo natural —material o espiritual, manos o mente...— ha sido sometido o está sometido a la operación de *trocar en;* ni está a la de *trocar por* o trocable por... a favor de...; mas es un

Dato V. 311. "Aun antes de que nos prevengamos por aviso, consejo, teoría, historia... contra o a favor de estar siendo todo lo nuestro —ojos, oídos, manos, mente, política, religión, arte...—, en *mercado, nos hallamos ya* siendo todo eso en mercado y como

mercadería; y teniendo que defender, después de tal previa y no declarada ofensiva, lo que hemos decidido no ser mercadería exhibible en mercado."

D

El campo de lo artificial tiende a dilatar sus fronteras, es decir: a someter cada vez más cosas naturales —o simplemente previas—, a la operación *trocar A en B*.

La operación *trocar A en B* se generaliza concreta y realmente. Y es un dato, sobre el que no vale la pena de insistir por claro, que, *aun antes de* toda prevención, *nos hallamos ya* en un mundo artificial de creciente dominio de la operación *trocar A en B*. Este crecimiento es, al menos, doble: *a)* en *calidad,* trocar cosas diferentes y diversas en otras diferentes y diversas; es decir, mostrar la equivalencia real de lo cualitativamente diverso: *cuantificación de lo cualitativo natural. b)* En *cantidad;* trocar más cosas en otras: más madera en vigas, más metales en más pulidoras, más petróleo en más combustible —y no simplemente madera en viga, petróleo en combustible... Tanto el trueque cuantitativo como el cualitativo implican una diferenciación de funciones, una división del trabajo, o eficiencia, tal que cada máquina, intermediaria en el trueque de *A en B,* ejecuta una sola y peculiar función, o un conjunto de operaciones montadas según un plan bien definido. Para que la evaporación de un líquido especial se trueque en congelación de alimentos, es preciso una serie de aparatos, montados según plan, cada uno con su propia función, exclusiva, de trabajo especializado. Lo natural queda en tal caso y por virtud de tales procedimientos descuartizado, y cada propiedad adscrita y cual polarizada en un aparato peculiar. La eficiencia creciente de lo artificial se basa sobre la *división* de lo natural, sobre la *división del trabajo:* a cada propiedad se la pone a trabajar sólo y totalmente en su orden; se la saca del concreto natural (cf. Cap. I, §§ 2, 3), y así *realmente* abstracta dará todo y sólo lo de ella —sin las limitaciones de la concreción, sin los compromisos de la unidad concreta.

Desde este punto de vista son realmente artificiales las matemáticas, física, lógica, derecho... actuales, como lo son radio, televisor, auto..., iglesia, fábrica, oficina, universidad... Lo realmente grave, cual caída acelerada por gravitación, se centra en el creciente predominio de lo artificial: *diferenciación con división de trabajo.*

Ahora bien: por un segundo dato del mundo en que, sin previos, nos hallamos siendo, la operación de *trocar A por B* se asienta,

también cada vez *más*: cuantitativamente, y *mejor*: cualitativamente, sobre el crecimiento mayor cuantitativamente y mejor cualitativamente del mundo artificial. Se truecan las cosas más diversas, y se truecan más cosas diversas. Y los órganos o instrumentos de la operación *trocar por* se diferencian cada vez más y se multiplican cada vez más. Crecimiento de la división del trabajo.

Mercado se asienta sobre mundo artificial, lo cual no quiere decir, por ahora, que coincidan. Los inventos no pasan activamente al comercio; se conseguirá trocar una cosa en otra, mas no por sólo eso hacerla trocable por otra —por dinero, por manzana, por trigo... o al revés. Es, pues, aserto o expresión verbal de un dato el que

Dato V. 312. "*Aun antes de que* nos propongamos o prevengamos, *nos hallamos ya* en un mundo de creciente predominio —cuantitativo, cualitativo, definidor de funciones y divisor de trabajos—, de la operación *trocar A en B* —mediante aparatos sueltos, en fábrica...—, y en un mundo en que la operación *trocar M por N* se asienta en creciente grado —cuantitativo, cualitativo, diferenciador de profesiones y divisor del trabajo o eficiencias—, sobre el mundo artificial, sobre la operación de *trocar A en B*."

Tanto la operación *trocar en* como la *trocar por*, al igual que el progresivo asiento de la segunda sobre la primera, tiende a extenderse o invadir —según interpretemos tal proceso—, todos los dominios: material y espiritual, físico o matemático, vida sensible o social, política, religión...

Dato V. 313. "*Aun antes de* todo intento en defensa o actitud previa, *nos hallamos ya* y están todas las cosas —de hecho o en trance e intención de hacerse—, en mercado, asentado sobre laboratorio, cual mercaderías salidas de fábrica, aunque procedentes de minas naturales." Y así desde el agua natural que a un sediento damos, tras la operación de trocarla *en* electropura por programa científico realizado en manantiales naturales, hasta creencias que, salidas de su estado natural, inmediato, resultan trocadas *en* dogmas, mitos, obras de teología para la religiosidad "artificial" de un conjunto de personas, fortalecido tal conjunto por cosas tan "artificiales" cual ritos, sacramentos, derecho... Y sobre tales operaciones, bien reales: de trocar algo natural *en*... se asentarán y crecerán —cual en abonado terreno, por proyectos y designios expresos—, tipos de *trocar por*.

Se trata, como es claro, de hechos físicos o metafísicos, no de valoraciones morales, religiosas, políticas, sociales... —por ahora y en esta fase *preliminar*.

E

Tanto la operación *trocar en* como la de *trocar por* dividen y coajustan las cosas entre los estados de ser y de ente; dando, por tanto un *mundo*.

Acabamos de ver que las cosas adquieren bajo la eficiencia de tales operaciones —y de sus aparatos peculiares—, nuevas *objetividades*: la de artefacto y la de mercancía, dentro de un mundo o totalidad de tipo y con funciones de *ostensorio,* adecuado a sus peculiares y nuevos aspectos. A saber: *Laboratorio* y *Mercado.*

Nos urge, en este momento y para las tareas propias del estado preliminar, distinguir delicadamente entre la manera como se dividen y se coajustan ser y ente en el mundo natural, en el mundo artificial y en el artificioso, o en *Laboratorio* y *Mercado.* Es decir, en globo: coajuste y reparto de las cosas entre los estados de ser y de ente dentro de un mundo natural, y eso mismo dentro de un mundo artificial. Lo cual preparará el terreno para dar significado definido a compuesto natural de ser y entes frente a compuesto artificial de ser y de entes. Como siempre, no se trata aquí de teorías —y menos aún de proyectos y designios de *trans*formar o *trans*ustanciar lo dado—, sino de describir lo dado, actuando por ahora la palabra, y sólo la palabra, como altavoz de las cosas.

Los ojos son, real y verdaderamente, aparatos que crean el mundo visible, partiendo las cosas —radiaciones, cuerpos. . .—, entre ser y ente, haciendo que la luz —que es, en su orden y modo, tan real, tan ente y tan cuerpo como la pared de enfrente, y ésta como la luz—, actúe con funciones de *ser,* y otras cosas hagan de *ente* —o porque lo son, o porque la vista, los ojos, no pueden transformarlas en ser. Como esta afirmación se refiere a la realidad-de-verdad entra en el terreno de la metafísica.

En el mundo natural los ojos y su mundo se nos dan neutralmente respecto de tal cuestión o interpretación —así que preteridas *ya* y resueltas tales cuestiones e interpretaciones. El mismo aparato —ojo, oídos, entendimiento. . .—, que efectúa y ha efectuado tal reparto y coajuste queda, y se nos da, como *preterido,* anulado —no, por cierto, aniquilado—; y así al ver y para ver, ni vemos ni podemos ver nuestros ojos. Digamos, pues: en el mundo natural el reparto y coajuste entre ser y ente, efectuado por y en potencias especiales, está él mismo en estado natural —óntica, ontológica, gnoseológicamente. . . Es un reparto y coajuste tan bien hecho que ha sido dado ya por bien hecho, pasado a cosa juzgada; y pasa ya desapercibido, preterido, de puro sabido, visto, oído. . .

Por el contrario: en el mundo artificial están temáticamente dados los aparatos que reparten las cosas entre ser y ente, y que coajustan —de manera estable, unitonal y conclusa—, ser y entes de tal mundo.

Veámoslo: un termómetro es un aparato físico; mas, en rigor filosófico, es aparato fenomenológico (ontológico, sin llegar a aparato metafísico, puntos a tratar en otro lugar); abstrae realmente de los cuerpos —sean de la especie y género que fueren: grandes o pequeños...—, la temperatura, el grado de una cantidad de calor, y lo ostenta —anulando, en principio, su eficiencia real. La temperatura en el termómetro tiene, como es claro, por base una cierta cantidad de calor, mas la menor posible; y la finura de dicho aparato consistirá, justamente, en que no se resienta de las calorías; delate, más bien, puro y simple grado. La temperatura está siendo realmente en estado *abstracto* en un termómetro, y en virtud de su actuación y constitución. Un péndulo es aparato físico; descubre la gravedad de un cuerpo tan grande que, respecto de él, el peso del péndulo no altera la gravedad que va a medir; y un electrómetro es, parecidamente, aparato fenómenológico; hace aparecer lo que de electricidad haya en el cuerpo o en la atmósfera; mas él no ha de alterar, a pesar de su realidad en el fondo eléctrica, tal electricidad —su cantidad, diferencia de potencial. Temperatura descubierta en termómetro, peso descubierto en péndulo, electricidad descubierta en electrómetro... no actúan como *entes* de su mismo orden: peso de la tierra, calor de la atmósfera...; y lo que de peso, temperatura, electricidad... extrae o atrae de los cuerpos el aparato correspondiente ha de ser, y se procura que sea, en principio, insignificante —de *entidad* cero o tendiente a cero. Si tal límite es o no asequible, no nos corresponde ahora investigarlo; es tema de *meta*física (de lo físico, en este caso), del lindero entre lo *físico* natural y lo *meta*físico. Igual diríamos de cronómetro, metro... Todo el mundo artificial físico está lleno de tales aparatos: medidores de tipo fenomenológico, con funciones ontológicas: abstraer, para ostentar, el *ser* de ciertos entes, o lo que de *ser* están teniendo ciertos entes. Y el *de* retiene aquí su plena fuerza: son medidores, y miden, al estar en conexión (en contacto) con las cosas a medir, extrayendo de ellas algo real que, en principio, no disminuya ni altere su realidad o lo que de *ente* tengan; y extrayéndolo, mas no separándolo ni absorbiéndolo todo en ellos, sino cual se extrae una *muestra* —en realidad insignificante, por su cantidad—: muestra de vino de una cuba; muestra de temperatura de una cantidad de calor de un depósito, atmós-

fera...; muestra de la longitud de una barra, sin que tal medir altere o se lleve algo *notable* de lo medido...

Sacar (abstraer) una *muestra*, y *mostrar* así lo que una cosa es —en un orden: calor, longitud...—, es faena fenomenológico-ontológica: poner de manifiesto en una *muestra* lo que de *ser* tiene un ente determinado; *muestra del ser de un ente*. Tal *muestra*, dicha en términos de un orden —extraño, al parecer, al filosófico, mas realmente filosófico—, no posee valor causal, no tiene valor real (de ente). A esta operación real se llama abstraer. Y su propia consideración pertenece a la ontología, pues, en el límite, la abstracción que sea realmente tal altera al ente considerado; es decir, la función fenomenológica de descubrir (sacar una muestra sin valor entitativo) del ente queda eliminada ella misma por la función óntica. Lo cual va desde la óntica real de la fuerza gravitatoria de la tierra por obra de una piedra que vaya cayendo hacia ella, por la alteración real de la cantidad de calor y de temperatura sufrida por el cuerpo medido a causa del termómetro que mide dicha magnitud..., hasta la alteración que un objeto sufre por ser y estar siendo visto por ojos *reales, realmente* del mismo universo físico —alteración insignificante entitativamente dentro de ciertos límites, bien significante fuera de ellos. Determinar tales límites será faena de la ontología, como señalarlos en el dominio de lo físico ha constituido el mérito de la física cuántica y relativista.

Pues bien: la moneda es un aparato fenomenológico-ontológico que nos da una muestra del valor de las cosas. De ahí: *a)* que la moneda tenga que tener una *mínima realidad entitativa* —que todo tiene que ser pequeño entitativamente, los termómetros para sacar una muestra de temperatura, pequeñas las reglas de medir, y pequeñas las balanzas...—; si sobrepasa tal límite entitativo deja de ser moneda, y pasa a mercancía y entra en el mercado como una mercancía más; si, por motivos que no entran evidentemente aquí, su base entitativa es apreciable, se la retirará de la circulación para que pueda conservar su función de sacar *muestras* del valor de todo —que así se retira al metro-patrón del trabajo constante y manoseado de las medidas ordinarias y constantes. Así retira el astrónomo una lente demasiado grande porque su propio peso deforma realmente sus propiedades ópticas, y echa mano de otra más pequeña, abstractamente imperfecta, para sus finalidades. *b)* La moneda da una *muestra* del valor de otras cosas; ella no vale de suyo; es, pues, ser y no ente; mas su función de *ser* es la de ser *ser* de los entes; y sin ellos, sin ajuste con ellos, la moneda deja de serlo —cual el termómetro no lo es metido en estuche, y la balanza en

su escaparate de vidrio. Se daña el termómetro al pretender sacar muestra de un cuerpo demasiado caliente, y saltaría todo termómetro metido en la atmósfera del sol; salta la moneda en las crisis y por ellas, lo mismo que deja de servir en su función fenomenológica al aplicarla a cosas tan imperceptibles e imponderables como un grano de trigo o un clavo. Es, pues, tan aparato fenomenológico-ontológico la moneda —del tipo que sea, aunque, es claro, un tipo concreto sirva mejor que otro, como un termómetro de alcohol sirve, a veces, mejor que uno de mercurio—, como lo son el termómetro, barómetro, regla, cronómetro, dados. *c)* La moneda debe registrar —y está planeada para ello—, las variaciones momentáneas del valor de las cosas; registrar el valor —no el peso, a no ser que el peso de una cosa entre en su valor; ni el número, a no ser que éste altere el valor... ; es decir: saca una *muestra* de la *bondad* de las cosas, de todas —divinas, humanas...—, *para el hombre* —no para mí, sino para mí en cuanto uno-cualquiera de los hombres, o de un grupo, sociedad..., al modo que un termómetro saca una muestra de la temperatura de un metro cúbico de agua, de vino, de la atmósfera terrestre, del aire de una habitación, de la boca de un paciente... de *cualquier* objeto —dentro del correspondiente cuerpo; *d)* y del valor momentáneo de las cosas, es decir: valor por días, horas, años... cultura; varía, pues, el valor en función de las circunstancias —cual el grado de calor, de humedad...—; tal variación del valor de las cosas, en función de las circunstancias da lugar al *precio*. Sus fluctuaciones se reflejarán en la moneda; y se trata de un cierto tipo de reflejo, es decir: de presencia inoperante, mas significativa, cual la de mi cara en el espejo; que el ser de un ente —o el tipo de *ser* de cada clase de ente, lo que de *ser* tenga cada clase de ente—, no es causa eficiente, eficaz, rectora u ocasionante. Es simple *muestra* de lo que el ente es —precisamente en un mínimo de entidad.

De aquí que esas *muestras* que del ser de los entes van sacando los aparatos fenomenológico-ontológicos posean un tipo especial de *objetividad* que bien merece el calificativo de *fenomenológica*, por extensión de esa muestra que de cualquier objeto —sin preferencias por ninguno, sea viviente o no viviente...—, saca el espejo en forma de imagen: realidad inoperante, ingrávida, invibratoria, casi geométrica pura, vista justamente por un ojo que, en cuanto vidente, no obra, pesa, vibra ni se compone de células... Es que el ojo, en su función de ver, es aparato fenomenológico-ontológico, consciente de esa su función fenomenológico-ontológica: yo veo y noto que veo; por eso saca muestras —sin valor físico, vibratorio.

molecular, atómico, celular...—, de lo que de propiamente visible tienen las cosas integradas de átomos, moléculas...; y, por igual motivo, el entendimiento es, o funciona de ordinario, como aparato fenomenológico-ontológico; y saca de los entes —sean los que fueren: cuerpos materiales o no, luz, aire...—, esas muestras sin valor entitativo que llamamos y son los *conceptos* —no compuestos de moléculas, átomos, fotones, células, nervios, vida, mente...—, cual lo están los entes *de* que ellos son concepto.

Es claro que el estudio de sentidos, mente... —cómo y en la medida y límites en que son aparatos fenomenológico-ontológicos y no metafísicos—, corresponde a la *Ontología.* Aquí se dice nada más lo necesario en *Preliminares:* lo que *sin más estamos siendo, antes de* toda teoría. Sólo las palabras pueden sonar a nuevas; la realidad simple nos es dada y en ella nos movemos, vivimos y somos: en mundo natural y estado natural de todo.

Caben, pues, en la misma línea: termómetro, barómetro..., ojos, oídos... entendimiento, imaginación... metro, dedos...; entes con funciones fenomenológico-ontológicas: abstraen de los entes *muestras sin valor entitativo, muestras de tipo ser.* El *muestrario* comprende una vez precios; otra, conceptos; otra, temperatura, presión, colores visibles, imágenes...: todo ello *ser de entes.*

Si considero los tipos de muestrario, o cada muestrario en su originalidad, *muestrario es mundo*: mundo de la vista, mundo del tacto, mundo conceptual, mundo económico. Y se trata, en verdad, de *mundo,* a tenor de la convención por la que establecimos el sentido previo de esta palabra (cf. Cap. III, § 1, 2); pues el aparato o aparatos reparten y coajustan las cosas de su orden entre los estados de ser y de ente, de manera estable, unitonal y conclusa. No obsta para ello el que ciertos aparatos den un mundo más restringido que otros, vgr. el mundo visible abarque menos cosas y menos variadas que el económico; y hay más muestras de precios que de presiones atmosféricas, y más muestras de conceptos que de presiones, colores, y que, tal vez, haya más precios que conceptos.

Conviene, no obstante, hacer resaltar una diferencia insalvable *a):* por proyecto y designio —explícitos o implícitos, actuantes—, *la operación trocar A por B en favor del hombre, en bien del hombre* —precedida, y acompañada o no, de la operación *trocar M en N—, tiende ya a abarcar todas las cosas.* Mis manos son mías; mas son de cierta bien real manera trocables por comida, casa... si la necesidad me aprieta. Y mi mente es mía; no obstante, de modo bien real, por cierto, resulta trocable y trocada por po-

nerla a servicio de una empresa, de dar una clase; y durante tal servicio ella y sus productos son trocables y trocados *por* otras cosas... —por honra, rango social, posición política... por casa, alimentos... No digamos que los frutos de mis árboles son míos, mas pueden ser trocables —y lo serán finalmente—, por otras cosas, de los más diversos órdenes: por entrada al cine, libros, papel sellado, honorarios de abogado, misa de sacerdote, cigarrillos...

La operación *trocar A por B* no es siempre actual; mas en su carácter de actualiza*ble*, lo troca*ble* abarca —en principio, en tentación e intento—, todas las cosas; y todo lo de todas las cosas, aunque de algunas se diga e intente que no sean trocables, ni se las haya aún trocado por otras o hallado la fórmula de disimular y colorear el trueque, o sólo se las haya trocado por algunas especiales especialmente tomadas —trocar *A* por cosas con matiz de estipendio, honorario, diezmo... El hecho de tener que ser definidas ciertas cosas contra el ambiente de *trocable por* da a sus componentes de incambiables, insobornables, inapreciables... un carácter privativo, no el de sencilla e inocente positividad, natural dentro de un mundo en el que, *antes de* toda prevención o cautela a tomar, nos hallamos, íntegramente, siendo. Es que *trocable por*, como acabamos de decir aquí, es un procedimiento para ostentar que todas las cosas y todo lo de todas ellas es *bueno o se lo puede hacer bueno* para el hombre.

e) Es además claro que *trocar por* y *moneda* tienen, por lo pronto, un sentido y función real que desborda sus concreciones en moneda material. En primer lugar, no hay necesidad alguna de que haya moneda, en la función fenomenológico-ontológica descrita; tampoco la hay de que existan termómetros, lo cual no obsta para que haya temperatura, o se verifiquen trueques en grande o pequeña escala. En segundo lugar: la moneda, en su función fenomenológico-ontológica, requiere, justamente por ser aparato —algo inventado para—, el empleo de la operación *trocar M en N* respecto de sentimentalidades. Trocar manzanas naturales —habitadas por los sentimentales y sentimentalidades de deliciosa al gusto, buena para el estómago, agradable de ver...—, *en* manzana —mercancía, habitada con las variadas sentimentalidades de poder: poder cambiarla por otra cosa, poder guardarla en depósito para tal época... El *trocar en* afecta a sentimentalidades, quedando inmutable la cosa —al parecer.

Es que la operación de *trocar por* no es del estilo de la ostentosamente fría y neutral pureza de suma, resta...; *trocar A por B* es operación empapada en sentimentalidades, sin las cuales el hom-

bre no trocara *A* por *B* —cosas suyas, sentida y sentimentalmente, real y vivientemente suyas, por otras; ni en situaciones especiales se sentiría real y verdaderamente expropiado y miserable.

f) El que, *aun antes de* toda prevención, *nos hallemos* siendo en un mundo amonedado, es decir: en que hay un *especial aparato* que registra el grado de valor (de *bien*) de todo para nosotros, y las variaciones de valor, es un *dato*, como lo es hallarnos, sin más preámbulos o premonitorios, en un mundo en que hay termómetros, relojes, cintas métricas. . . , inventos connaturalizados ya con nosotros y las cosas naturales.

Pues bien: desde este ángulo de visión y trato, moneda es un aparato que descubre la relación *trocable por;* es decir, descubre a la operación de *trocar A por B* justamente en su estado potencial o de poder, de poder en estado de suspensión o represión; lo que dará lugar propicio para las sentimentalidades, indicadas ya, de poder: de propietario, o de desposeído, expropiado, enajenado. . . En este estado de *trocable,* la moneda ostenta el aparencial —real, mas no real-de-verdad—, de *dinero.* La abstención del acto de trocar *A por B,* respecto de cosas (*A, B*) de propiedades trocables de suyo, resulta *abstención fenomenológica,* es decir: lugar privilegiado y resaltante de apariciones de la moneda en cuanto moneda: realidad en cuanto troca*ble* por, en cuanto beneficia*ble* (benéfica) para. Qué cosas concretas hagan de moneda, en cuanto moneda, es, por de pronto, cuestión de simple hecho:

"*Aun antes de toda* disquisición de ciencia económica, *nos hallamos ya* siendo en un mundo de cosas troca*bles* todas —por diversas que sean ónticamente, y sean los procedimientos directos o indirectos, sutiles o burdos—, por una *privilegiada*: oro (plata). . . ; *una en principio* —una bajo diversas formas de esa misma unidad."

No hace falta añadir que esa cosa —una en principio, custodia y ostensorio del poder de la bondad, o de la bondad en estado de potencialidad y disponibilidad—, pudiera ser tan sutil como dinero-papel: un vale para asistir a tantas lecciones del profesor A, o dinero religioso: un vale por tantos días de indulgencia; y tales billetes circularían, en la sociedad correspondiente, con iguales funciones fenomenológico-ontológicas que los actuales billetes de respaldo "oro". Y trocamos sin mayores aspavientos ni escándalos un kilo de patatas por un libro, y trocarían unos pocos una finca por un manuscrito de Aristóteles —a través de. . . Y desde niños, y *aun antes de* toda prevención —social, religiosa. . .—, nos hallamos avezados (cf. Cap. VI, D. VI, 21) al uso de tal abstracción suma y

extremada: trocabilidad de todo por una cosa determinada; bonificabilidad de todo en favor nuestro, aparecida progresivamente en *una* cosa concreta.

Estamos *siendo* en una abstracción del mismo grado de universalidad, formalismo y pureza, que el concepto de ser; estamos siendo en *bondad* ontológica, con una diferencia frente a ser y en favor de *bondad,* a saber: no hay, por ahora al menos y en estado natural o de connaturalización de todo, aparato que delate el *grado de ser* de cada ente —cual el termómetro delata el grado de calor—; mas *nos hallamos* ya, de buenas a primeras, con que en el mundo ontológico de lo bonifica*ble* hay un aparato que delata el grado de bonificabilidad instantánea —directa o indirecta, sutil o burda—, de todo en favor (o en contra) de *el* hombre: Tal es el dinero.

d) De lo cual se sigue, o *nos hallamos con que* se ha sacado ya la secuela —y la *hemos aceptado,* sin más—, de que es natural tal estado de potenciación de *bondad,* represado en forma de dinero. El estado de potencia resulta potenciable él mismo. Así la energía potencial de una piedra es tanto mayor cuanto más lejos esté de la superficie de la tierra; al estar en contacto con ella su energía potencial es cero, aunque, claro está, pueda haber llegado a tal nivel de mínima energía potencial con una gran cantidad de energía actual. El estado de troca*ble por,* frente al acto de *trocar por,* se caracteriza, justamente, por ese alto nivel de potencialidad que permite *acumular* poder, potestad, dignidad; estancar y represar la *bonificabilidad,* de modo que no esté siendo la cosa *A* trocada *por* la *B* en favor (bien) del hombre —individuo, sociedad, partido, iglesia... *El dinero* es, pues, de suyo, originalmente, *capital.*

Es, por tanto, *Capital* un estado fenomenológico-ontológico del clásico atributo transcendental de *bondad,* tal como, *aun antes de* toda prevención y vacuna, *nos lo hallamos* siendo los hombres actuales.

Dato V. 4 "*Nos hallamos con que* todo está siendo —de manera directa o indirecta, sutil o burda—, bueno para el hombre —individuo, sociedad, partido, iglesia...—, bajo la forma de dinero, con tendencias a potenciarse en Capital."

Y "*aun antes de que* tomemos precauciones —o las tomen otros por nosotros—, *nos hallamos ya* los hombres *actuales* connaturalizados con un mundo natural y artificial connaturalizadamente *capitalista* o *endinerado*".

Es decir: habitado todo con sentimentalidades capitalistas o endineradas de tipo natural: comodidad, seguridad, familiaridad,

confianza, paz, tranquilidad, orden... Y nos parece *natural* la propiedad; *sagrado,* el derecho de propiedad; *sagrado,* el dinero, jurídica y moralmente. Y así el dinero —vestido, desnudo o camuflado—, puede entrar en todas partes. Se trata, repito, de una función fenomenológico-ontológica del dinero, o de un estado que la *bondad* (bien) ha tomado para el hombre *actual,* a saber: poseer la bondad cosificada en estado de disponibilidad o potencialidad, en represa y abstención del acto. Para que real y eficazmente, todo —natural, espiritual, divino, humano, ideal, real...—, sea *bueno para* el hombre —individual, social...—, todo tiene que someterse a la operación *trocar por,* y no a la de *trocar en;* si no hace falta, por el momento, para que algo me sea bueno eso de *trocarlo por,* se hallará en estado de troca*ble por,* o de bonifica*bilidad;* y tal estado lo fijaremos —para habitarlo con seguridad, comodidad, paz—, *en dinero.*

Ahora bien: las objetividades típicas de moneda y dinero son aparenciales: es decir, simplemente reales, mas no reales con realidad-de-verdad. En tal aparencial quedan y se nos dan realmente anuladas y preteridas todas las propiedades de las cosas, al modo que en el color visible se ofrecen fotones, campos electromagnéticos, vibraciones transversales, preteridas y englobadas en ese aspecto típico que es y llamamos *visible.* La objetividad fenomenológica de *dinero,* de la moneda, y de todo en cuanto sometido y aparecido en ellos —mercadería en mercado—, resalta propiamente, en la operación actual o potencial de *trocar y trocable por* —al modo que la identidad real entre materia y luz resalta al explotar una bomba atómica, y la temperatura de un cuerpo al sumergir en él el termómetro. De consiguiente: habrá que plantear en Ontología y Metafísica, como problemas peculiares, el de la realidad-de-verdad que hace de base de tal simple y fenomenológica realidad u objetividad: por qué resquicios o fenómenos es transtornada o transustanciada de cuando en cuando la objetividad fenomenológica del mundo en estado de *mercado* por el universo de lo metafísico: por la *bondad buena* en *realidad-de-verdad* para un hombre que esté siendo tal en realidad-de-verdad —comenzando por preguntar si tales proyectos y designios tienen o no realmente sentido—; tal es uno de los temas capitales de *Metafísica actual.*

Cerremos, pues, lo referente al punto *E)*: la operación *trocar por* o *trocable por* reparte y coajusta, en principio, todas las cosas entre los estados de ser y de ente. Por peculiaridad notable, el estado de *ser* posee un ente privilegiado: *el dinero,* con función fenomenológico-ontológica para todo el dominio y todos sus objetos; todas

las demás cosas (entes) adquieren el tipo de objetividad de *mercancía,* y el mundo integrado por dinero y mercancías presenta la objetividad típica o aparencial de mercado. El *mercado* es especial mundo estable, unitonal y concluso.

F

Todo mundo encierra, como se dijo, y continúa aquí diciéndose, un reparto y coajuste de todas las cosas entre los estados de ser y de ente. Adviértase, brevemente, la estructura peculiar de los *entes* dentro de ese estado de Mundo que se denomina *Mercado.*

Dato V. 41. "Aun antes de que nos propongamos o nos propongan maneras de ser *entes,* para elegir una u otra, y *aun antes de que* nos enfrentemos, previa y precavidamente, con lo real para decidir qué tipo de ente les dejaremos a las cosas ser o las forzaremos a ser, *nos hallamos ya* los hombres actuales en un mundo encarrilado en *oficios* y profesiones (entificación del hombre) entre que, en el mejor de los casos, escoger; y *nos hallamos ya* ante lo real encompartimentado en *productos* (entificación de las cosas); y *nos hallamos ya* encajados entre tales entes como *operarios*: es decir, repartidas nuestras facultades mentales entre profesiones (y sus fases) dividiendo nuestra actividad en trabajos especificados por la *profesión* y por el *producto* a elaborar."

Es un *dato* que el hombre comienza por hallarse en estado natural —sea o no tal estado resultado de una anterior evolución natural o artificial (creación, mutación dirigida...). En semejante estado, para recapitular lo importante en este momento, el hombre, cada hombre, está todo él en el todo y en cada una de sus partes: todo el hombre ve, todo el hombre oye, todo el hombre piensa (con ojos que piensan, con oídos que piensan, quieren...), todo el hombre quiere (con voluntad vidente, oyente...), todo el hombre opera, a la una, con mente, manos, ojos..., *sin distinción de potencias* —ojo en cuanto ojo, oído en cuanto oído, entendimiento en cuanto entendimiento...—; *sin separación de funciones* —ver y no oír, oír y no pensar, trabajo de manos y no pensar...—; *sin especificación o especialización de actos* —pensar lógico, pensar metafísico, pensar físico, pensar teológico...; ver por telescopio estrellas, ver por microscopio células...; ojo de cubero, ojo de chalán de mulas, ojo clínico...; manos de obrero, manos de escritor, manos de mecanógrafo, manos de boxeador...—; *y sin predeterminación de potencias, funciones y actos según productos,* es decir: cosas *distintas* de las demás, del *concreto natural* total o mundo,

separadas de la actividad total natural para una función determinada, y *especializadas* por su montaje para ejercer tal función justamente.

El hombre natural es todo por modo de concreto, lo cual presupone y se mantiene por el tono de neutralidad —óntica, ontológica, causal. . .—, de que se habló largamente ya. El entendimiento es ojos, el oído es entendimiento, las manos ven, oyen. . . , la inteligencia maneja; todo se halla en el tono y nivel de naturalidad; lo cual no quiere decir que no se distingan realmente manos, ojos. . . , sino que no reduplican sus distinciones o actúan ojos en cuanto ojos, ni más ni menos; oídos en cuanto oídos, y ni más ni menos que en cuanto oídos. . . ; son distintos, mas no están distinguidos; diferentes, mas no divergentes; diversos, sin llegar a abstractos unos de otros. Hay *el* sentido humano, mas no *los* sentidos; *la* mente humana, no la imaginación, memoria, entendimiento; *el* hombre, y no el individuo, el padre, el ciudadano, el político. . . En estado natural el hombre y las cosas tienen aptitudes, mas no propiedades; potencias, pero no facultades; sin funciones ni especializaciones de potencias, de actos o de aptitudes. E inversa y complementariamente: en el estado natural del hombre y de las cosas no surgen ni funciones ni especializaciones que, en principio, no puedan ser realizadas por el mismo hombre. El filósofo, vgr. en su época de filósofo natural, o casi natural, es, a la una, lógico, ético, filósofo de la naturaleza, matemático, físico, astrónomo, biólogo. . .; microcosmos en total, un mundo en pequeño y singular que es la manera natural de ser cada cosa en estado natural, sin las exigencias reduplicativas de separación de potencias en funciones y especializaciones sobre cosas-productos con propiedades exclusivas, separadas y especializadas.

Ahora bien: "aun antes de que nadie ni nada nos prevenga y preserve de hacer de nuestras aptitudes propiedades, de nuestras potencias facultades, de nuestras facultades funciones, y de las funciones especialidades, y *aun antes de que* nadie ni nada nos evite el tener que vivir y movernos entre cosas con propiedades, funciones y especialidades, *nos hallamos ya,* nosotros y las cosas, coajustados de manera que para vivir tenemos que tener oficio, profesión, especialidad, y las cosas para estar en mundo humano tienen que tener propiedades, funciones y especialidades. Encajamos, pues, cosas y hombre como *operarios y productos*".

Los hombres quedamos en cuanto entes, racionalmente, repartidos entre *casillas* (de cargos, oficios, profesiones. . .) y las cosas *encompartimentadas* (mesa, pala mecánica, pluma, nevera, calle,

casa, viga, lección de lógica, misa, tiza, papel...). Y el reparto sería perfecto, y el coajuste consumado, si cada hombre y cada cosa fueran, al menos durante la fase de cooperación entre operarios y productos cada uno y cada una *todo y solo* lo de la profesión, y producción: secretaria tan perfecta que no pudiera distraerse en nada y por nada de su cuerpo, alma, preocupaciones vitales, políticas; máquina de escribir tan secretarial que hiciera por su montaje mismo imposible escribir en ella una carta de amor, durante las horas de oficina; obrero que sea todo y sólo manos, según el caso —sin conciencia de su estado, sin otro pensamiento que el de sus manos; vendible entero, y comprable sin carga de residuos humanos desaprovechables: trabajador neto, no en bruto; y producto en neto, no en bruto.

No cabe duda de que, *aun antes de* toda prevención —si es que alguien se ha propuesto alguna vez precavernos y hacer posible una previa decisión que no nos condene a morir de hambre material o espiritual—, *nos hallamos* siendo, obrando, viviendo y moviéndonos los hombres naturales —todos y todo lo nuestro: de alma a cuerpo—, cual *operarios* y entre *productos.* Por tanto: el hombre, descuartizado; las cosas, destrozadas; y vueltos a unidad, hombre y cosas, por *montaje.*

Lo cual trae consigo que hombres y cosas sean vendibles a trozos o a piezas, al por mayor o al por menor; y por la especialización —de trabajos y productos—, todas las cosas de una especialidad, todos los hombres de una especialidad, resulten intercambiables, en principio, entre sí. Es decir: todos y todas las cosas somos *mercancías,* y el lugar total de tal montaje y eficiencia es el *mercado.*

Producto es, pues, *cosa natural especializada;* no, cosa especificada (con especie propia), y además cosa especializada con *funciones especializadas* (no con fines específicos). Aptitud especializada es propiedad; potencia especialidad es facultad; facultad especializada (potencia-reespecializada) es función; función reespecializada (facultad reespecializada) es *trabajo.* Hay según esto: *a)* productos conscientes de serlo: *especialistas;* desde obrero manual a filósofo; desde barrendero a sacerdote; desde chofer a político; conscientes y connaturalizados con las sentimentalidades de comodidad, seguridad, paz, tranquilidad, gusto...; o conscientes, mas no connaturalizados con tal estado de entidad, con las sentimentalidades de destrozado, desamparado, despojado, enajenado... *b) Productos* que lo son, y no notan que lo son: escoba, luz eléctrica, casa, papel, altavoz, auto, enlatados, caballos de carreras, libros... El estado de un ente especializado es siempre —más o menos, en pro-

yecto y en designio totalmente—, estado innatural; y en el caso del hombre, estado *inhumano* —sido o contrasido. Se ve, sin mayor dificultad, que el carácter de mercancía, es decir: la función de *trocar por* o de *trocable por* asciende hacia un máximo por los productos; o sea, por la especialización: trocar aptitud *en* propiedades, trocar potencias *en* facultades...

A su vez: por la operación de *trocar en* se altera realmente el tipo de *ente* de las cosas naturales: hombres o cosas simples, y tanto unos como otras comienzan, *realmente,* a tener propiedades, facultades y funciones; y dejan *realmente* de tener aptitudes, potencias y actos. Pero este tema pertenece, claro está, a la Metafísica o a lo *trans*natural, *trans*tornador y *trans*ustanciador de lo natural, mientras que la operación de *trocar por* o *trocable por* no pasa de ser operación ontológico-fenomenológica; y el aspecto de mercancía que bajo tal operación de *trueque por* ostentan las cosas especializadas (trocadas en) posee *simple objetividad,* fantasmagoría real simplemente, pero no real-de-verdad.

Dato V. 42. "Aun antes de que nos prevengamos o nos pongan a eficaz defensiva, *nos hallamos ya* todos los hombres actuales —próxima o remotamente, consintiendo o tentados—, en un mundo de *productos* (cosas-ente), como *trabajadores* (hombres-ente); todo, pues, especializado." División de cosa en productos; división de la actividad humana en trabajos.

Dato V. 43. "Aun antes de que nos prevengamos o nos prevengan eficazmente, *nos hallamos ya* en un mundo en que tanto productos como trabajadores estamos siendo en estado de unos *cualesquiera."*

Es decir: cada producto, en su orden, es un producto o ejemplar *cualquiera,* bueno para uno cualquiera de los hombres; y, a su vez, cada trabajador —de un ramo, de una faena determinada dentro de un ramo...—, es un trabajador cualquiera, bueno para producir un producto cualquiera —de su orden, de una parte especial, de una fase determinada de una fabricación en serie...—; producto bueno para un hombre cualquiera, para cualquiera que lo necesite. *Trabajadores y productos estamos, aun antes de que..., siendo mercancías."*

Caigamos en cuenta, de manera expresa y resaltante, de esta manera previa, o tono, de estar siendo los entes: a saber, como *mercancías.*

En matemáticas ordinarias $1 \times 100 = 100 \times 1$, o sea: *uno* tomado cien veces es igual a *cien* tomado una vez. Empero que un trabajador haga un producto —tan simple como un aguja—, que un

solo profesor explique toda la filosofía, por su orden, que prescribe, vgr. diversas fases o asignaturas ordenadas y diversas, no es lo mismo que diez trabajadores hagan cada uno una sola de las tareas integrantes del producto total, que diez profesores de filosofía expliquen, cada uno, una materia, de las diez del plan total...

Dato V. 44. "*Aun antes de que* nos prevengamos o nos preserven, *nos hallamos ya* en un mundo montado según el modelo de distinción de los trabajadores según o en favor de la unidad del producto, y no según el modelo de distinción de tareas en favor de la unidad del trabajador."

Nos hallamos especificados por las especialidades; y no están, por el contrario, las especialidades especificadas por el hombre. Somos o estamos, pues, doblemente *trabajadores*: especificados por los tipos de productos —materiales, espirituales, físicos, biológicos, industria del acero, del hierro, de plásticos, de muebles...—; y especificados además por cada una de las fases de la fabricación de un producto —material o espiritual: clase de lógica, de ética, mecánica de los fluidos, electrónica... ; ministro, secretario... Descuartizamiento del hombre y de su unidad por la unidad del producto, tras previo destrozo de la cosa natural para montarla (reunificarla) en máquina de productos. *Cien* harán *un solo* producto total; cada uno de los cien una de las tareas adecuadas a una de las fases del producto total; predominio del producto total y de su unidad de montaje. El hombre dejará de ser individuo de una especie (natural), y resultará, realmente, un cualquiera de una especialidad; el hombre no tendrá ya especie, sino especialidad.

Tal es la *tendencia* del mundo en que, *antes de* toda prevención y preservativos, *nos hallamos* siendo los hombres actuales. ¿Se trata de una tendencia simplemente real, o real de verdad? Tema para Ontología y Metafísica, donde tiene que ser cuidadosa y seriamente, con seriedad de realidad, estudiada. Como el hombre guarda, todavía o para siempre, una buena dosis de hombre natural; y notable —tal vez, preponderante— es —por ahora, al menos— el número y calidad de cosas en estado natural, tal tendencia hacia el estado *mercancía,* con la determinación dicha, es real, sin llegar aún a ser predominante —fuera de ciertas circunscripciones de modestos linderos, vgr. algunos rincones de la tierra. Mas refiriéndonos a estos determinados dominios podemos afirmar como

Dato V. 45. "*Aun antes de* toda prevención y preservación, *nos hallamos* los hombres y las cosas encajados en un mundo de estado y estilo *mercado,* y coajustados hombres y cosas según el modelo de trabajador y producto *para mercado,* con *creciente tendencia*

hacia un máximo de bondad de tipo cualquiera, buena para el hombre en estado de *un cualquiera. Entropía económica*."

Lo cual viene a decirnos sumariamente: *a)* el mundo en que nos hallamos de buenas a primeras todos y todo: lo material, espiritual..., no tiende a bondad en estado de *óptimo,* sino de *mediocridad*: bueno de medianía para una creciente mayoría de medianos; hacia *bondad promediada*. No es éste el mejor de los mundos posibles; sino mundo de creciente entropía de bondad. Claro está que por entropía se está aquí entendiendo —por evidente analogía con el concepto físico, clásico ya—, tendencia en crecimiento hacia el estado de medianía mayoritaria de las propiedades físicas, energía, cantidad de movimiento, distribución local... Tal es además el estado *más probable,* el que se realiza —porque sí, sin causas eficientes—, en una mayoría de veces o de casos (tiempo). *Lo mayoritariamente mediano es lo más probable.*

La entropía (en física), S, es decir: la medida o grado de lo mayoritariamente mediano es igual al logaritmo de la probabilidad (W), por una constante cuya significación no importa por el momento a nuestros fines,

$S = k \log W$. Para todo sistema cerrado, S o se mantiene constante o crece.

Parecidamente: se trata por de pronto de una semejanza —veremos más tarde si en el fondo no late algo más real-de-verdad—, en el Mundo, en la Totalidad de cosas materiales, espirituales, políticas, religiosas, sociales, culturales... profesiones, oficios... en que los hombres *nos hallamos* siendo y viviendo, la *tendencia hacia el estado de entropía de la bondad* es *un dato*: todas las propiedades naturales tienden a tomar —o tendemos a darles por técnica (trocar *en*) o por economía (trocar *por*)—, el estado de bondad mediana o promediada, para una mayoría creciente. Promediamos la propiedad dada por el número creciente; así que el valor total decrece, a la vez que se uniforma (cf. aquí G); a su vez, tal estado *es el más probable*: el que se repite —sin más, porque sí—, más veces: en más lugares y en más tiempos (veces).

Que este estado de *bondad mayoritariamente mediana* o de bondad entrópica se acentúe cuando se convierte en proceso de producción —material o espiritual—, del tipo «*un* individuo (trabajador), *n* fases necesarias para dar *un* producto» al de «*n* individuos (trabajadores), cada uno una sola fase de las necesarias para *un producto*», es tema grave, mas no de este lugar. Se refiere, pues, a la distinción entre "individuo, fase, producto", respecto del número *n*.

	Ind.	*Fas.*	*Prod.*
Caso A	1	*n*	1
Caso B	*n*	1	1

La entropía económica —la ley (*nómos*) del mundo (*oikos*): ¿es mayor en el caso *B* que en el caso *A*? ¿Tiende el mundo económico —la casa material y espiritual—, hacia el caso *B*? Esta cuestión, decisiva y gravísima, tanto más que la determinación de la ley de la entropía en física —determinante de la dirección de los fenómenos físicos, comenzando, tal vez, por fijar la dirección del tiempo—, entra con plenos derechos en la Metafísica *actual;* y no podía ser planteada por la Metafísica anterior, al igual que no fue posible, ni siquiera en forma de sospecha, hacerse cuestión de la dirección total de los fenómenos físicos en la forma concreta de la segunda ley de la termodinámica.

Si por *B* simbolizamos *bondad*: bueno para, valioso para, apreciable (precio) para..., *B* (1, *n*, 1) y *B* (*n*, 1, 1,) adquieren una significación inmediata como función de tres argumentos, y las formulaciones (no son fórmulas) simbólicas siguientes son de inmediata claridad:

(1) *B* (1, *n*, 1) $\dot{\longrightarrow}$ *B* (*n*, 1, 1); ($\dot{\longrightarrow}$ símbolo de *tiende a*)
(2) *B* (1, *n*, 1) $\dot{>}$ *B* (*n*, 1, 1); ($\dot{>}$ es de mayor *calidad*)
(3) *B* (1, *n*, 1) $\underset{\cdot}{\longrightarrow}$ *B* (*n*, 1, 1); ($\underset{\cdot}{\longrightarrow}$ símbolo de relación de frecuencia, de probabilidad). El estado de la bondad de cosas y hombres, *B* (1, *n*, 1), es de mayor calidad y menor frecuencia (o menos probable) que el estado de la bondad de cosas y hombres *B* (*n*, 1, 1); que, a su vez, es de menor calidad, aunque más frecuente (probable); con todo el estado *B* (1, *n*, 1) tiende hacia el estado *B* (*n*, 1, 1).

b) Si al conjunto de características (1), (2), (3) denominamos, para concisión, *ley del mundo económico,* entendiendo por *economía* según lo dicho, lo que la composición de la palabra realmente nos brinda: *ley de la casa que habitamos,* podremos afirmar;

Dato V. 46. "*Aun antes de* toda prevención, y *aun después de* prevenidos —por advertencia en forma de ley, real o pretendidamente tal—, *nos hallamos* todos: cosas, hombres, en un mundo *creciente en número.*" Es decir (cf. Parte II, Cap. IV, § 1) estamos siendo en un mundo con predominio creciente de la categoría *uno de tantos* hacia *uno de tantísimos;* cada uno va pasando de ser uno de pocos, a uno de muchos, a uno-de-muchísimos... —hombres, fieles, partidarios, filósofos, ciudadanos, estudiantes...—, junto con creciente entropía física —en moléculas, fotones...

De ahí que la bondad vaya bajando de calidad, siendo tal baja

en la calidad cada vez más frecuente; y hacia tal estado de interior calidad, más frecuente: en más cosas y en más casos, en más propiedades humanas y en más hombres, tiende el universo y tiende tanto más cuanto más cosas haya —cosas y hombres—, *numéricamente.* (1), (2), (3) son, pues, funciones de número, y de un número creciente ya por días, años, siglos y milenios.

Tanto técnica (trocar *A en B*) como economía (trocar *M por N*), como genética —trocar algo de un hombre (padre) *en* algo de otro hombre (hijo)—, son, entre otros, procedimientos reales y eficaces para el predominio de la categoría *número;* o de uno-de-tantos, a uno-de-tantísimos. Es decir: para el aumento de la entropía económica (y aun física); y por tanto para el deterioro de la bondad de cosas —materiales, espirituales, políticas, religiosas, sociales, científicas. . . , y del hombre —político, social, religioso, científico, biológico. . .

En tal mundo *nos hallamos* siendo. *Estancia preliminar,* descrita aquí en *Preliminares y* según *Preliminares.*

G

Hay, al menos, dos tipos de cuantificación: *a)* tipo de cuantificación *topológica,* por neutralización de distinciones, diferencias, diversidades. *b)* Tipo de cuantificación *métrica,* eliminación de distinciones, diferencias y diversidades, operada por el establecimiento de una unidad y las relaciones de igualdad y desigualdad. Declaremos este punto dentro de las necesidades presentes de fijación conceptual. Lo visible en cuanto visible —no en lo que tuviere de realidad-de-verdad—, es un caso ejemplar de nivelación de distinciones y diferencias reales; las distinciones entre trillones y trillones de fotones que integran cualquier color visible —pared blanca, hoja verde—, son preteridas y neutralizadas globalmente en ese aparencial real simplemente, coherente visiblemente, que es el color en cuanto visto y visible para los ojos. Se trata de *coherencia* visual, neutralización real de continuidad (campos electromagnéticos) y discontinuidad real (número de fotones). Respecto de calor, notado por el tacto, sucede lo mismo: es dado como bloque *coherente,* sin aniquilar la base física de radiaciones, fotones, vibraciones moleculares, energía de cada molécula. . . No hace falta decir que lo visto en cuanto visto —esta pared, esta silla, este árbol. . .—, neutralizan esas diferencias y diversidades —si las hay—, entre materia y forma, esencia y existencia, sustancia y accidentes, formas *a priori* y material; y nos da la vista ese sencillo y simplificado apa-

rencial que es color: silla, árbol, pared, hombre... —real, mas no sin más real-de-verdad. Así que lo natural es, justamente, un estado cuantitativo por anulación o neutralización de distinciones, diferencias y diversidades, sin que, con todo, llegue tal cuantificación al tipo rigurosamente métrico. Un árbol no es una pared, ni el hombre, tal cual aparece, es río; ni casa es, aparencialmente, nube... El estado natural nivela realmente, de original manera, lo cuantitativo mismo: no funde fotones en masa, ni deshace masa en fotones; ni funde en realidad de verdad árboles en bosque, ni deshace bosque en árboles. En el estado natural, hay, pues, *coherencia* —tal es el tipo aparencial de continuidad—, y *variedad* —tipo aparencial de distinción, diferencia, diversidad.

El orden *métricamente cuantitativo* exige, por el contrario, eliminación de diferencias y diversidades con imposición positiva de unidad e igualdad (o desigualdad); o bien elimina las distinciones, lo que dará continuidad cuantitativa positiva y estricta. La circunferencia elimina positivamente diferencias y diversidades de calor, peso, material de las reales circunferencias; y elimina además distinciones entre elementos de su orden (en virtud de su continuidad: son muchos en potencia, no en acto); funde la multitud en unidad total (figura), no en una unidad.

1, 2, 3, 4... eliminan positivamente diferencias y diversidades —un hombre, dos mesas, tres sillas...—; mas no eliminan las distinciones internas entre sus unidades: 1 es una vez uno, dos es dos veces uno o uno dos veces; tres es una vez tres, o tres veces uno... Por eso, o eso mismo, es ser discontinuamente numerable; $1 + 2$ dan un número total, y uno solo, 3; $a + b = c$, $1 + 2 = 3$, $3 + 2 = 5$..., son números, no una unidad global ni una unidad total. 2 es, en acto, $1 + 1$; y dentro de él las unidades no se han fundido o confundido, aunque sean intercambiables en virtud de la propiedad conmutativa $2 + 3 = 3 + 2 = (1 + 1) + (1 + 1 + 1) = (1 + 1 + 1) + (1 + 1)$, etc. Por tal positiva eliminación (abstracción real) de diferencias y diversidades, los números son comparables, mediante la relación de igualdad; mas por no llegar a eliminar las distinciones hasta el límite de dar una unidad total (figura) o una unidad global (cual lo visible), la pluralidad se mantiene real dentro del número total —$1 + 2 = 3$, $(1 + 1 + 1) = 1 + (1 + 1)$... Tenemos cantidad métrica: con unidad, multitud e igualdad. Y eso nos basta por el momento, y para las actuales necesidades descriptivas.

Pues bien: en este tipo de mundo que hemos denominado *Mercado,* y dentro de él —las cosas con aspecto y funciones de mercan-

cías: trabajadores-productos—, rigen los dos tipos de cantidad, con tendencias hacia el métrico o rigurosamente numérico.

Dato V. 5. *"Aun antes de que* nos propongamos o nos pongan en estado previo y defendible, *nos hallamos ya* en un mundo de estilo *Mercado,* y *nos hallamos ya* siendo todo por modo de *mercancía* (M), de manera que se han *neutralizado* las diferencias y diversidades naturales y aun artificiales entre cosas y artefactos, y en ciertos casos *eliminado;* y va en conjunto en la dirección a superar simple neutralización por eliminación positiva, es decir: con tendencia a estricta y positiva cuantificación: unidad, igualdad (desigualdad, suma, propiedad: simétrica...)".

Caigamos en cuenta conceptual y verbalmente de este dato. Manos del hombre son, en cuanto realidad natural, más que específicamente diferentes (diversas) de patatas; mas ocho horas de trabajo de las manos del hombre equivalen a un kilo de patatas, más dos de arroz, más medio de carne, más un paquete de cigarrillos; se trata, como es claro, de ejemplos sin más valor que el ilustrativo —no de cotizaciones según lista de precios.

$$6M(H) = 1M((a) + 2M(b) + \tfrac{1}{2}M(e) + 20M(d);$$

no se trata de eliminar realmente las diferencias y diversidades entre hombres, patatas, arroz, carne, cigarrillos, sino de conservarlas; no nos hallamos ante una absorción absorbente o asimilación. Llegará o no, si son artículos de consumo, como en el caso dicho; no así, si lo son de simple uso —como sillas, auto, radar, cocina, vestido...— con los que se pudieran establecer parecidas igualdades de precios en mercado —tienda, almacén, bodega... Y se intentará que no lleguen a eliminarse totalmente tales diferencias y diversidades, sino mantenerlas y ostentarlas para propaganda de un producto, para depósito, para encarecerlas... Mas esto no nos interesa por el momento. Nos hallamos ante una *neutralización,* no ante una *eliminación,* cual la que operan —por abstracción o por lo que fuere—, circunferencia o elipse, respecto de calor, peso, vista... No es, pues, tal igualdad de estilo matemático por lo pronto; ni la suma y los números —coeficientes 1, 2, ½, 20...—, son, en rigor, cual el 1, 2, ½, 20... de la aritmética.

La expresión de la cara —triste, alegre, seria, boba...—, no elimina nariz, ojos, boca...; neutraliza todas esas diferencias y diversidades, y resulta todo ello con una expresión unitaria: cara sonriente, cara de cansancio, cara de bobo... Tal expresión es algo bien real; y es casi casi lo que vemos, pues eso es lo que nos ve. Lo demás: físico, fisiológico, anatómico... queda preterido, anulado (no aniquilado) o atematizado (no expresa o deslindadamente mi-

rado), inobjetivado (no dado directa y resaltantemente). Por parecida razón o constitución: hombre, manzana, cigarrillos, auto... son neutralizados en sus respectivas realidades naturales —preteridas, anuladas, atematizadas, inobjetivadas—; y pasa a primer plano, atemático y objetivo, el aspecto y expresión de *mercancía*: para mí, trabajador, resultan buenas casa, auto, legumbres..., mientras para otro resultan buenas las manos. La expresión, objetividad simplemente real, de mercancía es, pues, la de *bondad de una cosa cualquiera para uno en cuanto cualquiera.*

En la quisigualdad: 20 varas de lino = 1 levita, o en general $x\ MA = y\ MB$, ni x ni y son números corrientes; ni A, B son cosas naturales —aunque se trate de 10 manzanas, 2 kilos de arroz—; ni la relación M, —$M\ (x, A)$, $M\ (y, B)$, es decir: el coeficiente o índice numérico x conviene a A por ser mercancía, M; y el coeficiente y conviene a B por ser mercancía: relación entre un número (con funciones quisinuméricas) y una cosa natural o artificial—, son del mismo orden —ni individual, ni específico ni genérico.

La relación $x\ MA$, o en general, $M(n, C)$ —números, cosa C—, es, en rigor de la palabra, transcendental: va *más allá* (trans) de distinciones, diferencias y diversidades naturales y artificiales; es tan amplia como la de ser, pues la bondad ha pasado —durante mucho tiempo, en forma abstracta y de pretensión, ahora cada vez más en forma concreta y por planificación—, por ser atributo transcendental, o tan amplio en extensión como el de ser, aunque con *comprensión* (ahora expresión) original frente a la de ser (entes).

$M\ (n, C)$ es, pues, relación *ontológica*, realmente tal —aunque no por sólo eso real-de-verdad; lo será con otras condiciones que no son del momento.

El carácter quisinumérico de esa quisigualdad de la relación de mercancía, o del carácter de mercancía de una cosa, resaltará más aún si atendemos a otra clase más sutil de relaciones de mercancía.

1 hora de clase privada = 12 bolívares = 1 paquete de cigarrillos + 1 entrada a cine + 1 cena en un bar corriente.

1 misa = 5 bol. = 1 paquete de cigarrillos + 1 sandwich de pollo + 1 coca cola. Etcétera.

El carácter de *quisi* de la quisigualdad de los ejemplos del párrafo anterior se acentúa aquí, pues se trata de honorarios, estipendios... 12 bol. son los *honorarios* de una clase privada de una hora sobre filosofía; 5 bol. son el *estipendio* de una misa... Lo cual no evita, en última instancia, que tan diversos matices de la quisigualdad del caso actual se nivelen con los del anterior.

De honorarios a salario, de salario a precio, de precio a número simple. Ahora nos resulta factible dar sentido concreto a la tendencia real, progresivamente imperante, del mundo sido como *mercado*. Distingamos para mayor precisión —un poco afilada y perfilada—, los niveles siguientes:

a) Nivel de bienes inmediatos o naturales (cosas buenas) —manzana, agua, padre, madre, sol, adoración de dios, campo, bosque, habilidad manual, ojos... Añadamos para no distinguir más de lo necesario, el nivel de bienes artificiales, connaturalizados —casa, coche, nevera, escoba, vestido, misa, maestro, pluma, arco, aseo... Nivel global de *cosas buenas*.

b) Nivel de *valores* o cosas valiosas, valoradas por honorarios, estipendios, medallas, condecoraciones, honores, obsequios, regalos... Es decir: cualidades de otro orden empleadas como índices (coeficientes) de un bien (natural o artificial). Honorarios es una cosa natural (dinero o no) en función de índice o exponente de la bondad de una cosa: honorarios de un médico, de un abogado. Y no pasa de índice, no llega a precio: a igualdad de estilo matemático —igualdad de proporción ordinariamente. Estipendio es, parecidamente, *una cosa material* (dinero o no) en función de exponente de una cosa buena religiosamente —misa, bautizo, bendición...—, que no llega a precio, a evaluación matemática por igualdad. Y se inició en *trueque cualitativo;* el cambio de una cosa por otra, el traspaso de una cosa de un orden a otro, sólo que tal trueque o relación suele cortarse al primer paso; no es transitiva o no es igualdad.

1 misa = 5 bolívares,

1 hora de clase privada = 12 bolívares,

1 consulta médica = 30 bolívares,

n atenciones médicas de un médico amigo = 1 regalo de Nadad; 1 carrera sobresalientemente terminada = 1 medalla de oro... El que esos 5, 12, 30... sean dinero, no permite pasar a igualdad como 5 bol. de *estipendio* = 2 paquetes de cigarrillos + 3 kilos de arroz.

30 bol. de *honorarios* médicos = 4 entradas de cine; tales valoraciones van subrayadas, para resalte de su calidad.

Para que *5 bol. de estipendio, 30 bol. de honorarios,* equivalgan a 5 bol. simples, 30 bol. simples, es preciso desconsagrarlos, secularizarlos..., rebajarlos al orden de precios, de la posibilidad abstracta, de la cuantificación pura. Entre 1 y $\sqrt{-1}$ no hay relación matemática directa; 1 no es ni mayor ni igual ni menor que $\sqrt{-1}$; mas por la operación $(\sqrt{-1})^2$, $\sqrt{-1}$ baja al orden real, y resulta -1;

que es, por virtud de tal operación verificada, menor que 1, $(\sqrt{-1})^2 < 1$. Se ha cambiado del nivel complejo (números complejos, imaginarios) al nivel real, de los números reales.

Pues bien: las quisigualdades anteriores son de estilo complejo; y sólo desmodalizando o descalificando el material de su condición de honorario, estipendio... premio..., pasarán al orden *real* cuantitativo, en que 5 bol. de estipendio entrarán ya en *mercado* cual 5 bol. sin más calidad, y se trocarán, en el mismo plano, sin sacrilegio, sin desdoro... por 2 cajetillas de cigarrillos, o por 3 kilos de patatas..., indiferenciada o transitivamente según las propiedades de la igualdad.

c) Nivel de *precios* o de cuantificación de bienes y valores —cosas buenas, cosas valiosas. Precio, salario, sueldo, paga... son todavía —no se pierda de vista—, objetividades o matices propios del orden de los bienes o de los valores. La patata, por su realidad vegetal, o el 5 por su condición matemática, no son ni bienes ni cosas apreciables, ni cosas valiosas. La patata no es ni buena ni mala, ni posee el índice de honorarios (en especie), ni el de paga, ni tiene precio... Si tomamos en toda su vaga generalidad la palabra *valor,* son categorías o niveles categoriales del orden *valoral*:

a') comodidad, salud... *cualidades-calidades de cosas* (bienes),

b') honorarios, estipendio, obsequio... *calidades en cosas* pertenecientes a ellas;

c') salario, precio, paga..., *calidades cuantificadas* o sobrepuestas a ellas. Y será cuestión —entre otras, a tratar en Ontología y Metafísica—, si todo pretenciosamente puro y pretendidamente señero *valor* —cual justicia, lealtad... injusticia, deslealtad, piedad, santidad...—, no tiene que, ante todo y como en estadio primero, *hacerse valer realmente* como *bien* (material, natural, artificial) en cosas; y, si a pesar de todas sus pretensiones, no tendrá que descender al orden valoral de la *calidad,* para así *hacerse más realmente valer* —para hacerse realmente atractivo—; y, por fin, si para *hacerse más reaseguradamente valer* habrá de rebajarse al nivel de la *calidad cuantificada* —al de precio, paga, salario... Todo ello para *hacerse valer,* para ser lo que pretende (debe) ser; y al ser así, cual bien honorario, precio..., valdrá realmente, con realidad adecuada a su verdad.

Dejemos la cuestión en cuestión, pues basta con lo dicho para dar sentido a lo que, cual *dato* inmediato vivido y sido del mundo en que nos hallamos, sin más y de buenas a primeras, nos consta:

Dato V. 51. "Aun antes de que nos prevengamos o nos preser-

ven, *nos hallamos ya* siendo en un mundo en que los bienes son *propensos* a pasar al nivel de los valores, y los valores descender al nivel de los precios. De bueno a valioso, a preciado."

Propensión a pasar todo de calidades que son *cualidades* "de" cosas, a *"calidades"* en *cosas,* y a *cualidades cuantificadas* sobre *cosas.* De mundo natural a *Mercado.* De propensión a caída actual hay, como es claro, sus grados: de condescendencia a resistencia, siempre dentro de ese campo gravitatorio persistente: *mercado actual o potencial.*

Saquemos tres secuelas, formuladas explícitamente por nosotros, en funciones de *altavoz* de lo que sin más, de buenas a primeras, cual tentación sentida o consentida ya, estamos todos: cosas y hombres, viviendo y siendo. *a) Aun antes de* toda prevención, y casi seguramente *aun después de* ella —de las prevenciones hechas aquí, para no ir más lejos— *nos hallamos ya connaturalizados de ordinario* con el procedimiento de cuantificar bienes y cualidades: valorarlos y apreciarlos. Y, al decir *connaturalizados,* continuamos entendiendo lo de siempre: estar siendo de pensamiento, palabra, obra y sentimientos cómoda y tranquilamente, en paz con nuestra conciencia, con el orden social. . . , al tratar los bienes de semejante forma. Y connaturalizados *de ordinario*: es decir, casi siempre o en casi todos los casos. Qué y cuántos casos perturben, transtornen y aun transustancien tal estado, será objeto de ulteriores consideraciones (cf. Cap. VI, § 1, *B*). Al referirnos a este estado o tono del mundo-mercado o del mundo de bienes y valores hacia mercado de precios, y decir de él que es el ordinario o cotidiano, hace falta explicar el *quiénes* se sienten, viven y son así: connaturalizados con él. Y una vez más:

b) Como tentación sentida, mas no consentida, o sentida y consentida, todos y todas las cosas se hallan y *nos* hallamos connaturalizados de ordinario con mercado, o de valores o de precios, y con natural tendencia hacia el mercado de *precios.* Y a casi todos, y en la casi totalidad de nuestros actos nos parece, y lo vivimos y lo somos, natural ser empleados, profesores, jornaleros, vendedores, compradores, directores o jefes de empleados, párrocos, obispos, políticos. . . , a sueldo, a paga, a honorarios, a estipendio; todo trocable *por* dinero corriente —no sagrado, no tabuizado o sustraído por calidades a la circulación cuantitativo-cualitativa del mercado de precios. Si hay o no —y en qué número, si formando o no clase, y con qué función, claramente ontológica y no metafísica—, hombres y cosas para los que resulte innatural e inhumano, tal

estado de connaturalidad con mercado de valores o de precios, será punto a tratar inmediatamente, dentro del plan de *Preliminares* y del estado preliminar.

c) Mundo de bienes o cosas buenas, mundo de valores (o cosas valiosas), mundo de precios (o cosas preciadas) tienen cada uno sus leyes propias reales —simplemente reales, o reales de verdad, quede indeciso por ahora.

El precio no es un número en una *lista de precios* o un papelito apegado a un objeto; el precio *es,* realmente, la *cuantificación de las cualidades;* y, por eso, al expresarlo se emplean los números, al modo que lo matemático se expresa en $(a + b) = (b + a)$, $(a + b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$, etc. *Preciado* es un estado real —¿real simplemente, real-de-verdad?—, tan real como sólido frente a líquido del agua, o amorfo y cristalino del carbono. Para poner algo en estado de *preciado* hace falta producirlo *al por mayor,* en gran número; y darle una forma apta para uno cualquiera; es decir, rebajar las cosas al estado de *cualquiera* (una de tantas) y *para cualquier* (uno de tantos); y cuantos más uno-de-tantos, mejor. La baja a medianía y mediocridad de las calidades *de* las cosas (naturales), al someterlas a ser multiplicadas para muchos, es una realidad fundada en la realidad del estado de mercancía de las cosas. Mas por el mero hecho de cuantificarse algo —sobre todo de multiplicarlo para muchos, cada uno uno de tantos—, las cosas resultan matemáticas; pasan al estado matemático real; y surge un universo nuevo con leyes matemáticas —peculiares, por la presencia real de las calidades—, mas comunes con física, astronomía, química..., por razón del estado común de cuantificación. Y la impresión —real y fundada—, que nos da lo físico de legalidad inflexible, neutral frente a humano e inhumano —de la gravitación, calor... como poder externo y extraño, apreciable por lo que guarda aún de calidades—, lo notaremos cada uno —por ser cada uno a la una y de vez uno de tantos y único—, como poder extraño y externo: apreciable (por lo que guarda aún de calidades), despreciable (por cuantificarlas y cualquierizarlas). Y surgirá una astronomía matemática, pues lo astronómico no ha sido matemático desde tiempo inmemorial, desde miles de millones de años; lo es por modo de creación de un nuevo estado regido por lo matemático, al modo que, al poner por técnica especial el aire en estado líquido, no sólo pasa realmente una cantidad de aire de su estado de gas al de líquido, sino realmente también la fórmula matemática o función de estado queda desrealizada y extracta respecto de su concreción en el volumen de aire en estado gaseoso, y

se rellena de y concreta en otros valores por la realidad del aire en estado líquido. Así le pasa al espacio: se llena en una parte, se vacía esa misma parte, por el alojamiento o desalojamiento de un cuerpo, y así le sucede a la matemática —geometría, aritmética. . .—: es lugar rellenable o relleno, vaciable o vacío, concretable o concreto por lo real. Lo matemático pasa *realmente* de condición de posibilidad (matemática) de lo real, a condición de realidad; de condicionante en estado de posibilidad, a condición real y actual; y al revés, de condición de realidad a condición de posibilidad.

Lo matemático, pues, no sólo se rellena (vacía) realmente de átomos, moléculas, astros. . . ; se rellena realmente de calidades al cuantificase, y se vacía de calidades al descuantificarse éstas. Hacer o trocar las cosas —vgr. las cosas naturales o valiosas—, en mercancía, en cosas preciadas, es tan real como trocar agua en hielo, diamante en carbón, carbón en humo. . . ; el coeficiente será diferente —cual 427 es el de la transformación de caloría en trabajo mecánico (kilográmetro), y c^2 es el coeficiente de transformación de energía en materia, en radiación; y 1 es el coeficiente de transformación entre 1 estilográfica de marca P y 10 paquetes de cigarrillos de marca S,

1 estil. = 10 paquetes de cigarrillos;

$$x\,MA = y\,MB, \text{ o } 1 \times M(A) = y/x\ 1 \times M(B);$$

y se desata la transmecánica y transeconómica legalidad de lo matemático; y tanto y tan realmente se desata que nos ata a los hombres, bien realmente, y nos mata y nos morimos; la caída de los precios, la acelerada cuantificación de las cualidades pueden matar, y nos podemos morir de ellas, y más de uno se ha muerto de eso.

Al pasar las cualidades-calidades de una cosa (natural), a través de simples calidades *de* una cosa, al de calidades cuantificadas se hallan siendo en estado numérico (o métrico), y, por el mero hecho, por virtud del estado aritmético entra en acción la *unidad* —y la suma, resta, multiplicación. . .—, con sus propiedades de *cualquierismo* —conmutativa, distributiva, asociativa. . . Es, en el fondo, el mismo tipo de necesidad por el que surge el uno como unidad; en geometría, la unidad de medida, de longitud, de volumen. . . ; y en economía la unidad que se llama y es *dinero —unidad monetaria.* Mas ni el 1, 2, 3. . . , surgen en teoría de los conjuntos —estado prearitmético de lo numérico—, ni el metro (cm. . .) en la topología, estado superior a lo métrico; ni el dinero surge en la fase cualitativa, y menos aún en la de cualidad-cantidad de las cosas.

Cerremos aquí este punto. El mundo de cosas en que sin más nos hallamos viviendo y siendo nos da impresión inmediata y bien real de lo que la descripción anterior ha dicho en expresas palabras. La teoría de *Mercado* no nos ha hecho falta para movernos y ser en mundo-mercado, y moverse y ser bien ajustadamente, y hacernos notar bien sensible y sentidamente nuestros desajustes con él; tampoco tal teoría —expresa, filosófica, científicamente desarrollada—, hace falta en *Preliminares*.

Y si la metafísica comenzó por ser —y puede continuar siendo—, proyecto, designio y decisión de *transcender* lo físico o natural, apoyándonos en él, no hay por qué —fuera de la su tantico forzada tergiversación de la palabra—, la *Metafísica* no sea una *metaeconómica*: transcender realmente lo económico, apoyándonos en él, pues pudiera suceder que lo económico ofreciera para una transcendencia base mejor y más amplia que lo físico —sobre todo, más que lo físico sido y dejado ser como lo simplemente natural.

H

Morada, laboratorio, mercado se constituyen como tales no sólo por el reparto y coajuste de todas (en principio) las cosas entre los estados de ser y de ente, sino además por ese sutil y bien real tipo de realidad que hemos denominado con la palabra *sentimentalidades*: coafinación (o designio) del hombre con el mundo natural, artificial y artificioso. Demos, pues, una mirada sumaria (cf. Cap. VI, § 3) a las sentimentalidades peculiares de *Mercado*: o sea, mercancías (entes) y dinero (ser), perfectamente coajustados con coajuste estabilizado, unitonal y concluso, en intención y tendencia, de ordinario cumplidas y realizadas. Y para mayor concisión y claridad procedamos por asertos deslindados y numerados: *1)* Se puede, y se está siendo de ordinario en mercado con las sentimentalidades de morada, es decir: cómodamente, en paz y sosiego, seguridad y goce de orden, como Pedro por su casa; y con semejante *naturalidad* compramos, vendemos, pagamos; se nos paga, y nos fiamos del dinero; recibimos honorarios (en dinero o en especie); hacemos regalos, propaganda de un producto y la leemos, tratamos toda clase de mercancías, nos dejamos tratar como mercancías —guardando las fórmulas—; y *somos* tales —profesor, obrero manual, párroco, locutor de radio, diputado, bedel, burócrata. . .—. Y *de ordinario* —es decir: en casi todos los casos y casi todos nosotros—, nos sentimos cómodos, familiares, contentos, tranquilos con tal manera de ser nosotros y las cosas; y protestamos, y nos

sentimos de que el mundo de los hombres y cosas no funcione a veces así. *Mercado* resulta habitable, casi siempre y para casi todos, con sentimentalidades de *morada. Mundo* es, de ordinario, *morada.*

Dato V. 52. "Aun antes de que nos percatemos y nos prevengan efectivamente, *nos hallamos ya* siendo y viviendo en *mercado* con las sentimentalidades de *morada,* o sencillamente como *morada."*

2) Por el proceso o paso de aptitud a propiedad, de potencias a facultades, de facultades a funciones, de funciones a trabajo o producto, las cosas (naturales) quedan destrozadas, y el hombre descuartizado, y será preciso recomponerlos según nuevo tipo de unificación; *montarlos*: en profesiones, en máquinas. Este proceso de destrozo y reconstrucción de las cosas, de descuartizamiento y reajuste del hombre va creciendo al pasar del dominio natural al campo de lo artificial y llegar al reducto de *Mercado.* Como, por ahora cuando menos, lo artificial no ha destrozado íntegramente ni hombre ni cosas, ni mercado ha descuartizado del todo ni cosas ni hombre, la unidad natural de cosas y hombre se halla, ella misma en sí misma, en *fase de escisión* a manos de la unidad propia de lo artificial, y en trance de desgarrarse por obra de la unidad propia de lo artificioso.

Se trata, pues, de caer en cuenta cómo tal fase y trance de escisión y desgarre de cosas y hombre se nos da, *aun antes de* toda teoría o intento de cura o de decidida y consciente aceptación. Y decimos:

Dato V. 6. "Aun antes de toda teoría, proyecto o designio en pro o en contra, *nos hallamos ya* con cosas naturales trocadas en otras nuevas, montadas según proyecto y designio incorporados en ellas en tal grado de unificación o ajuste que *aparentemente,* al menos, no resalta el componente de escisión o el trance de escindimiento frente a lo natural. Así actúan los artefactos, y así se nos dan con aparencial real, y así los habitamos con adecuadas sentimentalidades: las de *morada.* A su vez, las profesiones (especialidades) no nos son dadas, ni las vivimos, de ordinario, como en trance mismo de desgarramiento real de nuestra naturaleza humana, sino como natural manera de estar siendo."

Veámoslo brevemente: *a)* Sabemos muy bien que destrozamos un árbol para hacer de él leña, vigas, frutos para nutrirse; que destrozamos la tierra, sacando de su lugar natural minerales, uranio. . . ; y que cada máquina o artefacto —sea escoba, nevera, auto, pluma. . .—, son trozos de lo natural destrozado según un plan, y reconstruido o montado según un proyecto y con un designio; mas los artefactos funcionan, de ordinario, segura y eficazmente, cual

si la naturaleza, en su primitivo estado, no se hubiera resentido de tal destrozo, o se hubiera adaptado a él; en una palabra, se comportara neutralmente frente a ellos. Lo natural no descompone o hace estallar —de ordinario, o con frecuencia sospechosa de inadaptación—, los artefactos. Igual sucede, aparentemente, con simple realidad, respecto de lo natural trocado *en* artificial y con lo artificial sometido a la operación *trocable por*, hecho *mercancía. La especialización de las cosas no es dada como escisión,* y menos en trance de escisión —de ordinario. De ahí que esté habitado el mundo artificial y el mercantil por las sentimentalidades de *morada. b)* Que las profesiones —profesor, papa, taxista, camarero, estudiante, párroco, maestro, filósofo, jurista...—, no nos sean dadas, o las sintamos, *de ordinario* cual escisión o desgarradura de nuestra primitiva realidad natural humana, y menos, *de ordinario,* como escisiones en trance de escindirnos, es otro dato inmediato. El especial dolor de estar desgarrándonos corporalmente, o el dolor de haber sido ya sajados, no son sentimientos ordinarios con que estemos siendo nuestra profesión —profesor, papa... Al revés: se nos hace *natural* la gradación de profesor, profesor a tiempo completo, profesor a tiempo exclusivo, profesor con carácter indeleble... Y la barbarie del especialista, se lo parecerá, de ordinario, a otros; no al especialista, sino al especialista de otra especialidad; y la inhumanidad de ciertos trabajos o profesiones no es notada, de ordinario, como descuartizante de la unidad del hombre, sino como incomodidad, molestia, inseguridad; es decir: con privación de las naturales y apetecidas sentimentalidades de *casa,* mas no cual sentimentalidad repugnante por igual a comodidad e incomodidad de morada; a seguridad de casa, a inseguridad de choza. De nuevo, pues, la sentimentalidad de *escisión* o descuartizamiento del hombre no es dato inmediato y ordinario, sino lo contrario: se nos da la neutralización de escisión. Cicatrización o reunificación natural de la escisión de lo aparencial y del descuartizamiento del hombre natural, tan perfectos que hasta hemos olvidado tal fase de escisión y descuartizamiento —educación, carrera... montaje...—; y aun llegamos a dudar de que haya existido algo así como fase o trance de escisión y descuartizamiento. *c)* Las sentimentalidades de *morada*: comodidad, seguridad, familiaridad, paz... con que de ordinario estamos siendo en lo *artificial* —artefactos y profesiones—, y en *mercado*: mercaderes y mercaderías, delatan que no sólo es realmente posible vivir como morada el laboratorio y mercado, sin que nos subleve, de ordinario, nuestros reales estados de artefactos y mercancías, o el correlativo de artífices y mer-

caderes, sino que es *sensiblemente* real y estado de consistencia casi natural, con tendencia real y de ordinario alcanzada a estabilidad, unitonalidad y cerradura. Laboratorio y mercado son, pues, vividos y sidos por el hombre y por las cosas como mundo natural y morada.

Otra cosa es que por una decisión, de estilo metafísico, servida por proyecto y designio expresos y articulados, nos pongamos a dar realidad de verdad a lo que, por lo pronto, inmediata y ordinariamente, no tiene más que realidad simple —aparencial o neutral óntica, ontológica..., políticamente. De ello se trataría en Metafísica. Ahora se trata *d)* de indicar los resquicios por los que, aun dentro de *morada,* se nos impone un planteamiento más profundo, y más real, de cosas y de hombre. Lo que hará que estos *Prolegómenos* tomen sentido de *Prolegómenos* para lo propiamente a tratar y a ser, en vez de reducirse a inocente presencia de cosas y hombre, decible en inocentes palabras de inocentes niños o inocentones grandes.

En el capítulo siguiente estudiaremos larga y esmeradamente las sentimentalidades que irrumpen en Morada y dejan rota la Morada del hombre, y nos colocan cruelmente ante Laboratorio y Mercado. Lo cual será plantearnos en palabras, a la vez que de real e ineludible manera, la Metafísica como expresión de altavoz del nuevo estado: el metafísico que comienzan a cobrar cosas y hombre.

Aquí nos ceñiremos a dos puntos: *primero,* en el Cap. III, § 2 se describieron algunos de los más importantes tipos de causalidad efectiva: eficiente, eficaz, rectora, ocasionante, con la introducción, por inventos, de los respectivos tipos de máquinas o instrumentos, a partir del tipo de causa eficaz. El hombre va dando pruebas —no por simple probar, sino por haber *puesto a prueba* y *tenido éxito*—, de su creciente transcendencia, de su ascensión hacia Primer Motor racional del universo. Ya no habita, pues, el mundo como *casa, laboratorio* o *mercado,* y menos aún como *Mansión,* sólo en virtud de la familiaridad o confianza con que impregna y tiene todo: cosas naturales, artificiales, o cosas valiosas y cosas preciadas, sin que la difusión y grado de calado de estas sentimentalidades de *morada* se hallen subtendidos y soportados por otras sentimentalidades más profundas y más reales. Al tratarse con las cosas en plan de causa eficaz y rectora se siente el hombre dueño y señor del universo —y se pueden sentir así desde el que maneja, cómodamente sentado, una grúa, por el chofer que guía con un dedo el auto, hasta el técnico que echa a andar y vigila, tranquilamente sentado,

un reactor atómico... No así mientras el hombre actúe de causa eficiente, colocándose en el mismo orden de las causas físicas en su ordinario estado —picapedrero, ciclista, mecanógrafo; salvaje que saca fuego por fricción, no quien hace luz por apretar un botón; maestro de escuela que grita a los alumnos la lección, no locutor de radio o de televisión... Mas no es, aunque a primera y falaz vista lo parezca, un hombre en cuanto individuo y único (cf. Cap. IV, § 3) quien se siente y está realmente siendo señor y dueño del universo; los aparatos que emplee, a su servicio, el hombre al actuar de causa eficaz y rectora no son de él en cuanto único, y uno; son de todos los hombres, en cuanto totalidad, y de cada uno en cuanto que cada uno es uno de todos, uno cualquiera de los hombres. Entre hombre y realidad bruta y cruda para el hombre se interpone e intermedia el instrumento para someter realmente realidad bruta a hombre en plan de transcendencia, mas no se interpone entre *este* hombre y *esta* materia. No hay instrumentos personales, es decir: únicos para único, tales que no funcionen sino para *éste* y sobre *esta* materia: pala mecánica que sólo pueda *usar* y sirva para *este* obrero, y para *esta* tierra; auto que *sólo* marcha con *este* chofer; televisor que *sólo* funcione con *este* actor y para *este* televidente... Monopolio y exclusivas son planes que tan sólo son posibles en intención y ganas; realmente son fracasos infligidos por la realidad a todo hombre que se crea, en cualquier orden, *el* dueño y *el* señor del universo, *el* único primer motor del universo. La violencia que para realizar tal intento se emplea y tiene que mantenerse constante y perennemente, constituye precisamente la prueba real de la imposibilidad real de monopolio y exclusiva del dominio de un único sobre los instrumentos a servicio del Hombre en cuanto causa eficaz y rectora de la realidad de las cosas. Los instrumentos que *un* hombre inventó para actuar como causa eficaz y rectora de las cosas resultan —aunque él se proponga lo contrario: el monopolio—, de *uno cualquiera* de *los* hombres para una cualquiera de las cosas que entren en cierto dominio —tierra, radiodifusión, locución... La propiedad privada, *puesta a prueba*, resulta realmente imposible, irrealizable; no por refutación teórica o por *pruebas* —filosóficas, teológicas, religiosas, políticas...—, sino por la universalidad concreta que toman las causas eficaces y rectoras, universalidad concreta que anula su incidental vinculación con *el* inventor, con el único que las concibió y montó —sea un solo hombre, o un equipo de ellos—. Por eso, precisa y tajantemente, apelamos a la violencia cada uno en cuanto único —yo, tú, él...—, para establecer la relación biunívoca de *uno* a *una*

(cosa): de mi casa, conmigo; de este mi auto, conmigo; de esta mi pluma, conmigo; de este dinero, conmigo... ; violencia que puede tomar diversas formas —sobrado conocidas, legalizadas y bendecidas o no.

El Primer Motor (causa eficaz y rectora) del mundo en que nosotros —cada uno, único—, somos, vivimos y nos movemos es *el hombre.* Todo instrumento es y actúa como universal concreto, y rechaza por su ser y actuación misma todo monopolio. Monopolio, resulta, positivamente, una intención o intento del yo, en cuanto único; mas intento irrealizable e incumplible. Y resulta todo monopolio de instrumentos eficaces y rectores por uno o un grupo tan absurdo y arbitrario como decir que la fórmula

$$(a + b)\ (a - b) = (a^2 - b^2)$$

vale ni más ni menos que para $a = 2$, $b = 1$, o para

$$a = \begin{cases} 1 \\ 2 \\ 3 \\ 4 \\ . \\ . \\ . \end{cases} \quad y \quad b = \begin{cases} 0 \\ 1 \\ 2 \\ 3 \\ . \\ . \\ . \end{cases} .$$

Cuando, pues, yo manejo un instrumento —máquina de tipo causa eficaz o rectora: abreviemos así lo suficientemente declarado ya—, no soy yo quien la maneja, ni quien la posee real y verdaderamente; yo soy uno de todos los hombres. Estoy siendo yo, realmente, miembro de un universal concreto; yo no soy yo, ni *esta* máquina es *ésta,* ni este material es *este* material. Nadie ni nada está siendo realmente *éste:* algo único y unifactor.

La invención y uso de un instrumento eficaz y rector son fenómenos *meta*físicos (inversos), es decir: *trans*-únicos, *trans*-tornadores de unicidad (éste, ése...) que la *tran*sustancian en universalidad.

Las sentimentalidades con que somos al inventar y usar tales instrumentos no son naturales; son naturalizadas, es decir: sentimentalidades de estilo y tono metafísicos, que, por hallarse en el hombre que está siendo, por ahora al menos, en estado concreto, de concrescencia y aleación con cosas naturales, toman, por manera que no es del lugar explicar, algo del estado natural y de las sentimentalidades naturales. La paz de la casa, la seguridad del auto, la tranquilidad y confianza en Institutos como Bancos, en mo-

neda... no son de tipo natural, sino naturalizadas. Mundo artificial y artificioso resultan, rectificando ahora frases anteriores, *morada* por *naturalización;* no, *morada* (natural) de *El Hombre.*

(D.M.) *Dato V. 61. "Nos hallamos,* según esto, ante un resquicio, casi fisura estabilizada, por el que, *antes de* toda teoría metafísica, lo metafísico ha irrumpido e irrumpe *en morada;* con tal irrupción metafísica y rotura metafísica de lo natural (físico) nos hallamos *connaturalizados* ya."

Segundo: además de los tipos de causa efectiva —eficaz, rectora o cibernética—, se da la (efectiva) ocasionante. El creciente dominio del *porque sí* o del cualquierismo sobre las cosas ha recibido en física el nombre de entropía —como es bien sabido—; lo cual no obsta para que en regiones limitadas —una máquina bien montada, un viviente...—, decrezca la entropía o, dicho al revés, aumente el dominio del *porque* tal o *porque cual;* todo lo cual es a costa de que crezca en otras partes la entropía, para que así, juntos crecimiento y decrecimiento, den o un total cero, o bien la entropía crezca en el sistema total que es el mundo. El hombre, y este hombre en cuanto uno de tantos hombres, ha inventado, y usa, unos aparatos para delatar el valor de la entropía del universo o de un recinto de él; otros, para disminuirla en un recinto (máquina) a costa de aumentarla en otros, enarnesar o encauzar el aumento de la entropía para así aprovechar al máximo (que no es un ciento por ciento como se sabe, ni por la más eficiente de las máquinas de vapor) tal cociente. Con lo cual el creciente dominio en todos los órdenes y el predominio de la entropía *trans*vasa, *trans*fiere y cual *tras*uda la racionalidad al orden colectivo, al estadístico —que si esta molécula tiene *porque sí* tal velocidad dentro de tal gas a tal temperatura, un trillón de moléculas de tal gas tienen por *razones muy determinadas* y calibradas tal velocidad media. *El hombre,* y no este hombre en cuanto éste, mediante los instrumentos de tipo ocasionante, hace de causa eficaz y rectora de tal desracionalización inmediata de las cosas y de su racionalidad de segundo orden. Hace El Hombre, realmente, de causa racionalizadora del universo, separando realmente lo racional de su estado de individualización, de vinculación con cosas sueltas; y hace que se vuelva lo racional propiedad del Todo, y de cada uno en cuanto uno de tantos miembros de tal Todo.

De nuevo: *"Aun antes de que* nos prevengamos mediante teorías —axiológicas, medidas de alta política, social, religiosa...—, *nos hallamos ya* los hombres tratándonos con aparatos de tipo de causa ocasionante, con sus efectos de *porque sí* o cualquierismo,

y vivificándolos con sentimentalidades *naturalizadas*, es decir: de suyo metafísicas • transustanciadoras, a tono no obstante con sentimentalidades naturales."

Jugamos a dados, ruleta, cartas, lotería. . . ; nos servimos de máquinas en todas o casi todas las cuales disminuye la entropía a costa de aumentarla, y se aprovecha al máximo un proceso natural aun a sabiendas de que en total aumenta la entropía del universo —así máquina de vapor, motor de explosión, simple lápiz que, al escribir, roza con el papel, y engendra calor. . .

Al sentirnos señores de tales aparatos, cómodos en su uso, familiares para jugadores de profesión y ocasión, hábiles choferes, buenos mecanógrafos. . . , las sentimentalidades de comodidad, seguridad, familiaridad, paz. . . no son las propias de *Morada*, sino sentimentalidades metafísicas: *trans*racionales y *trans*racionantes, a tono, no obstante, con las naturales —de hombre en bosque, río, cueva, cuerpo sano, caminante, vidente. . .

Una vez más: El dominio de tal distribución y redistribución de la racionalidad de las cosas, el *logos* encarnado y humanizado, no es este, ese, aquel, nosotros; sino *El hombre*. El aparato realmente refuta por sí mismo, sin palabras, sin pruebas, pero sí al probarlo y ponerlo a prueba, la pretensión contraria del Único: de yo en cuanto yo, tú en cuanto tú. . . El monopolio de las causas ocasionantes es metafísicamente imposible. Justamente los aparatos dichos —dados, ruleta. . .—, *ponen a prueba* la real pretensión del único, y sin pruebas la refutan. Tales aparatos metafísicos —no cosas mentales—, son, al menos, de *El hombre;* y ningún otro colectivo menor puede ser *El propietario* de ellos. No hay que expropiar aquí al individuo. Es que ni siquiera el único ha conseguido ser propietario de algo únicamente de él.

Concluyamos, pues, *1)* todo aparato de tipo causa eficaz, rectora y ocasionante opera, por sí mismo, realmente, una expropiación frente a los únicos, y en el límite frente a *El único* que intente de cualquier manera apropiárselos. *El propietario es El hombre. El racional es El hombre.* Que no se trate del concepto de hombre o del de un universal, es punto previamente declarado aquí en Cap. I, § 1, 2, y a continuación con *preliminar* extensión. *2)* La racionalidad del mundo natural —supongamos que la tenga—, no es la racionalidad del mundo artificial o artificioso; no lo son ni la verdad lógica ni la matemática, es decir: no rige igual tipo de lógica y de matemáticas en dichos dominios, ni es el entendimiento natural la potencia proporcionada para ello. El entendimiento ha inventado de sí y para sí diversos tipos de entender: en-

tendimiento eficiente (natural), entendimiento eficaz, rector y ocasionante. *3)* Hombre se distingue *naturalmente* de animal; mas *el hombre* no se distingue naturalmente de *el animal,* si no se hace a sí mismo distinto de él; y a medida que se haga el hombre distinto de *el animal, el hombre* resurge a *Primer Motor* y *Primera Razón* reales del universo de las cosas. Tal es *el* sentido y *lo* sentido por el hombre actual: la sentimentalidad —en fase de crecimiento y en trance de prisas—, de hacerse, a sí mismo, por sí mismo, Dueño y Señor del universo, sentirse Señor y sentir al mundo como creatura de sus manos.

I

La operación *trocar A en B,* y el mundo de artefactos, manufactos de El hombre, hace la primera y dilata el segundo la trascendencia real de El hombre sobre lo natural. En el artefacto-manufacto le salen a la cara a lo natural los rasgos y el perfil de creatura del Hombre. Tal tipo de objetividad ni se enfrenta al hombre —a sus manos humanas—, ni se independiza tanto que el hombre se sienta y esté realmente despojado de nada suyo —y lleguen a hacérsele 'huéspedes los dedos', extraños; el mundo artefacto-manufacto, y él a sí mismo, se note extranjero y huésped de él. Las sentimentalidades de desposeído, pobre, miserable, despojado, huésped, extraño... no surgen en esta fase. No se pierda, con todo, de vista que los artefactos son manufactos, y no vistifactos o mentifactos. Las manos de ese bimano que llamamos *hombre* son manos humanizadas, por humanidad entera, por el Hombre, y por cada uno en cuanto que cada uno es uno de los hombres que integran —de original manera, como se dirá inmediatamente—, El Hombre.

No actúan las manos del hombre como humanizadas cuando cierro los ojos y me tapo los oídos y dejo lo más posible de pensar y de querer, para que ese órgano funcione a su manera, él solo y a solas de todos los demás órganos y funciones del hombre; tal plan, irrealizable, por suerte, es, en verdad, un atentado de cortarse las manos humanas. La mano, sin ojos, oídos, mente... que, a la una, obren con ella es manca, por más que anatómicamente no le falte una uña. Igual diríamos de un puro ver, sin oír, pensar... Tal abstracción y extracción es pura trampa; queda siempre al acecho la conciencia para atisbar qué son manos en cuanto manos; las solas manos son ciegas, sordas, estúpidas; las manos de uno son en realidad manos por ser las manos del Hombre manos humanas. Y cuando pierde el hombre sus manos, resiéntense de tal privación

los ojos, cual si fueran partes del ojo las manos —que lo son. Y así de ojos sin manos, sin oídos...

Mas, a diferencia de ojos y oídos, las manos no producen objetividad que se independice, *objetifaga* y *cosifique* —hasta qué límite sea esto real o real-de-verdad se trataría, propiamente, en *Ontología*—, cual le sucede a la vista o al oído, y les pasa aun respecto de lo que las manos —las manos del oído, las manos de la vista...—, han hecho.

A la vista y al oído se les da la objetividad *hecha;* y los colores visibles y los sonidos audibles se les dan *cosifactos*: en cosas —árbol, pared, campo, pájaro, bosque, trueno, palabra—; ojos y oídos no hacen proyectos ni imponen designios precisamente a su acción —al acto de ver, de oír. Ojos y oídos no nos son dados como artífices; y lo visto y oído cual artefactos —visifactos, audifactos. De ahí que a la mente —refleja o fenomenológicamente desconectada—, planteen clara, distinta, insalvable la distinción entre sujeto y objeto, aunque a la mente natural, la de inocencia gnoseológica, se le den sin más objetos —cosifactos visibles o audibles—, mas no en cuanto tales.

Las manos naturales del hombre, por el simple hecho de tocar, palpar, coger, apretar... las cosas, anulan la objetividad sin aniquilar la distinción; y por ser manos inteligentes y concretas *noto* que anulo la diferencia sin anular la distinción. Cuanto más vea, es decir, cuanto más mire, no solamente se afirma otro tanto la objetividad de lo visto, sino se refuerza el *notar* que es otro lo visto; y, si me acerco para verlo mejor, no es precisamente para anular la distancia y distinción de objeto frente a la vista, sino para acrecentar la claridad del resalte de objeto frente a vista. Sólo por la unidad de la vista y del entendimiento adquiere sentido positivo-real —el de intento y atentado—, la distinción entre sujeto y objeto, y su elevación a teoría, a ineliminable (cf. Parte I, Cap. III, § 2). Las manos naturales humanas son la refutación natural del realismo teórico que declara —ojos bien abiertos, y mente vidente—, insuperable la distinción entre sujeto y objeto; la constitución de algo como sujeto a otro constituido como objeto. Declarar tal fase de distinción objetiva como ápice de la evolución objetiva de las manos humanas, supone una decisión *meta*física —no de razones, que no hacen sino paliarla y que no resultan, en verdad, sino lo mismo dicho de otra manera—; y, a su vez, declarar que las manos videntes y pensantes del hombre, con su peculiar distinción inobjetiva, con su realizada fusión sin confusión con las cosas, son fase superior o última del trato del hombre con las cosas —respecto

de la cual el trato vidente y auditivo son momentos o estaciones para él—, constituye otra *decisión metafísica* —no demostrable por razones: todas ellas, por igual, repetición de lo mismo y petición disimulada o abierta de lo a demostrar. Tales decisiones se toman en virtud de *motivos,* o sea: de razones con *peso de sentimentalidades y sentimentales* —punto de que se hablará más adelente (Cap. VII).

Las manos humanas —del hombre natural: manos videntes, oyentes, pensantes, violentas. . .— son órganos aprehensores —no, prensiles de lo real. Por las manos y con las manos las cosas *son del* hombre, sin llegar a hacerlas *suyas,* cual las hace el estómago. Por la vista, por la sola mente canalizada por la vista, puesta a ser sólo vista —planes naturales los dos—, las cosas son del hombre, mas no son suyas. Tal es el tipo original de *objetividad* —toleremos la expresión amanerada en el uso de esta palabra—, de las manos humanas.

Empero esta adecuación de manos humanas o de hombre manual con cosas —manos y cosas en estado natural—, es un cierto tipo de verdad lógica manual: adecuación o coajuste de manos humanas con cosas, con centramiento en las cosas; verdad lógica manual de intencionalidad exteriorizante. Mas invéntase para sí el hombre nuevas manos o manos nuevas mediante sus nuevas técnicas; manos de *artífice.* Y por obra de sus manos humanas surge de las cosas un nuevo tipo de *objetividad* y de fenómenos: los artefactos; mejor, los manufactos. Las cosas han sido, realmente, adecuadas con las manos humanas. Verdad manual práctica, frente a la verdad lógica manual. Los artefactos son, pues, no doblemente, sino innovadamente del hombre, sin llegar a ser suyos. El aspecto que presentan —nevera, escoba, iglesia, universidad, libros, auto. . .— es *objetivo;* en dos sentidos, cada uno en su nivel: *a)* es objetivo, en el sentido de *designio* encarnado o cosificado, de teleología introducida e impuesta, de *para* el hombre realizado *por el* hombre —nada de teleologías externas, de interpretación por benevolencia o malevolencia abstracta; *b)* es objetivo, porque es objeto con real y expresa intencionalidad hacia uno; hacia el hombre, y no con esa simple presencia, neutral, de la cosa *ante* mí. Y si, como dijimos, lo visible, audible, inteligible. . . mismo es ya, en su natural e inmediato estado, algo *hacia* mí, hacia el hombre, los artefactos son, si se permite la palabra, *adsujetivos, adjetivos* del hombre; y lo son en virtud de que las manos humanas los han hecho, *con proyectos,* así. Una vez fabricados, los artefactos ofrecen a la vista —a una vista que no se dé por enterada de que ve lo

que sus manos hicieron para que le resulte visible—, el aspecto objetivo de los artefactos, casi con igual sentimentalidad de otredad con que ve un árbol. La verdad lógica visual es aquí secuela de la verdad lógica manual. Que las manos del hombre fabriquen la adsujetividad objetiva de los artefactos, obrando como causas eficientes, eficaces, rectoras... es punto que no nos interesa por el momento, aunque los resultados reales y teóricos sean diversos. El mundo de los artefactos nos mira con mayor insistencia que el mundo de las cosas naturales: nos mira como a creadores, nos reconoce como dueños, y nosotros reconocemos en ellos, por tanto, la obra de nuestras manos: nuestras creaturas. No se trata, pues, de conocimiento; sino de nuestro *reconocimiento*. Y, por tanto, no cabe teoría del conocimiento de lo artificial, sino teoría del *reconocimiento* de lo artificial.

De aquí que si en el mundo de las cosas naturales puede el hombre sentirse, por las sentimentalidades de que se hablará aquí (Cap. VI, § 1, *A, B*) perdido, expósito, desvalido, desamparado, frente al mundo de los artefactos o de los manufactos podrá sentirse, en rigor, huésped, despojado, expropiado, o bien propietario. Se trata de sentimentalidades, no de aparenciales reales de verdad. De *el* sentido y de *lo* sentido, no de *el* ser y de *lo* sido.

Cada uno ojea; todos vemos. Cada uno piensa, todos nos entendemos. Cada uno ve y entiende porque todos vemos y entendemos. Las manos, o los pies si hace falta, de cada uno obran; mas somos todos los que *trabajamos*. Y porque somos todos quienes trabajamos, o porque el trabajar, como el entender y el ver, es algo colectivo, de la especie humana, los productos del trabajo y los de las obras de cada uno son independientes y se independizan en nuestras propias manos, en las de cada uno. Nacen ya de todos y para todos. Y la mano que se propusiera hacer algo tan suyo tan suyo que no valiera para nadie ni fuera expropiable, no tendría más recurso que trocarse *en* estómago y digerir sus propios hijos: sus obras o manufactos. Puede cada uno —con gran dificultad y tragando mucha saliva—, no hablar; pero palabra que diga —aunque sea la de *yo*, las de *este mi mismo yo, el yo que sólo soy yo...*—, palabra que puede servir a cada uno, a todos. La palabra muestra ella de por sí que es de todos. La palabra dicha refuta ella de por sí los intentos de ser palabra mía, sólo mía, todo mía —inexpropiable e inalienable. Doy yo voces, mas todos hablamos. Digo yo que "sólo yo soy yo"; sí, mas todos dicen lo mismo. "Sí, lo dicen; mas sólo es verdad que sólo yo soy yo" —todos dicen eso mismo. Mas "no es verdad" —eso mismo dicen todos... y así indefinida-

mente. Pasa igual que respecto de cualquier dominio de cosas que sea, por constitución, propiedad del hombre colectivo. Es imposible que se lo apropie nadie; y el intentarlo muestra, de palpable manera, su imposibilidad, cual la de coger el mercurio entre los dedos. "Ésta es la única religión verdadera: la mía." —Sí, eso dice de sí cada una de las demás. "Pero las demás, menos la mía, lo dicen en falso." —Eso dice de sí cada una. "Pero se equivocan todas, menos la mía." —Eso dicen todas y cada una; y así indefinidamente. Lo cual muestra que religión es algo colectivo: ni mío, ni tuyo, ni suyo; ni de *esta* colectividad ni de *aquélla.* Y al pretender hacerla monoplio y exclusiva, tal intento resulta una expropiación —frustrada en su intento mismo—, de lo que es, por decir lo menos, propiedad de la humanidad.

Dato V. 62. a) "Aun antes de toda teoría —política, religiosa, social. . .—, y *aun después de* formulada —demostrada, prescrita. . .—, *nos hallamos ya* siendo en un mundo tal que las manos de cada uno —y sus procedimientos—, son de todos: del hombre; cada uno obra con lo que cree ser *sus* manos, y *de* él, pero lo que de ellas resulte es de todos."

b) Mas, *"aun antes de* toda teoría en contra, y a pesar de lo dicho y experimentado, *nos hallamos ya* todos y cada uno con la tentación bien real —tentación mía, de cada uno—, de hacer de *nuestras* manos trabajadoras *mis* manos, y de los productos de *nuestras* manos, productos *míos,* de mi yo".

c) "La tentación de propietario: hacer las cosas *de* mí y *mías,* es una tentación natural en y de quien es yo, único (cf. Parte II, Cap. IV, § 3). Y lo es de cada cosa —colectividad, sociedad, anónima o con nombre propio. . .—, en la medida en que sea o se crea o se pretenda *única. Aun antes de* toda prevención o continencia, *nos hallamos ya* siendo en un mundo lleno de *pretendientes* a unicidad, de cosas *tentadas* de propietarios, de entidades *afanosas* de monopolio, de exclusividades, de unicidad."

d) "Mas, *aun antes de* toda teoría —social, religiosa, filosófica. . .—, *nos hallamos ya* siendo en un mundo que, por haberse puesto y continuar poniéndose a consentir en tan natural tentación —monopolios políticos, religiosos, filosóficos, industriales. . .—, de toda clase de cosas —verdad filosófica, verdad religiosa. . .—, están justa, precisa, real y verdaderamente haciendo la experiencia de que *el hombre es,* en realidad de verdad, *especie;* y, con realidad simplemente tal, *yo;* y que sus productos son *de* el Hombre, y no de cada uno, o de cada uno de los grupos, sociedades, clases. . ."

e) "Aun antes de toda teoría, en pro o en contra, e indiferente-

mente en pro o en contra, estamos los hombres actuales, más que en otra época, haciendo o sacando verdad que: yo ojeo, mas nosotros vemos; que yo pienso, mas nosotros entendemos; que yo maniobro, mas nosotros trabajamos; o haciendo realmente verdad el que yo ojeo, mas el Hombre ve; que yo pienso, mas que El Hombre entiende... Y que lo visto, entendido, producido... es del Hombre, y de cada uno en cuanto que cada uno es uno de los hombres."

f) "Aun antes de toda teoría, e indiferentemente en pro o en contra de ella, los hombres, cada uno, *nos hallamos* en un mundo empeñado, de mil reales maneras, en demostrar *ad absurdum* que el Hombre es, real y verdaderamente, *especie;* unos —y aquí entran desde individuo suelto a grupos, sociedades...—, intentando y atentando que todo sea *de ellos* y *suyo;* otros, intentando y atentando que nada —ni productos materiales ni espirituales...—, sean *de* nadie y *suyos,* y defendiéndose de la tentación, común a todos, de hacer de eso mismo: de 'que nada sea de nadie y suyo', algo *de* ellos y *suyo.* Los primeros, intentándolo, atentándolo, y fracasando; los segundos intentando y atentando lo contrario, mas expuestos constante y realmente a fracasar por igual motivo por el que los otros fracasan."

g) "Aun antes de toda teoría filosófica, en pro o en contra, *nos hallamos ya* los filósofos actuales en un mundo decidido ya *a poner a prueba* justa y precisamente si el hombre es real-y-verdaderamente *especie;* y si cada uno es real y verdaderamente hombre; *ponerlo a prueba,* y no tan sólo *probarlo* —por razones, dogmas...—, al modo que *nos hallamos ya* siendo en un mundo que no se da por contento con *probar* —con razones matemáticas, especulativas...—, que radiación y materia son lo mismo, o proporcionales, sino que se ha decidido ya a *poner a prueba,* a *pruebas nucleares,* si, real y verdaderamente, es así o no."

Por tanto: Una Metafísica para ser *actual* tiene que *poner todo a prueba,* replantear todas las cuestiones —dios, alma, inmortalidad, vida, materia...—, de modo que se las pueda *poner a prueba,* y no se queden en *pruebas.* Si tal plan llevará o no a un fracaso, es cosa que no puede saberse sino *después de* haberlo *puesto a prueba.* Buscar, pues, por de pronto, para cada *prueba* o *teoría,* la manera de *ponerlas a prueba* es el plan de hacer metafísica *actual.*

Por tanto: El hombre —y cada uno en cuanto uno de los hombres—, es quien hace ahora, más que nunca, filosofía; y sobre todo Metafísica *actual.* La Metafísica actual es empresa de *El Hombre;* mas no de la Humanidad, cual abstracto exacerbado, preexistente

y superior a los intentos de los hombres de ponerse a ser cada uno real y verdaderamente hombre, o de los hombres puestos a ser cada uno realmente hombre, por estar siendo en El Hombre que es el que, en realidad de verdad, es hombre.

Nos urge, pues, dentro del Plan y límites de *Preliminares* separar cuidadosa y esmeradamente entre un hombre y la Humanidad. De nuevo, no por teorías, sino por datos. Tal será el punto próximo: El inmediato, por previo al próximo, se refiere al hombre-*mercancía* y al hombre *mercader*.

J

"Mercancía es —cf. aquí C—, una cosa natural cualquiera trocada *en buena* para uno cualquiera, trocable *por* otra cualquiera, igualmente trocada *en* buena previamente para uno cualquiera, y exhibiendo las dos tal aspecto como en lugar propio en *mercado*, lugar de exhibición del *cualquierismo total*: de cualquiera cosa como trocable por *cualquiera* otra y trocable para *cualquiera.*"

La mercancía: humana o de cosas, transforma la bondad o bondades —plurales, diversas e inconmensurables de las cosas naturales—, en *bondad universal,* conseguida tal universalidad por mediocridad o promediación obtenida e impuesta a una mayoría. Por eso es bondad mediocre y mayoritaria, o bondad en estado de mediocridad mayoritaria: constitutivo patente e inevitable de mercancía. Sólo en este nivel de medianía se consigue, o se ha conseguido por ahora, hacer de la bondad un universal (buena para una mayoría). Para ello es preciso, como se dijo ya, trocar *en* buenas para *cualquiera* bondades específicas, originales, adaptadas de suyo para únicos, o para individuos.

Por el mero hecho de tal alisamiento o adaptación de la bondad para *cualquiera,* tanto para uno como para otro, lo mismo para la inmensa mayoría, resultan tales bondades, promediadas o mediocres, trocables unas *por* otras y destinadas a cualquiera, pudiendo obtenerlas cada uno, cada cualquiera, en ese lugar *para cualquiera,* que es el *Mercado.*

Así que tratarse con mercancías, ser tratante en mercancías, ser tratado como mercancía, tratarse como mercancía implica ser y vivir en plan y plano de *cualquierismo*: producir para uno cualquiera —cuanto más y más iguales mejor—; producir algo de bondad mediana o mediocre, es decir: para uno-de-tantos y para poder trocar tal cosa por más y más, de los más diversos órdenes; tratarse a sí mismo como uno cualquiera —así podrá satisfacer

más fácilmente sus deseos y necesidades, por coincidir con las de los más y para los más—, que para cuantos más, mejor se produce; tratarse a sí mismo como mercancía, poniendo algo o mucho o todo de lo suyo por grado o por fuerza como bueno para una mayoría y para la producción de cosas medianas en bondad, y, por medianas, convenientes para una mayoría y para intercambio con más y más.

El mundo natural y aun el artificial de cosas, personas..., cada uno con su peculiar bondad —peculiar en estilo, peculiar en grado, inconmensurables y aun dispares—, en que bondad es un plural real y un singular verbal, se uniforma realmente en un término medio poseído por una mayoría; la bondad es, ahora, un plural verbal, y un singular real.

De ahí: *1)* el productor de mercancías o de cosas para el mercado se hace, él mismo, un *cualquiera,* pues se dedica a hacer, por plan determinado según proyecto y designio, cosas en estado de bondad mediana para mayoría de medianos. Levanta el nivel, al pasar de lo inferior al término medio de bondad; rebaja el nivel de lo superior al promedio de bondad; mas, en rigor, no levanta el nivel de lo inferior sino para establecer la bondad en mediocridad y trocar lo bueno en mediano, e impedir la ascensión a lo mejor y hacia lo óptimo; rebaja real y eficazmente lo superior, no para que lo superior, puesto por unos momentos en lo mediano, rebote y lleve tras sí a lo mediano, sino para dejarlo en mediano. No se abaja sólo lo supremo para asimilar lo mediano; lo abajan para reducirlo a mediocre, o al grado de mediocridad que pueda realizarse en más, cada uno de los cuales sea, por tanto, uno cualquiera.

Así que el productor de mercancías, como mercader, es *Don Nadie* o *Don Cualquiera* o *Don Mediocre.* Y será tanto más Don Nadie, Don Cualquiera y Don Mediocre cuanto más cosas buenas reduzca a cosas buenas promediadas, a mercancías. El Empresario de la medianía y mediocridad en la calidad de bondad ha conseguido, tras proponérselo, trocar una variedad de cosas variamente buenas, *en* un plural de cosas mediocremente buenas; y, por secuela, conseguirá trocar *cualquiera* cosa por cualquiera cosa; y para alcanzar trocar cualquier cosa por cualquier cosa —todas de bondad uniformada y nivelada en mediana—, en cualquier lugar y en cualquier tiempo, y poderlo hacer sin que las bondades variadas e incomensurables de las cosas naturales resalten en su variedad y oculten su uniformidad y mediocridad, se las juntará todas en un lugar —centenares de manzanas, millares de patatas, millones de

granos de arroz... ; varas y más varas de tela, depósitos repletos de... ; *centenares y millares de brazos desocupados—;* todos, al notarse muchos y tratados por igual, cada uno como uno cualquiera, y uno de tantos o de tantísimos, adquieren la expresión —la *objetividad sutil*—, de *mercancía;* y su productor, reproductor, propietario, sacará la expresión o faz de Don Nadie, o Don Cualquiera o Don Mediocre.

2) La pared de enfrente es, siempre dentro de las normales condiciones, visible en potencia; mas sólo durante el día o iluminada por luz eléctrica de noche, resulta visible en acto; sólo en un mercado de cualquier estilo —y cuanto más grande mejor, y cuanto más cosas haya en él, mejor aún—, las cosas-mercancía ostentan en acto su aspecto peculiar de mercancía; se *objetivan* en acto como tales: *Cara de bondad mediana mayoritaria.*

Puestos ante cosas —materiales o espirituales, vivientes o no—, mediana y mayoritariamente buenas, escogemos *cualquiera*: la primera que venga a la mano; o se escoge una cualquiera, o las dos primeras, o los cinco primeros que se presenten... Sólo quien esté siendo (viendo, oyendo, tocando...) un cualquiera en acto —ante una cosa trocada *en* buena con bondad mediana mayoritaria, para así resultar trocable *por* otra de igual nivel y tipo de bondad—, percibe la expresión de *mercancía* de las cosas. Tal cara es tan objetiva como las de pared, silla, árbol, rostro, calle... a plena luz, natural o artificial. Nadie *ojea* calle, árbol; todos *vemos* calle, árbol... ; el ojo, en cuanto tal, recibe radiaciones, fotones, impactos de energía; mas todos *vemos* calle, árbol..., preteriendo y anulando lo demás. Fotones, electrones, radiaciones... son cosas insentiblemente sentidas; por contraposición a una flor, por ejemplo, que es algo sensiblemente sentido, o a una sentimentalidad como desamparo, miedo, seguridad, confianza... que es algo sentidamente sentido.

Yo ojeo manzanas, mas nosotros *cualesquiera vemos mercancía;* manzanas que se dan a 5 bol. el kilo, igual que el kilo de peras, y al doble que el kilo de arroz, al mismo precio que una sesión de cine, o a la mitad de precio de una clase privada de gramática castellana... Somos nosotros —en cuanto unos *cualesquiera,* cuantos más seamos—, quienes *vemos* mercancía; ese aspecto insensiblemente sensible de *trocable por;* objetividad real, mas no real-de-verdad, que desaparecerá por el mero hecho de trocar *yo* una cosa determinada *por* otra cosa determinada, o por una que sea trocable por todas: el dinero. Yo, en cuanto yo —aunque ser y estar *yo* siendo yo no pase de pretensión, cf. Cap. IV, § 3—, yo puesto a

ser yo, único, deshago el cualquierismo: el de la cosa y el mío: desaparece la cara de mercancía; ya no es para cualquiera ni se la trueca ya por cualquiera; la trueco yo *en* alimento, vestido, casa, libros... *míos*. He deshecho su enajenación, su ser ajena a todos por estar hecha para uno cualquiera, y trocable por una cualquiera, y por cuantas más mejor (dinero), y me la he apropiado *yo*, único en pretensión, irrealizable en realidad de verdad, pues para apropiármela así, en realidad-de-verdad, habría de trocarla, al menos, en *mi* cuerpo y en *mi* alma.

Nos hallamos, pues, ante un caso de objetividad de estilo ontológico, no metafísico; real, mas no real-de-verdad. Objetividad de pura presencia, inoperante e inoperada; es decir, que no es efecto de causa eficiente, eficaz, rectora, ocasionante, ni causa ella nada en nada con alguno de esos tipos de causalidad. Se parece a la imagen especular; no se compone de átomos, ni es efecto de ellos; ni causa realmente nada: ni presión de radiación, ni difracción...; es color reducido —por manera inexplicable en la fase actual de nuestro estudio, e inexplicable por no exigir explicación la manera inmediata, inocente, autosuficiente como se nos da—, a puro presencial —neutral óntica, ontológica, gnoseológicamente...

La bondad posee también un aparencial de este estilo: *mercancía*, y un lugar privilegiado de aparición: el *mercado*. Así que el productor de mercancías es productor de aparenciales: Ilusionista.

Nada tiene, pues, de extraño que el hombre, real-de-verdad, el *yo* en trance de ser y sentirse *yo* o único, irrumpa, de manera más o menos violenta, por Don Nadie, Don Mediocre, Don Ilusionista, y le hagan sentir que es realmente eso: nadie, cualquiera, iluso, mediocre.

3) Todavía tiene menos de extraño que las mercancías conscientes de serlo y de estar siendo tratadas como tales se rebelen contra tal objetividad fantasmagórica con que aparecen ante Don Nadie, y según el cual aparencial se las trata; mercancía consciente de serlo lo puede ser, y es, el hombre: sus brazos, piernas, mente, voluntad..., siempre que llene las condiciones de mercancía: se lo trueque de cosa buena natural o artificial —filósofo, creyente, maestro...—, *a) en* cosa buena para cualquiera —profesor, fiel, partidario, repetidor...—; *b)* y en cosa medianamente buena para una mayoría de medianos; y, a la vez, *c)* se la mantenga en la fase de *trocable por* otras cosas —se la esté trocando por otra u otras determinadas; si se la trueca por ésta, se la puede trocar por estotra: si se le paga en dinero, se le podrá, de suyo, pagar en especie; y se le paga a él, no por ser él, sino por hacer lo que otro cualquiera

pudiera hacer, y se le paga igual que a él. Sentirse así, a *yo*, trocado en cosa buena para cualquiera, y no justa y precisamente para él, único, es sentirse siendo mercancía. Colmo de desconsideración hacia *yo*. De desconsideración, por no considerar que frente a todas las cosas el yo intenta hacerlas *de* él y además *suyas*, y que ante tal intento fracasa por no poderlas hacer *suyas*. Se trata, pues, de una injuria inútil y de una injusticia impotente para serlo; o bien de una apropiación ilusoria y en el fondo ofensiva. Quien trata a los demás, y no ve en ellos sino mercancía, se trata a sí mismo de Don Nadie —Don Mediocre, Don Iluso—, por tratar, y no ver en los demás y en las demás cosas sino bondad mediocre, trocable por cualquiera y para cualquiera de su orden. Mercancía inconsciente de serlo: tal es Don Nadie — Don Mediocre — Don Iluso.

Mercancía consciente de serlo: Proletario —si nos servimos de palabra clásica en otro contexto, dándole, como es de rigor aquí, la significación ontológica, larga y deliberadamente explicada.

4) La mercancía es un universal abstracto. Su campo de extensión se compone de *cualesquiera*, a diferencia de un producto que es un universal concreto.

Yo ojeo, pero nosotros vemos; yo voceo, mas nosotros hablamos; yo pienso, mas nosotros entendemos; yo obro, mas nosotros trabajamos. . . ; todo ello hace que los productos propios de ver, hablar, entender, trabajar. . . resulten universales concretos, por su origen mismo y por su funcionamiento. No corresponde a la fase de *Preliminares* estudiar cómo surgen y qué grado de consistencia tengan y cómo es posible reabsorber tales objetividades —sobre todo si llegan al tipo de objetifactas y cosifactas—; *aun antes de* toda teoría, *nos hallamos* tomando en serio —en real—, lo visto, pensado. . . lo manufacto. Lo visto por mis ojos es, en su singularidad, esta pared, este papel, esta mesa. . . visibles para todos, pues todos lo vemos, aunque cada uno lo ojee con sus ojos, de los que, por suerte, no nos enteramos cuando funcionan bien; y lo pensado por mi pensar es, en su concreción, tal teorema, tal número, tal figura. . . , inteligible e inteligente para todos, porque todos lo entendemos, aunque cada uno lo piense por su mente: la suya, la conscientemente suya, que, por discreción ontológica real de que no hace caso ni gala el filósofo al actuar de tal, pasa desapercibida para sí mismo y se anula realmente en su originalidad, sin aniquilarse —como es claro y no será de más repetirlo—, para que su producto, lo pensado, los pensamientos, aparezca como lo que es: universal concreto, inteligible para todos.

Un artefacto —de lápiz a cerebro electrónico—, sale de estas

manos conscientes de este pretendido yo; mas como mis manos lo hacen, mas él solo es lo que es: producto de trabajo, que es obra de *nosotros,* resulta sin más, ya es bastante la causa dicha, universal en concreción; es para todos, como producto de todos. Esta máquina no es, pues, ésta, y es obra de estas manos y para estas manos en calidad de monopolio —que casi casi estas manos de este hombre no resultan suyas sino bien a regañadientes del que dice y siente que son suyas, por no poderlas enajenar cual sus vestidos, en caso de apuros—, y a regañadientes del que quisiera tenerlas cual herramientas y enseres del taller, a repartir durante las horas de trabajo y a emplear para sólo el trabajo de él: de Don Nadie.

Mas, al sobreponer a la operación de *trocar en* la de *trocable por,* ya no vale: yo lo hice con mis manos, mas nosotros trabajamos, y el producto es de todos y para todos funciona, sino estotra secuencia: uno *cualquiera* (que da la casualidad de ser yo, igual pudiera ser otro) hizo con unas manos *cualesquiera* (que continúa dando la casualidad de ser las mías, y al menor descuido serán las de otro) un producto bueno para *cualquiera* y trocable por otro *cualquiera.* Manos, pies, ojo, mente... botas, tela... en fase de mercancía no son universales concretos, es decir: singular desbordado por una universalidad que de él —cual de fuente con grifo—, mana siempre que haga falta, quedando, siempre, intacta su proveedora virtud—, sino singular con función de universalidad abstracta, o sea: universalidad no singularizable, reabsorbible por yo, tú, él, nosotros...; desde el momento en que *cualquiera,* para el que se destinan las mercancías, actúe como yo, con intentos de hacerlas suyas realmente, desaparece la mercancía del mercado, y ya no es trocable por otra buena para otro cualquiera, en virtud de su bondad cualquierizada. La universalidad aparencial o fantasmagórica de mercancía, en cuanto tal, se mantiene *en vilo,* en sí, por no tocarla ni yo, ni tú... ni nosotros, sino todos con manos de cualquiera. No perdamos de vista que cualquierismo es un estado real, no real-de-verdad, de hombres y cosas —cual bosque lo es de árboles, y color visible lo es de radiaciones electromagnéticas—; y que los hombres pueden sostener entre muchos una gran losa en el aire, y pueden mantener en *objetividad* y con *objetividad,* y aun *cosificar* ciertas objetividades entre muchos, actuando cada uno de cualquiera, de uno de tantísimos. Se puede proponer el hombre, por proyecto y designio especialmente estructurados, reabsorber tales objetividades, aun las cosificadas; mas, sin proponérselo cual plan ontológico general, el uso de una mercancía hace desaparecer su objetividad; deja de ser buena para cualquiera, por

ser de bondad cualquiera, y resulta mía: de alguien que está siendo yo en cuanto tal, y, por eso mismo, no es un cualquiera. Otro problema que no se plantea sin más ni expresamente en cuanto total y definitivo será si es posible hacer desaparecer total y definitivamente tales aparenciales, y en ciertos casos el de mercancía; problema parecido —no igual, por supuesto—, al de ponerse, por universal y definido programa, a hacer desaparecer toda la materia para trocarla en luz, y que en luz viva quien pueda, piense quien pueda y sea yo quien lo pudiere.

Todos éstos son problemas de ontología o metafísica, según los casos, surgidos espontáneamente de *Preliminares.*

Cada uno de nosotros es yo, mas puede estar siendo yo en diversos estados: yo como uno cualquiera de... ; yo como particular dentro de... ; yo como individuo de... ; yo como único, yo como yo (Cap. IV, § 1, 3); la totalidad que englobe cada uno de estos estados —simultáneos o sucesivos—, del yo será, claro está, de diversos tipos. *Todo* posee, por tanto, una pluralidad de fenómenos que, sin evasión posible, tenemos ya que estudiar, dentro siempre de *estado preliminar* —del que son altavoz estos *Prolegómenos.* Para declarar el tipo de *Todos* que a la presente investigación conviene bastará con distinguir entre los siguientes tipos de universal, definiendo de antemano qué se va a entender por *universal.* Universal es cualquier cosa —real, ideal, viviente o no—, que verifique la correlación Todos-todo, de modo que dé sentido a la relación Todos-los-de-tal-Todo, o a la de Todos-de-este-Todo, y a la relación inversa: *el* Todo de tal Todos. Para abreviar, cuando no se preste a confusión, hablaremos de comprensión (Todo), y de extensión (Todos), siempre dentro de la correlación o correspondencia biunívoca entre *este* Todo de *este* Todos, *este* Todos de *este* Todo. Como es natural, las palabras: uno, alguno, algunos, muchos... no tendrán aquí sentido sino dentro de la correlación: uno de todos los de tal Todo, algunos de todos de tal Todo; muchos de todos los de tal Todo; y no en forma suelta: uno, dos, algunos, muchos, sin mentar Todos y todos los de un Todo.

a) Universal abstracto. O sea: Todo en estado abstracto, frente a todos; y todos en estado neutral frente a Todo. Es claro, con claridad preliminar, que cada hombre entra, de especial manera, en ese Todo que llamamos Hombre; y que Hombre abarca, de alguna manera, todos los hombres, y a cada uno en cuanto cada uno es uno-de-todos los de tal Todo: *Hombre.* Mas Hombre no determina ni cuántos hombres abarca *Hombre,* ni por qué no los abarca todos de vez, o de una vez todos, o bien todos en *n* veces, siendo *n*

un número determinado —vgr. 222 generaciones ni más ni menos. Complementariamente: cada uno de los hombres es uno de ese Todo: Hombre; mas no se echa de ver, en *este estado* del universal, cómo es uno de todos los de tal Todo. El Universal, en estado *abstracto,* no declara por sí tal punto, no fija hasta tal punto la correlación entre *Todos y Todo.* Nos hallamos ante universal unívoco o uniforme. Cada uno de los hombres es uno cualquiera, o uno de tantos; hombre de Hombre. Determinar si tal fase de la correlación Todos-Todo respecto de un tipo especial de entes es transitoria y superable, o definitiva, es cuestión aparte que, por el momento, no nos interesa. Igual diríamos de Viviente-vivientes, Cuerpo-cuerpos, Número-números, Par-pares...

b) Universal concreto simple. Una cosa es que digamos Par-pares, Par es el Todo de todos los pares —2, 4, 6... $2n$, $2(n+1)$...—, y otra muy diferente que se afirme: el conjunto de *todos* los pares —2, 4, 6...—, es un conjunto *ordenado,* o sea: tiene un primer elemento, 2; todo elemento tiene un solo siguiente; todo siguiente tiene un solo antecedente; el primer elemento no sigue a ningún otro; y, por fin, respecto de una propiedad, se puede afirmar que vale del primer elemento, que si por valer de uno cualquiera se sigue que vale de *el* siguiente, vale de todos. En este caso tal universal Todos-Todo se llama concreto simple, pues fija la estructura interna de su llamada extensión.

Definamos —sin extemporáneas exigencias de corrección aritmética—, la *comprensión* de Par —esa de *número divisible por dos*—, con la fórmula $2n + 2$ (multiplicar por 2 un número cualquiera, n, y sumarle 2), como definimos una función cualquiera $y = ax + b$, $z = ax + by + c$, etc., $z = e^{y} + {}^{z}$... por su estructura interna; tal fórmula o función $2n + 2$ concreta y fija la extensión, y no solamente abarca abstracta y sueltamente 2, 3, 6. 8, 222...

Para $n = 0$, $2n + 2$ da 2;

para $n = 1$, $2n + 2$ da 4, etc.; para cada entero natural 0, 1, 2, 3, 4..., la fórmula $2n + 2$ engendra, por su orden, un número que es par, y transmite por una especie de herencia o inercia aritmética las propiedades de *par* a los números de su extensión; engendra así tal fórmula *todos* los pares y *sólo* los pares.

Igual sucede con el concepto de *sección cónica;* por cortar (mediante un plano) el cono (operación perfectamente unitaria, como multiplicar o sumar...): ¿cuántas curvas propiamente tales surgen? No basta recontarlas: circunferencia, elipse, parábola, hipérbola. Esta extensión (todos) de la comprensión (Todo), *sección cónica,* está aún en estado abstracto, suelto, de pura e independiente plu-

ralidad. Pero mediante *la* fórmula (concepto *analítico* de sección cónica) $ax^2 + by^2 + cxy + dx + ey + f = 0$, se puede determinar cuántas y cuáles y qué propiedades tienen y cómo surgen tales curvas (propias) dentro del concepto de *sección cónica*, porque tal Todo lo es de tales elementos (todos), y tales elementos (ni más ni menos, todos y solos) lo son de tal Todo y no de otro —como $ax + by + c = 0$. El orden de magnitud, entre las constantes indeterminadas, a, b, c, d, e, f. . , permite fijar el orden de tales curvas dentro del concepto dicho.

Nos hallamos ya ante casos, suficientes en número y por contextura, en que la correlación Todos-Todo adopta forma concreta: determinada en número y en orden (extensión cuantificada y ordenada), a la vez que la comprensión (Todo) ha quedado determinada estrictamente mediante *una* fórmula. De estos universales se compone la matemática moderna, y a ellos debe su fecundidad, aparte de su originalidad. El concepto asciende a estado funcional: estado que transforma definida y ordenadamente comprensión y extensión vagas y abstractas, propias del estado abstracto de cualquier concepto.

No siempre se halla la matemática moderna ante casos tan fáciles o fácilmente resueltos. Todos sabemos qué es (definición) un número primo: el sólo divisible por sí mismo y por la unidad (dando cociente entero), y a esta comprensión (Todo) corresponde una extensión (Todos) de la que, sin más trámites, podemos señalar regular número: 1, 3, 5, 7, 11. . . y aun demostrar que hay un número infinito (indefinidamente creciente) de números primos —teorema de Euclides. *Si* n es un número primo, conocido ya, el producto $n! + 1$, da otro número primo; mas no hay *una* fórmula que permita construir por su orden *todos* los números primos.

Un caso final: el concepto de estrato o capa electrónica de un átomo tiene por extensión: 2, 8, 18, 32; 2, 8, 18, 32. . . son *todos* los grupos de electrones que caben en este *Todo* que es capa electrónica del átomo. Relación abstracta aún entre Todos y Todo. Empero mediante el principio de Pauli —no puede haber dentro de una capa electrónica dos electrones que coincidan en los cuatro números cuánticos: forma especial del principio de identidad de los indiscernibles—, es posible señalar el número máximo de electrones en una capa, o los números máximos de electrones según la capa, a saber: 2, 8, 18, 32. . . Universalidad concreta simple de tal concepto.

Claramente, universal abstracto corresponde a la fase de concepto descriptivo —en cuanto a comprensión y extensión—; mien-

tras que universal concreto simple va íntimamente conexo con conceptos formales, en que la función o estructura determina comprensión y extensión, compenetrándolas ambas: forma hecha forma *de* este material, y material hecho material *de* esta forma. No hace gran falta añadir que, con lo dicho, no se pretende que en todo dominio de objetos tenga que llegar a predominar el tipo de universal concreto simple.

c) Universal concreto total. O sea: Mundo. La comprensión de mundo, o de un universal concreto total, está dada o tiene el estado de *ser,* y la extensión la integran los *entes.* Mundo es, como se dijo y se ha repetido con ejemplos suficiente número de veces, *reparto y coajuste de todas las cosas entre los estados de ser y de ente, coajuste estabilizado, unitonal y concluso.*

Por otro lado, ser-ente no son dos cosas irremediablemente confinadas cada una a eso: a ser o a ente; sino que, en principio, cualquier cosa puede hallarse en estado de ser o en estado de ente; y tal reparto —más o menos natural o forzado— y tal coajuste —más o menos apretado o laxo—, pueden afectar a todas las cosas, colocándolas en estado de mayor o menor unidad con las demás y con las que se hallen en estado de ser.

Los conceptos de ser y de ente (entes) pueden hallarse bajo forma: *a)* de universal abstracto; y en tal caso un ente (hombre, este hombre, este árbol, este número, esta figura...) es un elemento cualquiera de la extensión de ser, y *ser* posee en tal estado máxima extensión (uniforme, unívoca), y mínima comprensión; abarca *todos* tan sueltamente que el vínculo que entre ellos establece resulta tan vago y mínimo como eso de *ser.* Ser es todo lo de todos los entes, y no es nada de ellos. No es el universal supremo; es la vaguedad suprema, o universal abstracto supremo. De esa vaguedad del contenido de ser, y flojo ajuste de los ente por ser, participa (o es del mismo estilo) la de todo universal abstracto: hombre-hombres, número-números... Apenas pasemos a tipo de universal concreto simple, se inicia el coajuste entre comprensión y extensión, por virtud de la ley (función). Ley (función) tiene estado o estilo de ser. El ser o lo que de ser tiene la sucesión

$$1/2,\ 2/3,\ 3/4\ldots \text{ es } y = \frac{n}{n+1}.$$

Mas no nos consta, por ahora, y no hace falta estudiarlo en *Prolegómenos,* si tal tipo de reparto o coajuste por ley o función —por universal concreto simple—, abarca todas las cosas, en principio

y en intención; ni siquiera todas las de un orden, previamente delimitado por otros medios.

Universal concreto total, por el contrario, abarca, en principio, todas las cosas de un orden, y las reparte y coajusta entre los dos estados dichos. No hace falta repetir lo dicho larga y esmeradamente en Cap. III; bastará con advertir ahora que entre las cosas-entes de un mundo —enfocado desde este punto de vista de universal concreto total—, y las cosas de tal mundo, en estado de ser, no se da el hacerse, el surgir mismo, del reparto y coajuste entre ser y entes; se da el reparto y coajuste *hechos ya.*

Dato V. 7. "Aun antes de que nos propongamos —por proyecto o designio bien preparados y protocolizados—, ver cómo se reparten las cosas sensibles entre los estados de luz (ser) y de cosas visibles (entes), *nos hallamos ya,* al abrir los ojos, ante un *mundo visible* o con reparto hecho ya de qué cosas funcionan (para nosotros) como ser, como luz (para nosotros las radiaciones de rojo a violeta, de 4.10^{14} a 8.10^{14} vibraciones por segundo), y de qué cosas quedan como obstáculos, *objetos,* para la vista —pared, árbol... estrella". Son universales concretos totales *hechos ya.*

Contrapongámoslo ahora a

d) Universal concrescente total. Es decir, universal de que se nos da el acto mismo de surgir y constituirse como total.

Yo ojeo, mas no soy yo quien ve; somos nosotros quienes vemos; y para pasar *yo* de ojear a ver, para que *mis* ojos vean, es preciso que vea que otros ojos me ven —que el ojo que ojeo, no es vista porque yo lo ojee, ni él es ojo porque me ojea; los dos somos vista porque nos vemos, porque vemos que nos vemos; y de suyo ver es verse que nos vemos, ver que vemos. Y así del pensar.

Lo que vemos, lo que entendemos, lo que queremos... surge y *me* desborda —a mis ojos, a mis oídos, a mi mente...—; y se constituye como universal concrescente total: crece y se acrece en firmeza y contenido en virtud y a medida que cada cosa (cada hombre) transforme ojos en vista, orejas en oído..., inteligencia en entendimiento, querencia en voluntad, extremidades prensiles en manos; y nos pongamos, cada uno, a ver, a entender, a oír..., a trabajar... —no a ojear, pensar...

Los ojos de los animales ojean simplemente el mundo —digámoslo con la seguridad inmediata que pueda dar a esta afirmación la mezcla de fisiología elemental y de fábula esópica con que hablamos de ellos—; mas no lo ven, cada uno, a no ser que se vean entre ellos, o que el ojear uno al otro ascienda, por original salto, a visión, de la que surgirá lo visto como algo nuevo, real, simple-

mente real, frente a lo real-de-verdad (radiatorio, campo electromagnético...); no nos consta, por decir lo menos, que al ojearnos los hombres —y, por salto cualitativo y original, ver que vemos—, lo visto por los hombres sea lo mismo que lo visto por los animales.

Al echarnos a dormir, al hallarnos dormidos, los ojos revierten a su función simple de ojear; los oídos a la de orejear, el entendimiento a la de pensar... ; y yo a la de yo cualquiera, y, en el mejor de los casos, soñamos: en colores soñados, en sonidos soñados, en que yo soy yo. Y eso que ojeo, orejeo, pienso... al soñar, es *real* y está adscrito de peculiar manera real a lo real, mas no repartido y coajustado en Mundo; quedará repartido, coajustado y refundido al vernos, oírnos, entendernos..., al estar despiertos —que despierto es estado colectivo, propiamente de *nosotros,* y sólo mantenible en vilo por *nosotros*: por vista (colectiva), por oído (colectivo), por entendimiento (colectivo)... Lo demás son robinsonadas. Robinson, lo somos, cada uno, al dormir y al soñar; y Robinson sólo es posible como durmiente y soñante.

Por igual razón: hombre no es cada uno de nosotros, por tener ojos y ojear..., órganos prensiles y coger, inteligencia y pensar...; por sólo eso no pasaríamos de primates. *Hombre* es cada uno por ser *hombres*: por ver y ser vistos, y ver que vemos lo visible, ver un mundo visto y que vemos que vemos todos, cada uno de los cuales ve por ser visto; y lo visto es visto porque todos lo ven; por entender y ser entendidos, porque nos entendemos y entendemos un mundo que es inteligible porque todos lo estamos entendiendo, y manteniendo realmente así las cosas en estado de inteligibilidad, de inteligentes, para que no recaigamos nosotros en durmientes mentales que piensan pensamientos en estado de ensueños, y recaigan ellas, las cosas, en su realidad bruta o física, o nosotros en locos, absortos y absorbidos por ideas que se le lleven a uno por no ser ideas *nuestras,* y que le hacen dejar de ser yo (consciente) porque yo no es yo sino siendo *nosotros.*

Despertar, pues, es un fenómeno (no un aparencial) *metafísico*: se despierta uno a ser *nosotros*: a ver, a vernos, ver que vemos lo visible; a entender, a entendernos, a entender que entendemos lo inteligible... E inteligible, visible..., nosotros, es estado nuevo, original y cualitativamente diverso del natural; y se pasa por salto del uno al otro, por *trans* y *plus ultra,* a una transcendencia no previamente existente, sino constituida y surgiente ante y por virtud de *nuestra* vista, de *nuestro* entendimiento...

Cuando la máquina de trobar compone aquello de

El hombre no es hombre,
hasta que no oye su nombre
de labios de una mujer:
Puede ser,

la máquina dice más de lo que sabe; pero dice muy bien lo que sabe el hombre que lo dijo, pues lo dijo *El Hombre*: que un hombre no es Hombre hasta que vemos, oímos, entendemos, trabajamos. . . ; lo cual no es tan sólo un fisiológico estar despiertos, sino estar despiertos a ser Hombre. Si *un* hombre se quedara solo en este mundo, llegaría a perder hasta la memoria de haber sido hombre entre hombres, volvería a primate; y no vería lo que ve ahora ni pensaría como entiende ahora. Mas estas últimas secuelas caerían en robinsonada, si no tuviéramos el *dato* del estado de sueño, frente al estado de vigilia.

Es, pues, el paso del estado de sueño (y ensueños) al de vigilia *paso metafísico* y *acontecimiento metafísico.* Es el paso de *hombre* precisamente a *hombre* que es *Hombre.* Al mundo común; y, por común, real. . .

Cada uno no podemos ser hombre sino siendo *Hombres*: *el Hombre es Hombres.* Y El Hombre, Hombres, reparten las cosas entre los estados de ser y de ente: por vista, oído, entendimiento, manos. . . ; y no, por ojos, oídos, pensamiento, órganos prensiles. . . que, por sólo ello, ni siquiera cada uno es hombre. Y si insistimos en llamarlo así, llamémoslo hombre en estado natural que es el hombre durmiente y soñante.

Nos hallamos, pues, ante un caso de surgimiento mismo de un universal *concrescente total.* La naturaleza —radiaciones, vibraciones del aire, ideas. . .—, comienza a tener historia *real,* historia humana, a la una y en virtud de resurgir el hombre natural a *Hombre,* a *Hombres.*

Es suficientemente claro que, a medida y por virtud de cada avance de hombre a El Hombre, a los Hombres, surgirá una nueva naturaleza; lo visto, lo oído, lo entendido, lo producido. . . —por horda, familia, ciudadano, obrero, proletario. . .—, son, realmente —no metafórica o fantasmagóricamente—, algo nuevo: mundos nuevos de *hombre nuevo.* Qué conexiones se den entre estos tipos de mundo real y comprobablemente reales, es una, entre muchas, cuestiones propias de Metafísica y Ontología actuales —desbordando, con todo, la fase actual de explicación.

(D.M.) *Dato V. 8. "Aun antes de que* nos propongamos o nos prevengan eficazmente para decidirnos a ser animalmente huma-

nos o humanamente animales, *nos hallamos ya* pasando del estado de *humanamente animales* al de *animalmente humanos* (de vigilia a sueño), y del de *animalmente humanos* al de *humanamente animales* (de sueño a vigilia), y ante dos mundos realmente diversos: el mundo del sueño-y-de-los-ensueños, y el del vigilia-y-objetos."

Afinando, pues, lo hasta ahora dicho —puesto que podemos ya hacerlo—, advirtamos: *a)* que el mundo natural (Cap. III, § 2) es, realmente, constituido por el *humanamente animal,* es decir: por el hombre que está siendo Hombre, por los *Hombres;* lo humano es, todavía, modo de animal, casi adjetivo o adverbio de animal. Las manos del Hombre casi no han pasado de su fase de animal de órganos prensiles; y sus ideas, del estado de ensueños, de mitos, de fábulas; y en tal estado —de duermevela, sueño...—, recaemos aún con regularidad, digna de consideraciones metafísicas, los Hombres, los *humanamente animales.* Las sentimentalidades que transforman Mundo natural en Morada (Cap. V) se emparentan con las de animal y, por eso, se acercan a sentimentalidades, a simples sentimientos con mucho *lo* sentido y poco *el* sentido. *b)* Hay, pues, una capa del mundo —filosófico, moral, económico, social...—, proveniente de esa fase de *humanamente animal* o *simplemente humano* del hombre, una mínima humanización de lo natural por ser el mismo hombre naturalmente humano. *c)* El mundo artificial (Cap. III, § 2) proviene de un hombre que está siendo *humanamente animal* en grado y nivel de distancia superior frente a *animalmente humano.* El hombre es productor —causa eficiente, eficaz, rectora, ocasionante—, de *El Hombre* y *El Mundo*: de un mundo nuevo más real que el anterior. El Hombre es ya, más bien que *humanamente animal, creadoramente humanamente animal* o animal creador; y las cosas, creaturas suyas: obras de las manos de *El Hombre,* con objetividad propia, real-de-verdad, frente a la objetividad simple de lo natural. *d)* Por fin: En *Mercado,* se opera una regresión —que, claro está, no podemos aún calificar aquí desde ninguna valoración política, religiosa...—, del vernos a ojearnos, del oírnos a orejearnos, del hablarnos a vocear, del entendernos a pienso, de producido a preciado..., al cualquiera de todos y de todo; de *El Hombre,* a los hombres, a hombres cualesquiera; y las cosas adquieren el aparencial real de mercancía. Se revierte, biológicamente despiertos, a estado de semiensoñaciones en que no se mira *qué es* una cosa, sus cualidades-calidades originales y propias, sino lo igual, mayor, menor, con bondad mediana y promediada para el mayor número de medianos con apetencias o en-

tendederas medianas; mundo *inconexo*, por preterición real de diferencias, diversidades, variedades y originalidades de cosas y de hombres.

De humanamente animal, de creadoramente humanamente animal —cada vez El Hombre más despierto ante un mundo cada vez más objetivo—, a *animal omnipromediador*. *e)* En Mercado, el hombre está siendo, o tendiendo a ser universal abstracto; y las cosas no rezuman de sí, de su pluralidad, sino universales abstractos. En mundo artificial, el hombre está siendo o tiende a ser universal concrescente total; y las cosas todas: materiales, biológicas, ideales... exhalan de sí, de su pluralidad, universales concretos totales. Por fin en Mundo natural, el hombre está siendo universal concreto simple; y las cosas todas: materiales, espirituales... desprenden lo que tienen de universal bajo la forma de universal concreto simple. Quede al lector el trabajo de corroborar estos asertos por las premisas puestas.

Dato V. 9. "*Aun antes* de toda teoría, prevención y preservativos, *nos hallamos ya* los hombres actuales siendo en tres mundos: natural, artificial y artificioso; siendo *de vez*, cada uno, un particular, individuo y cualquiera. El hombre está siendo, correlativamente, especie humana, sociedad humana, Humanidad. Triple real escisión, en trance de escisión, de la misma realidad; escisión agudizada por la avanzada fase del mundo artificial actual y por la extremada fase del mundo artificioso actual; en ellos, *antes de...*, *nos hallamos* siendo los hombres actuales." "Y al filosofar, para filosofar en firme y sobre firme, *nos hallamos* siendo así los filósofos actuales, ineludiblemente —o por consecuente fuga o por consecuente inmersión."

Capítulo sexto

SENTIMENTALIDADES DE MANSIÓN, HOTEL, HOSPEDERÍA

§ 1. Sentimentalidades propias de Mansión y de irrupción del universo a través de Mansión

A) *Sentimentalidades propias de Mansión. Tipología*

Mundo, como se ha dicho ya suficientes veces, es un tipo peculiar de Todo constituido por un reparto-y-coajuste de todas las cosas de un orden entre los estados de ser y de ente, siendo tal reparto-y-coajuste estabilizado, unitonal y concluso.

El tono propio de Mundo natural es el de *neutralidad* —óntica, ontológica, lógica, causal, gnoseológica. . .—, tono que estabiliza y cierra, de original y propia manera, el mundo natural.

Por otra parte: toda sentimentalidad, frente a un simple sentimental, posee por intrínsecos e inmediatamente fundidos caracteres o propiedades *el* sentido y *lo* sentido, sin predominio desequilibrado de ninguno de ellos —cual sucede, a favor de *lo* sentido, en los sentimentales.

¿Cómo *nos son dados* el reparto-coajuste de las sentimentalidades entre los dos estados de las cosas: el de ser y el de ente (de tal ser)?

¿Tal reparto y coajuste de las sentimentalidades entre cosas-ser y cosas-ente *se nos da* de manera estabilizada, unitonal y conclusa?

En especial, ¿las sentimentalidades de Morada, por las que se trueca el mundo natural en ciudad alegre y confiada de El Hombre, en nuestra *casa,* son capaces de dar al mundo *el* sentido y *lo* sentido de Morada, por ejemplo, seguridad (*el* sentido); confianza (*lo* sentido); orden (*el* sentido), paz (tranquilidad del orden, *lo* sentido), etc.?

Acometamos estas cuestiones dentro del plan y límites de *Prolegómenos,* es decir: ateniéndonos a lo *directa e inmediatamente dado.*

Dato VI. 1. "Aun antes de que nos hayamos propuesto —por precaución, con medidas de previsión, cual preservativos—, las anteriores cuestiones, *nos hallamos ya* con un reparto y coajuste

de sentimentalidades entre las cosas-ser y las cosas-ente, reparto-y-coajuste *politonal, inestable e inconcluso.*"

Lo siguiente no hace sino rellenar de datos las anteriores aserciones factuales, todas de intención factual, sólo cumplibles por datos.

a) Sentimentalidades repartidas y coajustadas con cosas-ente

Dato VI. II. "*Aun antes de* toda prevención precaución, preservativo..., *nos hallamos ya* bajo sentimentalidades lanzadas ya y especificadas en cosas-ente. Modelo: las sentimentalidades de porfiado, porfía, porfiar."

Esta sentimentalidad se nos da con *el* sentido de descubrir la firmeza de un ente o de *ponerla a prueba,* y de que se *nos* descubra tal firmeza y su grado —¿a mí, como a uno-cualquiera, individuo..?, punto a fijar ulteriormente—. Uno puede estar siendo un porfiado, tratando una y otra vez de poner a prueba la seguridad, y el grado de ella —de un cerrojo, hecho para reforzar la seguridad de algo—; o porfiar por demostrar un teorema de que se ha asegurado que es indemostrable —cual la cuadratura del círculo, o la duplicación del cubo, o el movimiento perpetuo...—; es decir: porfiar por hallar la seguridad propia de un teorema en la seguridad de que es insegura la pretendida imposibilidad de demostrarlo; y porfía él, y porfían otros, siglos y siglos, y resurge tal sentimentalidad nueva y fresca cual si no hubiera fracasado nadie: porfiar por demostrar lo no demostrable aún, pero que se pretende demostrar o se cree demostrable; y porfiamos una y otra vez, siglos y siglos, escuelas y escuelas por resolver definitivamente tal problema de filosofía, de metafísica, de física, de ética; porfiamos por convencer a otros, y a todos, de la verdad de tal religión, formas de arte, estilo de vida pública... Siempre, *el* sentido *de* tal sentimentalidad es la seguridad y firmeza de una cosa-ente, temática y objetivamente presente; y la porfía nos da testimonio inmediato, sentido, de si tal cosa-ente es, realmente, con verdadera realidad, reasegurada realidad, firme y segura —afirmable y reafirmable—; o nos descubre, cual *el* sentido de la porfía, que es falsa, es decir: falaz y resbaladiza, insegura y quebradiza —cedió el cerrojo a la porfía de golpes y lima, cedió *A* de puro cansado a las peticiones porfiadas, a las exposiciones porfiadas de *D* respecto o en favor de *C*... La voluntad de *A,* su constancia, su dureza de cara, de cerviz, de convicciones, de costumbres... cedieron a la porfía de súplicas, lágrimas, escenas... de *B,* en asunto o negocio *C.*

La sentimentalidad de porfía nos descubre, por su peculiar poder de verdad o de desvelar, cual *el* sentido propio de ella la persistencia de la *misma* cosa-ente; la *mismidad* real de los entes. El porfiado lo es por repetición de actos de porfía. Nos hallamos con una sentimentalidad particularizable y particularizada, hecha positivamente para particularizarse, no para quedar siendo en bloque o en nube —cf., sentimentalidades de tipo diverso aquí mismo—. No se porfía una sola vez; se es porfiado por muchos y repetidos actos, por poner muchas veces el mismo acto —porfiar por demostrar el mismo teorema, porfiar por romper el mismo candado, porfiar por convertir a uno —en el fondo por las mismas razones y a lo mismo. La pluralidad numérica de actos es constitutiva de la porfía, y así la *es* el porfiado —mental, moral, religioso, físico. . .—; mas pluralidad para descubrir la *mismidad* del objeto, además de su *firmeza.* Tal es *el* sentido de la porfía, lo que nos descubre.

Lo sentido en la porfía es sentirse porfiado; es, con claridad suficiente y sobrante, precisamente porfía; y no miedo, alegría, tristeza, desamparo, susto. . . ; mas me descubre que mis actos, un plural homogéneo y numerable de actos míos sobre la misma cosa, no me multiplica, ni me deja vinculado a la cosa, ni me clava en ella a los dos, tres, *n* golpes. . . ; cual clavo que, por la porfía del martillo, quedó clavado y bien clavado. *Lo* sentido por la porfía, lo que siente el porfiado, es, precisamente, que la porfía es una sentimentalidad renaciente en su mismidad, o de unidad restañable y reparable frente a la propia multiplicidad; tras todos los actos es nueva-y-la misma: soy conscientemente *el mismo.*

Lo sentido revelado por la porfía o lo sentido por el porfiado es *a la una y de vez* la unidad renaciente de la pluralidad numérica de mis actos, mismidad sentida porfiadamente; y la unidad resistente del objeto, es decir: su mismidad real. Doble —mas no coincidente por tautología— revelación o verdad inmediata de *el* sentido y de *lo* sentido. Una manera, real, de dárseme la mismidad de un ente —sea teorema, cerrojo. . .—, es por y en la porfía; mismidad, no unidad; el mismo, no el simple ente. *Este mismo,* en cuanto *mismo,* no se me da, pues, a sentir de igual modo que *este.*

Es un *dato* que la mismidad de un ente puede ser sentida, puede ser *el* sentido de una sentimentalidad, además de poder ofrecerse como término de actos mentales —*q.e.d., q.e.f.,* lo que se debía demostrar, lo que se debía construir. . . lo mismo que se propuso como demostrable, tras tales y tales pasos queda demostrado; lo mismo que se propuso construir queda construido mediante tales

o cuales procedimientos... ; o como fin y final de actos he hecho yo geométricamente lo que quería hacer, lo mismo que me propuse o se me propuso a demostrar o construir... Empero en la porfía la mismidad del ente se comprueba por *ponerla a prueba,* no por *probarla* o demostrarla de un tirón o por una secuela de pasos demostrativos.

En otras palabras: es un *dato* que la mismidad de un ente puede dársenos por *prueba* y por *ponerla a prueba*: a golpes. Al dársenos por pruebas (demostraciones) la mismidad de un ente, se nos ofrece que tal ente es el mismo y *por qué* es el mismo, *que es* el mismo y *qué es* eso de ser el mismo; mas en la porfía se nos da simple y llanamente *que* es el mismo sin *qué es* o *por qué* es el mismo. No se trata, con todo, de un *que es* el mismo abstracto y vago, sino relleno de contenido: *que este cerrojo no cede, que éste es sordo a la gracia,* a los consejos repetidos; *que no consigo montar un aparato de movimiento perpetuo...* Y este punto es digno de porfía: puedo porfiar en que hay aquí enfrente una pared real, o *que es* real la pared de enfrente; y para mostrarlo, o *ponerlo a prueba* —no para probarlo—, puedo darme de cabezadas con ella; la realidad, en su *que es* concreto, se le da a sentimientos como porfía, de original manera; y puedo porfiar en que eso que tengo delante es una pared real, de cemento, y no un biombo de papel, y *ponerlo a prueba,* a golpes; y el resultado, *que es* una pared de ladrillo, *que es* un simple biombo... no tiene nada que ver con *qué es* una pared, o *qué es* un biombo, aunque, en sí mismo, las dos cosas vayan indisolublemente unidas.

Las sentimentalidades no revelan *qué es* la cosa, *qué es* el ente o tal ente; sino *que es* el ente tal o cual, *que su qué es es.* Esta fusión —llamémosla por el momento así, dando la primacía, por puro regalo, o préstamo redimible, a lo racional, a *las pruebas*—, de *qué es* y *que es,* con preeminencia por el *que es,* por el *que es* tal (qué es) constituye *el* sentido de las sentimentalidades —y nos hallamos aquí ante uno de tantos casos.

Lo sentido en y por la peculiar virtud de la sentimentalidad *porfía* es que yo mismo soy un porfiado; mas este *yo mismo* no es yo en cuanto hombre. El Hombre no porfía. Lo cual viene a advertirnos que la sentimentalidad de porfía es pariente próxima de sentimentales.

Terminemos la descripción de este dato con unas advertencias: *Primera,* nos hallamos con una sentimentalidad integrada de sus dos componentes o vertientes: *el* sentido y *lo* sentido; mas es ya posible afinar la terminología y añadir *de* a *el* sentido; y *por,* a *lo*

sentido. La sentimentalidad nos da *el* sentido *de* (una cosa, objeto), y *lo* sentido *por* (yo, él, nosotros...). Y esta dualidad de funciones de una *misma* realidad (sentimentalidad) no es notada como escisión, cual identidad en trance de desgarre, aquí una y la misma sentimentalidad: *lo* sentido *por mí* bajo la porfía pone *a prueba* (no prueba o demuestra) la seguridad *del objeto*: *el* sentido de porfía, descubriendo así si es en firme el mismo, si su mismidad (*el* sentido *de*) resiste la prueba. No en toda sentimentalidad, como se irá viendo, sucede lo mismo. Comencemos, pues, a notarlo.

Segunda: La porfía puede llegar a estado del sujeto; llegar uno a ser un porfiado, con las notas de importuno, machacón, repetidor, mosca... Y justamente porque la porfía, por su constitución misma, multiplica los actos —del mismo estilo—, de tal multiplicación de actos iguales surge el hábito; y se halla verificado a su manera lo de $1 \times n = n \times 1$; el mismo acto (1) n veces (repetido) da por resultado n actos de una vez (1); es decir, un hábito: *los n actos en bloque ya,* de una vez. El porfiado —por hábito o carácter—, se trueca en insistente.

Tercera: La porfía es sentimentalidad potenciable o intensificable; porfiar (una y otra vez), insistir (horas y horas, días y días...), cerrarse o no ceder a insistencias, ruegos, precisamente por insistir y porfiar otro en arrancarnos una confesión, un permiso... Y correlativamente *el* sentido *de* estas potenciaciones descubre la firmeza y la reafirmación, la dureza y el endurecimiento de la cosa o persona. No toda sentimentalidad es potenciable con estas gradaciones cualitativas.

Cuarta: La porfía y sus potenciaciones dan *el* sentido *de* y *lo* sentido *por* la identidad. Una cosa es que algo sea idéntico, y otra que se note idéntico; otra que uno note (sienta) la identidad de otras cosas y otra, en fin, que note o sienta a la una, sienta con una *sola y misma sentimentalidad* la identidad suya y la de las demás cosas. Un ser consciente, y aun viviente, no puede ser real si tan sólo *es* idéntico; tiene que notar (sentir) que es idéntico —identidad sentida, sida y vivida. Y, aparte de ello, tendrá que poder surgir en él una sentimentalidad *el* sentido de la cual sea la identidad de las cosas, y *lo* sentido por la cual sea su identidad propia; tal *el* sentido y *lo* sentido a la una o en una y la misma sentimentalidad. No consta, sin más, *a priori* —por razón simple y pura—, que la identidad pueda ser sentida, y sentida por sentimentalidades, pongamos por caso, de estilo porfía, insistencia, importunidad, machaconería... Mas una vez *dadas,* una vez que *nos*

hemos hallado, antes de toda teoría o principio de identidad, con que identidad es vivible y sentible por sentimentalidades caeremos en cuenta de que no basta para probar que un consciente o un viviente es real (ni siquiera que es posible), que es el *mismo* viviente o consciente, probar la no-contradicción y aun la compatibilidad positiva o la coherencia necesaria teórica de sus (pretendidos) atributos; habría que demostrar que posee sentimentalidades de todo eso, de cada atributo, que le vuelvan o transustancien ser en ser sentido, unidad en unidad sentida, poder en poder sentido, inteligencia en inteligencia sentida, identidad en identidad sentida... Y respecto de inteligencia, por ejemplo, que se den en él sentimentalidades con *el* sentido *de* y *lo* sentido *por*. En caso contrario se habrá demostrado la existencia y atributos de un tarugo de ser, de un pedrusco de ser, de un diamante de ser.

Ahora bien: *Quinta,* no se puede *probar* que algo es viviente sino *conviviendo* con él, viviendo de su vida, poniendo a prueba si podemos vivir con él, y haciendo de la prueba un éxito. Mas para uno vivir la vida de otro no hace falta vivirla con su cuerpo y alma, al modo que el color que veo no es visible por lo que él es (por su frecuencia, vibraciones del campo electromagnético...) que, si así fuera, sobraría toda teoría física, si no por lo que tiene de vista, porque me ve, mas sin ojearme; y los ojos de otro que yo veo, no son ojos porque los ojee; son ojos porque me ven y por ellos mismos me veo yo a mí y el otro a mí, quien a su vez se ve por mis ojos, sin que sean precisos para vernos los ojos en su realidad física, química, anatómica... Ni yo, para ver, necesito ojos en cuanto ojos, con insistencia de hacerse ver todo lo que son —sobraría toda anatomía, fisiología...—, ni el otro para verme necesita verme los ojos, en su realidad física, fisiológica; nos vemos sin ojos en insistencia óntica, nos vemos con ojos en estado de óntica neutralidad; ni porfiamos ni insistimos en que veamos su *qué es.* Parecidamente: sentir que uno vive, que algo vive, se nos da en sentimentalidades *el* sentido *de* las cuales es que otro vive, sin que sea menester vivir su realidad en plan de insistencia óntica, vivir con sus moléculas, átomos, células, órganos..., insistiendo en hacer acto de presencia óntica; ninguna de las cosas vivientes insiste en óntico acto de presencia de su realidad; desisten de tal acto; y tal desistimiento es dado como sentimentalidad de convivencia, de plurívoca conciencia. Los sentimentales no son por lo pronto transportables o intencionales, pues en ellos *el* sentido *de* es mínimo o nulo. De ahí la necesidad de insistir, un poco machaconamente, porfiadamente, en distinguir entre sentimental y sentimentalidad.

Un sentimental, cual el dolor, se halla, por constitución, en estado de concreta y real insistencia óntica, de vinculación a su realidad —se resiente del bueno o mal estado de nervios, cabeza... ; no así una sentimentalidad. Desistimiento o insistencia *ónticos* serán, en adelante, frases declarativas, sumariamente, de lo que acabamos de decir. Mal se puede probar o demostrar tanto la existencia como la originalidad de la naturaleza de una sentimentalidad cuando se halla, constitutivamente, en estado de *desistimiento* de la realidad, o de hacer desistir a lo óntico de su natural insistencia —de hacerse valer como ente. Una sentimentalidad *pone a prueba,* y es la prueba, de que algo vive, siente, es consciente... Ni un sentimental ni una razón valen o dan para eso. *Sentimentalidad de identidad* posee, por tanto, significación bien precisa y funciones *ontológicas* bien reales e insustituibles.

Sexta: La porfía puede proponerse poner a prueba las cosas en estado de *ser.* Puedo porfiar por ver sólo luz —sin objeto que, obstaculizando, aparezca coloreado; por oír sólo sonidos, y no campanas, pájaro, autos...; por entender sólo ser, sólo hombre, sólo cuerpo, sólo número... sin entes concretos, sin individuos humanos, sin cuerpos especiales, sin números determinados..., ante la mente. Tales actos de la porfía resultan, realmente, fallidos. Y son la mostración *por pruebas con éxito, aquí con fracaso,* de que ser es ser *de* entes, hombre es hombre *de* hombres, número es número *de* números... El concepto de ser puro y limpio de entes, el de número puro y abstracto total de números... no es posible que surja en un consciente como nosotros sino por la porfía de entender sólo ser, extrayéndolo de los entes, a pesar de la una, dos, miles y miles de veces en miles y miles de cosas en que entiendo hombre, gato, caballo, dos, elipse, ciudad... Para que la abstracción no resulte un procedimiento mecánico, un hacer tabla rasa y limpia, y un borrar impresiones o concepciones más o menos sutiles —y una forma *a priori* se purifique tan automáticamente de los entes como un filtro, o los ojos no queden presos de lo visto, cual queda una placa fotográfica expuesta a la luz—, no basta con que los sentidos se deshagan automáticamente de los entes; mente y sentidos de un consciente-viviente tienen que sentir y darse a sentir la abstracción; abstracción sentidamente tal, abstrayente, que siente que lo es, y no simplemente y determinadamente lo es. La porfía es una sentimentalidad *el* sentido de la cual es, precisamente —al porfiar por ver y por no ver cosas sino pura luz (radiación en ser), al porfiar por entender sólo ser, y no entes concretos—, que ser, luz... no son entes: algo objetivo, obstaculizante, enfrentante y

detentor de mente, ojos, oídos..., sino cosas vinculadas sin evasión posible con entes; *lo* sentido *por* mí, al ponerme a porfiar por ver luz sin cosas, ser sin entes... es, precisamente, que entender, ver... son estado vinculante ser con entes, luz con colores de objetos... La porfía, en cuanto sentimentalidad, me da, pues, a sentir la vinculación entre ser y entes, en el intento repetido, insistente, de separar ser de entes, luz de objetos coloreados... La vinculación entre ser y entes es, por tanto, algo sentido por un vidente, inteligente... que es, a la una, sintiente.

Séptima: Mas porfía no es sino una entre otras muchas sentimentalidades con funciones ontológicas, cual la que se acaba de describir. Tanto identidad como vinculación de ser con entes pueden ser dadas en varias sentimentalidades; y porfía es una de ellas. No hay, pues, correlación o vinculación biunívoca entre sentimentalidades (ontológicas) y contextura óntica, entre sentir y ser. Dada una constelación óntica definida por nucleones, moléculas, macromoléculas, células... ojos, orejas, mente... no queda prefijada la constelación de sentimentalidades que harán *vivible* sentidamente, *sible* sentidamente la base óntica. Que surja una u otra sentimentalidad será *porque sí,* no por razón óntica. Y el *porque sí* abarca tanto el que surja o no una sentimentalidad, como que surja o no ésta y no otra —puesto ya que haya de surgir alguna; o que surja así o asá —dado que haya de surgir una y ésta—. ¿Por qué me puse a porfiar por ver luz sin querer ver cosa alguna visible? ¿Por qué insisto en pensar en ser, sólo en ser, resistiéndome —con empeño digno, tal vez, de mejor causa para el entendimiento—, a entender lo propia y teóricamente inteligible que son 2, 5... elipse, hombre, lápiz...? ¿Por qué porfío por percibir espacio puro, tiempo puro? —*Porque sí.*

Ante todo, es *porque sí* el que me dé por porfiar. No hay razón por la que tenga que porfiar, como la hay para que de $2 + 2$ resulte 4; o para que una piedra, suelta de la mano, rehaga su camino de caída según la ley $s = \frac{1}{2} g t^2$, etc. Es además *porque sí* el que porfíe por método —por método transcendental, por abstracción formal o total... Y de tal porfía, regulada y reglamentada por filosofía y filósofos, no queda ya para siempre limpio y puro espacio frente a cosas externas, tiempo frente a sucesos, ser frente a seres. Pero el que el reparto de tal sentimentalidad —y dígase su tanto de las demás, como se irá mostrando y notando—, sea *porque sí,* no excluye una racionalidad retrospectiva o simplemente simultánea concordancia; excluye la racionalidad prospectiva —calculatoria, previsora, providente. Este aserto, por su resaltante im-

portancia, irá reforzándose a medida que progrese este capítulo, y los siguientes. Aquí *nos hallamos ante* un primer caso, y no era cuestión de dejarlo pasar desapercibido.

Octava: La porfía —y a su manera otras sentimentalidades—, puede *cosificarse;* o sea, impregnar y apegarse en cosas. La propaganda por avisos luminosos, sobre todo los que se encienden y apagan rítmicamente —horas y horas, días y días. . .—, las cuñas de televisión. . . son porfías cosificadas que, a la inversa de la que del sujeto parte, y pone a prueba la firmeza y mismidad de las cosas, pone a prueba la firmeza de nuestros convencimientos y gustos; y suele terminar, en la inmensa mayoría de los casos y cosas, por quebrar nuestra resistencia, y mostrar lo quebradiza que es frente a una porfía cosificada y mercantilmente proyectada.

Novena: Notemos finalmente que la porfía es una sentimentalidad que puede hallarse en tono natural, es decir: neutral frente a *qué es* y *que es* expresos y formales. No activa ni desvela *qué es* la cosa; sino, sean cuales fueren su firmeza, su mismidad y el grado de ellas, los *pone a prueba* —a que de la prueba salgan *qué es* la cosa y *que es* tal o cual deshechos y en trozos. En todo caso la porfía entra en el tipo de sentimentalidades propias de mundo natural, repartida y coajustada a *entes,* y aun en el caso de que porfíe yo por porfiar, me ponga a ser (estar) porfiado, muestro justamente lo que la porfía descubre precisamente, a saber: que yo soy firme, el mismo —firme en mis convicciones, firme en lo que me dé por sostener, firme por firme, frente a quien sea y a lo que sea. *Lo* sentido *por* mí es mi firmeza y mismidad; *el* sentido *de* tal sentimentalidad es mi firmeza y mismidad frente a otros; se la doy a sentir a ellos.

Dato VI. 12. "Aun antes de toda teoría, prevención, preservativo, *nos hallamos ya* con sentimentalidades repartidas y coajustadas con entes del mundo natural, según la sentimentalidad-modelo de ahinco, insistencia, importunidad."

Sin afinar demasiado en *el* sentido y en *lo* sentido por tales sentimentalidades, notemos los puntos siguientes: *primero, el* sentido de ahinco, lo que intenta por interna constitución y resonancia descubrirnos *del* objeto es su firmeza, sin ponerla a prueba al modo de la porfía, que la ponía a prueba para destruirla, y, si no salía con su intento, sentirse ella fracasada o incumplido su *tener que hacer.* Se ahinca uno en lo seguro y firme, para quedarse hincado, afincado en ello; notarse así firme en lo firme, adentrarse en su firmeza, quedar clavado como clavo en el objeto.

Lo sentido *por* mí *bajo* la sentimentalidad de ahinco es cons-

tancia; y el que llega, tras tanteos y a pesar de todos los pesares, a ahincarse en el objeto —material, físico... afincarse en finca, casa...—, trocar su estar en estadía, en estancia, en finca, darse con ahinco al trabajo, al estudio, al cargo... se siente *constante*. Los discontinuos golpes del porfiado sobre las cosas suelen terminar en el ahinco: sentirse clavado ya y remachado (*lo* sentido) en la firmeza del objeto (*el* sentido).

Segundo: nos hallamos ante una sentimentalidad con fin y final propios. La porfía puede tener, y suele tener, un simple final; un golpe último que o termina con la resistencia del objeto, o, si no es así, con la resistencia del sujeto. Se puede dejar de porfiar por inútil o cansado. El ahinco termina quedándose ahincado en finca, ajustado en ajustante, machihembrado; tal es, de vez, su fin y su final; su final es, realmente, su fin propio; y el fin propio resulta final, punto final. Se siente que se ha llegado a su final y complemento. Remachado es fin y final de clavar; cerrar con cerrojo, fin y final de cerrar una puerta; puño, lo es de mano; agarrar, de tocar; finca, de propiedad; convencido es fin y final, *sentidos,* de pruebas correctas; converso, fin y final de transformación religiosa...

Tercero: el afincamiento que el ahinco proporciona, por ser eso mismo, puede y tiende a llegar a entificar al constante, constante ya. Ver; mas remirar puede terminar en encandilamiento; pensar en un tema, resultar idea fija, manía, embebecimiento, absorción...; el converso, converso ya, termina por no pensar; el convencido, por olvidar las razones; razones y motivos de convencimiento acaban por ser consignas y dogmas; y tanto puede uno pensar sobre lo mismo que conversión y lo así, ahincadamente, pensado, le resulte obsesión (*lo* sentido *por* ahinco) y tema obsesionante (*el* sentido de una idea en ahinco). Ahinco es, por tanto, sentimentalidad repartida y coajustada con *entes,* tan coajustada que puede llegar a cosificación. Y al entificarnos no se sabe ya *qué es* el objeto ni *que es,* con percepción clara y distinta de esos dos *componentes de* él. Los somos en concreto, en firme, a la una: *Naturalmente.*

Cuarto: Que surja en nosotros la sentimentalidad de ahinco o constancia no es ni necesario ni necesariamente posible, es decir: que, dadas ciertas circunstancias, resulte necesariamente. Ante los mismos objetos —ideales, materiales, oficios...—, surgirá o no el ahinco, y seremos o no constantes. Ni siquiera es necesariamente probable que surja tal sentimentalidad; es ella un *invento* de nuestra realidad, de nuestro *estar siendo* entre entes, como recurso para

serlos. Resulta tan sólo retrospectivamente racional. Realmente con entes que sean lo que son por modo de firmeza está *a tono* ahincarse, ser constante. *Insistimos* en lo mismo, a pesar de las dificultades; *importunamos* para que se nos escuche, oportuna e importunamente, a destiempo o a tiempo; *lo* sentido *por* nosotros *bajo* la sentimentalidad de insistencia e importunidad —nos sentimos y sentimos y nos excusamos de ser insistentes, importunos, machacones. . .—, no es, precisamente, ahinco —menos aún, como es claro, dolor, susto, hastío, angustia. . .—; es justamente, originalmente eso mismo: insistencia e importunidad, que resultan tan incomparables por su originalidad misma como ineficaces serán siempre para quien no haya probado el sabor de aguacate, piña, chirimoya, babaco. . . todas las explicaciones que se le den: se parece al sabor de. . ., mas no es exactamente igual; sabe un poquito a. . . pero no lo es en propiedad. Me siento originalmente constante al insistir; me siento originalmente consistente, al importunar. *El* sentido *de* tales sentimentalidades, lo que me descubren *del* objeto y me lo dan para mí —no para él—, es, por complementaria virtud, su mismidad, para imponerla o para que se imponga —a pesar de. . . Repite una fuga su tema; y tal repetición es sentida como *insistencia,* oportuna y a punto; y sentimos la oportunidad de la repetición. Nos hallamos ante un caso de sentimentalidad cosificada. Insistencia musicalizada en fuga; insistencia en sinfonía con golpes de timbal. . . Es que tales sentimentalidades están hechas para ser y estar siendo en entes, adherirse a ellos; y los somos en ellas por el sentido, aunque, a la vez y en una, por su *lo* sentido estén siendo en nosotros —yo, tu, él. . .

Advirtamos ahora que tanto constancia como insistencia e importunidad son sentimentalidades, más naturales que porfía, a saber: es más probable —nunca necesario, o necesariamente posible—, que surjan porque sí, cual todo lo propiamente probable; surgen en más y en más cosas que la porfía. Y así se nos recordará; y se montarán profesiones y vida colectiva sobre esa probabilidad de que seamos constantes, insistentes, importunos si fuere menester; y se descartará en lo posible a simples porfiados, y moscones. Se irá, poco a poco, haciendo una estadística sencilla, por natural, de los grados de probabilidad (de sujeto) de sentimentalidades. Aquí fue ya posible establecer una primera comparación de grados de probabilidad: porfía respecto de constancia. Insistencia y constancia se prestan ya a ser sentimentalidades de *morada;* o hacer del mundo natural (casa) morada.

Dato VI. 13. "Aun antes de que nos prevengamos para detener

su surgimiento —si es que esta frase tiene sentido prospectivo, y no simplemente retrospectivo—, *nos hallamos ya* siendo nosotros en las cosas por nuevas sentimentalidades de estilo enticaptas: como aficionado a, encaprichado por..."

El sentido de la sentimentalidad *afición a, encaprichamiento por...* es la conveniencia sentida, la adecuación vivida de las potencias con una cosa —se aficiona la vista a ciertos colores, cierta manera de ver visiblemente el mundo (cada pintor); se aficiona la mente a matemáticas..., al juego; se encapricha uno por tal o cual cuadro, juguete...; las cosas más raras pueden convertirse en *hobby*: desde mecánica a coleccionar ediciones raras, estampillas, cajas de fósforos... El sentido de afición y encaprichamiento, aficionado a, encaprichado por, nos descubre, sentimental y sentidamente, la *adecuación* entre potencias y cosas, hombre y cosas. Es, pues, una nueva manera real y sentida de *verdad*. Son, pues, afición y encaprichamiento maneras de hacer sentidamente, sentiblemente posible —y no sólo lógica y abstractamente— nuestra apertura a los entes, brindándoles a cada uno acogimiento, sin el cual la percepción o captura de los entes, el dejarse captar por ellos, resultaría simple y neutral encaje o coajuste. *El* sentido de estas sentimentalidades comienza por hacer sentiblemente posible el que los objetos me afecten, dejándome yo afectar por ellos; me aficiono a ellos; me encapricho por ellos. De aficionado al conocimiento, de encaprichado por él... hasta amante de la sabiduría o filósofo se extiende una gama de sentimentalidades, creciente en punto a *apertura* (verdad) del hombre a las cosas y *captura* de las cosas por el hombre —captura con sus manos o potencias, no con frías e indiferentes redes.

Recalquemos en que el conocimiento no es sentiblemente posible sino porque, *aun antes de toda teoría* (realista, idealista...), *nos hallamos ya* siendo entre las cosas a conocer por afición, encaprichamiento... Distingamos, pues, una vez más entre *posibilidad lógica* y *posibilidad sentimental; verdad sentimental* y *verdad lógica* (ontológica pura); *verdad lógica sentible.*

Lo sentido *por* el hombre *bajo* la virtud de afición a, de encaprichamiento por... es, justamente, *mis* potencias de captar como *mías;* mi gusto por ciertos tipos de cosas, mis deseos o caprichos por ciertas clases de objetos; mi querencia natural por...; mis dotes para... Hay quien se aficiona a las matemáticas y las nota, bajo tal afición, algo así como *hechas para* su entendimiento, a *medida de* su mente; a la vez que, por aficionarse a ellas, son las matemáticas objetos, aliciente, medida y término de la afición a

ellas. Hay, por tanto, una concordancia; por la afición y aun por el capricho está uno hecho para el otro: hombre para cosas; queda, pues, elevada la simple adecuación a concordancia; o concordancia es adecuación sentible y sentida. *Verdad plenariamente sida.*

Las sentimentalidades de afición y encaprichamiento no se diferencian según mundo en cuanto mundo, ni se adhieren a ser (cosas en estado de ser), sino a grupos de entes, a cosas sueltas. Las hemos denominado, según esto, enticaptas.

No hace falta advertir que, ante las mismas cosas, en unos surgirá la afición y capricho, en otros no. Tales efectos sentimentales no se hallan necesariamente conexos con sus causas objetivas. Dadas las cosas, no pasa de ser probablemente posible el surgimiento de tales, u otras, sentimentalidades. Dentro pues, de tales límites surgen *porque sí,* de suyo (cf. Cap. VII).

Dato VI. 14. "Aun antes de que nos percatemos, *nos hallamos ya* dados y rendidos a las cosas o enticaptos por ellas por habernos dado y rendido a ellas."

Un espejo está patente a las cosas, y por tal patencia hace posibles las imágenes virtuales de ellas en él; y cuando haya cosas, surgirán en él las imágenes virtuales de ellas. Está patente a las cosas; pero no está dado o rendido a ellas. Mas la vista humana no está patente por el mero hecho de que los ojos se hallan, sin evasión posible, expuestos a lo que de las cosas reales vibrantes haya en el mundo; para que los ojos *vean* es preciso que se den o rindan a las cosas o que se hayan dado o rendido —*antes de darse cuenta* de que lo han hecho—; tanto es así que más adelante, cuando las cosas me molestan o absorban —lo que al espejo no sucede ni a los ojos en cuanto ojos—, los cerraré y no me daré a ver y menos a mirar, ni me rendiré a lo visible por muy vistoso que sea, si no quiero.

Igual diríamos del pensar: *ya antes de* toda precaución —de dudoso poder preservativo—, me hallo no sólo pensando en árbol, hombre, dos, curva, calle... cual mental espejo ante cosas, sino dado o rendido a la verdad: a lo que la cosa es —o presenta—; y que se trate de dado o rendido se notará justamente cuando, por el motivo que fuere, me niegue a afirmar, a negar; que ponga a dudar, a discutir... Comienzo, pues, por hallarme enajenado, dado y entregado a las cosas —verdades, o pretendidamente tales—, que justamente pueden pretender serlo a causa de tal previo e inocente enajenamiento mío; más adelante podré recuperarme de tal despojo, y, recuperado, darme o no a ellas; rendirme, si fuera posible, para siempre e irrevocablemente a ellas: dado a un credo, rendido a la

evidencia, dado a la física, entregado a la política, adscrito a una religión... Todo son enajenaciones previas que, retrospectivamente, adquieren el estado de enajenamiento o desenajenamiento conscientes.

Certeza es enajenamiento: rendirse o haberse dado a la evidencia; *fe* es un haberse la mente rendido, dado, o enajenado —o hallarse, *antes de*, enajenado ya a—, a *que es* tal cosa o *que es así o asá,* con renuncia o enajenamiento a evidencia y certeza sobre evidencia, etc., *mías*.

Darse, rendirse, hacen sentimental y sentidamente posible el *sentimiento* y el *consentimiento*. La afirmación y la negación resultan vivibles para el hombre por el sentimiento y el consentimiento (disentimiento...); posibles, a su vez, por darse, entregarse, rendirse... —o rehusarse, recogerse, retractarse...

Así que *el* sentido de tales sentimentalidades nos descubre las cosas, sin duda alguna; mas a la vez nos informa de que, sean cuales fueren sus propiedades de verdad, falsedad, rango de ser, de bondad o valor..., no pueden arrancarme afirmación o negación sino a través de asentimiento, disentimiento, consentimiento; y que asentimiento y disentimiento... no son, real y sentidamente, posibles, si no me rindo, doy, entrego. La verdad no tiene, pues, ni derecho ni poder, sólo por serlo, sobre el hombre; y la mostración de esta impotencia de la verdad y de los seres —sean los que fueren—, sobre el hombre proviene y se constituye por la inevitable intervención o mediación de sentimentalidades como las de darse, rendirse, rehusarse, entregarse... Afirmar queda sometido a afirmarse, negar a negarse; darse a afirmar y a negar son la base precisa —siempre recusable, siempre retraíble, jamás definitivamente renunciable—, de afirmación y negación.

Lo sentido *por* nosotros bajo tales sentimentalidades —o lo que el hombre siente *bajo* su virtud—, es, precisamente, la real e imperdible independencia del yo frente a las cosas; la inenajenable libertad frente a los entes. No hay promesa, voto simple o solemne, suficientemente seguros, para hacer imposibles apostasías, arrepentimientos, sublevaciones, dudas, reclamos, herejías... Darse a, rendirse a, entregarse a... —o *hallarse con que* uno ha sido dado a, entregado a... dado ya como esclavo, creyente, creatura, fiel...—, nos da a sentirnos, por una parte, *enajenados;* por otra cara de la misma medalla, *objetivados;* mas a la vez como perenne e inalienablemente desenajenables y desobjetivables por nosotros mismos.

Todo lo cual no obsta para que, *aun antes de* toda teoría, prevención, aviso, *nos hallemos ya,* como en estado natural, dados a,

entregados a, rendidos a ver, oír, pensar, querer, desear... cosas, verdades, valores, bienes... Y que darse, rendirse sin condiciones, entregarse sin reservas constituya una condición que hace posible conocimiento en firme, querer de verdad, obrar efectivamente. Advirtamos brevemente los puntos siguientes: *a)* Haberse dado inocente e ingenuamente a las cosas —hombres, religión, estado; a ver, oír, pensar...—, implica imperdible posibilidad, casi inmediata, de perder tales inocencia e ingenuidad. El realismo ingenuo está insistentemente amenazado de inminente pérdida de su ingenuidad; y, perdida, no se recobra jamás del todo; lo cual no es tanto haber perdido una cualidad humana eminente, sino haber recobrado el hombre su humanidad frente a las cosas; mostrar que no es *cosa* inteligente, volente, vidente... Luego una *expresa* teoría del conocimiento realista ingenuo o inocente es una falsificación; el ponerse a demostrarlo presupone dudar del realismo ingenuo o inocente. Sobre la inocencia de la niñez sólo escribimos los ex niños; y sobre la moral, los ex inocentes... Todo intento posterior de darse a las cosas, verdades, normas —como si no hubiera pasado nada—, de recuperar la inocencia perdida, la fe ingenua, la virginidad moral o religiosa, familiar... es sentidamente imposible, y sentimentalmente falsa. Es decir, la verdad objetiva resulta ya sentimentalmente insegura, dudosa, incierta —sea cual fuere su grado de evidencia.

Al revés: una teoría del conocimiento, o trato con las cosas, de tipo idealista, resulta sentidamente imposible, no sólo porque, *aun antes de* ella nos hallamos inocente e ingenuamente dados a las cosas, rendidos a ellas, encantados por ellas —por tanto tal teoría es *preveníentemente* imposible, falsa como teoría preveniente—, sino porque la pérdida de tal inocente entrega a las cosas no se hace por virtud de tal teoría; no es teoría *consecuentemente* eficaz. Se verifica, cual la pérdida de toda inocencia real, por la evolución natural del hombre: de hombre que es y no sabe que es hombre, a hombre que es y sabe que lo es —y no es piedra, luz, número, figura...—; que así se pierde la ingenuidad moral, la virginidad corporal, la candidez de alma; y gente habrá que se pase la vida entera tratando, inútilmente, de recuperar virginidad, inocencia, candidez —moral, religiosa, mental—, sin caer en cuenta de que tal estado lo es de *enajenación* del hombre en cuanto hombre. El hombre en cuanto hombre, y todo lo suyo vivido y sido ya en cuanto humano, no se entrega ni puede entregarse a nada sin *reservas;* se ha recobrado ya el ser hombre, el ser yo hombre.

b) Entre el estado de enajenación inocente —dato *inicial,* cf.

Parte I, Cap. I, § 1—, e intento imposible —por atentado inconsumable contra el hombre en cuanto tal—, de *reenajenación consciente*: de ser sincera, total, irreversiblemente algo —religioso, creyente, fiel, ciudadano leal, realista crítico...— se abre, o ha abierto un abismo que *trans*poner: el de tipo *intento irrealizable*, mas siempre intentable o emprendible, y constantemente intentado y acometido.

Se trata de intentos *meta*físicos.

Toda teoría es, pues, posible como intento, perennemente intentable, constantemente intentado, y con no menor frecuencia irrealizado; existe como intento, caso por caso; fracasa como realización definitiva; gánase, tal vez, cada una de las batallas, se pierde la guerra o la paz definitiva. La paz consistiría en quedar ya rendido, dado, enajenado definitiva e irreversiblemente a las cosas —verdades, valores...—, en cuyo caso nos sucedería como a quien, por haber deseado ser árbol, animal o diamante, se le cumplieran los deseos, y lo fuera ya; no se le habrían cumplido *sus* deseos, pues ya no podría notar que es animal, diamante...; y *notar* que es eso es justamente lo que deseaba. Por suerte nuestra, por la suerte o dato de ser hombres, no podemos quedar definitivamente enajenados por nada ni por nadie —no podemos ser definitiva y totalmente creatura, fiel, creyente, cognoscente, cosa... Toda teoría —filosófica, religiosa, social, política...—, es incurablemente falsa por errónea, es decir: por no dar ni poder dar en su meta y dejarnos clavados en ella, sin posibilidad de desclavarnos ya de ella, y sin posibilidad ya de sentirnos clavados en ella.

Su cumplimiento es su mismo fracaso.

Caso por caso, con una frecuencia característica para cada dominio de cosas, tales intentos se cumplen: el ojo se da a ver esta pared de enfrente, y consigue verla; la mente se da a demostrar un teorema, y alcanza a demostrarlo y verlo en su verdad firme y asegurada por la demostración correspondiente; la voluntad se da a practicar tales actos de justicia, religión... y lo obtiene y se hace realmente buena, piadosa; mas si la vista no pudiera ya desprenderse de lo visto, quedaría encandilada; en su caso, la mente resultaría embobada o extasiada; la voluntad, empedernida o cristalizada en bien; y ya no notaríamos que vemos, que pensamos, que queremos. El que veamos, pensemos, queramos... proviene de una *reserva de dominio*, de lo inenajenable, de lo no dado a, no entregado a las cosas —verdades, Dios, Estado, sociedad... So pena de ser hombre y no saber que lo somos, todos tenemos que hacer frente a todas las cosas —Dios, dogmas, verdades... La inocencia

no es, pues, mérito —ni moral, ni religioso, ni científico, ni filosófico, ni fenomenológico. Todo lo cual no es teoría; es altoparlancia de lo que el hombre es: es *hombre y se siente hombre.* Los intentos programáticos de entrega total —objetivación más enajenamiento—, pertenecen, como se acaba de decir, a la *Metafísica*, y en ella se habrían de estudiar. Mas

Dato VI. 141. "Aun antes de toda teoría, el hombre *se halla ya* en estado de inocencia moral, religiosa, ingenuidad gnoseológica, candidez óntica y ontológica; inocencia, ingenuidad y candidez *neutrales* frente a tales órdenes explícitamente puestos e impuestos; todo lo cual proviene de la natural sentimentalidad de estar dado a, entregado a, sin caer aún en cuenta de que todo ello es una *enajenación* real, además de *objetivación;* mas en tal actitud e instalación *naturales* —por tanto simplemente neutrales—, está latente —con posible disparabilidad por pretextos, ocasiones, oportunidades. . . , sin necesidad de causas propias—, el surgimiento de la sentimentalidad de enajenado, rendido, dado; incautado por, vendido a, expropiado por. . ."

c) Abstración formal, total *epokhé* fenomenológica, reflexión transcendental, en general: todo darse a unos objetos —más o menos generales—, con rechazo de otros —vgr. singulares, casos, concreciones. . .—, todo negarse a afirmar o a negar, o no ponerse a —ver, oír, juzgar, querer—, no son *humanamente posibles* sino por ser *sentidamente posibles.*

No basta, pues, con demostrar la posibilidad lógica o abstracta de tales actitudes, y la posibilidad lógica de sus contenidos. Con todo ello no se ha mostrado lo más importante: que son actitudes o instalaciones *sentimental o sentidamente posibles,* como tiene que ser toda actitud de un ser que es lo que es y tiene que saber o notar lo que es, y que tiene que notar lo que es para ser lo que es. Que también el espacio abstrae, y la placa fotográfica abstrae, y el ojo abstrae. . .; mas no sienten lo que hacen y, por eso, ni ven ni entienden. Así que la abstracción no es *humanamente posible* si no es *sentidamente posible.* Y mostrar esto último no se hace por demostración, sino por caer en cuenta de que realmente disponemos de tal tipo de sentimentalidades, con *el* sentido ajustado a esta necesidad y función.

Un concepto cualquiera, vgr. el de hombre, número. . . no nos serviría para conocer si no fuera doblemente afectable, o estuviera doblemente sensibilizado: a sentir yo que entiendo mediante él, y a ser él afectable por las cosas, a que las sienta; sea, pues ,a una el concepto condición de posibilidad de sentirme yo (entendiendo,

viendo...) y condición de posibilidad de hacérseme sensibles las cosas. Lo cual obtiene un concepto —forma *a priori,* prejuicio, idea, imagen...—, por empapamiento de una sentimentalidad, por la fusión en ella de *el* y de *lo* sentido.

Los conceptos son conceptos; mas para ser humanos tienen que estar siendo sentimentalizados por sentimentalidades —no por sentimentales, directa e inmediatamente; una forma *a priori* no es condición de posibilidad de experiencia y de objetos de experiencia, si no está sensibilizada por sentimentalidades que tengan de vez *el* sentido *de* y *lo* sentido *por*: *nos* den a sentir los objetos, y hagan *a* los *objetos* sensibles para mí.

Una de tales sentimentalidades es, por lo pronto, el darse a, el entregarse a; o el haber*se* dado a, el hallar*se* entregado a, incautado por, embargado por...

Dato VI. 15. "Aun antes de toda prevención teórica, *nos hallamos ya* con sentimentalidades *desentifactivas,* tales como distracción, desvío, desprendimiento, desapego..."

El sentido de tales sentimentalidades es, patentemente, la neutral e independiente constitución de los objetos, su ser *en sí,* que muestra, sin aspavientos, no haber sido afectados por nuestra estancia cognoscitivo-sentimental entre ellos, vgr. por porfía, insistencia, embobamiento, absorción, enajenación, afición, encaprichamiento... Tales tipos de sentimentalidades de *incautamiento* provienen de nosotros; y, al desgajarnos de las cosas —por esos inventos que son las sentimentalidades de desvío, distracción, desapego...—, no nos llevamos nada de las cosas; dejámoslas ahí, a sus anchas, sin pena ni gloria, tal cual eran.

La neutralidad sentimental de las cosas, aun de las que han estado haciendo de objetos —de nuestra vista, oído, entendimiento, querer, manos, deseos, deberes...—, es *el* sentido de tales sentimentalidades, y sin ellas sabríamos tal vez teóricamente que los objetos son, además de eso, cosas *en sí;* mas no lo *sentiríamos,* con mente sensible, coafinada a las cosas.

Lo sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades nuestras —el modo como nos hacen sentirnos—, es, complementariamente, como independientes de las cosas-objetos, cual en *nosotros* ya, revertidos y vueltos a nosotros tras la extroversión o entrega a las cosas. Y de nuevo, tales sentimentalidades, cada una con su matiz más o menos acusado en los dos componentes de *el* sentido y de *lo* sentido, hacen no solamente pensable, sino sentible nuestra independencia frente a las cosas, haciéndonos sentir recobrados y recobrables de nuestra objetivación y enajenamiento. Nos desenaje-

nan y hacen sentir tal desenajenación, y nos hacen sentirnos desenajenados ya.

Advirtamos: *a)* Tal sentirnos desenajenados o desincautados es una sentimentalidad, es decir: algo bien real, mas no necesario ni en su surgimiento ni en su permanencia; es, cuando más, *probablemente posible* que tales sentimentalidades surjan en nosotros; en unos, dadas ciertas oportunidades, emergerán; en otros, y ante las mismas oportunidades, no. Y aun respecto de uno mismo las mismas circunstancias darán a veces por resultancia despego, desvío, distracción; otras, permanencia en el objeto por afición, apego, pereza, costumbre... Mas son *necesariamente posiblemente posibles,* es decir: tiene que haber una cierta probabilidad, con frecuencia peculiar de surgimiento, por motivos que se declararán más adelante (Cap. VII) y que se resumen en el enraizamiento de las sentimentalidades en sentimentales, y de éstos en la realidad óntica de cuerpo y alma. De algo tiene que venir el que cada día, y aun cada hora, por no decir cada momento, *nos distraigamos* sin más, porque sí, en medio de nuestras más urgentes, sagradas, nobles y solemnes, obligatorias y comprometedoras tareas, y que, de repente, sin más razón, porque sí, nos sorprendamos con un desapego hacia lo más querido o debido querer, que a nosotros mismos nos sorprende y escandaliza.

b) Como toda sentimentalidad, son éstas *potenciables*: distracción, y hacerse el distraído; indiferente, y mostrar desapego; aparte de la escala casi natural entre distracción, desvío, desapego... Mas el paso de un grado a otro, y las potenciaciones de cada grado, no se producen a voluntad; por mucho que a veces uno querría ante un objeto mostrar indiferencia, frialdad, desapego, distraerse de él, puede suceder lo contrario: justamente por violentar la espontaneidad emergente de tales sentimentalidades.

Es más *probablemente posible* que surja distracción, y nos distraigamos, que no que sobrevenga desapego. El tipo de *porque sí* de las sentimentalidades admite grados en la categoría general de *probablemente posible.* Según la clase de objetos presentes —a vista, oído, mente, voluntad...—, tal modalidad se remodelará con las de necesidad, imposibilidad; vgr. es improbabilísimo (casi imposible) que un pianista se distraiga mientras ejecuta en público teatro, colmado de oyentes, una pieza musical que tiene aún que seguir mirando en la partitura. Es improbabilísimo (por tanto casi necesario lo contrario) que un conferenciante, improvisando su disertación, se distraiga, y es bien difícil o imposible que lo distraigan ruidos corrientes... Una vez más: tal necesidad o imposi-

bilidad proviene del arraigamiento de toda sentimentalidad en sentimentales, y de éstos en cuerpo viviente, en cuerpo simple.

Dato VI. 16. "Aun antes de toda prevención —y *aun después de* toda precaución tomada y decidida—, *nos hallamos ya* surtidos de sentimentalidades que nos vuelven potencialmente sensibles a los objetos; tales son, entre otras, acuciado, estimulado, aguijoneado, azuzado, incitado. . ."

El sentido de tales sentimentalidades —o lo que nos descubren o cómo nos descubren los objetos—, es una peculiar actividad o modo de enfrentársenos el objeto, cual aguja, estímulo, aguijón. En una palabra: el objeto —o ciertos objetos, o determinados casos de ciertos objetos—, nos *obsesionan* y, por tal cerco, resultan obsesionantes; azacanes, y nos sentimos azacanados por ellos; azores, y nos notamos azorados. Lo cual, en primer término, es una deposición o un *testimonial* —no una prueba o demostración—, de que las cosas no solamente son afines al conocimiento, voluntad, deseos, sentidos; sino lo que es más y mejor: son sentidamente afines en crecientes grados de emparentamiento. Nos persiguen ciertas ideas, y problemas; nos estimulan ciertos valores a que los realicemos pronto y bien. Tan hechos están los ojos para la luz y colores que éstos pueden hacer y hacen, en efecto, de estímulos de las sensaciones; y como pueden resultar demasiado estimulantes, los sentidos —vista que ve, y nota que ve. . .—, se defienden reduciendo en algún grado —vgr. por función logarítmica de la intensidad—, su puntiforme objetividad —señalándoles umbral superior, inferior, diferencial. . . Todo lo cual no proviene solamente de un acrecentamiento de la sensibilidad, de potenciaciones del *en sí* del *viviente* y del cons*ciente* —del consciente*mente* viv*iente,* sino también de las cosas mismas.

En efecto, no tan sólo la intensidad o la luz crece de natural manera desde la salida del sol a su ocaso; la luz en el desierto es todo un cerco real, obsesionante, deslumbrador, encandilante. Es que obra realmente sobre sentimentales, base de sentimentalidades, mostrando así —sin proponerse demostrarlo, ni falta que hace—, su afinidad real con la *realidad básica* del hombre y la de sus sentidos, por mil componentes —uno de tantísimos cuerpos, uno de tantísimos absorbentes de luz, uno de tantísimos conductores de electricidad. . .

Y al matemático de profesión y por vocación un problema resulta estimulante y obsesionante, no sólo porque la conciencia es sentimentalmente potenciable —es algo, nota que es algo, nota que ha notado ser algo. . . ; siente y se resiente de haber senti-

do. . .—, sino también porque un problema, cual la cuadratura del círculo, en cierto momento histórico, la trascendencia de *pi,* en trance de solución, resultan dentro del contexto coherente de verdades matemáticas un vacío, y cual raya negra (de espectro de absorción) dentro de un espectro de colores (espectro de emisión) de un cuerpo incandescente. La transcendencia del número *pi,* la irracionalidad de $\sqrt{2}$, de $\sqrt[3]{2}$. . . son una especie de cortadura —de raya en negro, dentro de secuelas especiales de números racionales, algebraicos; y tal carácter, el de no poder ser racional, no poder ser algebraico, se demuestra *ad absurdum,* por demostración negativa o por demostración de una negación—; el crecimiento y decrecimiento de ciertas sucesiones de números cercan —con finura creciente sin límites—, a $\sqrt{2}$, $\sqrt[3]{2}$, π, e, sin lograr dejarlos incardinados a la sucesión creciente o a la decreciente; la línea divisoria hácese de tal finura que $\sqrt{2}$, $\sqrt[3]{3}$, e. . . se distingue de los números que con ellos van coincidiendo, por décimas, centésimas, milésimas. . . billonésimas. . . ; y $\sqrt{2}$, $\sqrt[3]{3}$. . . se evalen de la total coincidencia por alguna cifra.

Por la ley o función

$$e = (1 + 1/n)^n$$
$$\lim. \ n \to \infty,$$

o sea por la serie

$$e = 1 + 1/1! + 1/2! + 1/3! + \ldots \ (n \to \infty)$$

puédense construir cuantas cifras se quiera de e; por la demostración *ad absurdum* quedará patente que ningún número racional o algebraico coincidirá enteramente con e. La demostración —sin construcción (ley o función determinada)— daría que hay un vacío, a lo mejor puro hueco, no rellenable por nada; la pura función, sin demostración *ad absurdum,* sólo mostraría el propísimo y creciente relleno del hueco por números racionales o algebraicos, mas no el que, por muchos que entren, nunca podrán rellenar con su tipo el hueco. Los números e, π —entre otros casos, más en número que los números racionales y algebraicos—, son *constructos*: cosas artificiales, tanto o más, transfinitamente más que nevera, televisor, lápiz. . . Por eso el matemático nota que son problemas a construir, es decir: a *resolver por invento.* Y como todo invento, no se puede demostrar que es posible hasta que haya sido realizado con éxito; π, e, poseen, por tanto, racionalidad *retrospectiva;* no

son posibles antes de ser reales. La transcendencia (matemática) de π, *e*, pudiera, pues, enunciarse así: π, *e*... son números artificiales montados según una ley o función tal que no puedan coincidir con ningún número previamente construido (racional, algebraico...).

En general: toda cosa artificial, todo invento, por no ser sino tan sólo negativamente posible antes de ser real (o realizado), no es *objeto* como las cosas que, por no ser invento, preexisten como positivamente posibles. Así un árbol, un río... es positivamente posible objeto, antes de ser visto; un televisor no es positivamente posible objeto de visión, sino después de ser inventado, montado con éxito. Todo invento, todo lo artificial —por no preexistir cual positivamente posible antes de su realización exitosa, por ser sólo posiblemente racional tras su realización—, rompe la continuidad de la línea modal

negativamente – *posiblemente posible* (prospectivamente posible) — *real* — *posible por ser real* (retrospectivamente posible) — *posible por haber sido realizado*—; y queda la línea modal así:

negativamente posible — *real-posible por ser real* (retrospectivamente posible) — *posible por haber sido real* (repetible ya, fabricable en serie...).

La distancia insalvable entre negativamente posible y real, el *hueco modal*, actúa de original manera como objeto: objeto acuciante, estimulante, urgido de ser, en inminencia de creación. Nos son dadas de original y positiva manera sombras, silencio, frío...; a la mente se le dan de original y positiva manera las privaciones de racionalidad prospectiva, de posibilidad positiva de ciertos órdenes de cosas. Tales objetos —que lo serán después de ser reales y que no son objetivables (positivamente posibles como objetos) antes de ser reales, sino por serlo y haberlo sido ya—, poseen una preobjetividad dada como *el* sentido de sentimentalidades del tipo: estimulado, acuciado, obsesionado por... Tales objetos (objetivables) resaltarán —y nos saltarán a los ojos, entendimiento, manos...

Lo sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades es, justamente, esa nuestra originalísima sensibilidad o previa coafinación a lo que viniere, a lo que resultare, al éxito. *Lo* sentido *por* nosotros, al sentirnos acuciados, estimulados, obsesionados... es un testimonio, es decir: un testimonial de nuestra *previa* coafinación con lo *nuevo*, con lo súbitamente real, *concretado* tal testimonial en sentimentalidades especiales, imprevisibles ellas mismas, o sin racionalidad prospectiva, mas que, una vez surgidas a realidad, muestran su ajustamiento con la función de este testimonial que hemos

llamado previa y descriptivamente coafinación con lo nuevo, con lo real de sopetón.

Advirtamos ahora: *a)* De las sentimentalidades en estado de testimonial se hablará aquí, en especial de las sentimentalidades-testimoniales de apertura previa a lo *sobre*natural —milagros, casos de rareza estadística, ocasiones, sorpresas... Aquí sólo se han descrito algunos testimoniales, es decir: la manera como están siendo, o siéndonos sentidas, las realidades que surgen a reales por sopetón, por novedad, y que, así, se nos entran por los ojos, mente, deseos... *b)* Tales testimoniales nos dan tanto el sentido de la novedad óntica del objeto correspondiente —por tanto de un *en sí* especial de objeto, superior al *en sí* notado como *el* sentido de sentimentalidades cual las de porfía, insistencia, rendimiento... El *en sí* de las cosas no es, pues, uniforme; es de diversos tipos, disponibles o no en serie creciente.

c) Que se nos den sentimentalidades ajustadas a lo nuevo, inédito, súbito... —como *el* sentido de ciertos estados de determinadas cosas—, y ajustadas de manera que *lo* sentido *por* nosotros *bajo* ellas sea, precisamente, estímulo, obsesión, acuciamiento... es otro caso de *porque sí,* de espontaneidad creadora. Dadas novedad, espontaneidad, originalidad... no resultan necesariamente ellas estímulo, acicate... Difícil se nos hará más adelante dar sentido claro y distinto a novedad óntica, subitaneidad de aparición. Mas *ya antes de* tales cuestiones y de su benévolamente previsible positiva respuesta, *nos hallamos ya* con un sentido de sentimentalidades a tono con tal novedad óntica, o de ser, o de aparecer (subitaneidad, novedad resaltante sobre pantalla de tiempo uniforme...). Son, pues, tales sentimentalidades posiblemente posibles, y si logramos mostrar su conexión básica con sentimentales serían necesariamente posiblemente posibles, es decir: probablemente posibles (tomando necesidad como límite de probabilidad). Así que notar la novedad óntica y su manera de aparecer en el tiempo es sentimentalmente-sentidamente posible; y además sentimental y sentidamente probable; y, dadas ciertas condiciones o circunstancias, es sentimental y sentidamente probabilísimo.

Dato VI. 17. "Aun antes de toda teoría o prevención eficaz, *nos hallamos ya* siendo entre las cosas con las sentimentalidades de terquedad, dureza, empedernimiento, *el* sentido de todas las cuales —o lo que ellas y por su virtud nos descubren de las cosas—, se cifra en la *impotencia óntica y fenomenológica* de las cosas sobre el hombre."

Por las sentimentalidades de darse y rendirse (VI, 14) quedó

patentemente anotado que las cosas, sea cual fuere su tipo de ser y de patencia (óntica, de evidencia a deslumbramiento), no adquieren la categoría o estado de objeto si no les damos posibilidad de acceso, sentido y sentiente. Y si, "*aun antes de* toda prevención, *nos hallamos ya* dados a las cosas y rendidos a algunas de ellas", tal inocente y cándida entrega estaba constitutivamente amenazada de una probable irrupción de sentimentalidades como desvío, distracción (VI, 15); la certeza es necesariamente posiblemente transible por dudas, y posiblemente transida de ellas, y frecuentemente socavada de dudas; y la fe se halla con mayor posibilidad aún expuesta a dudas, y de continuo transida de ellas; la incredulidad es constitutiva de la creencia, y la propensión a la caída de creyente a crédulo sólo se evita por la incredulidad latente y latiente en la creencia. Ser incrédulo es una de las posibilidades intrínsecas a la fe, y una de las probabilidades imperdibles de la fe, de modo que el que sea perdible la fe proviene de su misma esencia —de lo que hace posible la fe misma—, como salir un seis, jugando a dados, es una de las posibilidades propias del juego de dados; mas no salir seis, sino uno, y perder la apuesta, es otra de las posibilidades propias del juego; y si no pudiera salir uno sino seis, y seis... siempre seis —una vez sacado un seis—, el juego fuera trampa. De ahí que la perdibilidad aceche a la fe, y la aceche por esencia, mucho más que a la certeza. De ahí que el creer pueda ser mérito; y el no creer, antes o después de haber creído, no sea demérito. La creencia es un crédito o depósito de confianza en una cosa o persona, y, como depósito, reclamable en cada momento; y, si no se lo reclama, será por pura generosidad, espontaneidad, gracia que hace la conciencia de quien *sabe que es*. Se trata de un obsequio o don que hace de sí misma la conciencia; mas inevitablemente revocable, a no ser que se trocara en piedra —empedernimiento en fe—, o que fe dada engendrara dureza de cascos.

Ahora bien: es un dato que en el hombre surgen sentimentalidades del tipo terquedad, empedernimiento, dureza, cerrazón mental, cerrilismo..., *el* sentido de las cuales, y sus afines, consiste en la impotencia óntica y fenomenológica de las cosas sobre el hombre. Por muy evidentes, sublimes, buenas, grandes o infinitas, potentes u omnipotentes... que sean ciertas cosas, me es positiva, real, sentidamente posible, y frecuente, cerrarme a ellas, empedernirme frente a ellas, endurecer mi mente y corazón respecto de ellas; y surgirá la significativa escala verbal de *no, renó* y *recontranó*.

Afirmar y negar, creer... son préstamos redimibles, créditos abiertos, depósitos a la vista —a la gana de la conciencia.

Y *lo* sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades no es, precisamente ni siempre, desprecio por el objeto, denegación de su verdad, injuria o desacato; *lo* sentido es que no somos cosa entre cosas, objeto entre objetos, y que no solamente no lo somos, sino que sentimos no serlo. *Nuestra transcendencia* frente a todo es *dada sentimentalmente,* es decir: es transcendencia *sentidamente posible* —y así tiene que serlo, so pena de que degeneremos en piedra o diamante.

La terquedad nos cierra a ciertas cosas, encerrándonos en una, querida por nosotros; la dureza nos vuelve insensibles e inaccesibles a ciertas cosas, a nombre de mi acosidad; mas, por el endurecimiento, resulta posible, sentidamente posible, que una cosa —idea, valor...—, se clave en duro y quede remachada en nosotros; y por el empedernimiento mostramos, como el yunque, que la insistencia del objeto —ideas, proyectos, predicciones, consejos—, es contraproducente, no porque neguemos sus cualidades —de verdad, divinidad, aliciente...—, sino justamente por ostentarlas ante, y querer imponerlas pretenciosa o pretendidamente a una intimidad que, por constitución esencial, no admite más que sugerencias discretas e indicaciones sutiles. Que la conciencia, y en su grado la vida, haya inventado sentimentalidades peculiares para mostrar que está siendo en sí y para sí, y correlativamente que las cosas son *impotentes* para arrancarnos consentimiento, asentimiento, afirmación es un *dato.*

Por terquedad, dureza, empedernimiento... nos desenajenamos de muchas cosas, a costa de enajenarnos en una; mas por no ser tales sentimentalidades, al igual que las demás, sino tan sólo probablemente posibles, al ser reales les queda el matiz de probables; otra vez, alguna vez, bajo las mismas circunstancias, ante los mismos objetos... será no sólo posible, sino probable que en el hombre surjan sentimentalidades como distracción, desvío, despego...; y nos empedernamos frente a lo mismo que se hincó por la terquedad en nosotros. Todas las cuales sentimentalidades surgen, y se inventan en el hombre, no para injuriar, insultar, despreciar a nada ni a nadie, sino como constitutivos propios de una intimidad —de la intimidad del que es y tiene que notar lo que es.

Qué matices originales tomen estas y otras sentimentalidades cuando surgen entre personas, entre hombres, será tema de especial y cuidadoso tratamiento más adelante. Pero es claro ya sin más que bastará con que una persona insista, porfíe, exija ren-

dimiento, entrega. . . , para que resulte tanto más probable el surgimiento de terquedad, empedernimiento, endurecimiento. . .

Advirtamos: *a)* estas sentimentalidades, como en su grado las demás, descubren como *el* sentido de ellas el *que es* del objeto o cosa; mas no el simple y nudo *que es,* sino el bloque neutral de *que es-qué es.*

Nos entercamos en nuestra opinión, haciendo oídos sordos a las razones en contra; no precisamente para refutarlas, o declararlas falsas, sino para mostrarles su falsedad *real,* es decir: su impotencia frente a un yo que se ponga a no *dar* razón a las razones; y, a su vez, nos entercamos en una opinión —dogma, idea, principio. . .—, por ser nuestra, por darle nosotros razón, independientemente de sus méritos de evidencia intrínseca, histórica, científica. . . Esta neutralidad —no aniquilación, refutación, ignorancia—, de la conciencia frente a las razones depone de la neutralidad de estas sentimentalidades.

b) Estas sentimentalidades son del tipo *enticaptas,* individuadas por cosas; *negativamente,* a las que nos cerramos de plano, sin discusión; *positivamente,* a las que encerramos dentro, por nuestras, por darnos sin reservas a ellas, y darnos a ellas independientemente de sus méritos de verdad, porque sí, porque nos da la gana, por ser yo yo; lo cual hace que, en los límites de lo posible, yo quede individuado por tal cosa: idea, dogma, consigna. . . , individuado como quisicosa, pues la razón por la que me enterco, empedierno, endurezco —en una idea, dogma. . .—, no es por los méritos intrínsecos de tal idea, dogma. . . ; llegados al momento de la verdad, cuando nos apriete la razón contraria, si vemos peligro de perder no la idea, el dogma. . . sino *nuestra* idea, *nuestro* dogma. . . *nuestro* credo. . . , nos cerramos a razones y apelamos a la fuerza —o a taparnos los oídos, a la censura, a la excomunión. . . Se trata aquí de un problema ontológico, al menos: casi cosificarnos a manos de sentimentalidades que surgen en nosotros, con la imposibilidad peculiar de toda sentimentalidad, mas con el doble y conexo poder de descubrimiento: *el* sentido de, *lo* sentido por. . . ; y, a la vez, mostrarnos transcendentes frente a las cosas. Transcendencia sentida que hace realmente posible la transcendencia. Son, no obstante, estas sentimentalidades cuchillos de doble filo, como se echa de ver. La casicosificación —dureza de cascos, tozudez, testarudez, cerrilismo, intolerancia, intransigencia, estrechez mental, fanatismo. . .—, que, probablemente, engendran, depende de un cierto vínculo entre sentimentalidades y sentimentales, punto a tratar más adelante.

Dato VI. 18. "Aun antes de toda teoría y preservativo práctico, *nos hallamos ya* los hombres con sentimentalidades del tipo ahogo, angustia, encierro. . . , y sus sentimentalidades complementarias de desahogo, desfogarse, respiro. . ."

Lo sentido *por* nosotros *bajo* ahogo, aprieto, angustia, encierro. . . —o cómo nos sentimos al sentirnos angustiados, apretados. . .—, se caracteriza por un peculiarísimo matiz de la sentimentalidad de darse, rendirse, entregarse a. . . (Dato VI, 14): estar uno, en lo que de él mismo depende, abierto a, dado a, rendido a las cosas —ojos abiertos y dados a ver; mente patente, y rendida de antemano a todo lo inteligible. . . ; pulmones ansiosos de aire; y, a pesar de ello, imposibilitados para ver, marchar, pensar, respirar. . . por interposición de algo entre yo y entes. Es necesario que, soltada, caiga la piedra que en la mano tenía; es probablemente posible que surjan tales sentimentalidades al darnos a ver, al querer recordar, al ponernos a pensar, al decidirnos a salir. . . , y notar que la vista tropieza en una pared, que no damos con las palabras requeridas para la exposición en una conferencia pública y comenzada ya; que nos abandona la valentía, cuando más la necesitábamos, y seguimos listos y ansiosos de tenerla; empero en tales circunstancias no es necesario que surjan, ni siempre ni en todos, tales sentimentalidades. Habrá quien se eche a dormir, le dé un bledo quedar mal ante un auditorio, pasar por cobarde. . . Ahora que, por la vinculación entre sentimentalidades y sentimentales, es *necesariamente* probablemente posible que surjan la angustia, el aprieto, el ahogo, en casos como encierro, enclaustramiento, campo de concentración, convento, cuartel. . . —aparte de sentimentales como asma, disnea, opresión de pecho, angina, ahogarse o ser estrangulado, en que predomina *lo* sentido *por* nosotros *bajo*. . . y tiende a cero *el* sentido *de*. . .

No basta, pues, con poseer sentidos perfectos, abiertos a toda la comprensión del objeto —a luz, colores, sonidos, aire. . .—; ni es suficiente la posesión de formas *a priori* que *son* la apertura misma hacia espacio, tiempo, causalidad, orden, universalidad. . . , y la natural apertura de la inteligencia a todo lo inteligible, y de la voluntad a todo lo bueno, valioso y preciado. . . No basta con que haya *entes* visibles, audibles, pensables, volibles. . . Tales aperturas previas son, a lo más, condiciones necesarias de conocimiento, volición. . . mas no suficientes; y son insuficientes, no precisamente porque no garanticen el que haya objetos —a ver, oír, pensar. . .—; como vimos los hombres somos uno de tantos cuerpos, uno de tantos vivientes, uno de tantos animales y cada uno uno de tantos hom-

bres, mis ojos unos de tantos ojos, mi mente una de tantas mentes... La objetividad, que haya objetos, es un *dato* natural, previo a toda teoría, y *neutral* frente a ellas. La insuficiencia proviene de otras raíces: *a)* no basta *ser* abierto a, se requiere *estar* abierto a, es decir: sentir tal apertura, sentirse patente a; no obstante el surgimiento de tales sentimentalidades es sólo probable, o probabilísimo en el mejor de los casos, mas no necesario. Hay, pues, que añadir condiciones *sentimentales* de probabilidad a las necesarias de posibilidad. Las condiciones de posibilidad de la experiencia —la amplitud característica del objeto formal, dicho en terminología afín y añeja—, no son condiciones de posibilidad de los objetos de la experiencia, si no son sensibilizados por sentimentalidades adecuadas, enraizadas en sentimentales propios. Vgr., dado a, rendido a, entregado a..., gozosa, curiosa, ingenuamente, advertidamente. *b)* No obstante, dada la apertura, y dados a tal apertura, podemos morirnos de ganas de ver, entender, desear..., y tanto más cuanto más dados estemos a, puestos a, entregados a. La apertura sentimental, la apertura sentida como tal, puede, con probable posibilidad, trocarse en ahogo, angustia, aprieto, encerrona; basta con que un objeto determinado actúe de *obstáculo,* es decir: de *ente* con función de exclusión del *ser,* de taponamiento del *trans.* Que hay tales entes-tapón es un dato: o por taponamiento interior —sordera, creciente anublamiento de la vista... hasta paredes de cárcel, muros de castillo, de celda... De nuevo una cosa es objeto-obstáculo; otra, objeto-obstáculo sentido; sin el surgimiento, probablemente posible, de sentimentalidades como ahogo, aprietos, angustia... los obstáculos carecerían de *el* sentido.

Así que *el* sentido de las sentimentalidades dichas, lo que nos descubren de las cosas, es su carácter de obstáculos, de objetos, de obstaculizantes la objetividad y la objetivación. Que se nos den, o patenticen, objetos, no está conseguido por sólo que los haya y que haya en nosotros potencias abiertas a ellos, o a grupos de ellos, y que se sientan abiertas a ellos —dadas a, entregadas a... Objetividad y objeto son obstaculizables, o por casualidad o por proyecto, porque sí o por aprovechamiento determinado de tal porque sí, vgr. poder encerrar a alguien entre paredes, por el hecho de tener el espacio tres dimensiones; ahogar a uno socialmente, por el montaje de la sociedad que aproveche tales hechos, u otros más sutiles.

Un mundo lleno y relleno a rebosar de entes —sin claros de *ser*—, resultaría casi necesariamente, con máxima probabilidad, opresor, sofocante. La falta de *ser* —de cosas en estado de ser, de transparencia, translado...—, es lo que, sentida, realmente angustia

y aprieta. Tal falta de *ser* —de luz, de vistas, de libertad, de conceptos universales...—, puede provenir de sobra de *entes* —de cosas en estado de ente—; y tal sobra y creciente superávit de entes puede llegar a obsesionarnos, a cercarnos, apretarnos; y tantos hombres puede llegar a haber que nos apretujemos, y el *ente-hombre* ahogue al *hombre-ser*. El crecimiento del número es del tipo crecimiento de entes; e irá resultando probablemente posible, probabilísimamente posible que nos sintamos ahogados en hombres, cual podemos ahogarnos en el mar, mas no en un vaso de agua. En todo caso el surgimiento de sentimentalidades de angustia, ahogo, aprieto..., por invasión del universo, es sólo y cuando más probablemente posible; no, necesario.

Dato VI. 181. "Aun antes de toda prevención teórica o práctica, *nos hallamos ya* los hombres actuales sentidamente siendo en un mundo crecientemente lleno de cosas-ente, y de hombres-ente; y, por ello, siendo en un mundo donde las sentimentalidades de ahogo, angustia, aprieto, resultan de creciente probabilidad de surgimiento, en más hombres y en más número de veces en cada uno de los hombres."

Dato VI. 182. "Aun antes de toda prevención teórica o práctica, *nos hallamos ya* los hombres actuales con la casi necesidad o máxima probabilidad o creciente frecuencia de sentimentalidades del tipo general de desahogo, desfogarse, respiro, descanso, vacación, alivio, relajo..."

El sentido de tales sentimentalidades nos descubre *el ser* como campo abierto, ilimitado, disponible, transitable, transponible, libre para libertos, o excarcelados; nos descubren el ser como desobstaculizador de los objetos, como desobjetivador —simple función ontológica, mas no metafísica, como se dirá en su lugar—; y *lo* sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades es, precisamente, *nuestra* transcendencia frente a los entes, por *nuestra* entrega al ser.

Advirtamos: *a)* Se trata de sentimentalidades del mundo *natural*, es decir: en tono de neutralidad óntica, ontológica, metafísica, religiosa, social...; así que no prueban nada ni en pro ni en contra de verdad-falsedad, bueno-malo, religioso-irreligioso... Es probablemente posible sentirse ahogado mentalmente por un credo, por una organización social, en que uno se ha encontrado viviendo, o a que se ha hallado entregado desde niño; mas tal sentimentalidad no depone contra la verdad de tal Credo, o sociedad artificial; al igual que el que otro se sienta en ellos a sus anchas, cómodo, tranquilo, no depone favor de su verdad. Poco a poco iremos distinguiendo entre razones y motivos, y haremos notar que las

sentimentalidades no dan razones, mas sí aportan *motivos*: *peso a las razones;* y, por peso, mayor o menor probabilidad de sentimiento o disentimiento de las razones. En todo caso las sentimentalidades aquí descritas son propias del mundo natural. *b)* Por poseer estas sentimentalidades, y en su grado las demás, *el* sentido, adquieren una racionalidad retrospectiva. Lo que es necesariamente posible es previsible, calculable; mas lo que es nada más probablemente posible, cual las sentimentalidades, no es previsible; así que *el* sentido, lo que él revela de las cosas, es racional retrospectivamente; una racionalidad prospectiva sería, en su caso, trampa —cual el que acertara, antes de cada saque de dados, lo que va a salir. No obstante esta posesión de *el* sentido proporciona un componente de racionalidad que no tienen los sentimentales; y por él las sentimentalidades adquieren racionalidad retrospectiva y quedan vinculadas realmente a lo racional. Los motivos no son, de suyo, razones; constituyen el peso de una razón, vuelven a las razones sentidas y sensibles; y, por sentidas, conexas con la vida real y aun reabsorbibles por ella.

c) Con lo dicho acerca de estas, las anteriores y siguientes sentimentalidades, cobra significado determinado el llamarlas a todas *inventos* del consci*ente*: del ser que es lo que es y que, para serlo, tiene que notar que lo es. Mas invento pasa a hallazgo; y hallazgo, a haber colectivo: a disponibilidad pública. No entra, como es claro, en los límites de este volumen señalar la cronografía, exacta o aproximada, del surgimiento de tales sentimentalidades; quién o quiénes fueron los primeros que experimentaron angustia, alivio, opresión, porfía, empedernimiento... ; que se sorprendieron al notarse afanados, aficionados a ciertas cosas, o dados a otras, y rindiéndose sin más precauciones ni previos a la evidencia, convirtiendo razones en afirmaciones, reforzando con consentimiento el asentimiento, y la afirmación con el asentimiento...

La neutralidad óntica, gnoseológica, causal... del mundo natural trueca los inventos en hallazgos; y a éstos, en haber colectivo para cualquiera. Y hay, ciertamente, sentimentalidades que nos hipersensibilizan a la novedad de las cosas, a su originalidad en sí —cf. Dato VI, 16—. Así es probablemente posible que alguno note la novedad diaria del sol durante algunos días de algún año; menos probablemente posible resulta que sintiera la novedad diaria del sol a lo largo de todos los días de un mes seguido; y no nos propasaríamos mucho diciendo que la sentimentalidad que nos hace sensibles a la novedad de las cosas o de algunas cosas no da para notarlas —en nuestro caso, notar al sol—, como nuevas todos los

días de todos los meses de todos los años de una medianamente larga vida. Y al cabo de unas sorpresas, hallamos muy natural que el sol salga cada día, surja cada mes a llena la luna... ; lo cual no vuelve imposible, sino poco probable, el que, de repente, súbitamente, brote en nosotros la sentimentalidad de incitados, o la de admirados (Dato VI, 32) de que salga el sol o lata nuestro corazón una vez más...

Esta *natural* pérdida de sensibilidad a lo nuevo —o neutralización natural de la novedad en la uniforme y mansa llaneza del mundo natural—, ha afectado al tiempo; y casi solamente a los filósofos sobreviene, cual sentimentalidad original —y casi propia del estado—, admirarse ante la naturalidad como se halla neutralizado o nivelado porvenir en futuro, presencia en presente, pretérito en pasado; y notar la extrañeza (Dato VI, 32) de que el porvenir sea previsible, cual si fuera un vulgar futuro; que la presencia o acto de presencia de la novedad pase desapercibida entre los simplemente presentes, como uno de tantos a los que nada puede pasar; que el pretérito pierda esos sus originales de pretérito imperfecto, perfecto, pluscuamperfecto; y resulte llanamente pasado —cual liso nos parece el decurso pasado de los astros.

El paso de invento a hallazgo, de hallazgo a haber colectivo proviene del tono de neutralidad propio del mundo natural; y afecta, en principio —o con probabilísima posibilidad—, a todas las sentimentalidades. De ahí el carácter de inestable e inconcluso, propio de Mansión, es decir: de mundo natural *sentidamente sido.*

Dato VI. 2. "Aun antes de toda prevención teórica o práctica, *nos hallamos ya* con sentimentalidades coajustadas a las cosas en estado de *ser,* y, por el coajuste entre ser y ente, con sentimentalidades coajustadas mediatamente con entes; siendo al coajuste sentimental inestable, politonal e inconcluso."

Rellenemos esta global afirmación con unos datos:

b) Sentimentalidades coajustadas a cosas de ser

Dato VI. 21. "Aun antes de toda prevención, *nos hallamos ya* con las sentimentalidades de bien avenidos al mundo, avezados a él, aclimatados a sus estados, entonados o afinados a sus gradaciones, acordados a su verdad."

El sentido de tales sentimentalidades, lo que ellas nos descubren del mundo es, precisamente, el componente de *ser,* el modo de ser, el tipo de verdad del ser del mundo, o de las cosas que por su es-

tado de ser se coajustan con otras en estado de ente —todas de *el* Mundo. No perdamos de vista que *ser* no es cosa alguna especialísima, condenada a ser todo y sólo *ser,* jamás ente, sino estado de cosas y, en principio, de cualquiera, total o parcialmente, aunque, de manera antonomástica, el estado de ser se verifique en esa cosa que llamamos su concepto, o sea: que el estado conceptual es el más favorable al estado de ser, y cuanto la cosa en estado de concepto (cf. Cap. I, § 1) ascienda más en su orden —sea más universal, más global—, crecerá su componente de ser; y, al llegar al límite de mxima universalidad y máxima globalidad, tal cosa estará en estado de transparencia, transporte, transmisión, atemáticos e inobjetivos, de una cosa hacia otras cosas —una cosa en estado de *ser* a los entes *de* tal ser: luz a objetos visibles, espacio a movimientos de cuerpos... que detienen ya, que obstaculizan con su realidad intransitable, intransparente, con su *en sí,* la función de ser de otras cosas —en el fondo del mismo orden óntico.

A la pregunta, previa, al parecer, y exigente de respuesta real: ¿el hombre ha improvisado, o tiene que aprontar, sentimentalidades propias que le descubran el estado de ser de ciertas cosas, *el* sentido de *ser,* y a su vez *lo* sienta o tenga *lo* sentido de tales cosas en *ser?* Dicho más condensadamente: ¿el ser tiene *el* sentido y *lo* sentido? ¿Tenemos sentimentalidades de *ser?* A tal pregunta no cabe libertad de respuesta, pues, *aun antes de* proponernos tal pregunta, *nos hallamos ya* entregados a una respuesta; *hemos dado ya* múltiples y concordantes respuestas mediante sentimentalidades como las enumeradas. Estamos siendo, y nos sentimos siendo en Mundo como en campo de cosas-en-ser, campo abonado para que surjan, resalten, se afirmen y nos afecten cosas-en-ente en que afirmarnos, detenernos y atascarnos: ver árboles, oír hombres, pensar teoremas, imaginar ensueños...; tal es *el* sentido de la sentimentalidad de *avenidos* en Mundo, con su distribución actual de cosas entre los estados de ser y de ente; y se halla la vista bien *avenida* con el mundo de luz y colores —con esa distribución de las cosas radiantes en cosas-radiante-ser: luz, y cosas radiantes-ente: pared, árbol, casa...—; y tal avenencia no se siente perturbada porque la ciencia física —mediante esotro tipo de ojos que son ciertos aparatos—, nos diga, no a los ojos sino a la mente, que tanto lo que funciona como ser, la luz, como lo que está siendo color de cosas, son, en realidad de verdad, lo mismo en igual estado físico; y que lo no visible —espectro infrarrojo y ultravioleta—, desborda tan ampliamente lo visible que lo deja reducido a una franjita de una octava de frecuencias; que el color de una cosa es,

justamente, el color que emite o el color que no tiene... Y nos hallamos mejor avenidos con una perspectiva amplia, avezados a ver desde un punto de vista, y desde ciertos ángulos preferidos de las cosas —algunas de perfil, otras de frente, unas desde abajo, otras desde arriba, algunas en bloque o bosque o ganado, otras sueltas y señeras...—; aun mejor avezados unos a ver que a oír, y más avezados otros al mundo de las ideas que a los negocios, al matemático más que al físico... Y tales habrá que se hayan avezado a ver y a trabajar con luz artificial, y al mundo de una mina, mejor que a la luz de sol, y al mundo del campo. Mas no nos sentimos avezados, aclimatados, afinados, en rigor sentimental, con el dos, con esta mesa, con este lápiz... en cuanto *estos*. Que tales sentimentalidades nos pasen desapercibidas es un testimonio más de su coajuste al ser: el gran desapercibido, por su función de dejar que aparezcan las cosas, los entes de tal ser. Empero bien que notamos, y sentimos, nuestra desavenencia y falta de avezamiento con mundo social —caso de revolución, de desajuste político, religioso, racional... Y el desacomodo o falta de costumbre en mundo de fábrica para quien está avezado, por veces y veces, al mundillo de fiestas. Y siente su desafino total el obrero ante el mundo capitalista, y el capitalista en el local de un sindicato obrero; y cuantísimos hay que se sienten cómodos, avezados y a tono, sin más previos, con problemas y objetos de geometría analítica, de axiomática general, de teoría de variables complejas, teoría de los conjuntos... El especialista siente, precisamente por serlo, tales sentimentalidades de avezamiento y coafinación con un mundillo de cosas-ente, a *través* (trans) de otras que actúan de *ser* —métodos, conceptos... No hace falta insistir en que nos sentimos bien avenidos y avezados a nuestro cuerpo y alma, precisamente en su estado y función de ser; avezados a ver cosas, y no a ver los ojos; avezados a pensar ideas, y no a pensar que pensamos; avenidos con el tipo de cuerpo y alma que nos ha caído en suerte, o que somos —gordos o flacos, listos o tardos, inteligentes o lerdos, decididos o indecisos...—; tan bien avenidos que ignoramos, y se nos pasan desapercibidos, nuestros defectos que, por ser nuestros, dejan de parecernos tales, pues no se nos aparecen, precisamente por estar en estado de ser, aunque nos hagan ver, oír, pensar, querer tales o cuales cosas. Por tratarse, no obstante, de sentimentalidades, siempre serán, más o menos, probablemente posibles desavenencias, desafinos, desavezamientos, destemplanzas... con el mundo y los submundos.

El estado natural se caracteriza, en rigor, por el predominio

—casi siempre: en casi todos los casos y cosas—, de las sentimentalidades de avenencia, avezamiento, atemperamiento, aclimatación... Y por el componente de neutralización de la causalidad podremos decir que las sentimentalidades de avenencia... constituyen o dan testimonio de la constitución de las cosas en Mundo *natural*.

Lo sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades —no hace falta recalcar en ello—, es avenencia, atemperamiento, avezamiento... —y no dolor de muelas, placer, alegría, porfía, entrega, desvío...—; aunque algunas de estas sentimentalidades, y algunos de sus sentimentales básicos, puedan hacer o de fondo o de acompañamiento de las dichas, constituyendo entre todas la polifonía sentimental, habitual música de fondo del Mundo en que somos y que somos. Cada sentimentalidad posee, sin duda, su matiz o timbre peculiar; tan bien avenidos nos hallamos a haber venido al mundo —a mi cuerpo, a los cuerpos, ideas, almas, hombres...— que tal avenencia oculta la venida al mundo —nuestro nacimiento primero y el cotidiano nacer al despertarnos—; y estamos bien avezados ya a caminar, leer, pasear por la ciudad, escribir, hablar en nuestra lengua corrientemente...; y a pesar de las veces y veces que ha sido preciso ensayar, errar y acertar, repetir e insistir, porfiar y entregarse a tales actos sobre tales cosas, hacen la avenencia y avezamiento que desaparezcan las veces, los actos, en favor de las cosas; adquieren actos y veces el estado de ser, y nos transfieren y trasladan sin más, efectivamente, a las cosas-ente. Y a tal estado de ser se llega, y hemos llegado tan perfectamente que quedan puestos en olvido objetal, pero en memoria-ser, todo eso de veces, actos, órganos...

Advirtamos *a*): Nos hallamos ante otro caso de racionalidad retrospectiva: supuesto que nos hallemos siendo —*antes de* toda prevención, si es que tal previo de los previos tiene sentido—, en un mundo con su reparto y coajuste de todas las cosas entre los estados de ser y de ente; y supuesto que *nosotros mismos* nos hallemos con que están repartidas y coajustadas nuestras pertenencias —cuerpo, alma, potencias, sentidos—, entre los estados de ser y de ente, el surgimiento probablemente posible de sentimentalidades cual avenido, atemperado, avezado a mundo —externo e interno—, resulta *adecuado* a la estructura de mundo, o sea: se da una verdadera adecuación entre *lo* sentido por y *el* sentido de tales sentimentalidades con la estructura de Mundo. La verdad sentimental coincide coajustadamente con la verdad óntica. Mas pretender probar que, dado un mundo, *tienen que* surgir sentimentalidades

del tipo dicho (con racionalidad prospectiva), equivale a eliminar el carácter de espontaneidad o novedad de las sentimentalidades, su modo probablemente posible —probabilísimamente posible, cuando más—, de ser. Tales sentimentalidades se hallan en estado *natural;* con ellas estamos siendo y sintiendo el mundo natural; así que se nos dan neutralmente frente a pre-postracionalidad: neutralidad ontológica, óntica, causal... Sólo aquí, al explicitarlas, se plantea de manera resaltante su carácter de racionalidad retrospectiva.

b) Estas sentimentalidades son, una vez más, *inventos* del hombre: de esa realidad que es tal o cual, y tiene que sentirse ser tal o cual: pasa, no obstante, por natural declive, de invento a hallazgo, de hallazgo a haber colectivo —habitual, usado... Los grados de probabilidad se ajustan a los escalones dichos. De ordinario, *aun antes de* darnos cuenta de su carácter y trance de inventos, *nos hallamos ya* en uso y usufructo de ellos. Será preciso que el margen ineliminable entre probable-posible y necesario se haga, de repente, presente en casos —raros de contenido, y raros en número—, del dominio de la parapsicología, psiquiatría... para que resalte el carácter de invento, imperdible por constitución, de tales sentimentalidades. Es, pues, probablemente posible que en un hombre, o en un momento dado, no surja la sentimentalidad de coafinado con, atemperado a, avenido con... mundo visual, auditivo, religioso, político...; y hablaremos de anormalidades —psíquicas, funcionales, políticas, religiosas...—, normales de suyo, como es normal en un dado que la desviación de la frecuencia típica, 1/6, para cada una de las caras, sea $\sqrt{n}$; vgr. $\sqrt{1.000.000}$ saques, 1.000. Normal es atributo superior a raro y frecuente. Y a la pregunta: ¿por qué fulano es un desadaptado, por qué se desavino con tal mundo —social, religioso, político, familiar...—?, habrá que dejar, en la respuesta, un margen al *porque sí*: a la espontaneidad real de las sentimentalidades, espontaneidad *del surgir* (que es), a la de surgir *tal o cual* (qué es), y aun a la de surgir tal o cual *así o asá.* Quede aquí indicado este punto —véase su continuación en Cap. VII.

c) Al no surgir —por lo que sea; en ciertos casos, porque sí—, algunas de las sentimentalidades de Mundo, se desadaptan, si surgen, o simplemente no surgen, las sentimentalidades individualizadas o particularizables: cual porfía, insistencia, entrega, desvío... Tal desbarajuste sentimental es, siempre y en todos, *probablemente posible.* Para hacerlo imposible sería preciso trocarnos en piedras —y sin el consuelo de sentir que lo somos, pues de

sentirnos piedras, no lo seríamos. Cuestión aparte es la siguiente: ¿qué es más probablemente posible: el desajuste de las sentimentalidades de tipo particularizable, o el de las de tipo mundial: el desajuste con entes es, en principio, más frecuente que el desajuste con ser (de tales entes)?

El problema se nos plantea —y nos *lo hallamos planteado*, antes de toda prevención teórica o práctica—, por ciertos casos raros, llamativos, temerosos, catalogados cuidadosamente en ciertas obras, expuestos en estadísticas, y, lo que es más importante, salteadores desconsiderados de nuestras usadas, cómodas sentimentalidades normales de avenidos, atemperados, coafinados, aclimatados a Mundo y mundos especiales.

d) El sentido de estas, y parecidas, sentimentalidades es el reparto-y-coajuste de las cosas entre los dos estados: ser y ente; y *lo* sentido *por* nosotros *bajo* ellas es cómo estamos nosotros mismos repartidos entre ser y ente, y cómo este reparto de lo nuestro se halla coajustado al reparto que rige entre la cosas-ser y las cosas-ente. En un mundo en que predomine —por la razón que sea, punto que no nos corresponde tratar en *Prolegómenos* por la neutralidad ontológica, causal, gnoseológica... del estado natural—, el número y clase de cosas en estado de ente sobre el número y calidad de cosas en estado de ser, nos sentimos, tal vez, al comienzo agobiados, oprimidos, sofocados bajo el número; empero bien presto surgirá, con probabilidad abrumadora, la natural sentimentalidad de avenidos, atemperados a tal mundo, aclimatados ya —casi siempre y en casi todas las cosas—, al número, a lo enseriado, a la propaganda, a las aglomeraciones, masas, estadísticas...

Coafinación, *naturalmente instalada ya,* con un plural elevado de cosas en ente y con un plural reducido de cosas-en-ser —espacio abierto, aire libre, casa amplia, horizonte despejado, silencio, calma, universalidad de conceptos, por tanto pocos y remotos de singulares, pocas leyes, y, por ello, generales y nada casuísticas—, frente a mundos abarrotados de cosas en estado de ente, para los que no rige lo de *"más vale poco y bueno que mucho y malo"*, sino *"más valen muchos mediocres que pocos buenos"*. No parece ser posible dudar de que los hombres actuales nos hallamos ya, casi siempre y en casi todos los asuntos, aclimatados y avezados a la descomunal y creciente baraúnda de cosas en estado de ente —avezados a rellenar la vista, aparte de su relleno natural de lo visible de rojo a violeta, con lo visible por microscopio, telescopio, micrótomos... cronómetros—; rellenar o rebosar de datos el relleno natural del tiempo por sucesos, para lo cual se lo divide cuidadosamente

en casillas, y a cada acto, ocupación, suceso se le adscribe su tiempo; y estamos ya —casi de continuo—, avenidos a que no tengamos ya materialmente tiempo para...; y se tome casi siempre por cualidad positiva pública y privada el no tener tiempo libre, hacer de prisa las cosas, no perder tiempo, no dejarlo correr...

Dato VI. 212. "*Antes de* toda prevención teórica, valorativa o práctica, *nos hallamos ya* los hombres actuales avenidos y atemperados a un mundo en creciente abarrotamiento de cosas en estado de ente, y en decreciente provisión de cosas en estado de ser; y *nos hallamos ya,* casi siempre y en casi todos los asuntos, *dados a, entregados a* multiplicar el número de entes; y aun *preferimos* —con razones, mandamientos, consejos, medidas sociales, políticas, religiosas...—, que se aumente el número de cosas en estado de entes, a la vez que, por complementaria compensación, *nos hallamos* atemperados y avenidos, dados y entregados a disminuir el número de cosas en estado de ser —desde espacios libres, tiempo libre... a conceptos universales."

Tales sentimentalidades se hallan en estado *causalmente neutral,* es decir: natural. Es indiferente que haya precedido, como causa, el abarrotamiento de entes y el vacío de ser; y seguido, cual efecto, la sentimentalidad de bien avenidos e instalados en tal mundo; o que haya precedido, cual causa, el tempero de aclimatarse al número de entes, y seguido, como efecto, multiplicar programática y conscientemente el número de entes, con la consiguiente disminución de cosas-en-ser. La neutralidad causal del estado natural prescinde de tales relaciones causales, e inocentemente está siendo en un mundo en abarrotamiento ya de entes con las sentimentalidades de bienavenido, avezado...

Afirmar que se trata de una defensa vital, de acomodación al ambiente, para así sobrevivir, no es sino otra forma de decir lo mismo: "*antes de tal* teoría causal biológica —vaga de poder explicativo y abarrotada de usos para mis asuntos—, y *aun después de* ella, *nos hallamos ya* sin más, avenidos y avezados —sea por la razón que fuere, y aun poniendo neutralmente en olvido todas las razones—, al mundo actual, abarrotado de entes: cosas-ente y hombres-ente, todos sometidos cada vez más, por virtud del número, a las leyes de los grandes números (estadística). De nuevo, tal sometimiento está *neutralizado gnoseológicamente;* la estadística, tal cual la vivimos y empleamos sin más requilorios, con inocentes trato y uso, no es sino una forma de neutralizar la cuestión causal; sea cual fuere la relación y orden causal entre *A* y *B,* hay *tal* corre-

lación numérica entre el número de casos en que pasa *A* y el número de casos en que pasa *B*.

Existe una correlación numérica, estadística y fácilmente comprobable, entre llorar y estar triste; poco importa que "lloremos por estar tristes" o que "estemos tristes porque lloramos". El estado natural es una nivelación efectiva de tales porqués, de la preeminencia del uno sobre el otro, al modo que, por la ley de la entropía, sea cual fuere la diferencia de niveles iniciales de temperatura, al cabo de poco rato *nos hallamos con que* la temperatura de un recinto se ha nivelado; y no será ya posible, por examen interno del estado, determinar la diferencia inicial.

e) Bienavenido y avezado son, sin mayor duda, sentimentalidades características del mundo natural, en cuanto mundo en estado natural; su surgimiento resulta *probablemente posible,* es decir: puestas las circunstancias, casi necesariamente real. Pero, sin mayor dificultad, resulta también comprobable que, justamente en un mundo caracterizado por el abarrotamiento de entes y por la ausencia de cosas en estado de ser, surjan las sentimentalidades de angustia, aprieto, ahogo... con mayor probabilidad que en otro mundo constituido según diferente reparto de las cosas entre los estados de ser y de ente. Se da, pues, una relación entre *probabilidades* de surgimiento de los diferentes tipos de sentimentalidades —punto de que se tratará más adelante (Cap. VII).

Si, pues, convenimos, por de pronto, en caracterizar un mundo como *Mansión* por sentimentalidades cual las de paz, seguridad, tranquilidad, comodidad..., o por la global de *bienavenido,* tal mundo dejará de ser *Mansión* apenas o a medida que el número de cosas-ente sobrepase de tal modo al de cosas-ser que vaya resultando cada vez más probable el surgimiento de sentimentalidades cual las de ahogo, angustia, aprieto, prisas... Por la creciente frecuencia de éstas podremos conjeturar que el mundo actual va dejando de ser Mansión, y será preciso asentar como

Dato VI. 213. "Aun antes de toda teoría y aviso, *nos hallamos ya* los hombres actuales —así que los filósofos, también—, en un mundo internamente amenazado en su carácter de *Mansión."*

Estudiemos, pues, las grietas por las que se nos delata tal acaecimiento y por las que se nos puede venir la *casa* encima.

B) *Sentimentalidades delatadoras de transfondo de "Mansión"*

Advertencia: Para abreviar las explicaciones, diremos que *Universo* es transfondo de *Mundo*: y, por tanto, el de *Mansión.* El

proceso mismo de la explicación irá sacando a luz los caracteres de Universo frente Mundo y Mansión, hasta componer con ellos un perfil: el perfil de Universo; llegado tal momento, la frase que correspondientemente lo explicitará cobrará sin más ya definitivo e inequívoco sentido.

Dato VI. 3. "*Aun antes de* toda teoría o receta eficazmente preventiva, *nos hallamos ya* con sentimentalidades, *el* sentido de las cuales es la existencia y caracteres de un *transfondo* de Mundo —al que damos el nombre de Universo, por lo de *trans;* y *lo* sentido *por* nosotros *bajo* ellas es la inseguridad nuestra y del mundo con el que nos sentíamos bien avenidos y avezados."

Caigamos en cuenta de algunas de las más notables sentimentalidades, incluidas en este grupo:

a) *Sentimentalidades* de *expósito.*

Dato VI. 31. "*Aun antes de que* nos apercibamos para evitarlo en todo o en parte, *nos hallamos ya* con sentimentalidades del matiz y tono general de *expósito,* expuestos a lo que viniere, de modo que impiden, con probable posibilidad, que Morada llegue a Mansión, o sea: a morada permanente y segura, y sentida como tal."

Sentimentalidades como precavido, cauto, caviloso, aparejado, apercibido, prevenido, inquieto, sobresaltado, desasosegado. . . tienen como *el* sentido propio de ellas, es decir: *lo* descubierto por ellas, la inestabilidad ineliminable de Morada, aun la mejor montada, —morada religiosa, bien armada sobre dogmas, código, jerarquía, tradición. . . ; morada política, cuidadosamente estabilizada por leyes, poderes. . . ; morada científica, rígidamente estribada en axiomas, reglas, teoremas, calculabilidad, límites de validez. . . ; casa natural, de edificación antisísmica. . .—; mas todos sentimos que, aun así, toda cautela es poca, y tomamos precauciones y nos sobresaltamos sin saber a veces determinadamente por qué, nos sobrevienen desasosiegos, inquietud. . . Vivir sobresaltado, y saltar al menor ruido; sentirse desasosegado, aun estando bien sentado y en casa propia; ponerse caviloso, a dar vueltas en un asunto sin pararse por golpe decidido a pensar clara, distinta, afirmativa o negativamente: son, todo ello, sentimentalidades *el* sentido de las cuales es la inalcanzablemente absoluta seguridad de Morada. Si toda la realidad hubiera quedado ya, o se pudiera poner en plan de mundo, es decir: repartidas todas las cosas y todo lo de todas ellas entre los estados definitivos de ser y de ente, coajustados ya de definitiva manera, resultando, pues, reparto-y-coajuste estable

ya, unitonal ya y ya concluso, no surgieran sentimentalidades de *expósito*: Mansión expuesta a Universo; expuesto el hombre que en morada está siendo, a Universo. Tal morada, definitivamente Morada (Mansión), haría imposible la emergencia de tales sentimentalidades. Que en tal Morada, definitivamente *Mansión*, resulte probablemente posible el surgimiento de sentimentalidades como aburrimiento, fastidio, hastío... es punto diferente. Y no será cuestión fácil de responder si, vgr. la bienaventuranza, por su definitorio carácter de definitivo, inevitable, inmutable estado no daría lugar a la erupción más fulminante e irreprimible de aburrimiento, hartazgo... —a no ser que se trueque el bienaventurado en cierta clase de piedra, en diamante, o en dementes de locura divina.

La previsión teórica —en astronomía, física, técnica, economía...—, resuena a precaución; lo pasado está peculiarmente habitado por cautela, y rezuma cautelas —escarmientos, avisos; toda precaución es poca, decimos; y añadimos que hombre precavido vale por dos; y no hay compañía de seguros suficientemente segura, ni compañía que asegure contra todo riesgo... Todo ello, y mucho más que no necesita sino de esta global alusión, son revelaciones de carácter de *expósito* de nuestra morada, por bien que esté montada y mejor que pretendamos montarla, y óptima que, en un ataque de optimismo, nos parezca.

La sentimentalidad de sobresalto, desasosiego, inquietud... tiñe todo *a priori;* y jamás acabamos de sentirnos confirmados en el bien, ni en la verdad ni en el ser. De qué raíces provengan tales sentimentalidades, sobre qué sentimentales se asiente o qué base de ser o de tipo de ser subtienda los sentimentales, serán puntos de ulterior estudio —algunos de ellos por *meta*físicos. Dejemos suelto el hilo de la siguiente idea: si el ser fuera necesariamente ser, y cada ente (cosa) tuviera necesariamente esencia —un núcleo supradiamantino, y cuando más una leve película de accidentes en el doble sentido de acompañantes y acaeceres—, las cosas con esencia conscientes de sí y de tener y ser esencias —de ser de diamante en lo más importante y nuclear—, jamás se sobresaltaran a fondo, ni temieran en serio a accidentes de tránsito, muerte, dolor... Nada nos doliera en firme, ni nos amenazara en serio, por nuestro supuesto núcleo de *esencia sentida* y *sida como tal.* Tener esencia, y no sentirla realmente un sentiente y un consciente, es conscientemente no tenerla; y afirmar, no obstante tal inconsciencia, que se tiene esencia o sustancia no pasa de afirmación metafísica, es decir: afirmación que no se puede probar, y hay que

ponerla a prueba; y al afirmar que ya ahora, aquí, yo tengo esencia, tal afirmación hay que *ponerla a prueba yo, aquí, ahora;* y no bastan *pruebas* que, si, por ejemplo, demuestran que el hombre es inmortal, no me muestran que *yo* soy inmortal; que el hombre tiene esencia, no muestra que *yo* tengo esencia... No tanto son afirmaciones falsas cuanto erróneas; no dan en el blanco, no consiguen lo que se proponen: que un ser consciente y viviente se note conscientemente esencia, vivientemente esencia.

Por el contrario: sobresaltos por nuestra realidad —cuerpo y alma—, por nuestra estancia en morada —religiosa, social, económica, física...—, deponen, con la realidad sentible de los sentimentales y sentimentalidades del ser que es y siente lo que es, que no tenemos esencia ni sustancia. Tales sentimentalidades son un *testimonial,* no una prueba de este aserto; somos *testigos* por el sobresalto, desasosiego, inquietud... de que no tenemos esencia o sustancia sino, cuando más, bajo la forma de idea e ideal; y aun en este caso, sin seguridad alguna de que, en caso de constituirse en realidad tal ideal consiga eliminar de raíz tales sentimentalidades, haciéndolas imposibles; o, si se consigue, que resultarán sentimentalmente imposibles sentimentalidades como aburrimiento, fastidio, hartazgo, hastío, éxtasis, embobamiento —formas de inconsciencia a *manos de esencia.*

Así que *lo* sentido *por* nosotros *bajo* sobresalto, inquietud... es, precisa y justamente, que somos lo que somos por modo *de hecho;* que somos lo que somos sin necesidad de serlo, sin tener que tener esencia o sustancia. Que el dos no debe ni puede tener sobresalto, inquietud... de dejar de ser par ni la circunferencia de quedarse, de sopetón, sin centro —tómese como aceptable ejemplo, sin mayores pretensiones que las exigidas por la comparación.

La Morada es morada de hecho; el mundo es mundo *de hecho.* Ni el cuerpo es *mansión* del alma, almario; ni el alma es *mansión* del cuerpo; ni el mundo natural es *mansión* del hombre, que ni en sí mismo llega a morar.

En última instancia, el ser no es necesariamente ser, ni necesariamente no ser; el ser es probablemente ser, y probablemente no ser —en el mejor de los casos o tipos de ser. Ser lleva, para poder realizarse, adjuntas condiciones de posibilidad, sometidas a condiciones de probabilidad (frecuencia de ser, de existir o ser real), como la luz, es cosa sabida y pasada a sabida ya, se define por un cierto *color* propio, que la hace posible y definida —*n* billones de vibraciones por segundo, vgr.—, y una *intensidad,* la probabilidad de que haya tanta luz aquí y ahora. Mas estos puntos

desbordan la fase actual de *Prolegómenos;* aunque, como se nota, la estancia nuestra en Mansión presente —sin pretenderlo y bien a disgusto— resquicios *meta*físicos —resquebrajaduras internas y grietas volcánicas. La ontología y metafísica se hallan, planteadas ya realmente, en Mansión. La sentimentalidad de expósito —Mansión como *expuesta* a Universo, morador como expósito dentro de Mansión a Universo—, es *sentimentalidad metafísica.*

b) *Sentimentalidades* de *expuesto.*

Dato VI. 32. "Aun antes de toda prevención eficaz, *nos hallamos ya* sintiéndonos en Mansión con las sentimentalidades de admiración, sorpresa, pasmo, deslumbramiento, encandilamiento..., *el* sentido de las cuales es la *extrañeza* de constitución de las cosas del Universo; y *lo* sentido por nosotros *bajo* ellas es nuestra *exposición."*

Advirtamos para mayor claridad y concisión los puntos siguientes: *a)* en *el* sentido peculiar de sentimentalidades como admiración, sorpresa... entra, sin duda, la *novedad* (cf. Dato VI, 16); mas una novedad con el matiz de *extrañeza,* de cosa de *otro mundo* que irrumpe en el nuestro, no tanto rompiéndolo cuanto rebajándolo a lugar de aparición de lo que jamás entrará ni puede entrar a constituirlo. Con el ejemplo clásico ya, por contenido y en poder ilustrativo: cuando en el mundo natural numérico —morada segura ya, bien iluminada y arreglada—, de los números enteros (naturales) y racionales (quebrados) irrumpen $\sqrt{2}$, $\sqrt[3]{2}$ (en el problema de la duplicación del cubo, de lado unidad), no rompen la unidad natural del dominio de los números racionales, pues $\sqrt{2}$, $\sqrt[3]{2}$ son de otro orden, de otro mundo; son elementos extraños que ni entonces ni ahora fueron ni pueden ser racionales; y pretender demostrar que $\sqrt{2}$ es número racional, que pertenece al mundo aritmético natural, que su aparición causó tan sólo un desconcierto inicial, pronto y definitivamente sanable, lleva a un absurdo, es decir: a una contradicción en la posición misma —por segarse la hierba bajo los pies. $\sqrt{2}$ no es ni puede ser racional, número natural. Siglos y siglos tras su aparición entre los griegos, $\sqrt{2}$ ha sido usado, manoseado ya, por los matemáticos; y cuanto más se lo ha estudiado, más en concreto y en detalle se ha visto su inconmensurabilidad con el mundo natural de los números. *Aún es admirable.* Es aún extraño; y sabemos por qué $\sqrt{2}$ no es racional. Desde el punto de vista de *morada* aritmética, de casa

mental aritméticamente montada, lo raro es que $\sqrt{2}$ no sea un mueble más, que $\sqrt{2}$ sea aún un extraño; desde el punto de vista del matemático, del *expuesto* por actitud propia a número de números, a lo que sean en sí —encajen o no con la morada anterior—, lo extraño sería que $\sqrt{2}$ fuera racional. El matemático no sólo acepta la ineliminable extrañeza (*el* sentido de tal sentimentalidad), sino demuestra que $\sqrt{2}$ no puede ser mueble del mundo aritmético natural. Los números π, e, $i = (\sqrt{-1})$. . ., poseen, cada uno a su manera, el carácter de admirable —transcendente, imaginario-complejo. . .—; y el uso constante y regulado en matemáticas de tales números embota, por momentos, la sentimentalidad de extrañeza; mas queda delatada permanentemente en las extrañas reglas que rigen en su uso, o en las complicadas demostraciones que exige caer en cuenta de la originalidad de su estructura frente a todos los números —naturales, racionales, algebraicos. La sentimentalidad de admiración nos descubre, como *el* sentido de ella, la extrañeza de algo frente a un *mundo dado;* y, por ello, frente a *todos* sus elementos; y el porqué o fundamento de tal extrañeza, dado en la constitución del objeto admirable, no se incardinará —pasada la novedad y perdida por el uso—, al contexto del mundo anterior. A su vez, la irrupción de lo admirable hace que miremos, y se torne originalmente iluminado, *todo el mundo anterior;* la morada quedará iluminada por *luz artificial,* si se admite la comparación, y todos los elementos adquieren tonalidades nuevas; y les surgirá, vgr. la cara de *reales* a los números de la morada aritmética anterior: a los enteros, racionales, algebraicos, transcendentes. . . ; y el perfil de *algebraicos,* a los de la morada previa —racionales. . . Empero al llegar el momento de usarlos, de servirse de lo extraño, se lo reduce al estrato natural, y se prescinde de su extrañeza —no se la elimina—, simplificándola en racionales; y de π se emplearán unas pocas cifras decimales; 3.141; de $\sqrt{2}$, 1.41. . . ; y $\sqrt{-1}$ se lo elevará a la segunda potencia, $(\sqrt{-1})^2$, y nos hallaremos ya con —1, número bien servicial en nuestra cotidiana morada aritmética; lo cual es reconocer, en el fondo, su ineliminable y necesaria extrañeza; lo que de tales números se aclimata es otra cosa: 3.141, —1, etcétera.

Admirable es la irrupción de lo algebraico en lo aritmético; no porque lo algebraico o formal como $y = ax + b$, $x^2 + y^2 = r^2$, $ax^2 + by^2 + cxy + dx + ey + f = 0$. . . introduzcan en lo geométrico —línea recta, circunferencia, sección cónica. . .—, un elemento geométrico *nuevo,* no incardinado o descubierto hasta entonces o

no empleado —vgr. geometría de tres dimensiones frente a una de dos...—, sino porque, al incardinar fórmulas a figuras, es otro mundo el que hace acto de presencia iluminativa en todo lo de otro, y surge ante la mente el nuevo mundo de la geometría analítica, en que, vgr., a la recta le saldrá por perfil la función $y = ax + b$, y a la circunferencia el de la fórmula $x^2 + y^2 = r^2$, etcétera. Las cosas geométricas parecen otras de lo que solían ser, justamente por la extraña luz —artificial, como artificiales son las coordenadas—, que otras proyectan sobre ellas.

Admirable es la técnica, los objetos del mundo artificial, frente al natural. Podrá pasar la sentimentalidad de *sorpresa,* de sentirnos cogidos desprevenidos ante un invento: teléfono, televisor, nevera, radio, avión...; mas no su carácter de cosas extrañas, de otro mundo que no es el natural —del que no nacen, a pesar de tantas y tantas como nacen todos los días, horas y segundos... Y con su perfil extraño: de *artefactos,* perduran dentro del mundo natural. La admiración, sorpresa..., como toda sentimentalidad, guardarán su carácter de probablemente posibles; y si, por unos momentos o días, dejamos de admirarnos ante la extrañeza de esa cosa que es un televisor —justamente porque tal sentimentalidad no es necesariamente real, ni positivamente real antes de ponerse las condiciones debidas—, es probablemente posible —y frecuentemente real—, que, de repente, de sopetón, sin más causas, nos sorprendamos y quedemos admirados de que, dentro del mundo natural, garantizada y vieja morada, haya cosas como una radio, unos discos de música, cintas magnetofónicas, calculadoras electrónicas... o la sencilla pulidora eléctrica que, en estos momentos, resuena en mis oídos. Siempre, no obstante, será preciso cuidar, con especificadas instrucciones, que lo artificial no se reduzca a chatarra, por invasión de lo natural, y su originalidad se vuelva al dominio de lo metafísico, o al de lo probablemente posible: al universo.

b) Lo sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades, cada una con su peculiar matiz descubriente, es, con una palabra, *exposición* —a distinguir cuidadosamente de *expósito.* Sentirse expuesto a peligros, un ataque, una enfermedad...—, no es lo mismo que ser un expósito. En estado de expósito se está por nacimiento, abandonado desde el primer momento a la inclemencia del universo, y a la caridad pública; expósito, en cuanto sentimentalidad se refiere a nuestro nacimiento mismo al mundo, sin limitarse a cierto tipo de sociedad, relaciones humanas; y abarca toda nuestra vida en morada porque morada misma —interna y externa—, está

inseguramente apoyada sobre universo; nuestra morada en universo es morada de hecho. De tal estado de expósitos nos rescatará, por ejemplo, la técnica, tomada y emprendida con proyecto y designio *meta*físicos, ya que la técnica, como hemos dicho repetidas veces, intenta cambiar la simple realidad de Mundo en realidad de verdad de Universo, dándose, por especial decisión, a la aventura de vivir-y-ser en la realidad de verdad. Al tratar inmediatamente de mundo artificial vivido y sido (Hotel), haremos notar las sentimentalidades propias: las que surgen con probable posibilidad, dentro de él. *Lo* sentido *por* nosotros *bajo* sorpresa, admiración, pasmo... es no solamente eso: sorpresa, admiración, pasmo... —y no dolor, alegría, paz...—, sino, más definidamente, nuestra *exposición* —cual las de placa fotográfica y sismógrafo—, a lo que de Universo irrumpa en Mansión. La morada religiosa está registrando muy claramente, cual sismógrafo, todo movimiento interior y exterior que, en principio, atente contra su pretendida y actual existencia; y no llega a vivir sosegadamente y sin sobresaltos, aun no habiendo herejías, cismas; vive siempre curándose en salud; y la morada política, social... del hombre, entre mil aparatos e instituciones, posee siempre instrumentos de vigilancia, de represión, no porque haya o no haya peligros de hecho, sino por la perennemente probable posibilidad de que los haya; y tales procedimientos registradores y represivos reciben su razón constitutiva de ser —independientemente de su utilidad momentánea, o de su inutilidad por largos periodos—, al desasosiego y sobresalto constitutivo de nuestra morada: a su carácter de hecho.

Por contraposición: estamos *expuestos,* sobre ese fondo de *expósitos* —cual telón de fondo y subsuelo volcánico, en erupción o no—, a peligros concretos, a aventuras y malaventuras, a suertes y desgracias que individuan y particularizan nuestra general y constante situación de expósitos al universo. Extranjero, extrañado, extraño... son modos o modalizaciones de sentirse *expuesto* —uno que es *expósito*—, por ser morador de un mundo subtendido por Universo. Y el matemático no acaba de decir en palabras —en sus resabidas palabras sobre lo que son los números enteros y racionales—, lo que le hablan $\sqrt{2}$, $\sqrt[3]{2}$, $\sqrt{3}$, π... o uno de los infinitos de infinitos irracionales y transcendentes que él sabe que hay —demuestra su existencia, por un teorema existencial, por un método general de construcción—; mas por no ser de su *logos,* de su lengua, no acaba ni de entenderlos ni de expresarlos, resultando algo alógico e indecible. Irracional, transcendente, complejo... son palabras de *Universo* aritmético, mal dichas y peor entendidas

por morador de mundo natural aritmético. Se nos hacen extrañas, extranjeras; y nos sentimos, al decirlas, extranjeros y extraños; son de *otro mundo.*

Toda la ciencia física se sabe constantemente *expuesta* a innovaciones, a nuevas teorías, a nociones conceptuales que, de un golpe o salto más que cuántico, rompen justamente las casillas definitorias de la morada anterior —cual continuidad infinitesimal, determinismo, fijeza de especies, geometría tridimensional...—; y siéntese el físico clásico desasosegado en su morada; y el moderno, extranjero y extraño en la nueva; y todos continuarán o comenzarán hablando de lo nuevo con el acento de la lengua materna: la de la Mansión, de la que, cual expósitos, salieron; y como expuestos a lo nuevo quedarán hasta que consigan adaptar, por creación, mundo a *Universo.*

c) Admiración, extrañeza, sorpresa, pasmo... no sólo pasan, y a veces presto, sino es probablemente posible que pasen; mas no es menos probablemente posible el que emerjan de nuevo —nuevecitos y potenciados. Y por este carácter, común a toda sentimentalidad, puede suceder muy bien que ciertas personas y en ciertos casos no se enteren ni se admiren ni sorprendan de lo realmente nuevo y admirable; y no sientan, vgr., que la simple presencia de una máquina de escribir o de un televisor —no se diga su uso—, ha derribado su morada griega o medieval —teológica, religiosa, social, filosófica, científica...—; y que el uso o invento de la operación *paso al límite* trastorna y está taladrando su morada en esencias, y que los transfinitos cantorianos son, en realidad de verdad, una revolución teológica, y que la aparición del proletariado representa no un simple problema social —desagradable, mas soluble, dentro de la morada burguesa o capitalista—, sino toda una revolución de lo humano en cuanto humano —de la historia y de los tipos de objetividad ontológica... Morada, como estado del hombre, lleva adjunta no sólo la posibilidad, sino la probabilidad de una estupidez o insensibilidad para las sentimentalidades nuevas —justamente porque su venida a la existencia no pasa de probablemente posible, y no es necesaria ni frecuente. El modo, probablemente posible, en que tales cosas de *otro mundo* irrumpan o lleguen a romper la costra y callos de morada, se sentirá cual pasmo, admiración, desconcierto, sorpresa... ; y podrá uno sentirse extranjero en tal mundo nuevo, con ganas de irse de tal mundo, o aguantárselas y tratar de inventar nuevo tipo de morada. Todo ello es probablemente posible —no necesario ni absoluta ni hipotéticamente.

d) Es más probablemente posible —o sencillamente más probable—, que surja en el hombre la sentimentalidad de desasosiego: la de *expósito,* que la de *expuesto* —admirado, sorprendido, desconcertado, atónito. Y un runrún, procesión por dentro, inquietud, reacciones violentas, ponerse a vencer más que a convencer, proponerse salvarle a uno a la fuerza, creerse asegurar su salvación salvando a otros, de grado o por fuerza, desesperación por no poder creer sencillamente, sino tener que creer a fuerza de querer, y de brazos, cerrarse a todo, atontarse con la propaganda, y atontar así a los demás, ilusionarse de sentirse seguro de sus convicciones por el número de los que las comparten, y de la bondad de su producción por el número de los que la compran —de lo notable de un libro, de uno suyo, por ser el de mayor venta en el año—, son, entre mil otros, indicios de la persistente presencia de desasosiego e inquietud: sentimentalidades propias de *expósito,* aun en el declarado mejor de los mundos posibles —la mejor religión, la mejor política, la mejor ciencia, el mejor régimen económico...

La sentimentalidad de *expósito* es casi continua; la de *expuesto,* puntiforme.

e) En las sentimentalidades de admirado, desconcertado, pasmado, atónito..., la irrupción del universo no se muestra destructora del mundo o morada habitual. Cierto que lo admirable, portentoso, pasmo de los siglos... no se deja incardinar del todo al mundo natural, que conserva siempre un grado de originalidad, es decir: de poder originante, motivo de novedades; mas, sin destruir el mundo anterior, lo deja iluminado y transfigurado; elimina, más bien sus constantes pretensiones de definitiva morada que sus fundadas contexturas; tanto es así que a ellas se remite naturalmente y por ellas trata el hombre de asimilar, de explicar, de reducir a sus naturales entendederas lo admirable: $\sqrt{2}$, π, e... por sucesiones convergentes de racionales; $\sqrt{-1}$ por cuadrado o descenso al dominio de los números reales; genio, por industrialización de sus inventos; salvador, por transformación de su mensaje en iglesia, sociedad, burocracia, credo... Y hasta cierto límite lo admirable, pasmoso... se dejan domesticar, trocar en muebles de Mansión.

Dato VI. 4. "Aun antes de que nos curemos en salud, *nos hallamos ya* siendo bajo sentimentalidades del tipo: corrido, mohino, malparado, azorado, perdido, turbado, alborotado..., *el* sentido de las cuales es, en cuanto a su timbre general, el de *omnilateral irrupción del universo* a través de todos los objetos (muebles) de Morada; mientras que *lo* sentido *por* nosotros *bajo* tal sentimentalidad es

acoso: corrimiento, turbación...; y no, como es claro, dolor, aflicción..."

Recordemos una vez más, antes de entrar en explicaciones, que se emplean aquí las palabras como altavoz de lo que sentimos, y, por tanto, cual aparato reforzador, tal vez un poco deformante y seleccionador de ciertos armónicos, frente al timbre demasiado complejo o confuso de su empleo ordinario. Aparte de esto una cierta profusión de palabras no tiene aquí más función que la de recalcar la originalidad del timbre ontológico de la sentimentalidad —sin pretensiones de rigor literario, histórico... fuera de su lugar, evidentemente.

Notemos: *a) el* sentido de estas sentimentalidades nos descubre la *omnilateral irrupción* del universo a través de los objetos (los muebles) de Morada. Las cosas del mundo natural se tornan, es cierto, como hemos visto, en *objetos* y aun en *muebles* de nuestra *morada;* mas no tanto que resulte ya imposible el surgimiento de sentimentalidades como las de expósito y expuesto. Por las sentimentalidades de corrido, azorado, turbado, perdido..., el universo: la realidad de verdad irrumpe en mundo, no trocable definitivamente en objeto y muebles; se hace presente por nuestra morada sin dejarnos reposar en objeto alguno, ni en el mejor de los muebles; el desasosiego e inquietud (Dato VI, 31) suben de punto, y cobran timbre de *acoso.* Nos sentimos, o creemos sentirnos, perseguidos por la mala suerte, por mala sombra, por una providencia malévola, por secretas intenciones de personas; se nos alborotan las pasiones, se alborotan los ánimos —por bien poca cosa, al parecer de los moradores de morada—; y por, al parecer, fútiles motivos, echamos todo a rodar —la soga tras el caldero, y todo al diablo. Se nos viene el mundo encima, decimos, y nos *acosan* las dudas, escrúpulos; y aun las verdades nos acosan para que las afirmemos como dogmas; y nos acosan los acreedores, no sólo los de materiales deudas, sino todos aquellos que se creen con derechos, humanos o divinos, a exigirnos fe, fidelidad, prácticas, diezmos, primicias espirituales o materiales; y tal *acoso* —moral, religioso, social, político...—, se verifica en nombre de lo que *la cosa es en sí* —verdad religiosa, social, política, jurídica... Es que, en el fondo del fondo, todos sabemos que nada hay seguro en nuestra llamada *Mansión* —social, política, religiosa...—; que ni la mejor buena voluntad puede deponer y renunciar a su libertad, a los ataques de la gana, o de la desgana (cf. Dato VII, 11), a la emergencia, siempre probablemente posible, de la espontaneidad o *porque sí* de la realidad de verdad —no amansada ni amansable por objetos y en mue-

bles. Y no faltarán quienes se extrañen de que, por esas pajas de "si la tierra se mueve o no al derredor del sol", se subleve alguien contra la *morada religiosa* de toda una sociedad y civilización; y el sublevado se sentirá *acosado*, no tanto por los mastines fieros y fieles de la Mansión, cuanto por la verdad misma, por lo que lo astronómico es en sí, a pesar de las apariencias, en que, como en objetos —mueble— vive *naturalmente* la vista de todos: sublevado y caseros. Las verdades, reales de verdad, nos *acosan;* y, por secuela frecuente, hacen que otros, los caseros, nos acosen —acosados ellos mismos por la duda, carcoma natural de firmeza calmada por terquedad (Dato VI, 17), o de los acosados por la verdad real. Y por cualquier cosa, a través del objeto más natural y del mueble más cómodo, puede, con probable posibilidad, acosarnos el universo, lo que las cosas son en realidad de verdad.

La neutralidad óntica, ontológica, lógica, causal... del estado natural, y la transformación de tal neutralidad en morada, en neutralidad pactada, no pasan de eso: de neutralidad, de intentos y planes de neutralización de lo óntico, ontológico, lógico causal... Empero como toda sentimentalidad surge *porque sí*, es decir: con un cierto grado de probabilidad y no necesariamente, no basta con que lo óntico, ontológico, lógico... estén de continuo y aun necesariamente irrumpiendo en Mansión, carcomiendo nuestras maderas, socavando nuestras instituciones, minando nuestra salud; cansándonos de lo mejor... ; si no emergen espontáneamente sentimentalidades como las de *acoso*, no lo sentiremos; lo seremos, no lo estaremos siendo; total que, para nosotros los sinti*entes* y consci*entes*, resultarían como si no existieran —que así debe sucederle al diamante.

b) Lo sentido *por* nosotros *bajo* acoso es, por lo pronto, eso: *acoso*, turbación, perdimiento, alboroto..., y no porfía, afición, dolor, desvío... Y la originalidad de *lo* sentido no requiere mayor declaración; y perder en ello más palabras, tal vez resulte vana porfía, si no insistimos en el sentido óntico: en *lo* sentido ontológicamente, de tales sentimentalidades. Las sentimentalidades de *Mansión* —avenido, aclimatado, avezado...—, me descubren lo que yo, cada uno, tenemos de natural y de amueblado: cuerpo, morada el alma, y alma aposentada en cuerpo: ojos moradores del mundo del color visible, orejas en su casa de sonidos musicales; no *somos* —a pesar de la persistencia de neutralidad óntica, ontológica... de lo natural y casero—, sólo eso; *somos* reales de verdad, y *estamos siendo* reales de verdad, y en universo: en la realidad de verdad. Lo sentido por las sentimentalidades de expósito, ex-

puesto, acoso... son testimoniales de que somos y estamos siendo reales-de-verdad; y, por ello, somos y nos sentimos capaces de hacer óntica, ontología... *Acosados por la realidad de verdad* —la nuestra, la de las cosas—, es *lo* sentido *por* nosotros, por ser reales de verdad y estar siendo en un mundo basado sobre realidad-de-verdad. Qué uso se pueda hacer de estos *datos metafísicos,* sería asunto de otra obra.

c) Es suficientemente claro, para *Prolegómenos,* que esta sentimentalidad de acoso tiene por componente notas de violencia; y no es metáfora, sino realidad sentida eso de sentirnos *forzados* por la verdad —real de verdad—, *vencidos* por la verdad, y, hasta cierto punto, el que otros nos fuercen con la virtud de la verdad, real de verdad —no con la verdad *casera*: dogmatizada, codificada, encatecismada...

d) Por fin: cuando Mansión está siendo sentida, con la probabilidad de emergencia peculiar de acoso, bajo el fuego graneado de Universo, *Mansión* se trueca en *Hospedería;* y, en el mejor de los casos, en *Hotel.* Y son, por lo pronto, sentimentalidades específicas de Hotel y Hospedería las de expósito y expuesto, las de acoso, turbación...: todas con el tono básico y distintamente sonante de expósitos y expuestos a la realidad-de-verdad, acosados por la realidad de verdad, y por una verdad de tipo realmente verdadera —verdad óntica, ontológica, lógica... La técnica —por virtud de su operación de trocar una cosa *en* otra, y por la complementaria de trocar unas *por* otras las cosas trocadas *en* otras, según definidos proyecto y designio, será una forma, tal vez la primera, de reconstruir nuestra natural morada sobre realidades de verdad y construirla con la realidad-de-verdad y verdades realmente verdaderas. La hospedería asciende a hotel. Nos faltan, no obstante, algunos elementos más para dar a estas palabras su definido significado.

Dato VI. 5. "*Aun antes de* todo preservativo teórico o práctico, *nos hallamos ya* transidos de sentimentalidades verbalmente resonantes en palabras como temor, miedo, pavor, espanto..., *el* sentido de las cuales se resume en *desvanecimiento de Mansión,* mientras que *lo* sentido *por* nosotros bajo ellas puede expresarse por *advenimiento de Cualquiera.*"

a) El sentido de tales sentimentalidades nos descubre —o es la verdad misma—, el desvanecimiento de Mansión; tenemos por nuestra vida —en un motín callejero, en una tempestad, en despoblado, en una avería del avión...—, precisamente porque vida constituye condición básica para morar en mundo, y en todos los

mundillos del mundo: visual, auditivo, social, religioso... La vida nos hace, ante todo, moradores: aficionados, dados a, familiares con todas las cosas, con sentimentalidad de caseros, desplazables de una a otra casa, cuando una se vuelve incómoda o inhabitable. Tememos por un negocio en que nos va nuestra morada, estabilizada ya, en el mundillo económico, y, por él, en los demás; y tememos por nuestra fama, por la que moramos dignamente en sociedad; y tememos salir mal en unos exámenes, en un concurso, en una conferencia, no por la particularidad de *este* curso, de *esta* conferencia... sino porque de tales sucesos depende nuestra estancia o morada en un mundo especial, más o menos amplio, siempre desbordante la singularidad del caso. Temor nos descubre, pues, siempre y constantemente, la insubsanable inestabilidad de Mansión, su imperdible posibilidad de desvanecimiento, su incurablemente profunda vanidad —que sobre la realidad de verdad no cabe asentar en firme la simple realidad; el ser real-de-verdad no pueda ser neutral óntica, ontológica, causalmente..., sea dicho incidentalmente. Al intrépido no le importa la vida, al desvergonzado no le importa la fama; mas ese *no importa* se refiere siempre a morada, no específicamente a este caso de este peligro de muerte, de esta quiebra de fama... Temeroso, intrépido... son dos estados de la misma sentimentalidad; *el* sentido de los dos es siempre *vanidad o inconsistencia de Mansión.* De qué, por qué, cómo toda Morada sea, en el fondo, inconsistente y vana, no lo declaran ni estas ni otras sentimentalidades porque su función no llega, como diremos definidamente (Cap. VII, § 1, 2), al *qué es, por qué es, cómo es...*, sino al *que es así o así.* No es, pues, que temor, miedo, pavor... nos hagan perder la cabeza —que creemos tener y mantener clara, lúcida, expedita al pensar, discurrir, demostrar, intuir...—; en verdad el poder desvelador de toda sentimentalidad no llega ni es para eso; sino para *que* la cosa *es* atractiva, seductora, firme, estable, inestable, pavorosa, peligrosa, habitable, familiar, oprimente... *De qué* provenga todo eso, *qué es* todo eso: será tema para cabeza, no para sentimentalidades.

b) Como en otras sentimentalidades caben aquí gradaciones cualitativas; y tal vez las palabras de temor, miedo, pavor, espanto... delaten, o en este orden o en otro verbal, semejantes potenciaciones de una básica, vgr. la de temor. Este punto no requiere peculiar declaración aquí. En un terremoto el temor toma la forma de pavor y espanto, y nos da la gran espantada, y salimos disparados de la casa, abandonando a lo mejor en ella a los seres más queridos. *Que tiembla* la tierra —no que nace sol, o que estoy

tocando el piano...—, es lo que descubre entonces el pavor; los sismógrafos registrarán, sin pavor, la intensidad de las ondas sísmicas, y sin temor ni prisa los físicos y geólogos estudiarán su centro y sacarán conclusiones o conjeturas sobre la constitución de la tierra, y definirán *qué es* terremoto y cómo *qué es* terremoto se individualizó en *este* terremoto... No se trata, pues, de un abstracto *que es,* sino de *que es* bien concreto, y en estado de concreción (Parte II, Cap. I, § 2). Una vez más, y aun a riesgo de machaconería, el que ante tal caso objetivo —este temblor de tierra, este tiro de fusil... este bache de aire...—, surjan sentimentalidades de temor, pavor, miedo... es cuestión no de necesidad, sino de probabilidad —ni siempre, pues, ni en todos. Empero por la vinculación entre sentimentales y sentimentalidades podrá fijarse un margen de mayor o menor probabilidad, o sea: de espontaneidad delimitada. Véase Cap. VII, § 1, 2. Las compañías de seguros saben —por los peligros que muchos otros han pasado—, calcular la estabilidad de Mansión —frente a incendios, robos, temblores, accidentes de aviación...—, y no de *esta* casa, concretamente *ésta,* de *este* avión en cuanto *éste,* de *esta* salud de *este* hombre...

c) Lo sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades es, aparte de miedo, pavor..., —y no porfía, aflicción, tristeza, desvío, hastío...—, el *advenimiento de Cualquiera.* En otras palabras: que a mí, no en cuanto yo, sino en cuanto uno cualquiera, me va la estancia en Morada; que yo soy morador de tal morada no por ser yo, sino por ser un cualquiera. Y decimos *advenimiento de cualquiera;* al yo, a mí, me adviene el notarme siendo tratado como uno cualquiera —por los tiros, accidente aéreo...—; *yo estoy siendo uno cualquiera;* la contradicción vivida y sida en tales casos, y dicha expresamente en la frase anterior, lleva acuciante la pregunta: ¿por qué a mí justamente, por qué justamente pasó esto a este avión en que yo subí, por qué a mí justamente se me va de la memoria la idea que en esta conferencia, ante este público...; por qué me enfermo yo, justamente en esta ocasión tan comprometedora?... Y a tales preguntas no hay respuesta posible, pues todo eso me pasa a mí por estar siendo un cualquiera, y tales casos me ponen a ser un cualquiera, y para un cualquiera no tiene sentido la pregunta: ¿por qué a mí? A un cualquiera pasan las cosas porque sí, según distribución probabilística. Y en tales casos lo mejor que podemos hacer es dejarnos a la mano de Dios, a la suerte, a lo que sea; echarnos a la bartola, tomar un trago o un tranquilizador —y que pase lo que quiera. A no ser que nos sobrevengan

otras sentimentalidades, de que se hablará aquí mismo (Dato VI, 61, 62), cuyo advenimiento, como el de toda sentimentalidad, está sometido a la categoría modal de probablemente posible.

Dato VI: 6. "Aun antes de que nos planteemos como cuestión previa cómo me sentiré yo, en cuanto yo, frente a las cosas que están siendo o sean una cualquiera, *me hallo ya* con sentimentalidades del tipo transcendental, como desprecio, arrogancia, jactancia, altanería, pretenciosidad, soberbia..., *el* sentido de las cuales es, totalmente, el de *otredad;* y *lo* sentido *por* nosotros *bajo* ellas es mi *superioridad."*

Advertencias: *a)* Nos hallamos ante un caso destacado de *transcendencia sentimental* —o de transcendentales transidos de sentido. Los hombres somos un ente que no sólo es algo bien determinado, sino que lo está siendo (sintiendo, notando); lo es y sabe que lo es; por sólo serlo, aunque fuera lo más sutil —espiritual, formal, *a priori*...—, no pasaría de piedra preciosa, luz o diamante; por ser y estar siéndolo, lo que es —material o no, *a priori,* formal— resulta sensibilizado con, coafinado con, afectable por; se enterará de, se dará por enterado de...; y otras frases que, con uno u otro matiz, digan lo mismo. No basta con que ser transcienda a entes, y con que el hombre tenga partes suyas en estado de ser, frente a ente; hace falta sensibilizar el ser, dar sentido a el ser —y *sentidos* a ciertos entes en estado de ser—; por tal hecho la transcendencia es sensible, sentidamente posible, además de lógica, ontológica, formalmente... posible, al modo que hemos ido encontrando sentimentalidades que hacían sentible la intencionalidad global (Dato VI, 2) o la particularizada (Dato VI, 1).

b) La transcendencia sentimental afecta por igual a lo que cada uno tiene en estado de ente y a lo que posee en estado de ser. En sentido sentimentalmente neutral, el ser —o lo que una cosa tenga en estado de ser—, *trans*mite los entes de su dominio: luz, colores, espacio, cuerpos... es decir: ciertas vibraciones son visibles a través (trans), por medio de la luz, radiación ella misma en estado de ser; el espacio *trans*mite, permite el *trans*porte de los cuerpos... La inteligencia hállase, de ordinario, en estado de ser; a pesar de su realidad doble: es inteligencia y sabe que lo es, piensa y nota que piensa; su actuación normal es *trans*cenderse, hacerse ser de entes (objetos entendidos); y así de los actos (de ver, oír, pensar...) llamados y denominados *trans*cendentes, porque nos *trans*portan y *trans*miten, cual cosa-en-ser, a cosas-en-ente (objetos). Empero este tipo de transcendencia, brevemente recordado para contraposición, no es de igual tipo que la transcendencia sentimen-

tal. Por lo pronto, entre cosa en estado de ser y cosa en estado de ente no hay, de suyo, preeminencia alguna —como no la hay entre agua líquida y hielo (cf. Parte II, Cap. I, § 2). Alto y bajo no sólo son conceptos correlativos; son realidades relativas igual que derecha-izquierda, delante-detrás...; los entes físicos son indiferentes respecto del cambio de tales direcciones, todas ellas de estilo *ser físico* —dirección en estado de ser.

Empero altanería, altanero, alteza... son *hallazgos* sentimentales que dan, por don o regalo —mejor: por préstamo—, a alto *el* sentido de superior respecto de bajo, que, por el mero hecho, desciende o adquiere el matiz sentimental de bajeza, o lugar de los humildes, a ras de tierra; y a su vez el cielo asciende a Cielo, lugar de dioses; la tierra desciende a terrenal, a humus humilde. Y el superior, con su sentimentalidad de superioridad, de soberbia, suele estar sobre el suelo —solio, silla gestatoria, pavés, castillo, estrado, escenario, púlpito, plataforma—; y, cuando desciende, es por condescendencia; tal llaneza es un reconocimiento sentimental de su superioridad por todos: por el llano y por los llanos. De alto-bajo a altanería-bajeza hay inconmensurabilidad insuperable.

Alto-bajo, delante-detrás, derecha-izquierda, recto-torcido, claro-oscuro, abstracto-concreto...: todo puede estar habitado por sentimentalidades de tipo super-infra. Y palabras cual realismo-idealismo, empirismo, pragmatismo, sujetivismo... se hallan recargadas de *el* sentido de supra-infra. Y la verdad, al estar habitada sentimentalmente, suele estarlo por la de soberbia —soberbia en la ortodoxia, y ortodoxia como soberbia—; y la humildad del creyente, al dejar de notar la fe como don —mejor, como préstamo divino, jamás seguro, perdible, inmerecible—, suele, presta y sutilmente, estar habitada por la arrogancia en la fe, por petulancia en sus creencias, por jactancia, presunción, ostentación, pública y privada —en leyes, ceremonias sociales...—; y tenerla cual posesión segura o del individuo o de una sociedad, respecto de la cual ya no tenga sentido sentirse soberbia por la posesión de la verdad. E igual sucede con la soberbia en la bondad —en el vicio—, la vanidad en la belleza... Bello-feo, bueno-malo, verdadero-falso, alto-bajo, primera fila-segunda fila, son, aceptémoslo por el momento, contrarios de tipo *ente*. Es un dato que, cual hallazgo, teóricamente imprevisible, los volvemos sentimentalmente habitables por soberbia, altanería..., humildad, vileza... Con la advertencia de que si, corrientemente, alto no tiene sentido sin bajo —altura es alto *de* cierto abajo, y abajo es abajo *de* tal altura—, la soberbia es soberbia de tal humildad, y humildad es humildad de tal soberbia,

quiero decir: no se es simplemente soberbio; soberbio se es frente, ante, contra otros humildes, en ese mismo orden en que uno se siente soberbio o superior; y tal superioridad sentida encierra un *menosprecio* de los inferiores y humildes; menosprecio que no dejará realmente de serlo por la añadidura de "por gracia de", "por voluntad de", "por don de" —estoy en la verdad por gracia de, estoy en gracia por don de...—; que si esos "por don de", "por gracia de", "por bondad de"... se tomaran —se pudieran tomar en serio—, yo, que estoy en la verdad —social, religiosa, política...—, dejara de sentirme superior; y los otros, que desde mi altura están abajo, dejarían, para mí, de ser inferiores —herejes, apóstatas, traidores...

Las sentimentalidades de altanería, soberbia..., tienden a volverse inconscientes, a hacerse atemáticas e inobjetivas —el soberbio, a no notar que lo es, a justificar que no lo es, a negar que lo sea, a demostrar que no lo es...—; y, por tal cambio al estado de inobjetividad y atematicidad, actúan tales sentimentalidades como *ser* —ambiente, atmósfera, tono general, social, cultural..., y secundariamente individual.

El principio de contradicción pertenece, objetivamente, a la lógica —dominio, al parecer, sentimentalmente neutral, al menos largamente neutralizado y neutralizable; mas, al ser habitado sentimentalmente por superioridad, soberbia, altanería, el altanero y soberbio no *soportan contradicciones,* ni aguantan contradictores, dudosos, ambiguos...

c) Como toda sentimentalidad, por su constitución de espontaneidad o novedad, las de jactancia, altanería, soberbia... o sus correlativas de humildad, bajeza, inferioridad..., surgen con probabilidad, no con necesidad; ya antes de venir a realidad, son tan sólo probablemente posibles, y no sólo posibles. Por tanto caben casos —raros—, de persona buena, inocentemente buena, ni soberbia ni humilde en su bondad; de hombre inteligente, cándidamente inteligente, ni soberbio ni petulante ni ostentoso por su realmente privilegiada inteligencia; y mujer bella, sencillamente bella, ignorante de que lo es —no jactanciosa, petulante, exhibicionista de lo que realmente es. Es lo *improbable,* mas siempre probablemente posible. Lo cual viene a advertirnos o hacernos caer en cuenta de un *dato*: la conciencia de una sentimentalidad lo es de ella y de su contraria.

Quien se siente superior no solamente se siente superior él, sino se siente superior a otro en cuanto inferior, o sea: siente —y es lo más importante—, la inferioridad de otros, y se la da a ellos a sen-

tir, y ellos la resienten o se resienten de ella: de su inferioridad y de la superioridad de otro.

Podemos, pues, en este punto introducir la distinción siguiente:

d) Dato VI. 61. "Nos hallamos con que —hallazgo, invento, creación...—, *aun antes de* toda teoría con pretensiones de prioridad, surgen en nosotros sentimentalidades del tipo *superioridad* frente a las cosas, todas en principio al alcance de tales sentimentalidades; respecto de las cuales las cosas quedan repartidas y coajustadas en dos estados: primero, cosas que adquieren *el* sentido de inferiores, mas sin sentirse ellas inferiores, o sin resentirse por su inferioridad; segundo, cosas que tienen *el* sentido de inferiores, y además se sienten inferiores y pueden llegar a resentirse por su inferioridad."

El hombre se siente, y no solamente es o no es, *superior* a las cosas físicas —tierra, aire, sol, luna, árbol, gato, nevera... *El* sentido que ellas descubren frente al hombre es el de inferiores; y por muy bien que luzca el sol, no nos dará complejo de inferioridad; y por muy fina que sea la vista de águila no nos sentiremos humillados por ello; y será tan excelente cuanto queramos, y queremos que lo sea en grado sumo, un racimo de uvas; tal excelencia no nos meterá complejo de inferioridad, ni nos tentará a la declaración de que las uvas estaban verdes. Lo cual no obsta para que *el* sentido de la sentimentalidad de superioridad ante uvas, águila, sol... nos descubra que tales cosas son inferiores al hombre, y nos comportemos con ellas con sentimentalidades derivadas de esa muestra de soberbia o conciencia sentida de nuestra eminencia —tales como desconsideración, desenvoltura, desdén, despreocupación, desvío, frialdad...—; y usamos y abusamos de tales cosas, las consumimos, destruimos, pisamos... Es que estamos convencidos por *el* sentido de la soberbia, por lo que la sentimentalidad de soberbia nos descubre de las cosas, que tales hay que ni sienten ni se resienten de inferioridad —o humildad. Son *no resentibles* a todas estas sentimentalidades. *Lo* sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades es, por el contrario, *nuestra eminencia* o señorío absoluto, con una secreta desilusión de que ellas —sol, luna, aire, águila...—, no se enteren de nuestra superioridad y se sientan inferiores, y nos podamos dar el lujo sentimental, un poco vicio, de darles a sentir nuestra superioridad, y darse ellas a sentir su inferioridad.

Empero, respecto de otras cosas, sentirnos superiores es darles a sentir nosotros nuestra superioridad y darles a sentir su inferioridad; y, por probabilísima posibilidad, resentirnos superiores o

soberbios, y resentirlas a las inferiores de su inferioridad: hacerlas resentidas, además de sensibles a su inferioridad y a nuestra superioridad. Y cabrían ya con pleno sentido sentimental sentimentalidades como apreciar, despreciar, menospreciar, desdeñar...; y si no siempre nos es posible que alguien se sienta inferior porque nosotros nos estemos sintiendo o intentando sentirnos superiores a él, y menos que se resienta por los desprecios —insultos, blasfemias, feos...—, siempre al menos es posible que se resienta de nuestros intentos; que si no se resintiera de nada, ni de nuestro aprecio o desprecio, ni de nuestros intentos de aprecio o desprecio, fuera piedra o luz, tortuga o águila... Darse por ofendido, darse por despreciado..., darse por apreciado, darse por honrado —obedecido, temido...—, darse por insultado, darse por alabado... son sentimentalidades de este tipo *super*. Quien no las sienta podrá ser ónticamente tan superior cuanto queramos, tanto o más que $1.000.000^{1.000.000}$ es mayor que 1; mas no se sentirá superior —creador, causa *primera*, bondad *suprema*, inteligencia *suprema*, poder *supremo*... Siempre, no obstante, para sentirse superior será preciso no sólo que haya otras cosas inferiores, sino hacerlas sentir la superioridad de él, y la inferioridad de ellas; y, por el mero hecho, hacer probabilísimamente posible que surjan en él la soberbia, y en los otros el resentimiento por su inferioridad ante el trato de un superior que, para notarse superior, tiene que hacer notar al inferior que es inferior, y cuanto más se lo haga notar y sentir, mejor para sentirse el superior superior. Todo ello entra en el título de potenciaciones de sentimentalidades de que se hablará inmediatamente y sobre el que se tratará largamente en su lugar (Cap. VII, § 1, 2).

No se puede ser *conscientemente* Dios sin hacer notar a las cosas que son creaturas; y sin exponerse, con probabilísima posibilidad, por tanto con frecuencia, a que se resientan de tal trato; no se puede ser *conscientemente* sabio, sin hacer notar a otros el que no lo son, o sea: hacerles notar su ignorancia, que son unos ignorantes; y, sin exponerse, con probabilísima posibilidad, por tanto, con frecuencia, a que los ignorantes se resientan de tal trato, y rechacen indignados tal sabiduría y tal sabio. Por otra parte: cuando el ignorante, la creatura... cae en cuenta de que el creador, el sabio... no pueden ser *conscientemente* tales sino haciendo notar, por necesidad de su consciencia, a otros su ignorancia y creaturismo, cobran ellos conciencia de su poder sobre creador y sabio, sobre la conciencia de Creador y de Sabio... —de Presidente, de Papa, de Señor, de Padre...—; y notarán entonces los inferiores

su superioridad real y sentida frente a Creador, Sabio, Dios... a saber: que éstos dejarían de ser conscientes de lo que son —que bajarían a la categoría de luz, piedra, diamante...—, si no hubiera inferiores que, por notarse inferiores, y por estar los superiores haciéndoles notar su inferioridad, se notan con esa superioridad sobre los superiores: ser condición necesaria para que el superior tenga conciencia de que lo es.

Así que *soberbia* es componente sentimental —probabilísimamente posible, frecuentemente real—, de todo hombre.

Por tanto: como soberbia —y sentimentalidades afines—, es sólo real por modo de probabilidad pueden darse estados de neutralidad sentimental en que cada cosa es lo que es —dios es dios, los dioses son dioses, hombre es hombre, sol es sol—, sin que nadie se note superior, igual, inferior a otro... Y, en efecto, se dan casos y ratos en que no sentimos que somos creaturas, hijos, súbditos, fieles..., y en que nadie nos está haciendo notar que lo seamos. A su vez puede darse un estado de tan *natural* superioridad —moral, religiosa, política, científica...—, que frente a ella uno sienta como *natural* ser inferior, y no surja resentimiento alguno. Mas lo natural —como se dijo en Caps. II, III, y se ha repetido en múltiples lugares—, lleva consigo una cierta neutralización óntica, ontológica, lógica... La superioridad natural o la naturalidad en la superioridad encierra siempre un haberse perdido la superioridad; un haberla perdido, y, por perdido, olvidado; los inferiores a su vez, al ver que el superior se olvida, o no da importancia, a su superioridad y a la inferioridad de ellos, se olvidan ellos o no dan importancia a su inferioridad y a la superioridad del superior —Dios, dioses, papa, rey, presidente, sabio... El límite sería que nadie fuera consciente de nada; ni el superior de su superioridad ni el inferior de su inferioridad, ni el superior de su inferioridad ni el inferior de su correspondiente superioridad. En tal punto será probablemente posible, frecuente, que surja en el superior una revuelta o vuelta de su conciencia de superior, y, por ello, del inferior a su inferioridad; y el máximo de resentimiento de los inferiores por su inferioridad, y el máximo de rebelión del inferior frente al superior, y la invención de maneras, bien reales, de mostrar al superior su dependencia, en cuanto superior consciente de sí mismo, respecto de sus pretendidos inferiores.

Toda superioridad puede llegar a ser ofensiva, y a ser sentida por los inferiores como ofensa; a su vez, la inferioridad puede llegar a ser ofensiva, o sentir tentaciones de serlo, que, para el intento presente, es lo mismo. La verdad de la relación superior-inferior

es la sentimentalidad de respeto, que es neutral por su propio sentido. La verdad del ojear es ver*nos;* la verdad del pensar es entender*nos;* la verdad de superioridad-inferioridad es respetar*nos;* y en ese *nos* desaparecen por fusión complejo de altanería y complejo de vileza.

e) La sentimentalidad de superioridad-inferioridad —como en general toda sentimentalidad—, se basa o tiene su razón en sentimentales que, a su vez, se apoyan en ser y en ente —cf. Cap. VII.

Mas toda sentimentalidad, y aun los sentimentales, flotan —por decirlo ahora así—, sobre tales bases de ser y de ente, pues no son propiedades suyas, por su carácter de probablemente posibles y de probablemente reales (frecuentes). (Cf. Cap. VII.) De modo que si de una parte ponemos todas aquellas cosas que son lo que son —figuras, números, cuerpos simplemente tales... —, mas que no saben lo que son mediante sentimentales o sentimentalidades, y de otra parte todas aquellas que notan de original manera —tantas cuantas sentimentalidades, sentimentales... —, lo que son —o lo que pueden sentir de lo que son, o lo que el ser tiene de sentible o sensible... tómense por ahora todas estas frases como equivalentes— habrá que decir: *primero,* que de las cosas que simplemente son cabe *conocimiento;* de las que sienten lo que son o sienten lo que son otros, no cabe sino *reconocimiento.*

Ya del ojo viviente vale que no ve porque sea ojo, ni ve que otro ojo ve porque éste sea ojo; ven porque cada uno ve que el otro lo ve, porque *reconocen que se ven.* Así que ser visto es sentirse visto, como ver es el sentirse vidente un ojo que se siente visto a la vez que vidente. Los ojos, al ver y para ver, se reconocen; no se conocen —se sienten ver. Y mientras no surja tal sentimentalidad un ojo no ha visto que otro ojo ve, o no ha visto que un ojo ve; y esto es lo más importante. Tratar de conocimiento y de reconocimiento cual si estuvieran en el mismo plano es o rebajar ojos, oídos, mente... a cosa que simplemente es, o levantar cosas que son al nivel de ente-consciente, de ente-viviente. Por lo pronto, y cual *dato inmediato,* hay cosas que simplemente son, y cosas que sienten, con verdad de sentimentalidad. lo que son o algo de lo que son. Transformar unas cosas *en* otras será cuestión *meta*física; y los proyectos y designios —determinados y articulados—, pertenecerían, propiamente a una *meta*física *actual.*

Segundo: si convenimos, por un momento, en que el término *razón* se aplique a aquel conjunto de propiedades de las cosas que simplemente son o lo que las cosas que sienten lo que son tienen aún de simple ser, diremos: por muchas razones o razones en serie

que tenga una cosa que simplemente sea —vgr. aunque sea Razón pura, fórmula matemática perfecta, teorema perfectamente demostrado, inteligencia absoluta...—, tales razones se prestarán a *conocimiento,* mas no tendrán tales razones y cosas por qué ser *reconocidas.* Lo que corrientemente se dice al afirmar que no basta con tener razón; es menester que se la den. La originalidad del recognosciente frente al simple cognoscente y al objeto simplemente conocido por un simple conocedor pone infranqueable distancia entre conocimiento y reconocimiento: conocer que algo es verdad, y reconocer que algo tiene verdad. Todas las razones son impotentes para exigir, imponer reconocimiento. Reconocer las razones conocidas es un acto de generosidad, de don, de gracia; con la agravante de que la cosa simplemente conocida, o simplemente cognoscible, no puede transformar tal don en propiedad. Se da a quien no puede ni recibir ni rechazar. Si tal razón nos convence, será porque queremos; y si no nos convence, será igualmente porque no queremos; ni en lo uno hay mérito ni en lo otro demérito —como no lo hay en recibir o rechazar una gracia. Obligar a un consciente a que reciba una gracia es la manera más probable de que se la rechace, por humillante y bochornosa; a su vez, no aceptar una gracia no es, no puede ser, injuria para el dador —si es que es dador, y no Señor. Por tanto —y es dato de experiencia inmediata—, para que una razón *valga* respecto de la mente de un consciente es preciso que el consciente le *dé* razón —se *dé* a afirmar, negar, demostrarla, cumplirla... Mas si una razón —propiedad, atributo de una cosa, vgr. infinidad, posibilidad, identidad, inteligibilidad, esencia—, es razón de una mente que es consciente, si es razón viviente —toda ella o algo de ella—, y consciente por sentimentalidades o sentimentales, tal razón ascenderá a la categoría de *motivo* o *razón con peso sentimental;* y, en tal caso, tal razón que se siente razón puede *dar* (o notar) razón de sí a otro que, a su vez, si es sentiente —por sentimentales, sentimentalidades, en una palabra, por conciencia—, *podrá dar* razón a tal razón —o no *dársela*: negarse a afirmar, a negar, a sentir, a creer...

Al pretender imponer a una cosa consciente un *motivo* por lo que el motivo tenga de *razón* o una simple razón, surge en el pretensor la sentimentalidad de superior, y en el pretendido la de inferioridad; y cuanto más se trate de imponer razones a consciente, más soberbia se engendra en el agente, y más resentimiento en el paciente. El inferior, o el tratado como inferior, se empecinará tanto más en no aceptar *razones,* cuanto más puras *razones* sean. Y no *dará* razón a las razones, justamente porque se trata de

dar, no de tener-que o de deber. Un consciente no *tiene que* ni *debe* afirmar, negar, asentir, profesar, creer... El conocimiento no basta, pues, para un reconocimiento; no llega el conocimiento ni siquiera a condición suficiente para un reconocimiento. Verdad conocida no tiene, ni de sí ni de otro, por qué ser reconocida. Podemos conocer todas las verdades; no tenemos por qué reconocer a ninguna.

Determinarse a *dar razón* a una razón, a una verdad, es *decisión* de estilo *meta*físico. Así que la transcendencia sentimental es transcendente respecto de verdad y falsedad, ser y no ser, forma *a priori* y material...

Dato VI. 62. "Aun antes de toda teoría con pretensiones de *a priori* o de racionalidad prospectiva, *nos hallamos ya,* cual con hallazgo sentimental, con sentimentalidades que han dado que hablar de sí en palabras como desenfado, despreocupación, distracción, despego, desenvoltura, desdén..., *el* sentido de las cuales es descubrir lo que de simple cosa tienen todas las cosas, y tratarlas según ello; mientras que *lo* sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades es nuestra *alteridad* frente a las cosas en cuanto simples cosas."

A la cuestión, planteable *a priori,* cual previo general: ¿qué descubrirán las cosas, simplemente tales o no, cuando se las trate cual si fueran íntegramente simples cosas?, ¿cuál será su reacción a tal acción? Además: ¿disponemos de algún modo para tratarlas así, eficaz en doble y complementario sentido, a saber: eficaz *objetivamente* —que en él las cosas descubran lo que tienen de simples cosas, sea todo o parte—; eficaz *sujetivamente,* que me descubran a mí, en cuanto descubriente de tal aspecto?

Guiémonos por el caso de la vista: a la cuestión, previa a abrir los ojos, a saber: ¿qué veremos?, ¿qué me descubrirán las cosas, todas ellas, cuando abra este órgano que ahora llamo ojos que ven?, *¿cómo me notaré* yo, al abrir y poner los ojos a *ver?* Es claro que, aun antes de tal *a priori* —pura novela ideológica—, me hallo ya habiendo abierto los ojos, y viendo ese aspecto que llamo color visible, en cuanto visible; mis ojos, al ver, me han descubierto lo visible de la cosa, que, por otro recoveco, sé que no es todo lo que tienen las cosas, ni siquiera todo lo que de radiantes tienen. Es un hallazgo —si no un invento—, el que me halle viendo (con ojos), y viendo lo *visible* (de las cosas). Especial tipo de *sentido* son las sentimentalidades, como se va notando repetida e insistentemente. En las sentimentalidades conexas de desenfado, desprecio, distracción, despego, desenvoltura, desdén..., *el* sentido de las cosas, lo

que ellas en ellos me descubren, o lo que tales sentimentalidades son capaces *eficazmente* de descubrir, es su *cosidad,* y como simples cosas las tratamos. Si aconteciera que todo lo de ellas fuera del tipo *simple cosa* —son lo que son, sin sentido, sin transcenderlo o transformarlo sentimentalmente, todo o algo—, distraerme de ellas, desprenderme de ellas, despegarme de ellas... mostraría que, por ser simplemente lo que son, no poseen medios de agarrarnos ellas, pegarnos a ellas, envolvernos en sí... —cual ojo que para saber que ve tiene que ver que otro ojo lo ve, cual lengua que para notar que habla tiene que notar que hay unos oídos que la escuchan y que, en principio, pueden responderle; cual organismo que para sentirse vivo necesita notar que ciertas cosas lo alimentan, que son *sus* alimentos o que lo vivifican—; si al tratar desenfadadamente, despreocupadamente... ciertas cosas, cual si fueran simples cosas, notamos que se resisten a ser tratadas así, que nos aprehenden, agarran, apegan... o que nos sentimos apegados en ellas y por ellas, preocupados por ellas y ocupados en ellas, envueltos en sus miradas, brazos, cuidados..., las sentimentalidades de apego, afición, preocupación, atracción... nos descubrirían, como *el* sentido de ellas, el que tales cosas no son simplemente cosas; y que *lo* sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades es que tampoco somos nosotros simples cosas; para ser lo que somos, o algo de lo que somos, tenemos que estar siéndolo con otras que, a su vez, para ser lo que son —o algo de lo que son—, tienen que estar siéndolo con nosotros. Tal es *el* sentido y *lo* sentido por apego, afición, preocupación, atracción... Pero puede suceder muy bien —es probablemente posible, frecuentemente real—, que ciertas cosas que no son simplemente cosas, *se dejen* tratar como tales, es decir: descubran lo que tienen de simple ser o ente; y así tratamos a veces el cuerpo de un viviente, de un consciente, cual si no fueran sino simples cuerpos; y, al revés, tratar el cuerpo de un viviente o consciente cual si fueran simples cuerpos —a golpes, a empujones—, es tratarlo despreocupadamente, desenfadadamente, distraídamente...; y bajo tales sentimentalidades se descubre que tal cuerpo es simplemente cuerpo, en amplio margen —que cae según leyes iguales para él y para un simple cuerpo, que se corta por iguales medios que un cuerpo físico, que se hiela...

Los descuidos, el descuidado, el distraído... —aparte de valoraciones morales, jurídicas...—, descubren en tales estados sentimentales lo que de simple cosa tienen todas —que es todo o algo o mucho. Y puede uno ser distraído consigo mismo, tratarse a sí

mismo como simple cosa, y descubrir que realmente lo es —distracción que puede costarle la vida, un brazo...

Un componente de distracción y despreocupación es imperdible para quien haya de hacer ciencia *abstracta*: y, por descuidarnos hacia lo que el viviente tiene de viviente, el cuerpo celestial de celestial, el cuerpo terrestre de terrestre..., el agua de agua, el aire de aire... surge la física moderna.

Al hacer y para hacer física atómica hay que despreocuparse, desdeñar y distraerse de las diferencias sensibles y sentidas de color, calor..., materia-radiación, masa-energía... que tanto nos preocupan en otras instalaciones sentimentales. La *atracción* hacia las diferencias, diversidades y originalidades hace imposible la *distracción* del sabio: la abstracción, y, por tanto, la universalidad, o descubrimiento de lo que de simple cosa —de simple cuerpo: cuantitativo, radiatorio, material... tienen las cosas más diferentes y diversas.

Lo sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades es nuestra *alteridad* frente a las cosas, en lo que tengan de simples cosas. Uno es distraído consigo mismo —y por ir mirando al cielo se cae en un pozo, o por abstraído en sus círculos no ve la espada que lo henderá como simple cuerpo físico—; descúbrele la distracción que es él cosa como otra cualquiera, que se llega a notar simple cosa, lo cual es serlo y no serlo. *Mis* sentimentalidades me descubren lo que de cosa tengo en *mí*, lo que de simple cosa soy yo, o lo que, en un momento dado, está puesto en estado de cosa. Y así puedo *pensar*, distrayéndome de lo que pase en mi cuerpo y en mi alma; no *dignarme* (desdén) hacer caso de dolores, molestias; despreocupándome de ojos, oídos, imaginación...; siendo de notar que tales sentimentalidades consiguen *realmente* —en grado mayor o menor, que va de distracción por despreocupación, desenvoltura, despego, desenfado, desdén...—, lo que es de su propio designio: a saber, dejar las cosas en simples cosas —séanlo o no totalmente—, y ponerme a mí como *otro* de simple cosa —aun de lo que yo tenga de simple cosa. Son, pues, tales sentimentalidades *testimonios* —no pruebas—, de lo que de simple cosa tienen las cosas, y a la vez o en uno de lo que yo tengo de alteridad frente a las simples cosas.

Es claro que las cosas que no sean simplemente cosas se resentirán de especial manera frente a tal tratamiento de cual si lo fueran; y notaré que se sienten desdeñadas, preteridas, ninguneadas... como veo por mis ojos que otros ojos me ven, y noto por mis oídos que otros oídos me han oído, y que me responde su lengua...

Al igual que, respecto de toda sentimentalidad, el surgimiento

de ésta, tanto en el sujeto agente —el distraído—, como en la cosa paciente —caso de no ser simplemente cosa—, es sólo probablemente posible, y por tanto frecuentemente real —no siempre o necesariamente. Más aún, es probable que en la cosa paciente surjan, dadas ciertas circunstancias, otras sentimentalidades que las dichas; vgr. despreocuparse del que despreocupadamente las trata; desdeñar al que nos desdeña, o complejo de humildad al sentirse desdeñado, resignación de esclavo, de creatura; gozo de ser tratado como enser, de no haber sido visto, de haber sido dado por muerto...

Del valor ontológico o metafísico de este descubrimiento sentimental de la cosidad de la cosa, se tratará en su propio lugar.

Por lo pronto queda mostrado, testificado: *a)* que *la cosidad de las cosas* nos es dada en ajustadas sentimentalidades, en ciertas sentimentalidades del sentiente; y, a la una, nos es dada nuestra *alteridad,* nuestro estar siendo otros frente a las cosas; *b)* que tales sentimentalidades son o un hallazgo o un invento, y no algo necesariamente producido, dados ciertos antecedentes o premisas. Por tanto poseen, cuando más, racionalidad retrospectiva, no prospectiva. Es *razonable* que surjan, mas sabemos que es razonable después de que haya sucedido; pero no es *racional* ni que surjan ni que hayan surgido, pues no forman respecto de ellas futuro-presente-pasado una línea uniforme y continua —como es propio de lo racional, rigurosamente tomado.

A fin de no perder de vista el tema a que estas consideraciones van dirigidas, advirtamos que desprecio, desconsideración, distracción, desenvoltura... son sentimentalidades que hacen real y programáticamente posible —y probablemente posible, o sea frecuentemente real—, el surgimiento de *Hotel* y de *Hospedería.* O dicho por el reverso de la medalla: las sentimentalidades de despego, desenvoltura, desconsideración... en diversos grados y matices constituyen *el* sentido y *lo* sentido en mundo en estado de *Hotel* y de *Hospedería.* mas no son propias o frecuentes en mundo vivido y sido como *Mansión.* De este punto se tratará inmediatamente aquí.

Dato VI. 7. "Aun antes de que podamos prevenirnos —en pro o en contra—, *nos hallamos ya* con hallazgos (o inventos) sentimentales del tipo de sentimentalidades encarnadas en palabras como enojo, encono, saña, ira, furia, rabia... —iracundo, furioso, enconado, sañudo... ensañarse...—; *el* sentido de todas las cuales es, en cuanto a su tono y matiz general, el de firmeza y grado de consistencia del en sí de las cosas, o la resistencia que hacen las cosas en sí a su transmutación en objetos; mientras que *lo* sentido

por nosotros *bajo* tales sentimentalidades es la *finitud* de nuestros poderes objetivantes."

Se trata, una vez más —entre las muchas que van anotadas—, de inventos o hallazgos sentimentales —sin entrar, por ahora, a distinguir entre invento y hallazgo. El que *nos hallemos con que* surgen en nosotros —de manera probablemente posible, frecuentemente real, por tanto—, tales sentimentalidades vuelve *razonable* la cuestión: ¿es posible notar la finitud (o infinidad) de nuestros poderes objetivadores?; y *razonable* la respuesta. Se nota tal finitud, se nos da a sentir tal finitud en sentimentalidades cual enojo, encono, rabia, furia... *Si* poseemos, por modo de posesión fija (propiedades, funciones, formas *a priori*...) potencias objetivadoras, se sigue que es *razonable* el que tengamos sentimentalidades que nos lo hagan notar y ser, que transformen ser en estar siendo. La argumentación: "*Si*..., luego es *razonable* que..." puede explicitarse más articuladamente así: "*Si*..., *luego* es probablemente posible, frecuentemente real que...", contraponiendo a la deducción: "Si..., luego es racional que..."; o sea, "Si..., luego es necesariamente posible, y, si se ponen las condiciones, es necesariamente real que...". Si nuestras potencias objetivadoras fueran cual un espejo, o reflejaran automáticamente ciertas cosas y encubrieran sin más otras —tercera dimensión, peso, calor, densidad...—; si poseyésemos algo así como formas *a priori* —vgr. espacio, tiempo...—, con funciones de simples condiciones de posibilidad de aparición, y, dadas las circunstancias o materiales, condiciones de actual aparición, las cosas se nos objetivarían más o menos, o más o menos de lo que las cosas son se nos haría (o haríamos que se nos hiciera) objeto; mas no nos daría *en ojos* la objetividad de las cosas, ni nos enconáramos contra lo que nos presentan ni nos ensañaríamos con la realidad que hace de base de lo que nos presentan, contra la realidad-base de tal objetividad; ni de furia perderíamos la cabeza y la emprenderíamos a palos de ciego con todo hasta dejarlo hecho añiicos, perdidos su forma, perfil, propiedades, utilidades; ni nos pondríamos a doblegar su resistencia —a nuestra voluntad, a las leyes en cuanto nuestras, a las ideas sidas como nuestras, a nuestro poder...

Así que *el* sentido de tales sentimentalidades es, patentemente, lo que de *en sí* conserven las cosas, a pesar de su grado de *para mí*: de objetos; de lo que en un momento dado tengan frente al intento de que su *en sí* se trueque íntegramente en objeto —según mis designios, proyectos, querer, deseos, leyes, voluntad de poderío, apetito. Tales sentimentalidades ponen, pues, a prueba —no son

pruebas o demostraciones—, la objetividad de las cosas, el grado del *en sí* de ellas, no dado sin más a la simple e inmediata objetividad; y el grado de realidad de la objetividad, no dado tampoco directa e inmediatamente en la simple e inmediata objetividad.

Lo sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades es —en cada caso, con su manera y con su matiz—, *la finitud* de nuestros poderes objetivadores —los límites de nuestras funciones a *priori,* si las tenemos; los límites de nuestros sentidos, mente, voluntad. . .—; no precisamente porque no lleguemos hasta la frontera de tales poderes o los extendamos gradualmente a partir de un centro o franja privilegiada —vgr. de rojo a violeta hacia infrarrojo y ultravioleta, de conceptos mentales finitos a infinitos, mortal a inmortal, temporal a intemporal. . . .—, sino dentro de los límites mismos normales, objetividad normal y aun máxima. . . puede surgirnos —es probablemente posible, y surge frecuentemente—, el que nos dé en ojos un anuncio, o nos enojemos por una palabra, o nos den ojeriza ciertos espectáculos, bien placenteros para otros, y persigamos enconadamente libros, sistemas, opiniones, ciertas obras de arte, y nos ensañemos contra los de otras religiones, partidos, escuelas. . . Todo ello procedente de una raíz: nuestra impotencia de hacer que las cosas se nos objetiven, se nos presenten, acomodadas y a medida de nuestros designios objetivadores —ausencia y eliminación radical de ciertos objetos, aspectos; presencia firme y estable ya de otros.

En otras palabras: si por mundo continuamos entendiendo reparto-y-coajuste de todas las cosas entre los estados de ser y de ente, la ojeriza, encono, saña, rabia. . . tienden, por constitución sentimental, a establecer un determinado reparto y coajuste de las cosas entre ser y ente, haciendo que se presenten como entes-objetos ciertas cosas, y no hagan acto de presencia como entes otras —transformándolas en correlatos para cosas en estado de ser. Ojeriza, encono, rabia, furia, saña. . . son sentimentalidades estabilizadoras de un mundo a costa de destruir otro, o de impedir que surja otro. Lo cual es, a su vez, testimonial de la finitud de nuestros poderes constitutivos y aseguradores de mundo: físico, social, religioso, político.

Advirtamos brevemente los siguientes puntos: *a)* ojeriza, encono, saña. . . deponen por su *lo* sentido de que no somos máquinas de objetivar, algo así como cámaras fotográficas, inevadibles frente a las cosas, expuestas irremediablemente a ellas, indefensos espejos. . . ; nuestras potencias objetivadoras lo son y sienten que lo son; y, por sentirlo, pueden resentirse de estarlo siendo: resentirse

de su pasividad, exposición, apertura, condición de posibilidad de aparición; tales resentimientos nos son dados —por hallazgo, o invento—, en sentimentalidades cual enojo, rabia... *b)* Las sentimentalidades dichas —sobre todo sus potenciaciones como ira, furor, rabia...—, poseen el matiz o timbre especial de *anonadantes.* No sólo nosotros nos sentimos anonadados ante ciertas cosas, ante lo que nos presentan objetivamente —no creemos a nuestros ojos, no creemos que tales cosas existieran, que tal o cual fuera el trasfondo de...—, sino que, con potenciaciones superiores —cual rabia, furor, inquina, saña...—, intentamos destruir su carácter de objetos; y si posible fuera, y para mayor seguridad, su ser *en sí*: su cosidad. *El* sentido de tales sentimentalidades, en semejante grado de potencialidad, descubre el grado de consistencia objetiva de las cosas, o su grado de inconsistencia; y *lo* sentido *por* nosotros *bajo* ellas puede ser, correlativamente, nuestra potencia anonadante de lo objetivo, o nuestra impotencia de anonadar. *Nada,* según esto, puede ser *el* sentido del poder de ciertas sentimentalidades contra lo objetivo, nuestro poder de desobjetivar las cosas. No se confunda, empero, tal *sentido* de *nada,* dado como *el* sentido de ciertas sentimentalidades, con el —discutible y a discutir en otro lugar—, *significado* de nada. Una cosa es anonadar y otra aniquilar; una, dejar de sentir los entes, hacer que no se dejen sentir los entes (o lo objetivo de ciertos entes), notando que ya no se dejan sentir o dan a sentir, y otra bien diversa hacer que no sean, aunque va a ser delicada cuestión la de determinar si un ser consciente puede aniquilar entes sin sentir que los aniquila, es decir: sin que el pretendido aniquilante *sienta* que aniquila, y lo sienta por sentimentalidades cual las de arrepentimiento y pesar de haber creado, furor y rabia ante las oposiciones del objeto, venganza por lo mal que se portó, rabia de lo mal que le resultó... ; y, al revés, habremos de estudiar si crear entes puede hacerlo un consciente sin *sentir* que los crea, mediante ciertas sentimentalidades cual complacencia, aprobación complacida por ver lo bueno que ha hecho y le ha resultado, por generosidad, magnificencia, o aventura —a ver qué resulta, qué tal corren los dados... Desde el punto de vista de la operación *trocar en* trataráse de estos puntos a continuación. *c)* Por el carácter de espontaneidad de toda sentimentalidad no sólo es probablemente posible que surjan en un consciente o viviente, sino es frecuente —con frecuencia mayor que cero, dicho con la clásica terminología matemática—, que emerjan en cualesquiera ataques de rabia, furor, ira, inquina, aburrimiento, arrepentimiento, encono, ojeriza..., lo que no puede suceder en

un ente que sea simplemente ente. Tales sentimentalidades no son señales de imperfección; son simplemente indicios de que tal cosa es ente que siente lo que es —y no se queda en simple diamante, tarugo o piedra de ser. La frase: condiciones de posibilidad de que un ente sea *sentimentalmente posible,* aparte de las condiciones que lo hacen aun positivamente posible, como ente, va cobrando acentuado significado; y llegará a ser, pasando las páginas, problema explícito de *meta*física, de metaóntica simple. *d)* Es factible ya en este momento de la exposición introducir con expresa formulación verbal lo que ya *antes de* toda teoría *nos hemos encontrado siendo,* a saber: se dan dos tipos de objetos: *primero,* simples objetos; *segundo,* objetos objetantes. Los primeros entran en la categoría de entes; detienen nuestras potencias cognoscitivas, acciones, valoraciones. . . ; los segundos se nos enfrentan ellos mismos o se nos evaden, disimulan, ocultan, o se vuelven insistentes, porfiados, pesados, importunos, exhibicionistas. . . El sol puede darnos en los ojos, mas no causar enojo ni ojeriza; empero una lámpara de bolsillo, a manos de una mano que nos persiga con ella y se nos quiera entrar por los ojos, es objeto objetante, enfrentante, por estar a servicio de un consciente que está haciéndonos sentir nuestro carácter de expósitos a los entes del mundo; haciéndonos sentirnos objetos y haciendo sentir un objeto en cuanto objeto. Y puede darse, como veremos, en ciertos tipos de mundo —así en el Mercado-Hospedería—, entes montados para darnos en ojos, enojos y ojeriza, y hacer que *nos* sintamos objetos, reducidos, si fuera posible, y en la medida en que lo sea realmente, a cosa que es una cualquiera: a *mercancía.* Complementariamente, esa potenciación de objeto que es objeto objetante puede adoptar la función inversa —bien positiva y original—, de disimulo, falsía, hipocresía, recelo, escondimiento —dando lugar a aparenciales bien determinados o a privaciones bien sentidas de aparenciales positivos. También de todo esto recopilaremos datos a continuación. Una cosa es, pues, *ser verdadero;* y otra, diferente y separable, *estar siendo verdadero.* Esta segunda potencia de verdad no es, en rigor, segunda sino diversa respecto de la primera; y no hay conexión necesaria entre ser verdad y estar siendo verdad. La moral, por ejemplo, pretenderá que en ciertas circunstancias debe coincidir lo verdadero que es con lo verdadero que aparece, el estar con el ser; decir lo que es verdad, con lo que es verdad. Tal exigencia o deber implica, por base, el problema ontológico y metafísico —dejemos por determinar su carácter estricto—, de la distinción entre ser y estar, de objetos simplemente tales frente a objetos volunta-

riamente objetos, o que lo son libre y graciosamente, que, por tanto, se manifiestan y objetivan porque quieren, y no tienen por qué dar razón alguna de si no se objetivan; y, por último, que objetivarse o darse por objeto una cierta cosa es sentirse ella de una manera especial, o sea: con *lo* sentido por ella en tal caso —generosidad, dejadez, importunidad...—; o bien, al desobjetivarse, al celar lo mismo que de ente y objeto simple tenga por base, *lo* sentido por ella en tal estado será, vgr. cansancio, arrepentimiento..., o sencillamente *porque sí*: sentirse libre o sentir su señorío frente al estado de hacerse objeto —libertad de revelación, liberarse del estado de revelado... Para todo ello, y en virtud del carácter de espontaneidad de toda sentimentalidad, basta con el *porque sí* —la gana o la desgana, de la cual ni se puede dar razón ni hay por qué darla a nadie —lo contrario sería necesidad o trampa. Cf. Cap. VII.

El carácter de objeto —objeto simplemente, objeto revelado...—, de un consciente, y aun de un viviente, es siempre revocable —a veces por motivos; a veces, sin ninguno, *porque sí—;* y no cabe renuncia, palabra dada tan definitivamente que no pueda revocarse o por motivos o porque sí, so pena de trocar consciente en ente, viviente en pedrusco o en diamante. Así que todas las objetivaciones de un consciente, de un viviente son, en principio, revocables o inapropiables —desde el trabajo de mis manos... hasta sus promesas, votos, contratos... *e)* Podemos afirmar que *Mansión* se caracteriza —entre otras cosas, bastantes dichas ya, otras por decir—, porque la inmensa mayoría de las cosas que intervienen —cosas-ente, cosas-ser—, son simplemente objetos, u objetos objetivados que no se hallan en estado de objeción —no nos son insultantes, inoportunos, exigentes de afirmación y negación, exhibicionistas, propagandcriles... Sólo en mundo en estado artificial (Hotel) o artificioso (Hospedería) los objetos de toda clase, simples y objetivantes, tomarán por sí o por intermedio de otros, características de imposición, inquisidor, importuno...; y, por ello, se dará mayor oportunidad a la surgencia de sentimentalidades de enojo, encono, ojeriza, rabia, furia..., disimulo, hipocresía, falsía, ocultamiento. *f)* Añadamos una característica más a los rasgos de ontología y metafísica, rasgos progresivamente integrantes del perfil de cada una:

Definición. "La ontología comprende toda cosa que o sea *simplemente objeto* o que, por el motivo que fuere, se halle en estado de simple objeto; lo que una cosa tenga, pues, de simplemente objeto, por ser nada más que eso o por estar haciéndose tal, se deno-

minará lo *ontológico* de la misma; así que, en principio, no coincide cosa con objeto simple. La *metafísica* abarca, ante todo, las cosas que son *objetos objetantes,* libremente objetos, de objetividad potenciable."

No consta, por sólo lo dicho, que una cosa pueda ser íntegramente metafísica, absolutamente libre objeto.

C) *"Mansión", en cuanto mundo sentimental, frente a "Hotel" y "Hospedería"*

En párrafos próximos estudiaremos el timbre sentimental propio de Hotel y de Hospedería. En el presente se caracterizará el de Mansión, ante todo en sí misma, cual mundo sentimental; y, en segundo término, por comparación y resalte inmediato con ciertas sentimentalidades de Hotel y Hospedería, dejando para el lugar anunciado estudiar el Mundo sentimental que, con ellas y otras, surge en Hotel y Hospedería.

a) *Criterios para separación de sentimentalidades de Mansión, Hotel y Hospedería.*

Primero: por operaciones ónticas.

Según lo explicado larga y esmeradamente en Cap. III, § 2 y de paso en otros lugares, tiene ya suficiente sentido afirmar: la operación óntica característica y básica de mundo artificial es la de *trocar A en B* —que va desde transformación... hasta transustanciación—; al trocar *A* en *B, A* queda trocada en *B,* hecha *B,* adquiriendo así *B* estado de consistencia, de término. *B* es ya fin y final de la operación *trocar en* —en nevera, escoba, auto, casa, avión, juez, filósofo, arquitecto, luz, pila atómica... Mas ¿en qué consiste *lo* sentido *por* nosotros al estar siendo en un mundo de cosas inicialmente naturales, trocadas ya *en* otras —con forma, funciones teleológicas propias y nuevas? *Lo* sentido *por* nosotros en tal mundo (artificial) quedó plasmado en la palabra *Hotel* frente a *Mansión;* somos, por lo pronto, *huéspedes* —corrientes o de honor—, de tal mundo; y nos sentiremos así hasta que el mismo hombre deje de ser todo o casi todo lo suyo en estado natural; y lo sea, si es posible, en estado artificial. Afinar este punto se reserva, como hemos dicho, para el párrafo siguiente. Aquí pretendemos otra cosa: frente a la operación característica de Mundo artificial, que es la de *trocar A en B,* la operación peculiar de mundo natural pudiera describirse cual operación cero: *dejar que cada cosa sea lo que, inicialmente, es; dejar ser, y dejarse ser.* En mundo natural

cada cosa parece ser ella y definitivamente ella, o sea: haber esencias, con propiedades fijas, deslindadas, clasificables por clasificadas ya, géneros, especies, individuos, causas de efectos bien determinados, cantidad, cualidad, relación... como categorías distintas entre sí y mantenedoras, bien determinadamente, de tal distinción. Que estemos convencidos de que haya esencias, muchas y ordenadas —porque realmente las haya, y no tenemos más remedio que dejar que las haya—, o que las haya porque dejamos que las haya, por no ponernos *a probar* los límites de la operación tanteadora *trocar A en B,* es cosa indiferente en Mundo natural. *Nos dejamos ser* lo que, antes de todo proyecto, transformación y transustanciación, nos hallamos siendo, y *dejamos que* las cosas sean lo que son, lo que aparecen ser de buenas a primeras.

Cobra, pues, suficiente sentido la frase: mundo natural, sido como Mansión, se caracteriza por la operación *dejar ser, dejarnos ser. Dejadez óntica general.* Por contraposición: mundo artificial, sido como *Hotel,* se deslinda frente al natural por la operación de *trocar en*: no dejar que el ser sea lo que, sin más, de buenas a primeras, parece ser y aun simplemente es, y *no dejarnos nosotros mismos* ser lo que, sin más, de buenas a primeras, nos hallamos siendo —como cuerpo, alma, individuo, miembros de sociedades en estado natural... Además: mundo artificioso, sido como Mercado, se define por la operación de *trocar A por B;* que, para poder trocar cualquier cosa *por* cualquier cosa sea o no condición previa trocar algunas *en* otras, no importa por el momento. Por el simple trocar *A por B* no se trastorna y menos transustancia *A en B;* y la operación trocar *A por B* se extenderá y dilatará lo más posible en lugar, tiempo, personas, antes de caer en el pozo sin fondo del consumo o uso irremediablemente individual. Las cosas se mantienen como trocables *por,* en ese ambiente que es el *Mercado* —cual pez en el agua y ave en el aire. El mundo artificial posee, como vimos (Cap. III, § 2) *sus* calidades —en principio cada cosa una sola, cual su función propia—, y su cantidad bien determinada y delimitada; en el mundo artificioso, todo queda nivelado a moneda.

Dejar ser; y dejarnos ser; Trocar A en B, trocarnos en...; Trocar A por B, trocarnos por..., son las tres operaciones que nos van a guiar para discernir las sentimentalidades peculiares de cada mundo.

Dejadez óntica. Atrevimiento óntico. Nivelación óntica.

Segundo: *Prueba, a prueba, certificado.* Observación, experimentación, garantía.

Desde el punto de vista del conocimiento, el mundo natural sido como *Mansión* se halla en estado de admitir pruebas, demostraciones, explicaciones, clasificaciones; y estos, y otros, procedimientos cognoscitivos —en altura científica o no—, son características de los entes en estado natural: de *dejados a ser lo que son sin más.* El proyecto y designio intrínsecos y originales de mundo artificial son, por el contrario, los de *poner a prueba* las cosas —a ver qué resultará, si funcionará o no tal instrumento para esta y esta sola función, etcétera. Experimento es el método propio de mundo artificial, o de natural tomado como simple material, a beneficio de inventario, por oposición al método de observación peculiar al mundo natural y a sus moradores. Por fin: lo que en mundo natural es cosa definida, las cosas cuantificadas, los productos garantizados —por marchamo, por firma, *hecho en, hecho por, distribuido por,* patente... marca...—, sustituyen pruebas y a prueba; y tal buena mercancía se exhibe en el Mercado como *aprobada por el Ministerio..., por la asociación...*

b) Estos dos criterios hacen factible ya encarrilar dentro de límites, siempre flexibles y estadísticos, las sentimentalidades descubiertas hasta ahora. Veámoslo:

*b.*1) La sentimentalidad de porfía (Dato VI, 1) no es característica de Mansión; si surge, será raras veces, respecto de pocas cosas y en raras personas. Hacen su surgimiento improbable —y positivamente infrecuente—, el tono general propio de Mundo natural que es el de *dejación óntica* y *prueba*: dejar que cada cosa sea lo que es, y manifieste lo que es. *Ontología fenomenológica natural.* Con resaltante evidencia, porfía, ahinco, insistencia... (VI, 1, 12) son sentimentalidades de frecuente surgimiento, por bien adaptadas, a mundo artificial: el de *poner a prueba* las cosas —sus propiedades, su resistencia, su consistencia...—, experimentarlas una y otra vez, repetir e insistir con proyecto fijo y meta prefijada, hasta que resulte o fracase. En *Mercado,* la mercadería se vende a porfía; y porfía el vendedor, el corredor de comercio; los anuncios, la propaganda insisten una vez, dos, cien, mil... días y años; y se garantiza la cantidad al par que la calidad, del número de ejemplares; y se nivela el mayor número posible de gustos, necesidades..., para hacer que resulten *trocables por* el mayor número de

cosas y productos, y *trocables todas por dinero* y más dinero. Señalemos con los subíndices M, H, h, los tipos de mundo: Mansión (M), Hotel (H), Hospedería (h) y con los índices (0, +) la presencia (+, frecuencia), ausencia (0, frecuente) de tales sentimentalidades en los correspondientes mundos; para las potenciaciones de ausencia (00), para las de presencia (++), y tendremos para Porfía

$$(P)\colon\ P_M^{0},\quad P_H^{++},\quad P_h^{+}.$$

b.2) De las sentimentalidades (VI, 13) podemos afirmar que, con máxima probabilidad —o lo que es lo mismo con máxima adaptabilidad—, *afición* es propia de Mansión, o de moradores de mundo natural; *encapricharse*, lo es de mercado y sus moradores; ni los aficionados ni los caprichosos son autóctonos de mundo artificial; afición y encaprichamiento entran en mundo artificial cuando éste ha pasado a ser base de morada o mercado, como en la llamada sociedad capitalista; y habrá quien se encapriche por cambiar cada año de auto, o se aficione a matemáticas —a las hechas ya y marcables en libros hechos—; sin llegar a trocar forma natural —física, biótica, social...—, *en* fórmulas matemáticas, etc. El aficionado, el encaprichado no pone nada *a prueba*, ni se pone a trocar nada *en*... Designemos afición por A, encaprichamiento por E; es inmediata la significación de los símbolos

$$A_M^{+},\quad A_H^{00},\quad A_h^{+}$$

$$E_M^{0},\quad E_H^{00},\quad E_h^{0}.$$

b.3) Las sentimentalidades de rendido a, dado a (VI, 14), o con otras palabras: las de inocente (I) y cándida entrega a las cosas, encantado en ellas, encandilado en algunas y a raras boquiabierto... surgen con máxima probabilidad en mundo natural, hecho Mansión; mientras que ninguna de ellas está adaptada a mundo artificial y artificioso que requieren, por el contrario, vigilancia, ojo avizor, sospechas de que las cosas o no son lo que aparecen o tienen virtualidades ocultas que hacen aparecer por proyecto y designio, o bien desilusionan y desencantan nuestra natural inocencia y candidez —moral, religiosa, política, gnoseológica, lógica... Podemos, pues, escribir simbólicamente:

$$I_M^{+},\quad I_H^{0},\quad I_h^{00}$$

dejando sin matizar, o recargar ciertos índices o exponentes, como los referentes a Hotel y Hospedería: ¿el surgimiento de las sentimentalidades de desilusión y desencanto es más probable y, por tanto, más frecuente, casi frecuentísimo, en Hospedería? ¿Lo es menos en Hotel, o mundo artificial vivido? ¿Saldremos, en definitiva, casi siempre y casi todos, desilusionados de Mercado-Hospedería: de ser tratados como uno de tantos, de tratarnos con cosas hechas para un cualquiera, y ellas mismas hechas cada una una-de-tantas, con mediana y mediocre bondad para medianos y mediocres —tallas medias, en ideas, gustos, necesidades...?; y los que así tratan a los demás y a las cosas ¿no terminarán por desilusionarse de ser Don Cualquiera? Tendrá, pues, sentido preciso, previo, de cuestión a flor de tierra, y de experiencia cotidiana, escribir:

$$I^{+}_{M},\quad I^{0}_{H},\quad I^{00}_{h}$$

En Mercado-Hospedería, lejos de sentirnos dados a, rendidos a, inocente y cándidamente, nos sentimos vendidos a —maliciosamente, por proyecto y designio.

b.4) Las sentimentalidades de distraído (*D*), desvío, desapego, desasimiento... (VI, 15) de entes concretos son, con gran probabilidad, sentimentalidades emergentes en mundo natural, en morada o mansión; tanto mundo artificial como artificioso, sidos como Hotel y Hospedería, están montados sobre atención, medidores, índices, avisos, aparatos de alarma, luces de tránsito, flechas, recetas, ¡ojo!, ¡atención!; y por encarnar proyectos y designios expresos y acariciados por el hombre es más difícil, o menos frecuente, que surjan sentimentalidades de desapego, desprendimiento, desvío, distracción...; nos podemos distraer por haber previamente, con especialísima atención, montado un aparato que nos permita distraernos, un instrumento de autorregulación, o reajuste automático de las desviaciones frente a las fases de un proceso.

Podremos pues, escribir:

$$D^{+}_{M},\quad D^{0}_{H},\quad D^{0}_{h};$$

y añadir la sospecha de que la sentimentalidad de *distraído* será mucho menos frecuente, por constitución, en Mundo artificial (Hotel-Laboratorio) que en el natural, y aun que en Mercado-Hospedería, fuera del caso de que Mercado se halle, a su vez, montado sobre mundo artificial, cual sucede en el llamado mundo capitalista.

*b.*5) Estimulado (*Est.*), aguijoneado, acuciado, incitado... por entes (VI, 16), por la novedad de las cosas, son sentimentalidades de probabilísima emergencia en mundo artificial, en habitantes de Hotel, ya que el plan general de mundo artificial, que es *trocar A en B,* se basa en la novedad del término frente a la cotidianeidad o naturalidad del punto de partida. Es decir, en *inventos* y en *pruebas;* tanto *qué es* como *que es* se comprueban por el éxito, por el funcionamiento efectivo. Por contraposición: ni Mansión, ni Mercado-Hospedería se prestan, por parte de sus objetos propios, ni por el plan sobre que funcionan —neutralidad, cuantificación—, a un surgimiento frecuente de objetos incitantes, acuciantes, estimulantes (*Est.*);

Cabe, pues, poner

$$Est._{M}\,,\quad Est._{H}\,,\quad Est.^{0}_{h}\,.$$

*b.*6) Terquedad (*T*), dureza, testarudez, empedernimiento... frente a los objetos, serán sentimentalidades características —estadísticamente—, de Mercado (Hospedería); menos, de Mansión; muchísimo menos —en número de casos, cosas y personas—, de Hotel o Mundo artificial (Laboratorio). Por virtud del plan mismo de mundo artificial: trocar *A en* otra cosa nueva o hecha de manera nueva, y *poner a prueba,* el hombre se abre a las cosas, en cuanto nuevas y hechas por él tales; ser duro con ellas resultará tan infrecuente (improbable) como ser duro consigo mismo. Emergerán con probabilidad dureza, cerrazón, empedernimiento... si se trata de imponernos algo —ideas, dogmas, leyes, compañeros, productos nacionales, de una firma determinada, lugar de residencia, libros a leer...—; terquedad que, a veces, se apoyará sobre endurecerse a una idea, dogma, cosa propia, por propia; endurecidos *en* ellas, se podrá ser duros *contra* otros —dureza de martillo de herejes o yunque... La operación *trocar A por B* y *garantizar,* típicas de Mercado, más el cualquierismo resultante en cosas y persona, impuestos en el trato, volverán frecuente el empedernimiento, terquedad, dureza, cerrilismo... —político, social, religioso—, como reacción sentimental al sentirse tratados como uno de tantos —fieles, partidarios, súbditos, compradores...—, según leyes, dogmas, ordenanzas... hechas para uno de tantos. Frente a todo ello se levantará la sentimentalidad de *mío*: mis ideas, mi dignidad, mi religión, mi conciencia, mis gustos... en su forma de dureza, empedernimiento, terquedad...

Podemos, por tanto, escribir:

$$T^{0}_{M},\quad T^{0}_{H},\quad T^{++}_{h}.$$

b.7) Cuando en un mundo —natural, artificial, artificioso—, crece, por la causa que sea, el número de entes, se hace cada vez más probable el surgimiento de sentimentalidades como ahogo (*Ah.*), aprieto, angustia, encierro (VI, 18); y, correlativamente, por el reverso de la medalla, el *ser* de tal mundo se notará, sentidamente, como alivio, descanso, desahogo, vacación... Se puede dar por suficientemente claro que el mundo artificial, sido y vivido cual Hotel, está montado de manera que sea improbable el surgimiento de ahogo, aprieto, angustia...; no sólo porque, al menos por ahora, la cantidad y cualidad de cosas artificiales es mucho menor que en mundo natural, sino porque en virtud del proyecto y designio de mundo artificial, *trocar A en B* implica, primero, inventos: es decir, algo ya de suyo improbable, en número de casos y de cosas. Empero al hacer de las cosas —naturales o artificiales—, Mercado, habitado cual Hospedería, el número de cosas y de personas y, por tanto, la aglomeración, abarrotamiento de productos, invasión de masas, será ocasión todo ello, próxima y proclive, al surgimiento de ahogo, angustia, aprietos, encierro.

Al *dejar que las cosas sean* —en número, cantidad, estado...—, y muestren ellas de sí lo que son —plan de mundo natural y de hacienda y vivienda en él: Morada, Mansión—, hácese menos frecuente la emergencia de tales sentimentalidades. De ahí que vayamos a solazarnos, descansar, respirar, tomar vacaciones... al mundo natural, y que en ello no nos estorben, a veces colaboren, entes del mundo artificial. Escribamos, pues,

$$Ah.^{0}_{M},\quad Ah.^{0}_{H},\quad Ah.^{+}_{h}.$$

b.8) Mundo —sea natural, artificial o artificioso—, es ese mismo reparto-y-coajuste de todas las cosas entre los estados de ser y de ente, reparto-y-coajuste estabilizado, unitonal y concluso; *mundo sentimental* designará, según esto, un cierto reparto-y-coajuste de sentimentalidades entre entes y ser del respectivo mundo, reparto-y-coajuste de sentimentalidades que, por sentidos, no pasará de frecuentísimo, en el mejor de los casos; y, por ello, no podrá llegar a estable —no hace falta decir que a unitonal y concluso. En VI. 2 se hizo un recuento de sentimentalidades adaptadas a mundo, en

cuanto mundo: avenido, bienavenido, avezado, coafinado con... entes y ser en reparto, típico de cada clase de mundo. En cuanto al tema presente se puede afirmar: la sentimentalidad de avenencia llega al timbre de bienavenencia (*Ba.*), de avezado, respecto de mundo natural —mi cuerpo, mi alma, sol, tierra, aire...—, tanto que a la inmensa mayoría de las cosas —ente o ser, sol, aire, luz, agua, funciones fisiológicas, plantas...—, *dejamos que sean* y *muestren lo que son,* operación de *dejación óntica;* y nos dejamos a ellas: a nuestro cuerpo, alma, hombres, luz, aire...; y *presumimos* su avenencia con nosotros, la damos como lo más frecuente o normal; y venimos al mundo natural tan avezados a su reparto y coajuste de las cosas que, casi sin más, respiramos, bebemos, vemos, tocamos, comemos...; y tras pocas veces andamos, pensamos, hablamos..., *como si tal cosa.* Nos sentimos bienvenidos a ser hombres, a ser animales sanos, a ser pensantes; y hasta bienavenidos a haber venido a la tierra; y nos parece natural que Dios viniera al mundo y habitara, hombre, entre nosotros, hombres; nos damos la bienvenida por ello y se la damos a Él.

Respecto de mundo artificial es suficientemente claro, por el momento, que la operación de *trocar A en B* y *poner a prueba* no dan para sentirse con tanta frecuencia o seguridad bienavenidos y avezados como en el mundo natural; y, por fin, que en Mercado (Hospedería) la bienavenencia estará constitutivamente amenazada de desaparición a manos de la unicidad de cada uno, tanto más exasperable cuanto más predomine la nivelación de todos en cualquiera. Como, por ahora al menos, nos sentimos cada uno bienavenido y avezado a ser yo, único; y ser yo lo sentimos como lo más natural del mundo y condición imprescindible para sentir cualquier otra cosa, podemos afirmar que el yo, el hombre natural, está infrecuentísimamente avenido y avezado a ser en Mercado —a tratarse como mercancía, a dejar que le traten como tal: uno cualquiera entre cosas cualesquiera, cuantificadas, para colmo de cualquierismo. Podemos, pues, escribir simbólicamente:

$$Ba.\overset{++}{_{M}}, \quad Ba.\overset{+}{_{H}}, \quad Ba.\overset{00}{_{h}}.$$

b.9) En las sentimentalidades compendiadas y vibrantes en la de expósito (*Exp.*) (VI, 31), se nos delataba la existencia de un transfondo de mundo natural, al que dimos el nombre de Universo: de cosa en sí, no repartida ni coajustada entre los estados de ente y de ser. Es suficientemente claro, para *Prolegómenos,* es decir: para la fase inmediatamente sida y vivida de estos problemas, que

tanto mundo artificial como artificioso están montados según el proyecto y con el designio de tomar un máximo de precauciones, evitar sobresaltos, alarmas, miedos, inquietudes, desasosiegos...; y surgen en tales mundos justamente, como característicos, instrumentos de aviso, alarma, seguros, reaseguros... Están, pues, los dos mundos: artificial y artificioso, cada uno a su manera y en su grado, montados para hacer lo menos probable posible —y por ello lo menos frecuente—, el surgimiento de la sentimentalidad de expósito; que, correlativamente, es máxima, en intensidad y frecuencia, en mundo natural. Morada-Mansión es, pues, lo más expuesto a Universo. Que, en definitiva, mundo artificial y artificioso estén acechados de nuevas maneras por el universo, justamente por su montaje de superlativa seguridad, por exceso de precauciones, o por el componente de *aventura,* imprescindible, como veremos inmediatamente, es punto diferente, aunque conexo. Poniendo la cuestión en el terreno indicado de *proyecto y designios de seguridad,* o reducida al mínimo la sentimentalidad de expósito, podemos poner:

$$Exp.\overset{++}{_M},\quad Exp.\overset{+}{_H},\quad Exp.\overset{+}{_h}.$$

Refiriéndonos ahora a la sentimentalidad global, o tono fundamental, de *expuesto* (VI, 32) (*exp.*), podremos, sin dar lugar a grandes discusiones, decir en balance total: En mundo natural, vivido y sido, o sea en Mansión, sentimentalidades cual admiración, sorpresa, pasmo... tienden a cero, a anonadarse si es que aparecen; y *Mansión* está montada —por sus componentes de *dejar ser* y *prueba*—, según el plan de que nada nos admire, nos sorprenda, ni pasme...; que todo sea *tan natural.* Mundo artificial se constituye, precisamente, por lo contrario: admirarse de lo que el morador de Mansión no se admira ya o no se admiró nunca —por aprovechamiento y búsqueda de novedades, casos y cosas raras—; y hablamos, por sentirlos, de inventos pasmosos, de descubrimientos admirables, y organizamos exposiciones de inventos y maravillas del siglo xx. Las maravillas del mercado moderno provienen, por abrumadora mayoría, de los inventos admirables de la técnica. Es, pues, factible caracterizar las potenciaciones típicas de la sentimentalidad de *expuesto,* de esta manera:

$$exp.\overset{++}{_M},\quad exp.\overset{+}{_H},\quad exp.\overset{+}{_h}.$$

Lo que es suficiente para el presente intento.

b.10) Otra de las maneras como traspasa y se hace sentir ese transfondo de mundo que es Universo se nos desvela en la sentimentalidad globalmente expresada por la palabra *acoso* (VI, 4) (*Ac.*); siendo *el* sentido de ella esa *omnilateral irrupción* del universo en el Mundo. La sentimentalidad básica y global de *expósito* se especifica, especializa e individualiza, digámoslo así, en la de *acoso*. Nos sentimos de repente desvalidos, expósitos, en un terremoto; y, durante él, acosados por el irrumpiente universo físico, rompiente por todas partes, sin resguardo en ninguna; y *expósitos*, en el mundo capitalista por su constitución misma, y tanto más cuando más se desarrolle —que en él, dicen, se cumple lo de "lo mejor es enemigo de lo bueno"; y lo óptimo, su asesino—; aunque, por un tiempo y coyuntura, no estén acosados de bancarrota, deudas, crisis, letras a corto plazo... cada individuo, empresa, institución, institutos; ser *expósito* está haciendo probablemente posible, y frecuente, el acoso. Inseguras son, por constitución, la fe, la confianza, la esperanza..., es decir: su sentido; *lo* sentido en ellas *por* el creyente, vgr., es su timbre de expósito —bastaría recordar su constitución de gracia, don, obsequio, libertad...—; no obstante puede un creyente no estar acosado de duda, escrúpulos, temores de salvarse, sospechas de fidelidad... Lo dicho basta, creemos, para poder asentar cual *dato* o estado normal del mundo natural, artificial y artificioso, en que, *antes de* toda prevención, nos hallamos siendo y viviendo:

$$Ac.^{+}_{M}, \quad Ac.^{0}_{H}, \quad Ac.^{0}_{h}.$$

Dejar ser y *dejarse ser*, justamente con plan de prueba, hacen más probablemente posible —y frecuente—, esos casos individualizados de *expósito* que denominamos *acoso* en Hotel que es mundo artificial armado en principio de aparatos indicadores y autorreguladores de todo proceso, es decir: estabilizadores; y si, como estudiamos en su lugar, la constitución de mundo artificial, es decir, el estado artificial de las cosas fuera de tipo real-de-verdad, por contraposición al simplemente real de lo natural, resultaría improbabilísima la sentimentalidad de acoso, e improbable la de expósito.

b.11) Las sentimentalidades (VI, 5), el sentido de las cuales es *desvanecimiento de Morada* y *advenimiento de Cualquiera*, abarcan en ascendentes y cualitativamente escalonadas potenciaciones temor (*Tm*), miedo, pavor, espanto... El mundo natural, y sus moradores, están *dejados*, por razón de estado, a lo que sea, a manos del universo —que no es simplemente real, sino real-de-verdad, y

no está neutralizado ni óntica ni ontológica, ni lógica, ni causalmente...—. Y, por su parte, las cosas naturales o lo que de natural tengan —que no es todo—, están, parecidamente, por razón de tal estado, dejadas a ser su realidad simple; por otra parte, su peculiar *plan de prueba,* es decir: de demostración, parte de *esencias* dadas, cual de base inmediata, evidente, primera; y, por sus cualidades interdependientes e interconsolidantes de dato y evidencia, de base y dato *primarios.* Empero, al comparar con mundo artificial —comparación hecha sin más, pues es un dato que de buenas a primeras nos hallamos siendo y viviendo en un mundo artificial, encajado en el natural—, notamos que el proyecto o quisiesencia de lo artificial y su designio (o finalidades inventadas) se nos dan a sentir como seguridad estructural —casa frente a cueva, nevera frente a ocasional y siempre transitorio invierno, luz eléctrica frente a luz natural...—; y aun como seguridad autorregulada —termostato, timón automático, fábrica automática...—; el hombre asciende, real y eficazmente, llegue o no llegue, a gobernador del mundo, a causa rectora y directora (Cap. III, § 2). Adviene, en el mundo artificial, como se dirá inmediatamente, con más detenimiento que en el Cap. III, § 2, a primer Motor, Rector y Razón del Universo. Frente a Universo los moradores de Morada resultan, o están a pique de resultar, un cualquiera; mientras que el mundo artificial está montado para que el hombre *sea dueño y señor* del universo; advenimiento de *Señor.* Dejemos lo referente a Mercado para unos párrafos más adelante, no sin antes advertir una vez más que el surgimiento de esta y otras sentimentalidades es siempre probable, más o menos; nunca, necesario; de modo que ni el universo más dominado por técnica —por proyectos y designios de Señor—, puede volver imposible el surgimiento de temor, espanto... Más aún: mundo artificial tiene sus peligros específicos, y sus peculiares formas de catástrofes —vgr. probabilidad mayor que cero, aunque no próxima a cero, mas aproximable a él por proyectos, de una explosión de bomba atómica *porque sí,* o de una reacción en cadena de tipo conflagración cósmica.

La probabilidad de desvanecimiento de Morada y de advenimiento de Cualquiera es, pues, simbólicamente:

$$Tm.\,{}^{++}_{M},\quad Tm.\,{}^{00}_{H},\quad Tm.\,{}^{0+}_{h}\,.$$

A Hospedería (h) hemos adscrito una probabilidad mayor de desvanecimiento de tal tipo de Morada que a Hotel (H) —mundo artificial cómodamente amueblado de aparatos y sentimentalidades

adecuadas a ellos—; baste advertir, por el momento, que Mercado o Mundo artificioso, está montado sobre la operación de *trocar A por B* y *B por A,* y sobre mercancías —productos certificados, garantizados, estandardizados—; por esta tarde, pues, está montado sobre seguro (+); mas, complementariamente, o por el reverso, el designio —o finalidad artificial—, de tal mundo es la bondad o valor promediados en vistas a uno cualquiera y con vistas a que tal categoría abarque los más posibles; uno de tantos tiende a ser uno-de-tantísimos. Luego Mercado se asienta sobre el proyecto y designio de gradualmente creciente advenimiento de *cualquiera. El* sentido de Mundo artificial es seguridad de estructura; por tanto temor tiende a 0; y *lo* sentido *por* nosotros en tal mundo es Señorío, seguridad de Señor; por tanto temor va a 0; resumidamente

$$Tm._{H}^{00}$$

b.12) Refirámonos a las sentimentalidades del grupo VI, 6. El hombre se encuentra con ese hallazgo o invento que, con una palabra técnica, denominamos transcendencia sentimental o transcendencia sentimentalmente sida; o con una palabra corriente, soberbia (*S*): apetito de universal reconocimiento. Y, en el ápice de la realización del proyecto y designio implicados en tal sentimentalidad, que todo reconozca al hombre, por haber sido transmutado todo en *obra de sus manos;* que todas las cosas le reconozcan como primer Motor, Rector y Razón del universo; y que el hombre se *reconozca* en todas las cosas, transcendido ya el tipo de simple conocimiento de las cosas, propio de las cosas en estado natural, y propio del hombre como morador de tal mundo, es decir: como hombre natural aún.

Es aceptable, según esto, afirmar:

$$S_{M}^{0}, \quad S_{H}^{++}, \quad S_{h}^{+}.$$

La sentimentalidad de transcendencia —así que la frecuencia de su surgimiento—, tiende a cero, en Morada; asciende a un máximo, por parte de las cosas —obras, hechuras de las manos del hombre—, y por parte del hombre, reformado hacia Motor, Rector y Razón del universo, en Hotel; y quédase en término medio, respecto de Morada y Hotel, en Hospedería, por razones parecidas a las esbozadas en *b*.11, párrafo final.

Parecidas consideraciones valen para VI, 62, y por parecidas razones.

b.13) La finitud sentida de nuestros poderes objetivadores y objetifacientes de las cosas y, por el reverso, el grado de resistencia de las cosas a dejarse hacer objetos nos son dados en sentimentalidades como enojo, ira (*Ir*), furia... (VI, 7). Es suficientemente claro, para nuestros proyectos actuales, que en casa, y por virtud de su plan propio que es dejar que cada cosa sea lo que es y manifieste ella lo que es, emergerán con menos frecuencia enojo, ira, furia... que al proponerse hacer, por proyecto bien articulado y con designio bien definido, un mundo hechura nuestra, obra de nuestras manos; y que al acometer tal empresa nos tropecemos con cosas que resistan a tales planes y *se* resistan a ellos; es decir, nos hallemos ante cosas intransformables en objetos, por la razón que fuere (VI, 62). En Mercado, enojo, ira, furia... emergerán con máxima probabilidad, nunca por necesidad, por la desconsideración normal y casi inevitable de la categoría *mercancía* respecto de cosas con un componente ineliminable de yo (único), potenciado con la sentimentalidad *soberbia,* propia de Motor, Rector, Razón del universo, emergente con reforzada frecuencia en mundo artificial; de modo que encono, enojo, rabia, ira... son sentimentalidades de alta frecuencia en Hospedería (Mercado), de baja frecuencia en Hotel, de frecuencia intermedia en Morada:

$$Ir.\,{}^{0+}_{M}\,,\quad Ir.\,{}^{00}_{H}\,,\quad Ir.\,{}^{++}_{h}\,.$$

Frecuencia (*f*) de ira contra personas (*p*) y cosas (*c*) se graduaría así, asignando el primer índice a personas, el segundo a cosas:

$$\left\{(f)\left[Ir.\,{}^{++}_{M}\right]\right\}\cdot>\left\{(f)\left[Ir.\,{}^{0+}_{h}\right]\right\}\cdot>\left\{(f)\left[Ir.\,{}^{00}_{H}\right]\right\}\cdot>0$$

mas siempre tal frecuencia es mayor que en cualquier tipo de mundo: Morada, Hotel, Hospedería (Mercado sentimentalizado).

D) *Balance total de sentimentalidades de Mansión*

"Por *mundo sentimental* entenderemos, siguiendo la convención adoptada para Mundo, un reparto-y-coajuste de todas las sentimentalidades entre las cosas —repartidas y coajustadas ya entre los estados de cosas-ente y cosas-ser—, reparto-y-coajuste sentimental inestable, inconcluso, a la vez que politonal."

De las leyes estructurales que rigen tal reparto y coajuste de

las sentimentalidades se hablará en el capítulo siguiente. Aquí se trata de una mirada global a lo dicho en las letras A, B, C.

Es un dato que nos hallamos con un surtidor de sentimentalidades repartidas y coajustadas, *sobre todo*, con cosas en estado de ente —así porfía (VI, 1), afición (VI, 13; *b*.2); inocencia en la entrega a las cosas (VI. 14; *b*.3); distracción en cosas sueltas (VI, 15; *b*.4); cosas como estímulos e incitantes (VI, 16; *b*.5); terquedad, dureza (VI, 17; *b*.6), ahogo, aprieto, angustia (VI, 18; *b*.7). Nos encontramos con que han emergido en nosotros otras sentimentalidades adaptadas, *sobre todo*, a cosas en estado de ser, es decir: a Mundo en cuanto unidad global, atemática e inobjetivamente dado —así bienavenencia, avezamiento... (VI, 2; *b*.8), sentirnos expósitos en Mundo (a ser) a cosa (ente) (VI, 31; *b*.9), expuestos (VI, 32; *b*.9). El sentirnos acosados por la irrupción omnilateral de Universo a través de Mundo nos coloca, original e imprevisiblemente, en el trasmundo, o sea: en Universo de cosas no reductibles ni reducidas, en principio, a objetos, o no incardinables perfectamente a Mundo (VI, 4; *b*.10) —colocación agravada, siempre dentro de la misma sentimentalidad, por temor, pavor, espanto (VI, 6; *b*.11). Finalmente frente a Mundo y sus cosas-ente y cosas-ser, y frente a Universo con sus cosas o realidad desobjetivante o contraobjetivante surgen, en nosotros, sentimentalidades de transcendencia, tales como soberbia (VI, 6; *b*.12) de tipo positivo, y otras de planes agresivos (VI, 62; *b*.13), cual las de enojo, rabia, furia, encono...

Pero este punto no parece ofrecer peculiar dificultad ni destacada importancia, comparado con el siguiente: *Morada,* frente a *Hotel* y *Hospedería* —que cada cual en su grado y matiz son lugares-manantial de probable posibilidad, de real frecuencia, de tales sentimentalidades y con parecidos reparto y coajuste—, se caracteriza por los índices, es decir: por los grados y matices de probabilidad y real frecuencia.

Dése ahora una mirada al cuadro adjunto que no es sino lo anterior (*C*) puesto en esquema visual —tan corriente en el mundo en que nos hallamos, *aun antes de que...*—; y se percibirá el timbre típico con que estas sentimentalidades resuenan en Mansión, Hotel y Hospedería, o sea: el timbre general de *Morada.*

Mansión se distingue, pues: *a),* por un máximo de frecuencia en las sentimentalidades de inocencia, candidez, ingenuidad de entrega a las cosas ($I\ ^{++}_{M}$), de sentirse bienavenido, avezado, connaturalizado con cosas ($Ba.\ ^{++}_{M}$); *b)* por otro máximo de la sen-

		Mansión	*Hotel*	*Hospedería*
I	Porfía	P^{0}	P^{++}	P^{+}
	Afición	A^{+}	A^{00}	A^{+}
	Encaprichamiento	E^{0}	E^{00}	E^{0}
	Inocencia	I^{++}	I^{0}	I^{0}
	Distracción	D^{+}	D^{0}	D^{0}
	Estimulado	$Est.^{0}$	$Est.^{+}$	$Est.^{0}$
II	Terquedad	T^{0}	T^{0}	T^{++}
	Ahogo	$Ah.^{0}$	$Ah.^{0}$	$Ah.^{+}$
III	Bienavenencia	$Ba.^{++}$	$Ba.^{+}$	$Ba.^{00}$
	Expósito	$Exp.^{++}$	$Exp.^{+}$	$Exp.^{+}$
	Expuesto	$exp.^{0}$	$exp.^{++}$	$exp.^{+}$
IV	Acosado	$Ac.^{+}$	$Ac.^{0}$	$Ac.^{0}$
	Temeroso	$Tm.^{++}$	$Tm.^{00}$	$Tm.^{0+}$
V	Soberbia	$S.^{0}$	$S.^{++}$	$S.^{+}$
	Ira	$Ir.^{0}$	$Ir.^{00}$	$Ir.^{++}$

timentalidad de expósito ($Exp.\,^{++}_{M}$) y de temeroso ($Tm.\,^{++}_{M}$), es decir: por un gran margen de oscilación sentimental que hace tan fácil pasar, siendo en Morada, de exceso de confianza a excesos de temor.

El mundo artificial, sobre todo, está montado —tras inventos y hallazgos para inventos—, sobre el proyecto y con el designio de evitar tales amplitudes de oscilación desmedida y peligrosa; y así la candidez de entrega a las cosas es de índice cero —mínimo de frecuencia I^{0}_{H}, y la sentimentalidad de expósito disminuye en fre-

cuencia $(Exp. \overset{+}{_H})$ y, por designio, tenderá a cero; el temor por parecidos motivos, desciende casi al límite inferior $(Tm. \overset{00}{_H})$.

1º) *Así que oscilación sentimental al máximo es una primera característica de Mansión y de sus moradores.*

2º) En el trato con entes y seres del mundo, los moradores de Mansión se comportan sentidamente como *familiares;* nada de porfías $(P \overset{0}{_M})$; más afición $(A \overset{+}{_M})$ que encaprichamiento $(E \overset{0}{_M})$, distracción o soltura $(D \overset{+}{_M})$, embotamiento por familiaridad o falta de incitantes, estímulos... $(Est. \overset{0}{_M})$. En suma: familiaridad y domesticidad; las cosas y personas son de confianza, y andamos entre ellas cual Pedro por su casa. No así en Hotel y Hospedería (Grupo I).

3º) Encerremos en un grupo, el II, sentimentalidades de tipo afín que, cual las de terquedad y ahogo, delatan una inicial reacción sentimental frente a objetos en bloque, o cerrándose a todos por cerrarse con uno —terco, duro, empedernido—, o por encerrarnos los objetos, ellos; o cerrarnos uno a todos los demás (ahogo). Morada está, de suyo, abierta y despejada objetivamente $(T \overset{0}{_M}, Ah. \overset{0}{_M})$; y al revés —por la neutralidad causal y gnoseológica de Mundo natural—, estar siendo sentidamente, atemática e inobjetivamente, abierto y despejado es carácter de Morada (Mansión). Con una palabra: *franquía.* Sólo en Mercado —vivido y sido sentidamente como Hospedería, sobre todo, si fuera posible llevarlo al límite de su proyecto constitutivo de las cosas en mercancías y de sus designios: los de Don Nadie, Don Mediocre, Don Iluso—, se acentúan al máximo la terquedad o cerrazón total $(T \overset{++}{_h})$ —social, política, religiosa, mental—; y en grado notbale afluencia, ahogo, abarrotamiento... de cosas. $(Ah. \overset{+}{_h})$.

4º) Con las sentimentalidades de bienavenido y avezado entramos en otro grupo sentimental: el de las correlaciones entre Morada (Mansión, Hotel, Hospedería) y Universo, o simplemente entre mundo y universo. Aparte del carácter de oscilación sentimental máxima, anotado en 1º), advirtamos aquí que la sentimentalidad de avenencia, avezado... se refuerzan y coafinan en Mundo; mientras que la de expósito está a tono con universo. Primer caso, digno de atención, de politonía sentimental, de desafino sentido

—siempre probablemente posible, realmente frecuente. Añadamos ahora el surgimiento de la sentimentalidad de bienavenido y avezado, más frecuente que la de expósito; ésta suele pasar a segundo plano y hacer raras veces acto de presencia; en el mismo mundo natural, planeado como Morada, desplaza el hombre su morada —casa, lugar de trabajo...—, a lugares, climas... en que no se sienta —de ordinario, cada día, cada año...—, desvalido y desamparado. La técnica —física, matemática, religiosa, social...—, al proponerse con proyectos bien estructurados e inventados disminuir la probabilidad de surgimiento de la sentimentalidad de expósitos (*Exp.* $^{+}_{H}$, frente a *Exp.* $^{++}_{M}$), disminuye la intensidad de tono de la bienavenencia al mundo —interior y exterior, bienavenencia inocente y cándida de familiares y domésticos 2º)—; *Ba.* $^{+}_{H}$ frente a *Ba.* $^{++}_{M}$ —con la inicial diferencia de mundo frente a Universo.

Morada está, o se siente, *abierta* a Universo; *franca* a Mundo. Casa abierta.

5º) Respecto de las cosas del universo —frente a los muebles (naturales, artificiales, artificiosos) de Mundo—, los grupos IV, V, sobre todo —y en parte la sentimentalidad de expósitos (del grupo III)—, nos permiten percibir el eco peculiar con que responde a ellas Morada (Mansión, Hotel, Hospedería). Los moradores de morada están, por plan, desintonizados a novedades —a admiración, sorpresa, desconcierto... (*exp.* $^{0}_{M}$)—; y justamente por su previo tono de familiaridad —tuteamiento, campechanía, confianzudez...—, se les pasa por alto, o pasa por alto, toda novedad auténtica —sorpresa, desconcierto...

Morada está en tono de *llaneza.* Todos son *conocidos.* Y puesto que todos y todas las cosas son conocidos, a todos se les tutea desde el primer momento; no surgen, con notable frecuencia e intensidad, las sentimentalidades de transcendencia (grupo V) —menos aún sus formas sutiles mentales de trascendentalismo, transcendente—; con *conocidos* suelen sobrar ira, furia, enojos, ojeriza... ; y sentirse todos y todas las cosas *conocidos,* parientes o emparentados, hace realmente improbable la emergencia de semejantes sentimentalidades.

Esta costra y reforzada película sentimental, propia de Morada y cultivada por moradores para serlo, no elimina de raíz el *en sí* de las cosas, su enfrentamiento brutal como cosas del universo, bien diverso del manso y encajable carácter de objetos que, en

Morada, ostentan las cosas. A las cosas les sale a veces a su cara de objeto su brutalidad (enfrentamiento) —que así nos salen a la cara a los hombres, civilizados y familiares, en ciertas catástrofes el salvaje y la fiera. Lo cual resalta tanto más cuanto la película de familiaridad, confianza, conocimiento, educación, domesticidad... haya cobrado mayor extensión y coherencia. Resalta, y la hace saltar a pedazos. El temor a ese fondo latente y latiente a profundidad es tanto más sentido cuanto mayor es la represión: el ponerse a no sentirlo ni a darse por enterado. No se lo domina sino por mundo artificial y, en su grado, por el artificioso; es decir, evadiéndose, en lo posible, de mundo natural: base propia de Morada —transformando por invento familiar en ciudadano, amigo en fiel o compartidario; selva, en granja; río, en canal...

Anotemos, pues, como armónico propio del timbre sentimental de Morada el de *acechada* por Universo. Y resumidamente diremos:

Morada, o mundo natural sentido, es un acorde compuesto de las notas sentimentales *frecuentes* de *familiaridad, franquía* y *llaneza* respecto de Mundo, y de las menos frecuentes de *apertura* y *acecho* por Universo; acorde expuesto, por ello, a máximo, no frecuente, de oscilación.

Con lo cual quedan justificados los adjetivos atribuidos al reparto y coajuste de sentimentalidades de Morada: inestable, inconcluso, politonal.

Las sentimentalidades de familiaridad, franquía, llaneza pueden, para brevedad, resumirse en palabras como paz y comodidad —así se ha hecho repetidas veces en capítulos anteriores, por la evidente razón de no exigir más finuras la fase de la explicación. La frecuencia de tales notas dentro del acorde sentimental propio de Morada, frente a la rareza de las otras, excusa pasar por alto las referentes a universo; siempre que el tema no requiera esmerada precisión.

§ 2. Hotel, o mundo artificial sido y vivido

A) *Sentimentalidades propias de Hotel*

Dato VI. 21. "Aun antes de que nos propongamos con adecuadamente articulados proyecto y designio rehacer el mundo natural creando el artificial, *nos hallamos ya* con sentimentalidades de tipo y tono de osado, atrevido, aventurero..., *el* sentido de las cuales es descubrir en las potencias y actos naturales sus reservas de posibilidades y recursos, y *lo* sentido *por* nosotros *bajo* ellas es

descubrir en nuestra realidad natural las reservas de poderes creadores: *nuestro Señorío.*"

Notemos, para la debida concisión y claridad: *a*) atrevimiento, aventura... implican, en su *el* sentido mismo, desdén, altivez, desenfado... frente a lo natural —sea árbol, fiera, moral, costumbres, lazos biológicos, religión establecida..., conocimiento de la *naturaleza de las cosas,* de conexiones regulares entre causas y efecto: familiares ya, francos a todos, llanos y manoseados, cotidianos y aceptados. Y el atrevido se atreve contra lo más santo, sagrado y consagrado por uso, prácticas, costumbres, receta, dogma...; no por ir *contra,* sino por estar sintiendo el transfondo de Mundo, el Universo —o sea: el material rico en posibilidades y recursos no agotados, ni tan sólo explorados en lo que el mundo natural: naturaleza, pretendidas esencias, pretendidas potencias naturales, efectos naturales... *descubre, dejado a sí.* (Cf. § 1.) El hombre mismo natural, el mundo interior humano, se nota asentado sobre un universo humano, sobre un transfondo para su naturaleza misma, transfondo —corporal, espiritual, social, religioso, mental...—, no agotado, ni siquiera explorado, por el hombre. De ahí provienen, por emergencia, sentimentalidades cual osadía, atrevimiento, aventura... Que el sol dé luz y calor es un dato natural; sacar luz de la electricidad proviene de una aventura y atrevimiento humano, lo que fuérale injuria al sol, si éste fuera divino o se creyera él ser tal —o hubiera quien lo tuviera por tal, y fuera consecuente con su fe—; inventar el telescopio es hazaña de atrevidos, irreverentes hacia los ojos naturales que Dios nos dio, e irreverencia fuera mirar por él al Dios Sol; e irreverencia de atrevidos es toda la astronomía moderna y la aeronáutica celestial, pues quitan al cielo si no su divinidad, sí el ser lugar divino, y su sentido real a eso de Cielo; y atrevidos y aun audaces son tantos, públicos y secretos, experimentos biológicos, drogas y productos cuya audaz, atrevida y aventurada fabricación son incapaces de detener religión, moral establecida, derecho, costumbres, es decir: lo natural o naturalizado. Y atrevidas son tantas teorías modernas: desde el evolucionismo hasta la teoría cuántica; y lo son aparatos: desde el avión hasta un reactor... Todo ello se basa sobre no reconocer por *esencia* nada de lo naturalmente dado, ni en cosas ni en personas ni en instituciones... O sea: que lo natural es simplemente uno de tantos estados de la realidad. Y por ser uno de tantos, nos atrevemos contra él; audacia, osadía, atrevimiento... nos descubren, pues, como *el* sentido de ellas, los insospechados recursos, imprevisibles posibilidades del transfondo de lo

natural. Nada *es* algo a no ser que *se lo deje ser*. Natural es *dejación* del ser a ser, por ser unos dejados los hombres, que se dejan ser a sí mismos, y entonces obtienen, por dejados, esencia, naturaleza... ; y dejan que las cosas sean, y adquieren ellas, por dejadas, esencia, naturaleza, potencias, actos...

b) Convengamos en adscribir al orden o estado natural las palabras de naturaleza, esencia, potencia, acto, facultad, especie, orden; *el* sentido *de* atrevimiento, osadía, aventura... —moral, religiosa, física, biológica...—, descubre que la realidad admite *proyectos* (sustitutivo transcendente de esencia), *designios* (sustitutivo transcendente de fin), *posibilidades* (sustitutivo transcendente de potencias), *recursos* (sustitutivo transcendente de acto), *mutaciones* (sustitutivo transcendente de cadena causal) etc. Más aún: *el* sentido o poder descubriente de las sentimentalidades de tipo atrevimiento, osadía... afecta a la realidad misma, pues descubre que lo natural no es la realidad, es decir: no es el único modo de ser real —lo natural es simplemente real. Lo que resulte, salte o emerja por virtud y a manos de un atrevimiento planificado (cf. Dato VI, 9) será *real-de-verdad*. Es punto aparte —y claramente en cualquier caso, metafísico, *trans*natural—; así que tiene lugar propio en otra obra de más amplias pretensiones que unos *Prolegómenos*.

c) Lo sentido *por* nosotros *bajo* la sentimentalidad de atrevidos, aventureros, osados... es nuestro *señorío* sobre lo natural —físico, biológico, moral, religioso, social, político. Dejamos de sentirnos animales racionales, que así nos tenemos o estamos siendo al *dejarnos* ser hombres naturales; y, por así dejados, adquirimos naturaleza, y dejamos que nuestra realidad tome estado natural, y que nuestras propiedades se reduzcan a potencias —ojos, oídos, mente, voluntad...—; que nuestro cuerpo se contraiga a ser parte esencial del hombre; y nuestra alma se achique a forma sustancial del cuerpo natural; mas por virtud de atrevimiento nos aventuramos —nos aventuramos cada vez con mayor probabilidad o frecuencia, por razones que se dirán en Cap. VII, § 1, 2—, a cambiar cuerpo y alma naturales —no digamos religión natural, moral natural, lógica natural, derecho, física... naturales—, establecidos en y sobre el tipo de simple realidad, natural o naturalizada.

En atrevimiento y osadía el hombre *comienza* a sentirse Señor de su ser natural y del ser natural de todas las cosas; de ahí que no se sienta obligado por esencia, naturaleza, derecho naturales, religión natural..., por nada que se halle en estado de mundo

natural: estable, unitonal, concluso. Se desliga de todo eso, por haber surgido, *espontáneamente,* a Señor:

"*Antes de* toda prevención, preservativo de cambio, *nos hallamos* siendo, frecuentemente, sin más, porque sí, atrevidos, audaces, aventureros; es decir, Señores de la Naturaleza."

Advirtamos, no obstante, que las sentimentalidades de osadía, atrevimiento, aventura... son tan sólo un *comienzo* de real y efectivo Señorío, no la realización y menos la consumación de Señorío. Siempre es probablemente posible que la aventura termine en fracaso, y en rompernos la cabeza natural.

Juntemos este dato con el siguiente, con lo cual los dos ganarán en resalte:

Dato VI. 22. "*Aun antes de que* nos prevengan cautelas y providencias contra los probablemente posibles fracasos de aventura, osadía, atrevimiento..., *nos hallamos ya* con sentimentalidades de tipo y tono de *emprendedor, el* sentido de las cuales es descubrirnos que la realidad transnatural o transfísica (metafísica) admite *proyectos y designios,* aun después de perder esencia (natural) y fines (naturales), y *lo* sentido *por* nosotros *bajo* ellas es nuestro señorío con caracteres de *empresarios.*"

Ser, pues, y sentirnos ser Señores de lo natural nos es dado en y por la sentimentalidad de *emprendedores;* la original calidad de Señor no es, por tanto, tan sólo lógicamente posible, sino sentimentalmente posible. Podemos ser y sentirnos señores de lo natural; mas no podemos demostrar que, aparte de serlo, nos sintamos tales. Las sentimentalidades —por su componente característico de espontaneidad—, no vienen al ser por modo de necesidad, sino de probable posibilidad (cf. Cap. VII); y, por ende, con sola frecuencia —*porque sí* temporal. Y porque sí, con probabilidad ineliminable, mínima o no, podemos dejar de sentirnos empresarios de lo natural, lo cual es dejar de serlo por quedar dejados a lo natural. *Sentirse ser algo* es, siempre y en cierta medida, *serlo en vilo.*

El emprendedor, a diferencia del aventurero, sabe, por sentirlo o por *el* sentido de tal sentimentalidad, que lo metafísico admite proyectos bien estructurados: elevar ocurrencias a inventos y patentar el invento. La técnica moderna es, realmente, una empresa, organizada por emprendedores, jamás por conservadores de lo natural —naturaleza, esencias, ideas...—, que se meten o entrometen en lo natural —al parecer y con realidad simple definido y definitivo—, para tantearlo, ponerlo a prueba —si la luz es o no es igual en realidad de verdad que materia, contra lo que aparece y *es* simplemente; si hay o no abismo infranqueable entre vivien-

te y no viviente, por más que, en estado natural, y aun simplemente real, lo parezca *y lo haya;* si el hombre real y verdaderamente se muere, al morir a la vida natural, al cuerpo natural, y si queda o no queda un alma *natural,* de superviviente. Todo eso, y mucho más, el emprendedor —filosófico, físico, biológico, religioso, político... —, lo *pone a prueba,* y no solamente intenta probar o demostrar una cosa u otra a base del estado natural, dado por definido y definitivo. Y, si quieren filósofo, físico, biólogo, teólogo, político... colocarse a la altura del hombre actual, de *El Emprendedor,* se darán a proyectos —físicos, biológicos, filosóficos...—, sin preocuparse de la antinaturalidad o innaturalidad —a organizar experimentos: todo ello proyectos de *trans*formación, *trans*torno y *trans*ustanciación de lo natural. *Meta*física actual.

El *Emprendedor* lleva un designio —que no es fin natural—; *designio* es invención teleológica, invento de nuevos fines, *meta*físicos o *trans*naturales. El designio típico y global del Emprendedor es llegar a ser y sentirse ser Motor, Rector y Razón del universo, o, para comenzar, serlo de un dominio de objetos físicos, biológicos, arquitecturales, industriales...

Es un *dato* (cf. Cap. III, § 2) que nos hallamos —*antes de* toda teoría filosófica, moral, religiosa, política, filosófica que lo autoricen o no, prevean o no, aprueben o no... —, en un mundo creciente en inventos, no sólo de tipo juguete o comodidad, sino del tipo metafísico de causas eficaces, rectoras y ocasionantes, frente a las eficientes naturales, con tendencia a soldarse no tan sólo en fábrica automática sino en *Mundo artificial.* Mundo artificial sido y vivido en cuanto tal por hombres que sean y se sientan empresarios (atrevidos-aventureros, resumidos por emprendedor) resulta mundo sentimental, al que hemos dado el nombre de *Hotel,* casa en que, de suyo, todo es artificial, servido de un máximo de aparatos eficaces, rectores y ocasionantes, y en que el hombre se siente Señor, con el tono sentimental general y resultante de haber tenido éxito en su función de Empresario, de *Meta*físico.

Por ahora —y no hacen falta ulteriores precisiones en *Prolegómenos*—, se trata más de empresa aventurada que de empresa asegurada por éxito.

Quién sea el sujeto propio y proporcionado para tal empresa, para ser Empresario del Universo, para ser Metafísico, es cuestión diversa; por lo pronto, no el hombre natural, ni como individuo suelto natural ni como especie natural —menos aún como miembro de sociedades naturales. *Metafísico* no es, por ahora, estado del Hombre. Más que empresa es, por el momento, la Metafísica aven-

tura, recordando que Metafísica continúa aquí significando lo mismo que *trans*natural. En este sentido la física actual es *trans*física, tal vez más aventura aún que empresa organizada y asegurada; la biología actual es *trans*biología...

Explicitemos algunas secuelas, dadas ya de manera implícita y actuante en lo que el Emprendedor ha conseguido transustanciar de mundo natural en artificial, mundo físico en metafísico.

1) El mero hecho de surgir en nosotros sentimentalidades del tipo aventurero, audaz, osado, emprendedor... deponen, cual testimoniales, de que en lo real el campo de las posibilidades desborda el de potencias y facultades. Por otra parte la mayor frecuencia con que en nuestra época histórica las audacias, aventuras, osadías... —políticas, religiosas, físicas, biológicas... —, están casi a la orden del día testifica una vez más cuánto rebasan las posibilidades reales a las potencias reales, a lo apropiado por las cosas (naturales), a las propiedades naturales de las cosas. De ahí esa sentimentalidad general y difusa de que *ahora, todo es posible,* no sólo en sentido lógico, sino metafísico: lo real se halla en fase de *trans*cender su estado natural. Los recursos de lo real son ilimitados, o sea: no están circunscritos por los límites o definiciones de lo real en estado natural —por las llamadas esencia, naturaleza, especie... Las sentimentalidades de osadía, aventura, atreverse a todo y contra todo... son, por decirlo así, de dos caras; por el anverso descubren el ámbito irrestricto de las posibilidades y recursos de lo real; por el reverso nos hacen notar la inseguridad de lo natural —esencia, naturaleza, especie, ideas, sistemas, dogmatismo... Quien se halle, por el motivo que fuere, enraizado o anclado en lo natural, sentirá el temple de aventura, audacia, osadía, emprendedor... por el reverso: cual atentado e insulto contra la seguridad natural, y se defenderá contra todo atentado por los medios más violentos —desde censura, inquisición, condenación, excomunión... hasta muerte. Tales reacciones sentimentales o sentimentalidades derivadas son tan sólo probablemente posibles, no necesarias; por tanto más frecuentes cuanto mayor sea el enraizamiento en lo natural, en lo tradicional, en lo establecido; por el contrario, quien se encuentre transido, frecuentemente, por las sentimentalidades de atrevimiento, osadía, audacia, aventura... notará la inseguridad peculiar de posibilidades no perfectamente realizadas, de recursos no explotados —o en fase aún de exploración—; y se sentirá seguro por una cierta fe y confianza, de que se hablará inmediatamente. Método transcendental, método dialéctico, método fenomenológico, método axiomático... son, entre

otras, posibilidades, no potencias o facultades intelectuales o del entendimiento *natural* —cual lo son, realmente, abstracción total, y aun formal, fundamentación científica intuitiva...

Reactor atómico es una posibilidad del Uranio, no una potencia (natural) suya; y nevera, televisor, auto, avión, radio... son, parecidamente, no propiedades o poderes naturales de los llamados materiales empleados.

2) Por ello son permisibles *tanteos* previos: poner a prueba las cosas naturales, maltratarlas o tratarlas a golpes, experimentar con ellas: todo lo cual no es sino ponerse el hombre, en cuanto realidad transcendente o *meta*física, a ser causa ocasionante, es decir: hacer que jueguen las probabilidades de lo real; que surjan, por repetición de *n* veces ($n >> 1$), las probabilidades raras, los casos extremados; y entonces, descubierta su frecuencia típica, aprovecharlas según un proyecto bien estructurado para designios bien fijos. Así, vgr., procede el físico atómico al aprovechar ciertas características de la emisión de neutrones para una fisión y reacción en cadena, estadísticamente estabilizadas. Y hay, saltando a otro orden, cabezas chispeantes en ocurrencias, conexiones imprevisibles de diversos órdenes; a tales surtidores de novedades —ideológicas, físicas, matemáticas, religiosas, políticas...—, se llamará según los casos genio, o ingenio —filosóficos, científicos, religiosos... Para todo ello hace falta, y lo acrece, el tantear las cosas, darles vueltas, jugar con ellas —es decir: dar ocasión u oportunidad a constelaciones menos frecuentes que las naturales, más raras, sorprendentes y prometedoras que las corrientes. El hombre asciende, y surge, en tales casos de Razón a *Emprendedor racional.* Tanteos (estadísticos) dirigidos por un proyecto dan, o constituyen, en rigor de la palabra *experimentos.* Y el tipo de verdad correspondiente a un experimento es de adecuación o concordancia del resultado con el proyecto y designio. Empero este tipo de verdad, doblemente transcendental, está transido por otro, que es el básico: *surgimiento de novedad.* Una potencia, propiedad o facultad (naturales) se hacen patentes en sus actos propios, —de ver, oír, pensar, querer, lucir, pesar...—, por razón de su naturaleza o esencia; así que causalmente. De ahí que los actos lo son *de sus* potencias, o *de sus* facultades, y no surgen *porque sí* de ellas —unas veces de unas y otras de otras. Empero una posibilidad pasa el acto dentro de un margen de *porque sí;* entre posibilidad y acto se interpone la probabilidad; y un margen especial de ella para cada tipo de posibilidad. De consiguiente: el resultado de un experimento básico, de un tanteo, no está asegurado

por causalidad; y, por tanto, no es previsible, y no cabe adecuación necesaria entre resultado, por una parte, y el mejor y más articulado proyecto de otra; el margen de inadecuación es ineliminable. Es, pues, una sorpresa, una aventura, y dichosa ventura, el que haya verdad o adecuación entre resultado y proyecto, entre creatura (proyectada) y proyecto (designio) del Creador; poema-poeta... La verdad ordinaria, natural, carece, por constitución, de novedad, sorpresa —justamente por ser demasiado verdad—; y, por ello, está falta de interés, y propensa al aburrimiento, monotonía, hastío, ñoñez... La verdad metafísica, por el contrario, es sorpresiva y sorprendente adecuación. Es el tipo de verdad de creadores, inventores, genios que crean, inventan, producen; ellos son los primeros sorprendidos, agradablemente sorprendidos. Este tipo de verdad —el solo habitable por sentimentalidades cual las de sorpresa, novedad, interés... —, es indisoluble de probabilidad. Verdad necesaria, conocimiento necesario... son, desde el belvedere sentimental, campo abonado para aburrimiento, hastío, fastidio... Lo cual viene a advertirnos, para ulterior problemática metafísica, que verdad necesaria, que conocimiento necesario... son sentimentalmente imposibles —séanlo o no lógica, gnoseológicamente posibles.

Cerremos aquí en *Prolegómenos* este punto. No es mucho más lo que de buenas a primeras *se nos da* en la experiencia inmediata.

Dato V. 23. "Aun antes de toda prevención teórica o preservativo práctico, *nos hallamos* siendo ya temporales o *sintiendo* lo temporal con sentimentalidades especiales, *el* sentido de las cuales es descubrirnos lo que, por decirlo provisoriamente, el futuro tiene aún de porvenir, lo que el presente posee todavía de presencializador, lo que el pretérito guarda ya bajo la forma de pasado; *lo* sentido *por* nosotros *bajo* tales sentimentalidades es —correlativamente y con una palabra compendiosa para cada caso—, *esperanza, actualidad, caducidad.* Estas tres sentimentalidades —tipos, mejor, de sentimentalidades—, son peculiares de Hotel y Emprendedores o habitantes de Hotel. Morada y Mundo natural, por otra parte, y Mercado, por fin, las poseen en tono propio."

Antes de emprender la explicación, advirtamos una vez más que en la exposición siguiente no se han podido evitar ciertas violencias hechas al lenguaje, muchas palabras del cual se hallan connaturalizadas y bien aposentadas en Morada y usadas (Parte I, Cap. II) por moradores.

a) Futuro-porvenir. Aguardamos paciente o impacientemente a que salga el sol, y sabemos que no por mucho madrugar amane-

cerá antes. Que amanecerá aquí a las seis de la mañana, es un futuro sin novedad u originalidad alguna; es una de tantas veces, una vez cualquiera de tantísimas más como ha sucedido y sucederá tal fenómeno, dadas las mismas leyes físicas, indiferentes al tiempo, que lo rigen. Se trata de una vez más, no de algo nuevo; y esta *nueva* vez es una cualquiera, indiscernible físicamente de las otras. No es *ésta*: *ésta,* la de esta mañana, es una de tantísimas. El amanecer de mañana es un futuro sin porvenir alguno; nada nuevo, nada de tipo *éste* (Cap. IV, § 3) vendrá en él. El *amaneció hoy* sucedió hoy, mas hoy es uno de tantos días; y amanecer el sol en él es uno de tantos amaneceres como ha habido y habrá; y los por haber son unos de tantos amaneceres como ha habido y habrá; y los amaneceres sidos son unos de tantos como ha habido y habrá. No hay, pues, en el dominio de lo pasado un *amanecido* original entre ellos; ni entre los amaneceres *futuros* hay alguno especialísimo, ni el amanecer de día alguno es *éste* amanecer, cual no ha habido ni habrá jamás otro semejante a él. El cualquierismo de un fenómeno temporal, en cuanto simplemente temporal, no excluye —como se ve por estas sencillísimas inducciones, machaconamente repetidas de intento, dadas de buenas a primeras, y sólo dichas explícitamente aquí—, presente, pretérito y futuro, ni distribución de ciertos sucesos entre estas tres dimensiones (llamémoslas así) del tiempo. Hay sucesos presentes, pretéritos y futuros; mas por ser cada uno uno cualquiera, uno de tantísimos, ninguno llega a ser éste —*este* amanecer de *este* día, *el* amanecer de... Y será cuestión metafísica, y por cierto bien difícil de resolver y aun de plantear con sentido preciso, si puede haber un día que sea *este* día —por ser *el* primero del mundo, o *el* último del mundo... Por lo pronto días, horas, minutos..., y los sucesos temporales se nos dan como unos de tantos. Y, en virtud de la neutralidad temporal y gnoseológica de mundo natural, podremos invertir la aserción y decir: que por la palabra *sucesos* entenderemos todo fenómeno que pase en el tiempo, es decir: sea (se haga) presente, pretérito o futuro bajo la categoría de uno-de-tantos —uno de tantos amaneceres futuros, uno de tantos amaneceres pretéritos... O bajo otra forma —insistiendo en este punto por motivos que se irán descubriendo—, son *todavía* futuros tantísimos amaneceres —por trillones...—; el que uno de ellos llegue a ser el amanecer de hoy, y los demás queden aún de reserva para otros días, es *porque sí;* al amanecer de hoy le cayó en suerte ser *el de hoy precisamente, éste;* y porque es éste o es el de hoy por suerte, no hay razón intrínseca, ni podemos hallar por mucho que lo busquemos en él fundamento alguno de

su unicidad; es porque sí, como a este hombre le cayó la lotería, no por ser éste —que, en tal caso, fuera trampa—, sino cayó a *uno* de tantos hombres al que aconteció eso de ser *éste* —lo cual no impide que *realmente* le haya caído a éste.

Hablar de *el* amanecer de *el* día 1 de *el* enero de *el* 2000 como distinto de *el* amanecer de *el* 1 de *el* enero de *el* 1999 —ambos acontecimientos futuros, en los dominios aún de futuro—, es como hablar de *el* hombre (éste) a quien caerá el premio en la lotería de *el* 1 de *el* enero de *el* 1961 y de *el* hombre (estotro) a quien caerá la de *el* 1 de *el* enero de *el* 1962. Caerá a uno cualquiera, al que acontecerá ser éste o estotro, sin razón de caer a éste más que a este-otro; así que las preguntas dichas sólo admiten respuesta definida mediante el empleo de una trampa, vgr. porque *éste* (hombre, dios) *regala* (porque sí, como todo don, porque le de la gana) *esto* a *éste;* le regala a un día cualquiera ser *éste* —el del nacimiento de este hombre, el de la muerte de este hombre, es decir: de alguien que es, por derecho propio, *éste* (cf. Cap. IV, § 3).

No hemos hecho en los párrafos anteriores sino recalcar en la realidad de las dimensiones del tiempo, del simple tiempo físico.

Porvenir, al contrario, es siempre porvenir de *éste:* la manera de *'aún no'* de algo que, constitutivamente, sea original, nuevo, único. Así que lo porvenir no es futuro —ni presente ni pretérito—, por no ser uno de tantos. No tiene sentido hablar de los hombres futuros (conscientes), de sus futuras acciones conscientes, de sus actos interiores futuros... En la medida —muy discreta, por cierto, mas real—, en que cada uno de los hombres es *éste,* no está colocado —en modo alguno—, en el futuro, ni lo ha estado nunca; nada de él es, pues, previsible, providenciable, calculable. El futuro está lleno de futuribles; por eso es, vgr., necesariamente posible *ya ahora,* que el sol salga mañana, salga *el* 1 de enero de 1999, *el* 1 de enero del 2000... Mas el porvenir está vacío de futuribles, ante todo y sobre todo vacío de previsibles, a no ser que nos demos a imaginar —un poco boba, otro poco interesadamente—, que todas las novedades —inventos, estrenos, primicias, nacimientos, muertes, ocurrencias, chistes, genialidades—, estén ya en ciertos armarios de posibles *previsibles;* y que esa misma novedad de presentarse en tal día, hora, minuto, cabeza, un invento, ocurrencia... ya estaba, bien positiva, definidamente, en otro armario de segundo orden, de *porvenibles;* y que, a su vez, esta primera vez, o esta segunda vez, o esta *n*-sima vez ($n = 1, n >> 1$) en que esto se dice por mí y aquí y ahora estaba ya en un armario de tercera potencia de *porvenibles...* Todo es lo mismo: quitar a la novedad

su carácter de novedad, sin conseguirlo; porque novedad no es futuro ni se hace presente como lo futuro, ni se desliza suave e insensiblemente (continuamente) al pasado como lo hace un presente que es presente de un simple futuro.

Porvenir, pues, está vacío; y, por ello, no cabe previsión, providencia, cálculo de él —¿de qué, si está el porvenir vacío de porvenibles? Lo nuevo —grande o modesto—, hace acto de presencia sin más, abruptamente, de sopetón, de golpe. Sólo las cosas que sean total o parcialmente *éste* tienen porvenir —sobre un fondo quizás, de futuro, presente y pretérito. Y por estar el porvenir vacío, será más esmerado decir que tales cosas, las novedades, sólo tienen *presencia;* hacen *acto de presencia.* Y sólo en virtud de tal acto de presencia resultan cognoscibles.

Es un *dato* que, *aun antes de* toda prevención teórica, como la que venimos haciendo ahora al contraponer futuro a porvenir, y *aun antes de* todo preservativo práctico —querer adivinar el porvenir sirviéndose de procedimientos peculiares a la previsión de lo futuro: desde cálculo a juegos de cartas—, *nos hallamos* sintiendo la originalidad de porvenir como esperanza, promesa, apuesta... ; todas ellas, y otras sentimentalidades más, nos descubren lo que queda aún —a pesar de la base de futuro, que tenemos—, de *porvenir,* es decir: de novedad —ocurrencias, gracias, inventos, unicidades...—; y al decir que un hombre tiene mucho porvenir por delante, cual decimos lo tienen en dosis notable y envidiable los jóvenes y los genios, venimos a decir lo que estamos sintiendo: a saber, que *esta* realidad, que es *ésta,* y por *ésta* algo nuevo, único, está libertada de futuro y futuribles, vacía de futuro-presente-pretérito, cosas para uno de tantos; no nos *aguarda* nada —para mañana, para de aquí a dos, cuatro, cinco años...—; ni por mucho madrugar amaneceremos antes; ni nos acudirá nada nuevo, genial, original, por sólo abrirnos al *futuro.*

El porvenir se nos da sencillamente cual *esperanza;* mas el futuro y las cosas colocadas en él se nos dan sencillamente como *aguante* —paciente, impacientemente. La esperanza, pues, no tiene contenido; de tenerlo, bajaría al orden de sucesos cotidianos, de efemérides calculables; y su contenido carecería, precisamente, de lo típicamente suyo que es la novedad —lo que "ni ojo vio, ni mente concibió..." Y, en efecto, cuando los dichosamente vacíos dominios de la esperanza se rellenan —por impaciencia de que amanezca pronto a fuerza de madrugar—, de contenido concreto a esperar, tal contenido resulta de una ñoñez, sosez, pobreza y calco que delatan la confusión entre futuro y porvenir, entre un

cualquiera y éste. No se trata aquí, en *Prolegómenos,* de refutaciones; basta, y sobra en esta fase de exposición con notar que *antes de* toda teoría en pro o en contra, nos *hallamos* con sentimentalidades, cual la esperanza, frente a la de aguante, *el* sentido de las cuales es justamente novedad sentimentalmente sida: es peculiar apertura hacia posibilidades que, vistas desde el futuro y de las sentimentalidades propias de simple futuro, como la de aguardar, aguante..., parecen colocadas en futuro, no en presente o en pretérito; mas, en rigor, transcienden presente-pretérito-futuro. La esperanza, en cuanto tal, no espera nada concreto; si decimos que tenemos esperanza, y nos sentimos esperanzados, de la vida eterna, por ejemplo, si vida eterna es igual igualita que ésta, sólo que no moridera —aceptemos, por vía de ejemplificación nada más, eso de que vida inmortal pueda ser, fuera de la extensión temporal finita o infinita, *esencialmente* lo mismo que la mortal—, no tenemos esperanza, sino espera de ella; y, esperando así, nos aguantamos, paciente o impacientemente, la actual; como aguantamos hasta llegar a jóvenes, a viejos. En rigor, no aguardamos —o esperamos, haciendo tiempo—, a llegar a jóvenes o a viejos, sino que tenemos esperanza de llegar a ello, pues la originalidad, no de vejez o juventud, sino de *mi* juventud, de *mi* vejez es, ya de por sí sola, tanta que no puede ser realmente prevista. Serán posibles, una vez que hayan sido reales —si llegan a serlo. ¡Cuánto más imprevisible será eso de *mi* vida eterna! No basta con demostrar que la sustancia del alma es necesariamente inmortal, que inmortalidad es atributo esencialmente posible a un alma racional; hace falta muchísimo más: mostrar que es *sentimentalmente* posible: es decir, que es un porvenir y no un simple futuro. Mas todo porvenir está, por constitución, vacío de porvenibles, si no ha de degenerar en simple futuro —predestinado, escrito, determinado cual el curso del sol, o los sucesos de un universo sometido a leyes de conservación.

Basta con lo dicho para poder afirmar:

Dato VI. 24. "La sentimentalidad de esperanza nos mantiene —con la frecuencia típica de lo probablemente posible—, abiertos o expectantes hacia ser tanto como hacia no ser, a ser con necesidad como a ser sin necesidad; sentimos que novedad aseguradamente realizable es un sinsentido para esperanza; novedad aseguradamente real, *tal* novedad aseguradamente real, destruye novedad; y decae en vulgaridad corriente y moliente, en efeméride."

Novedad es siempre *ésta* —*este* hombre, *este* acto de *este* hombre; *este* día de *este* año, *esta* ocurrencia de *este* escritor... Y

esperamos la novedad con la inseguridad (temor) de que no se produzca (no llegue a ser); su misma realización es una novedad; que exista esta novedad es novedad. Lo único surge *porque sí,* por ser nuevo; y es razón suficiente. Y deja de surgir, porque sí también —y es razón suficiente. Por tanto lo nuevo, lo esencialmente nuevo, no puede ser necesario, ni componer con lo necesario en el mismo plano de esencia. Verdad siempre nueva, destruye verdad necesaria; bondad siempre nueva acaba con bondad necesaria; belleza siempre nueva es la más secreta y propia aspiración de la belleza.

El contenido o sentido de *contingencia* —de ser que *tanto* puede ser *como* puede no ser—, nos es dado cual *el* sentido de esperanza. Un ser que tanto pueda ser como pueda no ser, si es es por modo de novedad óntica; en tal caso o dichosa ventura se colma de golpe la esperanza. Si no es, *no es* (o deja de ser) por modo de aniquilación, imposibilidad, imposibilitación a manos de una causa; no le hace falta razón alguna a la esperanza ni para ser ni para no ser, ni para pasar de una cosa a la otra.

Mas, respecto de novedad, de lo porvenir, si se da el caso de que lo nuevo no *es,* la esperanza queda vacía, desilusionada, decimos, pues es una ilusión, y nada más que eso, esperar con esperanza algo totalmente determinado, que eso no fuera esperar con esperanza sino aguardar —a que salga el Sol—; y en tal caso madrugamos con argumentos... creyendo que amanecerá antes, cuando ni siquiera estaba asegurado el que hubiera sol a salir, novedad a venir. La esperanza no se hace, en rigor, ilusiones; ni sufre desilusiones. Está preparada a la sorpresa de que no haya nada, y, en el fondo, no se sorprendería de que no hubiera nada de lo esperado, si esperaba realmente novedades que realmente lo fueran. Si se insiste aquí en este punto —no mucho más allá de lo que, al esperar en firme, nos confesamos en voz baja a nosotros mismos—, es, entre otros motivos que se irán viendo, para poder confesar en voz alta:

Dato VI. 25. "Aun antes de toda teoría, y *aun después* de toda teoría —por tanto indiferentemente en pro o en contra de ellas, transcendiéndolas por elevación—, *nos hallamos* con sentimentalidades del tipo y tono *esperanza, el* sentido de las cuales es la contingencia de todo lo nuevo, único, éste; de lo que tanto puede ser como no ser, y que si es es porque sí, y si no es, no es porque sí. Nos abre, pues, la esperanza por su *el* sentido propio a realidades que hacen acto de presencia porque sí, y dejan de hacer acto de presencia porque sí."

a) El surgimiento y la desaparición de la sentimentalidad misma de esperanza es porque sí; la tenencia de esperanza no puede llegar —lo sentimos muy bien—, a propiedad esencial o derivada de esencia; no somos necesariamente esperanzados, ni necesariamente podemos esperar; ni podemos llegar a estar (ser) necesariamente desesperanzados (desesperados). La esperanza ni se puede perder ni se puede ganar; y tenerla no es mérito, y no tenerla no es demérito, como no es mérito ser inventor de tal aparato, o haber tenido una buena ocurrencia, ni es demérito no haber inventado la telegrafía sin hilos, la bombilla eléctrica, unos bellos versos... Se desespera, no quien ha esperado con esperanzas sino el que, por confusión sentimental-verbal, ha esperado con temple de espera, de aguante. Lejos, pues, de que toda realidad sea o no, y, si no, surja por virtud de otra necesaria, o que todo tenga razón suficiente de ser o de no ser, de ser tal o cual, de ser tal o cual así o asá, la esperanza nos muestra que toda novedad, todo *éste* —no lo que sea un cualquiera, uno de tantos... —, surge porque sí, de sí, y desaparece porque sí, de sí, excluyendo, por transcendencia, razones suficientes para ser o para no ser.

Por la sentimentalidad de sorpresa, admiración, pasmo (Dato VI, 32), se nos daba, cual *el* sentido de ellas, la extrañeza o novedad de las cosas integrantes el transfondo de Mundo, es decir: ese internado que es Universo. La originalidad de la sentimentalidad de esperanza consiste, frente a ellas, en descubrirnos que un ser surge, porque sí, del no ser; sin previos de clase alguna; y que ciertos no seres no surjan puede suceder también porque sí. La necesidad de ser o de no ser, la necesidad de ser tal o cual, la necesidad de ser así o asá sólo compete a cosas que sean, cada una, una de tantas, una cualquiera... ; mas no se podrá saber quién es y quién no es, pues nadie es nadie, nadie es quién, nadie es *éste* —único, original, que se sabe éste...—; ni se podrá saber quién está aquí, quién allá... pues tal pretendido *quién* es un cualquiera, lo es tanto uno como otro. Falta aquí, sin remedio, razón para ser o no ser, para ser tal o cual, para ser así o asá, por una razón inversa a la anterior, a saber: por ser cada uno un cualquiera, uno de tantos. *Este* neutrón, *este* fotón... existe porque sí y está aquí (en *este* aquí) con *esta* cantidad de movimiento *porque sí,* dentro de un margen dado por el principio de indeterminación; y la razón por la cual vale tal *porque sí* (forma estadística) es porque tal pretendido *este* protón, *este* electrón, *este* fotón... no es realmente *éste;* es uno de tantos, aunque sea uno solo; mientras que este hombre, en cuanto éste —que es éste y se sabe éste, conscientemen-

te—, existe porque sí, y toma conciencia y se siente a sí (a este su él) porque sí —con probabilidad o frecuencia original—; y el existir o tener conciencia yo ahora de mí es *porque sí,* justamente porque yo soy éste, y este mi acto de conciencia es original, único, nunca sido ni sible de nadie ni factible por nadie. Notemos, pues, cuidadosamente los dos tipos de *porque sí: necesariamente porque sí* (toda cosa que sea ente ni más ni menos que por modo de cualquiera, de uno de tantos), *contingentemente porque sí* (toda cosa que sea ésta, séalo en grado mayor o menor); lo primero por su falta de unicidad (carácter inverso al cualquierismo), lo segundo por su carácter de novedad ineliminable.

Mas el ente que somos los hombres es un concreto (cf. Parte II, Cap. I, § 2) que no tan sólo es concreto sino que se siente concreto; y nos sentimos o estamos siendo en muchos órdenes unos cualesquiera, con sentimentalidades cual la general de expósito y las más especiales de miedo, pavor, espanto... La sentimentalidad de esperanza se apoya —de la forma que vamos a ver en el Cap. VII—, sobre tales sentimentalidades, y ellas hacen resaltar la contingencia de la novedad: realidad sin vigilia y sin octava, un presente con carácter de presente, es decir: de regalo o gracia, un presente que es, él mismo, gracia. Contingencia, gracia, don... se nos dan, pues, como *el* sentido propio de la sentimentalidad de esperanza, sobre fondo de espera, expósitos, temerosos..., *el* sentido de las cuales no entra en el de la esperanza, sino por resalte o contraste.

La apertura original de esperanza, que es hacia porvenir, contrasta, pues, frente a la apertura peculiar de espera (temor, miedo, exposición) que es hacia futuro. Futuro, presente y pretérito se continúan realmente uno con otro; y lo futuro es futuro *de* tal presente, y el presente es presente *de* tal futuro; y pretérito es pretérito *de* tal presente, que, a su vez, fue presente *de* tal futuro...; y esta copertenencia de las llamadas dimensiones del tiempo constituye al tiempo como tal frente a la temporalidad propia: porvenir-presencia-pasado.

En Metafísica se trataría de manera más detallada y orgánica de estas diferencias; aquí nos basta con hacer notar lo inmediatamente dado: lo que de todo ello se nos da *de buenas a primeras,* sin peculiarmente rebuscada búsqueda.

Notemos, pues,

b) La esperanza es una sentimentalidad *el* sentido de la cual es novedad de ser tanto como de no ser, de ser tal tanto como de ser cual...; y, por ello —o es ello mismo—, *el* sentido temporal de ella

es el de *porvenir;* el cumplimiento de la esperanza no es nunca advenimiento de lo esperado, sólo a la espera le adviene o no justamente lo esperado —que salió, por fin, el esperado sol, que llegó el esperado día... El cumplimiento de la esperanza es gozo: sentimentalidad nueva, *el* sentido de la cual es, justa y precisamente, esperanza cumplida: es decir, novedad que está presente por hacer presente o gracia de sí. Uno de sus modos es el gozo que experimento al leer en la lista oficial que me cayó la lotería; esperábamos que nos cayera, no sólo en el sentido de aguardar hasta el día y hora del sorteo, sino en el más radical de esperar con esperanza, abiertos a porvenir: a lo que puede ser tanto como no ser, tal (tal premio) tanto como ser cual (premio más o menos grande), y eso de *tanto como* —ser tanto como no ser...—, delata la contingencia peculiar del caso. Esperanza en estado de cumplimiento es *dada* como gozo, el sentido del cual es presente-gracia: hacerse una realidad presente por modo de presente (gracia). La esperanza está abierta *tanto* a cumplimiento *como* a vacío; y, al no cumplirse, no se desilusiona, pues nunca se hizo ilusiones; esperanza vacía es dada cual *paciencia;* cual eso de *otra vez será,* de *paciencia y barajar...*

Y afinando las palabras con la finura de las estructura dadas de la esperanza se podrá decir: por estar la esperanza abierta tanto al ser como al no ser, si, por su raíz o base de *espera* asegura el ser más bien que el no ser (o al revés), por su componente ineliminable de porvenir estará aún entonces abierta a que el ser sea tanto *tal* como *cual;* y, si por razón de un especial enraizamiento de la espera en esperas más concretas o aseguradas —vgr. astronomía, espera del nuevo día, espera del sueldo de la quincena...—, espera tal realidad, el margen de la auténtica esperanza se reducirá al porvenir de que tal cosa sea tal *así* tanto como *asá,* es decir: queda siempre un margen de auténtica esperanza —so pena de no poder hablar de esperanza, por confundirla con simple espera: aguarde, aguante...

Por fin: que la novedad deje de ser novedad no es, en definitiva, sino otra manera de expresar su constitutiva contingencia; y la auténtica esperanza no se extrañará de que lo nuevo, en cuanto nuevo, deje de ser; o si su novedad se reducía a ser tal tanto como a ser cual, deje de ser tal (o cual); o si, por fin, su novedad se concretaba en ser tal así tanto como asá, deje de ser así (o asá). Es decir: la genuina esperanza está constitutiva y permanentemente abierta hacia pasado, aun y durante el presente de la realidad que esté haciendo don (presente) de sí. Toda gracia es, constitutiva, perenne, inevitablemente perdible. En este sentido contingencia

resulta originalísimo modo de ser que puede ser tanto como no ser; si es, puede tanto durar siendo como dejar de ser; que si fue o no es, puede durar tanto en su no ser como revertir a ser.

La disyunción básica *es o no es* está, al parecer, ontológicamente decidida por *el ser es, el no ser no es.* O bien *ser* es aquello respecto de lo cual la disyunción *es* o *no es* —si es, es tal o cual; si es tal, es así o asá—, está ya decidida a favor de es, es tal, es tal así. *Lo que es y es tal y es tal así* es *ser.* Gracia, novedad, no son, según el rigor de la anterior definición, *ser;* si las llamamos con la palabra de *realidad,* nos hallaremos ante cosas que son reales, y no son *ser;* cosas de realidad, al parecer, precaria, en vilo, y en un hilo que si son, su misma realidad puede no ser tanto como ser... Mas, por un cierto contrapeso, su no ser puede no ser tanto como ser. Su ser actual es, pues, un dato, un don; ellas son por modo de gracia; eso es lo que son. Gracia, pues, es tanto constitutivamente perdible como imperdible; perdible como recuperable; todo *porque sí* —por ser gracia, don.

Así que toda ontología, y aun metafísica, del *ser* exige radical revisión por obra y gracia de sentimentalidades que se llaman esperanza, gozo, paciencia, y que son del tipo de realidad que hemos descrito cual gracia, don...

Nos hallamos ante una reversibilidad originalísima de la temporalidad, mejor: ante una original atemporalidad o transcendencia imprevisible —en cuanto a su ser, ser tal, ser tal así—, de lo temporal.

c) Según esto, pues, son preguntas insalvablemente diversas: ¿vida eterna (inmortal) es objeto de *esperanza,* o de *espera*? Para que sea de espera habrá de asentarse en una esencia —en esencia del alma humana, vgr.—, y será entonces demostrable, cual se demuestra, dadas las leyes actuales, que el sol saldrá mañana aquí a tal hora, y mientras tanto no cabrá sino *aguardar* paciente o impacientemente; y *aguantar,* de buena o mala gana, eso mismo: tener que ser, por esencia, inmortal y tener que estar a las consecuencias de serlo. Mas si vida eterna fuera gracia, novedad..., entraría en los dominios de *el* sentido de esperanza; en tal caso no cabría demostración, sino estar a la espectativa de todo: de que yo no sea inmortal tanto como de que lo sea; se gozará, caso de serlo, cual con gracia sible y sida —a pique siempre de perderla, y de recobrarla—, con tenencia de hecho o dato.

Solamente cuando la esperanza se reduzca al así tanto como al asá, siendo objeto de *espera* tal más bien que cual, y término de *espera* que es más bien que no es —o al revés—, cobrará sentido un

planteamiento de las cuestiones de demostración, duración —definida o indefinida. Por igual motivo: ¿Dios es objeto de espera o de esperanza? —resulta pregunta con sentido ontológico (y metafísico) respecto de espera, mas no si lo fuese de esperanza.

d) Despertarme mañana, que me alegre ante un espectáculo o noticia de las comúnmente tenidas por agradables, que me admire ante lo que suele pasar por admirable, que porfíe cuando suele porfiarse, que me sobrevengan temor, ahogo... en las circunstancias que suelen enumerarse como causantes o ocasionantes de tales sentimentalidades, son, todo ello, objetos de esperanza, cuestiones de porvenir, si se permite la frase, por el componente de probablemente posibles, mas no necesariamente posibles; y, por tanto, necesariamente reales dadas determinadas circunstancias que a toda sentimentalidad afectan. Tengo esperanzas —añadimos a veces, fundadas, mas sólo por el fundamento fisiológico, estado de salud..., no por fundamento esencial—, de despertar mañana: tengo esperanzas de que me sobrevenga la sentimentalidad de alegría, cuando el objeto es alegre —aceptemos eso de *es*—, o abrigo esperanzas de contristarme real y sinceramente ante la muerte de un amigo, pariente... Empero todos sabemos la inoportunidad de la presencia de ciertas sentimentalidades o la inoportunidad de su ausencia.

Esperanza viene, pues, a hacer sentidamente posible o sentible la probabilidad de las sentimentalidades; *gozo,* es la sentimentalidad peculiar que nos *da el* sentido de la realización o cumplimiento de una sentimentalidad cualquiera; *paciencia* es esa sentimentalidad *el* sentido de la cual consiste en descubrirnos el especial no-ser de una sentimentalidad; mas un no-ser que no vuelve imposible —sino improbable, y aun improbabilísimo—, el *otra vez será,* o *el paciencia y barajar.*

Podemos, pues, decir: esperanza, gozo, paciencia, además de su peculiar apertura hacia gracia, novedad, don, en toda su amplitud: ser-no ser, ser así-ser asá..., afectan a todas las sentimentalidades —de Mundo natural o Morada, Hotel, Hospedería; y les dan *temporalidad:* sentido de presencia-porvenir-pasado.

e) Por vía de resalte notemos brevemente que lo viviente no consciente —tal cual nos lo imaginamos o creemos se nos da sin más, de buenas a primeras—, ha modulado de original manera o timbre el tiempo.

Maduro, en sazón, es el estado de presente propio de una fruta; verde, su estado de futuro; pasada, podrida, descompuesta..., su estado de pretérito; por más que desde el punto de vista del ser

que simplemente es, fruta, la misma fruta verde, madura, pasada sea en presente. Es que el presente de un ser que es, mas no está —cual, en notable medida al menos, por no decir íntegramente, lo son átomos, nucleones, minerales, luz... —, puede cambiar de tono y modo al entrar de constitutivo de un ente que es lo que es y además lo está siendo, de un ente que dé *estado* a su *ser*. Y así esta manzana es presente y está presente (madura, en su punto); y ella misma puede *ser* presente y *estar* pasada (podrida...). Triple modificación del presente entitativo; mientras que de una manzana futura no se puede, con sentido, decir que sea verde, madura o pasada —e igual de la que ya no es. En cierta medida, pues, es admisible decir que el porvenir de fruta es madurez; y la gozaremos y esperanzados esperamos que llegue a sazón, y nos resignamos mientras está aún verde o la hallamos ya pasada. Proporcionalmente diríamos lo mismo de salud. Se echa, pues, de ver la necesidad de una terminología que se apegue y altavocee tales diferencias temporales. Fijémosla de la manera siguiente:

e.1) Para simple ser —que es lo que es, mas no lo está siendo, o para el que no tiene sentido hablar de estados de su ser mismo, vgr. números, figuras, nucleones... —, las tres dimensiones del tiempo recibirán el nombre de presente-futuro-pretérito, coimplicada cada una con las demás, coimplicación expresada por *de:* presente que es presente *de* tal futuro, futuro que es futuro *de* tal presente...

e.2) Cuando tales entes simplemente temporales entren a constituir un ente que *esté* siendo lo que *es,* el presente (de ser) toma el estado de *sazón* (maduro...); el futuro (de ser) adopta el estado de *prematuro;* el pretérito (de ser) adquiere el estado de *pasado,* advirtiendo que estos tres estados: *prematuro-maduro-pasado* son estados reales que afectan al presente entitativo; el presente entitativo de tal ente está abierto hacia las tres dimensiones temporales del *estar.* Decrépito-viejo-aviejado, adulto-joven, adolescente, niño... son, parecidamente, estados diferentes de una misma realidad presente, del mismo ser en presente, sólo que abren, de original manera, tal presente entitativo hacia las dimensiones temporales originales del *estar* humano. La temporalidad del estar desborda, por tanto, el presente temporal del ser. Un presente eterno (intemporal) —por parte o sobre base de ser, vgr. sobre esencia—, es perfectamente compatible con sucesión temporaloide de estados; y sería cuestión a tratar delicada y esmeradamente en Metafísica si tiene o no sentido hablar, respecto de un viviente, de eso de eternamente joven, de eternamente niño, de eternamente viejo... ; o bien de sucesión de edades sobre base entitativa intem-

poralizada de eternidad; si entrar, por decirlo así, en la eternidad (de ser) con estado de prematuro (niño, joven) implica una especie de congelación vital, con imposibilidad vital de maduración (de llegar a estar adulto, maduro...), pues es fácil de imaginar la gravedad de los problemas que surgirían, ya en este mundo, de una imposibilidad real y sentida de llegar a estar hombre maduro quien se murió de niño y quedó congelado por la eternidad de su ser en niñez eterna... Mas si admitiésemos la posibilidad de cambios de estado sobre la base de un ser atemporalizado ya (eterno) sobrevendrán otros problemas no menos graves —estos y otros, a tratar en Metafísica. *De buenas a primeras* no nos son planteados tales problemas como problemas —a lo más cual sospechas, y curiosidades, vagamente inquietantes. Y en esta fase se los deja aquí, en *Prolegómenos.* De los sentimentales propios de este estado se hablará aquí (cap. VII).

e.3) Si nos hallamos con un ente que, además de ser lo que es, o de su base de ser, está siendo lo que es por modo de sentirlo con sentimentalidades, es decir: si se trata de un consci*ente,* la temporalidad del viv*iente* adquiere nuevos estados o timbres: estado de porvenir-presencia-caducidad. Son estados de tercera potencia, por decirlo así; un ente puede estar siendo viv*iente;* y éste a su vez consci*ente;* y, al afectar el estado de consciente al de viviente, y el de viviente al de ente, transfórmanse todas las propiedades del ente, con mayor o menor profundidad —que puede ir de transparentación, por transfiguración, a transmutación. Se trata siempre de *trans*formaciones: es decir, de elevar a nivel nuevo —no de aniquilación de tipo o grado alguno. Mas dejando este hilo, o maroma, suelto basta con advertir aquí que tales estados, propios de consciente, montado sobre viviente y ente, son dados en sentimentalidades —no como sentimentales. De algunos se acaba de tratar: esperanza, gozo, paciencia, resignación... Nos hallamos ante *temporalidad* —frente a tempero y temporal (tiempo). Empero cabe notar que, al adquirir tempero el tiempo, y temporalidad el tempero, la indiferente y neutral continuidad de presente-futuro-pretérito, típica del tiempo del ente, cede en favor de esos presentes privilegiados, frente a las demás dimensiones, originales también; mas también ya secundarias frente a tales presentes. Maduro es el estado propio de fruta; actualidad o presencia es el estado propio del consciente; los otros estados: prematurez, vejez, caducidad, porvenir están ya centrados en el privilegiado presente; bien al revés de la indiferencia del tiempo entitativo frente a pasado, presente, futuro. Todo lo cual proviene del carácter de

novedad, más o menos acusada, del viviente y del consciente —de vida y conciencia. Tales típicos presentes: madurez-actualidad (presencia) no son conmensurables con el presente temporal del ente; y si eternidad ha de adquirir sentido para un consciente, lo será mediante sentimentalidades y sentimentales adecuados, cual esperanza, gozo, resignación... ; y un viviente lo obtendrá mediante madurez y actualidad (presencia) —caducidad, vejez, porvenir...

Así que: la inmortalidad de un consciente, o inmortalidad consciente de serlo, puede tomar por base —anulada, preterida, reabsorbida—, inmutabilidad de esencia (ser); mas ésta será, cuando más, condición remota, nunca causa suficiente; de modo que una inmortalidad *esencialmente* posible no es, sin más, vivencialmente posible y menos aún *conciencialmente* posible —no digamos real o realizable.

De nuevo: en el estadio *preliminar* de Metafísica, tales cuestiones no pasan de la fase de preguntas, curiosidades, preocupaciones —vagamente formuladas y vagamente inquietantes—; y suelen satisfacerse, en su fase preliminar —en vida y conciencia en estado cotidiano o de uno de tantos—, con cosas bien simples, y bien simplistas respuestas —a la altura de la pregunta.

No tiene, pues, nada de misterioso en primer plano el que desde el centro privilegiado del presente de la temporalidad sea, de modo original, posible extender la presencia y hacer que hagan un cierto acto de presencia cosas que —desde el punto de enfoque del tiempo, del ente—, son o futuras o pretéritas, o no venidas o idas ya. Protención, retención son dilataciones típicas de presente sido por un consciente.

Volvamos, pues, al tema principal:

Los datos VI, 8, 9, 10, con sus explicaciones, nos permiten afirmar:

"*Aun antes de* toda prevención teórica y preservativo práctico, *nos hallamos* siendo conscientes en un mundo de tipo *Hotel,* caracterizado por las teóricamente imprevisibles sentimentalidades de audaz, aventurero, emprendedor; sentimentalidades abiertas predominantemente hacia el porvenir; en tono, por tanto, más bien de esperanza que de gozo."

Por el predominio de esperanza sobre gozo nos hallamos siendo los conscientes en *Hotel,* es decir: sobre lo artificial —no sobre lo natural, estabilizado en tiempo—, ya que lo artificial abarca, justamente, lo que de imprevisible, nuevo, admirable encierra, entre sus posibilidades y recursos, el tenido por ser (con potencias, facultades, propiedades); sin que, por otra parte, artificial haya

llegado a tomar estabilidad, unitonalidad, cerradura de Mundo —si es que puede tomarlo—; de ahí que el consciente no pase —por ahora al menos, dentro del mundo en que de buenas a primeras nos hallamos siendo—, de *huésped;* y sus sentimentalidades estén más bien en tono de esperanza que de gozo, y lleve con paciencia y tranquilidad sus fracasos, con paciente esperanza; y por tal timbre de esperanza, o a tono con porvenir, se halle —con notable frecuencia: índice de la gran probabilidad de la posibilidad—, en temple de audaz, osado, aventurero y *emprendedor;* y pueda trazarse empresas entitativas —aparte de las modestas empresas comerciales, estatales. . .—, cual las de la física moderna.

El hombre está en fase de *empresario entitativo.* Frente a tal empresa, las de una empresa capitalista resultan negocitos de tendero.

Sobre *quién* es, o puede ser, el sujeto propio de empresa entitativa se trató, con la concisión de *Prolegómenos,* en Cap. IV, § 1, 2, 3.

B) *Sentimentalidades propias de transfondo de Hotel*

Continuemos separando cuidadosamente esperanza de espera, aun en casos en que las dos sentimentalidades vayan unidas, vgr. en el juego: he comprado un billete de lotería y tengo que esperar a que se sortee el día señalado, sea mucha, poca o ninguna la necesidad o conveniencia de que me caiga un premio —espero, por tanto, paciente o impacientemente. Mas tengo a la vez esperanza, no certeza asegurable por nadie ni por nada de que me caiga algo. Aquí la esperanza es de caer o no caer algo; de ser o de no ser; y además, de caer, que me caiga tal o cual premio; o de caerme tal premio, que sea o no así o asá, vgr. por final... *El* sentido, por tanto, de tal sentimentalidad es la contingencia, mayor o menor, de una realidad. ¿Cuál es *lo* sentido en tales sentimentalidades?

Dato VI. 26. "Aun antes de toda previsión teórica y preservativos, *nos hallamos ya* con que *lo* sentido por nosotros bajo las sentimentalidades de *esperanza-gozo-paciencia* es temblor por nuestra realidad, es decir: *nuestra contingencia."*

Temblor por... no es la misma sentimentalidad que la de temor, miedo, pavor, espanto (Dato VI, 5), aunque, como se verá (Cap. VII, § 2), la sentimentalidad de temblor pueda asentarse sobre temor, miedo. . . ; o viceversa, surgir, con probable posibilidad, temblor de temor.

Las sentimentalidades de Morada, cual temor... poseen pecu-

liar modulación del tiempo —su tempero. Así el temor presente —estoy temeroso—, se modula en estado de futuro —temo por tal o cual cosa que sobrevendrá o me llegará o llegará a alguien mío o a algo nuestro si. . . ; y la espera se hace insufrible o angustiosa para el temeroso —temor de morir de una bala perdida, de una quiebra de fama, crédito. . .—; todo ello a tantos días de fecha o a tantas horas, o dentro de un plazo previsible, pasado el cual desaparece el futuro de miedo, su peculiar apertura *presente* a futuro, y por ello desvanécese sin más causa, porque sí, el temor. Y sucede que de tanto ir en avión, y no caerse ni pasar nada, uno pierde el miedo a subir; y de tanto atravesar calles, y no ser atropellado, vásele a uno el miedo *porque sí* —aunque las causas de probablemente posibles caídas de aviones y atropellos de autos continúen siendo las mismas, del mismo grado estadístico de siempre, de la primera vez, y aun aumentado por la frecuencia de exposición. Por eso hablamos de un *porque sí;* que, de proceder las sentimentalidades por causas, fueran de surgimiento constante, dada la causa; cada vez nueva que pasáramos una calle o tomáramos alimento, o subiéramos en un avión, crecería el miedo a caídas, enfermedad, accidentes. . . , porque la probabilidad se implanta tanto mejor cuanto mayor es el número de veces (frecuencia) de repetición del caso. No nos aventuraremos a decir que la vida sería invivible, o imposible, con conciencia constante del aumento de probabilidad de accidentes por la inevitable creciente de casos o exposición a casos, y que, cual defensa vital, la vida pone todo eso en olvido —cual pasa por alto, sin aniquilarla, la complejidad de procesos físicos, químicos, biológicos. . . del organismo sano—; salud es ignorarlo todo eso, y poderlo, sin inconveniente, ignorar. Es verdad todo esto; mas lo verdaderamente importante se concreta en otro punto: a saber, la desaparición *porque sí* de ciertas sentimentalidades; la pérdida, *porque sí,* de *el* sentido y de *lo* sentido por ellas. Desaparecen *porque sí,* precisamente porque se da aún, y reforzada, la causa; creciente, la probabilidad. Desaparecen, pues, sin causa interna y contra causas externas. Luego ni aparecen por presencia de causa ni desaparecen por ausencia de ellas; luego aparición y desaparición son sin causa, y su aparición y desaparición se debe a pretextos, ocasiones, acosos, oportunidades —y otros tipos de causalidades de que se hablará, en momento oportuno. No todo, pues, pasa por causa; y, por pasar sin causa, pasa porque sí.

Esperanza, gozo, paciencia, son, como se acaba de decir, realidades presentes; mas, según el caso, en estado de porvenir, de presente o de pasado; siempre, empero, subtendidas de temblor, cual

de bajo continuo, o tono fundamental. Tenemos esperanza con temblor, gozos temblorosos, resignaciones temblorosas, o sea: la esperanza tiembla porque sí, o por la razón de no poder haber razón suficiente para algo: para ser o no ser; o, dado que haya razón suficiente para ser, no la haya para ser tal o cual. . . ; tiembla mi esperanza de vida inmortal, pues puede haberla o no haberla; y tiembla mi esperanza de sacar un premio, pues puede caerme o no caerme; y tiembla la esperanza de ser amado, porque puede sucederle a uno tanto el sí como el no, y siempre está montado el negocio sobre en *tanto como*: la ventura —malaventura, buenaventura. Lo grave del caso reside, justamente, en que toda novedad, por serlo, encierra el matiz de porque sí, de sí, y excluye positivamente causas necesarias y suficientes que la incluyan, es decir: causas totales y propias que excluyan novedad; luego novedad real y verdadera excluye causas adecuadas, propias, proporcionadas. La esperanza tiembla, pues, por constitución; por no haber ni poder haber causas, razones suficientes, propias, adecuadas de ser o no ser, etc.

El ser que viene al ser *porque sí*, y deja de ser *porque sí* —o supuesto que haya por qué por el que venga al ser, mas no lo haya porque sea tal o cual. . . —, es ser de tipo y en tono contingente, o tiene que temblar por sí.

La sentimentalidad de esperanza tiembla por sí; surge sin causa; surge, a lo más, por pretextos, ocasiones más o menos próximas, por oportunidades sistemáticas. La esperanza no está segura de ser esperanza, ni tiene asegurado su porvenir, no digamos el porvenir de lo avenir; y está expuesta —mucho más, y con diversos grados de probabilidad, que el temor o el miedo—, a desaparecer.

El gozo —o esperanza cumplida—, presente y de presente y con el presente (don) esperado, está temblando o en tono de temblor, de probablemente posible pérdida, o de pérdida porque sí —sin causa, por pretexto, al menor descuido, gana. . .

Y la paciencia de la esperanza vacía, del gozo ido —se fue como vino—, es resignación temblorosa, es decir: esperanzada —se fue lo que vino como vino, y es problable que vuelva como vino, justamente porque vino como vino; a saber, cual novedad, don, presente.

Esperanza, resuena, pues, a gozo y a paciencia; gozo, a paciencia y a esperanza; paciencia, a gozo y a esperanza. Todo ello con el fondo de temblor: de realidad que es tal porque sí, por gracia de novedad.

Nada tiene que ver, pues, esperanza con progreso definido o indefinido.

La esperanza, tono peculiar del aventurero, más aún del emprendedor, no puede perder la temblequera: el sí o el no, el ser o el no ser, la disyunción constante que a cada momento se le presenta —cual a supercomputador digital o superconductora red nerviosa. Igual le pasa al gozo y a la resignación del auténtico aventurero y emprendedor —frente al *esperante*: astrónomo que espera el momento de fotografiar un eclipse, para confirmar una previsión teórica; físico que espera el momento de una explosión de un artefacto atómico para comprobar la previsión correcta de una serie de previsiones teóricas, a base de una teoría previa; y se quedan los dos, astrónomo y físico, contentos del resultado, frente a la esperanza del que se aventuró o emprendió, *por primera vez*, montar un aparato (nuevo); y *espera esperanzado* que funcionará, y, si marcha, se apunta un éxito, no una consecuencia asegurada. Y tal vez no quede sino *esperar esperanzado* la vida inmortal después de la mortal, pues eso de morirnos pasará una vez, y la primera vez que nos pase será la primera, y la última (aceptémoslo por vía de verosímil ejemplo); y si vida inmortal es algo nuevo de verdad, y no congelación peculiar de esta vida, o momificación de una parte de la misma, no cabe sino esperanza temblorosa, temblor por ser o no ser, por ser tal o cual —si es, etc.—; bien al contrario de esa espera de despertarse cada día, espera y no esperanza, pues se ha repetido ya tantas veces y sin proponérnoslo —más aún: eliminando todo proyecto—, que despertar, o dormirnos, es cosa de espera —más o menos paciente. Todo inventor —aun del más humilde aparato, teorema, ocurrencia... —, no espera; sino abriga esperanzas; y, a lo mejor, se halla gozosamente con lo inventado, con la ocurrencia, sin haberlo ni esperado ni esperanzado.

Tiemblan, pues, por sí —por ser sentimentalidades de tal tipo—, esperanza, gozo, paciencia. Y nos descubren, por contraste inmediato, lo firme y estable descubierto por sentimentalidades como espera, avezamiento, admiración: es decir, por sentimentalidades de Mansión.

¿Por cuántas cosas, de las dichas nuestras, temblamos —con esperanza, gozo, paciencia?

¿Cuántos son, y cuántas veces, los aventureros y emprendedores que se ponen a temblar o a dar el mayor número de pretextos, ocasiones, oportunidades para que surjan las sentimentalidades de esperanza, gozo, paciencia —frente a los de avezamiento, expósito, expuesto... —, de Moradores de Mansión?

Anotemos aquí qué es lo dado, sin más, de buenas a primeras, a

moradores de Morada —bien a su pesar—; lo cual no será sino anotar la invasión —sentida, probable, cual perturbadora de la paz y estabilidad de mundo en mundo político, religioso, social, físico... —, de lo realmente *meta*físico, en Morada, por una parte, y el acentuamiento del carácter de huéspedes en Hotel —en los aventureros y emprendedores—, por otra.

La metafísica se perfila, pues, como aventura de aventuras y empresa de emprendedores, entonados de esperanza, gozo, paciencia. Notemos, pues,

a) Dato VI. 27. "Aun antes de toda prevención teórica, y de todo preservativo práctico, puesto por Moradores de Mansión, *nos hallamos ya* siendo en un universo de aventuras y empresas, abiertos por esperanza-gozo-paciencia a resultados en que nos va el ser o el no ser, el ser tal o cual, el ser así o asá; habiendo echado nuestro ser actual a suertes."

Notemos cuidadosamente, para la correcta valoración, unos detalles de este dato: *a. 1)* desde tiempo inmemorial ha sido real y frecuente jugarse la vida propia, y la de otros, en el sentido de exponerla a la muerte —a lo que ya estaba y se notaba expuesta por su carácter de *expósito* (Dato VI, 32) al Universo, a pesar de las seguridades de Morada—; mas, en rigor de la palabra, hasta nuestros días, no se *pone a juego* la vida toda, incluyendo la de la humanidad. *Se pone a juego:* es decir, se la expone al dominio de la probabilidad, y la pone en tal estado de exposición a lo probable el hombre en cuanto *causa racional* y *ocasionante* (Cap. III, § 2). Así cualquier experimento atómico incluye un margen de probabilidad mayor que cero de que dé origen, porque sí, a una cadena o reacción en serie que incendie la tamósfera o contamine de radiaciones mortíferas para la vida la tierra entera —al menos. *Exponer a probabilidad* es, pues, la definición que damos aquí a *jugar;* y se juega no sólo a lo que resulte al azar —como quien juega a cartas—, sino se planea el experimento según cálculo de probabilidades: el *proyecto* de una bomba atómica —de uranio, de helio— se monta sobre probabilidad —de choque, de desintegración, de emisión de neutrones...—; y sobre un designio bien fijo —que la explosión tenga tal radio de acción efectiva y nociva, tal otro leve... según finalidades adoptadas; políticas, guerreras... —; mas siempre queda un margen que desborda proyecto y designios, y que se deja al azar, a la buena o mala suerte. Hay, pues, dos juegos: *1)* de utilización de máxima probabilidad —de vida, de muerte, destrucción... —, en que a la vida se la trata y pone en la categoría de una-de-tantas cosas, en que si sobrevive *esta* vida será

porque sí, y si se muere *esta* vida será también porque sí, pues se trató a todos como a uno cualquiera. Tal bajón al nivel de cualquierismo, proyectado con designio, es aventura del mundo en que *nos hallamos, antes de que... ; 2)* de mínima probabilidad, siempre mayor que cero: la de, a lo peor, no poder salvar *esta* vida (de individuo, pueblo) que se intentaba mantener —por proyecto y designio—, libre del trato y rebajamiento al nivel de cualquiera.

a.2) Mas cuando un viviente o consciente ha muerto (o ha perdido la conciencia) *porque sí,* a manos de la categoría modal de probabilidad —y no de la de necesidad—, la reversión a vida es improbable, mas no imposible; y puede volver a ella *porque sí,* aunque la frecuencia de tal reversión sea bien pequeña. En un juego sin trampa perder no es haber perdido para siempre y todo; en otro juego se puede ganar, de ordinario con igual probabilidad —según suelen estar montados, por proyecto y designio, los juegos de azar. Una cosa es, pues, muerte natural, y vida natural, es decir: en que realidad y no realidad dependen de causas eficiente, eficaz, rectora —y por tanto, de razones—, y otra que se muera por causas ocasionantes nada más.

Si tuviera sentido lo de morir por causa ocasionante, es decir: a manos de una probabilidad, cual de modalidad metafísica especial y propia, resucitar a la vida así perdida o a otra sería *porque sí;* y sería siempre posible, siempre probablemente posible, y, dentro de cierto margen, frecuentemente real.

Pues bien: hasta nuestros días, en el mundo en que *nos hallamos siendo —aun antes de* o *después de* toda teoría: física, religiosa, moral, jurídica... —, y *antes o después de* cualquier preservativo, pretendidamente eficaz —religioso, moral, jurídico—, vivir y morir —la vida humana, y la vida en general—, está expuesta a probabilidad; y si lográramos un morir probabilístico, quedaría alcanzado un revivir probabilístico. Como se ve, plantear la cuestión de manera estricta desborda los linderos de *Prolegómenos;* no así el proponerla y sentirla, que esto está dado ya en esa sentimentalidad e impresión de que, en estos tiempos, *todo es posible,* es decir: *todo es probable,* y por tanto es posible que sí, es posible que no; y lo que se pierde se pierde con un margen de recobrable, porque sí. La metafísica *actual* estudiaría, precisamente, tal cuestión —implanteable, por inconcebible, en la Morada de los anteriores metafísicos.

a.3) Es suficientemente claro que exponer la realidad natural, y aun la misma artificial (de aparatos e instrumentos a servicio de la vida natural en Morada) al juego de la categoría de probabi-

lidad es empresa de aventureros y emprendedores *metafísicos.* Y, una vez más, el que los haya en grande y en número considerable es un *dato* del mundo en que nos *hallamos siendo, antes de, a pesar de...* toda prevención teórica, religiosa, social, política..., o todo preservativo pretendidamente eficaz contra tal concepción y trato de lo real mediante probabilidad.

a.4) Por igual tono de mundo, en todos los órdenes —moral, político, religioso, jurídico, biológico...—, el temple de aventuras y empresas de ser o no ser..., proyectadas y diseñadas, es frecuentemente *real;* y teorías políticas radicales, revoluciones de amplitud metafísica: de ser o no ser, de ser tal o cual —de ser algo único...—, con su margen de aventura y, por tanto, de decisión pura y primera, son propias de nuestros días; y en tal mundo, de radicales novedades, nos *hallamos ya, antes de que, a pesar de...,* con las sentimentalidades de esperanza, gozo, paciencia temblorosos.

La disyunción ser o no ser, que hasta ahora no pasaba de teórica, y necesaria, se plantea ya con dramática eficiencia, con real frecuencia, y a manos de un nuevo tipo de hombre —o de un nuevo temple del hombre—, que es el de aventurero o emprendedor metafísico.

a.5) Nos hallamos, pues, siendo en un mundo en que se pone *a prueba* el ser de cada ente —se lo pone a probablemente ser y a probablemente no ser—; se ponen a prueba sus (pretendidas) propiedades: se lo pone a ser probablemente tal o cual, así o asá. *Poner a prueba es* —como se dijo, Cap. III, § 2—, algo insalvablemente distinto de *probar.* Nos hallamos en un mundo en que se ha transformado el tipo mismo de demostración: de probar (clásico), a poner a prueba; y, por tanto, en principio no vale ninguna clase de pruebas. Una vez más: la sensación (sentimentalidad) de que todo es posible, o sea: probablemente posible, y, por tanto, frecuentemente real en nuestros días, da testimonio de la actualidad e inevitabilidad de este planteamiento que afecta, por igual al menos, a física, biología, a metafísica... El Morador de Mansión —religiosa, moral, jurídica, física...—, se espanta y atemoriza por tal temple del hombre actual, y ante tal tono del mundo actual; lo cual depone, por el reverso, de la incursión de un modo de ser y de ponerse a ser, dejar de ser, ponerse a probar, inconmensurable con el de Mansión; mas cuanto tal temor y exposición sean mayores, mejores y más frecuentes testimonios darán de la realidad y novedad del tono metafísico del mundo en que todos *nos hallamos* —antes de, a pesar de, con protestas por... Advirtamos, por fin, que el timbre propio de un temor o exposición ante lo *pro-*

bable, no es del mismo estilo que ante lo posible o lo real que sea realización de un posible. El temor de un morador de Mansión ante ese *poner todo a prueba* es, en el fondo, temblor de esperanza.

Por todo lo dicho se justifica la aserción: poner todo a prueba —poner todo ser, lo que es, como lo es, en modo de probabilidad—, es tono y temple (sentimentalidad) del *transfondo* de mundo natural y artificial; por tanto, tono y timbre metafísicos por excelencia —o al menos, por actualidad.

C) *Balance de sentimentalidades de Mansión y Hotel*

Desde el punto de vista de las operaciones, y planes de operaciones, se caracteriza Mansión actual por la operación de *dejar que cada cosa sea lo que es;* Hotel, por la de *trocar A en B;* Mercado, por la de *trocar M por N.*

Dato VI. 28. "Aun antes de toda prevención teórica y preservativo práctico, cada uno pretendidamente eficaz en su orden, *nos hallamos siendo* en un mundo, en conjunto en estado total de Morada (Mansión), mas albergando *aventureros,* dados a aventuras metafísicas —políticas, morales, religiosas, biológicas, físicas... —, junto con *emprendedores* dados a empresas metafísicas; de modo, no obstante, que, por lo pronto, el mundo está más en estado de Morada (Mansión) que de Hotel, y el número de simples aventureros metafísicos va haciéndose menor que el de los emprendedores; y en todo caso aventureros y emprendedores son, por lo pronto, menos en número que los moradores de Mansión."

Mundo está, por ahora, en tono de Mansión.

Para concisión notemos, por su orden, lo siguiente: *a)* Se trata de un balance —cerrado, un poco arbitrariamente, hoy, es decir: el *hoy histórico* que va desde el Renacimiento hasta nuestros días. Aun hoy podemos afirmar que la inmensa mayoría de las cosas de este mundo, hombres inclusive, se hallan *dejadas a ser lo que son,* con esa neutralidad causal, gnoseológica... típica de Mansión: ¿las cosas son lo que son (tienen esencia) *porque* las dejamos ser, o *también* las dejamos ser *porque* son cada una lo que son? Las cosas de mundo natural *son* (lo que son, o muestran ser) neutralmente frente a la dirección causal dicha: el *porque* es un *tanto como.* Esa dejadez óntica, ontológica, causal... de lo natural ha resaltado al ponerse el hombre a trocar, por proyecto y designio, una cosa *A en* otra *B,* y sobre todo *en* otra nueva. Ahora bien: el

aventurero se pone a trocar una cosa *en* otra —aunque no sea sino fiera *en* caza, barbecho *en* campo, tronco *en* barca... —, sin proyecto y designio; el aventurero se queda en ocurrencias, en destreza, en dones o en ingeniosidades, mejor o peor aprovechados. Y ha habido aventureros en filosofía, religión, física, moral, derecho, biología..., puestos a no dejar que cada cosa sea lo que muestra, sin más, ser. Y no pasa de aventura ideológica dudar por dudar; trocar —plan de porfía (Dato VI, 11), de encaprichamiento (Dato VI, 13), de terquedad (Dato VI, 17)—, verdad natural (realismo natural, Cap. III, § 2) *en* dudas, aparenciales inmediatos *en* aparenciales puros. Mas asciende a empresa ideológica trocar realismo natural *en* duda metódica, *en* reflexión transcendental, *en* abstención fenomenológica... No pasa de aventura política trocar estado social *en* utopía; levántase a empresa política trocar estado social —de dejadez a lo dado, al orden establecido, y reforzado por razones naturales, derecho natural, religión natural... —, *en* revolución. Es empresa religiosa trocar religión connaturalizada, o dejada a que sea, en Reforma —frente a la simple aventura religiosa de hereje suelto y herejía o cisma locales.

Se puede, pues, poner como *dato* del mundo en que los presentes nos hallamos —*antes de* toda prevención teórica eficaz y preservativo práctico operante—: que el número de aventureros y empresarios —y correlativamente de aventuras y empresas religiosas, políticas, sociales, físicas, filosóficas... —, es menor, muchísimo menor que el de moradores de Mansión. O sea, predominio del estado de dejadez óntica, de personas y cosas —religiosidad establecida, y dejada a ser; política conservadora...—, *antes de que...* El número de aventureros decrece frente al de los emprendedores, es decir: se tiende a trocar *en* empresa las simples aventuras —darles estatuto de proyecto y designio para todo y todos—; decrece el número de inventores individuales y de invenciones no guiadas por las leyes —físicas, biológicas... —, sino dejadas a la ocurrencia y habilidad individuales.

Del plan de Morada al de proyecto-designio de Hotel se pasa no por continuidad sino por una decisión de carácter metafísico, como se dirá en su lugar. En Ontología se estudiarían los límites de lo que, en principio y en máximo, se puede trocar de las cosas *en* objeto de mundo natural; mientras que en Metafísica se trataría de los proyectos y designios, determinados y articulados, de transformar estado natural *en* estado artificial. Límites, pues, del estado de *dejación óntica* frente a los de *trocar A en B.*

Dejar al ente ser, frente a transustanciar las cosas.

Dato VI. 29. "*Aun antes de* toda teoría o recetas eficaces, *nos hallamos ya siendo* entre las cosas con sentimentalidades de tipo temporaloide: esperanza-espera, gozo-satisfacción, paciencia-resignación, de modo que predomine —surjan con mayor frecuencia, sean más probablemente posibles y, por tanto, más frecuentemente reales—, espera-resignación-satisfacción que esperanza-gozo-paciencia (temple de Mansión sobre el propio de Hotel); y, en conjunto, predomina en los habitantes de Mansión la sentimentalidad de satisfacción (presente sentimental de Mansión), mientras que la sentimentalidad temporaloide de Hotel suele tomar en los aventureros el timbre de *inquietud* (sentimentalidad de *futuro de aventura*), y en los emprendedores la de *confianza* (tono sentimental del futuro de emprendedor).

La conexión entre tono de neutralidad —óntica, ontológica... —, de mundo natural con estado de *dejadez óntica* —ontológica, causal... —, y con el predominio del tono sentimental (sentimentalidad) de *satisfacción* es suficientemente clara, como dato del que dejar constancia, por preliminar, en *Prolegómenos.* El morador de Mansión se da por satisfecho con lo que las cosas son, con las razones que dan ellas de sí, de su estabilidad frente a procesos causales... ; y nos hallamos, sin más y al menor descuido, o sea: casi siempre, contentos de todo: religión establecida, política tradicional, orden cósmico estabilizado; y queremos que no se nos perturbe lo establecido; y aun lo mismo nuevo, lo que por una aventura o empresa se obtuvo, a costa inicial de la tranquilidad anterior de morada y moradores, tiende al estado de estabilidad sentimental: a darnos pronto por satisfechos —con Reforma, Revolución, Renacimiento... —, a dejar que todo ello se haga Institución —reconocida, admitida...

La sentimentalidad de satisfacción nivela porvenir y futuro, y del futuro no hay por qué preocuparse —será como lo que es y fue—; alisa pasado en pretérito: se fue para no volver; no hay, pues, por qué preocuparse sino resignarse. Tal es la tónica sentimental de la temporalidad de Morador; tal la cadencia hacia la que propenden las sentimentalidades de Huésped, y en que suelen terminar —si es que no han comenzado ya por estar—, las de Morador.

La esperanza tiende, pues, a simple espera, a un aguardar; el gozo, a satisfacción y contentamiento; la paciencia, a resignación; y el tono sentimental de satisfacción afina con su tono principio, medio y final del tiempo sentido por Morador. Si se permite emplear aquí el término, y concepto, de entropía sentimental, se pudiera afirmar: la verdad de sentimentalidades, tanto de Morada

como de Hotel y Hospedería (Mercado y Laboratorio vividos y sidos sentimentalmente), tiende a la de Mansión; la de Mansión a la de satisfacción. Ley de entropía de las sentimentalidades. Nos hallamos en un mundo *satisfactorio* en conjunto; de ordinario nos sentimos satisfechos de él y de nosotros; y pedimos que se lo monte en plan de satisfacción y que, una vez satisfactoriamente montado, se dé uno por satisfecho y nos dejen tranquilos los aventureros y los emprendedores. Llamemos al morador de morada, a causa del tono típico y básico de satisfacción, *Nativo.*

Los proyectos y designios, característicos de todo emprendedor, dan a las sentimentalidades propias de su temporalidad el timbre de confianza; mientras que la ausencia de proyectos articulados y designios definidos confiere a las sentimentalidades del aventurero una inseguridad sentida: *lo* sentido por él bajo el tono de *inquietud;* y se enfrenta al porvenir más que con esperanza con apuestas. Y puestos a Huéspedes, nos fiamos más de un emprendedor que de un aventurero, y nos confiamos al primero más que al segundo; y del aventurero nos inquieta todo, y se siente él mismo inquieto en todo: en lo por hacer y en lo ya conseguido.

Veremos la forma que toman estas sentimentalidades en Mercado vivido y sido sentimentalmente —o sea, en Hospedería—; mas ya desde ahora podemos establecer el cuadro, de inmediata interpretación:

	Mansión	*Hotel*	*Hospedería*
Nativo	N++	N^{00}	N^{0+}
Aventurero	Av.^{0}	Av.+	Av.+
Emprendedor	Emp.^{00}	Emp.++	Emp.+

Los signos ++, +0, 00 indican, esquemática y sumariamente, la frecuencia o número de cosas y personas que se halla, en la inmensa mayoría de los casos y cosas, en el estado indicado: nativo, aventurero, emprendedor. La frecuencia es máxima para ++, mínima para 00, intermedia para +0, 0+. Se trata, pues, de un simbolismo cuantitativo-cualitativo.

Añadamos los cuadros peculiares a la temporalidad, o sentimentalidades para Nativo, Av., Emp., en Mansión, Hotel, Hospedería:

	Mansión	*Hotel*	*Hospedería*
(+t) Espera	+	0	0
(t_0) Satisfacción	++	0	0
(—t) Resignación	+	0	0

	Mansión	*Hotel*	*Hospedería*
(+t) Esperanza	0	++	0
(t_0) Gozo	0	+	0
(—t) Paciencia	0	+	0

Queda al lector interpretar estos cuadros por medio de lo explicado y de lo que el mismo lector puede aprontar de su experiencia del mundo en que se halla —*antes de*...

Las peculiaridades de Mercado vivido y sido sentimentalmente (Hospedería) serán objeto del párrafo inmediato.

§ 3. Mercado: mundo artificioso vivido y sido como Hospedería

A) *Sentimentalidades propias de Mercado*

Dato VI. 31. "Aun antes de toda prevención teórica o teorías en pro o en contra, y de todo preservativo práctico eficaz —en pro o en contra—, *nos hallamos ya* siendo, viviendo, y moviéndonos en mundo artificioso con la sentimentalidad de *afán*: de afanarnos y medrar con el afán, o de afanarse y no medrar a pesar del afán, *el* sentido de la cual es el de *medro;* y *lo* sentido *por* nosotros *bajo* ella es *enajenamiento*."

Como se dijo en su lugar (Cap. V, § 3), un mundo de cosas se constituye como artificioso por la operación *trocar A por B,* sea que se trueque directamente, sin transformación alguna, *A* por *B,* o que, previamente, se transforme algo *en* para que pueda ser trocado *por* otra cosa —o por cualquiera otra, en el límite. Si se trueca, directamente y sin transformación, *A por B, A sirve para* el trueque; *B,* correlativamente, sirve también para trueque; si se trueca *A* por *B,* mediante transformación previa, vgr. de *A' en A* —para así poderla trocar por otra, o por todas—, diremos que *A está hecha para* trueque —por una, muchas o todas las cosas. Claramente la relación *servir para* trueque es menos rigurosa y exigente —óntica, causal, físicamente...— que la relación *estar hecho para* trueque. En el mundo en que nos hallamos siendo, el número de cosas hechas para trueque es considerable —para no hacer una afirmación estadística comprometedora sin necesidad—, y el hacerlas para trueque presupone la intervención, frecuentemente complicada, de la operación trocar *A en B.* Mundo artificial a servicio de mundo artificioso. Mercado aposentado en Hotel.

Por otra parte, como se dijo en Cap. V, § 3, nos hallamos

siendo en un mundo tal en que ha surgido una cosa que no sólo *sirve para* ser trocada por otras, y todas por ella, sino que *ha sido hecha* justamente para tal faena de trueque universal: la *moneda*, poseyendo tal cosa un mínimo de cosidad, y aun ese mínimo sustraído, lo más posible, al trato causal con las demás, para que así no haya peligro de que se trueque *en* otras; y puesto que tal cosa *está hecha para* trueque universal, se procurará que no sirva para el trueque inmediato con las demás cosas —saco de arroz, kilo de manzanas. Tal es la moneda —bajo el punto de vista desde que la estudiamos aquí.

Por una tercera parte: moneda y mercancía no son *entes;* son *bienes*, en estado especial, a saber: de bondad en estado de medianía tal que sirva para un máximo número posible de cosas y personas, trocadas a su vez, en cuanto a bondad, en una cualquiera con exigencias medianas de bondad. Total: estado de bondad promediada, de nivelación en término medio de las bondades peculiares de las cosas. Toda cosa o persona así nivelada es *mercancía* (actual o potencial). Por tal hecho toda cosa queda sometida (o sometible) a trueque, que es el equivalente de la operación de sustitución en matemáticas.

Ahora bien: no consta sin más, y tampoco es deducible de las tres premisas anteriores, con qué sentimentalidad habitará o volverá habitable el hombre un mundo así constituido en estado de mercancía; pudiera estar vivido por sentimentalidades cual las de aventura y empresa, en la fase de surgimiento, de invención —que la constitución de Mercado requiere, patentemente, inventiva, ocurrencias, ingenio, espíritu de empresa, de aventura... La simple fase de *servir para* trueque pudiera resultar habitable por las sentimentalidades de Mansión, mientras que la de estar *hecho para* trueque pudiera requerir para su surgimiento mismo sentimentalidades de Hotel. Empero, como llevamos dicho, ninguna sentimentalidad surge necesariamente, sino tan sólo por probable posibilidad, y, por tanto, con correlativa frecuencia real. El mercado, tal como nos lo hallamos constituido, *suele* estar habitado, y resulta habitable, por la sentimentalidad de *afán*.

Estudiémoslo:

a) Cuando una cosa *A sirve para* trocarse por otra cosa *B* —y al revés—, la operación de *servir para trocar por* se extingue al cabo de un paso o de muy pocos —entra al sumidero del consumo—, al estado de bondad buena ya para *una* persona, para *esta* persona. Así que en tal fase de dicha operación es poco probable que surja afán, y no suele surgir como estado sentimental. La

necesidad —corporal, espiritual—, se satisface al primer paso o tras pocos; la sentimentalidad final de tal proceso es la de *satisfacción,* es decir: nos hallamos en Mansión (Dato VI, 29). *Afán* es, pues, insatisfacción permanente o estado de insatisfacción; por afán no se habita en Mansión ni se hace del mundo morada, ni nadie resulta morador.

Dejemos, pues, asentadas las afirmaciones:

Dato VI. 32. "En la fase sencilla de la operación *trocar A por B,* —en que *A, B sirven* para el trueque, sin estar hechas para él—, es poco probable que surja la sentimentalidad de *afán,* y, por ello, es poco frecuente."

Sentimentales cual apetito, avorazamiento, hambre, sed..., se extinguen casi al primer paso, al primer trueque, y a su vez el trueque cesa o se extingue en su propiedad transitiva.

Dato VI. 33. "Es más probable, y por ello más frecuente, que la sentimentalidad de afán surja en esa fase de la operación *trocar A por B* en que, precisamente, *A* (o *B*) tienen que *ser hechas para* trueque."

Al trocar *A' en B', B'* es, en principio, algo nuevo, original, imprevisible; y no algo hecho para ser equiparado con otra cosa cualquiera; trocar *A'* en *B'* es una cierta manera de creación, novedad, inclusive para el creador mismo; los dos, por tanto, creador y creatura originales —y no unos cualesquiera. No se crea o inventa para hacer una cosa de tipo *cualquiera,* trocable por otra, cualquiera también. Trueque apaga creación, iniciativa, aventura; cuando uno, pues, trueca *A'* en *B'* —para someter *B'* a la operación de *trocar por*: trocar *B' por C—,* está insatisfecho. Esa *insatisfacción doble y redoblada* es el *afán.* Nada natural, nada artificial lo satisface. Lo cualitativo natural, lo cualitativo artificial (creado) no son, por tanto, *el* sentido del afán, lo que lo llena o cumple. La insatisfacción del afán se llenará por lo cuantitativo, por el *medro*: o sea, por un aumento sin límites de lo cuantitativo, de lo indiferente a, o de lo indiferenciado de, las cualidades.

Afán es afán de medrar —de acumular.

Y si la entropía física tuviera sentido de sí, se sintiera como indiferenciación de las diferencias reales —de masa, energía...—; y la tendencia (estadística) a imponerse notaríala cual afán de simple medrar: de cuantificación progresiva del universo.

El paso de Mansión y Hotel a Hospedería (Mercado sentimentalmente sido y vivido) presenta —según lo dicho, y mucho más a decir en su lugar propio—, carácter de entropía. La acumulación de mercancías —de cosas materiales o no—, en estado de mer-

cancías es la tendencia real e intrínseca de Mercado, cual la acumulación de homogeneidad lo es del mundo físico.

Dato VI. 34. "Aun antes de toda teoría, en pro o en contra, y *a pesar de* todo preservativo, *nos hallamos* siendo en un mundo en que afanarse-y-medrar es de pocos, y, en el límite, de uno; mientras que afanarse-y-no medrar es de los más; y, en el límite, de todos."

Lo cual no obsta sino que implica un aumento progresivo del *cualquierismo* de todas las cosas.

No se trata aquí —por la naturaleza misma de *Prolegómenos*—, de demostrar, y menos aún de poner a prueba, lo afirmado, sino de un simple caer en cuenta de lo que sucede *neutralmente,* es decir: de lo que está ahí, sin afirmar ni negar que tenga o haya tenido causas. Sea o no por las causas que fuere, es un *dato,* causalmente neutral, que "se afanan-y-medran pocos... ". El predominio creciente del cualquierismo en todo —ideas políticas, religiosas, sociales, gustos, vestidos... —, es un *dato* que salta a la vista; y además que parece tan natural, es decir: mantiénese tan sin causas especiales como que haya día y noche, invierno y verano —por simple cinemática, sin dinámica. Los aparenciales de Mercado han neutralizado sus causas profundas; y son esa su misma neutralización, sin aniquilarlas, cual el color visto en cuanto visto no aparece cual lo que es: ondulaciones transversales, de frecuencia e intensidad determinadas, del campo electromagnético. La realidad simple oculta la realidad de verdad. Mercancía, mercado, cualquierismo... son aparenciales u objetividades reales, mas no reales-de-verdad. Estas indicaciones se completarán en el capítulo siguiente, dentro siempre de los linderos de *Prolegómenos.*

b) El sentido de la sentimentalidad típica de *Mercado* que es la de afán, es, pues, *medro*: cuantificación progresiva, sin límite, de las cosas y personas —o *acumulación.* Mas *lo* sentido *por* nosotros *bajo* afán es, por lo pronto, afán —y no miedo, susto, afición, porfía... —; positivamente, es *enajenamiento*: sentirse —aun *antes de* toda protesta, prevención, preservativo... —, despojados y menesterosos. Afán es afán de recobrar lo propio —lo propio del hombre en cuanto hombre, lo propio de *mí* en cuanto *mí,* lo propio de mi clase en cuanto mía... *Lo* sentido *por* nosotros *bajo* afán es expropiación: hallarnos con que hemos sido expropiados; y, por tratarse de lo propio ausente, exigencia urgente de apropiarme todo. ¿*Quién* es el que en verdad se siente expropiado, y, por ello mismo, urgido de apropiación? Uno puede sentirse, bien real y positivamente, expropiado de lo divino; y expropiado así por

una religión monoteísta, o por una clase social monopolizadora de lo divino; y, en tal caso y bajo tal sentimentalidad, sentirse urgido a apropiarse de lo divino, que cual suyo y bien suyo —de él mismo, de él en su individualidad—, considera. Y no falta ni ha faltado quien se sienta, real y positivamente, expropiado del pensar, y expropiado a manos de dogmáticos, administradores privilegiados de una verdad, expropiado de la libertad de pensamiento, expresión... ; y, por eso mismo, urgido de apropiación, de recobrar lo suyo, bien suyo, y bien de cada uno de los hombres que es pensar, ser libre... En *Mercado* se siente expropiado uno por ser tratado cual un cualquiera, uno de tantísimos; y tratado o socorrido en sus necesidades o conveniencias mediante cosas buenas ciertamente, mas buenas con bondad mediana o promediada: para un cualquiera, para uno de tantísimos. La expropiación de nuestra individualidad y unicidad, que es lo máxima y aun exclusivamente nuestro, lo de cada cual, es componente típico de estar siendo en *Mercado*: de hallarnos —*aun antes de* toda teoría o preventivo—, siendo en él por todo nuestro ser —desde religión, por lo social, por lo biológico... hasta lo físico—, un *único tratado* como *uno de tantos,* como no único; tal es el probablemente, y aun probabilísimamente posible lugar de surgimiento de la sentimentalidad de expropiado, y de la urgencia de apropiación: del *afán.*

Mas como *Mercado* se constituye precisa y justamente por mercancías, es decir: por cosas, materiales o no, concretas o no, en estado de bondad mediana y promediada así para el mayor número de sujetos, cada uno-de-tantos —y, mejor aún para mercado, si son uno de tantísimos—, mercado es dominio cuantificado.

Así que el afán surge, en cuanto sentimentalidad, con *el* sentido de *medro:* de aumento cuantitativo, de recobrar cualidad por cantidad, de reabastecerse de lo óptimo por numerosas bondades medianas, de hacerse con la sabiduría mediante la apropiación de muchos datos —estadísticas, papeletas, índices...

Sentirse enajenado o privado de Bondad, Belleza, Verdad, Vida... —y sentirme yo, cada uno en cuanto único, enajenado de lo divino, verdadero... por encontrarme, *antes de* toda prevención o preservativo, siendo en morada o mundo montado sobre cuantificación de lo óptimo, de lo cualitativo—, es sentirme *afanoso,* urgido de apropiación —supletoria de cualidad por cuantificación.

Todos los que, *aun antes de...,* nos hallamos siendo, como los actuales, en *Mercado,* estamos realmente siendo y notándonos expropiados de unicidad y cualidad —para decirlo abreviadamente—;

y todos también nos sentimos urgidos de apropiación, afanosos. Con una diferencia, empero: *1)* los hay bien avenidos con tal tipo y método de apropiación de cualidades mediante cantidad, de *mí* por medio de *cualquiera;* se dan por satisfechos y bien pagados con ser uno de tantos fieles, uno de tantos partidarios, uno de tantos ciudadanos... Son los *ricos,* o los que se sienten ricos, acumuladores y capitalistas según tal tipo de apropiación o de colmar la expropiación de mundo en estado de mercado —ideológico, religioso, moral, social, económico... Su afán es afán de medro; abierto a un infinito de tipo ilimitado, cual es el de la cantidad; y en la medida, real y positiva, en que yo, cada yo, no pueda reducirme a uno cualquiera y la calidad de *mí* a la cuantificación de *mío,* ese yo residual, único, tenderá, afanosamente, y tanto más cuanto más yo sea, a monopolizar, con urgencias de universalidad cuantitativa, número de fieles, número de partidarios, número de asalariados, materiales o espirituales... La clase de los ricos tiende al Rico. El Rico se siente el expropiado del Infinito, y tiende, urgentemente, apremiantemente, apasionadamente, a recobrar la infinidad a fuerza de finitos —infinitos en número.

2) Hay también los *malavenidos* con el tipo de apropiación, presupuesto por *Mercado,* y que se sienten —cada uno, yo por yo—, expropiados de *yo* precisamente por el cualquierismo y mediocridad —constitutivos de Mercado. El sentimiento de expropiación es máximo y el de insatisfacción por el método de apropiación o de eliminación de expropiación en Mercado es máximo también. La malavenencia afecta, según esto, al tipo de expropiación (sufrida) y al de apropiación (permitida, posible) en *Mercado.*

Mas, *aun antes de* toda prevención, preservativo..., *nos hallamos* los hombres actuales siendo en *Mercado,* con uno u otro temple: de Rico —los bien avenidos—; de Pobre, los malavenidos con tal *tipo* de expropiación-apropiación; los dos: Ricos y Pobres siendo —*antes de...*—, en el mismo Mundo —en *Mercado.* El estado inmediato, el de buenas a primeras, es el mismo para unos (Uno) que para otros (todos menos uno). Así que con *espíritu de rico,* en estado sentimental de rico, pueden hallarse pobres ricos en espíritu o en afán: ricos fracasados.

Al malavenido con el planteamiento mismo de *Mercado,* con el tipo de mundo-mercado, llamemos *Proletario.* No todo pobre es sin más proletario; un pobre, ante la abundancia de mercancías del mundo —político, social, religioso...—, puede sentirse con afán; y será pobre-urgido-de-ser-rico. En la medida misma en que los hombres, actuales sobre todo, sea cada uno, o haya llegado

a ser (hecho) un cualquiera —en gustos, religión, arte, política...—, en esa misma medida, máxima o mínima, habrá ricos y pobres —urgidos de riqueza. La rebelión sentida bajo forma de unicidad, aventura, empresa... contra el cualquierismo de personas o de cosas engendra y acrecienta el número de proletarios, frente a mercado —cual carácter negativo o negador de mercado por proletario—, haciendo probablemente posible y, por ello, frecuente —en un grado no detallable aquí—, el surgimiento de sentimentalidades características de Hotel —por ejemplo, la reorganización de los proletarios en empresa colectiva, aventura humana a lo grande y en grande: Reforma, Revolución... Siempre, no obstante, ser (estar) pobre es condición de probablemente y aun probabilísimamente posible surgimiento de un auténtico proletariado; y el establecimiento y definición de *Mercado* como tipo de mundo es condición o ambiente de probablemente posible emergencia de auténticos proletarios —en religión, arte, política, economía...—: *de mal avenidos tanto con el tipo de expropiación como con el de apropiación de Mercado* —del mercado correspondiente—; de *malavenidos con ser y estar, todo y todos, en modo o tono de cualquiera* —uno cualquiera de los fieles religiosos, uno cualquiera de los ciudadanos, uno cualquiera de los partidarios de...

Demos un paso más en la misma dirección:

Dato VI. 35. "Mercado posee peculiar sentimentalidad temporal: está abierto al futuro con la sentimentalidad de *prisas;* siente el presente con la de *inquietud;* el pasado, con la de *miseria."*

Apresurarse, ganarle albricias al tiempo, madrugar, madurar artificialmente, adelantarse a los acontecimientos... son modulaciones del afán —sentimentalidad constitutiva de Mercado. Ganar tiempo incluye: *a)* cuantificar el tiempo, es decir: nivelar con medida uniforme sus diferencias cualitativas: futuro-presente-pretérito; un segundo dura un segundo —un segundo presente—; duró un segundo un segundo pasado; durará un segundo un segundo futuro; igual duración de un siglo, hora, día... milésima de segundo, trillonésima de segundo... presente, pretérito, futuro. Que el futuro sea precuantificable con igual unidad que las demás dimensiones del tiempo, que todas las horas del año que comienza serán de igual duración que la hora de ahora y que las pasadas ya hasta esta fecha de 2 de febrero de 1960, es un prejuicio, o sea: *ya antes de* toda prevención por teoría y de todo preservativo para no comprometernos a ello y no montar las cosas —horas de trabajo, relojes públicos...—, sobre tal prejuicio, *nos hallamos ya* dando al

tiempo por cuantificable con iguales unidades para sus dimensiones cualitativas. Así una hora del año es una de tantas horas, una hora cualquiera; cabe comprometerse a pagar lo mismo por la hora de hoy, por la de mañana y por las del plazo entero del contrato de trabajo. A tanto por hora, por día, por mes...; luego a tanto por tantas horas, por tantos días por tantos años... —de clase, de consulta, de oficina, de fábrica... *b)* Cuantificación de lo cualitativo que haga de relleno de tal tiempo cuantificado. Rendimiento homogéneo y parejo dentro de cada unidad de tiempo —tema por hora, temas por semana...; *n* páginas a máquina a tanto por hora, una novela policiaca a publicar por semana... *c)* Cuantificados tiempo y relleno, el afán no se contenta o da por satisfecho con el movimiento uniforme: que la hora futura dure una hora, cuando llegue, y que llegue *a su hora;* que el relleno se distribuya por igual en cada hora, cada hora con su relleno, y cada relleno a su hora —tema por hora de clase futura, todo el año; diez páginas a máquina por hora de todo el mes... Sólo la diversidad cualitativa puede rellenar diversamente una misma unidad temporal; y la sola diversidad cualitativa temporal, montada como tal, hace posible cualificar de original manera un relleno: que no es lo mismo ejecutar de prisa o despacio una pieza musical o recitar un poema de corrida o pausadamente. El tiempo no es cualidad del estado cuantificado del tiempo, tal como lo cuantifica el Mercado —tiempo-mercadería. (No hace falta insistir en que cuantificación no tiene aquí el sentido que en las teorías cuánticas de física moderna.)

Nos hallamos —*antes de que...*—, en un mundo de tipo *Mercado,* sometido a aceleración de tipo cuantitativo —por cuantificación de cualidades, de ordinario.

La velocidad física, tal cual se la trata a partir de la constitución de la física moderna, incluye una relación (por cociente en el caso más elemental) entre espacio cuantificado, es decir, sometido a unidad de medida (cm, m, mm) y un tiempo cuantificado también (segundo, milésima de segundo...): s/t; la aceleración es una relación entre velocidad y tiempo $(s/t)/t$, o s/t^2 —una relación de relación, siempre cuantificada en el sentido dicho. No toda velocidad determinada admite aceleración: depende esto del tipo de relación funcional entre espacio y tiempo, vgr. $s = a\,t + b$, $s' = gt^2 + at + b$ etc. Todas estas elementales ideas sirven aquí para dar contenido más articulado, y aun planteamiento más definido, a esta cuantificación reforzada, acelerada, que el afán imprime a la cuantificación inmediata, inherente a toda cosa en estado de mercancía. Afán es sentimentalidad *aceleradora* de los procesos propios

de *Mercado*. Prisas, apresuramiento, avorazamiento, urgencia... son matices del afán —fuerza que es origen de aceleración en la producción de Mercancías—, en su distribución, una vez producidas; es decir: en la acumulación desenfrenada, propia de Mundo en estado de *Mercado*. Bajo este punto de vista podríamos decir que si la física, clásica o moderna, no necesita para describir el mundo físico sino de la aceleración sencilla, s/t^2 (o d^2s/dt^2), el mundo-*Mercado* está montado sobre velocidad, aceleración, aceleración de aceleración... De ahí la inquietud con que está siendo en el presente; todo reposo o uniformidad es pérdida. Si no puede aumentar las horas de trabajo, se puede —y hay que afanarse o hacer que se afanen—, intensificarlo dentro del mismo número de horas, es decir: *acelerando* la producción. Así intensificar un curso, o bien dando más horas por semana de las oficialmente señaladas. o sin aumentar las horas pasar más materia por hora —reduciéndose a lo *esencial,* eliminando digresiones...

En el mundo físico las fuerzas, causa de la aceleración, trabajan sin prisas; en *Mercado,* las fuerzas se afanan. *Capital* justamente, es *el efecto típico de afán* —como aceleración lo es de fuerza. Y la connatural aceleración de Capital, la capitalización del capital..., es efecto peculiar de las connaturales potenciaciones del afán: de su aceleración, abarrotamiento; lo es de su aceleración (de aceleración), de su aceleración (de aceleración-de-aceleración...). La circulación del capital no es movimiento circular uniforme, cual aproximadamente lo es el de los planetas en el estable sistema solar; es movimiento circular acelerado; cada vuelta lo hace más inestable, hasta que se rompa la cuerda o salten los radios, y salte a trozos la periferia.

El tono de *Mercado* es de supremos desmesura, descomedimento, desconsideración, desmán...: matices o armónicos del tono fundamental de *afán.*

Al no haber en *Mercado* ni velocidad uniforme o constante, ni siquiera aceleración constante ya, sino aceleración de aceleración..., no caben en él propiamente tranquilidad, gozo, satisfacción —propios de Morada y Hotel—, sino *inquietud.* Y al dejar de ser algo mercancía, al estropearse un negocio, al perder clientes, fieles, partidarios..., al no haber rendido al máximo, surgen, con probabilísima posibilidad —y, por ello, con gran frecuencia—, sentimentalidades de ese tono general perceptible en palabras como quebrado, fracasado, arruinado —sin el timbre de paciencia y resignación características del pretérito sido y vivido en Mansión y Hotel.

Quien se afana por medrar, y no ha conseguido medrar, o no

ha alcanzado a medrar sin límites, se siente —en tal pretérito—, *miserable,* menesteroso, despojado, robado.

Como el *Mercado* en que, *aun antes de...,* nos hallamos, se compone de mercancías que, para ser tales, presuponen frecuentemente haber trocado una cosa en otra, por técnicas más o menos sutiles y eficaces, por tal intervención de la operación *trocar A en B* el mercado actual está transido de Hotel, entrando en *Mercado* sentimentalidades de ambos, sobre todo de Hotel; y así caben aventuras y empresas y negocios llevados con sentimentalidades de gran hombre de empresa, o negocios a servicio de Empresa —políticas, religiosas, sociales, físicas... Claro está que, si predomina *Mercado* sobre Empresa, las mismas características de Mercado y de Capitalista harán fracasar frecuentemente una empresa transida de ganas irreprimibles de ganar albricias, de sacar algo nuevo al mercado, de ser los primeros, de servir al mercado político, o política en estado de mercado y mercadería, del éxito inmediato, de las urgencias de prestigio ante los más que por ser tantos y tantos suelen ser (o estar) cada uno uno cualquiera —contentables probablemente (y frecuentemente) con bondad cualquiera, verdad cualquiera, ideas corrientes.

Ni en Mansión ni en Hotel se tienen prisas; hay en ellos sazón y tempero. *Mercado* está, pues, montado de manera que se eliminen, por discordancia con su tonalidad propia, espera resignada (Mansión), esperanza-gozo-paciencia (Hotel).

B) *Balance de sentimentalidades en Mansión-Hotel-Hospedería*

Puesto que, *aun antes de* toda previsión teórica y preservativo práctico, *nos hallamos* los hombres actuales —y caemos en cuenta explícita y por partida doble los filosofantes—, en un mundo en que las cosas se hallan repartidas y ajustadas entre tres estados, totales en principio, Mansión, Hotel, Hospedería: ¿se ha establecido ya un equilibrio entre esos tres estados?, o ¿sólo cabe cerrar ahora el balance y hacer el estado momentáneo de cuentas según las tres entradas de Mansión, Hotel, Hospedería?

Precisemos las preguntas, a fin de circunscribirlas a su fase inmediata, *preliminar*:

a) Es preciso distinguir ya, aunque no sea sino de manera sumaria y casi alusiva, entre *razón* y *motivo.* Respecto de toda cuestión —y de sus posibles o pretendidamente reales respuestas—, hay que señalar qué razones lo son propiamente, cuáles otras son, en rigor, motivos. Convengamos en decir que una *razón* se caracteriza

por posesión de contenido significativo (significado); y un *motivo* por tener, además de contenido, *el* sentido de una sentimentalidad. Podremos, pues, afirmar: dada una cuestión cualquiera, y sus pretendidas respuestas, ¿tales cuestiones y respuestas están constituidas por razones o por motivos? ¿Tienen significado, y además de él *el* sentido de ciertas sentimentalidades? Solamente un significado cargado de *el* sentido es *motivo*: *razón motivada y moviente.*

Pues bien: toda cuestión —sobre vida, muerte, alma, espíritu, inmortalidad, libertad, dios. . .—, puede ser, y ha sido, enfocada con razones y con motivos; con razones solas, con motivos solos, en dosis variable y característica de épocas y mundos.

b) Como Mansión, Hotel, Hospedería poseen, según lo dicho, sentimentalidades propias, darán, o bien han dado ya, a toda cuestión una formulación (posible o pretendidamente real) y una respuesta con *el* sentido peculiar a cada uno: Mansión, Hotel, Hospedería. Y como *el* sentido posee un reverso en *lo* sentido por. . . bajo. . . , Mansión, Hotel, Hospedería poseen y dan a toda cuestión y respuesta *motivaciones* propias: razones con peso atrayentes, convincentes, creíbles, vivibles. . .

c) Quien esté siendo —sea tal quien un yo, un nosotros. . . , *antes de* toda teoría o preservativo—, en Mansión, Hotel u Hospedería estará a tono con cierto *el* sentido, es decir: estará patente o afinado y resonante a ciertas *razones con peso,* a ciertos motivos, que para otros, coafinados con Hotel antes que con Mansión, con Mercado antes que con Mansión y Hotel, resultarán, en el mejor de los casos, simples y puras razones (significados) sin motivación —sin *el* sentido y *lo* sentido.

d) Constituiría, pues, una de las tareas propias y fundamentales de Ontología y Metafísica actuales determinar respecto de toda cuestión qué es lo que contiene de *razón,* qué de *motivos* —o por cuáles sentimentalidades están vivificadas sus razones; y por tal vida han adquirido peso o fuerza de convicción. Podemos fácilmente concebir que así como por el afán y prisas de una política hecha para, por y en mundo en estado de Mercado (Hospedería) el mejor proyecto científico —emprendido por Emprendedores, puestos a ser, pensar y obrar en Hotel—, puede fracasar científicamente —vgr. el que un proyectil no llegue a entrar en órbita—, parecidamente puede suceder que una demostración pretendidamente *racional* no alcance a serlo por desmesurado peso de sentimentalidades, por carga excesiva de motivos; por afán y urgencia de sentirse salvado, tranquilo, justificado. . .

Las *prisas* de demostrar, *las prisas de dar por demostrado* algo, el *afán* de dejar algo probado para siempre, o el sentirse y darse por satisfecho con..., provienen de *el* sentido y de *lo* sentido bajo ciertas sentimentalidades; y, como se ve, son raíz de invalidez *racional,* de una cierta y delatadora sumariedad en las pruebas, de impaciente recurso a la evidencia —defectos racionales de que sufren tantas y tantas cuestiones y sus pretendidas respuestas definitivas. O bien: lo que son motivos para Morada no lo son para los habitantes de Mercado o de Hotel; razones de *familia* no son, sin más, razones para Emprendedor.

Previamente, pues, a todo lo siguiente —cuyo contenido de cuestiones y respuestas se halla en bloque o articuladamente presente ante la mente del lector—, hay que ponerse la pregunta preliminar:

¿En qué tipo de Mundo me hallo —*aun antes de...*—, siendo, pensando, actuando, nacido, educado...: Mansión, Hotel, Hospedería? O ¿cuál es la dosis de los tres tipos de Mundo característica del mundo en que me he hallado —por nacimiento, educación, intereses creados...—, *antes de* una actitud o instalación teórica y práctica, previa y neutral?

¿Tiene sentido el *antes de,* un *antes* antes de estar en Mundo? O ¿no serán tales cuestiones y previos tan sinsentidos como decidirse uno a nacer o a no nacer, a dar por bueno (racionalmente), a no dar por bueno (racionalmente) el haber ya nacido?

¿No llegan todas estas cuestiones y sus respuestas realmente demasiado tarde; y llegan, irremediablemente, demasiado tarde siempre, simplemente porque, respecto de ellas, en cuanto cuestiones lo mismo que en cuanto respuestas, no hay razón suficiente ni de que sean, ni de que, siendo, sean tales o cuales, ni de que siendo tales, sean así o asá?; y no hay razón suficiente porque, sencillamente, *sobra toda razón. Son,* son *tales,* son *así.* Dato bruto o elemental.

Afinemos, pues, ahora la formulación del Dato 1.31 del Cap. I, § 1, Parte I.

Dato A. "*Antes de* toda prevención teórica, eficazmente suspensiva de toda interpretativa instalación en mundo, *antes de* todo preservativo práctico, eficazmente suspensivo de toda reformadora instalación en mundo, *nos hallamos ya* los hombres actuales siendo en Mansión, Hotel y Hospedería. *Mi* cuerpo, *mi* alma, *mi* conciencia... se hallan, o nos hallamos con que están, casi íntegramente, siendo lo que son —sentidos, facultades...—, en Mansión; *nos hallamos con que* todo o casi todo lo *hecho* ha tomado, o tiende a

tomar, el estado de mercancía, y está siendo en Mercado (Hospedería); quedando en cada uno un reducto, más o menos amplio —siempre reducido, respecto de las dimensiones de Mansión y Mercado—, para *Empresa,* en la cual llegar a vivir como en Hotel."

Dicho ahora en lenguaje matemático, y, por tanto, en notable medida metafórico: "Respecto del hombre actual, Morada (Mansión) o permanece probablemente constante, o, si no, decrece; Mercado (Hospedería), o permanece probablemente constante, o con probabilidad crece; Laboratorio (Hotel), es improbablemente constante, con creciente probabilidad de crecer."

Lo mismo, en simbolismo representativo: Convengamos en designar con $P(C)$, probabilidad, P, de constancia (C), o probablemente constante; $P(c)$, probabilidad de crecer; $P(d)$ probabilidad de decrecer; tendremos, como balance sumario del mundo en que *nos hallamos, aun antes de...*

	$P(C)$	$P(c)$	$P(d)$
Mansión	++	0	+
Hotel	++	+	0
Hospedería	0	++	0

Si por mundo entendemos aquí, ampliando ya la significación anteriormente fijada, reparto-y-coajuste de todas las cosas —ideas, acciones, normas...—, entre diversos estados de las mismas cosas —estado de ser y de ente, estado de constancia en realidad o estado de crecimiento o decrecimiento en realidad, número de casos, número de cosas...—, podremos decir, haciendo un somero y global balance de los estados del Mundo en que, *aun antes de...,* previamente a... *nos hallamos siendo* los hombres actuales: *a)* ese estado del Mundo que es Mansión, o Mansión como estado del mundo, es probablemente (++) constante —en número de cosas, modos de ellas...—; la diferencia entre probablemente y necesariamente deja un margen o sobrante para probabilidad, que, en el de Mansión, es probabilidad de decrecer, probabilidad de paso del estado natural de las cosas, todas o algunas, al artificial o artificioso (Hotel u Hospedería: Laboratorio o Mercado). Tal *parece ser* el balance de constancia y probabilidad respecto de Mundo en que *nos hallamos* siendo los actuales, en cuanto moradores. La sarta bien trabada y compleja de secuelas que, para todas las cuestiones —cosmológicas, teológicas, gnoseológicas...—, tiene ese *dato,* se echa de ver sin más.

b) Mercado, como estado del mundo en que, de buenas a primeras, nos hallamos siendo, viviendo, pensando, obrando... los hombres actuales, parece poseer un máximo (++) de estabilidad o difícilmente (improbabilísticamente) decrece; tiende, más bien, a crecer. Lo que haya pasado al estado de mercancía —material, espiritual, política, social, ideológica, técnica...—, difícilmente sale de él, y tanto menos cuantas más cosas haya de tal estilo y cuantos más hombres haya; el número aumenta el predominio de la mediania, la mayoría de medianos: en ideas, entendederas, trato, gustos, manejabilidad, convertibilidad por propaganda...; el afán, por otro lado, no sólo acrece el número de mercancías circulantes —sea afán de proselitismo religioso, político, industrial... o afán de clientes...—, sino el de cosas que pasen urgidamente, apremiantemente, al estado de mercancía. *Nos hallamos ya, antes de* toda previsión y preservativo teórico o práctico, con que casi todo —desde alimentos del cuerpo a los del alma, de reglas de costumbres a regulaciones de precios...—, se encuentra en estado de mercancía. ¡Tal es la potencia y eficiencia del afán, y el predominio del estado de cualquierismo!

c) Por fin, Hotel, en cuanto estado del Mundo —de más o menos cosas: ideas, personas...—, no posee estabilidad interior (0), por su constitución misma a base de aventura y empresa; está puesto según ello a crecer sin límites (++).

Mansión, Hotel, Hospedería son, pues, tres estados (o tipos) de Mundo —no se dice, claro está, que sean los tres únicos posibles estados de Mundo. Dada su posibilidad, se acaba de indicar el grado cualitativo de probabilidad de cada estado, siempre respecto del hombre actual —y, por ello, del filosofante actual. Tal es su situación, previa al primer paso que intente dar. Todo filosofante actual se halla, de consiguiente, *aun antes de...,* con preguntas y (pretendidas) respuestas acerca de todo; muchas de ellas planteadas y respondidas en plan de Mansión, otras en tono de Laboratorio, vivido como Hotel, otras en timbre de Mercado; y por ello el morador o habitante de Mundo se halla respecto de tales preguntas y respuestas cual en mansión, hotel u hospedería —siempre domiciliado ya en ellos, cual al nacer se halla uno, sin remedio, domiciliado en casa de sus padres.

La filosofía perenne —o el plan de que perennidad sea no sólo adjetivo sino estado propio de la filosofía—, surge, y se establece, en Mundo en estado de Casa o Mansión, vivido todo con sentimentalidades de Mansión por moradores puestos a tono sentimental con tal estado, avenidos y bienavenidos a estabilidad y satis-

facción, y a desafino con aventuras y empresas —intelectuales, religiosas, políticas, científicas...—, y proclives a Mercado: a establecimiento de dogmas, recetas, catecismos, tesis, consignas...: todo ello de bondad y verdad promediadas —en entendederas, expresión...—, de modo que resulten repartibles entre un número —cuanto más grande mejor y más aseguradamente—, de mediocres —en entendederas, apetencias, aficiones, dudas, fáciles de contentar, amigos de simplificaciones y abreviaturas...

No obstante toda filosofía suele comenzar por ser aventura, y ascender presto a empresa —en manos de sus iniciadores, igual que toda religión, arte, política, ciencia...—; el mundo está entonces en plan de *laboratorio,* y los habitantes de él se hallan aún cual en Hotel: un poco de paso todavía —peregrinos de Casa, vivida y sida cual Mansión natural y previa—, con afirmaciones atrevidas, nuevas, heréticas, aventuradas, desmesuradas... a ojos y oídos en tono de la mediocridad dorada de los moradores de Casa-Mercado.

Que toda gran aventura y empresa —filosófica, política, religiosa, social...—, pase, al cabo de un tiempo, a estado de Casa-Mansión, a *haber heredado* (tradición), a mercancía numerable, comprensible a las entendederas mediocres de los más, administrable cual negocio material o espiritual, es otro punto que no corresponde tratar por el momento. Una cierta entropía —o tendencia al reparto entre muchos—, de las conquistas y presas de tales primitivamente aventureros y empresarios, con la consiguiente promediación de todo, pudiera ser ley física, fisiológica, moral, religiosa... —cual lo es en su orden la segunda ley de la termodinámica clásica.

Quien se halle sin más —por educación, por costumbre, por intereses creados—, en tal estado de vivir el mundo —físico, moral, religioso, filosófico...—, cual Mercado-Hospedería, y se sienta bien —con su conciencia, con su inteligencia...—, al ser tratado como uno de tantos —fieles, partidarios, ciudadanos—, y tratado y servido con mercancías, es decir: con cosas no hechas para él, en cuanto único, sino para uno-de-tantos, para uno cualquiera, y, por eso, para él en cuanto uno cualquiera; se halle bien renunciando a ser único, sin derechos a religión privada, a dudas privadas, a aventuras y empresas filosóficas, científicas, religiosas, morales, políticas... por su cuenta, se encontrará sin más en plan de filosofar —dejando aparte otros terrenos—, en Mercado-Hospedería; y le parecerán naturalísimos manuales, tesis, diccionarios, programas oficiales, sentencias del sentido común, argumento de consentimiento del género humano, es decir: la opinión en estado de promediación,

mediocridad y medianía; creerá poder juntar —sin desdoro para él ni para nadie ni para el tema—, sentido común, filosofía del ser, fórmulas dogmáticas... Filosofía en estado de Mercado-Mansión.

Se trata de un estado posible —probablemente posible y frecuente, en correspondiente grado—, del filosofar; estado real, mas no único; y, menos, el supremo. Para él, y desde él, todo otro filosofar resultará cosa de aventura y aventureros.

No hace falta más, por el momento, para dar sentido —no se trata de juicio absolutorio o condenatorio—, a la aserción de que el filosofante actual se halla, *aun antes de* toda teoría o preservativo práctico, siendo en un mundo que ha tomado, ya, uno de los estados de Casa, Laboratorio, Mercado; y siendo sentimentalmente en tal estado o mundo, cual en Mansión, Hotel u Hospedería. Tal previo no es, claro está, irreformable; mas la probabilidad de paso de un estado a otro no es la misma según cuál sea el estado inicial —aquel en que el filosofante se halló sin más. Quien se halló, al salir a filosofar, siendo y viviendo en un mundo en estado de Casa-Mansión comienza por tener poca probabilidad a su favor de saltar a Mundo en estado de Laboratorio-Hotel, a aventuras y empresas ideológicas —a hereje, innovador...

Empero así como en determinadas circunstancias —de presión, temperatura...—, son termodinámicamente compatibles varios estados de la misma realidad —vgr. que se halle el agua de vez en estado líquido y gaseoso, cual en ciertas latitudes—, es perfectamente posible, y aun probablemente posible que ideas, normas, leyes... filosofía... se hallen sin más siendo en un Mundo que incluye, por mayor o menor tiempo, varias fases o estados de Mundo —vgr. unas ideas: religiosas, políticas, filosóficas... en estado de Laboratorio-Hotel, en plan de empresa y aventura; otras, en estado de Mansión y Mercado. La coexistencia en equilibrio de diversas fases o estados requerirá estudio especial, cual lo exige el correspondiente problema en termodinámica. Hay y ha habido, no es secreto, aventuras y empresas de filósofos que, en otros órdenes, han sido moradores tranquilos y confiados, satisfechos y pacatos, de Casa-Mansión. Se trata de una posibilidad; más aún: de una probable posibilidad, y, por ello, de frecuencia real.

No hemos de perder de vista, ya desde *Prolegómenos,* que tales estados, sueltos o en dosis dentro de un total, predeterminan el contenido de significado y sentido, la dosis de razones y motivos —razones con peso—, integrantes de un dominio de objetos —metafísicos, religiosos, políticos...

Añadamos un dato más:

Dato B. "*Aun antes de* toda prevención teórica que nos mantenga en equilibrio neutral frente a pro o contra, *aun antes de* toda prevención práctica eficaz que haga un alto antes de toda instalación en un tipo o estado de Mundo, *nos hallamos ya siendo* los hombres actuales en un mundo en que las relaciones humanas, constitutivas de la organización típica de la extensión de Hombre, entran en tres clases: *1)* Ordenanza a subordinados; *2)* Empresario a colaboradores; *3)* Capataz a obreros, con predominio de alguna de ellas, o con mezcla de varias en dosis fija."

Dispongamos por su orden las ideas explicativas para mayor concisión y claridad: *a)* Completando lo dicho en Cap. IV, afinemos aquí la distinción entre los conceptos de extensión unívoca o uniforme, conceptos de extensión uniorganizada y conceptos de extensión pluriorganizada. No se pretende dar una división exhaustiva de los tipos de conceptos; basta aquí con notar que, *antes de* todo intento sistemático, *nos hallamos ya usando* tal distinción. Cuando todos los objetos de un dominio son cada uno uno de tantos, o un cualquiera, la extensión resulta uniforme o unívoca; lo que vale de todos (comprensión) vale de cada uno, por ser cada uno uno cualquiera —sin originalidad o unicidad asimilantes a sí lo, al parecer, común inicialmente. Y, al revés: lo que vale de un cualquiera vale de todos, si cada uno de ellos es también uno cualquiera. Si cada individuo humano fuera, real e íntegramente —en cuerpo y alma, potencias y sentidos... —, uno de tantos, lo que valiera del concepto de hombre: vgr. ser racional, ser de alma inmortal, ser libre..., valdría sin más de cada uno, por ser cada uno uno cualquiera; y a la inversa. Una esencia no modulada o modalizada, real y verdaderamente, por la singularidad o unicidad, resulta unívoca; pero sus secuelas, por muy necesarias que sean, no pueden interesar o ser verdad de quien sea *éste, único*... Yo no soy uno cualquiera de los hombres; sino éste, único; y de lo único no vale lo universal. Sólo, tal vez, al final de la evolución de lo físico —de aceptar, por gracia de ejemplificación, lo que afirma la ley de la entropía—, nos hallaremos en estado de decir con verdad que cuerpo físico es un concepto unívoco, pues valdrá de todos los cuerpos —radiación o materia—, por igual, ya que todo se hallará en un solo estado, y dentro de él sin diferencias de ninguna clase e integrado por cosas en estado final de *una de tantísimas*. Los conceptos físicos surgen a unívocos o adquieren verdad al final de la evolución, no antes. Empero el concepto de número natural no es tampoco propiamente unívoco; claro que 1 es *tan* número natural *como* 2, 2 lo es *tanto como* 1000... y 1000

tanto como 1.000.000.000 $^{1.000.000.000}$, etc.; mas todos los números naturales se organizan por emplear precisamente la relación de menor-mayor, o por la progresiva de +1, o por la relación unívoca lógicamente de progresión...; extensión, evidentemente. unívoca, unívocamente unívoca. Aceptémoslo como verosímil ejemplo. Añadamos otro —no tan claro, y por ello más discutible. *Abeja* comienza por definir una extensión, al parecer unívoca, a primera vista; a segunda, uniorganizada; es una extensión plural constituida por ese tipo de orden que llamamos *colmena; hormiga,* por hormiguero. La extensión propia de abeja es colmena; la de hormiga, es hormiguero. Tipos, al parecer, originales de organizar una extensión; y tipos reales de verdad, frente a la extensión unívoca, uniforme, de Abeja-abejas; Hormiga-hormigas; Hombre-hombres...

Pues bien: el concepto de Hombre resulta abstracto, y realmente falso, mientras no declare en su definición misma que la extensión correspondiente está *pluriorganizada;* que no es, ni puede ser, ni unívoca ni uniorganizada.

Horda, tribu, ciudad, Amo-esclavos, Señor-siervos... son, entre mil, modos de organizar la extensión —abstracta, vaga, y, por tanto, falseante de Hombre. En realidad de verdad Hombre no es hombre hasta que hombres llega a ser una extensión (plural) pluriorganiza*ble* y uniorgani*zada,* en que la uniorganización es tan sólo realidad de una pluriorganización posible. De entre todas las organizaciones posibles, unas son más probablemente posibles que otras —en abstracto o dadas ciertas circunstancias, punto incidental aquí— y, por ello, tal o cual organización es más frecuente que otra (real).

b) No se puede tratar aquí, por razones que sin peculiar esfuerzo saltan a la vista, de una enumeración y menos aún clasificación articulada de esas maneras de organizar extensión (Hombres) de comprensión (Hombre), sin las cuales el hombre no es Hombre; bastará con indicar tres formas típicas de organización de la extensión *hombre* con que nos hallamos los hombres actuales, o en que nos hallamos siendo los actuales, y siendo nuestro ser hombre, pues no se trata de divisiones arbitrarias y realmente insignificantes, sino constitutivas de nuestra realidad, a la vez que, real y verdaderamente, distinciones de otras organizaciones de la extensión de hombre, y, por tanto, de otros hombres, de otro tipo de Hombre —otredad que, como se dirá inmediatamente, abarca hasta el tipo de ideas, de objetividades, de sentidos... *El Dato B* nos enumera tres:

r) Organización de la extensión de Hombre, organización de los hombres —organismo humano—, según la relación de orden de *ordenanza* a *subordinados,* propia de *hombre morador de mundo natural:* Casa (estructura de mundo natural) habitada como *Mansión* (estructura sentimental de mundo natural).

Casa-Mansión es extensión de Hombre, que hace real y verdaderamente posible el plural de hombres. La estabilidad o *en sí,* tono peculiar de Mundo natural, con su timbre de neutralidad y carácter de cerradura, hace que las ideas —políticas, religiosas, sociales, físicas... —, se presenten cual *en sí,* neutrales frente a conocer (realismo inocente), en constelaciones de configuraciones cerradas —lo religioso, lo moral, lo jurídico, lo físico, lo biológico... —, con el tipo general de *objetividad simple,* no con la de realidad-de-verdad. Estas objetividades sencillas, inmediatas, reales son el *Orden,* por el que se rigen las *Ordenanzas* —gobierno civil, religioso, los científicos, los juristas... —, cual por Mundo en sí, Verdad en sí, Norma en sí; y por las que *los* Ordenanzas —tipos de funciones externas cual las de Papa, Presidente, Rey, profesor, juez... —, se rigen y creen deber regirse, y dejan que se rijan los súbditos, fieles, ciudadanos, discípulos... Nada de aventuras o empresas. El Ordenanza no se cree con derechos sobre el Orden —Credo, leyes, valores, ideas... —; se somete a él, y somete a Él a los demás; quienes son a su vez, por moradores de Casa-Mansión —política, religiosa, científica... —, *sus subordinados* naturales de tal Orden y de tales Ordenanzas. Y Todos: Ordenanzas, subordinados son naturales subordinados de Orden. Si se da un Ordenador supremo, será él mismo el primer sometido a *el Orden.*

En Ontología se estudiaría, cual en lugar propio, su peculiar tipo de objetividad: la simplemente real —bien poco resistente, por cierto, frente a aventureros y emprendedores, y aun frente a Capataz—, de ideas, leyes, normas, credos... peculiares a moradores de Casa-Mansión. De las maneras y procedimientos de *poner a prueba* tal realidad simplemente real, objetividad simplemente real, se trataría en Metafísica.

En Casa-Mansión no caben, como dijimos, sino *pruebas;* no el *poner a prueba* nada. No parece sujeto a peculiar duda que los hombres actuales nos encontremos siendo *—aun antes de...—,* en un mundo con buena dosis de mundo en estado natural: de Casa-Mundo; y, por tanto, con una notable provisión de ideas, normas, valores... en estado de *simple realidad,* de *simple objetividad* —sin que sea preciso recalcar que nuestros sentidos se encuentran, por ahora, en estado de simplemente reales; y lo pre-

sentado por ellos, en estado de simple objetividad— real, mas no real-de-verdad.

Hay filosofantes instalados por nacimiento, educación, profesión, y convencimiento subsiguientes, en Casa-Mansión; y filosofías se dan que no son más que filosofías *naturales*, con realidad, verdad y objetividad *simples;* tan reales, tal vez, y tan poco resistentes también cual la real perspectiva que desde la tierra toma visualmente el cielo, respecto de la perspectiva real de verdad que tendríamos viajando en una nave espacial de velocidad variable, lo que nos permitiría ver la faz del universo descrita por la relatividad generalizada; faz vista ahora nada más por ojos naturales, vista entonces por ojos *físicos*, si es que no hace falta, previamente, transformar el ojo de ojo natural *en* ojo artificial, de ojo simplemente real *en* el de verdad —a verdaderamente real ojo.

De cada tema, problema, cuestión filosófica habrá, pues, que preguntarse si están vistos por moradores de Casa-Mansión; pues todo, lo visto como lo explicado, será, en el mejor de los casos, verdadero y real, mas sólo simplemente real y simplemente verdadero —tanto que se trate de política, religión, arte, metafísica..., como de biología, física, matemáticas. No cabe duda de que los hombres actuales, *aun antes de...*, nos encontremos siendo por notables partes de nuestro ser —corporal, viviente, moral, religioso, jurídico...—, en estado de Moradores de Casa-Mansión; y dando, por ello, tales ideas, normas... por reales, por objetivas; y lo que es más, siendo ellas y ellos —valores, normas, ideas...—, con realidad simple, con verdad sencilla. La objetividad, la realidad, son función del tipo de organización de la extensión de Hombre.

2) *Aun antes de...*, nos hallamos los hombres actuales siendo en un mundo artificial (laboratorio), sido sentidamente cual Hotel, regido tal Laboratorio-Hotel por la relación organizadora de Empresario-colaboradores. La extensión abstracta de Hombre (hombres) y aun la extensión organizada ya según Ordenanza, subordinados todos a Orden, son reorganizadas por esa relación reorganizante de extensión de Hombre que se ha llamado aquí Empresario-colaboradores. *Negativamente,* el aventurero, y sobre todo el Emprendedor —político, religioso, filosófico, científico...—, se deciden a *poner a prueba* la objetividad, verdad, realidad *simples,* a ver qué resulta de tal intento; lo que a los ojos de Ordenanza y subordinados parecen, y lo son, atentados —herejías, revoluciones, inventos... La objetividad que resulte de tales Empresas —y lo son, por igual física matemática que Reforma, teoría atómica que Revolución rusa, sujetivismo transcendental que método dialécti-

co...—, serán *reales de verdad, objetivos de verdad,* por contraposición con la verdad y realidad simples de Casa-Mansión —único tipo de verdad y realidad accesible a Moradores de Casa-Mansión, organizados según ordenanzas de Ordenanzas, y vivibles y sibles por subordinados.

Una metafísica actual —y con esto se precisa un poco más el significado del adjetivo *actual,* aplicado a Metafísica— versaría —precisa, justa, propiamente— sobre tales objetividades y realidades verdaderamente reales y verdaderamente objetivas, sobre los métodos de *poner a prueba* lo dado y tenido por *probado,* aprobado y pasado a cosa juzgada y aprobada por Ordenanzas y subordinados. De nuevo: el tipo de objetividad y realidad reales de verdad resulta función del estado de organización de la extensión de Hombre. Son todavía relativamente pocas las cosas —ideas, religiones, sociedades, cuerpos, vivos...—, colocados en estado de Laboratorio-Hotel, y poco lo que el hombre tiene aún de *realidad de verdad.*

3) Por fin, la extensión de Hombre: los hombres —y el plural delimitado que anda ya por los cinco mil millones— pueden, en principio, reorganizarse con otro tipo de relación no sólo diversa de las anteriores sino destructora de ellas —como lo era ya la de Empresario-colaboradores respecto de la de Ordenanza-subordinados—; a saber: la de Capataz-obreros.

Mercado, como tipo o estado de Mundo, y Hospedería como mercado habitado sentimentalmente, se basan sobre la operación *trocar A por B;* si esta operación ha de ascender a universal —para así llegar a categoría constitutiva de hombre—, es menester reducir *A, B, C...* al tipo de cosas cualesquiera, centradas en *Una* (de suyo cualquiera) que será la unidad de medida del cualquierismo de las demás. El dinero es la unidad de cualquierismo, y el coeficiente que cada cosa tiene, al expresarse en moneda, es el coeficiente de su cualquierismo; cuanto sea más alto, valdrá la cosa para ser trocada por más cosas. Una cosa puede valer (ser buena) para muchos, cual lo es el sol; tan sólo cuando valga para muchas, cada una de las cuales sea una cualquiera comienza su ascenso en la escala de la mercadería, que subirá de tipo cuando valga para muchos cualesquiera, y ella misma sea trocable por muchas cualesquiera; y saltará a mercancía-sol cuando tal cosa valga para todas, cualesquiera, que sea cada una una cualquiera; y sea trocable por todas cualesquiera que sea cada una una cualquiera. El hombre no puede habitar en tal mundo de cosas sino como en hospedería, en pensión; le pagan por su trabajo de hacer, a primera vista, tales o cuales cosas; mas, al hacerlas para ser trocadas por otras, las más disímiles y extrañas —y en

el límite, por todas—, le pagan por hacer cosas *cualesquiera*, y hacerlas para *cualquiera;* y le pagan en una cosa que, ciertamente, vale para ser trocada por todas, y vale por todas, por ser todas una *cualquiera* para unos *cualesquiera;* queda pagado así en *cualquierismo* y tratado como uno *cualquiera*. Quien así dispone de las cosas es un *Capataz*, que podrá ser capaz, bajo otros aspectos, de ser Ordenanza y Empresario; mas que puesto a tratar —o hacer ser si hace falta previamente—, todas las cosas como *cualquiera* y por medio de una que valga para todas, siendo cada una una cualquiera, resulta Genio en cualquierismo; y, cual la moneda, es Mercader de mercaderes, frente a las simples y directas mercancías.

Tal mercader de mercaderías, consciente de ser tal, es el Capataz. Los demás hombres no cuentan como tal o cual, ni por sus cualidades originales, sino por sus poderes de cualquierismo, de producción de cosas, cada una trocable por todas, o al menos, por cuanto más mejor; trocables ellos mismos uno por cualquier otro, determinado siempre su número no por razones biológicas, personales, empresa..., sino por el criterio-límite de que cuando todos sean un cualquiera —en ideas, política, religión, en cualidades biológicas, anímicas, gustos... —, la categoría de cualquierismo habrá llegado a su límite de eficiencia y predominio, y a un equilibrio de tipo *entropía humana* —política, religiosa, social, científica...—; estado en que lo que vale para uno —en ideas, dogmas, leyes—, vale para cien, mil, un millón, cien millones... por ser uno, dos..., cada uno, un cualquiera —uno cualquiera de los filosofantes, uno cualquiera de los fieles, uno cualquiera de los ciudadanos, uno cualquiera de los estudiantes... —, satisfactible por algo en estado de mediocridad o medianía —de contenido, expresión, pruebas, contextura... En el límite lo *mismo* para todos, que por ser cada uno uno cualquiera y estar adaptado lo mismo para todos, lo mismo será Lo Cualquiera para los Cualesquiera. El *afán* se habrá extinguido a sí mismo por sus constitutivas prisas.

Una cosa hay, como es bien sabido, en el Universo físico que aumenta sin cesar, o al menos no disminuye nunca: la entropía. Nunca pierde, y casi siempre gana. Todo fenómeno físico suele —probabilísimamente y por ello frecuentemente—, pagar su renta a la entropía; su caudal o capital es o constante o crece. Conforme adelante la imposición del estado entrópico del mundo físico, el porcentaje (por decirlo así) de la renta que todo proceso deja a la entropía —al cualquierismo físico del mundo—, va disminuyendo y tiende a cero; en el estado final del universo físico la entropía es un máximo; el cualquierismo —nivelación de tipos de

energía, de diferencias entre energía y materia, de diferencias de potencial... —, es máxima; la renta que cada energía, cada diferencia de potencial... va dejando paso a paso, fenómeno a fenómeno, llega a cero, justamente por el cualquierismo impuesto. Una ley parecida rige en Mercado-Hospedería, si se dejan las cosas al curso propio de la categoría *cualquiera* y a manos de *El Cualquiera.* Uno de los métodos más seguros de terminar con inteligencia, voluntad, actividad, vida religiosa, arte, ciencia... es aumentar —a sabiendas o irreflexivamente—, el número de partidarios, fieles, secuaces...

"*Aun antes de* cualquier prevención teórica y preservativo práctico, *nos hallamos ya* los hombres actuales, y entre ellos los filósofos, en un mundo dentro del cual notables y numerosas comarcas —filosofía, religión, política... —, se hallan montadas según el modelo o estado de Mercado-Hospedería, regidos por capataces —religiosos, políticos, filosóficos... —; a veces demasiado capaces en su función de Capataz, y con rendimientos o rentas —materiales, espirituales, ideológicas, políticas... —, crecientes por ahora, en sectores reducidos, decrecientes en total conforme progrese la imposición de la categoría de *cualquierismo.*"

Los estados Casa-Mansión, Laboratorio-Hotel del Mundo pueden contrarrestar tal tendencia, espontánea del estado Mercado-Hospedería; en especial puede hacerlo el estado de Laboratorio-Hotel, con su organización de la extensión de Hombre según la relación de Emprendedor a colaboradores.

Añadamos, antes de terminar este punto, que la colectividad Capataz-obreros —tipo de la organización de la extensión de Hombre en Mercado-Hospedería—, produce sus peculiares tipos de objetividad y realidad —en ideas religiosas, políticas, filosóficas, sociales, físicas, astronómicas... En principio toda cuestión, y sus respuestas —religiosas, políticas...—, adoptan un peculiar planteamiento y respuesta en Mercado-Hospedería; poseen su propio tipo de razones y motivos —peso especial de convencimiento, persuasión...

Tal tipo de objetividad no llega, sea dicho como simple aserto, al de realidad y objetividad simple de Casa-Mansión, y mucho menos al de realidad y objetividad propias, en principio, de Laboratorio-Hotel. De tales tipos de realidad, de su surgimiento y desaparición, correlaciones e interferencias se hablaría en Ontología y Metafísica, según los casos.

De todas maneras va adquiriendo sentido la afirmación: los

tipos de objetividad (y realidad) son función de los tipos o estados de Mundo: Casa-Mansión, Laboratorio-Hotel, Mercado-Hospedería.

No hace falta más que unas palabras para recordar que las sentimentalidades que vinculan subordinados a Ordenanza, colaboradores a Empresario, obreros a Capataz pertenecen a órdenes distintos. De sus correlaciones más inmediatas se tratará en el capítulo siguiente.

Finalmente:

Dato C. "Aun antes de toda precaución teórica y práctica, eficaces y oportunas, *nos hemos hallado ya* los filosofantes actuales —igual diríamos respecto de religión, arte, política, derecho, física... —, siendo *casi siempre* introducidos y educados en filosofía por Capataces, y tratados como obreros, dentro de ambientes de tipo Mercado-Hospedería; *pocas veces se han encontrado ya* al comienzo del filosofar, bajo Ordenanzas, y ellos cual subordinados; *rarísimas veces* el filosofante *comenzó a serlo* bajo Emprendedor, con posibilidades abiertas a colaborador: a *Emprendedor."*

La Metafísica actual no es posible, como *actual,* sino por modo de *Empresa,* acometida por Emprendedores, *decididos a poner a prueba todo* —lo del Mundo natural, artificial y artificioso; todo lo de Casa-Mansión, Laboratorio-Hotel, Mercado-Hospedería.

Desde este punto de vista está enfocada esta Introducción a la Metafísica *actual,* enfoque que a la vez define el sentido de *Metafísica* y de *actual.*

Capítulo séptimo

ESTRUCTURA DEL MUNDO DE LOS SENTIMENTALES Y DE LAS SENTIMENTALIDADES

Dato VII. 11. "Aun antes de programático desplegamiento de posibilidades e instalación en tal dominio, *nos hallamos ya* siendo la *posibilidad* de las sentimentalidades bajo el modo de *espontaneidad,* y su realización bajo la forma de *frecuencia;* el paso entre posibilidad y frecuencia lo favorece la *gana."*

§ 1. Lo físico: sentimentales y sentimentalidades. Relaciones modales

a) Ya, ahora mismo, aquí —Caracas a 13 de febrero de 1960—, es necesariamente posible, *dadas* la constitución de nuestro sistema solar y sus leyes, que mañana salga el sol a las 6.30; y al llegar las 6.30, aquí necesariamente sale el sol. Paso de necesariamente posible a necesariamente real, dadas ciertas condiciones. *Dados* los axiomas de la geometría —tal axiomática concreta—, es necesariamente posible que haya infinitos puntos equidistantes de uno fijo; y, en virtud de esa axiomática misma, y de sus secuelas, es necesariamente real que haya infinitos puntos equidistantes de uno fijo. En un caso, el paso de necesariamente posible, $N(P)$, a necesariamente real, $N(R)$, no está dado ya; en el segundo, está ya dado.

Cuando lo necesariamente real proviene de lo necesariamente posible, basta con *condiciones* para que el paso se verifique, y no hacen falta causas; y en ciertos dominios de cosas, basta con condiciones tan externas, al parecer, como tiempo y espacio; cual la apertura de la ventana es condición real para que *necesariamente* entre la luz que estaba siendo *necesariamente* posible que entrara, aun con la ventana cerrada. El mundo físico está constituido más bien por condiciones que por causas; de ahí proviene —sea dicho incidentalmente—, su tono general y básico de necesidad. En el dominio matemático espacio y tiempo no son condiciones, menos aún causas, de lo que en él rige. En él, todo se da de vez a la una: *n* objetos (*n* finito o infinito) de una vez; y no sucede, cual en lo físico, que una cosa se dé *n* veces, y no siempre *n* cosas de vez. Todo-de-una-vez-aquí-ahora es el ambiente natural, llamémoslo así, de lo matemático. Todo, pues, en él ha pasado ya, y ha pasado

todo lo que tenía que pasar, es decir: no ha pasado nada. Dejemos las cosas en este punto, sin ir en búsqueda de razones más hondas, si las hubiere, de esta impresión, de este aspecto que, de *buenas a primeras*, nos ofrece lo matemático por contraposición a lo físico. Y escribiremos simbólicamente:

a.1) $N(P) \rightarrow N(R)$ (relación modal de lo matemático);
a.2) $N(P)_{t_1} \rightarrow N(R)_{t_2}$ (relación modal de lo físico).

Por el simple cambio de tiempo, de t_1 a t_2, lo *necesariamente* posible pasa a *necesariamente real* —y no a *simplemente* real.

Lo anterior no tiene, como es claro, por objetivo propio ni dar tratamiento debido a las modalidades según los dominios de cosas ni siquiera introducir a tal asunto; no pasa de ser un recurso para hacer resaltar los matices de las modalidades necesario-posible-real respecto de sentimentales y sentimentalidades. Pasemos, pues, a ello:

b) Es claro por las sencillas consideraciones hechas que las relaciones entre necesario-posible-real *pueden ser* de varios tipos; empero, *aun antes de que* se nos haya instalado, cual en belvedere, ante tales tipos de posibilidad para una previa y preveniente orientación ontológica, *nos hallamos ya* con que un componente de nuestra realidad exhibe, nudo y tajante, otro tipo imprevisible de relaciones entre tales modalidades. Las sentimentalidades son (nos son dadas) cual *necesariamente probablemente posibles*, $N[_P(P)]$; su carácter, previo a todo acto o realización, es el de *espontaneidad*; y su realización o realidad exhibe el matiz de *frecuencia*, $F(R)$. Son *frecuentemente* reales, no necesariamente reales.

Entre el estado de $N[_P(P)]$ y el de $F(R)$, no median ni causas ni condiciones; media la *gana* o la *desgana*. La gana hace que lo necesariamente probablemente posible pase a ser frecuentemente real.

Distingamos en este punto dos clases de relaciones modales entre $N[_P(P)]$ y $F(R)$ —dentro siempre de los linderos de *Prolegómenos*. Es *necesariamente probablemente posible* que, dada la atmósfera de esta habitación y de humo que va saliendo de un cigarrillo, al cabo de poco tiempo las partículas de humo estén uniformemente distribuidas por tal espacio; y, *en efecto,* al cabo de tal tiempo, tal distribución uniforme será la que, con mayor frecuencia —en máximo número de casos, de pequeños volúmenes de dicho espacio—, se haya establecido, y *quede establecida.* La reversión de tal distribución uniforme por tal espacio a la forma de espiral con que salió del cigarrillo es improbabilísima —sin que sea preciso dar aquí una apreciación numérica de tal valor.

Notemos ahora el matiz y tono de tal secuela modal:

$$b.1) \qquad N[_p(P)] \rightarrow N[F(R)];$$

el grado de frecuencia es necesario; es decir la necesidad —esa necesidad que afecta a probable y posible en el antecedente—, dilata su influjo hasta el consecuente. Se puede calcular matemáticamente, es decir, necesariamente, el grado de la frecuencia, $N[F]$. Estadística matemática, en aplicaciones cual a la teoría cinética de los gases, mecánica estadística...

No así respecto de sentimentales y de sentimentalidades. Consideremos lo que nos es dado en algunos casos, y digámoslo expresa y altavoceadamente en filosóficas palabras: ¿es *posible* que tenga miedo de morirme?; ¿es *probablemente posible* que me sobrevenga tal miedo?; y ¿es *necesariamente probablemente posible* que me asalte tal miedo, y salga desalado y alocado a extinguirlo o acogotarlo por cualquier procedimiento —desde espiritual a material? Distingamos entre un sentimental de *muerte* y una sentimentalidad de *muerte*. O sentir la muerte, sentirse morir, con un sentimiento de tipo sentimental, o sentirse morir con sentimiento de tipo *sentimentalidad*.

No insistamos despiadadamente, con lógica pura, en que *sentirse morir* no es cosa que pueda sentirse ni serse *antes* de morir; y en que toda consideración sobre la muerte, hecha por hombres *vivitos y coleando*, no pueda pasar de pura teoría. Del morirse no pueden hablar ni los vivos ni los muertos; y nadie puede saber, en realidad de verdad, lo que es eso, sino siéndolo; y serlo, hace imposible decirlo; hace imposible toda teoría, dogma, aserto..., con pretensiones de verdaderos.

Así que todo lo que aquí se va a decir —por un vivo, que se siente vivir—, va a ponernos ante un caso ejemplar, despiadadamente ejemplar, de intento, pretensiones, propósitos de hablar de lo que no se sabe, y de lo que cada uno sabe que no puede ni saber ni saberse. Ante un *dato de tipo primario* (Parte I, Cap. I, § 4). *Dato elusivo y alusivo* (cf. Parte II, Cap. I, § 1, 2); y, por ser tal, aspirante a entrar en el dominio de lo metafísico.

Vamos a hablar —y entender—, *elusiva-alusivamente,* que sólo así puede hablar del morirse lo que está viviéndose: pensando y pensándose, hablando y hablándose...

El *miedo* a la muerte sólo puede experimentarse *antes de* la muerte, no *ante* la muerte ni *en* la muerte. Qué se experimente *en* la muerte, qué sea el morirse, nadie, vivo y viviéndose, puede

saberlo; la vida, que es un estar haciendo imposible a la muerte —impotente a la muerte—; la vida, que es un mantener en vilo tal imposibilidad o impotencia, hace imposible saberlo —lo cual no equivale a que haga imposible el *serlo,* el morirse.

El miedo a la muerte se experimenta, es *posible* experimentarlo, *antes de* la muerte —con pretextos, ocasiones varias. Que *en* la muerte, en el morirse mismo, se experimente miedo, es cosa que nadie puede saberlo, y basar sobre tal pretendido saber teoría alguna —religiosa, social, ontológica. . . —, con pretensiones de verdadera, pretensión que pase a realización. Precisamente por no poder saber nadie lo que es *morirse* —no el estar mal, grave, gravísimo, desahuciado, sino morirse, cosa que sólo muriéndose y muerto halla cumplimiento, por eludirnos a los vivos el morirnos—, es posible que surja miedo, y es posible que no surja; o no emerja ninguna sentimentalidad, u otra diversa de miedo —vgr. alegría, deseo, curiosidad, indiferencia, desprecio. . .—, tanto tanto que uno juzgue que no vale la pena de morirse con conciencia de pasarle eso a uno. Y puesto que nadie sabe lo que es morirse, ni puede saberlo, sin más razones decide morirse antes de que le pase a uno inconscientemente lo que conscientemente no puede saber qué es.

Que el morirse sea paso de esta vida a otra vida equivale a decir sencillamente que uno se ha muerto de verdad a la vida de verdad; es decir, admitir que no sabe lo que es morirse de verdad y que no puede saberlo porque no hay muerte de verdad, y esto lo sabe sin poderlo saber. Y si restringimos eso de morirse a *morirse el alma al cuerpo,* una vez más: eso de *morirse el alma al cuerpo* es afirmación de naturaleza *elusiva, irremediablemente* elusiva (cf. para irremediable, Part. I. Cap. III, § 2); y de eso mismo que creemos tan poca cosa: morirse sólo al cuerpo, frente al simple morirse a todo, a cuerpo y a alma, nadie sabe nada. Que en el momento y paso mismo de morirse —al alma, al cuerpo, o a todo: cuerpo y alma—, se experimente miedo, alegría, decepción, desprecio, curiosidad, indiferencia, paz... será *posible;* será *probablemente* posible, o sea: si se experimenta miedo, será porque sí, pues igualmente pudiera experimentarse curiosidad, paz... Y si se siente paz, igualmente pudiera sentirse pena o curiosidad, empedernimiento, soberbia, audacia. . . Sin entrar, por razón de *Prolegómenos,* en las causas, pretextos, condiciones. . . de que todo esto pudiera proceder —tema para Metafísica—, notemos el dato sencillo e inmediato que, sea cual fuere la estructura atómica, molecular, material o energética de nuestro cuerpo, el ver no se entera de nada de ella al ver, y para ver tiene que no enterarse; y que para sentirse sano, y

en el sentirse sano, nada se trasluce de la definida contextura y determinados procesos que sirven de base, o fondo a tal sentimental. Parecidamente, las sentimentalidades podrán tener por base o fondo, por causa, ocasión, pretexto... cuanto de anatomía, fisiología, física, química queramos; todo ello queda preterido o traspuesto en un bloque indistinto, resonante a placer —dolor, paz, soberbia, desprecio... Partamos de este *dato*, repetidamente utilizado, y digamos: *primero*, dada una cierta contextura —física, química, fisiológica...—, es probabilísimamente posible, o sea: casi necesariamente probablemente posible, $N(P_P)$, que surja tal sentimental —dolor, placer, cansancio, alivio...—; y, por tanto, dada cierta contextura será probabilísimamente real, o necesariamente frecuente, que surja tal sentimentalidad, y no que no surja; que surja tal y no cual; que surja así y no asá, $N(R)$. Dado tal estado químico, anatómico... de una muela, es *probabilísimo* —casi necesario, digamos simplificando: necesario— que surja dolor de muelas, y de tal intensidad. De la distinción *ser o no ser;* de ser, *ser tal o cual;* de ser tal, *serlo así o asá,* en los sentimentales se da, por su constitución misma, una decisión probabilísima por una de las dos partes, desequilibrando la equiprobabilidad. De ahí que se aproxime el tipo de vinculación modal de los sentimentales al de las cosas físicas (*a*.2); por eso hemos colocado probabilidad (p) y frecuencia (f) como subíndices, y dejado en primer plano necesario y probable, como en lo físico; y en vez de (*b*.1) escribiremos ahora:

b.2) $N[(P)_p] \rightarrow N[(R)_f]$; es *casi* necesario que...

Segundo: mas, en el caso de sentimentalidades, probabilidad y la frecuencia recobran sus derechos. Que un dolor presente se lleve con matices de alegría, desprecio, curiosidad, miedo, altanería... paciencia, es *posible;* es además *probablemente* posible, quiérese decir: dolor, presente y todo, no predetermina ni deshace el equilibrio de las sentimentalidades posibles, y se aferra a una: a que sea, más bien que a que no sea; a que sea tal, más bien que a que sea cual... El dolor intenso, por intenso que sea, deja siempre en *probablemente posible* —no en probabilísimamente posible—, que se lo sienta con sentimentalidades de resignación, alegría, paz, desprecio, impaciencia...; o se lo soporte atontadamente, embotadamente, sin sentimentalidades. No obstante, podemos suponer que, dado un sentimental —dolor, placer, cansancio, fatiga, alivio, bienestar corporal...—, es (casi) necesario que surja alguna sentimentalidad: que un dolor se lo note con *el* sentido de y con *lo*

sentido *por... bajo...*; que un placer adquiera el matiz de una cierta sentimentalidad, que *lo* sentido bajo (placer, dolor, cansancio) vibre y resuene con *el* sentido y *lo* sentido *por* nosotros bajo una sentimentalidad. La probabilidad de una sentimentalidad afectará, si se permite decirlo así, más por igual a la posibilidad que lo que un sentimental afecta y se adhiere a su probabilidad propia; y por igual razón, la frecuencia con que se realiza una de las posibilidades de una sentimentalidad se reparte, digámoslo así, más por igual o semiuniformemente entre la realidad (número de casos) que el reparto con preferencia, uniforme o no, que rige para un sentimental respecto de su realización (número de casos).

Vale, pues, la formulación simbólica *b.1)*, precisamente para sentimentalidades.

Comparemos visualmente los cuatro casos modales:

a.1)	$N(P) \rightarrow N(R)$,		(dominio matemático),
a.2)	$N(P)_{t_1} \rightarrow N(R)_{t_2}$,		(dominio físico),
b.1)	$N[{}_p(P)] \rightarrow N[f(R)]$,		(para sentimentalidades),
b.2)	$N[(P)_p] \rightarrow N[(R)_f]$,		(para sentimentales).

La presencia de N, de necesidad o seminecesidad, delata el arraigo, próximo o remoto, de sentimentalidades y sentimentales en cuerpo: en el dominio físico, y aun de lo físico regido por matemáticas. Si se darán casos de relación modal entre probablemente posible, ${}_p(P)$, probabilísimamente posible $(P)_p$; frecuentemente real, $f(R)$, y frecuentísimamente real, $(R)_f$, sin intervención de necesidad que refuerce, y en cierta manera desequilibre la probabilidad, sería punto a tratar en Metafísica sobre todo. Nos hallaríamos ante sentimentalidades de estilo metafísico, *trans* o *plus ultra* de lo físico. Su fórmula sería:

$$c.1) \quad {}_p(P) \rightarrow f(R).$$

El problema de sentimentales no físicos, no basados o fundados en cuerpo físico —y, por tanto, largamente matematizados—, constituiría, parecidamente, problema metafísico —y más grave que el anterior, como fácilmente se adivina.

¿Se dará algún procedimiento para trastornar el tipo actual de cuerpo, vgr. la distribución de su realidad física entre los estados de masa y energía, transtornar su actual tipo de sentimentales —placer, dolor, cansancio, alivio...—? Mal podemos saberlo por *pruebas*, si no lo *ponemos a prueba*. Lo actual es simplemente

real, por dejación óntica: dejar que la cosa sea lo que está siendo, y se muestre tal cual *se está* mostrando.

Podemos afirmar:

Dato VII. 12. "Por lo pronto, *antes de* haberlo puesto a prueba, *nos hallamos* con que, casi siempre, los sentimentales se hallan fondeados en lo físico actual (*b.2, a.2*); y las sentimentalidades están flotando sobre sentimentales; o dicho con más severas apariencias verbales: los sentimentales nos suelen ser dados (casi) determinados por el estado actual de nuestro cuerpo; mientras que las sentimentalidades nos suelen ser dadas con (casi) indeterminación respecto de sentimentales, y más aún respecto del estado actual de nuestro cuerpo."

De las dos fórmulas: *A* más bien que *B*,
A tanto como *B*,

los sentimentales adoptan la primera: dado un estado especial de nuestro cuerpo, surge dolor *más bien que* placer, o placer *más bien* que dolor. . . , o fatiga *más bien* que alivio —roturas de equilibrio o de equiprobabilidad entre posibilidades—; las sentimentalidades, por el contrario, se adaptan a la segunda fórmula: dado tal sentimental, puede surgir *tanto* tristeza *como* alegría, valentía *tanto como* miedo, desprecio *tanto como* sumisión, dureza *tanto como* afición, soberbia *tanto como* humildad, atrevimiento *tanto como* cobardía. . .

Proyectos para transmutar el *más bien que* en *tanto como*, o al revés, entrarían en metafísica actual.

Ahora se echará de ver la ejemplaridad ilustrativa del caso de la muerte física. Dadas ciertas circunstancias —físicas, químicas, biológicas. . . —, del tipo *actual* de nuestro cuerpo, ¿surgirá, al morirse, *más bien* dolor *que* placer o *más bien* placer *que* dolor?; y este *más bien* —sea un extremo u otro de esta disyunción—, eso, sólo el que se muere de verdad puede saberlo de verdad; mas ya no podrá decirlo si, realmente, con realidad de verdad, se muere a lengua; y aunque lo dijera con lengua será inútil querer decirlo a vivos. Es casi casi el morir físico un *tener que,* un supremo, o el supremo acceso al determinismo físico o ataque de determinismo. Empero no por eso, o por virtud de tal acceso supremo de determinismo, las sentimentalidades quedan afectadas de igual determinismo; puede subsistir el *tanto como,* que es su natural estado. Afirmaciones como: en estado de dolor físico supremo no cabe ya el *tanto como* respecto de sentimentalidades, o la libertad de las sentimentalidades, es afirmación *meta*física; sin aceptable

sentido, a no ser que se lo *ponga a prueba;* y nos resulte, por ejemplo, comprobable que un inevitablemente dolorido está inevitablemente *triste;* y resulte, real— verdaderamente y *comprobablemente* que un inevitablemente *atormentado* no puede estar alegre, despectivo, altanero... Se trata de *a pruebas,* no de *pruebas.* Tema metafísico.

c) Es ya factible fijar ahora el significado de *espontaneidad,* atribuido a sentimentalidades en el mundo del Dato VII: es real, o viene a realidad, por modo de espontaneidad todo lo que puede ser *tanto como* no ser; que, si es, es tal *tanto como* cual; si es tal, es así *tanto como* asá. Caben, pues, tres grados de espontaneidad; y los tres se hallan equilibradamente en el dominio de las sentimentalidades, a pesar de su flotamiento sobre sentimentales, y del enraizamiento o anclaje de éstos sobre lo físico —macroscópicamente, al menos, determinista. Tal espontaneidad es *sentida,* o es *lo* sentido *por* nosotros *bajo* las sentimentalidades; es lo sentido en su surgimiento mismo. Lo espontáneo de este tipo es dado como *sin causas suficientes;* lo cual no quiere decir que no requiera tal surgimiento ocasiones, pretextos, oportunidades... No estamos nunca bien seguros de nuestras reacciones sentimentales, es decir: de con *qué* sentimentalidad —desde desprecio, indiferencia, miedo, alegría, afición, soberbia...—, reaccionaremos, dada una circunstancia; inclusive de un sentimental, d eque estamos (casi) seguros —dolor por un buen palo, placer por un buen bistec. La posibilidad misma de las sentimentalidades está sonando propiamente a espontaneidad en cuanto espontaneidad; por eso no podemos estar seguros de qué reacción sentimental (qué sentimentalidad) tendremos; lo cual no es imperfección alguna del mundo de las sentimentalidades sino su contextura de espontaneidad. Su relación —en que surja en un caso ante dolor, alegría; ante tormentos, olímpico desprecio...—, no establece precedentes para otros casos ni congela para siempre la sentimentalidad que surgió, quedando el sujeto empedernido en ella. La realización de tal sentimentalidad es un caso suelto; los casos sueltos darán, pues, a lo más una frecuencia típica: vgr. en un número notable de hombres; y respecto del mismo hombre, en un número notable de casos, la sentimentalidad que tiñe al sentimiento de dolor por tormento es miedo —miedo al dolor de tormento próximo, miedo al tormento presente...—; lo cual no impide que en un número menor de hombres, y uno mismo en otra oportunidad, floten sentimentalidades como alegría, paz, desprecio... sobre un mar de dolores por tormento —largo o corto.

d) El paso entre posibilidad y frecuencia lo favorece, respecto de sentimentalidades, la *gana.* No respecto de sentimentales, como es patente. Por el anclamiento de éstos en lo físico sobrevienen dolores, placeres... no por gana, ni se van por desgana, sino casi necesariamente, como se acaba de decir. Gana —desgana, malagana...—, es matiz propio de la espontaneidad —posible o actual—, de una sentimentalidad. La gana, buena gana, mala gana, desgana... sobrevienen *porque sí,* y con esa potencia del *porque* sí mismo de toda sentimentalidad. Si ya uno está alegre porque sí, o triste porque sí, o tranquilo porque sí —a pesar de, contra viento y marea, oportunidad e inoportunidad—, puede sobrevenir a uno desgana de estar triste, o estar triste de mala gana, o estarlo de buena gana —se moría de ganas, de desgana para toda sentimentalidad propia de Laboratorio-Hotel— o audacia, confianza, esperanza... La gana *favorece* —no es causa ni necesaria ni suficiente—, el surgimiento de ciertas sentimentalidades; la desgana, la de otras; y gana y desgana, al sobrevenir al propio sobrevenimiento de toda sentimentalidad, favorecen su mayor o menor frecuencia, su permanencia o su deser. Sentirse desganado, acometido de desgana, puede suceder, sin más, *porque sí,* aun bajo la sentimentalidad más sublime, fina, apreciable... La fijeza eterna de las sentimentalidades es problema metafísico. Es decir: el problema de la posiblemente eliminación definitiva de la desgana, y de la posible fijación eterna de la gana —estar, vgr., con Dios con eterna gana, y fijada necesariamente para siempre... Por lo pronto *—aun antes de toda teoría—,* rige la distribución estadística dicha, como dato del mundo en que *nos hallamos.*

§ 2. Estructura básica del mundo de las sentimentalidades

Dato VI. 13. "Los sentimentales se nos dan como espaciales, mas inespacializados; las sentimentalidades se nos dan como inespaciales e inespacializadas; los sentimentales se nos dan como temporales, pero intemporalizados; las sentimentalidades se nos dan como intemporales e intemporalizadas."

Fijemos, siempre de los límites de *Prolegómenos,* la significación de estas calificaciones atribuidas aquí a sentimentales y sentimentalidades. *a)* Las cosas físicas corrientes —dejando aparte las partículas elementales: fotón, protón, neutrón...—, no solamente son espaciales, es decir: extendidas y extensas en espacio, sino además están coextendidas y coextensas con espacio. Están locadas y colocadas en espacio. Con una explicación elemental y sucinta: el

papel sobre que estoy escribiendo no tan sólo ocupa un cierto espacio —tantos centímetros cuadrados cuantos tenga de superficie—, sino que tal superficie la ocupa sin distendimiento constantemente mantenido, sin estiramiento. El papel *es* extenso y *está ya* extendido, tranquilamente; tiene *sus* dimensiones. No así una película de jabón que sobre él extendiéramos; será coextensa con él, mas no estaría *extendida ya,* pues bastaría con reducir o dilatar el papel para que la extensión de la película de jabón se dilatara o contrajera. La extensión extendida no es ya, pues, elástica. Lo propiamente extenso está ya exhausto de extendibilidad. La longitud de una línea geométrica, el área de un triángulo, el volumen de una esfera son cosas *extendidas ya.* Hay cosas físicas extensas y extendidas, cual este papel o esta estilográfica; tal vez un protón o un electrón...; otras, simplemente extensas, extendibles aún o contraíbles —cual el aire, o un gas de electrones. El espacio, sea dicho dentro de los límites impuestos a *Prolegómenos,* es, justamente *tal como se nos da de buenas a primeras,* el modelo de extensión extendida ya —ni contraíble ni dilatable, ni de sí ni por otro que en él se coloque. Es cantidad en estado de ser, de *trans* —cf. Cap. III, § 1; Parte II. De ahí que las cosas en estado sólido, sobre todo cristalino, resulten ejemplarmente extensas y extendidas, de volumen constante frente a cambios notables de presión, de temperatura...; no así las gaseosas. Las cosas sólidas, además de extensión y extendimiento, están *coextensas* y *coextendidas* con espacio. Cada una, toda ella, está en el todo del espacio comprendido; y cada parte de cada una, en cada parte del espacio. Extensión extendida y conmensurada. Esta estilográfica, extensa y extendida, ocupa toda ella todo su espacio; y cada parte de la estilográfica, extensa y extendida, ocupa la correspondiente parte del espacio. Nuestro cuerpo físico, o lo que tiene de físico, es espacial: extenso y extendido, extendido en espacio y coextendido con él —hasta qué límite lo sea, no es punto que nos corra prisa determinar aquí. Dolor, placer, cansancio...: sentimentales todos ellos, son espaciales en el sentido de extensos y extendidos —dolor de muelas, cansancio de piernas, pesadez de estómago, frescor de lengua al saborear un helado...—; mas no nos son dados como coextendidos en el espacio ocupado; están coextensos en el todo, en el espacio ocupado por piernas, muela, lengua..., mas no coextendidos parte a parte: mm a mm... célula a célula...; son, pues, extensos y están coextendidos *en bloque,* no parte a parte. Se hallan circunscritos por y en el espacio, pero no definidos según sus dimensiones y partes. A este hallarse los sentimentales como *cir-*

cunscritos en espacio —extensos y coextendidos en él—, mas no *definidos* por él, hemos dado por frase hecha la de ser *espaciales inespacializados,* frente a nuestro cuerpo que es espacial y espacializado: extenso y extendido, coextenso y coextendido en espacio.

De ahí que un sentimental me duela o deleite *dentro de* mi piel, de un órgano o parte —boca, oídos, estómago, muela. . .—; mas duela o deleite en bloque, en un espacio en bloque —toda una parte del cuerpo. . .—; pero no pueda, tal como lo siento, distribuirlo por unidades de superficie o volumen —por células, partes de célula, átomos, nucleones de células. . . Todo esto lo está siendo *en bloque,* en *bulto espacial.* Fuera de tal bulto —ni un cm más allá de la piel—, no hay sentimentales; no nos duele ni nos deleita algo que esté ni un cm más allá —por fijar una unidad absoluta simbólica. Los sentimentales son míos y de mí, circunscriptivamente, no distributivamente.

Las sentimentalidades, por el contrario, se nos dan como inespaciales e inespacializadas. Puestos a buscarles un sujeto, se las atribuimos al alma, no al cuerpo. No porque estén absolutamente separadas de él, sino porque *neutralmente anulan* su vinculación real con cuerpo. Ni son ni no son corporales. Porfía, empedernimiento, desvío, soberbia, afán, miedo, audacia. . . no se extienden por el cuerpo, cual el dolor de estómago, el dolor de muelas. . . ; no por reducirse positivamente a un punto, menos aún por reducirse a un punto y fijarse en un punto de. . . Toda sentimentalidad es mía, mas no está hecha solamente de *mí* (cf. Parte II, Cap. I, § 1); porfía, miedo, soberbia, desvío. . . son *de* (están hechos de) tantas y tantas cosas de diversos órdenes, diferentes de *mí* y hechos cada uno de su sustancia propia. Por ser *mías,* yo soy quien las siente —mi afán lo siento yo, mi miedo lo siento yo. . .—; tienen *lo* sentido *por* mí *bajo* ellas; mas *el* sentido de ellas me desborda. No es que una sentimentalidad recorte, tajante y notablemente, cuerpo de alma, alma de yo. . . El cuerpo —su estructura física, química, biológica. . .—, es sencillamente preterido e ignorado; *neutralmente anulado.* De ahí que una sentimentalidad no esté ni fuera ni dentro del cuerpo, y esté fuera y dentro de él; todo ello por superación original —no por superación del *fuera* y del *dentro* espaciales y espacializados, preliminarmente dados. Por las sentimentalidades habito, como se ha dicho largamente aquí —cf. Parte II, Cap. VI—, en mundos cual Casa-Mansión, Laboratorio-Hotel, Mercado-Hospedería; mundos rellenos de cosas distintas unas de otras —cual luz y calor que, de primera impresión, parecen extendidos por un ámbito, antes de que sea perceptible su extendimiento paso a paso

por él. En *Ontología* se estudiaría este peculiar tipo de espacialidad e incorporalidad de las sentimentalidades, que no entran sin más en esa categoría de transespacial o transcorporal o espiritual que el afán pudiera desear para ellas. Por lo pronto, nos son dadas con positiva y peculiar neutralidad óntica; no son ni espaciales ni transespaciales; simplemente están siendo inespaciales e inespacializadas.

No hace falta añadir más de dos palabras para descartar la cuestión óntica, de realidad de verdad, acerca de con qué velocidad se propagan o difunden por su mundo: Mansión, Hotel, Hospedería las sentimentalidades típicas de cada uno. Tal cuestión, suponiendo que tenga sentido, está *sentidamente respondida* antes de plantearla. Si respecto de un sentimental, como dolor, cansancio... cabe hablar de una cierta velocidad de propagación —se corre el dolor de una parte a otra del cuerpo, avanza, retrocede... lo que no pasa de velocidad global por su falta de conmensuración con el espacio—, las sentimentalidades no nos dan impresión alguna, ni siquiera global, de un movimiento ni instantáneo ni sucesivo, ni superior ni igual ni inferior a la velocidad de la luz; y tales ni... ni... son *simplemente neutrales.*

b) Por lo que se refiere al tiempo: un sentimental dura más o menos tiempo; es temporal, mas intemporalizado, o no conmensurado con el tiempo físico —que es *1)* tiempo extenso y extendido ya, en estado normal; dejemos ciertas finuras relativistas, no dadas bajo la forma de *realidad simple; 2)* e inextensible: un minuto es siempre un minuto; no hay modo de estirarlo o encogerlo... Un sentimental es temporal, decimos, mas intemporalizado. Por algún criterio físico o externo es posible fijar su duración —el dolor de muelas duró tantas horas—; mas se nos hizo largo, toda una eternidad... decimos. Un placer no se nos da tampoco como temporalizado, dure lo que durare su base física. Se nos pasó volando bajo él el tiempo (temporalizado), se nos hizo corto; otra vez, otra vez...

Nos hallamos de nuevo ante una temporalidad no temporalizada; global, dilatable en bulto, contraíble en bulto; y mejor aún, nos hallamos con que ha durado poco —o demasiado largo—, sin haber notado los pasos graduales de ordenado y aritmetizado aumento temporal.

Toda referencia de un sentimental —dolor, placer...—, al tiempo físico —temporal y temporalizado aun según un cronómetro infinitesimalmente fino—, es una construcción mental; y, de ordinario, no pasa de mala novela filosófica y científica. El *afán*

de reducir todo a mercancía —contable por contables y para multitudes sin cuento—, abriga, como *el* sentido propio de él, y refiriéndonos al caso presente, el plan de hacer a los sentimentales temporales y temporalizados, espaciales y espacializados. Hasta qué límite el afán consiga mostrar la *posibilidad sentimental* de tal plan, sería objeto de propia consideración en Ontología y Metafísica. Ya se irá advirtiendo que no basta con *probar* su posibilidad lógica y óntica. Cosas hay lógica y ónticamente posibles que son sentimentalmente imposibles; y, por tanto, realmente imposibles para un ser que, sintiente además de ser, tenga que estar sintiendo lo que es.

Empero, como a tenor del Dato VII, los sentimentales siguen una ley modal (*b*.2), parecida a la de lo físico (*a*.2), posee un inicial sentido hablar de la posibilidad de un sentimental —dolor, placer...—, temporalizado, es decir: coextendido con el tiempo físico y sentible como dividido en horas, minutos, cien años, un millón de años... ; o sea, empleando impropiamente la palabra *eterno*: hablar de un dolor eterno, o de un placer eterno. Si, aparte de este inicial sentido, poseerá tal cuestión definido sentido sometible a *pruebas*, queda para la Metafísica. El finito, y aun pequeño, margen de espontaneidad, propia de todo sentimental, frente a la necesidad de lo físico, da para plantear la cuestión teórica y para *ponerla a prueba*. Un simple anestésico, una aspirina... acaban ya, por su base, con placer y dolor; *ponen a prueba* los sentimentales. Sólo falta caer en cuenta de qué es aquí eso de *poner a prueba* algo, por contraposición con *probar*.

Una sentimentalidad se nos da de vez como intemporal y como intemporalizada. Por su natural condición de flotantes sobre sentimentales (Dato VII, 11), cuánto dure una sentimentalidad —porfía, empedernimiento, miedo, soberbia, afán, osadía...—, y mientras dura, en qué grado se conmesure con el tiempo —seguir sentidamente una sentimentalidad de miedo segundo a segundo; otra de porfía, minuto a minuto; otra de empedernimiento hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo...—, no tiene sentido; no se da a sentir así. El que dure una hora o un día una sentimentalidad como la de afán, es algo así como una racha de buena suerte en el juego; en cada momento está expuesta a sí y a no; la sentimentalidad de *expósito* (vgr., Dato VI, 31) durará, por su base, tanto como la vida y como la subestructura física de cuerpo; mas no por eso es notada cual de continua resonancia, timbal en percusión constante; surge porque sí, continúa porque sí, termina porque sí —en virtud de su tipo de espontaneidad.

Cuestión diferente —a separar esmeradamente, dada como resuelta aun antes de plantearla expresamente como aquí—, es la siguiente:

Dato VII. 14. "El tipo de mundo en que —*antes de* toda prevención y preservativo eficaces en su género—, *nos hallamos* siendo es *ocasión propicia,* con *oportunidades* y *pretextos* —todo ello razón suficiente general y frecuente—, para el surgimiento, permanencia y desvanecimiento de las sentimentalidades propias de tal tipo de mundo."

Respecto de las sentimentalidades comunes a los diferentes tipos de mundo en que uno se halle, el tipo de mundo es tan sólo *ocasión remota.*

Dejemos para su lugar, que no es éste, el estudio de los tipos de causa, ocasión, oportunidad, pretexto —sobre los tipos de causa eficiente cf. Parte II, Cap. III, § 2—, y su reparto entre Ontología y Metafísica; y bástenos aquí con remitir a unos datos, previos y naturales frente a teoría, prueba y a pruebas. Mundo en estado de casa o Mansión es terreno abonado para el surgimiento y mantenimiento de las sentimentalidades propias de Mansión o del mundo sentimental de Casa, tales como las de bienavenencia, expósito, temor; o como se dijo larga y esmeradamente en Cap. VI, § 1, Morada o mundo sentimental natural es, por sus sentimentalidades, un acorde compuesto de las notas frecuentes de familiaridad, franquía y llaneza respecto de Mundo natural, y de las no frecuentes de apertura y acecho por universo; acorde expuesto, por ello, a un máximo, *no frecuente,* de oscilación. Ciñéndonos, pues, a las sentimentalidades más frecuentes y dejando las menos frecuentes frente a Universo, se puede decir, como *dato*: que Mundo natural es, por su estructura (cf. Parte II, Caps. III, V), *ocasión propicia,* llena de oportunidades, para la sentimentalidad de satisfecho —familiar, bienavenido, en inocente entrega...—; y que en él basta sencillamente un *pretexto* para que surjan satisfacción, franquía, familiaridad, confianza... Pocas veces sobrevendrá la desgana de estar en mundo natural —o sea, desgana no es sentimentalidad propia de Mansión.

Parecidamente: Mundo en estado artificial (Laboratorio), sentido cual Hotel, es lugar *propicio,* por su constitución misma, al surgimiento y mantenimiento de osadía, audacia, esperanza, ánimos, señorío, entusiasmo...; y abundan en él, por su constitución misma, *oportunidades* para estar así, y basta como simples *pretextos* para ponerse al tono sentimental debido.

Y por semejantes consideraciones dése por dicho lo referente a las sentimentalidades de Mercado-Hospedería.

No necesita peculiar explicación lo concerniente a la aserción sobre las sentimentalidades comunes a Mansión-Hotel-Hospedería Véanse los cuadros, Cap. VI.

La conexión entre la espontaneidad potenciada de las sentimentalidades, respecto de la simple de los sentimentales, y la frecuencia de su surgimiento (cf. aquí § 1, fórmulas *b*.1, *b*.2) da razón de la ausencia de causas propiamente tales, y de la preeminencia de causoides como ocasión: próxima, remota; oportunidad, pretextos... que sólo cobran positivo sentido, independiente del de causa, respecto de realidades de tipo espontaneidad, cual las sentimentalidades.

No es preciso advertir con más de una palabra que la probabilidad y frecuencia de que aquí se habla no es sino cualitativa —distante todavía, sobre todo respecto de sentimentalidades, de una factible y admisible transposición cuantitativa, aun en ese tipo de cantidad no métrica que entra en la teoría matemática de los conjuntos y en el cálculo de probabilidades.

Saquemos, para dar por terminado este punto, dos secuelas:

a) La manera más segura, sin llegar a necesariamente segura, de que surjan y se mantengan las sentimentalidades *propias* de Mundo sentimental: Mansión-Hotel-Hospedería se reduce a asegurar la contextura del mundo correspondiente: Casa-Laboratorio-Mercado, Mundo natural-artificial-artificioso; y tal contextura admite, realmente, aseguramiento creciente hacia necesidad. Por tanto, una reforma o reajuste de la base física, biológica del mundo natural —de nuestro cuerpo, por de pronto—, refuerza la probabilidad de fijar sentimentales y sentimentalidades —vgr. placer eterno, dolor eterno... ; paz, satisfacción, felicidad, reposo eternos—; mas no queda descartada jamás la probabilidad —la probable posibilidad, sea tan pequeña cuanto queramos, mientras no queramos hacerla o decidirla *cero*—, de que, vgr., en un mundo de los física y biológicamente más asegurados tormentos, el atormentado se nos ría en nuestra cara o nos responda con desprecio; o el hecho bienaventurado —por cambio de tipo de cuerpo, de mundo montado para ello—, se nos aburra sin más ni más, o le dé por sentirse humillado... Todo ello son indescartables posibilidades, más o menos frecuentes o infrecuentes por el tipo de mundo —externo o interno—, so pena de trocar al hombre en tizón o en diamante entitativos, sin sentimentalidades. Es claro que un planteamiento definido, con un proyecto de *poner a prueba ya* tales posibilidades

teóricas, vagamente delimitadas aquí, correspondería a Metafísica; y darán *sentido* afirmativo o negativo sentible, además de significado, a cuestiones como la de la inmortalidad, vida eterna, cielo, infierno...

b) Como el mundo en que *—aun antes de...—, nos hallamos* siendo, encierra cosas —entre ellas a nosotros—, distribuidas entre las tres clases de Mundo: Casa-Laboratorio-Mercado, dando un total en equilibrio inestable, se ofrecen en él ocasiones, pretextos, oportunidades para el surgimiento simultáneo o sucesivo de todo tipo de sentimentalidades. La *confusión sentimental* o sentimentalidad politonal es una de las probabilísimas posibilidades del mundo sentimental nuestro, a causa de la contextura actual del mundo en conjunto. Una salida de tal confusión sentimental se consigue por la *decisión de instalarse* en un mundo determinado: decidirse a ser en Mansión, bajo Ordenanza, cual subordinado; o en Hotel, bajo Empresario, como colaborador; o en Mercado, bajo Capataz cual obrero; tal *decisión* es de orden metafísico, superior a las razones que pudieran darse para decorar tal decisión. Al revés: tales razones llegarán a ser motivos, o a convencimiento, por virtud de las sentimentalidades, por *el* sentido de ellas.

Tan sólo trocando un tipo de Mundo: Casa-Laboratorio-Mercado en *invernadero,* en mundo violentamente cerrado y clausurado, se hace probabilísimo el surgimiento y mantenimiento de las sentimentalidades propias de él. No hace falta consignar aquí en forma de dato expreso el de que —aun *antes de* toda prevención y preservativo eficaz—, *nos hallamos, nos hemos hallado ya* siendo en invernaderos especiales —religión, política, filosofía, sociedad, economía...—, mejor o peor aislados de los otros tipos o estados de mundo; y añadir la aserción de que una de las características del mundo en que nos hemos hallado es, precisamente, la tendencia o la decisión de encerrarnos en un solo tipo de mundo, y encerrarnos en él cual en *invernadero.* En tales invernaderos surgen, por lo pronto, con mayor frecuencia, y con relativa seguridad, las sentimentalidades correspondientes, sin la veleidad propia de toda sentimentalidad por su componente de espontaneidad.

Dato VII. 15. "Las sentimentalidades poseen una original manera de dejar de ser —de dejar de darse a sentir—, que es por hastío, fastidio, tibieza, aburrimiento, empalagamiento... Las menos expuestas a este tipo de finiquitar son las de Laboratorio-Hotel; las más expuestas a él son las de Casa-Mansión."

Hastío, fastidio, aburrimiento... son maneras o modos de Desgana. Que nos dé desgana de todo —aun de lo tenido por mejor,

más evidente, importante, urgente...—, es un dato; que estemos expuestos a desgana es una de las probabilidades, de las probables posibilidades, al acecho de cualquiera sentimentalidad en cualquier tipo de mundo.

Dos puntos terminan un segmento de recta; no son términos de una recta dos acordes, cual los que suelen iniciar y terminar ciertas composiciones musicales clásicas. Nacimiento y muerte pueden pasar por ser propias maneras de iniciar y terminar una vida. Las sentimentalidades terminan originalmente por hastío, fastidio, empalagamiento... —por desgana, en una palabra. Tal es su manera peculiar de terminar. Lo cual no excluye maneras violentas —o por accidente. Si a esto juntamos su carácter de espontaneidad, o de probable posibilidad —de venir a ser, de perdurar y finiquitar—, podremos decir, sin hacer gran violencia a la frase clásica, que la duración de una sentimentalidad: alegría, tristeza, ánimo, desvío, soberbia... es cosa de "racha de suerte" —cual la de quien jugando con un dado seis veces, saca seis seises. Se acaban las sentimentalidades, pues, como se acaban las rachas de suerte: porque sí, por eso mismo de ser *rachas de suerte;* y se acaban, además, por modo original: por *desgana;* y se pueden acabar por un *accidente* —se aguó la fiesta porque... Nada de tales finales caben en figuras —líneas, superficies...

Toda sentimentalidad posee *el* sentido y *lo* sentido; y si recordamos que *el* sentido de una sentimentalidad trueca el simple significado o razón en motivo o razón motriz —convincente, persuasiva, viviente...—, no nos extrañará que ciertas razones hayan perdurado y perduren tanto tiempo, justamente por su peso de motivos; que ciertas razones dejen de ser convincentes, sin dejar de ser verdaderas, y se queden en simples y abstractas razones; que ciertos valores dejen de valer...

La desgana, indiferencia, aburrimiento, hastío, desvío... que hacia ciertas teorías, dogmas, sistemas... sintamos —confesada o inconfesadamente, en público o en privado—, nosotros o la humanidad, deponen no contra el significado o razones, sino contra su carácter de motivos —lo cual es, respecto de viviente y consciente, muchísimo más grave, e incurable, que ser falsos.

Los motivos de credibilidad no son, en el mejor de los casos, refutables por falsos ni demostrables por verdaderos; lo peor que les puede suceder es que bajen a simples razones, a manos de desgana, hastío, fastidio, pelmacería, importunidad, cualquierismo... ; tal *peor* es secuela de algo más profundo y radical: desgana; hastío, fastidio, tibieza... son posibilidades probables, *cons-*

titutivas de toda sentimentalidad, especialísimas maneras de dejar ellas de ser, *especialísimas defensas para que no se petrifiquen vida y conciencia;* para que no bajen *a ser* y dejen de *estar siendo* su ser.

Para que se produzca, pues, desgana frente a lo más racional y razonado, verdadero y verificado, no hace falta causa —otra razón, otras demostraciones. . .—; basta con ocasiones y pretextos; y aun sin ocasión y sin pretexto, *a fortiori* sin razón o razones, desgana terminará de por sí, por su virtud, con toda sentimentalidad determinada.

No es preciso recalcar en que el empleo de ciertos procedimientos de propaganda —insistentes, inoportunos, importunos. . .—, de lo más razonado y razonable. . . , se trueca en ocasiones propicias para que surja la desgana —hastío, fastidio, tibieza, aburrimiento. . .—, y haga que los motivos se queden en puras, mondas y neutrales razones.

Tal es la contextura del mundo de las sentimentalidades.

EPÍLOGO

Metafísica,

Metafísica *natural estabilizada,*

metafísica natural estabilizada y *problemática espontánea.* Lo que de metafísico hay en la realidad se halla establecido, sedimentado en *Mundo* —no en cosas sueltas, yo o tú—; y Mundo se encuentra siendo en tres estados: natural-artificial-artificioso, articulado cada uno con sus peculiares significados o *razones,* y habitado sentimentalmente con sus propios sentidos, o *motivos.*

Lo que de metafísico hay, pues, en lo real —en que *ya antes de... nos hallamos* siendo, moviéndonos y viviendo—, se encuentra estabilizado y sedimentado en

1.*a*) Morada-Mansión,

1.*b*) Laboratorio-Hotel,

1.*c*) Mercado-Hospedería. Tres estados de *Mundo.*

La *física* actual es, programática y por primera vez en su historia y en la historia, física de *transformación* —no de sola *interpretación* matemática o síntesis *teórica.*

La *metafísica,* si ha de ponerse —por *decisión* pluscuamtranscendente, por tanto libérrima—, a ser *actual,* en proporcionado o cuando menos análogo sentido al de la física actual, tiene que *decidirse* a dejar de ser metafísica interpretativa, e intentar, con atentados inclusive, *transformar* el mundo —la metafísica natural, naturalmente estabilizada.

Frente a *metafísica de interpretación,* fenomenológica o no, *metafísica de transformación.*

Hilos sueltos, resquicios y rarezas —entes raros, como minerales raros y fenómenos raros de entes normales—, que ya el mundo natural, estabilizado en conjunto en metafísica natural, nos ofrece, constituyen las disponibilidades y recursos iniciales para una transformación —con éxito o con fracaso, nadie nadie lo sabe o puede saberlo—, comenzando por la transformación de la *metafísica misma natural.*

ÍNDICE

Este libro se terminó de imprimir el día 25 de febrero de 1963 en los talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Parroquia, 911, México 12, D. F. En su composición se utilizaron tipos Baskerville de 10:11 puntos y se tiraron 3 000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado del autor y de *Martí Soler*.

Esta obra, preparada en el Instituto de Filosofía de Caracas, aparece en la *Colección de Dianoia* por acuerdo especial entre el autor y el Centro de Estudios Filosóficos de la Universidad Nacional Autónoma de México. El Centro de Estudios Filosóficos expresa su reconocimiento al Dr. García Bacca y al Instituto por él dirigido.

